CAMILLA LÄCKBERG

EL LLANTO DE LOS MUERTOS



LOS CRÍMENES DE FJÄLLBACKA

Planeta

EL LLANTO DE LOS MUERTOS

Los crímenes de Fjällbacka Nº 12

El mal nunca muere.

Treinta años atrás, las adolescentes Sofie, Ellen y Magdalena eran inseparables y el futuro parecía prometerles una felicidad sin fisuras. Hasta que una noche, Sofie desapareció sin dejar rastro y nada volvió a ser igual en Fjällbacka.

Ahora y tras un hallazgo fortuito sobre el caso, Patrik Hedström y sus compañeros de la comisaría de Tanumshede retoman la investigación, mientras su mujer, la escritora Erica Falck, incapaz de mantenerse al margen, decide indagar por su cuenta. Sin apenas pistas, quizá la anciana Aino, la plañidera, la mujer que llora por los muertos, sea la única capaz de arrojar luz sobre las preguntas del pasado que aún proyectan su sombra sobre el presente.

Título Original: *Gråterskan*
Traductor: Montes Cano, Carmen
©2025, Läckberg, Camilla
©2026, PLANETA
Colección: Planeta Internacional
ISBN: 9788408325543
Generado con: QualityEbook v0.87

CAMILLA LÄCKBERG

EL LLANTO DE LOS MUERTOS

Traducción de Carmen Montes Cano

Planeta

Los crímenes de Fjällbacka - 12

Índice

CITA

Sábado
Domingo
Miércoles
Jueves
Viernes
Sábado
Lunes
Martes
Miércoles
Jueves
Jueves, una semana después
EPÍLOGO Y AGRADECIMIENTOS
Créditos

Para Bengt Nordin:
tu fe en mí me dio alas

Era sorprendente lo mucho que alcanzó a pensar. No se atrevía a abrir los ojos, no quería ver. Unos puntos diminutos empezaron a bailar ante su vista en la oscuridad, como estrellas que se movían rápido, muy rápido.

No quería morir. Quería gritar, arañar, liberarse, pero era como si el cuerpo se negara a obedecer. Pensamientos extraños iban y venían como rayos. Pensamientos irracionales. Que ya nunca podría comprarse unas Buffalo nuevas. Que no volvería a navegar en velero. Que no se iba a enterar de lo que pasaría en Beverly Hills. También otros pensamientos de más calado iban y venían, mezclándose con los menos trascendentes. Jamás llegaría a casarse. Jamás llegaría a tener hijos. Jamás llegaría a sentir la libertad que entrañaba el hecho de mudarse de casa de sus padres a un apartamento propio.

La oscuridad iba cercando cada vez más. Los pensamientos eran cada vez menos. Detrás de los párpados cerrados notaba un ardor como de lágrimas, solo que las lágrimas no afloraban. Intentó a la desesperada comprender, intentó obligar al cerebro a un ejercicio de conciencia de lo que estaba ocurriendo. Pero era imposible. Le faltaba el aire. Las manos le obedecieron unos segundos, y trató de apartar aquello que ya la estaba arrojando directa a la negrura. Pero fue imposible. Y una vez más el cuerpo dejó de responder.

Pequeños fragmentos de luz irrumpieron en la oscuridad. Como si estuviera abriéndose un túnel. No quería ver la luz, quería mantenerse en la oscuridad. La oscuridad era esperanza, y ella sabía que, si iba hacia la luz, la esperanza dejaría de existir. Podía salir de la oscuridad, pero no de la luz. La luz duraría para siempre.

Fue como si se le doblaran las piernas, a pesar de que ya estaba tendida en el suelo. La luz relampagueó detrás de los párpados y empezó a resultarle más difícil mantenerse allí. Cuando, finalmente, se rindió y se dejó abrazar por las galaxias que se expandían, sintió cómo el corazón se le rompía en mil pedazos.

Sábado

—¿Es que eres un perfecto incompetente? La caballa está pasada, ¡se ha quedado superseca, joder!

Un sonido estridente que provenía de la cocina sobresaltó a los clientes que había en el restaurante.

—Parece un episodio del programa *Hell's Kitchen* —le susurró Erica Falck a Patrik, su marido—. Grita casi más que Gordon Ramsay.

—Comida y entretenimiento —dijo Patrik con una sonrisa y, lleno de curiosidad, estiró un poco el cuello para ver mejor el interior de la cocina.

—Es la inauguración, normal que haya sus más y sus menos al principio —dijo Erica—. Pero por mí Gabriel puede tirar todas las cacerolas que quiera, si el resto de los platos son igual de buenos.

Tomó otro bocado del primer plato que les habían servido, unas vieiras aderezadas con verduritas frescas y algo así como una espuma de bogavante que flotaba como una nube sobre el plato.

—Espero que pronto nos traigan algo más —dijo Patrik descontento—. Esto no era más que un bocado. Si siguen así, habrá que parar a comprar una pizza de camino a casa.

Erica puso los ojos en blanco.

—Madre mía, es que no se te puede llevar a ningún sitio.

Se adelantó un poco y le dio a Patrik una palmadita en el muslo, antes de alzar la copa de vino blanco.

—¡Salud! Por una noche para mayores, sin niños. La primera desde que nació Nora. No me puedo creer que ya tenga seis

semanas.

Patrik brindó con ella, y los dos disfrutaron de un buen trago de vino antes de que él se acercara para besarla en los labios. En ese momento se oyeron más imprecaciones y otro estruendo de cacharros en la cocina, y los dos soltaron una risita.

Erica miró a su alrededor. Resultaba difícil reconocer el sitio. Gröna Lid había sido uno de los establecimientos de más renombre de Fjällbacka y, a lo largo de los años, había sido cine, casa de huéspedes, salón de baile, restaurante y club nocturno. Durante un período hubo allí incluso un banco. Ahora volvía a ser restaurante, y el local había sufrido una transformación total antes de abrir sus puertas bajo el nombre de Hav & Salt. Las paredes estaban pintadas de un discreto verde claro, las mesas eran de madera clara con manteles blancos planchados a la perfección y en la cocina recién estrenada resplandecían el acero y el aluminio. Era un espacio abierto al restaurante y lleno de vida y ajetreo, y Erica observaba fascinada la eficacia de los movimientos del personal. Casi parecía que estuvieran bailando, tal era la perfección con que se coordinaban. Las puertas batientes, con sus cristales de estilo antiguo, estaban abiertas, y el calor vespertino de agosto se mezclaba con la fresca temperatura del interior.

—Pues yo espero que sea rentable —dijo Erica preocupada, y ojeó la carta, que estaba junto a su plato—. Son unos manjares muy sofisticados. Creo que en la temporada de invierno lo tendrán difícil.

—Oye, tú, millonetis, ¿no decías que era una maravilla que Gabriel Rudberg abriera un restaurante aquí?

—Sí, sí, me parece estupendo, solo espero que les funcione. Y es precioso que hayan decidido celebrar la inauguración en el trigésimo aniversario de la desaparición de Sofie.

La mirada de Erica se dirigió a la fotografía enmarcada que colgaba bien visible en una de las paredes. La familia Rudberg en el restaurante de Allan, que era el propietario entonces. Él y su hijo Gabriel a un lado de una mesa, e Yvonne y su hija Sofie, al otro lado. Parecía tomada cuando Sofie empezó secundaria.

—Bueno, ¿cómo vais por aquí?

La madre postiza de Gabriel, Yvonne Rudberg, se había acercado a su mesa y les sonreía mientras les ponía delante un nuevo plato.

—Cigala con puré de chirivía y algas crujientes —dijo Yvonne con orgullo.

Dio un respingo sobresaltada al oír otro improperio procedente de la cocina. Los miró con una sonrisita nerviosa.

—Los nervios del estreno —dijo en voz baja.

—No, si resulta muy entretenido —apuntó Patrik al tiempo que tomaba un bocado de la cigala, después de haber lanzado una mirada suspicaz a las algas.

—No sabíamos cómo íbamos a sentirnos abriendo el restaurante justo tal día como hoy. O, mejor dicho, Gabriel y Allan no estaban seguros, en cambio yo… Yo quería que ella estuviera aquí. Y por eso estoy ejerciendo de camarera esta noche. Luego tendrán que arreglárselas los dos solos.

Erica puso la mano sobre la de ella.

—¿Sabes?, yo creo que es perfecto que hayáis abierto hoy.

Yvonne se limitó a hacer un gesto y le dio una leve palmadita a Erica con la otra mano. Luego echó una ojeada a la fotografía de la pared, soltó la mano de Erica y continuó hacia la siguiente mesa del local, lleno de clientes y del rumor de sus conversaciones.

—Esta mañana he visto el *Nyhetsmorgon* —dijo Patrik, y lanzó una mirada a Erica al tiempo que cargaba el último resto de patata en el tenedor—. Me ha sorprendido un poco que nunca escribieras sobre la desaparición de Sofie.

Erica se encogió de hombros.

—Es una idea que se me ha pasado por la cabeza, claro, pero no sé. Sofie era unos cursos mayor que yo, y solo la conocía de vista, pero aun así tengo la sensación de que es demasiado cercano.

—Ya, pero sí escribiste sobre Alexandra, ¿no?

—Bueno, pero ella y yo teníamos algo pendiente. Alexandra era mi amiga. El libro que escribí sobre ella fue mi forma de buscar respuestas. Sofie iba con las mayores, con las chicas guais. Era una

de las inalcanzables. En fin, no sé. Me parecería fruto de un afán sensacionalista.

—Pero ¡qué demonios! ¿Y tú te llamas cocinero? ¡Si no sabes ni poner la sal!

Los gritos de Gabriel resonaron en el restaurante, y Patrik sonrió.

—Llámame loco, pero a mí me parece gracioso. Oye, lo digo en serio, o traen raciones más grandes o me consumo de hambre. Y de lo de comer algas no sé qué pensar, la verdad.

—Estoy segura de que sobrevivirás —respondió Erica algo seca.

Tomó otro sorbo de vino. No dar el pecho tenía sus ventajas.

Cuando llegaron a casa un par de horas después, sus hijos dormían cada uno en su cama. Kristina, la madre de Patrik, también dormía plácidamente en el sofá. Erica se inclinó y la despertó con suavidad.

—Ya estamos en casa. Mil gracias por quedarte con ellos, ha sido una maravilla poder disfrutar de un rato solo para adultos.

Kristina se incorporó, bostezó y colocó bien los cojines.

—Bah, no ha sido nada. Se han portado como angelitos. Incluso los gemelos. Y la chiquitina es adorable.

Erica sintió una punzada en el pecho. Quiso a la menor de sus hijos desde el instante en que la vio, pero sentía una preocupación constante por cómo la acogería la gente. El mundo no siempre era compasivo con quienes no eran como los demás.

—Sí, es una perla —dijo, y se despidió de Kristina con un abrazo.

Patrik ya estaba en la cocina.

—Me voy a comer un bocadillo. O sea, estaba todo riquísimo, incluso la plasta esa de hierba acuática. Pero sigo teniendo hambre, y al final me he quedado sin pizza.

Erica observó a su marido a la luz del frigorífico abierto. Ya se había quitado los pantalones y estaba en calzoncillos, con la camisa y los calcetines. En las sienes se advertían unos cabellos de color gris, y tenía más arrugas alrededor de los ojos.

Nunca le había parecido tan guapo.

—Te quiero —le dijo—. Dios mío, cómo te quiero.

Desde niña siempre fue un ave nocturna, para desesperación de sus padres. Pero durante los años que pasó con Tage, las últimas horas de la tarde habían adquirido un significado muy distinto. Por lo general, él se quedaba frito ya a eso de las nueve, casi siempre en el sillón donde pasaba la mayor parte de su tiempo de vigilia después del trabajo.

Ella había llegado a odiar aquel sillón. Desde ahí, Tage tenía una vista panorámica de toda la planta baja: de la sala de estar, la cocina y el pequeño comedor. Y, por tanto, también de ella.

Nunca sabía cuándo se le ocurriría levantarse disparado del sillón a causa de algo que, según él, ella había hecho o dejado de hacer. A veces la cosa quedaba en una bofetada. Pero otras muchas veces, acababa en el hospital.

Jamás lo traicionó. Por muchas razones. Por los niños. Por la vergüenza. Porque sabía que se había casado con él a pesar de que todos le rogaron y le suplicaron con insistencia que no lo hiciera. Porque sabía que, si lo denunciaba, él la mataría.

A pesar de todo lo que conllevó en su día, decidió dejar allí el sillón. Durante treinta años.

Sus hijos ya se habían pasado a preguntar por la casa. Le sorprendió que hubieran esperado tanto. Un mes después de que se fracturase la cadera y comprendiese que ya no podría seguir viviendo allí. Entonces empezaron a rondarla como buitres. Todo disfrazado de preocupación por ella, claro está. Querían que se trasladara a una residencia de ancianos. Allí estaría estupendamente, decían. Podría disfrutar de un poco de compañía y no estaría tan sola, aseguraban.

Podía darse por satisfecha con que no le hubieran sugerido el hogar de Åldersro, la última parada antes del cementerio, como Tage la llamaba siempre. Lo que sus hijos no se explicaban era que se las hubiera arreglado sola todos esos años. Y sí, todos esos años había estado sola. No le daba miedo la soledad.

El café empezaba a enfriarse, y se levantó para servirse otra taza. En condiciones normales, no tomaría café de noche, pero ahora ya no importaba lo más mínimo. De todos modos, no

conseguía dormir. Llevaba sin dormir un mes. Solo a ratos daba alguna cabezada, que terminaba en una pesadilla que la despertaba de golpe.

Creía que sería libre. Por fin libre. Al fin. Sin embargo, las paredes de su prisión la habían ido cercando cada vez más. El espacio era ya tan estrecho que apenas podía respirar. No sabía por qué una fractura en la cadera se había convertido en el factor desencadenante, pero esa circunstancia inició un proceso que ella era incapaz de detener.

Sus hijos iban a salirse con la suya. No tuvieron que molestarse en convencerla. Sabía bien lo que valía la casa. Situada justo por encima de la hilera de cabañas de pescadores, con vistas a la bocana del puerto, les reportaría muchos millones. Tanto Maria como Mikael gozaban de muy buena situación económica, pero ella vio cómo les brillaban los ojos ante la sola idea de vender.

Había fracasado. No había logrado legar a sus hijos nada suyo. Cuando los miraba, solo veía a Tage. Ya no podía hacer más por ellos. El dinero no les daría la felicidad. No era algo que llevaran dentro.

Igual que su padre, siempre estaban insatisfechos, siempre ofendidos por aquello que la vida no les daba, por todo aquello que se consideraban dignos de merecer. Ella era quien los había educado, quien los había cuidado, quien había curado sus heridas y besado sus mejillas cuando los arropaba en la cama por la noche. Aun así, Tage había logrado apropiárselos desde el sillón. Su herencia genética había vencido al amor que ella les dio.

Lo único que podía hacer ahora era disipar las pesadillas siendo fiel a sí misma. Echaría de menos aquellas vistas. Echaría de menos ver la isla de Valön alzándose mayestática a lo lejos en las aguas de color gris azulado. Echaría de menos ver el trampolín de Badholmen recortándose sobre el cielo de la tarde. Pero al menos sería libre por fin, por fin.

Domingo

ERICA le encantaba sentarse en el porche por la mañana antes de que se despertaran los niños. Durante la semana el caos estallaba en cuanto los llamaba a las siete y tenía que organizarlos a todos. Los fines de semana, en cambio, los dejaba dormir hasta que se despertaban, y dado que Nora había resultado ser una dormilona de primera, Erica podía disfrutar casi siempre de un par de horas a solas mientras se tomaba un café en el porche.

Patrik se había ido al trabajo y, pese a que lo quería hasta la luna y más allá, también le agradaba la idea de ser la única adulta despierta en la casa. Con cuatro niños más o menos pequeños en la familia, había momentos en los que tenía la sensación de que no podía oír ni sus propios pensamientos, y hasta que no se encontraba un rato a solas y en silencio, no sentía que recuperaba su antiguo yo, siquiera por unos minutos. Era extenuante tener que satisfacer a todas horas las necesidades de otros, y el límite entre quién era Erica, quién era la madre y quién era la esposa se desdibujaba cada vez más.

La editorial le insistía pidiéndole un nuevo libro. El último, sobre el caso Lola, llevaba muchos meses entre los éxitos de ventas, y lo habían adquirido varios países. Su agente quería que acudiera a diversas ferias del libro en Francia, España y Polonia, pero ¿cómo iba a tener tiempo de hacer todo eso? ¡Si apenas podía ir a hacer la compra!

Se oyó un carraspeo en el monitor infantil que tenía delante. Cuando estaba fuera, en el porche, no siempre oía si Nora se

despertaba llorando, así que se llevaba el aparato por si acaso.

La niña estaba tosiendo sin parar. Erica frunció el ceño. Esa tos no le daba buena espina.

Antes de que naciera Nora, se informó de lo que podía implicar tener un hijo con síndrome de Down y, a pesar de que según los médicos Nora no se contaba entre el cuarenta o cincuenta por ciento de los niños que nacían con un fallo cardiaco, Erica no podía evitar la preocupación.

Nora volvió a toser, un ataque largo y persistente, y Erica se levantó enseguida, entró en la casa y subió la escalera hasta el piso de arriba. Habían colocado la cuna en el dormitorio matrimonial y, al entrar, vio que Nora agitaba los brazos y las piernas.

Cuando se asomó a la cuna la recibió una amplia sonrisa, y Erica cogió en brazos el cálido cuerpecillo de su hija. La primera sonrisa se había producido tan solo unos días atrás, y fue del todo irresistible.

Nora volvió a toser, un acceso de tos prolongado que hizo que Erica contuviera la respiración. Estaba tan preocupada que el corazón se le aceleró en el pecho, se llevó a la pequeña a la planta baja y cogió el teléfono, que estaba cargando en el poyete de la cocina. Localizó un número que había marcado con demasiada frecuencia desde que nació Nora.

—Hola, soy Erica. Oye, Nora tiene una tos horrible y suena como si le costara respirar. No sé qué hacer. ¿Seguro? ¿Tú estás ahí ahora? Vale. Gracias, perfecto, voy a llamar a mi suegra para que se quede con los demás. Te mando un mensaje cuando salgamos de Fjällbacka. Muchas gracias, de verdad.

Media hora después Erica había cambiado a la niña, le había dado el biberón, había escuchado con paciencia un discurso en el que Kristina insistía en que se angustiaba demasiado con Nora y, por fin, iba camino del centro de salud de Tanumshede. Que, en realidad, estaba cerrado.

Prefería acudir allí, aunque se encontraba más lejos. Tenía un horario de apertura más amplio que el centro de salud de Fjällbacka

y, además, le infundía seguridad que fuera Magdalena quien atendiera a la niña, pues tenía muchísima experiencia. La preocupación aún le latía en el pecho, y estuvo a punto de llamar a Patrik para contárselo, pero al final decidió dejarlo. No pensaba escuchar otro discurso ni el sermón de que era demasiado sobreprotectora con su hija. A veces Patrik se parecía a su madre más de lo deseable.

El domingo era por lo general un día tranquilo en la comisaría. A Patrik le gustaba estar allí solo; el caos de los niños, la mayor y los pequeños, y de la recién nacida era maravilloso y extenuante a un tiempo. Y una jornada de calma en la comisaría constituía también una posibilidad de ponerse al día con el papeleo. Annika siempre andaba recordándole que debía terminar los informes, pero pocas cosas detestaba más que el trabajo administrativo, así que siempre encontraba una buena razón para posponerlo. Claro que, al final, había que hacerlo.

Se sirvió una taza de café de la cafetera que acababa de preparar. Incluso recién hecho, el café de la comisaría tenía un sabor espantoso. Annika había empezado a sugerir que tal vez debieran agenciarse una de esas máquinas de Nespresso, pero nadie secundó la propuesta. Aquel café lamentable había sido su guía durante demasiadas horas de trabajo, así que a aquellas alturas era como un amigo fiel.

Patrik se sentó a la mesa de la cocina y se permitió unos instantes de apacible contemplación. Los documentos del escritorio podían esperar un rato, mientras tomaba conciencia del silencio.

Era curioso cómo funcionaba la memoria humana, lo rápido que el cerebro conseguía que olvidáramos lo absorbentes que eran los primeros meses de vida de un recién nacido. Por supuesto que no querría cambiar ese caos por ninguna otra forma de vida. Con la llegada de Nora sentía que había encajado en su sitio la última pieza del rompecabezas familiar.

Se levantó, se sirvió un poco más de café y se dirigió al despacho. Justo al pasar por la recepción, se abrió la puerta, y Patrik se detuvo.

—Hola. ¿Qué querías?

—Hablar con un policía.

—Pues yo soy policía. Patrik Hedström. —Sonrió amable para tratar de paliar la enorme inseguridad de la mujer.

—Pues entonces quiero hablar contigo. He venido a informar de un asesinato.

Patrik se la quedó mirando fijamente. No esperaba oír algo así. Le indicó con un gesto el camino a la cocina.

—Ven, vamos a sentarnos y me cuentas con calma qué ha ocurrido.

La mujer, de cierta edad, lo siguió hasta la cocinita de la comisaría. Cojeaba un poco y caminaba apoyándose en una muleta. Se sentó con cierta dificultad en una de las sillas más próximas a la ventana mientras Patrik le servía un café.

—No está muy bueno, pero al menos está caliente —dijo, y se sentó en la silla que había frente a la mujer—. Muy bien, pues, cuéntame qué ha ocurrido.

Ella dudó, miró a su alrededor y dio un hondo suspiro.

—Lo maté yo. Yo maté a Tage, mi marido.

Patrik dio un respingo en la silla.

—¿Y dónde se encuentra Tage en estos momentos? ¿Está en casa?

Observó bien a la mujer, pero no advirtió ningún rastro de sangre ni de lesiones. Y adivinaba que tendría más de ochenta años. ¿Sufriría algo de demencia? ¿O solo estaba un poco chiflada, sin más?

—No, no, Tage ya está enterrado. —La mujer negaba decidida con la cabeza.

—A ver, no te entiendo —dijo Patrik—. ¿Dices que ya está enterrado? ¿Dónde? Nosotros no tenemos ninguna investigación de asesinato en curso por la zona.

La mujer se serenó para poder explicarse. Hablaba despacio y claro, como si se dirigiera a un niño.

—Me llamo Edith Lomander. Mi marido se llamaba Tage. Lo maté, pero nadie se dio cuenta. El médico que lo examinó llegó a la conclusión de que había fallecido por causas naturales. Y luego lo enterramos en el cementerio de Fjällbacka.

—¿Y cómo lo mataste?

Patrik no sabía bien qué pensar. ¿Se habría escapado de Åldersro, la residencia de ancianos de Fjällbacka que acababan de renovar no hacía mucho?

Como si Edith le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—No estoy mal de la cabeza. El resto del cuerpo no es gran cosa, pero la cabeza sigue en forma. Resulta que le di anticongelante. Y de eso se murió. Creí que, si se moría, todo estaría resuelto, que podría vivir con ello. Pero no puedo. Y por eso estoy aquí. Para confesar. A Tage lo maté yo.

Patrik se rascaba la cabeza pensativo. Aún no sabía muy bien qué hacer. Sin embargo, le dio la impresión de que Edith estaba lúcida. Y de que decía la verdad.

—¿Y por qué le diste anticongelante?

Edith se irguió un poco, aliviada a todas luces por haber compartido su carga. Tomó un sorbito de café e hizo una mueca, antes de continuar:

—¿Cómo podría explicar la vida que llevaba con Tage? Empezó maltratándome de un modo brutal la noche de bodas. Y así continuó. Debería haberlo dejado, pero llegaron los hijos. Y cuando crecieron y se fueron de casa, pues… El único mundo que conocía era la vida que vivía con Tage.

Patrik trató de encontrar qué decir. Estaba sobrecogido. No podía ni imaginar el infierno que aquella mujer había tenido que sufrir durante tantos años.

—Entonces, ¿qué fue lo que te llevó a quitarle la vida al final?

Edith encogió sus delicados hombros.

—Eso es lo extraño, sí. No fue por nada del otro mundo. A lo largo de los años hubo cosas mucho peores. Pero esa vez fue como si, de pronto, sintiera que ya no podía más. No le gustó cómo le había tostado el pan. Así que estampó mi taza de café contra la pared, una taza que había heredado de mi abuela. Le tenía mucho cariño a esa taza. Y de pronto, allí estaba, en el suelo. Hecha añicos. Y sentí que dentro de mí también se había roto algo. Yo sabía que teníamos una botella de anticongelante en el cobertizo. Así que, cuando Tage salió a dar su habitual paseo matutino, vertí una cantidad en la botella del zumo que siempre tomaba en cuanto volvía. Se bebió dos vasos. Y se murió. Creí que todo el mundo se daría cuenta de lo que había hecho. Y estaba preparada para cargar con las consecuencias. Pero el médico que acudió a mi llamada dio por hecho que había muerto por causas naturales. Ni siquiera le hicieron la autopsia. Así que no dije nada. Y, poco después, lo enterramos.

—¿Y eso cuándo ocurrió?

—Ayer hizo treinta años del entierro.

Patrik la miró, perplejo.

—¿Treinta años?

Edith no dijo nada más, se limitó a sostenerle la mirada.

Patrik no sabía qué hacer. Una parte de él habría querido decirle que se marchara de la comisaría y que no volviera a mencionar el asunto nunca más. Habían pasado treinta años. ¿De qué serviría hurgar en aquello ahora? Pero la parte cumplidora de Patrik sabía lo que debía hacer. Los asesinatos no prescribían nunca. Tres días o treinta años, tanto daba. Era un asesinato y había que investigarlo. Él no era quién para hacer otra valoración.

Soltó un suspiro.

—Eres consciente de que vamos a tener que desenterrarlo, ¿verdad?

Edith asintió.

—Sí, claro. ¿Y qué va a pasar ahora? He traído un bolso con algunas cosas, por si queréis encerrarme ya.

—No, no, puedes irte a casa, tenemos que comprobar que lo que dices es verdad, y nos llevará un poco de tiempo. Pero tendrás que dejarme tus datos de contacto. Y no podrás irte de viaje a ningún sitio.

—¿Adónde me iba a ir yo?

La pobre mujer se encogió de hombros.

Patrik la acompañó hasta la puerta después de que ella le diera todos sus datos. Seguía sin tener muy claro qué era lo que acababa de ocurrir. No pudo contener el impulso de preguntar:

—¿Por qué lo has contado ahora? ¿Por qué no seguiste guardando silencio? O sea, han pasado treinta años. Nadie se habría enterado nunca de lo que ocurrió.

Edith se tomó unos segundos antes de responder.

—No es posible vivir sin cargar con las consecuencias. Y la verdad siempre sale a la luz, de un modo u otro. Solo que a veces necesita un poco de ayuda.

Cuando cerró la puerta, Patrik se quedó un rato pensando en lo que la mujer le había dicho. Pero no estaba seguro de que tuviera razón. En su profesión, la verdad era muy a menudo difícil de atrapar. Y poco común.

Cogió el móvil y marcó un número.

—Hola, soy Patrik Hedström, de la comisaría de Tanumshede. Quería solicitar un permiso de exhumación de un cadáver. Sí. Otra vez.

—Tengo que sustituir a varios de los empleados.

Gabriel se pasó la mano por el pelo con cara de frustración.

—Necesitan una oportunidad para adaptarse un poco —dijo Allan.

Gabriel iba de un lado a otro por la hermosa alfombra turca hecha a mano. Fuera se extendía la bocana del puerto de Fjällbacka, y el sol de finales del verano se reflejaba en el agua.

Desde la puerta del local, Yvonne Rudberg se preguntaba irritada cuántas veces no habría ejercido de mediadora entre su marido y el hijo de este. Tan parecidos y tan diferentes a un tiempo. Gabriel manifestaba la frustración externamente, Allan la llevaba por dentro.

—Es que no tengo ni tiempo ni ganas de trabajar con aficionados. Si queremos mantener en el restaurante el nivel que acordamos, ¡necesito gente competente!

Gabriel dio un zapatazo en el suelo. Por un momento, Yvonne recreó en su memoria al Gabriel adolescente haciendo el mismo gesto. O al niño. La ira de Gabriel siempre había estado presente.

—Este restaurante no está en Gotemburgo ni en Estocolmo —dijo Allan con calma—. No hay la misma oferta de trabajadores entre los que elegir. Habrá que trabajar con lo que tenemos, darles tiempo, formarlos, tener paciencia.

Se sentó en el amplio sillón que daba a la ventana. La luz del sol le dio de lleno en la cara e Yvonne advirtió algunas arrugas nuevas que no había visto hasta ese momento. ¿Cómo se habían hecho viejos juntos de pronto? Los años habían ido pasando poco a poco, y ahora podían ver una clara imagen del final. Cuarenta años llevaban casados. Compartiendo penas y alegrías. Ella quería a Allan. Más que a su propia vida.

—No debemos precipitarnos a la hora de tomar ninguna decisión —dijo—. La inauguración ha ido bien en líneas generales. Démosle un mes, entonces podremos hacer una valoración.

Ninguno de los dos respondió, pero ella sabía que la estaban escuchando. Ese fue siempre su papel. El de mediadora. Estaba muy cansada de serlo. Y ellos dos nunca le hicieron un hueco en su relación.

—Yo creo que fue un error inaugurar ayer —dijo Gabriel—. No me sentía centrado. El ciervo se me pasó un poco y no conseguí el nivel adecuado de acidez para la salsa de la trucha ártica.

Yvonne le clavó la mirada, pero él no le correspondió, sino que siguió mirando al suelo. De nuevo empezó a deambular por la alfombra. Yvonne sabía que su hijastro era consciente de que estaba adentrándose de nuevo en terreno peligroso.

—Fue una decisión de lo más acertada —dijo—. Fue una forma muy bonita de honrar a tu hermana. Si cuestionas eso, cuestionas todo lo que somos como familia. Sofie sigue con nosotros. Y ayer ocupó su lugar. Un lugar por derecho propio.

—Estoy de acuerdo con Yvonne.

Allan le dirigió una dulce sonrisa. Ella lo miró y le hizo un guiño, una de las formas de comunicación íntima que habían desarrollado a lo largo de los años. Habían atesorado muchos gestos así como forma de comunicación no verbal. Una lengua que solo ellos dos comprendían.

Yvonne contempló los rayos del sol sobre el agua que se extendía allá abajo. Luego, se volvió hacia Gabriel.

—Los del diario *Bohusläningen* vienen hoy —dijo—. Quieren hacer un reportaje sobre la desaparición de Sofie.

—¿Y de qué va a servir?

Gabriel volvió a pasarse el pelo con la mano, ese mechón de pelo negro que siempre terminaba cayéndole sobre los ojos. Allan tenía un mechón igual, solo que ya se le había vuelto gris.

—Sabes muy bien de qué va a servir, Gabriel. Debemos mantener vivo su recuerdo. En algún sitio, alguien sabe algo. El tiempo cambia las cosas. Las relaciones cambian. Las lealtades cambian. Mientras sigamos hablando de Sofie, existirá la posibilidad de que aparezca una persona que tenga algo de información. El matinal *Nyhetsmorgon* volvió a tratar el tema ayer, y nos han llamado de *Efterlyst* porque quieren hacer un especial por el trigésimo aniversario de su desaparición.

—¡No está! ¡No va a aparecer nadie! ¡Nunca sabremos lo que ocurrió! Vosotros dos vivís en el pasado, mientras que yo trato de vivir en el presente. Pero, a la mierda, vosotros dedicaos a vuestras entrevistas, no puedo impedirlo. Yo tengo un restaurante que regentar ¡con un montón de inútiles a mi cargo!

Gabriel salió como un rayo y dejó tras de sí un denso silencio. Yvonne se acercó a Allan y se sentó en el reposabrazos del sillón. Le rodeó el cuello con el brazo y apoyó la cabeza en la suya. Un velero se acercaba a toda velocidad.

—Ha llamado Bengt, se pasará un momento. Nos da tiempo de hablar con él antes de que se presenten aquí los del *Bohusläningen*.

El que Bengt y su hijo Jocke, que tan estrecha relación habían tenido con ellos a lo largo de los años, hubieran invertido en el restaurante los ponía en una situación delicada. En realidad, no era aconsejable mezclar dinero y relaciones de amistad. Pero Bengt quiso ayudarles, e Yvonne no conocía a nadie tan honrado como él. Salvo Allan, claro.

Allan no respondió enseguida. Al cabo de unos instantes, dijo:

—En un día tan bueno como el de hoy, Sofie habría salido con el barco.

Lo dijo con el tono triste que tenía siempre que hablaba de Sofie. El mismo que Yvonne percibía en su propia voz. Y Allan tenía razón. Sofie era una navegante experta, y pasaba las horas muertas en el Victoria, su bote de la suerte. Habían pensado regalarle un Laser cuando cumpliera diecisiete años. Pero el Victoria seguía en el cobertizo que tenían cerrado a cal y canto en la parcela.

—Desde luego que habría salido, desde luego.

Fuera, el velero empezaba a arriar las velas para atracar.

—Oye, creo que ayer fue bien la cosa, ¿no?

Gun Hagman grapó un puñado de papeles y lo colocó con esmero en una carpeta que guardó en el cajón del escritorio.

Ellen asintió.

—Según los clientes, sí. Si le preguntas a mi marido, no. Claro que, por otro lado, él nunca está satisfecho.

—Bueno, así es como se alcanza la excelencia, todo reside en los detalles. —Gun grapó otro puñado de documentos—. Ya está, ya tenemos listas las cuentas de este año. No habrá nada que objetar.

—Eres un as, Gun.

Ellen enderezó un poco la espalda y se preparó para la ronda de la mañana. Aunque era copropietaria y directora ejecutiva del hogar de ancianos, le gustaba participar en el trabajo diario. Y dejaba de

mil amores el informe económico en manos de Gun. Nunca le hicieron gracia los números. Quería trabajar con personas.

Resucitar Åldersro, el antiguo hogar de mayores de Fjällbacka, se le presentó como una oportunidad en el momento perfecto. El local había sido una pensión durante muchos años tras el cierre del hogar de mayores originario, pero con su experiencia en el terreno de la sanidad, sabía que podía relanzarlo renovado y mejorado como empresa privada. Hicieron una reforma de calado y crearon espacios luminosos y elegantes. No quería verse involucrada en el restaurante de Gabriel; si trabajaban juntos, la cosa terminaría en divorcio sin lugar a dudas. Así que aquella se presentó como la solución ideal. Además, resolvió uno de sus principales problemas: quién se ocuparía de Aino.

—Primero iré a ver a mi madre, para comprobar si está en condiciones de comer con los demás.

—Hoy tiene un buen día —dijo Gun—. Yo me he pasado a verla un momento al llegar. Estaba bastante despabilada.

Ellen cerró la puerta del despacho al salir y dobló por el pasillo a la izquierda. Le había asignado a su madre la mejor habitación, grande y luminosa, con vistas a la iglesia.

A los golpecitos discretos que dio a la puerta siguió un «adelante» del interior. Solo por la voz Ellen supo que Gun tenía razón. Parecía que era un buen día.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

Aino le sonrió desde la silla, junto a la ventana. Ellen se había ofrecido a buscarle un buen sillón, pero su madre insistió en que le dejaran aquella vieja silla de madera, que siempre estuvo en la ventana de la cocina en la casa en la que había crecido Ellen, enfrente de Åldersro. Con la espalda recta, bien sentada en la dura silla de madera, pasaba su madre la mayor parte del día, mirando por la ventana.

—¿Fue todo bien ayer?

Ellen asintió feliz de que su madre estuviera en condiciones de recordar lo que ocurría a su alrededor. La demencia se había ido

colando poco a poco y con discreción. Tanto que, al principio, costó trabajo determinar si no sería que se había vuelto olvidadiza. Perdía las llaves. Tardaba medio día en encontrar el monedero. Pero, poco a poco, empezó a verse cada vez más claro que no era solo mala memoria. Y, los últimos meses, el proceso se había acelerado. El día que Aino olvidó que tenía una olla al fuego y estuvo a punto de incendiar la casa, Ellen y Gabriel comprendieron que ya no podía vivir allí sola, a pesar de que no tenía más que sesenta y seis años.

—Sí, muy bien. Gabriel es muy bueno.

Ellen le acarició la mejilla a su madre. Seguía siendo igual de guapa. Una belleza frágil, etérea, que siempre encantaba a quienes tenía cerca. Su larga melena rubia se había vuelto gris, pero aún le llegaba ondulante por la cintura.

—Estupendo, estupendo.

—¿Hoy quieres desayunar aquí o prefieres ir con los demás?

—Hoy tengo un buen día, ¿verdad? —dijo—. No son solo figuraciones mías, ¿a que no? Es que tengo un buen día.

—No, no son figuraciones tuyas. Tienes un día muy bueno. Así que ¿qué te parece si te relacionas un poco con los demás? El cementerio no se va a ir de ahí, ya seguirás contemplándolo luego.

—Vaya, así que te ríes de tu anciana madre. Y no es el cementerio lo que estoy mirando. Es el dolor. El dolor que se extiende pesado en torno a él. A muchas personas les da miedo el dolor. Yo aprendí de mi madre, y de su madre también, a aceptarlo.

—Sí, eso ya lo he oído demasiadas veces —respondió Ellen—. No vuelvas a contarme la historia de la familia, por favor. Nada, vamos a ver si te dan una rebanada de pan con queso y pepino y, si tienes suerte, puede que Erlend esté inspirado y toque al piano el salmo «La puerta de perlas».

—Así que «La puerta de perlas». Ya te estás riendo de mí otra vez. Qué niña más descarada.

Pero Aino sonreía mientras se levantaba de la silla. Siempre se habían chinchado así, con sorna, después de tantos años como habían vivido juntas las dos solas.

—A lo mejor consigo convencer a Erlend de que toque algo de Ella Fitzgerald.

—Si alguien puede convencerlo eres tú, mamá. Tiene debilidad por ti.

—Pero, por Dios, si tiene más de ochenta años. ¿Para qué quiero yo a un viejo?

—Pues eso, para él eres carne de cordero tierno.

—Anda ya, so loca.

Ellen besó a su madre en la mejilla. Desde luego, era un buen día.

El centro de salud de Tanumshede era un edificio bajo de ladrillo. Erica aparcó y sacó con cuidado la sillita donde iba Nora. La pequeña se había dormido durante el trayecto, y sus largas pestañas descansaban como abanicos sobre las mejillas regordetas. Una tosecilla le recordó a Erica por qué se encontraban allí, y la hizo apremiar el paso hacia la entrada.

Detestaba los centros de salud. En realidad, detestaba todo tipo de instituciones sanitarias. Nunca había razones positivas para acudir a ellas. Pero tras el nacimiento de Nora, las había visitado con frecuencia. Su preocupación por Nora había arraigado ya en el embarazo, durante el cual dedicó muchas horas de insomnio a hacer búsquedas en Google. Listas interminables de posibles complicaciones. De posibles problemas de salud para toda la vida. Sin embargo, por el momento, habían tenido suerte. Nora era un bebé sano que tenía el corazón fuerte. Aun así, Erica no conseguía tranquilizarse.

Magdalena Bergström abrió la puerta de entrada y la sostuvo para que pasaran.

—Hombre, hola. Pasad, pasad, que le echaremos un vistazo a Nora.

—Hola, Magdalena. Oye, qué amable has sido recibiéndonos, a pesar de que está cerrado.

—No tiene importancia, he venido a revisar unos documentos, y ya que estaba aquí…

El olor que Erica percibió al entrar le resultó familiar de un modo casi ridículo. Un aroma a plástico, productos químicos y artículos de limpieza.

—Podemos pasar aquí. La he acondicionado un poco más.

Magdalena señaló una de las consultas y exhibió una sonrisa con sus profundos hoyuelos.

—Vaya, veo que hay más plantas que la última vez que vinimos, ¿no?

Erica recorrió con la mirada el reducido espacio de la habitación. El mismo color amarillo sucio que en la sala de espera, la misma decoración aburrida en las paredes y la camilla verde de rigor cubierta de papel en un lateral. Eso sí, algunas plantas más, para dulcificar el tono aséptico.

—Me gustaría poder poner también algunas flores, así estaría más colorido. Pero debo pensar en los pacientes con alergias, así que con el verde me doy por satisfecha.

Magdalena ocupó la silla que había detrás del escritorio, de una madera clara algo tristona, y le indicó a Erica que se sentara enfrente.

—¿Qué le pasa hoy a esta preciosidad?

—Tose mucho —dijo Erica mirando inquieta a Nora, que, justo en ese momento, sufrió un ataque de tos ronca tan fuerte que la despertó.

—Pero ¡criatura, vaya tos!

Magdalena se levantó, cogió a Nora en brazos con cuidado y le sonrió. Luego la dejó de nuevo en brazos de Erica y sacó el estetoscopio. Erica le subió a su hija la camiseta.

Nora protestó un poco cuando el frío metal le presionó el pecho, pero se tranquilizó enseguida. Magdalena escuchaba en silencio. Luego sacó el termómetro y se lo puso a Nora en el oído izquierdo. Tras mirar la pantalla digital, dirigió a Erica una sonrisa tranquilizadora.

—Suena de maravilla y no tiene fiebre. Ahora circula por ahí mucho virus, seguro que sus hermanos se han llevado a casa alguno de la guardería. Como es muy pequeña, no voy a indicarte ningún medicamento, hay muy pocas pruebas de que los preparados que existen sean eficaces en niños de tan corta edad. Lo que sí te aconsejo es que procures darle bastante líquido. Puedes ponerle un humidificador junto a la cuna, y sentarte un rato con ella en el baño con el agua caliente corriendo en la ducha también le aliviará los síntomas. El vapor ayuda a disolver la mucosidad.

Magdalena le dedicó a Erica una mirada cariñosa.

—Está estupendamente. Salvo que tiene un poco de tos normal y corriente.

—¿Seguro?

—Seguro. Y deja de mirar en Google.

Erica esbozó una sonrisa.

—Ya, ya lo sé. Es que no consigo deshacerme de la preocupación.

Magdalena se inclinó hacia delante.

—Ya se te pasará —dijo—. Todo está en orden. Es una niña sana y fuerte.

Erica exhaló un suspiro entrecortado.

—Gracias, Magdalena. Eres un tesoro. Me he convertido en una persona horrible que viene aquí a todas horas y reclama un tiempo valiosísimo al menor síntoma. Incluso en domingo. Después del trabajo que hiciste en el extranjero, pensarás que aquí somos lo peor cuando acudimos al médico por cualquier achaque.

Magdalena meneó la cabeza.

—Puedes venir cuando quieras. Y una tosecilla es mejor que el tifus y la disentería, para variar.

—¿Te costó mucho dejar atrás todo aquello? Después de tantos años en Médicos Sin Fronteras, el centro de salud de Tanumshede te resultará banal, en cierto modo.

Magdalena le sonrió y volvió a negar con la cabeza. Luego miró a Nora, que la recompensó con una amplia sonrisa.

—La miseria y el dolor que puede soportar el ser humano tienen un límite. Creo que llegó un momento en que había cubierto la cuota de niños que se me morían en los brazos. Niños que habrían podido salvarse si hubieran nacido en otro lugar. Además, yo era la única que podía cuidar de mi madre cuando se agravaron los síntomas de la ELA que sufre.

Magdalena se agachó y le dio a Nora una palmadita en la mejilla regordeta.

—¿Estuvisteis ayer en el restaurante de Gabriel? —preguntó.

—Sí, fue una maravilla tener un poco de tiempo sin niños. Y la comida, increíble.

—Espero que les vaya bien. Es un reto enorme poner en marcha un restaurante de alta cocina en Fjällbacka. Pero si otros como Äng y Fäviken lograron que la gente acudiera en masa a un rincón perdido, supongo que no será imposible.

—Vaya, no sabía que fueras tan buena comidista.

Erica dejó a Nora en la sillita y le puso el cinturón.

Magdalena se alisó la cola de caballo.

—A falta de un hombre, lo que me llena es la comida.

—No me creo que no tengas admiradores. Será que eres muy exigente.

—No todo el mundo tiene la misma suerte que tú. Aquí la oferta es escasa. O están casados o viven con su madre.

Erica se echó a reír, pero luego miró muy seria a Magdalena.

—¿Tienes contacto con tus amigos de antes?

Magdalena negó con la cabeza.

—No, nos perdimos la pista cuando me fui de aquí después del instituto. Quién se iba a imaginar que Ellen y Gabriel terminarían casándose. Jamás lo habría pensado.

Erica carraspeó un poco.

—Jocke acaba de separarse. Volvió a Fjällbacka poco antes del verano, pero seguro que ya lo sabes.

Magdalena levantó las manos como protestando.

—Eh, no me mires así. De eso hace treinta años. Ni siquiera lo he visto desde que volvió. Seguro que a estas alturas está medio calvo, tiene un buen barrigón y gafas de culo de vaso.

Erica sonrió para sus adentros. Todo el mundo sabía en Fjällbacka que entre Magdalena y Jocke hubo algo en su día. Los dos representaban ese amor de juventud que muchos pensaban que iba a perdurar. Jocke, que había hecho carrera en la NHL en Canadá y, poco después, varias inversiones de éxito. Ahora había vuelto a casa, con más edad y con más dinero, y todavía muy capaz de enamorar a cualquiera.

—Sintiéndolo mucho, tengo que decepcionarte sobre ese particular. Hoy está más guapo si cabe. Con el encanto de unas entradas grises, en buena forma.

Magdalena protestó de nuevo.

—No me interesa. Lo mejor que podemos hacer con el pasado es dejarlo enterrado. Anda, vete a casa y deja correr el agua caliente para aliviar a la peque.

Erica la miró.

—La inauguración oficial de ayer coincidió con el trigésimo aniversario de la desaparición de Sofie.

Magdalena soltó un suspiro.

—Lo vi. Si hasta le dedicaron un apartado en el programa *Nyhetsmorgon*. —Se volvió hacia su mesa un instante, antes de continuar—. Tras la desaparición de Sofie, todo cambió. Ellen, Sofie y yo estábamos muy unidas. Pero el vacío que dejó, todas las preguntas que nunca hallaron respuesta… Creo que la vida de todos nosotros cambió en aquel momento. Yo debería haberla acompañado a casa esa noche. No debí permitir que se marchara sola de la fiesta. Pero era una adolescente. Joven y tonta. Egoísta. Si la hubiera acompañado, quizá todo habría sido distinto.

Erica posó la mano en el brazo de Magdalena.

—Claro, adivinar el pasado es fácil. El único responsable es quien se la llevó.

Nora empezó a toser otra vez, un ataque prolongado y persistente.

—Agua caliente. Mucho líquido. Humidificador —repitió Magdalena mientras acariciaba la mejilla de Nora, que le correspondió con una sonrisita desdentada—. Y muchos mimos.

—Eres la mejor.

Fueron juntas hasta la entrada y Magdalena les abrió la puerta. Erica le lanzó un beso, pero ella respondió medio ausente. Por la expresión de su cara, Erica dedujo que ya tenía la cabeza en otro lugar.

—¡Qué éxito el de ayer!

Bengt Hagman colmaba todo el espacio con su presencia. En condiciones normales, Allan se consideraba un hombre de estatura media, pero él conseguía que se sintiera pequeño. Endeble. Y no solo por la estatura de Bengt, que medía cerca de dos metros, ni por su enorme corpachón. También su voz era capaz de invadir cada milímetro de cualquier habitación.

—Sí, no fue mal —dijo Yvonne—. Lo típico de los comienzos, sumado al hecho de que Gabriel es un perfeccionista y no está nunca satisfecho. Pero eso es condición indispensable para un cocinero que apunta tan alto como él.

—Un perfeccionista, sí. Y también se ve a la perfección en el balance de cuentas. La reforma del Gröna Lid ha costado dos millones y pico más de lo presupuestado.

Allan se retorcía por dentro. No soportaba hablar de dinero. No soportaba depender de la inversión de Bengt y Jocke. Yvonne y él tenían una buena situación, la venta de la marisquería que él había regentado durante muchos años en la plaza les proporcionó una buena suma de dinero. Pero no bastó para financiar la nueva apuesta de Gabriel.

—Miraremos las cuentas —dijo Yvonne—. Veremos dónde podemos ahorrar en lo sucesivo. Pero lo más importante en estos momentos es que le mostremos a Gabriel nuestra confianza. Tiene que poder centrarse en darlo todo en el restaurante.

Su voz resonó demasiado insistente para que a Allan le gustara. Bengt y Gun, su mujer, eran sus mejores amigos desde hacía muchos años, incluso antes de que Sofie y Jocke empezaran a ir al mismo colegio, pero siempre detectaba un tono de inferioridad en su voz cuando hablaba con ellos. Siempre le impresionó mucho su dinero, su estatus. Bengt había levantado de cero una exitosa empresa de importaciones ya en los años ochenta, y en Fjällbacka todos veían en él a un hombre en condiciones de comprar lo que quisiera. Esas cosas no significaban nada para Allan, pero para Yvonne las apariencias lo eran todo.

Bengt apartó la vista de Yvonne y miró a Allan.

—Por supuesto que confiamos en Gabriel. Y disfrutamos muchísimo de la cena de ayer. Aunque no me pareció la ocasión ideal para celebrar la inauguración. Por supuesto que compartimos vuestro sufrimiento, y comprendo que el día de ayer debió de ser durísimo para vosotros, pero…

Yvonne lo interrumpió y, por una vez, se dirigió a Bengt con un punto de dureza en la voz.

—La ocasión era perfecta. Fue una forma preciosa de honrar a Sofie, de honrar su recuerdo.

—Nosotros también echamos de menos a Sofie —dijo Bengt con cierta ternura en la voz, por lo general tan potente—. Era un encanto de muchacha. Y, créeme, muchas veces he pensado que, si no nos hubieran invitado a cenar aquella noche y Jocke no hubiera podido celebrar la dichosa fiesta, quizá… Pero tanto Jocke como yo pensamos que… Bah, da igual, lo hecho, hecho está. Y el estreno ha ido bien.

Gabriel entró corriendo. Por una vez, no tenía el pelo bien colocado y venía con las mejillas encendidas.

—¡La primera valoración! ¡El diario *Göteborgs-Posten* estuvo en el restaurante ayer! Tuvo que ser aquella pareja, la de la esquina, me pareció que la mujer estaba tomando notas en el teléfono. Escuchad:

¿Creen que es buena idea abrir un restaurante de alta cocina en la pequeña localidad de Fjällbacka, con mil

habitantes diez meses al año y decenas de miles de visitantes solo durante los otros dos? ¿Creen que el cocinero Gabriel Rudberg, nacido y criado en Fjällbacka, será capaz de preparar platos del nivel que se requiere para conseguir que los amantes de la cocina y la restauración acudan a esta localidad situada a ciento treinta kilómetros al norte de Gotemburgo? La respuesta es un sí rotundo. El entrante de vieiras en una nube de azafrán con una emulsión de albahaca se deshace en la lengua. Es como degustar un trozo de mar. El primer plato, caballa a la plancha sobre mantequilla, de un rústico sorprendente, con acompañamiento de una salsa de pepino templada, aceite de ajo de oso y una crema a base de nata eleva un pescado tan básico a un nivel que jamás creí que podría alcanzar. También probamos la sopa de cigalas sobre un fondo de cocción, lo que demuestra que el chef posee un profundo conocimiento del equilibrio entre los distintos sabores. Este último plato venía servido con una oblea crujiente a base de macroalgas. Esta planta marina negra tan desagradable, que a simple vista parece tan difícil de domesticar, también pudimos degustarla después, lo crean o no, en forma de helado. El leve sabor salado de las algas en el helado completaba a la perfección la base tierna de bizcocho de almendras, y me sorprendí a mí misma al confesar ante mi acompañante que creía haber encontrado el postre perfecto. Gabriel Rudberg no solo ha satisfecho las expectativas de una periodista gastronómica exigente y refinada, sino que las ha superado con creces, lo que ya no sucede muy a menudo. De modo que me quito el sombrero y deseo de verdad que tan arriesgada apuesta resulte rentable. El de Gabriel Rudberg es un restaurante de alto nivel internacional, y no creo que me equivoque si afirmo que pronto veremos en Fjällbacka un nuevo tipo de turismo extranjero. Los aficionados a la gastronomía del mundo entero peregrinarán hasta aquí para probarlo. ¡Bravo!

Yvonne soltó un grito. Allan se puso de pie muy despacio, incapaz de mostrar su alegría con la misma falta de disimulo que su mujer, pero el orgullo bullía en su interior como la gaseosa. Los recuerdos de todas las horas que había pasado en la cocina con Gabriel cuando era joven lo inundaron de pronto, y sintió un dulce cosquilleo por todo el cuerpo.

Aunque el cocinero que tenía delante era ya un hombre hecho y derecho, Allan solo veía al niño. A su querido Gabriel.

—¡Enhorabuena, muchacho! —Bengt le dio a Gabriel un buen apretón de manos—. ¡Buen trabajo! ¡Buen trabajo! ¡Ya sabía yo que no me equivocaba al apostar por ti!

Allan miró a Yvonne a los ojos. Tantos años como habían compartido, todo el dolor que habían sufrido y con el que aún vivían. En ese instante, todo había quedado atrás.

Muy despacio, se acercó a Gabriel. Cruzaron una mirada cómplice. Todo el amor que nunca fueron capaces de expresar en palabras, pero que siempre había estado presente a pesar de las dificultades, se hizo patente en ese instante. Cuando Allan abrazó a su hijo, acudieron las lágrimas. Las primeras lágrimas que derramaba en treinta años.

Come Out and Play — The Offsprin

Fin de curso. ¿Qué quieres que te diga? Empecé la mañana con una gran bronca con mi madre. Había pensado ponerme la camiseta corta color amarillo chillón y la falda de volantes blanca. Guapísimo. Llevaba varios fines de semana tomando el sol en el jardín para estar morena. Pero mi madre armó una bronca monumental. Me obligó a ponerme un vestido. La odio.

Y claro, nadie dijo nada de lo que se había puesto Gabriel. La misma ropa negra tan rara que lleva siempre. Y lápiz de ojos. Parece un puto retrasado, pero nadie dice nada. Mi top, en cambio, no es «apropiado». No es justo, joder.

Lo de acabar secundaria es a la vez una alegría y una lástima. Ellen, Magdalena y yo hemos estado juntas todos los días desde que

empezamos en séptimo. Ellas también van a estudiar en Strömstad, pero no estaremos en la misma clase. Ellen piensa estudiar Sociales, yo, Economía y Magdalena ha elegido Ciencias, claro. Siempre ha sido la más lista de las tres.

Pero bueno, esta tarde hemos quedado en Badholmen. Ellen ha propuesto que nos arreglemos en su casa. Voy a pedirle a Aino que me ayude con la coleta. Es que no me sale derecha ni a tiros. Y pienso ponerme la camiseta corta y la falda. Las llevaré en el bolso y me cambiaré allí, solo que no se me puede olvidar cambiarme y ponerme otra vez el vestido antes de volver a casa.

Espero que a él le guste cómo voy. Creo que el vestido corto de color azul que llevaba el sábado le gustó, y la camiseta amarilla es más o menos del mismo estilo. Es una pasada. Cómo se puede querer tanto a alguien. Hace unas semanas vi en vídeo El lago azul*. A lo mejor esa es la única forma de que podamos estar juntos. Quedar atrapados en una isla desierta. Solo nosotros dos. Nadie más.*

Miércoles

—¿TRES días para conseguir un permiso de exhumación? ¿A qué empleado de la fiscalía has ayudado a esconder un cadáver?

Farideh Mirza observaba a Patrik con expresión extrañada y los brazos cruzados.

—Bueno, he cursado un par de solicitudes así con anterioridad y resultó que estaban bien fundamentadas. Así que supongo que gozo de cierta confianza en el tema de las exhumaciones. Y que, por razones lógicas, tengamos el consentimiento de la mujer siempre ayuda.

Patrik señaló a Edith Lomander, que se encontraba en el cementerio, a unos metros de ellos. Patrik le había aconsejado que no fuera, pero la mujer insistió. Además, el cementerio de Fjällbacka era un lugar público y ella aún no estaba detenida, de modo que no había mucho que pudiera hacer, salvo desaconsejárselo con vehemencia.

—¿Crees que dice la verdad y que mató al marido con anticongelante?

Patrik se encogió de hombros.

—No tengo ningún motivo para no dar crédito a sus palabras.

—¿Y sus hijos? —preguntó Farideh—. ¿Qué dicen ellos? ¿No han puesto objeciones al hecho de que saquemos a su padre de la tumba?

—Los hijos parecen más interesados en sacar a su madre de la casa para poder venderla. Diría que les da igual que vaya a la cárcel

o a una residencia.

—Joder. —Farideh negó con la cabeza con desaprobación y miró a Edith Lomander—. Imagínate cómo debe de ser traer hijos al mundo y criarlos para descubrir después que se han convertido en personas horribles y avariciosas. Que todo el tiempo invertido en educarlos ha sido en vano.

—Bueno, tener hijos es una lotería. Uno solo puede hacerlo lo mejor posible y confiar en que sea suficiente.

Hacía un día precioso, casi cálido para la época del año, con lo que su misión en el cementerio se les antojaba más absurda todavía. Patrik y Farideh estaban a diez metros de la sepultura, mirando mientras la excavadora hacía su trabajo.

El cementerio se encontraba en el centro del pueblo, justo al pie de la mayestática iglesia de granito, que podía verse desde cualquier punto de Fjällbacka. La tumba de Tage Lomander se hallaba en la parte más baja, donde había setos bien recortados entre las hileras de sepulturas. La lápida resquebrajada y la ausencia de flores daban fe de que nadie se había preocupado mucho por ella desde el entierro celebrado treinta años atrás.

—¿Qué dice Mellberg? Un asesinado de hace treinta años…

Martin Molin jadeaba un poco cuando llegó adonde se encontraban. La vida con un recién nacido había limitado bastante el tiempo de que disponía para salir a correr, y el breve paseo por el cementerio se hizo notar.

Patrik se encogió de hombros.

—Desde que Rita completó el tratamiento con buen pronóstico, creo que podríamos levantar el cementerio entero sin que su estado de ánimo se alterase.

Martin les sonrió con un brillo en los ojos.

—Algo de eso hay, sí —dijo antes de dirigirse a Farideh—. ¿Y qué pasará cuando hayáis sacado el ataúd?

—Pues lo llevaremos a medicina forense para realizar las pruebas de toxicidad. Porque ya sabemos lo que buscamos. Y sí, si hay material suficiente para efectuar el examen y resulta que contiene lo

que asegura Edith, tendrá que pasar los últimos años de su vida en la cárcel.

Martin miró a Edith, que estaba inmóvil observando cómo sacaban el ataúd.

—¿Y qué posibilidades hay de que encontréis algún rastro después de tanto tiempo?

—Bastantes. Con la técnica de cromatografía de gases-espectrometría de masas podemos encontrar cantidades ínfimas de sustancias químicas. Lo más probable es que analicemos huesos, dientes y cabellos, según las condiciones de la tumba, porque no creo que haya mucho tejido blando.

—Bueno, yo le he dado a Edith el nombre de un buen abogado, por si acaso —dijo Patrik en voz baja—. El infierno que tuvo que pasar debería ser una circunstancia atenuante. Y el hecho de que, en el fondo, no habría tenido por qué contarlo debería serle favorable, porque podría haberse llevado el secreto a la tumba.

—Bueno, pero en realidad no está bien matar al marido. Para eso inventó Dios el divorcio —dijo Farideh en tono seco.

Patrik y Martin intercambiaron una mirada. Patrik trataba de recordar si Farideh estaba separada. Y se dio cuenta de que sabía poquísimo sobre la experta criminalista Farideh Mirza.

El ataúd estaba ya a la altura del suelo. Con mucho cuidado, lo sacaron del hoyo con ayuda de unas correas y lo dejaron en la tierra junto a la tumba.

Los técnicos de Farideh, con los monos blancos de rigor, se acercaron al ataúd. Uno de ellos miró el agujero donde había estado enterrado y empezó a gesticular enseguida.

—¿Qué demonios?

Patrik miró extrañado a Farideh, que tenía una arruga en la frente.

El técnico les indicaba con gestos que se acercaran, y gritó algo que no pudieron oír. Su compañero también empezó a agitar las manos con ansia.

—Vaya, parece que han encontrado algo —dijo Farideh, y se dirigió rauda a la tumba.

Patrik y Martin se apresuraron a seguirla.

Cuando llegaron al agujero, miraron hacia donde señalaban los técnicos. Patrik alargó el cuello y se inclinó todo lo que pudo para ver el fondo lo más de cerca posible. Entonces se le erizaron todos los cabellos del cuerpo, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El esqueleto de una mano sobresalía entre la tierra y unas ramas de abeto que aún no se habían podrido del todo. Pero reconoció un anillo. Un anillo que había visto muchas veces en su vida.

—¡Ay, mierda!

Martin estaba blanco como la cera. Agarró con fuerza el brazo de Patrik sin apartar la vista del agujero.

—Acordonad la zona —dijo Farideh bien alto, con tono autoritario —. Y llamad a los demás integrantes del equipo. No podemos cometer ningún error.

Patrik y ella intercambiaron una mirada.

Habían hallado a Sofie Rudberg. Llevaba treinta años allí. Enterrada a la sombra de la gran iglesia de granito.

La gente tenía miedo al dolor. Como si fuera algo que hubiera que evitar a toda costa. Pero el dolor no se podía evitar. Formaba parte de la vida, igual que la suerte y la alegría. Antes todo el mundo lo sabía. Sabía que los niños podían morir. Que la vida podía tocar a su fin en cualquier momento. Era un elemento integrante de lo cotidiano. La gente sufría. Y seguía viviendo. Hoy la gente se quedaba anquilosada en el dolor. Dejaba que la devorase por dentro. Dejaba que se extendiera sobre todas las cosas como una manta húmeda, una manta que no dejaba ningún resquicio para que entrara la luz.

Aino Lönnrot estaba mirando por la ventana. Algo ocurría en el cementerio. Coches de policía, gente vestida con trajes raros como de astronauta. Ella sentía hasta lo más hondo el dolor que venía del cementerio. No el que siempre estaba allí, ese dolor que ella sentía reposando tranquilo y seguro sobre las lápidas grises. Hoy se trataba

de algo diferente. Un dolor cortante, ardiente. Un dolor que necesitaba vía libre.

Se levantó despacio y buscó la rebeca con la mirada. Era un buen día. Un día en el que lo veía todo a través de una lente de claridad. No sabía cuánto iba a durar. A veces eran unas horas, en el mejor de los casos, un día entero. En otras ocasiones, unos minutos. Y nunca era consciente de cuándo llegaba la bruma otra vez. Solo sabía que, tarde o temprano, la envolvería de nuevo. Así que tenía que apresurarse. Mientras aún sabía que la necesitaban. Mientras aún podía ser útil.

Encontró la rebeca en la cama. Doblada a la perfección. Había pertenecido a su madre, que, además, la había tejido. Cuando se la ponía, podía sentir su presencia en cada punto. Y sentir los aromas de la Carelia. Solo tenía dos años cuando su madre partió con ella a Suecia, pero había oído esas historias tantas veces que le parecían recuerdos.

La sensación de dolor iba creciendo, y Aino se apresuró a coger la rebeca. Había que dejar escapar el dolor, liberarlo. Su madre siempre decía que el oído es el último sentido que abandona a los muertos y que, como plañideras que eran, su misión consistía en ayudar al muerto a que se oyera su dolor. Incluso después de la muerte.

Aino miró el pasillo con cautela. Todo estaba en calma y en silencio, solo se oía el sonido del televisor de una de las habitaciones. Se dirigió a la puerta con paso raudo. Una vez fuera, se envolvió mejor en la rebeca, a pesar de que hacía buen tiempo, y se dirigió a la verja del cementerio. Nadie se fijó en ella, todos estaban concentrados en lo suyo.

Una vez dentro del cementerio, se detuvo un instante, aspiró el aire, aspiró el dolor. Un grupo de personas se había reunido alrededor de una tumba del fondo, y Aino recorrió el camino de grava, pero se detuvo al llegar a la tumba de los soldados alemanes. No tenía por qué ir más allá. En aquel punto ya podía sentir los espíritus en lo más hondo de su ser, los espíritus que lloraban su

dolor y su lamento. Uno de más edad, otro más joven. Por uno de ellos ya había entonado ella antes su canto.

Aino los sentía con toda claridad, como si pudiera verlos allí delante con las manos extendidas, deseosos de que les ayudara a liberar el dolor que soportaban, el dolor de una muerte muy temprana. El dolor de quienes se habían ido demasiado pronto era distinto del que sentían quienes se habían marchado a su hora. Aquel era más afilado, más cortante, Aino lo sentía en los huesos.

Respiró hondo y sintió el aire correr por su garganta hasta los pulmones. El aire encontró el dolor, encontró la melodía adecuada para liberarlo en lo más hondo de su ser, donde ahora vivían sus espíritus. Y Aino empezó a cantar. Cantó tonos que ascendían hacia el cielo azul claro. Cantó de tal modo que las notas sobrevolaron el cementerio para llegar hasta sus restos terrenales. Y las notas llevaron consigo el dolor de los espíritus y lo propagaron al viento.

A cada tono, a cada bucle de melodía, una melodía que les pertenecía a ellos, solo a ellos, se aligeraba el peso del dolor sobre sus hombros. En su canto latían muchas generaciones de plañideras: su madre, su abuela, su bisabuela y más atrás aún. Siglos de plañideras la acompañaban y se unían a su canto. Cantaba con los muertos, para los muertos, para sus familiares. Cantaba a la muerte. Y a la vida. La muerte solo era el principio.

Un recuerdo empezó a agitarse en su conciencia. Un recuerdo enterrado mucho tiempo atrás, escondido en lo más hondo bajo las dudas y bajo un amor perdido. Trató de atraparlo. De traerlo más cerca de la superficie. Pero entonces aparecieron las brumas y la envolvieron.

—¿Dónde está Mellberg?

Martin cogió un bollo de la bandeja que había llevado Annika.

—Está llegando; Rita y él han aterrizado esta mañana temprano.

Patrik miró de reojo la bandeja, pero trató de controlarse. La medida del contorno había empezado a aumentar sin control de un modo preocupante últimamente.

—Resulta un tanto difícil imaginarse a Bertil en una tumbona en Gran Canaria, ¿no? ¿O es cosa mía? —dijo Martin, y se sentó en una de las sillas junto a la ventana.

—No hay quien lo reconozca —resopló Annika—. Jamás pensé que diría tal cosa, pero casi echo de menos al Bertil Mellberg cascarrabias de toda la vida.

Como si sus palabras se hubieran hecho realidad, en ese momento apareció en primer lugar Ernst, el perro de Mellberg, caminando a trote corto y, acto seguido, cruzó el umbral el protagonista de su conversación. Annika le puso a Ernst un cuenco de agua.

Patrik se volvió hacia Mellberg y estuvo a punto de atragantarse con el café. El jefe de la comisaría venía muy cambiado. Ya se habían acostumbrado a que siguiera rapándose la cabeza desde el tratamiento de Rita, pero el color de la cara era nuevo. Comparado con su tono de bronceado, el Doctor Sol parecía un cadáver.

—Estupendo… bronceado.

Martin se mordió el labio para no echarse a reír.

—¡Aceite de coco! Esa es la clave. Me ponía aceite de coco todas las mañanas.

A pesar de que su querida Rita acababa de superar el tratamiento después de un cáncer, el cáncer de piel no se contaba, al parecer, entre las grandes preocupaciones de Bertil.

Gösta Flygare entró detrás de Mellberg y se sobresaltó al verlo.

—¡Madre mía!

—Lo sé, más fresco que una rosa silvestre. Mucho sol y mucha piña colada. Por Dios, si hubiera sabido lo estupendo que es ir a esos Islotes Canarios, habría empezado mucho antes.

—¿Ha venido Paula contigo?

Patrik miró a su alrededor en busca de la colega que faltaba para que estuviera la plantilla completa.

—Llegará enseguida.

Mellberg se sentó en su sitio, y Ernst se tumbó con la cabeza sobre sus pies.

Al ver la bandeja de bollos, el comisario se abalanzó sobre ella.

—¡Por fin, comida de verdad! Esa es la única objeción que le pondría al extranjero. Aquellas dichosas tapas por la mañana, al mediodía y en la cena. Suerte que Rita me ha acostumbrado un poco a lo exótico, pero comer así todos los días… Qué va, esta noche toca arenque y puré de patatas.

En ese momento llegó apresurada Paula Morales, la hijastra de Mellberg.

—Perdón, tenía que ir al baño. ¿Habéis avanzado algo?

—No, te estábamos esperando —dijo Patrik—. Pero ya estamos todos, así que ¿empezamos?

Miró a Mellberg, que, a fin de cuentas, era el jefe de la comisaría, a pesar de que todos, salvo él mismo, sabían que en la práctica era Patrik quien dirigía el trabajo diario.

—Yo acabo de llegar de vacaciones, así que empieza tú. Espera que aterrice al menos. Madre mía, en cuanto uno se va, pasan cosas. Por cierto, Hedström, hay que ver la cantidad de canas que vas teniendo ya, ¿eh? Ten cuidado, no sea que la parienta te cambie por un modelo más joven.

Martin ahogó una risita y Patrik lo miró con ira mientras tomaba nota de que Mellberg echaba mano de otro bollo.

—Pues muy bien. —Patrik carraspeó un poco—. El domingo pasado, una mujer llamada Edith Lomander vino a la comisaría para confesar un asesinato de treinta años de antigüedad, el asesinato de su marido. Como es lógico, teníamos que verificar los datos, de modo que solicité el permiso de exhumación, que llevamos a cabo esta mañana. Y cuando desenterramos el cadáver de Tage Lomander, el marido de Edith, encontramos algo más debajo del ataúd, escondido bajo lo que a buen seguro fue en su día un lecho de ramas de abeto. Habrá que esperar la confirmación del examen forense, claro, pero los huesos que encontramos son, seguramente, los restos mortales de Sofie Rudberg.

Aunque todos conocían la noticia, la mayoría de los presentes prestaba la máxima atención. Mellberg dejó en la mesa el bollo a medio comer.

—Sofie desapareció sin dejar rastro hace treinta años —continuó Patrik—, y creo que todos sois conscientes del interés que el caso ha despertado a lo largo de los años, incluso a escala nacional. En los últimos tiempos, ese interés se ha incrementado de nuevo debido al trigésimo aniversario, que se celebró el sábado pasado.

Annika negó despacio con la cabeza. No había podido probar el café que tenía delante.

—Pobre criatura —dijo—. ¿Lo sabe ya la familia?

—No, todavía no —dijo Patrik—. Pero quiero ir a darles la noticia en cuanto terminemos la reunión. Los rumores se extienden rápido en Fjällbacka, y quiero que lo sepan por nosotros.

Gösta se levantó y se sirvió más café. Se lo veía muy afectado.

—Fíjate, al final la hemos encontrado —dijo.

La mano le temblaba un poco mientras levantaba la cafetera.

Patrik asintió.

—Sí, treinta años es mucho tiempo. Tenemos por delante una tarea enorme: la de, con un poco de suerte, determinar por fin qué le ocurrió a Sofie. Gösta, tú participaste en la primera investigación y serás una fuente de información crucial en este caso.

Gösta, que acababa de sentarse, asintió con expresión grave. Annika se aclaró la garganta, quizá para esconder un sollozo, observó Patrik.

—O sea, el primer punto del orden del día es informar a la familia. —Patrik volvió a mirar la bandeja. Eran los bollos caseros de Annika, y le rugía el estómago de hambre—. Gösta, tú los conoces, así que vendrás conmigo. En cuanto regresemos, nos volvemos a reunir.

—No sé si yo… —comenzó Gösta, pero no terminó la frase.

Patrik lo miró inquisitivo, y su colega se encogió de hombros.

—Sí, claro, voy contigo.

Patrik hizo tintinear las llaves del coche.

—Más vale acabar cuanto antes.

Gösta soltó un hondo suspiro y se levantó.

—Otra vez hemos visto a Aino en el cementerio. —Gun miraba muy seria a Ellen por encima de las gafas—. Ya sabes que no tenemos medios para estar vigilándola las veinticuatro horas, no estoy segura de que este sea el lugar adecuado para ella.

Ellen dejó en la mesa unos documentos que, a fin de cuentas, no tenía ganas de revisar. De nuevo salía a relucir el mismo tema.

—Por favor, Gun, ya lo hemos hablado, yo me ocupo de mamá.

—Ya, pero no puedes estar aquí todo el tiempo.

Extendió las manos y algunos de los documentos cayeron al suelo.

—Nunca va a ningún sitio, solo al cementerio —dijo Ellen mirando los papeles del suelo sin agacharse a recogerlos. Luego volvió a mirar a Gun—. Y tiene tantos momentos de lucidez que no soporto la idea de llevarla a ningún sitio con un montón de… Bueno, ya sabes lo que quiero decir. Yo asumo toda la responsabilidad, y procuraré tenerla más vigilada todavía. Elsa también trabaja aquí, ha estado ausente solo ahora, para ayudar con la inauguración del restaurante. Si contratamos a más per…

—Ya he hablado del tema con Bengt, y la economía no lo permite. Esto no es un centro de beneficencia, es un negocio que tiene que dar beneficios. Bengt y yo jamás habríamos invertido en él si no hubiéramos pensado que íbamos a obtener un rendimiento económico. Y ahora, después de cómo se ha excedido Gabriel del presupuesto destinado al restaurante…

Ellen se pasó la mano por la corta melena en un gesto de frustración. Tenía que calmarse.

—Gabriel gestiona el restaurante. Yo gestiono la residencia de Åldersro. Junto contigo. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Puede que sí, pero lo que intento decirte es que Bengt nunca aceptará que llevemos el negocio sin beneficios. Y contratar a más personal teñiría los números de rojo. Y si hay algo que no le guste a Bengt, bueno, ni a él ni a Jocke, por cierto, ahora que se ha incorporado a la empresa familiar, son los números rojos.

Ellen suspiró. En fin, gracias a todos los contenedores marítimos de Bengt procedentes de China podrían permitirse los manjares y el champán de la fiesta de inauguración. Cierto era que tendría lugar algo después de la apertura, pero querían que todo estuviera bien organizado antes de celebrarlo.

—A ver, no ha pasado nada, ¿verdad? —dijo—. A mamá no le pasa nada. Con la de veces que cantó en los entierros cuando yo era pequeña, la de gente que le pedía que fuera al cementerio, que encontraba consuelo en sus cantos. Es lógico que quiera volver.

—Ya, pues yo me pregunto qué estará pasando. —Gun miró con curiosidad por la ventana que daba al aparcamiento, delante del cementerio—. Ha habido un despliegue enorme.

—Nos enteraremos, no te quepa duda.

Ellen se frotó los ojos. Empezaba a notar el cansancio de haber seguido trabajando en Åldersro al tiempo que ayudaba a Gabriel con la inauguración del restaurante. Y, además, estaba la preocupación por su madre. Por otro lado, sabía que Gabriel y ella tendrían que sentarse a hablar en serio tarde o temprano. Nunca parecía el momento oportuno. Siempre se interponía algo. La vida se interponía siempre.

—Voy a echarle un vistazo a mamá, a ver si se puede hablar con ella.

Gun asintió sin levantar la vista del ordenador.

Ellen recorrió los escasos metros que la separaban del cuarto de su madre. Desde que se enteró de que Aino se había ido sola al cementerio otra vez, supo que esa conversación sería inevitable.

Empujó la puerta despacio.

Aino estaba tendida de lado en la cama, con la cara hacia la ventana. Ellen se sentó a su lado y le acarició la espalda despacio.

La mujer se estremeció y se incorporó de golpe.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde estoy?

—Mamá, soy yo, Ellen.

—No me mientas. Eres demasiado vieja.

Cuando Aino se perdía en su bruma, Ellen siempre tenía dieciséis años. Como si se hubiera quedado anclada en esa época de hacía treinta años que la propia Ellen solo deseaba olvidar.

—No puedes irte al cementerio así, sin más.

Ellen le puso la mano en el brazo, pero ella se la apartó bruscamente.

—¡Qué impertinente! A mí no puede decirme nadie adónde puedo ir y adónde no.

—Has estado cantando otra vez. En el cementerio.

Ellen trataba por todos los medios de atravesar la niebla, de encontrar un resquicio por el que acceder al cerebro de su madre, o allí adonde aún era posible llegar. Los instantes de lucidez eran cada vez menos frecuentes, y cada vez le resultaba más difícil aceptar que la mujer que ella conocía estaba desapareciendo o, al menos, aceptar que los últimos treinta años se habían esfumado. En la bruma de Aino, era como si nunca hubieran existido. Todos los cumpleaños, los nacimientos, los bautizos, las Navidades, las vacaciones de verano con los nietos, cuando Aino se tumbaba con ellos bocabajo en el embarcadero para pescar cangrejos. Miles de recuerdos así que ahora, por lo general, se encontraban fuera de su alcance. Unos recuerdos con los que había dejado sola a Ellen.

—Sí, a eso me dedico yo. A cantar. Me ocupo del dolor. Mira. Tengo un libro en el que voy plasmando mis notas.

Aino alargó el brazo hacia el cajón de la mesita de noche, y Ellen sabía muy bien lo que iba a mostrarle: el cuaderno color lila lleno de anotaciones con la letra antigua y estilizada de su madre. El cuaderno del dolor, como ella lo llamó siempre, en el que había ido plasmando los momentos de dolor que había compartido.

Sacó el cuaderno del cajón y se lo mostró entusiasmada a Ellen.

—Mira. Hoy también he escrito unas notas. —Arrugó la frente—. Estoy segura de que he escrito algo. Aquí. La fecha de hoy. Y la hora, las 09.31. «Dos almas, una mayor, otra más joven. Una partida demasiado precoz. La joven. Añoranza. La mayor. Ira. A esa le había cantado ya antes. Un alma luminosa, otra oscura. Pero todas las almas merecen su plañido, ya sean oscuras o luminosas».

—Muy bien, mamá —dijo Ellen con dulzura—. Es muy bonito.

—¿Por qué me llamas mamá? Solo Ellen, mi hija, puede llamarme así.

—Lo siento, Aino. Te llamas Aino.

Se le hizo un nudo en la garganta. Acarició la mano de su madre, aún lisa y casi sin arrugas.

—Intenta descansar un poco. Y avisa si quieres salir.

—Iré adonde me parezca —murmuró la anciana, antes de tumbarse de nuevo y cerrar los ojos.

Ellen retiró con cuidado el cuaderno de entre las manos de su madre y lo devolvió a su sitio. Cuando se marchó de la habitación, Aino dormía profundamente.

—¡Aquí viene servidora con un poco de comida!

Kristina entró por la puerta y Erica dio un suspiro tan hondo que Nora se sobresaltó en su regazo. Lo de llamar antes de entrar no iba con su suegra. Además, Patrik le dio la llave una vez que estuvieron fuera una semana, y Erica estaba sopesando las posibilidades que tenía de recuperarla llegado el momento.

Trató de calmar a Nora mientras Kristina seguía hacia el interior de la casa.

—Me he dado cuenta de que les dais mucha comida basura a los niños. Los *panini* Billys y los *nuggets* de pollo y cosas por el estilo. ¿Sabes cómo hacen los *nuggets*? Hace años vi en la tele un programa de Jamie Oliver donde intentaba mejorar la alimentación en los colegios de Inglaterra, y los *nuggets* están hechos de ternilla, piel, vísceras, en fin, todas las porquerías que puedas imaginar. Y luego están todos los aditivos que lleva la comida rápida. Quién sabe qué efectos tendrán a la larga, cáncer, alergias…, seguro, o sea, que todo eso es veneno para los niños.

—Bueno, no solo les damos… —comenzó Erica, pero Kristina ya había entrado en la cocina y había empezado a vaciar las bolsas.

—Si vinierais a nuestra casa alguna vez, podría darles comida casera de verdad. En el microondas los alimentos pierden un montón de nutrientes.

Erica negó con la cabeza. Pero, sí, hacía mucho tiempo que no iban a casa de Kristina y Gunnar.

—¿Erica?

El tono afilado de Kristina indicaba que lo que venía no era un cumplido.

—¿Sí? —respondió Erica, suspirando para sus adentros.

No podía negar que Kristina les ayudaba a ella y a Patrik a conseguir que las cosas funcionaran, pero a veces el precio le parecía demasiado alto.

—Aquí tienes unos biberones. Y leche materna en polvo. ¿Aún no has conseguido que Nora coja el pecho?

Esta vez, Erica suspiró con todas sus ganas.

—No, no quiere, así que se me inflamó. Y cuando empezó a perder peso, Magdalena Bergström me dijo que era mejor que pasara a utilizar un sustituto.

—Pero, madre mía, ella, que es médico, debería conocer la importancia decisiva de la leche materna para el sistema inmune. ¿Es que ya no aprenden nada en la carrera de Medicina? Teniendo en cuenta que ha estado trabajando en África, debería saber hasta qué punto es crucial. El doctor Gerald siempre insistía mucho en que debía alimentar a Patrik y a Lotta solo con leche materna. El biberón era una opción impensable.

Algo cayó con un ruido sordo en la cocina, pero Erica no tuvo fuerzas para ir a comprobar qué era.

—¿Fue fácil siempre? —continuó Kristina—. ¡Por supuesto que no! Durante las primeras semanas de Patrik, yo tenía los pezones tan agrietados que la sangre se mezclaba con la leche. Pero las nuevas generaciones de padres pensáis ante todo en vuestra comodidad, claro, no en lo que es mejor para los niños.

Kristina no paraba de hacer ruido en la cocina, y Erica apretaba las mandíbulas con tal fuerza que empezaban a dolerle.

—Yo no puedo inmiscuirme en vuestras decisiones, pero sí procurar que al menos los mayores coman algo que alimente. He hecho una lasaña y un pudin de pescado. Todo ecológico. Ni aditivos ni vísceras.

La recién descubierta pasión de Kristina por la salud surgió después del infarto de Gunnar y, por bienintencionada que fuera, ya empezaba a sacar de quicio a todos los que tenía a su alrededor. Incluido el propio Gunnar.

Erica se imaginó la reacción de los niños ante la noticia de que había pudin de pescado para cenar. En honor a la verdad, ya llevaban un tiempo recurriendo con frecuencia a los platos preparados y la comida semielaborada, pero con cuatro niños pequeños, uno de ellos recién nacido, regía la ley de la selva. Se negaba a sentirse culpable.

—Gracias, Kristina, qué detalle —le respondió tratando de que pareciera que sentía lo que decía.

Nora sollozó un poco en su regazo, hizo una mueca y se estiró, pero siguió durmiendo.

—Ya sabes que no es bueno que se acostumbre a dormir en brazos, ¿verdad? Porque entonces no podrá dormir en otro sitio, tienes que acostumbrarla a dormir en la cuna.

Kristina estaba en el umbral del comedor. Erica abrió la boca para soltar un comentario mordaz, pero Kristina ya había vuelto a la cocina.

—Me pregunto qué estará pasando en el cementerio —dijo Kristina mientras abría el frigorífico—. Fíjate, desde que hice el curso de genealogía me parece mucho más interesante ir al cementerio. Imagínate la cantidad de destinos que se esconden tras los nombres de las lápidas.

—Perdona, ¿qué has dicho del cementerio?

Erica se irguió en el sofá.

—Madre mía, cuántos refrescos tenéis aquí, eso sí que contiene un montón de aditivos, ¡por no hablar del plástico! ¿Sabes que Sylvia me ayudó a rastrear nuestra familia hasta el siglo XVI, y…

—¿Qué dices que pasa en el cementerio? —insistió Erica impaciente.

—Hay un despliegue increíble —respondió Kristina—. Coches de policía y un montón de técnicos con esos monos espaciales que llevan siempre. Han acordonado la zona. He intentado hablar con Patrik, pero como nunca responde cuando lo llamo por teléfono…

Erica se inclinó para coger el móvil y mandó un mensaje con una mano mientras sostenía a Nora con la otra.

El cementerio?

Vio que Patrik lo había leído, pero comprobó con frustración que no le respondía.

—¿Puedo tirar estos restos a la basura? —preguntó Kristina desde la cocina—. No huelen muy bien que digamos, y no te imaginas lo que puede germinar en los restos de comida de varios días. Deberías poner la fecha a los *tuppers* cuando los guardas en el frigorífico. Las bacterias perjudiciales para el estómago pueden amenazar a todo el sistema, pueden provocar cáncer y hasta se ha demostrado que la flora intestinal afecta al cerebro.

Erica hizo caso omiso de Kristina y le escribió a Patrik otro mensaje, algo más exigente en esta ocasión:

Si no me dices qué está pasando,
empiezo a llamar a todo el mundo.

También ahora vio que lo había leído. Esperó, lista para elevar la apuesta si era preciso, pero entonces recibió un mensaje de Patrik:

No puedes decírselo a NADIE!
Creemos
que hemos encontrado el cadáver
de Sofie Rudberg. Vamos a casa de
Yvonne y Allan para comunicárselo.

Qué co… Se le aceleró el pulso de tal modo que se le enturbió la vista.

Dejó a Nora a su lado en el sofá con mucho cuidado. La pequeña se estremeció un poco, pero después de parpadear varias veces, se calmó de nuevo.

Las ideas se le arremolinaban en la cabeza sin hallar dónde centrarse. Sofie. Localizada.

La desaparición de Sofie era una inmensa herida abierta para toda Fjällbacka, a pesar de los años transcurridos. Y aunque la editorial de Erica habría querido que escribiera sobre el caso, a ella le resultaba imposible. Sin embargo, esto lo cambiaba todo. Por fin existía la posibilidad de poner punto final. Y también una historia que ella podría contar, desde el principio y hasta el momento en que hallaran respuesta a todas las preguntas.

—¡La has acostado! Bueno, no está mal que prestes atención a lo que te dice tu anciana suegra, resulta que yo también tuve hijos, así que sé de lo que hablo. Y sobre lo de la leche artificial, que sepas que todavía no es tarde.

Erica se levantó apresurada.

—¿Puedes echarle un ojo a Nora? Tengo que mirar una cosa en mi despacho.

—Sí, claro, pero…

—¡Gracias!

Erica salió corriendo escaleras arriba. Al encender el ordenador sintió esa pasión tan familiar que siempre experimentaba cuando empezaba una historia. Abrió el navegador y buscó noticias sobre la desaparición de Sofie. Para cuando Patrik llegara a casa, tendría mil preguntas que hacerle.

—No parecías muy seguro de querer venir. ¿Es por alguna razón en particular?

Patrik miró de reojo a Gösta, que iba en el asiento del copiloto. Acababan de pasar la cerrada curva de Mörhult y pronto girarían a la

izquierda hacia la casa de Yvonne y Allan Rudberg.

—Bueno, nunca es agradable notificar una muerte —dijo Gösta secamente.

Patrik tuvo la sensación de que había algo más, pero no quiso presionarlo. A lo largo de los años había aprendido que con Gösta las cosas llevaban su tiempo. Si no quería hablar, no habría forma de obligarlo.

—Ya, pero yo creo que esta vez lo agradecerán, llevan muchos años esperando respuestas —dijo Patrik ya en el camino de acceso a la casa, antes de parar detrás de dos coches que había allí aparcados—. Y parece que están en casa, no he querido llamar antes.

Se acercaron a la puerta y Patrik respiró hondo antes de tocar el timbre, que resonó en el interior de la gran casa y, mientras esperaban a que alguien fuera a abrirles, miró hacia la derecha, hacia las vistas. Tenía una situación increíble. Justo al final del pueblo de Fjällbacka, en la parte norte, hacia Tanumshede.

—Ya vivían aquí cuando Sofie desapareció, ¿verdad? —le preguntó a Gösta.

—Sí, y no quisieron mudarse. También son propietarios de uno de los cobertizos de la playa, y nadie quiere deshacerse de algo así.

—Normal.

Oyeron unos pasos en el interior y los dos se apartaron para no estorbar cuando abrieran la puerta.

—¡Hombre! ¡Hola, Gösta!

La cara de Yvonne Rudberg expresaba sorpresa. Miró a Patrik.

—Soy Patrik Hedström.

—Sí, ya lo sé. Eres el marido de Erica Falck.

Yvonne cubría el vano de la puerta y a su espalda se atisbaba un amplio vestíbulo con la iluminación atenuada.

—Sí, exacto. ¿Podemos pasar un momento?

Los miró extrañada, y a Patrik le pareció advertir un punto de temor. Pero al final asintió, se apartó a un lado y los invitó a entrar.

—¡Allan! Es la policía —dijo mirando hacia una hermosa y amplia escalera de madera con el pasamanos tallado y una araña de cristal gigantesca en el techo del rellano.

Se oyeron unos pasos rotundos en el piso de arriba y enseguida apareció Allan bajando las escaleras. Era un hombre alto y fuerte de pelo oscuro que ya empezaba a encanecer. Patrik no había hablado con él nunca, pero lo reconoció de todos los artículos que había leído sobre Sofie, y de haberlo visto en el pueblo de vez en cuando a lo largo de los años.

—Podemos pasar al cuarto de estar.

Yvonne se movió con paso raudo por el vestíbulo hasta un salón donde giró a la izquierda, por delante de una gran mesa de comedor.

Los dos la siguieron, y Allan se les unió enseguida. Patrik percibió la tensión que los embargaba. Aunque creía que agradecerían la noticia, no era fácil acostumbrarse a las conversaciones de esa naturaleza. Miró de reojo a Gösta, que parecía ir encogiendo a cada paso que daba.

Patrik casi rebotó al sentarse en la gran rinconera. El cojín no se hundió, así que se quedó literalmente encima del sofá.

Yvonne y Allan se sentaron algo tensos cada uno en un sillón, enfrente de los policías. La mujer se retorcía las manos, que tenía en el regazo. Ni ella ni Allan preguntaron cuál era el motivo de la visita, sino que aguardaron a que Patrik o Gösta dijeran algo.

Patrik se aclaró la garganta y estuvo a punto de caerse de bruces. El duro cojín parecía querer deshacerse de él.

—Esta mañana hemos abierto una sepultura en el cementerio. Cuando sacamos el ataúd que buscábamos para el caso que nos ocupa, encontramos…

Yvonne agarró el brazo de Allan, como buscando algo a lo que aferrarse ante lo que iban a oír.

—Debajo del ataúd encontramos un esqueleto. No podemos confirmarlo del todo antes de que concluya el examen forense, pero tenemos razones fundadas para creer que podría tratarse de Sofie.

Yvonne contuvo la respiración y apretó con tal fuerza el brazo de su marido que los nudillos perdieron el color. Allan, por su parte, se

quedó mirándolos perplejo, como si hubiera visto un fantasma. Poco a poco se fue quedando pálido.

—¿Qué grado de certeza tenéis? —dijo despacio, con un tono de voz débil, inexpresivo.

Un tono que Patrik había oído en infinidad de ocasiones en personas que habían sufrido una conmoción.

—No estaremos del todo seguros hasta que no se haya llevado a cabo la identificación. Se comprobará la historia clínica dental, entre otras. Pero los restos mortales llevan las joyas de Sofie.

Yvonne contuvo de nuevo la respiración.

—¿Su anillo? ¿Y la gargantilla?

—Solo el anillo y los pendientes —dijo Gösta—. La gargantilla, no.

—¡Tiene que ser ella! ¡Tiene que ser ella! Allan, ¡la hemos encontrado!

El hombre no respondió, sino que se agarró fuerte a la mano de Yvonne.

—¿Cómo? ¿Por qué? —dijo.

Yvonne se acercó un poco más a Allan, como si ahora fuera ella la que tuviera que prestarle apoyo.

—Aún nos faltan muchas respuestas —dijo Patrik—. Pero haremos todo lo que esté en nuestra mano para averiguar lo que pasó, lo prometo.

Esperaba que sus palabras inspirasen más confianza de la que él mismo sentía. Un caso con treinta años de antigüedad implicaba que las pistas no solo no estaban frescas, sino que más bien podrían considerarse congeladas.

—¿Cuándo podremos recuperarla para enterrarla como es debido?

Allan parecía haberse repuesto y preguntó con una voz más firme. La voz de quien, en medio del caos, se aferraba desesperado a las cuestiones prácticas.

—Aún no sé cuánto tiempo nos llevará la investigación —dijo Patrik—. Pero os lo comunicaré en cuanto tenga una idea más o

menos clara, por supuesto. Si es que es Sofie, como decía.

Se retorció un poco en el sofá. Era tan duro que empezaba a notar molestias en la espalda. Una prueba más de que ya no tenía veinte años.

—¡Es ella! ¡Lo sé! Tengo el presentimiento. —La voz de Yvonne resonó ansiosa primero, pero luego se fue apagando. Al final, no era más que un susurro—. ¿Es horrible que me alegre por ello? Es la prueba de que ya no tenía esperanza. De que había abandonado toda esperanza respecto a Sofie.

Allan le apretó la mano y le dio unas palmaditas.

—Yvonne, los dos sabemos desde hace tiempo que está muerta. Jamás se le habría ocurrido fugarse o dejarnos voluntariamente. Así al menos podremos cerrar el ciclo. Y tendremos un lugar al que ir a visitarla.

Miró a Patrik y a Gösta.

—Gracias por haberla encontrado.

—No hay nada que agradecer —dijo Patrik. Notó un latigazo en la espalda cuando se revolvió de nuevo—. Como comprenderéis, ha sido pura casualidad. O el destino, si creemos que existe.

—Cuando un hijo desaparece, es lo único en lo que podemos creer —respondió Yvonne con voz queda.

Intercambió una mirada con Allan y bajó luego la vista hacia la mano que aún tenía entre las suyas.

—Tendremos que volver a hablar con vosotros más adelante —dijo Patrik—. Y con Gabriel. Pero os dejaremos que asimiléis la noticia antes de volver.

El duro asiento del sofá casi lo empujó hacia arriba. Notó un crujido en la espalda y, en el silencio de la habitación, le pareció que sonaba como un disparo.

Yvonne los acompañó a la puerta. Allan se quedó sentado, con la mirada vuelta hacia el mar que se veía desde el ventanal.

—Gracias. Desde lo más hondo del corazón. Cuando necesitéis hacernos alguna pregunta, no tenéis más que llamar. Estamos a vuestra disposición. Nadie tiene tanto interés como nosotros en

hallar respuestas. Claro que antes debemos contárselo a Gabriel. A él le afectó muchísimo la desaparición de Sofie.

—Os llamaremos —dijo Patrik, y luego le estrechó la mano a Yvonne. La tenía helada.

Camino del coche, Patrik se detuvo un instante. Respiró hondo un par de veces.

—Siempre resulta igual de duro —dijo Gösta.

—Sí, mierda, siempre igual de duro. ¿Puedes conducir tú?

Patrik le lanzó las llaves a Gösta sin esperar a que le respondiera. Fueron en silencio todo el camino de vuelta a la comisaría.

—¡Vais con retraso! Estamos completos y tenemos una lista de espera tan larga como mi brazo. Y esta noche, además, algunos invitados importantes, el jefe municipal, el de turismo y el director ejecutivo de la principal empresa de viajes en bus organizados a Fjällbacka.

Gabriel Rudberg contempló el comedor. ¿Cómo podía estar en esas condiciones? ¿Es que no comprendían la gravedad del asunto?

—Aún veo migas de pan en algunas mesas, las copas no están bien secas, la *mise en place*, que debería estar lista, no lo está. ¡Esto es inaceptable!

Gabriel se secó la frente con cara de frustración. Que algo así pudiera ocurrir… No podía más, ¡qué demonios! El personal se limitaba a callar y mirar al suelo. Como si nadie entendiera nada.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡Tenemos montones de cosas que hacer! ¡En marcha!

Por fin se pusieron en movimiento. Gabriel volvió a la cocina.

—Aficionados de mierda —masculló.

Ellen se volvió y cerró el grifo.

—Puedo quedarme a ayudarte un rato más, luego tengo que irme al trabajo.

—¿Dónde está Ludvig? —Gabriel buscó con la mirada por la cocina. ¿Cómo podía su hijo ser tan descuidado?—. ¡Tendría que

haber llegado hace una hora!

—Parece que se ha quedado dormido, pero ya viene. Anoche estuvo fuera hasta tarde.

El dolor de cabeza sordo que llevaba todo el día notando le estalló de pronto, y Gabriel cerró los ojos. Respiró hondo varias veces.

—Tanto salir de fiesta… Yo a su edad me centraba en el futuro. No andaba emborrachándome por ahí. Y, desde luego, no llegaba tarde al trabajo.

—Solo tiene diecinueve años.

—Diecinueve años tenía yo cuando conseguí mi primer trabajo en un restaurante de Londres. ¡Y ya te digo yo que jamás habrían tolerado que llegara tarde!

—Bueno, él tiene otras ambiciones. Elsa, en cambio, sí que quiere lo mismo, solo que tú no lo ves.

—Ella es muy joven. Todavía no sabe lo que quiere. Es más útil trabajando extra contigo en Åldersro.

Ellen dejó el plato que tenía en las manos.

—Te estás contradiciendo. Solo es un año menor que Ludvig, solo que a ella aún la ves como a una niña pequeña. Hizo un trabajo de primera cuando estuvo ayudando en la apertura, esto le encanta, ¿cómo es posible que no lo veas?

—¡Bah! Ahora mismo no tengo tiempo para estas discusiones, joder, que tengo un restaurante que dirigir. Mándale un mensaje a Ludvig, dile que tiene que presentarse aquí ¡ahora mismo!

Le estallaba la cabeza. Gabriel cogió una cacerola y la estampó contra el fregadero de modo que resonó en toda la cocina.

—Gabriel…

Su padre acababa de llegar, pero Gabriel no había reparado en su presencia. Tenía una expresión muy seria. Esa cara un tanto decepcionada que tan bien conocía.

—Ya sé, ya sé —dijo Gabriel con un suspiro. El dolor de cabeza empezaba a remitir por fin—. Un buen cocinero no debe gritar y debe comportarse. Me lo has dicho miles de veces.

—Gabriel…

Él guardó silencio. Algo en el tono de voz de su padre le dijo que no estaba así por su arrebato.

—La han encontrado.

Las palabras rebotaron contra el frío acero y los azulejos de la cocina. A Ellen se le cayó el plato que estaba a punto de secar. Se estampó contra el suelo y se hizo añicos.

Ninguno de los dos tuvo que preguntar a quién se refería.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo?

Gabriel se apoyó en el borde del fregadero. La habitación le daba vueltas, y el tiempo retrocedió treinta años. Todo lo que ocurrió aquel último día le vino de nuevo a la cabeza, cada detalle, cada doloroso segundo se hizo sentir en su cuerpo.

—Mamá quiere que vayas a casa. Que estemos juntos.

Era como si el pecho fuera a estallarle. El corazón le latía salvajemente, y Gabriel notó un sabor a sangre en la boca. Miró a su alrededor en la cocina. Un espacio seguro para él. El único lugar del mundo donde se sentía él mismo. Donde se sentía alguien que valía algo.

—No puedo. —Tenía la boca seca—. No puedo. Hoy estamos llenos. Es que no puedo.

—Por favor, Gabriel.

Allan lo miraba suplicante. Ellen lo estaba observando, entonces miró a Gabriel a los ojos. Se colocó a su lado y le apretó el brazo. Con el calor de su mano consiguió que se le apaciguara el corazón.

—Gabriel tiene que estar aquí. Voy a avisar a Gun para que llame a alguien que me supla. Yo también tengo que estar aquí.

Por un instante, pareció que Allan iba a protestar. Luego se acercó a Gabriel y apoyó la frente en la suya, y a él se le llenaron los ojos de lágrimas. Una mano vigorosa le rodeó la nuca y, al menos por un momento, se relajó un poco.

Acto seguido, el padre de Gabriel se dio media vuelta y se marchó. Justo cuando su figura había abandonado la cocina, entró Ludvig a la carrera.

—¡Buenas! Perdonad el retraso. Anoche me acosté un poco tarde y se me olvidó poner el despertador del móvil y me he quedado dormido como un tronco.

—Ponte a trabajar ya. Pero ya —dijo Gabriel en voz baja.

Cogió la cacerola que había lanzado contra el fregadero, la secó y la colocó en su sitio. Apartó todos los recuerdos que se le agolpaban en la memoria.

—Ellen me ha pedido que esté pendiente de Aino.

Magdalena dio unos golpecitos en la puerta abierta del pequeño despacho de Åldersro.

Gun Hagman levantó la vista del escritorio y se encajó las gafas en la frente. Los años que Magdalena estuvo con Jocke no llevaba gafas de cerca, pero el rostro era igual en muchos aspectos, hasta el punto de que se vio transportada a la época que pasó con él, a todas las tardes y las noches que pasó en casa de la familia Hagman.

Tragó saliva varias veces, se obligó a apartar los recuerdos.

Magdalena se alegraba de que Ellen hubiera tomado la iniciativa de reactivar el centro de mayores de Åldersro. Cuando era pequeña, fue allí a ver a su abuela en numerosas ocasiones, su abuela Erna, su único bastión en la vida.

—¿Cómo está tu madre? —dijo Gun.

Como si le hubiera leído el pensamiento a Magdalena. Se le tensó el cuerpo y sintió algo parecido a un espasmo en los músculos de la espalda. Trató de sonreír, pero lo que esbozó fue más bien una mueca.

—Pues, ¿qué quieres que te diga? La ELA que padece se ha agravado un poco y, la verdad, no lo lleva demasiado bien.

Gun dejó escapar un suspiro.

—Me lo imagino —dijo moviendo la cabeza levemente.

Aunque Gun jamás había dicho nada, Magdalena sabía que Monica nunca le cayó bien.

El sudor empezó a brotarle por la espalda y Magdalena se apresuró a decir:

—¿Qué estará pasando ahí fuera? Ahora parece que han empezado a recoger, pero me han dicho que ha habido todo un despliegue policial.

Gun volvió a suspirar.

—Todavía no lo sé, pero no tardaremos en conocer los detalles en cuanto nos lleguen los rumores de unos y otros. Habrá sido una pelea o algo así, a veces veo que los jóvenes pasan el rato ahí por las noches. Y los jóvenes que andan a deshoras por la calle no dan más que problemas.

Hizo amago de levantarse de la silla.

—¿Quieres que te acompañe a ver a Aino? Creo que Elsa está con ella ahora.

—No hace falta, sé dónde es. ¿Hay alguien más a quien pueda echar una mano mientras estoy aquí? Hasta las dos no tengo ningún paciente en el centro de salud.

—Pues mira, si tienes tiempo, podrías echarle un vistazo a Karl-Erik, la herida que tiene en la pierna no termina de cerrarse. Y parece ser que Vera ha pasado toda la noche con una tos horrible.

—Claro, iré a verlos a los dos.

Magdalena abrió la puerta despacio.

Aino tenía la misma habitación que tuvo su abuela. Aunque la habían pintado y remozado un poco desde entonces, los recuerdos acudieron a su memoria. A fin de cuentas, olía más o menos igual que antaño.

Su abuela siempre le brindó un abrazo cálido y amable en el que refugiarse. Ellas dos se comprendían sin hablar. Y siempre tenía caramelos de frambuesa en el cajón de la mesita de noche.

La decoración de Aino era más estoica que la de la abuela, que lo tenía todo lleno de tapetes de ganchillo, de vistosos jarrones y de objetos de adorno. A Magdalena le encantaba ir tocándolo todo, las figurillas de porcelana, los animales de cerámica, los preciosos vestidos de las muñecas. Nunca volvió a ver ninguno de aquellos

objetos después de la muerte de la abuela. Seguro que su madre lo tiró todo antes del entierro.

Aino estaba sentada junto a la ventana mientras su nieta le cepillaba con cuidado la larga melena gris. Magdalena contuvo la respiración: Elsa era la viva imagen de la Ellen adolescente.

Se serenó un poco y adoptó su sonrisa más profesional.

—Hola, Aino. ¿Cómo se encuentra usted hoy?

—¿Cómo que usted? No soy tan vieja, puedes tutearme.

—Muy bien, pues, ¿cómo estás? —dijo Magdalena con la misma sonrisa, y se sentó en el borde de la cama—. Ellen me ha pedido que venga a verte.

—Me encuentro perfectamente. Es solo que me cuesta un poco recordar.

Aino pasó la mano por un pequeño cuaderno de notas.

—Lo sé —dijo Magdalena—. Sé que te cuesta recordar. Pero, por lo demás, ¿te sientes bien? ¿No te duele nada?

Aino negó con la cabeza.

Elsa dejó el cepillo y, tras despedirse con un leve gesto hacia Magdalena, dejó la habitación.

—Sé que he escrito algo importante —dijo Aino aferrándose al cuaderno—. Pero no consigo recordar qué es.

—Sí, son cosas que a veces nos pasan con los recuerdos, incluso aunque no estemos enfermos —dijo Magdalena.

Sacó un tensiómetro y le subió despacio a Aino la manga de la blusa.

—Son casi todo reflexiones. Instantáneas. —Aino acariciaba el cuaderno—. Recuerdos de dolor.

—La tensión es normal, ciento cuarenta y noventa. Espera, que voy a auscultarte también.

Magdalena sacó el estetoscopio del maletín y Aino le ayudó complaciente a desabotonarse la blusa.

—La he sentido. Hoy he sentido su alma. Y sé que hay algo que debería recordar. Algo importante. Algo que ella quiere que recuerde. Pero no consigo localizarlo.

—El corazón suena perfectamente, estás lista para una maratón cuando quieras.

Magdalena sonrió y le dio a Aino una palmadita en la espalda. Cierto que la mujer parecía desconcertada, pero era normal. Sabía que había tenido días peores. Hoy, al menos, parecía que la había reconocido. Pero Magdalena comprendía el sufrimiento de Ellen. Sabía lo devastador que era para los familiares ver cómo un ser querido se iba alejando cada vez más. Y nunca había visto una relación tan estrecha entre madre e hija como la que tenían Aino y Ellen. Cuando Magdalena y ella eran adolescentes, le gustaba muchísimo estar en casa de Ellen. La calma y el amor que reinaban entre ella y su madre estaban muy lejos de lo que ella misma conocía.

—Echo de menos tus sándwiches calientes —dijo Magdalena—. Con mostaza, jamón, piña y queso. No había en el mundo nada más rico.

—Ay, sí, de eso sí me acuerdo. Ellen y tú podíais zamparos hasta cinco cada una. Y a pesar de todo, parecíais fideos.

Aino alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Lo tuyo era una pena. Ojalá yo hubiera hecho más por ayudarte.

Magdalena se tragó las lágrimas que se empeñaban en brotar. Negó con la cabeza y la oscura melena le revoloteó por la cara.

—Estoy bien, Aino. Al final me convertí en una mujer de provecho.

Se levantó de la cama. Sentía que tenía que salir de allí enseguida, antes de que las lágrimas ganaran la partida. No podía permitírselo. Había dedicado décadas a construir esos muros. Había huido a otro continente. Se había enterrado en la posibilidad de reparar, de sanar lo que se había arruinado.

—Vendré a verte otra vez la semana que viene, ahora tengo que ir a echarle un vistazo a Karl-Erik y a Vera.

Aino soltó un resoplido.

—A Vera siempre le pasa algo. Está demasiado pendiente de dónde le duele. ¿Qué era lo que poníais antes en la historia clínica?

PDAV: picor, dolor y ardor de vieja.

—Bueno, eso sería más bien antiguamente.

Magdalena se rio, recogió sus cosas y las guardó en el amplio maletín.

Cuando salió al pasillo, las ganas de llorar empezaron a desaparecer. Se le daba bien meter los sentimientos en una cajita, que luego cerraba con gran cuidado.

Cuando dobló la esquina, se topó con alguien.

—Perdón, iba demasiado rápido —dijo una voz oscura pero melódica.

Magdalena no tuvo que mirarlo a la cara para saber a quién pertenecía. Se trataba de una voz que no podría olvidar jamás. Por mucho que lo intentara. Y vaya si lo había intentado.

Cuando levantó la vista hacia el rostro de Jocke fue como retroceder treinta años en el tiempo.

—Magdalena —dijo él, y alargó la mano como para rozarle la mejilla.

Pero ella se dio media vuelta y salió huyendo de allí.

La impresora escupía un folio tras otro. Erica iba clavándolos en la pared de su despacho en orden cronológico. La cobertura mediática del caso había sido muy amplia a lo largo de los años. Había mucho material. Como era lógico, la mayor parte sobre todo al principio, pero, de vez en cuando, los medios lo retomaban, y la semana previa al trigésimo aniversario de la desaparición, los periódicos llegaban cargados de artículos sobre el caso. Incluso el escritor Leif GW Persson había expuesto sus teorías.

—Voy a darle un paseo a Nora en el cochecito —dijo Kristina desde la planta baja.

Erica asintió vagamente, absorta en su mundo. El mundo de Sofie.

Se quedó plantada delante de la foto que habían utilizado cuando se envió la alerta de la desaparición. Era una fotografía escolar. Una

adolescente desafiante de dieciséis años con una melena oscura justo por debajo de los hombros, los ojos azules, una sonrisa segura y una camiseta de Ace of Base. Como cualquier estudiante de su edad. Eso era lo que parecía.

Según la información de los medios y lo que la propia Erica había oído contar a lo largo de los años, Sofie era una adolescente típica. Una de esas chicas con cierto estatus, pero no de las más populares del instituto. Siempre había tenido buenas notas, pero el año previo a su desaparición, empezó a bajar. Acababa de empezar en el instituto de Strömstad cuando ocurrió la tragedia.

El pánico marcó a Fjällbacka durante varios años tras la desaparición de Sofie. Niños y adolescentes vieron su libertad muy mermada, y el pueblo se veía más solitario que de costumbre por las noches. Aquel suceso no dejó indiferente a nadie. Erica recordaba las largas conversaciones de sus padres, que, sentados a la mesa de la cocina, siempre guardaban silencio cuando llegaban ella o Anna.

Era incapaz de imaginar la tortura de no saber dónde se encuentra un hijo o qué le ha ocurrido. La sola idea de que eso le pasara a uno de los suyos hacía que sintiera deseos de encogerse como una bola y ponerse a gritar.

La puerta se cerró en la planta baja y dedujo que Kristina había salido con Nora. No sabía por qué, le resultaba más fácil concentrarse cuando sabía que estaba sola en casa. Bajó en busca de un vaso de agua. La cocina estaba recogida, no se veía ni rastro del caos matutino, cuando los niños se sentaban a desayunar antes de llevarlos al colegio. Estaba todo tan limpio que arrancó un trozo de papel de cocina y secó una gota del fregadero.

Sintió un punto de cargo de conciencia por la frustración que le inspiraba su suegra, a pesar de lo mucho que le ayudaba. Hasta que abrió el cajón de la basura para tirar el papel y constató que Kristina había dejado el congelador limpio de *paninis* Billys, *nuggets* y pizzas Dr. Oetker. Esa noche tendrían que cenar lasaña, y Patrik y ella, pudin de pescado.

Cuando volvió a subir a su cuarto se detuvo un momento. Adoraba aquel despacho pequeñito, el único rincón de la casa que

solo le pertenecía a ella. Sin ese despacho, jamás habría sobrevivido a cuatro hijos. Los niños, la familia, lo eran todo para ella. Pero a veces también necesitaba tratar de ser la que fue antes de que ellos nacieran. Y el despacho era el único lugar donde aún podía sentirse más o menos ella misma, aunque solo fuera por unos instantes.

La impresora había seguido soltando artículos, y ella los fue clavando en la pared. Ese era siempre el primer paso del proceso. Leer lo que hubiera disponible y elaborar algo así como un mapa visual con todo lo que encontrara. Escribir siempre constituía el último paso del proceso, se requería mucho trabajo previo antes de poder plasmar la primera frase.

Se detuvo cerca de la foto escolar de Sofie mientras bebía agua. Las joyas que llevaba formaban parte de la descripción que emitió la policía. Un anillo con una piedra verde, un par de pendientes con forma de estrella y una gargantilla de plata con medio corazón del mismo metal. En la foto se veían todas. Según las entrevistas con Yvonne, siempre las llevaba puestas. El anillo fue un regalo de su abuela, los pendientes se los regalaron sus padres el día que cumplió quince años, y la gargantilla, Ellen, su mejor amiga.

Una idea le pasó por la cabeza. Sacó el teléfono y le mandó un mensaje a Patrik.

Es por las joyas? Por eso creéis
que el cadáver es de Sofie?

Él tardó unos minutos en responder.

Erica? Qué estás haciendo?

¿Qué podía responder? Lo mejor sería no decir nada de nada. Además, él ya debería conocerla a esas alturas.

Erica se sentó al ordenador y continuó su búsqueda.

De vuelta en la comisaría, Patrik no podía dejar de pensar en la mirada agradecida de Yvonne Rudberg. Y pensar que había vivido en la incertidumbre todos aquellos años…

Echó una ojeada a la cocina.

—¿Dónde está Paula?

—Han llamado de la guardería, Leo tenía fiebre. —Annika se dirigió al fregadero—. Los demás están aquí, y yo acabo de poner una cafetera. Los bollos se han terminado, Bertil se ha comido los siete que quedaban cuando os fuisteis.

—¿Te diste cuenta de que esta mañana, cuando llegó, venía cantando?

Annika negó con la cabeza.

—Pues sí, resulta un tanto desagradable. Un Mellberg de color naranja que va por ahí tarareando *Volare*.

—Esperemos que se le pase pronto.

Hizo un gesto a Gösta y a Martin, que ya se habían sentado. Oyeron que Mellberg se acercaba por el pasillo. En esta ocasión, cantaba *O sole mio*. Ernst, su perro, lo seguía despacio.

—¡Qué día más estupendo! En fin, ya sé que tenemos un caso de asesinato. Una historia muy triste. Pero, bueno, el sol brilla. La sensación de España aún permanece en el cuerpo. La vida, pese a todo…

Nadie sabía muy bien cómo responder a ese discurso, así que Patrik se limitó a soltar una tosecilla.

—Bueno, Gösta y yo ya hemos informado a la familia. Dadas las circunstancias, se lo han tomado bien. Parecían aliviados al saber que el cadáver de su hija ha aparecido, por más que eso ponga fin a la esperanza que aún pudieran conservar.

—Tenemos que encontrar a quien lo hizo —dijo Martin resuelto—. Si es que aún vive, claro está. Han pasado muchos años.

Clavó una mirada sombría en una mancha de café que había en la mesa.

—Como sabéis, yo intervine en ese caso hace treinta años —dijo Gösta con un tono apagado, como si no le saliera la voz del cuerpo

como de costumbre—. Sé que todos habéis leído artículos y habéis oído mucho sobre el tema, pero no os hacéis una idea de lo que es verse metido en un caso así. Hablar con los padres fue horrible. Los amigos de Sofie también estaban desesperados. Llegado el momento, se celebró en Fjällbacka una misa en memoria de Sofie; recuerdo que la iglesia estaba llena a rebosar.

Se aclaró la garganta, tomó un sorbito de café. Patrik habría querido decir algo, pero no tenía palabras.

—Por otro lado, existía un miedo latente —continuó Gösta, ya con una voz más firme—. Porque ahí fuera había alguien dispuesto a hacer daño a los chicos. Los padres llamaban a la comisaría a diario. Exigían que encontráramos al culpable. Vecinos, amigos, profesores e incluso familiares nos mandaban información. Nadie se atrevía a confiar en nadie. A los extraños los consideraban una amenaza. Fue una época oscura. Una época muy oscura.

Patrik asintió. El miedo de la gente podía desembocar en una caza de brujas incluso en nuestros días.

—Tenemos que volver a los orígenes —dijo—. Gösta, podrías recopilar todo el material de la antigua investigación para revisar una vez más cada testimonio, cada dato, cada detalle. De camino a la comisaría he llamado al forense, pero parece que tardaremos en recibir los resultados, así que habrá que empezar por lo que sí tenemos.

Patrik se llevó la taza de café a los labios. Cuando llamó al forense, ya sabía cuál iba a ser la respuesta, pero le fastidiaba de todos modos.

—Además, quiero que repitamos los interrogatorios —continuó—. A la familia de Sofie, a sus amigos. Tenemos que observarlo todo a una nueva luz. Hoy contamos con otros medios. La tecnología ha avanzado muchísimo. Si existe algún material probatorio que podamos revisar, lo haremos. Es posible que entonces pasaran por alto algo, algún detalle que no se exploró.

—La prensa está al acecho —intervino Annika—. También hay que ocuparse de eso.

—Convocaremos una conferencia de prensa para las tres —dijo Mellberg.

Se había inclinado de forma tan inesperada que Ernst protestó yendo a tumbarse a los pies de Gösta.

Patrik suspiró para sus adentros, pero sabía que nada podía disuadir a Mellberg de ponerse bajo los focos. Le encantaba ser el centro de atención entre los micrófonos de los periodistas y los destellos de las cámaras.

—Pues voy a dar el aviso —dijo Annika, y Patrik intuyó la sonrisita que ocultaba detrás de la taza de café.

—Gösta, ¿podrías hacernos un resumen de lo que averiguasteis durante la antigua investigación? Patrik señaló la gran pizarra que Annika había trasladado a la cocina desde la sala de reuniones, espacio que cada vez usaban menos, pues preferían sentarse a trabajar en la cocina.

Gösta se levantó y, con un suspiro, mandó a Ernst de nuevo con Mellberg, que se inclinó para darle una palmadita al animal.

—Tendré que revisar el material para actualizar los detalles. Después de todo, han pasado treinta años. Así que esto será una visión muy general, según recuerdo los hechos.

—Bueno, es un buen comienzo —dijo Patrik.

Gösta cogió un rotulador.

—De acuerdo. Eran sobre las nueve de la mañana del veinte de agosto cuando recibí la llamada de Yvonne Rudberg, la madre de Sofie. A las ocho de la mañana había entrado en el cuarto de su hija para despertarla, porque iban a ir a Uddevalla a visitar a la abuela materna, que celebraba su cumpleaños. Al ver que Sofie no estaba en el dormitorio y que no había dormido en su cama, no se preocupó mucho al principio. Pensó que se habría quedado en casa de alguna amiga. La noche anterior había estado de fiesta y, seguramente, se le hizo tarde. Sin embargo, cuando empezó a llamar a las amigas, comprobó enseguida que no se encontraba en casa de ninguna, y varias le dijeron que se marchó de la fiesta temprano, en dirección a su domicilio.

Gösta soltó un taco en voz baja y dejó el rotulador, que había dejado de funcionar. Cogió otro y siguió anotando en la pizarra nombres e indicaciones horarias.

—Entonces Yvonne se preocupó, como es lógico, y llamó a la policía. Al principio no nos lo tomamos muy en serio, sino que pensamos que se habría ido a pasar la noche a casa de alguna amiga. O quizá a casa de algún chico. Pero cuando empezamos a llamar, las amigas nos dijeron lo mismo que a Yvonne, así que sobre el mediodía tomamos la decisión de iniciar la búsqueda. Enviamos un coche a recorrer Fjällbacka, y la familia y los amigos de Sofie también participaron en la búsqueda. Al caer la tarde, intensificamos el despliegue, puesto que Sofie seguía sin dar señales de vida, y muchos de los voluntarios de Fjällbacka continuaron prestando su ayuda.

Gösta sufrió un ataque de tos y echó mano del café para tomar un trago. Patrik se dio cuenta de que estaba escuchando a su compañero casi sin respirar.

—En torno a las ocho de la tarde, si mal no recuerdo, encontraron el coletero de Sofie en el antiguo puesto de bomberos —continuó Gösta—. Lo identificó su madre, que nos contó que se lo había comprado el año anterior durante unas vacaciones que pasaron en Chipre. Ese hallazgo acentuó la gravedad de la desaparición, y la búsqueda se prolongó varios días. Los buzos exploraron las aguas del puerto y peinamos los bosques de las inmediaciones de Fjällbacka en la medida de lo posible. Pero la extensión de bosque y de agua que examinar era inmensa. Estábamos buscando una aguja en un pajar. Salvo el coletero, no hallamos el menor rastro de Sofie. Y, a partir del momento en que se marchó de la fiesta, no había ningún testigo.

—¿Y qué decía la familia? —preguntó Martin—. ¿Oyeron o vieron algún detalle?

—Los interrogamos a todos. A su madre, Yvonne, al padrastro, Allan, y a Gabriel, el hermanastro.

—¿Qué edad tenía Gabriel cuando Sofie desapareció? —dijo Patrik.

Ya conocía casi todos los detalles del caso, pero oírselo contar a Gösta le otorgaba un valor añadido.

—Gabriel era dos años mayor, así que tenía dieciocho. Aquellos interrogatorios no aportaron gran cosa. Gabriel había estado por ahí con sus amigos, llegó a casa en torno a las once, si no me equivoco, y se fue directo a la cama. Yvonne se había acostado antes, y se despertó cuando Allan llegó a casa después del trabajo, sobre la medianoche. En aquella época, Allan regentaba el restaurante de la plaza, el que hoy se llama Bryggan —añadió—. Ninguno de ellos había visto a Sofie después de que cenara con Yvonne y Gabriel.

Patrik se levantó y se acercó a la cafetera.

—Y en el registro de su habitación, ¿encontrasteis algo?

Se sirvió el café que quedaba y sostuvo en alto la cafetera vacía con expresión interrogante, pero todos negaron con la cabeza.

—Seguro que alguien la vio borracha cuando iba de camino a casa y aprovechó para llevársela —dijo Mellberg—. Algún pervertido que pasaba por allí.

—¿Y cómo iba un extraño que pasaba por allí a conocer el detalle de que había una tumba abierta en el cementerio? —dijo Patrik.

Tuvo que contenerse para no parecer irritado, pero las intervenciones de Mellberg rara vez aportaban nada de valor. Se volvió de nuevo hacia Gösta.

—¿Con qué amigas de Sofie hablasteis en la comisaría?

Gösta había ido llenando la pizarra de anotaciones mientras hablaba, y ahora añadió unos nombres con rotulador negro.

—Tengo que comprobarlo en el material de la investigación, pero así, a bote pronto, recuerdo que hablamos con Ellen Lönnrot, cuyo apellido de casada es Rudberg, Magdalena Bergström, Jocke Hagman y Dan Karlsson.

—¿Dan? ¿Mi cuñado? —preguntó Patrik asombrado.

No tenía ni idea de que Dan tuviera algún tipo de conexión con el caso de Sofie.

—Sí, eso es. Por aquel entonces era el mejor amigo de Jocke.

—Esta sí que es buena. ¿Y los demás asistentes a la fiesta? ¿Cuántos había?

Gösta frunció el ceño.

—Tengo que mirarlo. Pero diría que unas veinte personas. Aunque creo que nos centramos en los más cercanos a Sofie.

—De acuerdo, entonces ahí tenemos un punto más que añadir a la lista. Hablar con todos los asistentes a la fiesta. No podemos limitarnos a suponer que se fue a casa, como dijeron sus amigas. Los adolescentes mienten, eso no es ninguna novedad. Tenemos que rebuscar más hondo en los acontecimientos de aquella noche. Yo puedo hablar con Dan y conseguir más nombres. ¿Encontrasteis algo interesante en el dormitorio de Sofie? Me gustaría ver las fotografías que se tomaron entonces.

Gösta asintió.

—Están en el archivo, pero no parecía que hubiera dormido allí, y no encontramos rastro de forcejeo, ni sangre ni ningún otro indicio de que hubiera ocurrido algo raro. Nuestra conclusión fue que nunca llegó a casa. En cambio…

Le dio un golpe de tos y respiró hondo antes de proseguir.

—En cambio, encontramos un rastro de esperma delante de su ventana. Su habitación estaba en la primera planta, y las ventanas dan al mar. Tomamos una muestra de sangre de Allan y, gracias al análisis del ADN, pudimos descartarlos a él y a Gabriel. También analizamos a sus amistades de sexo masculino, sin resultado. Así que llegamos a la conclusión de que alguien que no se encontraba ni entre su familia ni entre su círculo de amistades estuvo delante de su ventana y, bueno, ya me entendéis.

Patrik tamborileó pensativo con los dedos sobre la mesa. Al cabo de un instante, se puso de pie.

—Mellberg, tú preparas la conferencia de prensa. Los demás dedicaremos el resto del día a revisar el material de la antigua investigación. Después decidiremos a quiénes vamos a interrogar de nuevo.

Gösta puso el tapón al rotulador, lo dejó en su sitio y se apartó de la pizarra.

—Llevo treinta años queriendo dar a Yvonne y Allan Rudberg una respuesta a la pregunta de qué le ocurrió a su niña. Ojalá no sea demasiado tarde. Ya sabemos dónde ha estado el cadáver de Sofie todos estos años, pero no quién le quitó la vida.

Patrik no dijo nada. Aún no tenía respuestas que dar.

The Sign — Ace of Base

Hoy he visto que me miraba. Espero que nadie más se haya dado cuenta. Yo intentaba no mirarlo. No puede enterarse nadie. Lo que pasa es que es tan difícil contenerse. Es como si consiguiera ponerme a vibrar por dentro continuamente. No sé cómo voy a poder vivir sin él. Nunca podré enamorarme de otro, nunca jamás. Si no podemos estar juntos, será un desastre. Tendré que hacerme monja o algo así. O una abuela de esas que viven solas con cuarenta gatos.

La gente ya ha empezado a venir. Fjällbacka es tan aburrida el resto del año que te quieres morir. Por fin empiezan a pasar cosas. No veo el momento de independizarme. No soporto mi casa. Le pregunté a mi madre y a Allan si no podría vivir en Strömstad, a algunos de mi clase sus padres los han dejado, pero qué va. Claro. Son unos imbéciles. De todos modos, aquí tampoco quieren que esté. Y me llevará una eternidad ir y volver en el autobús de Strömstad cada día.

¡Qué calor más increíble hace ya! Cometí el error de ponerme la camisa de franela azul para ir con Magdalena y Ellen a Sälvik en bicicleta. Por poco me muero. No entiendo cómo Gabriel no suda siempre vestido de negro.

Mañana empiezo en el trabajo de verano en el minigolf. Estuve de prueba la semana pasada y me fue bien, pero me costaba acordarme de todo. ¿Y si viene un montón de gente a la vez? Tenemos que encargarnos del minigolf y también de la cafetería.

Voy a ahorrar dinero para comprarme una tele para mi cuarto.Ayer no pude ver Melrose Place, *porque mi madre quería ver un rollo de programa en otro canal. Qué enamorada estoy de Jake,*

por Dios. Le pregunté a mi madre si podía teñirme el pelo como Amanda. Pero me dijo que no. Siempre me dice que no. Me gustaría que mi madre fuera Aino y no ella.

Antes he visto en la tele una persecución en coche en Estados Unidos. Un montón de coches de policía que perseguían a un hombre que había matado a su exmujer y a su pareja, y al final lo atraparon. Qué locura.

Yvonne había pasado la tarde siguiendo la retransmisión. Todos los medios habían informado desde la conferencia de prensa. El jefe de policía tenía la cara de un color naranja muy extraño que le llamó la atención. Se sintió como si estuviera hablando de otra persona, no de su hija. No de su Sofie. Era como si estuviera flotando fuera de su cuerpo. Como si aquello no les afectara, como si no le afectara a ella.

Cuando apagaron el televisor y todo quedó a oscuras, la realidad cayó sobre ella con toda su fuerza. Sentada en el sillón, delante de los amplios ventanales, no veía el mar, solo oscuridad. Veía su imagen reflejada en los cristales. Una mujer envejecida. No la que fue treinta años atrás.

Allan le preguntó si quería que se quedara despierto con ella, pero necesitaba estar sola. Así que, con una última palmadita en el hombro, él le dijo que contara con él si lo necesitaba.

Su vida había comenzado el día que conoció a Allan. Sofie tenía entonces siete años, y estaban solas las dos. El padre de Sofie era un chico al que había conocido en una fiesta en Gotemburgo, solo una noche, en medio de un montón de noches de alcohol y hachís. Las fiestas no se acabaron porque naciera Sofie, al contrario, la llevaba consigo. Siempre se dormía debajo de la mesa en el salón de alguna casa entre el ruido de vasos y de voces bulliciosas, y en medio de una música ensordecedora.

Yvonne sabía que había perdido el control, pero no tenía ningún punto de anclaje, nada a lo que agarrarse para salir del caos en el que vivían Sofie y ella. Hasta que conoció a Allan.

Era cocinero en aquel restaurante de tres al cuarto de la plaza Järntorget donde ella trabajaba de camarera. Era un chico tranquilo, amable, y siempre dejaba que se llevara a Sofie al trabajo, igual que él también se llevaba a su hijo Gabriel. Desde la noche en que la besó en la cocina, ya no hubo vuelta atrás. Era como si una fuerza externa la hubiera agarrado de los hombros y la hubiera zarandeado entera por dentro de modo que todo encajó de pronto. Allan se convirtió en su mundo y, cuando él se fue a Fjällbacka para empezar a trabajar en el restaurante de la plaza Ingrid Bergman, Yvonne y Sofie se fueron con él y Gabriel.

Un mes después de llegar, se casaron en la gran iglesia de granito y, con el tiempo, pudieron quedarse con el restaurante y regentarlo. Bueno, Allan llevaba el restaurante, mientras que ella se ocupaba de los niños y de la casa.

Eran distintos y, sin embargo, iguales. Ninguno de los dos tenía una familia de verdad ni un pasado al que aferrarse. Yvonne había huido de su familia a la edad de quince años. Cuando Sofie creció, inició cierto contacto con su madre, más que nada para que su hija conociera a la abuela y pudiera verla de vez en cuando. Pero era una relación que nunca significó gran cosa para Yvonne. Allan jamás hablaba de sus orígenes, y ella no preguntaba. No tenían por qué saberlo todo el uno del otro. Ahora ellos constituían una familia. No necesitaban a nadie más.

A veces, en los momentos bajos, pensaba que tal vez hubiera sido duro crecer a la sombra del amor que reinaba entre ella y Allan. Nunca fue un amor muy incluyente que digamos. Pero siempre desechaba la idea. Sofie y Gabriel se criaron en un hogar seguro, tuvieron techo y comida, todo lo que necesitaban, sin palabras duras ni golpes resonando entre las paredes del hogar.

Hasta el año anterior a la desaparición de Sofie.

Yvonne ahuyentó los recuerdos. Aquello siempre fue su punto fuerte, no tener pensamientos que no quería.

Se levantó y se acercó a la ventana. Pegó la nariz al frío cristal más que nada para no ver su propia imagen e intuir el mar allá fuera.

Durante treinta años había dicho en infinidad de entrevistas que no se rendiría hasta encontrar a su hija. Y ahora la habían encontrado. Sin embargo, la verdad era que esa posibilidad también la horrorizaba. Mientras Sofie estuviera desaparecida, los secretos del pasado podrían reposar. Ahora todo quedaría desenterrado, al igual que los huesos de su hija habían salido a la luz de una tumba del cementerio de Fjällbacka.

Una parte de ella gritaba en su interior que, a pesar de todo, lo mejor habría sido que siguiera descansando en paz. En realidad, nunca creyó del todo en la posibilidad de que encontraran a su hija.

Cuando Erica se despertó de pronto, se dio cuenta de que el lado de Patrik estaba vacío. No llegó a preocuparse, pues adivinó que lo encontraría en la planta baja. Y, en efecto, allí estaba su marido, sentado en la cocina delante del montón de papeles que tenía esparcidos por la mesa.

—Patrik, vente a la cama, son las cuatro de la mañana.

—Ya voy, solo me falta una caja.

Patrik ni siquiera levantó la vista de los documentos que tenía delante. En el suelo, a su alrededor, y encima de la mesa de la cocina había unas cuantas cajas.

Erica se colocó detrás de él y empezó a masajearle los hombros.

—Quien mató a Sofie lleva treinta años libre como un pájaro. No hay por qué resolverlo en veinticuatro horas.

—¡Aaah, qué bien! ¡Un poco más fuerte!

Patrik echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras Erica le daba un masaje. Luego se espabiló y reanudó la lectura. Erica soltó un leve suspiro. Reconocía la obsesión que ella también experimentaba. Al fin y al cabo, en ese sentido eran iguales.

—Sé que no es urgente, pero me forjaré una idea general de la investigación mucho más completa si lo leo todo seguido. No habrá más noches así, te lo prometo. Soy demasiado mayor para aguantarlo.

Le dio un beso a Erica en la mano que tenía sobre su hombro derecho. Un sonido procedente del piso de arriba los sobresaltó a los dos.

—Ay, Nora se ha despertado. ¿Puedes preparar un biberón mientras voy a buscarla? Luego te haremos compañía mientras se lo doy.

Patrik se levantó y empezó a preparar la papilla. Erica subió deprisa para coger a Nora antes de que su llanto alcanzara tal volumen que despertara a los demás.

—Ya va papá a prepararte el biberón, cariño —dijo Erica al tiempo que cogía a Nora.

Empezó a mecerla despacio mientras bajaba con ella las escaleras. ¡Su adorado tesoro!

El timbre del micro sonó justo cuando entraba en la cocina. Cogió el biberón que tenía Patrik en la mano y se sentó en la rinconera del sofá, a su lado. Mientras Nora engullía con ansia la papilla, Erica observó a su marido al resplandor de la lámpara de la cocina.

—¿Has empezado ya a hacerte una idea? Patrik soltó un suspiro.

—Debo reconocer que realizaron una investigación muy sólida. Entonces la técnica era mucho más limitada, claro está, pero el trabajo de campo lo hicieron a fondo. Más de cien interrogatorios de todo tipo de informantes, desde familiares, amigos y conocidos hasta vecinos.

—¿Hay algún aspecto técnico que podáis revisar con otros medios?

Patrik se revolvió el pelo y dejó más al descubierto la zona de cabello gris.

—No sé si es bueno que hable contigo de este tema, sé muy bien cómo eres. Pero estoy demasiado cansado para ofrecer resistencia. Así que aprovéchate de un hombre roto, responderé a todo lo que quieras saber.

Sonrió cansado y se encogió de hombros con un gesto elocuente.

—Y, en respuesta a tu pregunta, por ejemplo, me gustaría ver si podemos volver a analizar el rastro de esperma que encontraron.

También reunieron una serie de fibras del armario del cuarto de Sofie que quisiera examinar con más detenimiento.

—¿No fue en Inglaterra donde tomaron muestras de ADN a todos los hombres de un pueblo? ¿No podéis hacer vosotros algo así?

Patrik negó con la cabeza.

—Cuestión de recursos. Jamás conseguiría que lo cubriera el presupuesto. Y, además, han pasado ya treinta años, la gente se ha movido. Debería haberse hecho entonces, si hubiera sido viable.

—¿Tú crees que el asesino es de aquí?

La pregunta quedó flotando entre los dos en la oscuridad.

Patrik reflexionó unos instantes antes de responder.

—Es demasiado pronto para aferrarse a nada, así que no partiré de la base de que es así, pero sí, yo creo que fue alguien del pueblo. Fue después de la estación vacacional, alguien de fuera habría destacado enseguida entre los testigos interrogados. Ya sabes cómo son las cosas en Fjällbacka, la gente tiene controlado a todo el que no es de aquí. Y ningún testimonio de la época en torno a la desaparición de Sofie apunta a la presencia de un forastero.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Cuál es el primer paso?

Erica recostó a Nora sobre su hombro y empezó a darle palmaditas en el culete.

—Hablar con la gente. Interrogar de nuevo a los interrogados hace treinta años. Espero que los de medicina forense se den prisa; después de todo, desde el punto de vista técnico hemos avanzado muchísimo, así que esperemos que consigan algo útil que nos permita seguir investigando.

—¿Nunca sospecharon de la familia?

Patrik señaló una de las cajas que había en el suelo.

—La familia siempre es lo primero que investigamos. Pero no había material probatorio que la señalara. Allan e Yvonne estaban durmiendo. Allan declaró que Gabriel estaba en su cuarto cuando él volvió del restaurante. En esa casa se oye todo, si hubiera abandonado su habitación durante la noche se habrían enterado.

—¿Cómo funcionaba la familia? ¿Hay en la investigación algo al respecto?

Nora soltó un buen eructo, y Erica se la tumbó en el regazo y empezó a mecerla.

—Todos los interrogados dijeron que era una familia de lo más normal. Sofie había entrado en el período de rebelión adolescente, pero no peor que cualquier otra joven del país aburrida con el día a día. Iba a fiestas a las que no tenía permitido ir, en algunas ocasiones llegaba a casa bebida y empezó a relajarse con las notas del colegio.

—¿Algún novio?

Patrik negó con la cabeza.

—No que se supiera, desde luego. Algunas amigas dijeron que creían que estaba enamorada de alguien, pero no sabían de quién. Sin embargo, sus amigas más íntimas, Magdalena y Ellen, negaron rotundamente que así fuera. Según ellas, todo eran rumores sin fundamento.

Erica murmuró algo, pensativa. Miró a Nora, que había cerrado los ojos.

—Será mejor que vaya a acostarla, o nos quedaremos aquí toda la noche. Ven a la cama tú también, anda.

—Sí. Me quedan unas cuantas páginas, pero voy al baño un momento.

Patrik pasó corriendo por delante de ella para subir al cuarto de baño.

Erica se dirigió a la escalera, pero luego cambió de idea. Con Nora en brazos, se acercó a las cajas que había en el suelo y eligió una al azar. La empujó enseguida hasta esconderla detrás de la pesada cortina de la sala de estar. Con un poco de suerte, Patrik se habría llevado las cajas del material de la investigación sin contar cuántas eran.

Cuando Patrik bajó del baño, ya estaban las dos en la cama.

Jueves

—¿QUÉ quieres, que me pase el día entero aquí sola? La voz de Monica Bergström, que siempre había sido afilada y dura, sonaba ahora débil y confusa. Magdalena la había oído farfullar muchas veces durante la mayor parte de su niñez y su adolescencia, claro, aunque por otras razones.

—Tengo un trabajo que atender, mamá. Pero el fisioterapeuta llega a las once, y te he dejado la comida en el microondas, no tienes más que darle al botón para calentarla.

Monica hizo una mueca de desagrado: estaba claro lo que pensaba de las palabras de su hija.

Durante la infancia de Magdalena, aquella casa siempre estuvo llena de gente. Desde los inútiles de los novios de su madre hasta sus amigos ocasionales pensaban que en la casa blanca de ladrillos de silicato que había en el barrio detrás del supermercado Coop siempre había fiesta, a cualquier hora del día.

—Tú lo que quieres es que me muera y punto —soltó Monica.

Se arrastró caminando con las muletas hacia la mesa de la cocina, donde Magdalena se había sentado a desayunar.

—Sí, claro, por la herencia tan cuantiosa que me espera.

Magdalena se arrepintió en el acto de su comentario. A su madre nunca le agradaron la ironía y el sarcasmo.

Monica se llevó la mano al pecho con dramatismo. Empezó a gimotear, pero Magdalena ya sabía que no soltaría una sola lágrima. Así era siempre.

—No es fácil, que lo sepas —dijo Monica entre hipidos—. Notar cómo va fallando el cuerpo. Saber que la vida se acabará pronto. Cuando mi cuerpo esté ya frío en el ataúd, te arrepentirás de haber tratado así a tu anciana madre. Y comprenderás lo mucho que sacrifiqué por ti durante años.

Monica elevó el tono del gimoteo y soltó una de las muletas, que cayó al suelo, para poder llevarse a la cara una mano temblorosa. Una mano que debía indicar lo alterada que estaba y, al mismo tiempo, ocultar que no derramaría una sola lágrima, como siempre. Lo tenía todo muy estudiado.

Magdalena ahogó un suspiro. Lo que más la indignaba, o casi, era que Monica parecía creer en su excelencia como madre. Hasta donde le alcanzaba la memoria, su madre había vivido en un mundo en el que la realidad era como ella deseaba, no como era de verdad.

Se levantó, enjuagó el cuenco de yogur y la cuchara y los colocó en el lavaplatos.

—¿Quieres comer algo antes de que me vaya?

Monica aún se cubría la cara con la mano temblorosa y dejaba escapar leves sollozos.

—Siéntate en el sillón, anda, voy a prepararte unas rebanadas de pan.

Magdalena le dio la muleta y, con tanta suavidad como determinación, llevó a Monica hasta el sillón que había enfrente de la tele. Sintonizó un programa de noticias con el mando a distancia antes de volver a la cocina, para preparar un par de rebanadas de pan con mantequilla y queso.

—Al tal Steffo Törnquist le ponía yo un poco de mantequilla también —dijo Monica riéndose—. Tendrías que haberlo visto en el programa *Let's dance*.

Al parecer, su madre ya había llorado bastante. Magdalena hizo una mueca de resignación.

—Creo que tiene pareja, mamá —dijo al tiempo que cortaba un poco de pimiento para ponerlo encima del queso.

—Pues mejor que mejor —dijo Monica con una risa ronca.

Con un suspiro, Magdalena se dirigió al sillón con el plato en la mano, pero se detuvo al ver las imágenes en el televisor. Se había pasado toda la tarde en una reunión en línea con su antiguo equipo de Angola, y se había perdido las noticias de la tarde. Una cara muy familiar la miraba desde la pantalla. La voz seca del periodista del noticiario hablaba mientras por la pantalla se deslizaban unas imágenes de Fjällbacka.

—Una de las desapariciones más notorias de nuestra historia puede estar cerca de resolverse. Tal como informamos ayer, hay muchos indicios que apuntan a que el cadáver de Sofie Rudberg, de dieciséis años, que llevaba treinta desaparecida, ha sido hallado en una tumba del cementerio de Fjällbacka. La policía espera una confirmación formal de que se trata de la joven Rudberg, pero los indicios apuntan a que es ella. El jefe de policía Bertil Mellberg dio ayer una conferencia de prensa.

El plato que llevaba Magdalena cayó al suelo y se hizo añicos. El pan y el pimiento salieron volando.

Monica dio un respingo.

—Pero, por Dios, ¿qué haces? Antes de irte, lo limpias.

Se volvió de nuevo al televisor.

—Ya lo ves, a la esnob de Yvonne Rudberg le ha llegado el karma. Iba por ahí pensando que era mejor que nadie. A algunos los castiga Dios antes que a otros.

Magdalena siguió unos instantes mirando la pantalla, donde se veían unos coches policiales aparcados junto a la antigua estación de bomberos. Luego se dirigió al vestíbulo, se puso el abrigo y salió a toda prisa.

—No te olvides de salar la caballa antes, ayer tuve que parar tres platos cuando estaban a punto de salir. Y cuidado con el adobo, tiene que haber un decilitro de sal por cada litro de agua, y dos cucharaditas de azúcar, un poco de laurel y unos granos de pimienta blanca.

Allan instruía con paciencia a uno de los cocineros más jóvenes. Era un chico prometedor, tenía talento, pero iba a necesitar muchas más horas en la cocina para interiorizarlo.

—Muy bien, papá, yo creía que iba a darme un derrame ayer cuando vi que esos platos iban a salir. ¿Qué es lo que dices siempre? Consistencia, consistencia, consistencia.

Gabriel le dio una palmada en la espalda y continuó fileteando con minuciosidad los gajos de limón para uno de los postres de la noche.

—Había pensado quedarme un par de horas más y luego irme a casa para estar con Yvonne, ¿te parece bien?

—Por supuesto. Yo me las arreglo aquí, ya lo sabes. Ya no soy ningún adolescente al que estés enseñando cómo hacer la bechamel.

—Sé que te las arreglas bien. Pero, ya sabes, la vieja costumbre.

Allan se preguntaba a veces hasta qué punto era positivo que se involucrara tanto en el restaurante. Pero Gabriel le había pedido ayuda, y él nunca supo decirle que no a su hijo.

Allan y Gabriel siempre habían vivido en simbiosis. Los años en que solo se tenían el uno al otro los habían unido muy estrechamente. Cuando Isabelle murió, todo se redujo a una oscuridad inmensa. Gabriel lo guio para que pudiera salir de ella.

—Ludvig, te he dicho que cortaras las zanahorias en juliana, esto que has hecho no sé ni cómo llamarlo. Tienen que ser tiras finas, delgadas, cuanto más idénticas entre sí, mejor.

Gabriel dio un puñetazo de frustración en la encimera de acero inoxidable y, como en tantas otras ocasiones, Allan vio que algo se extinguía en los ojos de su nieto. No se explicaba cómo Gabriel podía estar tan ciego ante lo que tenía tan cerca. No había nada que Elsa deseara más que trabajar en la cocina, pero el cabezota de su hijo hacía ya mucho que tenía decidido que su heredero debía ser Ludvig.

Tal vez quisiera recrear el vínculo que compartían ellos dos como padre e hijo, pero Ludvig no poseía el talento que Gabriel mostró

desde muy pronto y que, bajo la ciudada dirección de Allan, lo convirtió en un cocinero de talla mundial.

—A ver, Ludvig, mira aquí.

Allan tomó con cuidado el afilado cuchillo y le enseñó cómo cortar las zanahorias. Redujo la velocidad para que Ludvig lo viera bien, pero habría podido hacerlo durmiendo y a la velocidad del rayo.

Gabriel se acercó con un suspiro.

—Conmigo nunca fuiste tan blando —dijo.

—Pues claro que sí. Tú tampoco aprendiste en un día —dijo Allan, y siguió cortando—. Y estuviste a punto de perder un dedo en varias ocasiones.

Lo no dicho flotaba como una carga entre ellos. El hallazgo del día anterior en el cementerio. A lo largo de los años, Gabriel y él habían hablado de todo lo habido y por haber, salvo de lo más importante. Era como si Yvonne hubiera marcado ese campo como su territorio desde el principio. Había convertido la escena de la desaparición de Sofie en un monólogo. Tanto Gabriel como Allan lo aceptaron y, además, con gratitud. Pero ahora había vuelto a levantarse el telón. Y esta vez la función sería diferente.

Allan tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la mano firme mientras seguía cortando la zanahoria en tiras muy finas.

—Llévate café, no quiero que te duermas al volante y te mates conduciendo de camino a Tanum.

Erica le plantó a Patrik en la mano un termo de café. Tenía pinta de ir a quedarse dormido de pie.

—Gracias. Por lo menos he conseguido meter todas las cajas en el coche, así que la cocina vuelve a estar despejada.

Le dio un beso en los labios a Erica, que cerró la puerta mientras él se dirigía al coche. Esperó hasta oír que el Volvo se alejaba antes de salir corriendo hacia la cortina del salón.

Nora seguía durmiendo, y había conseguido colocar a sus hermanos en casa de unos amigos, así que Erica podía ponerse a revisar con tranquilidad el contenido de la caja. No tenía ni idea de qué partes de la investigación podía contener.

Cuando empezó a leer, comprendió que le había tocado el premio gordo. Eran los testimonios de los amigos de Sofie. Las experiencias que Erica recordaba de su época de adolescente le decían que, si Sofie tenía algún secreto, lo conocerían sus amigas, no sus padres. Sacó un cuaderno y fue anotando cada vez que reaccionaba a algo. Era interesante leer las palabras adolescentes de Magdalena y de Ellen, tan distintas del modo de expresarse de las adolescentes de la actualidad.

Parecía que en la fiesta de la noche que desapareció Sofie la cosa se descontroló de lo lindo. En un principio habían pensado que solo asistieran unos cuantos, pero el rumor de que Jocke organizaba una fiesta en su casa se propagó a toda velocidad y al final acudieron más personas al gran chalet cercano al campo de fútbol, no solo los amigos íntimos. Un clásico.

La gente llevaba alcohol: cerveza, botellas de aguardiente casero y varias mezclas mágicas de lo que habían encontrado en casa en el mueble bar de los padres. Los testimonios de Magdalena, de Ellen y de Jocke eran los primeros, pero a medida que Erica iba profundizando, fue encontrando también los testimonios de otros asistentes a la fiesta. Todos parecían estar de acuerdo en que Sofie se emborrachó muchísimo. Y en que se marchó a casa sola.

Al cabo de una hora, Erica había revisado la mayor parte del material de la caja, y solo le quedaba por leer un interrogatorio. Se llevó una sorpresa al ver el nombre. Dan Karlsson. Su Dan. O, bueno, en la actualidad, el Dan de Anna. Su cuñado. Dan jamás mencionó siquiera que hubiera acudido a la fiesta. Claro que tampoco es que ellos dos hablaran de la desaparición de Sofie, así que tal vez no fuera tan extraño.

Erica se levantó, volvió a guardarlo todo en la caja y la escondió de nuevo detrás de la cortina. Ya vería cómo arreglárselas para que Patrik no se enterara de que le había birlado una caja.

Subió para ir en busca de Nora, que se estiró en cuanto empezó a despertarse.

—Tranquila, cariño, puedes seguir durmiendo en el carro, vamos a dar una vuelta.

Después de vestirse y de abrigar a Nora, acostó a la pequeña en el cochecito y salió para recorrer paseando el corto trayecto hasta el puerto de Sälvik, donde Dan tenía atracado su barco. Echó una ojeada al reloj y dedujo que Dan ya habría regresado de la pesca de la mañana.

Sonrió al ver desde lejos el gorro de lana de siempre. Debía de tener veinte años por lo menos a aquellas alturas, y sabía que Anna había intentado varias veces que se deshiciera de él.

—¡Hombre, hola! Patrik acaba de irse —dijo Dan al tiempo que sacaba del barco una caja llena de bacalao.

—¿Qué ha pasado? Se supone que iba a la comisaría.

Erica frunció el ceño. No le gustaba que Patrik le ocultara cosas, aunque se ruborizó al pensar en la caja que tenía escondida en casa detrás de la cortina.

—Nada, se ha pasado por aquí un momento.

Dan evitaba mirarla a los ojos.

—¿Quería preguntarte por Sofie y por la fiesta?

Erica le puso el freno al carro y se acercó a Dan.

—A ver. Se supone que no debía contártelo.

Dejó en el suelo la caja que tenía en las manos y se rascó la nuca.

—Conque eso te ha dicho. —Erica enarcó las cejas—. ¿Y tú dirías que lo de ocultarme cosas a mí sale bien en general?

Dan la miraba atormentado. Se conocían desde niños y estuvieron saliendo cuando iban al instituto. Después cortaron, pero conservaron la amistad y, con el tiempo, Dan se convirtió en la pareja de su hermana, Anna.

—Vale, vale, nos tomamos un café y me preguntas lo que quieras. Nunca pensé que esta mañana fuera a tener que contar lo

mismo dos veces. Además, qué demonios, hace treinta años, ha pasado mucho tiempo.

Dan sacó de una cesta el termo de café y dos tazas de plástico. Las llenó y se sentaron en un banco de madera, delante de las cabañas de pescadores.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Todo lo que no se dijo entonces en los interrogatorios. Lo que se podía leer entre líneas, los rumores que no queríais que conociera la policía.

Erica le puso la mano en la rodilla.

—Pero, antes, háblame de aquella noche, de todo lo que recuerdes.

—Pues… —Dan tomó un trago de café y puso mala cara. Estaba ardiendo—. Aquello resultó un poco caótico. Bengt y Gun iban a pasar la noche fuera y, como es lógico, a Jocke se le ocurrió que era una idea genial organizar una fiesta en casa. Bueno, no exactamente, al principio el plan era que fuéramos solo unos pocos, pero era lógico imaginar que se correría el rumor, así que sobre las nueve empezó a llegar un montón de gente. Con bebidas. Nosotros solo teníamos algo de cerveza que había conseguido el hermano mayor de un amigo de Jocke, y alguien les había birlado un poco de Baileys a sus padres. Así que al principio no había nada del otro mundo. Pero luego la cosa cambió.

Erica sopló un poco para enfriar el café y tomó un sorbito.

—¿Y Sofie empezó a beber desde el principio? ¿Era normal que bebiera mucho?

Dan soltó un suspiro.

—Yo no conocía muy bien a Sofie, la verdad, por aquella época conocía mejor a Magdalena, que siempre estaba en casa de Jocke. Supongo que para no estar en casa con su madre.

Erica asintió. Sabía bien quién era Monica Bergström. No podía ser fácil criarse en un hogar como aquel.

—Pero sí, claro, yo veía a Sofie y a Ellen de vez en cuando, eran muy amigas de Magdalena —continuó Dan—. Y ahora que han

pasado tantos años confieso que estuve colado por Ellen un tiempo, pero no me atreví a decírselo.

Erica lo miró sorprendida.

—¿No me digas? Y si yo no hubiera dado el primer paso, tú y yo tampoco habríamos tenido nada, ¿no?

Dan le empujó en broma con el hombro.

—Bueno, volvamos a la fiesta —dijo Erica.

—Vale. Pues, por lo que yo recuerdo, Sofie no era de las que acababan pedo en las fiestas, aunque beber sí que bebía. Pero aquella noche no estaba normal.

—¿En qué sentido?

—Pues por lo general era muy habladora. Charlaba con todos y todo el rato. Pero aquella noche estaba taciturna y más bien sola. Ellen estuvo un buen rato intentando hablar con ella, pero Sofie parecía más concentrada en beber. Y, en fin, también la vi un tanto incómoda con Ellen. Lo normal era que estuvieran siempre riéndose, estaban muy unidas. Pero fue como si Sofie se hubiera convertido en una isla esa noche.

—¿Y no tienes ni idea de a qué podía deberse?

Dan siguió un velero con la mirada.

—No, ni idea. Ten en cuenta que yo era un menor al que habían invitado a beber alcohol y lo que me interesaba era ver cuántas cervezas me metía entre pecho y espalda, más que el drama que las chicas se traían entre manos.

—¿Eran muy dadas al drama las chicas en el instituto?

—Bueno, yo era algo menor que ellas, así que tampoco es que tuviera mucha idea. Jocke y yo nos conocíamos del fútbol y congeniábamos bien. Y me alucinaba la idea de poder ir con ellos a pesar de que eran mayores.

—¿Qué hacían Magdalena y Jocke?

Erica tomó un sorbito de café, que ya se había enfriado un poco. Hacía un día espléndido para sentarse en un banco de madera a contemplar el mar. Las gaviotas los sobrevolaban describiendo círculos en el cielo, con el objetivo puesto en la carga de Dan, que

había echado un tablero encima de la primera caja de pescado antes de sentarse.

Dan se rio.

—¿Esos dos? Lo suyo era un besuqueo constante. Y, como te decía, Magdalena estaba siempre en casa de Jocke. A Bengt y a Gun les caía muy bien. Sabían cómo era Monica, y desde el principio dejaron que se quedara a dormir en su casa. Jocke y ella pasaban juntos todo el tiempo, aunque a mí no siempre me parecía lo ideal, claro. Pero Magdalena era buena gente, así que no quedaba más que aceptar la situación. Luego, cuando a mí empezó a gustarme Ellen, no me importaba para nada estar con Jocke y las chicas.

—¿Jocke y Magdalena no discutían nunca?

—Bueno, tonterías sin importancia y nada más, que yo recuerde. La mayor parte del tiempo no eran capaces de tener las manos quietas. Incluso durante la fiesta se subieron al cuarto para acostarse mientras nosotros nos quedamos abajo animándolos con gritos de aliento en plan neandertal. Lo que ellos solucionaron subiendo a tope el volumen del equipo de música en el cuarto de Jocke.

—Ideal —dijo Erica echando una ojeada al cochecito. Nora seguía durmiendo plácidamente.

—Es muy linda —dijo Dan señalando el carro—. ¿Os arregláis bien?

—Bueno, ya sabes cómo es la vida cuando hay niños pequeños. Pero sí, es lindísima. La que está un poco atacada soy yo. No paro de buscar en Google y de molestar a todas horas a Magdalena en el centro de salud.

—Mujer, es una niña sana. Relájate y disfruta mientras puedas, que luego crecen rapidísimo.

—No me lo recuerdes. Maja vino el otro día a preguntarme si podía abrirse una cuenta en YouTube.

Se sobresaltaron al oír el chillido de unas gaviotas que se disputaban un pez no demasiado lejos de sus cabezas. Una de las dos se alejó graznando con el pez en el pico mientras la otra se unía a la bandada que revoloteaba sobre el barco de Dan.

—¿Algún otro detalle que destacara esa noche, que tú recuerdes? ¿Alguien que se comportara de un modo extraño? ¿Alguien que se marchara al mismo tiempo que Sofie? ¿Algún coche que pasara por delante de la casa y que os llamara la atención?

—Oye, ¿es que estás casada con un policía o qué? —preguntó Dan entre risas—. Qué va, no que yo sepa. Ya te digo que sobre todo estaba concentrado en pimplar cerveza.

Erica asintió.

—¿Y qué me dices de Gabriel? ¿Erais amigos?

—Bueno, Gabriel no era una persona con la que uno quisiera estar. Todos pensábamos que era un poco especialito.

Erica resopló.

—Perdona, ¿de verdad has dicho «especialito»?

Dan reaccionó con una sonrisa bobalicona.

—Bueno, ya sabes a qué me refiero. Era muy suyo. Jocke y yo nos dedicábamos sobre todo a hacer deporte, a hablar de chicas y a ir de juerga. Gabriel era siempre muy serio. Tenía un par de amigos, sí, pero no creo que saliera mucho con ellos, prefería pasar el tiempo en el restaurante de su padre. Y claro, ahora se entiende perfectamente.

Miró a Erica.

—¿Cómo es el nuevo restaurante? Anna me ha dicho que estuvisteis el sábado. Y que os habían servido algo así como un helado de algas, ¿no?

La cara de Dan revelaba lo que la sola idea le sugería.

—Deberías probarlo para salir un poco del preparado de puré de Acke.

—El preparado de Acke es perfecto. Y, desde luego, no tiene algas.

Se puso de pie.

—En fin, tengo que trabajar un poco. No puedo pasarme el día hablando primero con Patrik y luego contigo.

—Sí, te dejo trabajar. Pero llámame si recuerdas algo más.

—Claro. Te doy un toque enseguida.

—Y no le digas…

—… nada a Patrik, ya, ya lo sé. Y te temo más a ti que a él, así que puedes estar tranquila.

Erica le dio un cariñoso abrazo antes de dirigirse al cochecito y emprender la vuelta a casa con paso ligero. Tenía que escribir lo que Dan acababa de contarle mientras aún lo tenía fresco en la memoria.

Gun le sirvió más café a Jocke, que no tuvo fuerzas para decirle que era un hombre adulto que podía ponerse el café solito.

La cocina desprendía un suave aroma a madera añeja. Las cortinas que cubrían la ventana habían perdido el color tras años al sol.

—¿Has visto ya a Magdalena? Sabes que ha vuelto, ¿no? —Le puso a Jocke la mano en el hombro y le lanzó una mirada de lo más elocuente—. Se ve que Monica está bastante mal y necesita ayuda, pero, la verdad, no consigo entender que Magdalena lo haya dejado todo para volver aquí a ayudar a ese ser tan horrible.

Dejó la jarra en la base de la cafetera después de haber servido también a Bengt.

—Pero Gun, mujer, no seas así.

Bengt le afeó el comentario mirándola por encima del diario *Bohusläningen*.

—¡Es que es verdad! ¿No recuerdas cómo se hizo la interesante contigo en la fiesta de los Lions en Badis? Y una vez, en casa de Gitte y Lars-Ove, ¡incluso intentó arrastrarte al baño! Es increíble.

Jocke se rio de buena gana.

—¿En serio que quiso llevarte al cuarto de baño, papá? ¡Me habría gustado verlo!

—Sois un caso —dijo Bengt, y volvió a centrarse en el periódico.

—Bueno, entonces, ¿has visto a Magdalena o no?

Gun se inclinó y puso un poco más de zumo en el vaso de Jocke.

—Ya no es un niño, Gun, puede servirse el zumo él solito —dijo Bengt sin dejar de mirar el periódico.

—Sí, pero ahora ha vuelto a casa, y yo quiero mimarlo un poco, no tiene nada de raro, ¿no? Después de todo el tiempo que ha pasado en Canadá, apenas nos veíamos un par de veces al año.

—Pues a ti lleva toda la vida mimándote —dijo Jocke mirando a su padre con una sonrisa.

—Eso, critica a tu anciano padre. Lo único que quieres es evitar la pregunta que acaba de hacerte.

Jocke se encogió de hombros.

—Me la crucé un segundo en Åldersro cuando fui a verte, pero apenas nos dijimos hola, parecía que tenía prisa.

Gun se lo quedó mirando.

—Hacíais muy buena pareja. Al contrario que con aquella rubia tonta. Pero al final fue mejor así, ya lo sabes.

—Debbie y yo ya estamos divorciados, así que asunto resuelto, ¿no?

Su madre apartó la taza de café que tenía delante.

—Pero ¿cuándo van a venir los niños? Eso podrás arreglarlo, ¿no?

Jocke trató de no pensar en lo mucho que echaba de menos a sus hijos.

—El juzgado de Toronto está ultimando el asunto. Créeme, Debbie no causará problemas, tenemos un acuerdo matrimonial, y lo que le corresponda recibir para bolsos de Gucci y zapatos de Chanel es cosa mía.

Gun miró por la ventana con expresión soñadora.

—Sería una maravilla que Tilda y Elias vinieran por Navidad. Y que organizáramos unas fiestas suecas de verdad, en lugar de toda esa parafernalia americana.

—Canadiense —la corrigió Jocke.

—Lo mismo da, ¿no? —dijo ella, y Jocke prefirió no entrar en ese debate.

Gun fue a levantarse de la silla, pero volvió a sentarse de nuevo.

—Y ahora, con lo de Sofie… —dijo con la voz algo temblorosa—. No sé muy bien si alegrarme o no por Yvonne. Por un lado, lleva años deseando obtener respuestas, por otro, es terrible que la hayan

encontrado muerta, aunque ya sabíamos todos que así era. —Dejó escapar un suspiro—. Y, además, nos espera un buen jaleo con la investigación policial, seguro que querrán interrogarte otra vez por lo de la dichosa fiesta.

—Seguro —dijo Jocke—. Y diré lo mismo que dije entonces.

—¿Magdalena llegó a casarse?

Jocke dio un respingo. Tan radical cambio de tema lo sobresaltó. Había olvidado cómo era su madre.

—Estuvo muchos años trabajando en el extranjero —continuó Gun—, pero igual encontró algún médico atractivo en el hospital de campaña.

—El país no estaba en guerra, así que no creo que se tratara de ningún hospital de campaña. Y no tengo ni idea de si ha estado casada o no.

Mentira. Jocke había seguido a Magdalena en Facebook todos aquellos años. Había estado al tanto de sus viajes al extranjero, del trabajo que realizaba para Médicos Sin Fronteras. Había visto las fotos que subía de Angola, de Sudán, del Congo. La había visto con los pacientes, niños escuálidos de barrigas hinchadas, madres con la mirada perdida, bebés que a duras penas parecían vivos. Había visto fotos de ella con colegas, con amigos, con gente que formaba parte de su vida un tiempo, hasta que partía rumbo al destino siguiente. Pero nunca la vio con ningún hombre.

Su madre no tenía que echar más leña al fuego. Señalar lo evidente. Él era consciente de que no debería haber dejado ir a Magdalena. Ninguna de las que vinieron después podía comparársele. Pero los dos sabían que era inviable. No existía ninguna posibilidad de que lograran construir un futuro común. La desaparición de Sofie lo hizo imposible, los separó de una forma irremediable.

Haberse cruzado con Magdalena unos días atrás había alterado todo su mundo. Ese mundo que con tanto esmero había construido sin ella. Un mundo en el que él la observaba a distancia, mientras hacía lo imposible por buscar algo que jamás lograría encontrar.

Su madre tenía razón. Debbie era una rubia tonta. Por eso se había casado con ella. Si no podía conseguir a Magdalena, no quería estar con nadie que se le acercara siquiera. Prefería lo más distinto posible de una copia a una mala copia que constituyera un doloroso recuerdo de lo que había perdido.

Con mano temblorosa, apuró el zumo del vaso.

Ahora, de pronto, Magdalena y él se encontraban de nuevo en el mismo mundo. Un mundo en el que también existió Sofie.

—Joder, Hedström, tienes pinta de estar para el arrastre. ¿Es que has pasado la noche en vela?

La voz de Martin Molin resonó compasiva cuando se encontró con Patrik delante del imponente chalet de los Rudberg. Sabía cómo era pasarse la noche en vela con un bebé que tenía cólicos.

—Qué va, Nora ha dormido de un tirón, pero me quedé revisando el material del caso. O me pongo a funcionar ahora mismo o me quedo dormido de pie. Yvonne sabe que vamos a visitarla, y Allan está en el restaurante.

—Igual es útil hablar con ellos por separado. —Martin miró con asombro a su alrededor—. Esto es muy bonito.

—Sí, idílico, es lo que creo que quieres decir. Resulta difícil pensar que les haya ocurrido una desgracia tan horrible cuando te ves rodeado de tanta madera labrada y de tan frondosas espuelas de caballero.

—Adelante, adelante.

Yvonne había salido a la puerta a recibirlos.

—Hola, nosotros ya nos conocemos, este es mi colega Martin Molin —dijo Patrik, y los dos le estrecharon la mano a Yvonne.

Ella los guio hacia el interior de la casa.

—Sentaos, he puesto café y acababa de hacer una tarta de manzana. Más me vale mantenerme ocupada para no volverme loca.

Tenía en la voz un tono chillón, y lucía unas ojeras que se parecían mucho a las de Patrik.

—¿Alguna novedad? —preguntó mientras se alisaba la falda y se sentaba en un sillón; Patrik y Martin se acomodaron enfrente, en el sofá, que en esta ocasión le pareció aún más duro.

Patrik negó con la cabeza.

—Estas cosas llevan tiempo. Estamos esperando los resultados de las pruebas y revisando el material de la antigua investigación, y volveremos a hablar con tanta gente como sea posible. Así que, lo siento, sé que ya pasasteis por esto hace treinta años y estoy seguro de que mis colegas os hicieron un montón de preguntas. Y es probable que en esta ocasión ocurra otro tanto.

Yvonne mostró su conformidad con un gesto.

—No pasa nada, nosotros solo queremos respuestas. —Se puso a toquetear un botón del sofá y luego señaló la tarta de manzana—. Servíos un poco.

Patrik era consciente de que ese dulce en concreto no lo podría evitar. El ritual del café con acompañamiento era importante para crear un ambiente relajado en un interrogatorio. Lo que explicaba las dimensiones de la cintura de muchos policías.

—Pensábamos empezar pidiéndote que nos describas lo que recuerdes de la noche en que Sofie desapareció. ¿Qué puedes contarnos de cuando se marchó de casa esa noche?

Yvonne dejó escapar un hondo suspiro.

—He repasado esa noche tantas veces y he pensado tanto en lo que podría haber hecho y no hice… Se me han venido a la cabeza mil ideas que empiezan por un «si hubiera…». Si le hubiera prohibido ir, sin más. Si hubiera ido con ella a Uddevalla la noche antes, como mi madre quería que hiciera. Si, si, si…

Yvonne continuó sin mirarlos. Como si estuviera hablando sola, viéndolo todo otra vez.

—Cenamos a las seis. Sofie y yo. Gabriel tomó algo rápido y salió con los amigos. Allan estaba en el restaurante.

—¿De qué humor estaba Sofie esa noche? ¿La viste contenta? ¿Abatida?

Yvonne se estremeció, como si hubiera olvidado que Patrik estaba allí, sentado frente a ella.

—Era adolescente, apenas respondía cuando le preguntabas, siempre estaba enfurruñada, poco comunicativa. El año previo a su desaparición fue como si se hubiera transformado en otra persona. Pero yo sabía que la mayoría de las adolescentes pasan por esa fase. Adopté la estrategia de sobrevivir hasta que volviera a ser la de siempre.

Yvonne empezó a juguetear con el botón de la rebeca.

—¿Qué pasó después de la cena? —preguntó Patrik.

Tomó un poco de tarta de manzana y notó que se le derretía en la boca.

—Sofie se fue a su cuarto, se maquilló y se cambió de ropa, y luego se marchó. Yo le grité adiós mientras salía por la puerta, pero no me respondió. De todos modos, me sentía tranquila, puesto que iban a casa de Jocke. O sea, Bengt y Gun Hagman son nuestros mejores amigos, y sabíamos que Jocke era un buen muchacho. Además, Ellen y Magdalena también iban a estar en la fiesta. Las chicas siempre se ayudaban entre sí.

Martin se inclinó un poco hacia delante.

—¿Y qué hiciste tú después de que Sofie se marchara?

—Lo normal. Recogí la cocina, vi un poco la tele. Y luego me fui pronto a la cama. Estaba acostumbrada a que Allan llegara tarde del restaurante, así que no me quedé despierta esperándolo.

—¿Y a Gabriel? ¿Lo esperabas despierta?

Yvonne negó con un gesto apenas perceptible.

—No, qué va, tenía dieciocho años. Se habría sentido ofendido si lo hubiera esperado despierta. Además, él no salía muy a menudo. Se pasaba la mayor parte del tiempo con Allan. Así que pensé…, en fin, pensé que era una buena cosa que, por una vez, hiciera algo.

Yvonne se encogió de hombros, casi como excusándose.

—¿Sabes a qué hora te fuiste a la cama? He leído los interrogatorios antiguos, así que sé lo que dijiste entonces, pero ¿lo recuerdas aún? —dijo Patrik, y se sirvió otro trozo de tarta. Era como si no pudiera contenerse.

—Si mal no recuerdo, fue bastante temprano, a las nueve y media. Estuve leyendo un poco en la cama y apagué la luz al cabo de una hora más o menos.

—¿Y qué es lo siguiente que recuerdas? —intervino Martin.

—Pues que Allan volvió a casa y se acostó. Estuvimos hablando un rato, dijo que Gabriel estaba en casa y que se había ido a dormir, pero que parecía que Sofie iba a llegar tarde. Y luego nos dormimos.

—¿No había ningún inconveniente en que Sofie volviera tarde a casa?

Patrik intentó que la pregunta no pareciera una reprobación, pero le costaba creer que, cuando Maja tuviera dieciséis años, él le permitiera volver tan tarde.

—Eran otros tiempos. Hoy es difícil de explicar, pero seguro que tú también lo recuerdas de tu niñez. No había tanto peligro como hoy en día. O bueno… —Se le apagó la voz—. Al menos, eso creíamos.

—Entonces, durante la noche no oísteis nada más, ¿verdad?

Patrik miró de reojo la bandeja con la tarta de manzana. Quizá le quedara espacio para un trocito más.

La mano de Yvonne volvió al botón de la rebeca.

—No, nada. Y yo tengo el sueño ligero.

—¿Qué hora era cuando te diste cuenta de que Sofie no estaba en casa? —preguntó Martin.

Yvonne pasó la mano por la mesa, como si quisiera retirar unas migajas invisibles.

—Sobre las ocho de la mañana. La puerta de su cuarto estaba abierta, así que me asomé. La cama estaba hecha y ella no se encontraba allí. Al principio me enfadé, pensé que habría dormido en casa de alguna amiga sin avisarme. La regla era que, si quería quedarse a dormir en casa de alguien, tenía que llamar y pedir permiso antes de que nos fuéramos a la cama.

—Entonces pensaste que se habría levantado antes que vosotros y se habría ido, ¿no?

Yvonne negó con la cabeza de nuevo.

—Sofie nunca madrugaba. Era capaz de dormir horas y horas si no la despertábamos. Yo había pensado llamarla a las nueve, porque íbamos a ir a ver a mi madre.

—Y después, cuando te diste cuenta de que no había vuelto a casa, ¿qué pasó?

—Llamé a sus amigos. Jocke, Magdalena, que entonces también estaba aquí, Ellen… A algunos compañeros de clase con los que yo sabía que salía a veces. Cuando Jocke me dijo que se había ido a casa sola, me entró el pánico. Y llamé a la policía.

Guardó silencio, con las manos en el regazo.

Patrik se tragó el último trozo de tarta con un poco de café.

—¿Podrías hablarnos un poco más sobre vuestra familia? ¿Qué dinámica seguíais? Si me permites que use un término algo frío.

—¿Qué dinámica? Supongo que funcionábamos como casi todas las familias. Sofie es hija mía y Gabriel es hijo de Allan. Cuando él y yo nos convertimos en pareja, los niños tenían siete y nueve años respectivamente. Nos enfrentamos a los mismos retos que la mayoría de las familias con hijos de relaciones anteriores, pero nada fuera de lo normal. Sofie y Gabriel eran muy distintos, pero, en cierto modo, eso también contribuyó a que no chocaran demasiado. Sofie tenía unas aficiones y Gabriel, otras.

—¿Y Allan y Sofie? Explícame, ¿cómo era su relación? —preguntó Martin.

Yvonne abrió los ojos como platos, como si Martin hubiera insinuado algo impensable.

—Tenían una relación muy buena. Desde luego, Allan hacía todo lo posible para que Sofie sintiera que era tan padre de Gabriel como suyo. Claro que su relación con Gabriel era más estrecha, pero supongo que eso es normal. Compartían el interés por la cocina, de ahí que pasaran mucho más tiempo juntos.

—Antes has mencionado que la vida de Sofie fue algo así como más desordenada el último año, ¿es correcto?

Patrik se retrepó en el sofá. Se sentía como si tuviera un bloque de hormigón macizo en el estómago.

—Sí, el último año empezó a comportarse más como la típica adolescente. Los gritos y los portazos se volvieron frecuentes, y Allan y yo hacíamos lo posible por manejar la situación. Con Gabriel nunca tuvimos ese tipo de problemas. Sofie empezó a saltarse las clases, las notas bajaron un poco, aunque sin llegar a ser un desastre. Yo intenté hablar con ella, pero, en fin, todo caía en saco roto. Confiábamos en que se le pasaría pronto. Había terminado secundaria y empezó bachillerato, y pensamos que quizá el cambio también habría influido.

—¿Sabes si tenía algún conflicto con las amigas? —preguntó Martin.

—No, que yo sepa. Ella, Magdalena y Ellen eran inseparables. Las tres acababan de empezar bachillerato en el instituto de Strömstad, aunque no en la misma opción, pero mantuvieron el vínculo de secundaria, claro. Así que no, nada de conflictos. A veces Sofie refunfuñaba por algo relacionado con alguna de ellas, pero enseguida lo olvidaba.

—Nosotros… —Patrik tomó impulso—. Bueno, mis colegas de entonces localizaron varias pisadas delante de la ventana de Sofie. ¿Visteis alguna vez a alguien merodeando alrededor de la casa? ¿Observasteis algún indicio de que hubiera habido alguien en el jardín?

Yvonne puso cara de asco.

—Qué va, y me quedé conmocionada cuando lo supe. Y, claro, es lo más verosímil, ¿no? Que fuera alguien que tenía por Sofie un interés malsano.

—Esa es solo una de las hipótesis con las que trabajamos —dijo Patrik evasivo—. Pero, entonces, ni visteis ni oísteis nada, ¿verdad?

—No, nada.

El silencio cayó como una losa sobre el salón. Patrik miró inquisitivo a Martin, que negó con la cabeza. Los dos policías se levantaron y le estrecharon la mano a Yvonne.

—Gracias por recibirnos. Y por la tarta. Estaba demasiado buena.

Patrik se dio una palmadita en la barriga.

—Nosotros lo único que queremos es averiguar quién lo hizo —dijo Yvonne—. Pero ahora, al menos, la hemos encontrado. Tendremos un lugar al que acudir a visitarla.

Patrik asintió.

Sobre sus hombros descansaba como una pesada carga la tarea que tenían por delante. Habría querido prometerle que iban a encontrar al autor de los hechos, pero sabía que era imposible hacer tal promesa.

Aino se incorporó hasta quedar sentada en la cama y miró con desconcierto a su alrededor. No reconocía aquel cuarto. ¿Por qué no se encontraba en casa? Ellen se despertaría en cualquier momento.

Sonrió al pensar en su hija. Esa bendición de Dios. Le habría gustado que Peter hubiera podido verla crecer. Su hija solo tenía dos años cuando Peter falleció en un accidente en la obra, pero ella sabía muy bien lo orgulloso que habría estado de su preciosa hija. No había nada en el mundo que ella no fuera capaz de hacer por Ellen. Era su vida.

Aino se levantó de la cama y echó mano de una colcha de flores que colgaba del respaldo de una mecedora.

Seguro que Ellen estaba por ahí con sus amigas. Eran uña y carne las tres, la verdad. A ella le encantaba cuando se juntaban en la cocina de su casa y se ponían a charlar como cotorras sobre todo lo habido y por haber mientras se zampaban un sándwich tras otro. Medio adultas, medio niñas. Y la pobre Magdalena… Que absorbía la vida hogareña con el ansia de quien no la conoce.

Que Monica no comprendiera la joya que tenía… Magdalena era fuerte e inteligente, llegaría lejos en la vida. Pero aquel horror de mujer solo pensaba en sí misma. Con todos aquellos hombres yendo y viniendo. Aino estaba preocupada por Magdalena, por lo que pudiera ocurrirle justo allí donde más segura debería sentirse. Pero ¿cómo podía ayudarle? ¿Quién iba a escucharla? ¿A quién iba a acudir? Lo único que podía hacer era conseguir que la muchacha

sintiera que en su casa tenía un refugio seguro siempre que lo necesitara.

Aino jamás permitiría que un hombre se interpusiera entre ella y Ellen. Había sido una mujer débil, pero sabía que no podía permitirse seguir siéndolo. Ellen era lo único que importaba. Sus sentimientos, sus necesidades, todo lo demás había pasado a un segundo plano. Sería difícil, pero era necesario. Por Ellen.

Acarició despacio la colcha con la mano. No tenía ni idea de dónde se encontraba. Debía de ser porque estaba cansada. Habían sido muchas horas y muy tardías en el restaurante durante la temporada alta del verano y estaba hecha papilla, ni más ni menos. Debería descansar un rato. Dormir un poco. Y estar espabilada para cuando Ellen volviera a casa. Sí, eso pensaba hacer. Dormir un poco. Luego, todo volvería a encajar como siempre.

Se echó en la cama y cerró los ojos. Notaba bajo los dedos la suavidad de la colcha. Muy despacio, sintió que el sueño se apoderaba de ella. Ellen no tardaría en llegar a casa.

I'll Make Love to You — Boyz 2 Men

No sé si debería sentirme diferente, en realidad. Aún noto sus manos, su boca en mi cuerpo. Ya soy una mujer, no una chiquilla. Ha sido mejor de lo que yo creía. Mil veces, millones de veces mejor. Y eso que había soñado con ello montones de veces antes de hoy. He intentado imaginarme sus manos. Su boca, besando la mía… Su…, bueno, ya me entiendes. Un rato ha sido como si estuviera viendo las estrellas del firmamento. Él ha tenido que sentir lo mismo. Se lo he visto en la cara. Somos los dos contra el mundo. Todo se arreglará. No sé cómo, pero se arreglará.

Me asfixio en casa. Puto caos de vida. Trato de mantenerme apartada en la medida de lo posible. Tres años más. Luego, me largo. Nada de lo que hago está bien. Es todo mal, todo mal.

Trabajo un montón, así que no tengo tiempo de mucho más. Funciona bastante bien, creo yo, pero a veces estoy sola en el quiosco y en la terraza trasera. Además, alquilamos la pista de tenis

y algunos de los que juegan son unos putos pijos. Gente de Gotemburgo y eso. Creen que son los dueños del sitio. Allan los llama putos bañistas. Dice que en el restaurante también tiene unos cuantos engreídos.

Ayer mamá intentó que me pusiera a jugar al bingo con ella. ¡Como si me interesara sentarme allí lápiz en mano como una jubilada para ver si gano cinco kilos de comida para gatos! Antes muerta. Así que me fui a casa de Ellen. Aino hizo sándwiches calientes con jamón y piña y jugamos a la canasta. Aino me ha enseñado las reglas. Son supercomplicadas, pero cuando te las sabes es genial.

Estoy pensando en cortarme el pelo, porque como no me dejan teñírmelo… Y a lo mejor me hago la permanente. El pelo rizado es chulísimo. Aino dice que me hace la permanente si mi madre me deja, pero, claro, eso no va a pasar en la vida. Antes muerta que dejarme hacer algo que me apetezca a mí. Lo primero que pienso hacer cuando me vaya de casa es hacerme la permanente.

Erica cerró la tapa del ordenador. Se frotó los ojos. Le había llevado un rato escribir todo lo que recordaba de la conversación con Dan, pero, por suerte, Nora había estado tan tranquila en su sillita. La verdad es que lo suyo sería agenciarse una grabadora y grabar las conversaciones en lugar de tomar notas, pero las viejas costumbres resultaban difíciles de abandonar.

No paraba de darle vueltas a lo que Dan le había dicho del comportamiento de Sofie durante la fiesta. ¿Por qué no era la de siempre? ¿Le habría ocurrido en casa algo que la puso de mal humor antes de presentarse en la fiesta?

Erica miró a Nora. Había una persona que quizá pudiera ayudarle a responder a esa pregunta. Descolgó el teléfono y buscó el nombre.

—¡Hola! La tos de Nora ha empeorado, ¿podría pasarme por allí un momento? ¿Tienes tiempo? Eres un ángel. ¡Gracias!

Cuando, media hora después, llegó al aparcamiento del centro de salud de Tanumshede se quedó un rato sentada en el coche para

serenarse. No terminaba de gustarle engañar a Magdalena y, además, utilizando a su hija para ello. Pero necesitaba saber más acerca de aquella noche.

Magdalena la recibió con una amplia sonrisa.

Aún le remordía la conciencia, pero ya estaba allí, así que más valía aprovechar la ocasión.

—Entonces, ¿no han servido de nada los vapores? ¿Ha tomado bastante líquido?

Erica asintió, con la esperanza de que Nora tosiera un poco. La verdad era que los vapores habían sido un buen remedio y que la pequeña se encontraba mucho mejor.

—Le he dado muchísimo líquido, y me he pasado bastante tiempo con ella en el baño entre vapores, pero parece que va a peor.

Magdalena auscultó a Nora con el estetoscopio.

—Pues las vías respiratorias suenan mejor que la última vez que estuvisteis aquí.

—Puede que el paseo en coche le haya sentado bien, a lo mejor le ha aligerado algo las mucosas —dijo Erica.

Ella misma se dio cuenta de la tontería que acababa de decir.

—Te habrás enterado de lo de Sofie, ¿no? —añadió cambiando de tema enseguida.

Una negra sombra oscureció el rostro de Magdalena. Se sentó sobre la sábana de papel que cubría la camilla.

—Sí, ayer me lo perdí, pero lo he oído esta mañana en las noticias. Pobre Yvonne. Aunque seguro que se han sentido aliviados al saber que por fin ha aparecido. Les habrá despertado todo tipo de sentimientos.

—A ti también ha debido de afectarte, erais muy amigas.

—Sí que lo éramos, pero ya sabes cómo es eso, la amistad adolescente. Siempre me he preguntado si habríamos seguido siendo amigas en la vida adulta. —Dejó escapar un suspiro—. He pensado en aquella tarde infinidad de veces. Si no hubiéramos dejado que se fuera a casa sola…

—No puedes pensar así. Yo he estado hablando con Dan, que también estuvo en la fiesta.

Erica se acomodó a Nora en el regazo y empezó a mecerla despacio.

—Ah, sí, el marido de tu hermana. Él y tú estuvisteis saliendo un tiempo, ¿no?

Erica se echó a reír.

—Sí, es una situación un poco rara. Mi suegra la considera «curiosa».

Magdalena sonrió pensativa.

—Dan siempre era amable. Un buen chico, la verdad.

Erica asintió, no era nada difícil estar de acuerdo al respecto.

Magdalena se sentó más erguida en la camilla.

—¿Hubo algo que te llamara la atención esa noche? —continuó Erica.

—Pues, quizá, ahora que lo dices… Si no recuerdo mal, Jocke y yo nos dedicábamos sobre todo a morrearnos, pero sí, noté a Sofie más callada que de costumbre. Ella siempre era animosa, parlanchina, pero no aquella noche. No había caído en ese detalle hasta ahora.

—¿Sabes si pasó algo en su casa, antes de salir para la fiesta? ¿O si tal vez le ocurrió algo una vez allí?

Magdalena se tiró un poco de la ciudada coleta. Luego negó con la cabeza despacio.

—La verdad, no lo sé. En la fiesta no pasó nada, al menos, nada que yo notara. La cosa empezó tranquila, pero luego fue llegando un montón de gente a la que nadie había invitado y todo se descontroló bastante.

—¿Y Sofie no te comentó nada?

—Al menos a mí, no. Puede que hablara con Ellen. Ya te digo que yo estuve casi todo el rato con Jocke.

—¿Y tampoco dijo nada cuando se fue?

—No, yo solo vi de reojo que cogía el bolso y se dirigía a la puerta. Supongo que fue entonces cuando se marchó. Sé que le

dijimos que se relajara un poco con el alcohol, pero no hizo caso. Lo que pasa es que había muchísima gente, y todos más o menos borrachos. Y justo después de ver que se dirigía a la puerta, Jocke y yo subimos a su cuarto y…

Magdalena se encogió de hombros con una sonrisa.

—Y cuando volvisteis abajo, ella ya se había ido, ¿no?

—Estuvimos arriba en torno a una hora, creo. De modo que sí, para entonces ella ya no estaba.

Nora protestó un poco y Erica le dio unas palmaditas suaves en el trasero.

—¿Ibais mucho a casa de Sofie?

—No mucho. Allí el ambiente era un poco rígido. Yvonne siempre pretendía que todo estuviera tan perfecto en su casa que, cuando nos quedábamos allí, no nos atrevíamos a movernos. Casi siempre íbamos a casa de Ellen y Aino. Era nuestro lugar de reunión.

—¿Nunca en tu casa?

Magdalena resopló.

—Al principio sí, a veces, pero lo dejamos cuando uno de los tipos que llevaba mi madre a casa intentó meterle mano a Sofie. Bueno, y a mí también. Era un verdadero cerdo. Intenté contárselo a mi madre, pero ella no quiso escucharme, claro.

Erica se irguió tan sorprendida que Nora se estremeció.

—¿Dices que uno de los ligues de tu madre toqueteó a Sofie? ¿Y cuándo ocurrió eso más o menos?

Magdalena arrugó la frente.

—Ha pasado mucho tiempo, no lo sé. Creo que fue un mes antes de que Sofie desapareciera. A finales de verano, eso sí lo recuerdo. Venía solo en temporada, trabajaba de camarero en Badis.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—Empezaba por erre. Roger, Roland, Roy… —Magdalena meneó la cabeza—. La verdad, no lo sé. Llevaba barba y el pelo largo, un poco hippie. Muy desagradable. Por suerte, se largó en cuanto terminó la temporada. Y, si no recuerdo mal, le robó el coche a mi madre.

Erica asintió. Le acarició a Nora la cabecita al tiempo que se levantaba.

—Gracias por echarle un vistazo a Nora. Entonces, no crees que deba preocuparme, ¿verdad?

—Los pulmones suenan mejor. Sigue con los vapores y dale mucho líquido, seguro que remite pronto.

Cuando se dirigía al coche, Erica se detuvo y se giró. Magdalena estaba mirándola por la ventana. Tenía una expresión difícil de interpretar.

—¡Eh, hola! ¿Vosotras por aquí?

Patrik miró asombrado a Erica, que estaba en la puerta del despacho con Nora en brazos. Hacía mucho tiempo que la familia no iba a verlo al trabajo.

—Es que he llevado a Nora al centro de salud. Por la tos, ya sabes.

—Creía que estaba mejor.

—Sí, pero bueno, ya sabes cómo me obsesiono siempre. Mejor mirarlo de más que…

Patrik miró a la pequeña, que le sonreía desde los brazos de su madre al tiempo que le tendía los brazos.

—Tienes que relajarte. Nora está bien —dijo agitando los brazos también, y haciendo muecas ridículas.

—Ya, ya lo sé, descuida. —Se sentó en la silla que había delante del escritorio—. He estado charlando un rato de Sofie con Magdalena.

—¿Has estado charlando un rato de Sofie? Como por casualidad, ¿no?

Patrik enarcó las cejas con escepticismo.

Quería a su mujer, pero a veces lo sacaba de quicio.

Erica hizo caso omiso de la cara de Patrik y continuó:

—Magdalena me ha dicho que uno de los ligues de su madre le hizo tocamientos a Sofie. Alrededor de un mes antes de su

desaparición. Bueno, y también acosó con tocamientos a Magdalena. Un hombre con el que Sofie había tenido contacto y que mostraba un interés malsano por las adolescentes. Tal vez fuera a él a quien vieron delante de su ventana. ¿Sabes si hay algo sobre ese hombre en la investigación? Magdalena no recordaba bien su nombre, pero empezaba por erre. Era camarero en el Badis, solo de temporada.

Patrik se inclinó hacia delante con sumo interés. Aquello era información nueva.

—No, en la investigación antigua no hay nada sobre un tipo así. ¿No tienes más detalles?

Erica negó con la cabeza.

—No, no me dijo más. Pero ¿a que puede que ahí haya algo?

—Desde luego, es una pista que deberíamos explorar. Y, oye, no debería tener que decirlo, pero… Tú te mantienes al margen de la investigación, ¿verdad? Lo de ir hoy con Nora a ver a Magdalena ha sido casualidad, ¿no?

Erica abrió como platos sus ojos azules.

—Estaba preocupada. Por nuestra hija. ¿Cómo puedes cuestionar algo así?

Patrik la observó sin saber qué pensar. Al cabo de unos instantes, se puso de pie.

—Bueno, deja que le dé un abrazo a este bombón antes de comprobar qué encontramos acerca de ese tipo.

Erica le dio a Nora, y él le olisqueó la pelusa de la coronilla. Con aquella bendición entre sus brazos, volvió a mirar a su mujer.

—Gösta dice que faltaba una caja del material que me llevé a casa. No la habrás visto, ¿verdad?

Con la misma mirada azul de inocencia, Erica le respondió:

—Pues ahora que lo dices, creo que te dejaste una, la que estaba al lado del sofá.

Patrik le devolvió a Nora y le dio un beso a Erica en la mejilla.

—A veces me pregunto qué habré hecho para merecer este castigo.

—Bueno, tú recuerda que me quieres con locura —le dijo Erica en voz alta al tiempo que salía por la puerta.

Magdalena miraba la agenda. Tenía la tarde completa con citas de pacientes. Soltó un suspiro y contempló la sala que había tratado de hacer suya llenándola de plantas para darle algo de vida.

El entorno oficial de la Diputación era muy distinto del mundo en el que tantos años había pasado. Todos los recursos que existían en aquel ambiente gris, frío y estricto: medicamentos con una simple receta, padres que acudían por el menor resfriado, señoras hipocondriacas que se presentaban allí a diario con dolencias imaginarias. Recursos que se malgastaban en quienes menos los necesitaban, mientras que la mayor parte de un continente ni siquiera tenía acceso a lo más básico.

El calor. Ese calor eterno. Un calor ardiente. Los primeros años trataba de combatirlo, protestaba continuamente, siempre llevaba un pañuelo en el bolsillo para enjugarse el sudor de la frente. Con el tiempo, acabó capitulando. Terminó aceptándolo.

Todas las caras que recordaba. Todos los destinos que habían pasado por sus manos. Zula, la pequeña de cinco años que llegó con los genitales destrozados después de haber sido violada por cinco soldados. Umgashu, un niño de dos años que pesaba como un bebé de seis meses y que nació fruto de la violación de su abuelo materno sobre su propia hija. Murió en brazos de Magdalena. Zuleia, madre de doce hijos, que, en lugar de tomarse el medicamento que, después de mucho luchar, habían conseguido para ella, se lo dio a su hija. Y que murió por ello. Miles y miles de rostros que habían quedado grabados en su memoria para siempre.

Durante los años de trabajo con Médicos Sin Fronteras, todo rebosaba vida. Ella rebosaba vida. No existía el pasado, solo el presente, donde siempre había alguien a punto de morir a menos que ella hiciera algo por evitarlo. Lo poco que podía hacer.

Ni ella misma comprendía por qué volvió a casa cuando la informaron del diagnóstico de Monica. No le debía nada a su madre. Pero la sociedad le había grabado a fuego que una hija debía estar al lado de su madre cuando era preciso. Ni siquiera ella pudo

resistirse a esa convención, temerosa, como siempre, de lo que pensarían de ella. Aquella mujer alcoholizada le había destrozado la infancia y, aun así, Magdalena no soportó la idea de que la vieran como una mala hija.

Y ahora, esto. El pasado, que le hablaba desde la tumba, que extendía hacia ella sus manos huesudas. De aquello hacía ya toda una vida. Creyó que podría dejarlo atrás, que podría olvidarlo. Que todo quedaría ahogado en el mar de rostros de las personas cuya vida había salvado o intentado salvar.

La cara de Umgashu, cuando murió en su regazo. Sus ojos oscuros, tan llenos de dolor, a pesar de lo pequeño que era. La confianza con la que, a pesar de todo, la miraba a los ojos. Sabía que estaba muriendo en un regazo seguro. Eso fue lo único que pudo darle. Y, durante mucho tiempo, ella creyó que eso importaba. Pero no importaba nada.

Magdalena le envió un mensaje a la recepcionista diciéndole que no se encontraba bien y que tenía que marcharse a casa. Luego buscó en el teléfono un número y, cuando respondieron al otro lado, se oyó a sí misma decir con voz temblorosa:

—Tenemos que hablar.

—Hoy mamá tiene un mal día.

Ellen entró en el despacho y miró al escritorio. La planta de color verde cuyo nombre desconocía cubría la cara de Gun, que estaba sentada mirando muy concentrada la gran pantalla del ordenador.

—Ya me he dado cuenta —dijo Gun—. Tiene sus momentos. Por desgracia, poco hay que podamos hacer.

Se retrepó en la silla y miró a Ellen con las gafas para el ordenador en la punta de la nariz.

—Pues a mí me parece que esos momentos son cada vez más frecuentes —dijo Ellen, con un temblor en la voz que detestaba.

—Así son las cosas, Ellen. Disfruta de los ratos de lucidez.

—Lo sé.

Suspiró hondo e hizo amago de marcharse.

—Hemos de decidir qué hacemos el sábado —dijo Gun—. ¿Lo suspendemos?

Se quitó las gafas, que quedaron colgando del cordón que llevaba al cuello.

—Uf, no sé. —Ellen se estremeció—. No me he parado a pensarlo. Ya lo tenemos todo preparado, pero con este lío… No sé qué le parecería a Yvonne.

—Podrías preguntarle, ¿no?

—Ya conoces a mi suegra. Hablar de temas delicados no es su fuerte.

—Pero tenemos que saber qué hacer. Todos los parientes están invitados, el jefe municipal está invitado, la gente del gobierno regional. Tenemos hasta mañana para cancelar el *catering*. No digo que lo cancelemos, pero quedará un poco raro que lo suspendamos todo y que luego resulte que Yvonne no tenía nada en contra. Puede que incluso le sirva de distracción.

Ellen volvió a suspirar. La fiesta de inauguración. Tres meses después de haber abierto de nuevo la residencia de Åldersro.

—Tienes razón. Como siempre.

Se estremeció de nuevo. A pesar de que Gabriel y ella llevaban ya veinticinco años juntos, jamás había logrado intimar con Yvonne. Eran como dos planetas que daban vueltas en el mismo sistema solar. Para Yvonne todo giraba en torno a lo que pensaran los demás.

Cuando Gabriel y ella se mudaron a Fjällbacka para poner en marcha el restaurante, él la convenció de que lo más práctico sería vivir en casa de Allan e Yvonne al principio, así podrían buscar casa con tranquilidad. Pero ella se sentía allí como una intrusa, apenas se atrevía a moverse. Una miga que dejase en el fregadero, un fleco de la alfombra desordenado, un cojín mal colocado en el sofá y ahí estaba Yvonne mirándola con mala cara. Había intentado hablar de ello con Gabriel, pero era como si fuera ciego para su familia. A sus ojos, Allan no podía hacer nada mal, e Yvonne había sido demasiado

blanda con Gabriel desde su infancia, y parecía que una parte de él aún disfrutaba de los mimos.

Los años que pasaron en Gotemburgo fueron muy diferentes. Gabriel era muy diferente. Allí eran una familia. Hacían cosas juntos, a veces incluso se reían de las mismas cosas. Con los años, había logrado sacar a Gabriel de su coraza de seriedad, nunca del todo, había momentos en los que volvía a perderse en ella, pero Ellen llegó a sentir que formaban un equipo. Durante los seis meses que llevaban viviendo en Fjällbacka, todo eso había desaparecido, y él se había convertido de nuevo en el adolescente enfurruñado que tan extraño le parecía cuando Sofie y ella eran amigas.

Durante aquellos años, apenas pensó en el hermano mayor de Sofie. Pero, mucho después, cuando una noche se encontraron por casualidad en Gotemburgo, las cosas habían cambiado. Él era cocinero en un célebre restaurante asiático de la calle Avenyn, y ella se deslomaba trabajando de enfermera en el Sahlgrenska. Se vieron en un bar y se pasaron allí casi toda la noche. Hablando de la familia, de Sofie, de Fjällbacka. Había algo que los unía y que, poco a poco, desembocó en una relación.

Estuvieron bien durante muchos años. Ella lo aceptó como era, con frecuencia un poco maniático en su profesión, con frecuencia introvertido y meditabundo, a veces lleno de pesadumbre. Pero ella siempre supo conectar con él. Se convirtió en su lado más amable.

Y ahora era como si nada de eso hubiera ocurrido jamás. Era como si él hubiera retrocedido y hubiera vuelto a ser el mismo chico inaccesible del que ella, Sofie y Magdalena se burlaban a veces. Ya no era parte de ella. Ya no era parte de la pareja que formaron. Era de nuevo el hijo de Allan y de Yvonne.

Ellen se dirigió a la puerta. Sabía que Gun tenía razón. La inauguración era importante para Åldersro. Tenía que hablar con Yvonne. Solo que no sabía cómo hacerlo. Ni cómo lo encajaría ella.

—¿Las que se acaban de ir eran Erica y Nora?

Paula se encontró con Patrik en el pasillo. No apreciaba en su mirada el brillo de siempre. Tenía que sentarse a hablar con ella en cuanto tuviera algo de tiempo. Ver cómo se encontraba después de lo de su madre.

—Sí, se han pasado a verme —dijo—. Por cierto, hay una cosa que me gustaría que comprobaras. Erica acaba de hablar con Magdalena Bergström, y le ha comentado que uno de los novios de su madre le hizo tocamientos a Sofie. No he visto nada al respecto en la documentación antigua. Es un poco rebuscado, pero podría ser una nueva línea de investigación. ¿Podrías ir con Martin a hablar con la madre de Magdalena? Se llama Monica Bergström, solo tenéis que comprobar la dirección.

—Claro —dijo Paula. Ya iba a seguir su camino, pero se volvió de nuevo hacia él—. Oye, pareces agotado. ¿Por qué no te echas un rato en la sala de descanso? Deberías tomarte en serio esas ojeras.

—Un millón de gracias, ya me siento mucho mejor.

Patrik sonrió a medias, pero sabía que Paula tenía razón. Estaba tan cansado que se le nublaba la vista. También por esa razón le había pedido a Paula que fuera con Martin: él tenía que descansar un rato.

—Martin y yo nos encargamos. Tú échate un rato, anda.

Patrik asintió.

Cuando Paula se encaminó al aparcamiento, él puso rumbo a la sala de descanso. Una hora, solo una hora, eso le bastaría para superar la tarde.

No acababa de reposar la cabeza en el almohadón cuando sonó el teléfono. Abrió los ojos, echó un vistazo al mensaje que acababa de llegarle y volvió a sentarse muy derecho otra vez. Respondió raudo y volvió al despacho. Encendió la pantalla del ordenador y pinchó en el enlace que le había llegado por correo.

—¡Eh, hola!

—Buenos días.

Un rostro muy conocido ocupaba la pantalla.

Patrik se dijo que en lo sucesivo debería ser más formal cuando saludara a Pedersen, el jefe de Medicina Legal de Gotemburgo.

Después de tantos años, debería saber lo correcto que era siempre, y dirigirse a él en consecuencia.

—¿Tienes algo para mí? Te agradezco la rapidez.

—Es uno de los casos más célebres de Suecia —dijo Pedersen con su habitual tono algo seco—. Me gustaría que supieras cuántas veces me han llamado de arriba para que pise el acelerador con el tema.

—Ya, gracias, por mí, encantado —dijo Patrik, impaciente por ir al grano.

—Esas ojeras no tienen buena pinta, ya sabes que, a tu edad, el líquido puede acumularse en el cuerpo y es importante mantener a raya los niveles linfáticos. ¿Haces algo de ejercicio?

—Gracias, sí, solo es falta de sueño.

Patrik soltó un suspiro. Si alguien más le venía con el cuento de su mala cara, explotaría, si es que le quedaba energía para ello.

—Te envío el informe en cuanto colguemos. Pero te hago un resumen a grandes rasgos. Como viste, el cadáver no estaba en muy buen estado. Lógico, han pasado treinta años, y las ramas de abeto han propiciado un ambiente muy seco, así que, en principio, solo hemos podido trabajar con el esqueleto.

—¿Y habéis encontrado algo que apunte a la causa de la muerte?

Patrik contenía la respiración. Tenía pitidos en la cabeza. Por el cansancio, por la expectación.

—La única lesión digna de tal nombre que se aprecia en el esqueleto es una fractura en el hioides. Es un hueso en forma de u que se encuentra en la garganta, por encima de la laringe. Además, la clavícula está algo más oscura que el resto del esqueleto, lo que resulta interesante. La sangre puede provocar que se oscurezcan los huesos, en particular, después de que el cuerpo quede reducido al esqueleto. Se debe a la oxidación del colágeno, que puede provocar oscurecimiento del color de la osamenta cuando el cuerpo se descompone. Es decir, todo indica que se produjo una fuerte hemorragia justo en torno a la clavícula. Junto con la fractura del hioides, apunta a que pudo producirse un estrangulamiento manual.

—Así que la estrangularon.

—No puedo afirmarlo con total seguridad. Yo no trabajo con suposiciones y conjeturas. Sin que se hayan conservado partes blandas, existe una cantidad infinita de otros escenarios imaginables, y las lesiones de la laringe pueden haberse producido después de la muerte. Y la víctima pudo sufrir heridas provocadas por una navaja o por un proyectil que no lesionara el esqueleto. Un golpe en la cabeza que provocó la hemorragia, pero que no dañó el cráneo.

—Entiendo, pero, un hio… un hueso de la garganta aplastado y las zonas oscurecidas en la clavícula a causa de la oxidación de la sangre pueden indicar que la estrangularon, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Algún otro detalle digno de mención? ¿Algo que hayáis encontrado y enviado al NFC, el Centro Forense Nacional, para su análisis?

Pedersen negó con la cabeza despacio.

—Nada relativo al esqueleto. Presentaba en la muñeca una fractura antigua, pero, dado que estaba curada, debió de producirse mientras vivía. Tendrás que preguntarle a Farideh qué han conseguido recopilar en la tumba donde hallaron el cadáver.

Pedersen guardó silencio. Su expresión por lo general tan correcta se avivó más de lo habitual.

—Suerte. Este caso lleva demasiado tiempo siendo una herida nacional. Mi nieta acaba de cumplir dieciséis años. Encuentra al cabrón que lo hizo.

Una petición tan sentida no era habitual en Pedersen, y después de la reunión, Patrik se dejó atrapar por sus sentimientos. Se imaginó a sus hijos. Sintió cerca sus cuerpecillos, cómo lo abrazaban al darle las buenas noches. Y el vacío que surgiría si no pudiera volver a experimentar ese abrazo. No podría sobrevivir a ello.

Se le hizo un nudo en la garganta, le costaba respirar. Se dio unas palmaditas en las mejillas, se levantó, salió al pasillo y se dirigió dos puertas más allá, al despacho de Gösta. Llamó a la puerta con discreción.

—Joder, vaya cara que tienes —exclamó Gösta sorprendido.

Patrik apretó los labios.

—Acabo de hablar con Pedersen.

Gösta lo miró con interés.

—¿Qué te ha dicho? ¿Ha encontrado algo?

—El esqueleto presentaba una lesión en un hueso del cuello y una alteración del color en la clavícula a causa de la oxidación de la sangre. Lo que puede ser indicio de estrangulamiento.

—O sea que el asesino la estranguló, ¿no? Y encontramos el coletero, lo que puede indicar que hubo forcejeo, ¿no es así?

—Sí, eso mismo pienso yo.

—Es posible que alguien que pasara cerca de ella con el coche aprovechara la oportunidad y la metiera dentro a la fuerza. Y eso podría reforzar la teoría de que se tratara de un extraño que estuviera de paso. Sofie iba caminando por el pueblo, por la carretera que va de Fjällbacka en dirección a Grebbestad.

Patrik se sentó en la silla, delante del escritorio de Gösta.

—Lo sé. Pero yo no dejo de pensar en que el lugar en que escondieron el cadáver es relevante. ¿Cómo iba a saber un extraño que estuviera de paso que en el cementerio había una tumba reciente? El entierro de Tage Lomander iba a celebrarse al día siguiente, y los enterradores cavaron la tumba el mismo día que Sofie desapareció. Solo una persona que viviera aquí podía conocer ese detalle.

Patrik se pasó la mano por la cara y la notó rasposa por la barba.

—A través de Erica he conseguido una pista —continuó—. Esta mañana ha estado viendo en el centro de salud a Magdalena, que le ha contado que uno de los ligues de su madre le hizo tocamientos a Sofie. He enviado a Paula y a Martin para que hablen con ella.

—¿Le has pedido a Martin que hable con Monica? —Gösta se carcajeaba entre hipidos—. Me habría encantado ver ese espectáculo. Monica es un caso aparte. —Se puso serio de nuevo—. Pues hace treinta años no recibimos ninguna información en ese sentido. De lo contrario, lo habríamos investigado.

—Puede que ahí haya algo. En todo caso, vale la pena mirarlo. ¿Quieres que les pida a Paula y a Martin que nos manden el nombre en cuanto lo tengan, para que puedas comprobarlo?

—Claro. Después deberíamos conseguir una muestra de ADN para compararlo con el que tenemos. ¿Podrías ir avisando a la fiscal, para que esté preparada?

—Por supuesto.

Patrik se levantó, pero se tambaleó un poco. Gösta lo miró compasivo.

—Oye, ve y te echas un rato. En ese estado no resultas muy útil que digamos. Esas ojeras…

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Patrik con un suspiro, y se dirigió a la sala de descanso.

Tendría que arreglarse con media hora.

—¿Mette y los niños están a gusto? —dijo Paula, y frenó cuando el coche de delante redujo la velocidad antes de una curva.

—Claro, estamos encantados —dijo Martin, y Paula entrevió la sonrisita con el rabillo del ojo—. Nos encanta la casa que heredé, y tanto los niños como nosotros nos hemos hecho ya del todo a vivir en ella. Es un momento complicado, con el cólico de Malte, pero Mette es estupenda. Nos hemos repartido la tarea de modo que ella está por las noches hasta las cinco de la mañana, luego me encargo yo para que pueda dormir un par de horas, antes de irme al trabajo.

—Sí, por Dios, yo apenas recuerdo la época en que los niños eran pequeños.

Martin carraspeó un poco.

—¿Y tú cómo estás? Tengo la impresión de que estos días andas algo alicaída.

Paula notó la mirada escrutadora de Martin. Se centró en la carretera que se extendía delante mientras reflexionaba sobre qué responder. Martin y ella eran buenos amigos y, a pesar de todo, no

había tenido fuerzas para hablar con él. Ni con nadie. Pero tarde o temprano no habría más remedio que echarle valor.

—Johanna y yo nos hemos separado. Por el momento, nos vamos turnando para vivir en el apartamento con los niños en semanas alternas, y las semanas que no estoy con ellos, me quedo en el sofá en casa de Bertil y de mi madre.

—Pero ¿qué me dices? ¿Y por qué no me lo habías contado?

—Perdón, debería habértelo dicho, pero es que no tenía fuerzas. Primero, el cáncer de mi madre, y luego, Johanna. Y lo peor es que no ha ocurrido nada de particular. Simplemente, nos hemos ido distanciando. La cosa mejoró un poco el año pasado, pero enseguida volvieron a abrumarnos los problemas. Y supongo que no tuvimos fuerzas para seguir intentándolo.

—Joder, Paula, lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—No pasa nada. Tenemos que solucionar las cuestiones de tipo práctico, eso sí. No seré capaz de seguir viviendo para siempre en casa de Bertil y de mi madre. Sobre todo ahora. Esta mañana se puso a cantar *Livin´ la Vida Loca* en la ducha.

Martin soltó una carcajada. Observó a su colega en silencio unos instantes, pero se dio cuenta de que a Paula no le apetecía seguir hablando del tema.

La agente giró detrás del supermercado Coop que había en el barrio de chalets que llamaban Sumpan. Martin comprobó la dirección en el teléfono.

—Tiene que ser aquí.

—Quizá deberíamos haber hablado con Gösta para pedirle información sobre Monica antes de venir —dijo Paula mientras aparcaba delante de la casa de ladrillo blanco.

—Según mi experiencia, lo mejor es presentarse sin ideas preconcebidas —dijo Martin.

El jardín fue sin duda hermoso en su día, pero ahora era obvio que nadie lo cuidaba. Estaba invadido de maleza y los arbustos, que necesitaban una poda, se encorvaban bajo su propio peso.

Paula llamó al timbre y oyó cómo sonaba al otro lado de la puerta. Al principio no pareció producirse ninguna reacción en el interior, pero luego oyeron un arrastrar de pasos que se acercaban. Al cabo de unos instantes, la puerta se fue abriendo despacio.

Una cara surcada de arrugas los miraba extrañada.

—¿Hola?

—¿Monica Bergström?

—Sí, soy yo. Pero ¿qué hace un policía tan guapetón llamando a mi puerta?

Monica no articulaba del todo bien al hablar, pero era fácil oír lo que decía. Hizo caso omiso de Paula y clavó la mirada en Martin.

El agente retrocedió y se colocó detrás de su colega.

—Queríamos hacerte unas preguntas —dijo Paula, y abrió la puerta un poco más.

La mujer asintió y retrocedió un poco hacia el vestíbulo, apoyada en un par de muletas.

—Adelante. A fin de cuentas, estaba aquí sola sin hacer nada.

Echó a andar delante de ellos hasta un tresillo en el que tomaron asiento.

—No puedo ofreceros café, porque me cuesta muchísimo cargar la máquina esa. Pero sí que podría invitaros a algo más fuerte —dijo esperanzada.

Paula rechazó la oferta con un gesto.

—Estamos de servicio, pero gracias.

Monica suspiró decepcionada.

—Supongo que vuestra visita tiene algo que ver con la muchacha que habéis encontrado por fin. Y pensar que lleva todos estos años ahí enterrada… Yvonne estará más que atareada dando entrevistas, ¿no?

—En efecto, se trata de Sofie —dijo Martin.

Paula miró con discreción a su alrededor. El salón estaba atestado de bártulos y desordenado, lleno de muebles estropeados y viejos. Se veían botellas aquí y allá, lo que indicaba que había muchas posibilidades de invitar a bebidas alcohólicas.

—ELA —dijo Monica señalando las muletas—. Un puto infierno, eso es lo que es. El cuerpo se va rindiendo por partes. Y no tengo a nadie que se ocupe de mí. Mi hija me deja que pase sola los días enteros.

—Pero trabaja en el centro de salud de Tanumshede, ¿no? —dijo Paula.

Monica agitó la mano arrugada con un gesto displicente. Aparentaba más años de los sesenta y cinco que tenía, según el servicio de datos personales Ratsit, y Paula se imaginó que se debía al tipo de vida que había llevado.

—Yo lo que digo es que, en primer lugar, debería ocuparse de su madre. Pero los hijos de hoy en día son unos ingratos. No tienen ni idea de los sacrificios que sus padres han tenido que hacer para que ellos vivan bien.

Paula se dio cuenta de que la conversación estaba dispersándose demasiado y la recondujo hacia el tema que los había llevado allí.

—Sofie y tu hija eran amigas, ¿verdad?

—Sí, esas tres estaban siempre juntas —dijo Monica con una mueca—. Niñatas repipis. Sobre todo Sofie, pero, claro, era lógico, con esa madre. Yvonne siempre se ha creído mejor que los demás. Y la madre de la tal Ellen. Esa mujer está mal de la cabeza. Mira que dedicarse profesionalmente a llorar en los entierros… Madre mía.

Frunció los labios y se retrepó en el amplio sillón de piel.

—¿Venían mucho aquí?

Monica se encogió de hombros.

—Una temporada, sí. Pero supongo que esta casa no era lo bastante buena. Aparte de que la madre de Sofie era una bruja envidiosa. No te imaginas lo guapa que yo era por aquel entonces. Todos los hombres casados de Fjällbacka merodeaban por aquí.

Soltó una risa ronca y se inclinó hacia Martin.

—Si tuviera treinta años menos deberías temer por tu seguridad.

Martin parecía una mosca atrapada en una telaraña, y Paula se inclinó hacia Monica.

—O sea, ¿no había ninguna razón en particular por la que no quisieran estar aquí, no pasó nada raro?

Martin seguía aterrorizado.

—Ah, ya sé, te refieres a aquella historia. Cuentos de adolescentes. Solo querían llamar la atención.

—Entonces, sabes a qué me refiero. ¿Podrías contarnos lo que ocurrió?

Monica levantó la mirada con resignación.

—A la dichosa Sofie se le metió en la cabeza que el que entonces era mi novio había intentado hacer algo con ella. Un rollo, claro está. ¡Si me tenía a mí! Una pura sangre. ¿Para qué iba a querer a una jovencita escuálida?

—¿Recuerdas cómo se llamaba? —dijo Paula.

—Madre mía, si de aquello hace treinta años. —Monica frunció el entrecejo—. ¿No sería Jack? No, él era el del surf. ¿Peder? No, ese era el camionero danés. ¿Wraszlaw? No, ese era el que vendía hier…

—De pelo largo y una barba frondosa, trabajaba en Badis. Puede que su nombre empezara por erre —dijo Paula, pues Patrik le había facilitado los detalles.

—¡Roland! Sí, joder. Se me había olvidado. Duró un verano. Vino de temporero y me birló el coche cuando se largó.

—¿Algún detalle más, aparte de que se llamaba Roland? ¿El apellido?

Monica negó con la cabeza.

—Ni idea. Ese verano fue una juerga detrás de otra. Casi todo está envuelto en una nebulosa. Qué tiempos, madre mía. Y aquí está una ahora…

—Por lo visto Magdalena también se quejó de que el tal Roland se comportó con ella de un modo inadecuado —dijo Martin con tono discreto.

—¿Me das un cigarrillo, encanto? —dijo Monica señalando un paquete de Marlboro que había en la mesa, al lado del mechero.

Martin le dio el tabaco.

Ella sacó un cigarrillo, se lo puso entre los labios y señaló el mechero.

—Eres un caballero y me lo vas a encender, ¿verdad?

Paula se preguntaba si debería ir al rescate, pero Martin alargó el brazo en busca del mechero y acercó la llama al cigarrillo. Monica cogió entre sus manos temblorosas la mano de Martin mientras aspiraba el humo despacio sin dejar de mirarlo a los ojos. Hacía mucho que Paula no veía a Martin ponerse así de colorado.

Monica dio una calada antes de responder.

—Tonterías, como todo lo demás. Siempre ha sido una *drama queen*. No quería que me divirtiera o que tuviera un poco de amor en la vida. Yo nunca me creí esas chorradas.

Monica dio otra buena calada.

—¡Jansson! Ese era el apellido. Ya ves, un cigarrillo y enseguida resucito. Jansson. Roland Jansson. Pero ya no recuerdo nada más.

—Muy bien, pues muchas gracias por atendernos —dijo Paula al tiempo que se ponía de pie.

El humo del tabaco había empezado a entrarle en los pulmones, y le dio un ataque de tos. Martin se levantó de golpe del sofá, como si no viera el momento de marcharse de allí.

—Bueno, si queréis algo más, este jovencito siempre será bienvenido.

Monica señaló con el cigarrillo a Martin mientras le sonreía.

Él hizo un leve movimiento de cabeza y se apresuró hacia la puerta.

Una vez en el coche, se quedaron en silencio unos instantes.

—Joder con Gösta —dijo Martin—. Ya podía haberme avisado.

—Bueno, al menos ya tenemos un nombre —dijo Paula—. Y si Mette y tú os separáis un día, ya sabes dónde tienes un plan B.

—¿Hola? —dijo Anna dirigiéndose al final de la escalera.

—Vaya, otra como mi suegra, que entra sin avisar.

Pero la cálida sonrisa de Erica mientras bajaba del piso de arriba dejaba claro que no estaba molesta en absoluto.

—Pensaba que no era nada probable que Patrik y tú anduvierais por la casa desnudos a estas horas. He llevado a Flisan a la guardería para el proceso de adaptación, así que tengo un par de horas libres y se me ha ocurrido pasarme a tomar café. ¿Tienes tiempo?

—Claro —respondió Erica.

Anna se quitó los zapatos y colgó el chaquetón en una percha antes de seguir a su hermana hasta la cocina.

—Entonces, ya resuenan las campanas de la libertad, ¿no? —dijo Erica, y puso una cápsula de café en la máquina mientras Anna se sentaba a la mesa de la cocina.

—No te lo imaginas. Por mí ya es hora de acabar la baja maternal. Me he sentido tan desesperada los últimos meses que se la habría entregado de mil amores a quien hubiera querido llevársela.

—Te entiendo perfectamente.

Anna miró a su alrededor.

—¿Dónde está mi cosita?

—Acaba de dormirse —dijo Erica señalando al piso de arriba.

—Vaya, con las ganas que yo tenía de hacerle mimitos a un bebé al que puedo dejar en el carro cuando se pone a llorar o se hace caca.

Erica le sonrió.

—Lo siento, pero no tengo nada rico para el café. Lo único que puedo ofrecerte son las barritas de muesli caseras de Kristina. Yo me comí una y solo puedo decir que la consiguiente deposición fue normal.

—¿Todavía sigue con el rollo de lo saludable?

—Eso y las investigaciones genealógicas son sus nuevas pasiones.

Erica cogió las tazas y se sentó enfrente de Anna.

—Sé que has estado hablando con Dan —dijo Anna mientras tomaba un sorbito de café.

Su hermana puso cara de circunstancias.

—¡Qué hombre! ¡Es incapaz de tener el pico cerrado! Con tal de que no se lo cuente a Patrik…

—A mí Dan me lo cuenta todo, y a estas alturas Patrik sabe de sobra cómo eres tú. ¿Es que tienes entre manos un libro nuevo? Que yo sepa, no tenías pensado escribir sobre Sofie, ¿no?

Erica deslizaba el dedo muy despacio por el borde de la taza.

—No. Y entonces era lo correcto. Pero ahora que han hallado el cadáver de Sofie, es posible contar la historia con su principio y su final.

—En el supuesto de que averigüen quién lo hizo.

Erica asintió.

—Sí, debo correr ese riesgo, pero mi sexto sentido me dice que es alguien de aquí. Lo que debería simplificar las cosas más que si se tratara de una persona cualquiera que pasaba por Fjällbacka. Y la mayoría de los turistas ya habían vuelto a sus casas después de las vacaciones cuando Sofie desapareció, lo que reduce la selección.

—¿No se pone siempre el foco en la familia? Tengo entendido que nueve de cada diez crímenes son obra de alguna persona del círculo más próximo.

—Del más próximo, sí, pero eso no tiene por qué apuntar a la familia. No tengo toda la información, solo conseguí retener una de las cajas de Patrik con el material de la investigación antigua, pero, por lo que he leído sobre el caso, la familia está descartada por completo.

—¿De verdad has hecho eso? —Anna se moría de risa, se imaginaba a Erica escondiendo la caja—. ¿Le has birlado a Patrik una parte del material de la investigación?

—Pues sí —dijo Erica con tono inocente—. Está ahí. Es que se le olvidó sin querer detrás de la cortina.

—Ya, claro.

Anna tomó otro sorbito de café y observó a su hermana con expresión cariñosa. Le encantaban esos ratos que pasaban juntas. Su relación no siempre fue fácil, pero, con los años, habían conseguido establecer un vínculo mucho más estrecho de lo que jamás se atrevió a soñar siquiera.

—¿Qué crees tú que pasará este sábado con la inauguración de Åldersro? ¿La suspenderán?

Anna sacó del bolso un coletero y se recogió el pelo a la ligera en una cola. Había tardado en crecerle después del accidente de tráfico, y ahora se negaba a cortárselo.

—No sé qué decir —respondió Erica—. Yo estoy invitada y había pensado asistir, pero habrá que esperar y ver qué pasa. ¿Tú vas a ir?

—Sí, colaboré mucho en todo lo relativo a la decoración, así que me invitaron.

—A lo mejor sería bueno que se celebrara. Después de todo, la vida debe continuar, y a Fjällbacka puede venirle bien algo positivo que festejar.

Anna tomó otro sorbito de café.

—Fíjate, yo pensaba que aquellas chicas eran muy chulas. Siempre estaban en la plaza con pinta de valientes.

—¿Quiénes? ¿Te refieres a Sofie, Ellen y Magdalena?

—Sí, eran algo así como inalcanzables. Dan estaba enganchado con Ellen. No me explico que al final ella se casara con Gabriel. ¿Te acuerdas de lo horrible que nos parecía?

—¿Nos parecía horrible? —dijo Erica sorprendida—. Pues yo no me acuerdo.

—Sí, nos parecía raro. Siempre estaba como enfadado. Me contaron que una vez, en secundaria, tuvo un ataque de ira tal que en el aula volaron mesas y sillas.

—Yo eso no lo he oído contar nunca.

Erica se quedó pensativa.

En el piso de arriba se oyó el llanto de un bebé. Nora se había despertado.

Anna dio una palmada de entusiasmo.

—¡El ojito derecho de la tía acaba de despertarse! ¿Me dejas que vaya a buscarla yo?

—Por supuesto —dijo Erica, y se quedó sentada tranquilamente.

Anna echó a correr escaleras arriba. Bebés para un ratito. El mejor invento del mundo.

—¿Hola?

—Soy yo, Yvonne. Hoy he podido salir un poco antes.

Ellen se quitó los zapatos y los dejó bien colocados en el banco de la entrada. Pobre del que no dejara los zapatos colocados a la perfección en filas bien rectas.

—Te habrás limpiado las suelas a conciencia antes de entrar para no ensuciar el suelo de polvo y basura, ¿verdad? Con lo seco que está todo fuera.

—Sí, claro.

Ellen meneó la cabeza. Ojalá encontraran piso pronto.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó discreta cuando entró en la cocina, donde Yvonne limpiaba la encimera con movimientos frenéticos.

La mujer levantó la vista con rapidez antes de reanudar la tarea.

—Como cabe esperar, supongo —respondió.

Ellen no estaba segura de cómo continuar la conversación. Su suegra y ella nunca habían tenido nada de qué hablar.

—La policía ha venido a hacernos unas preguntas.

—Ah, ¿sí? ¿Sobre qué?

—Pues lo de siempre. Sobre qué hicimos esa noche. Sobre nosotros. Sobre vosotros.

—¿Y qué preguntaron sobre nosotros? —dijo Ellen muy tranquila, y se sentó delante de la enorme mesa de la cocina.

Lo único que echaría de menos de la casa de Allan e Yvonne eran las vistas. Siempre la dejaban sin aliento. Pero prefería tener vistas a un muro de cemento en su propia casa antes que seguir allí.

—Pues que dónde ibais, si entre vosotros había algún conflicto… Nada nuevo.

Ellen respondió con un murmullo. Fue siguiendo las vetas de la madera con los dedos. Era la misma mesa que tenían cuando Sofie aún vivía. La hizo Allan. Con los años, se había ido volviendo más bonita, a diferencia de tantas otras cosas que, con el tiempo, se volvían más feas. La gente. Los recuerdos. Ninguno envejecía bien.

—En todo caso, celebraréis la inauguración el sábado, ¿no? —dijo Yvonne clavando en ella una intensa mirada.

Ellen se relajó aliviada de no haber tenido que sacar el tema ella misma.

—A menos que tengas algo en contra.

—¿Por qué iba yo a tener nada en contra?

Yvonne pulverizó la superficie de la encimera con un frasco antes de frotar con fuerza una mancha invisible.

—Estaría bien que Allan limpiara después de cocinar, esto parece una pocilga.

Ellen contempló la cocina, de un limpio reluciente. Allí podrían operar del corazón a cualquiera sin el menor riesgo de infecciones.

—Vale, pues entonces seguimos adelante con el plan del sábado. Estará bien.

De pronto, Yvonne se volvió hacia ella, aún con la bayeta en la mano.

—Gabriel se está tomando la medicación, ¿verdad?

Ellen asintió.

—Sí, claro. Se la pongo delante todas las mañanas, para que no se le olvide.

—Muy bien.

Yvonne continuó limpiando con la bayeta.

—Voy a subir a nuestro cuarto —dijo Ellen levantándose de la silla—. Llámame si necesitas algo. Esta noche voy a ayudar a Gabriel en el restaurante y necesito descansar un poco.

—Ya. Solo yo sé limpiar esta casa, nadie más. Vosotros no lo hacéis como es debido. En fin, vete a descansar.

Ellen subió despacio la escalera. Vivía con Gabriel en su habitación de soltero, mientras que a sus hijos les había tocado la cabaña pesquera acondicionada como cabaña de invitados. No le habría importado cambiarse por ellos.

Todas sus cosas de la casa de Gotemburgo estarían almacenadas hasta que encontraran un sitio donde vivir y, salvo un poco de ropa y

algunos artículos de aseo, solo se habían llevado unos cuantos objetos personales.

Ellen se sentó en la cama, abrió el cajón de la mesita de noche. Tanteó despacio con la mano. En el fondo había una bolsita de un tejido chino reluciente. La abrió despacio y extrajo el contenido. Una gargantilla con medio corazón de plata. La mano le temblaba mientras cerraba el puño, y sintió cómo la joya se caldeaba con el calor de su cuerpo. Dejó escapar un tenue lamento.

Al final, abrió la mano, devolvió la gargantilla a la bolsita y la guardó en el fondo del cajón antes de cerrarlo. En la palma aún podía sentir la huella del corazón partido en dos.

Patrik miró a sus colegas, que estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina.

—La cosa empieza a avanzar un poco.

A pesar de que se había echado a dormir media hora, seguía cansado. Paula lo miró con preocupación.

—Tenemos un nombre que debemos investigar algo más a fondo —continuó—. Roland Jansson. Treinta y cinco años en el momento de la desaparición de Sofie, en otras palabras, hoy tendrá sesenta y cinco. Trabajador temporero en el Badis de Fjällbacka justo aquel verano, fue pareja de Monica Bergström, la madre de Magdalena, que asegura que las acosó a ella y a Sofie, y Gösta, tú lo has buscado en los registros.

Gösta carraspeó un poco y encendió el ordenador.

—Pues sí, y no es ninguna perla que digamos. Cuatro sentencias por acoso a menores, tres por violación a mujeres jóvenes. Está en la calle desde hace diez años, ninguna condena nueva. Vive en Partille, a las afueras de Gotemburgo.

Gösta continuó mirando la pantalla.

—No figuraba en ningún apartado de la investigación inicial, así que esta información es nueva. He leído todos los interrogatorios que hicimos entonces a Magdalena, pero ella no lo menciona en ningún momento. Por otro lado, ningún policía investigó a los

hombres del entorno de la madre, así que comprendo que la muchacha no dijera nada.

A pesar de sus palabras, se veía que Gösta lamentaba muchísimo el fallo. Patrik no sabía qué decir, así que asintió sin más.

—Yo he estado hablando con la fiscal —dijo—, y le he pedido autorización para tomar una muestra de ADN a Roland Jansson. Si coincide con el que obtuvimos en las inmediaciones de la ventana de Sofie, lo tenemos.

—Ya, pero eso puede tardar un tiempo, ¿no? —dijo Martin.

—Lo bueno de este caso es la atención que se le ha prestado a lo largo de los años. Yo creo que le darán prioridad. De hecho, aunque con ciertas reservas, me prometieron una respuesta para mañana mismo.

Patrik se apoyó en la mesa con la mano.

Aquello era insostenible, esa noche tendría que descansar bien.

—Por otro lado, también he hablado con Pedersen —continuó—. Lo más probable es que a Sofie la estrangularan. El estrangulamiento es una forma muy personal de matar a alguien. Exige tiempo y mucha fuerza. No es como en las películas, donde tardan diez segundos. El caso es que eso también podría apuntar a Roland. Era alguien que se encontraba en el entorno de Sofie. Ella podía identificarlo. Y eso podría constituir un móvil para matarla.

—¿Has tenido noticias de Farideh? —preguntó Paula.

Patrik miró el reloj.

—He hablado con ella hace un momento y me ha dicho que tendría el informe preliminar a las cuatro como muy tarde.

—Yo he estado pensando en una cosa —dijo Gösta despacio—. La primera vez que hablé con Yvonne después de que encontráramos a Sofie me preguntó por las joyas. Porque resulta que falta una. La gargantilla. ¿Podría tratarse de una pieza que el asesino se llevara como *souvenir*?

Patrik asintió.

—Bien pensado. Si más adelante conseguimos permiso para un registro en casa de Roland, debemos buscar concretamente ese

objeto. Pero, bueno, cada cosa a su tiempo. Empecemos por el ADN. Si la fiscal nos da permiso, les pediré ayuda a nuestros colegas de Gotemburgo para analizarlo mañana.

Dio una palmada.

—Buen trabajo, compañeros. Como todos habéis señalado amablemente, tengo que dormir un poco, así que me voy a casa ya, y atenderé desde allí la llamada de Farideh. Si hay algo extraordinario, os llamo, si no, nos vemos aquí mañana.

Patrik se encaminó hacia su despacho. El despacho de Mellberg estaba cerrado. Antes de comenzar la reunión, había dado unos golpecitos en la puerta, pero Mellberg no respondió, así que Patrik se imaginó que el jefe de la comisaría estaría echando el sueñecito que él tanto necesitaba. Volvió a mirar el reloj con impaciencia. Faltaba una hora para que Farideh lo llamara. Patrik elevó al cielo una plegaria para que tuviera algo concreto que contarle. La cosa iba avanzando, pero necesitaban más. Mucho más.

—¡Qué temprano has vuelto!

La voz de Rita desde la cocina siempre conseguía que Mellberg sintiera una oleada de gratitud. Con lo cerca que había estado… Muy cerca de perder lo que hacía que el sol saliera por la mañana.

—Han sido muchas horas. Les he dicho a todos que se tomen el día libre.

Lo que ocurrió en realidad fue que Bertil se dio cuenta de que no había nadie en la comisaría cuando se despertó de una breve siestecilla en el despacho, pero no tenía mayor importancia. De lo contrario, sí que les habría dicho a todos que se fueran a casa. A fin de cuentas, era él quien había instruido a Patrik en la dirección, de modo que cuanto Patrik hacía procedía, en el fondo, de él mismo.

—He preparado col rellena.

—Gracias, eres un ángel. No habría sobrevivido a un solo día más de comida extranjera. Col rellena, eso sí es un menú sueco como Dios manda.

Se dio una palmadita de satisfacción en la barriga y se sentó a la mesa de la cocina. Ernst ya se había zampado lo que tenía en el cuenco y fue a tumbarse junto a la silla de Bertil. Sin duda, el animal esperaba que cayera algo al suelo.

—Bueno —dijo Rita en tono seco—. En realidad, es un plato originario del Imperio otomano, fueron los soldados de Carlos XII quienes importaron la receta.

Mellberg resopló.

—Vale, sí, pero ahora ya es sueco. Y, además, no lleva nada de chile.

—No, en eso tienes razón —dijo Rita, y lo besó en la calva de la coronilla.

A ella había empezado a crecerle el pelo otra vez, más rizado aún que antes. Según Bertil, estaba más guapa que nunca.

—Dime, ¿cuánto tiempo crees que va a seguir Paula durmiendo en nuestro sofá? ¿No podrían las chicas parchear un poco la cosa? Sería de lo más práctico que lo consiguieran.

Bertil se sirvió una generosa ración de col que cubrió de confitura de arándanos rojos.

—Puede quedarse a vivir aquí mientras lo necesite —dijo Rita cortante—. Y no creo que «parchear la cosa» sea la solución. Lo único que necesitan es resolver las cuestiones prácticas en relación con los niños. Sé que Johanna ha empezado a buscar piso, y parece que están de acuerdo en que es mejor que Paula se quede en el antiguo, para que ella y los niños vivan cerca de nosotros.

—Así a lo mejor esta vez se busca un hombre —dijo Mellberg.

Rita suspiró.

—La cosa no va así y lo sabes, Bertil.

—Ya, pero hay quienes funcionan en los dos equipos. Eso lo sé hasta yo. Bisexuales, creo que se llaman.

Estaba muy satisfecho de haber sabido usar el término correcto. Él era un hombre ilustrado y moderno donde los hubiera.

—Ya, pero yo no creo que Paula sea bisexual, nunca ha tenido novio. Además, ella vive su vida como quiere y será lo que tenga

que ser. ¿Cómo va el caso, por cierto?

Mellberg se irguió un poco.

—Pues, la verdad, he hecho bastantes avances. Si consigo resolverlo, creo que será la coronación de mi carrera. Mi *grand finale*.

—¿Qué quieres decir?

Rita dejó los cubiertos en la mesa.

—Pues verás, el viaje a Gran Canaria me ha hecho reflexionar un poco. No es ninguna tontería vivir al sol cuando aquí reinan el frío y la humedad. Yo tengo unos ahorros y, con la pensión, podríamos permitirnos un apartamento en tierras cálidas. Me han dicho que Torrevieja está muy bien, y que hay restaurantes donde ofrecen comida sueca. Un hombre de verdad no puede vivir de las tapas.

—¿Quieres decir que estás sopesando la posibilidad de jubilarte? —dijo Rita boquiabierta.

Bertil asintió.

—Eso es justo lo que estoy diciendo, sí. Resolver este caso, pasar a la Historia y luego decir adiós y marcharme a regiones más cálidas.

Rita se limpió la comisura de los labios con la servilleta.

—¿Y los nietos? Yo no quiero estar lejos de ellos todo el año.

—No tiene por qué ser así —dijo Bertil—. Paula y los niños pueden venir a vernos en vacaciones, y nosotros podemos venir cuando queramos. Si a Paula no le agrada la idea de que nos instalemos en su piso, nos quedamos en un hotel.

A los labios de Rita empezó a aflorar una sonrisa.

—Pues no parece mala idea —dijo—. Pero ¿serás capaz de dejar el trabajo?

Bertil se irguió un poco en la silla.

—Va a ser difícil, por supuesto —dijo sirviéndose más col rellena —. En la comisaría dependen de mí por completo, pero he procurado instruir a Hedström en la medida de lo posible, y aunque, como es lógico, no podrá ocupar mi lugar, sí creo que será capaz de mantenerlo todo a flote.

—¿Sabes qué? A mí me parece que es un plan estupendo.

El brillo que Bertil advirtió en los ojos de Rita le inundó el pecho de felicidad. Lo único que él quería era verla feliz. Bueno, y una piña colada de vez en cuando. Si, además, encontraba en España algún comercio en el que pudiera comprar pan crujiente, queso casero y pasta de huevas de bacalao de Kalles Kaviar, su vida sería perfecta.

Ove Hellsing suspiró.

—No estoy nada impresionado. Incluso reconozco que estoy decepcionado. ¿No estás de acuerdo, Laila?

Su mujer dudaba, pero, claro, ella no tenía el mismo gusto exquisito que él ni su elevado estándar.

—Pues a mí me parece que está rico.

Ove meneó la cabeza resuelto.

—No es posible. Y no pienso pagar unos precios tan desorbitados por una calidad tan mediocre. ¿Señorita?

Ove llamó con la mano a una de las jóvenes camareras, que acudió presurosa a la mesa.

—Estos espárragos están pasados.

Señaló el plato, donde unos trozos de espárrago verde flotaban en una salsa del mismo color.

—Vaya, lo siento, me lo llevaré a la cocina y pediré otro plato.

—No, no hace falta, gracias, que traigan el siguiente plato, puede que le haya salido mejor al cocinero. Pero eliminad este de la cuenta. Y el de mi mujer, también.

—Pero ¡si a mí me ha parecido que estaba rico!

Laila se quedó mirando con apetito el plato mientras se lo llevaban.

—Ni mucho menos. Estaba pasado. Casi hecho puré.

Al cabo de unos minutos, llegó el segundo plato.

Ove suspiró de nuevo.

—Una presentación de lo más aburrida, pero quizá sea mejor al paladar que a la vista.

Tomó un bocado para probar el cangrejo sobre un lecho de trigo hervido y rematado por algo crujiente e hizo una mueca de desagrado.

—Pasadísimo de sal. ¿Y lo del trigo hervido? ¿Quieren que pague por trigo hervido? Si es la típica comida de las épocas de hambruna. Comida de pobres. En fin, Laila, este lugar no cumple unos mínimos, desde luego. Aclamado de más y también caro de más. ¿Señorita?

La camarera se apresuró a acudir a la mesa, ahora con una expresión algo angustiada. Dios santo. Ni la camarera daba la talla. Lo menos que uno podía esperar como cliente era una sonrisa.

—Esto está pasado de sal.

—Ah, vaya. Pues no hemos recibido quejas de ningún otro cliente, ni de este plato ni del anterior.

Ove resopló ofendido.

—O sea, quieres decir que estoy equivocado, ¿no es eso? ¿No era que el cliente siempre tiene razón? Llévate este plato. El mío y el de mi mujer. Y bórralo también de la cuenta. Dadas las circunstancias, deberíais traer una copa de vino, qué digo, una botella entera, a cargo de la casa. A modo de compensación.

—Hablaré con el cocinero —dijo la joven.

—Y trae el siguiente plato. Esto es como jugar a la lotería. Al final, raspando un poco, igual ganamos tres aparatos de televisión.

Enseguida llegó la camarera a poner en la mesa unos platos limpios con mano temblorosa.

Ove suspiró.

—Caballa. ¿Tienen caballa?

—Está en la carta.

La muchacha hizo un gesto ridículo, tal vez un amago de sonrisa.

—¿Y qué pasa con el vino cortesía de la casa? Un Châteauneuf-du-Pape estaría bien. De 2007, si es que tenéis. Doy por hecho que sí, con lo que presumís de bodega.

—Voy a mirar.

—¿Sabes qué, Laila? No sé si vale la pena probar esto siquiera. La caballa es un pez carroñero. Antiguamente, los pescadores no

comían caballa porque se alimentaba de marineros que se habían ahogado. Un devorador de cadáveres, eso es la caballa.

Laila, que estaba a punto de llevarse el tenedor a la boca, volvió a dejarlo en el plato muy despacio.

—¡Señorita!

Ove llamó con un gesto la atención de la camarera, que tenía cara de preferir volver a la cocina. En aquel establecimiento no eran capaces ni de contratar a profesionales. ¿Qué era aquella joven? ¿Alumna de formación profesional en prácticas?

—¿Qué es esto? ¿Una broma?

Le señaló el plato.

—¿Perdón? —dijo la camarera con una sonrisa temblorosa.

Un hombre alto de cabello oscuro había salido de la cocina y los observaba con los brazos cruzados.

—¿Caballa? ¿En un restaurante de lujo? Mira, no quiero ni probarla, me parece un insulto. He comido en los mejores restaurantes del mundo. Frantzén, Mugaritz, Disfrutar, Noma. Y sé de lo que hablo. ¿Quién es el imbécil que ha confeccionado esta carta?

—Se supone que soy yo.

El hombre que los había estado observando de brazos cruzados se acercó a la mesa.

—¿Tú eres el cocinero? ¿Gabriel Rudberg? Pues te voy a decir un par de cosas. No tenemos intención de pagar la comida y, además, exijo que me obsequiéis con una botella de vino a modo de compensación.

Un segundo después, Ove notó que lo levantaban de la silla. El cocinero lo había agarrado por la camisa y lo arrastraba en dirección a la puerta.

—¡Socorro! ¡Esto es un ataque! ¡Una agresión!

Tras un buen empujón, salió volando por la puerta, bajó a trompicones los peldaños y cayó al suelo.

Ove se incorporó quejumbroso. Hasta ahí podíamos llegar. Había que poner una denuncia. Gabriel Rudberg no se iría de rositas.

Laila salió del restaurante teléfono en mano.

—¡Laila, llama a la policía! —le gritó Ove—. ¡Hay que enjaular a este canalla!

Farideh llamó justo cuando Patrik entraba por la puerta. Los gemelos salieron corriendo a recibirlo y Erica, que estaba dando de comer a Nora, lo saludó desde el sofá. Él se llevó el dedo a los labios para que los niños bajaran la voz, se quitó los zapatos, se fue a la cocina y descolgó.

—No, no pasa nada, acabo de llegar a casa y los niños se han puesto contentos, pero puedo hablar.

Patrik se pegó el teléfono a la oreja. Los gemelos aún lo rondaban, pero sin hacer mucho ruido.

—Dime, ¿qué has averiguado?

—¿Has hablado con Pedersen? —preguntó Farideh.

—Sí, hace unas horas, lesiones en el hui…, bueno, en un hueso del cuello. Y unas manchas oscuras en la clavícula, causadas casi con seguridad por restos de sangre oxidada.

—Indicio de estrangulamiento.

—Exacto. Pero no pudo decirme mucho más. Así que mis esperanzas están puestas en ti.

Farideh respiró hondo, sonó casi como un suspiro.

—Pues yo tampoco te traigo muy buenas nuevas. Eso sí, debido al grado de sequedad de la tumba, la ropa se ha conservado más o menos bien. Lo único que llevaba puesto la víctima era la ropa interior. Un par de bragas que tal vez fueran blancas en su día y un sujetador de cuadros blancos y azules.

—O sea, ¿no la camiseta blanca y los vaqueros que llevaba en la fiesta cuando se marchó a casa?

—No, solo la ropa interior.

Noel y Anton empezaron a tirarle del brazo mientras le decían que tenían que enseñarle algo, pero él intentó hacer callar a los dos.

—¿Alguna joya? —preguntó.

—En la tumba hemos encontrado un anillo con una piedra de color verde y unos pendientes en forma de estrella.

—¿Y la cadena de plata?

—No, ninguna cadena —dijo Farideh.

Anton refunfuñó un «papá tonto» por lo bajini, y él y Noel fueron a sentarse a la mesa de la cocina.

—¿ADN? —dijo Patrik—. ¿Restos de alguna sustancia que llame la atención?

—Teniendo en cuenta lo desfavorable del entorno, cualquier resto de ADN que hubiera podido existir en un principio habría desaparecido a estas alturas. Y no hemos hallado ninguna sustancia que no esté presente en la tierra de forma natural, pero también tomamos muestras de la tierra que rodea la tumba, para poder hacer una comparación. Lo único que hemos detectado y que podría resultar de interés son unas fibras minúsculas. Poliéster azul.

—¿Poliéster azul? Pues no es que ayude mucho a restringir la búsqueda. Hay miles de cosas que son de poliéster.

—Exacto. Pero voy a analizarlas con más detalle para comprobar si hay algo en la coloración que resulte útil.

—Gracias, Farideh. Tenme al corriente.

Colgaron y Patrik se apoyó agotado contra el fregadero. Luego se agachó y abrió los brazos.

—¡Venid aquí, chiquitines! ¿Quién iba a darme un abrazo?

Anton debía de haber perdonado a su papá, porque Noel y él se le echaron encima corriendo, seguidos de Maja, que también había bajado a la cocina.

Después de abrazar a los niños, Patrik se acercó a Erica, que seguía en el sofá con Nora en brazos, y se dejó caer agotado junto a ella.

—¿Un día duro? —le dijo Erica apoyándose en su hombro—. Además, anoche no dormiste nada.

—Ha sido terrible, sí, así que necesito con urgencia hacerle unos mimitos a este bebé tan rico. Deja, ya sigo yo.

Tendió los brazos y Erica le pasó a Nora con cuidado.

—¿Se ha portado bien la peque? —preguntó Patrik, y continuó dándole el biberón a su hija.

—Nora siempre se porta bien.

—¿Y la tos?

Erica se sonrojó.

—Mucho mejor. Le he dado baños de vapor, tal como nos recomendó Magdalena. Por cierto, ¿habéis sacado algo interesante de lo del novio de su madre?

Erica lo miraba impaciente, y Patrik sabía que en realidad debería oponer resistencia. Por regla general, no era buena idea proporcionarle a Erica detalles de una investigación. Pero estaba demasiado cansado para andarse con tonterías y, además, fue Erica quien los puso sobre esa pista.

—Sí, ya tenemos un nombre. Roland Jansson, residente en Partille. La fiscal me ha dado la autorización hace un momento, mientras venía para casa, así que nuestros colegas de Gotemburgo irán a tomarle una muestra de ADN mañana.

—¿Para compararla con la muestra hallada delante de la ventana de Sofie?

—Sí, eso es. Con un poco de suerte, si coincide, habremos localizado a nuestro hombre.

—Te he oído decir que Sofie estaba en ropa interior. Eso indicaría un móvil sexual, ¿no?

Patrik soltó un suspiro y se hundió aún más en el sofá, con Nora en brazos.

—Has estado escuchando, cómo no. En fin, sí. Solo llevaba puesta la ropa interior cuando la metieron en la tumba. Y se acabaron las preguntas. Estoy muy cansado y el resto de la tarde solo quiero hablar de camiones monstruo, de vestiditos para la muñeca Elsa y de si Hello Kitty es una gata o no. Porque resulta que en TikTok dicen que no.

—¡Madre mía! ¿Hello Kitty no es una gata? Acabas de arruinar mi idea del mundo.

Erica hizo un gesto de horror.

—Eso es. Y, oye, la caja aquella, ¿dónde dices que estaba?

Erica lo miró con cara inocente.

—Te la dejaste ahí, detrás del sofá. Empiezas a perder facultades, ¿eh? Ya no tienes veinte años.

—Sí, será eso —respondió mirándola airado.

Erica le sonrió con aquella sonrisa suya tan irresistible y él le correspondió, y luego abrazó a Nora y le dio un beso en la coronilla.

—Una agresión en el Hav & Salt. Un borracho, ¿no? ¿El cocinero? ¡Estás de broma! No, no, no llames a Patrik, estaba hecho polvo, yo me encargo, llego dentro de diez minutos.

Martin se apresuró hacia la puerta mientras le decía a Mette:

—¡Tengo que irme, hay una emergencia, no sé cuándo volveré!

—Tranquilo, cuando puedas.

Martin oyó el tono cantarín del noruego y dio gracias a su buena estrella, porque Mette había resultado ser de lo más comprensiva como pareja de un policía. Y, muy pronto, como la mujer de un policía. Aunque eso ella no lo sabía aún. Miró de reojo la chaqueta que tenía colgada en el perchero de la entrada y en cuyo bolsillo había guardado la cajita con el anillo.

Cuando Martin salió rumbo a Fjällbacka, la noche estival había empezado a oscurecer, pero el cielo aún se veía de un rosa y un lila intensos. Le encantaba esa época del año, cuando los turistas ya se habían marchado, pero parte del verano seguía allí. Habían hecho una barbacoa en el jardín, los niños se habían columpiado en el columpio que con tanto esfuerzo había montado en primavera y, por una vez, Malte había pasado la tarde tranquilo, sin llorar. Por pura chiripa no se le había ocurrido tomarse una copa de rosado.

Cuando aparcó el coche delante del restaurante reinaba el caos más absoluto. Dos hombres se gritaban y se amenazaban con los puños en alto mientras la gente que había alrededor miraba, grababa la escena o trataba de mediar.

Una mujer menuda y frágil que parecía aterrada se le acercó a buen paso.

—Menos mal que habéis venido. ¡El cocinero ha agredido a mi marido y pretende atacarle de nuevo! Incluso le ha roto la camisa, ¡ay!, y es la camisa favorita de Ove, una Saint Laurent, esto no augura nada bueno.

Miró angustiada hacia el corrillo de gente, y Martin se dirigió hacia ellos.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo en voz alta.

El uniforme policial que, con mucho acierto, se había puesto a toda prisa antes de salir, surtió un efecto inmediato y los ánimos se apaciguaron enseguida. El hombre de la camisa rasgada señaló indignado a un individuo alto de cabello oscuro. Martin lo reconoció enseguida de la investigación de Sofie. Gabriel Rudberg, hermano de Sofie y propietario del restaurante.

—¡Se ha abalanzado sobre mí! —dijo el hombre de la camisa rota con voz chillona—. ¡Quiero poner una denuncia! ¡Es un ataque! ¡Una agresión! ¡Un intento de asesinato! Me ha empujado escaleras abajo, podría haber acabado fatal.

Martin alzó las manos.

—Vamos a calmarnos un poco. Dices que este hombre te ha atacado, ¿no es así? ¿Dentro o fuera del restaurante?

—¡Dentro! Empezó dentro, luego me echó a empujones y pretendía seguir fuera. ¡Que lo detengan!

—Es verdad —dijo en voz baja un hombre con una poblada barba gris—. Nosotros estábamos cenando dentro y hemos visto lo ocurrido.

Martin se dirigió al hombre alto.

—Creo que lo mejor será que me acompañes a comisaría, Gabriel, y mañana a primera hora lo aclaramos todo.

—¿Mañana a primera hora? —estalló Gabriel Rudberg—. ¿Es que voy a pasar la noche bajo arresto? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Por ese tipo? ¡Se merecía una buena paliza!

En la frente le palpitaba una vena y una chica joven se le acercó y le puso la mano en el brazo.

—Tranquilo, papá. Ve con él, yo llamo a mamá. Ya verás como todo se arregla.

Al parecer, sus palabras surtieron efecto, porque la vena dejó de latirle y se le relajaron los hombros.

Gabriel bajó la cabeza.

—Tienes razón, Elsa. Iré a comisaría. Llama a mamá enseguida. Habrá que avisar a un abogado.

—Vete ya. Y estate tranquilo —dijo Elsa dándole a su padre una palmadita en el brazo.

—¡Metedlo en la cárcel ya! Yo también voy a llamar a mi abogado. ¡Pienso poner una denuncia!

—Será mejor que te calles tú también —dijo Martin duramente, y el hombre de la voz chillona se sobresaltó y adoptó enseguida una actitud más sumisa.

Martin le indicó a Gabriel que lo acompañara hasta el coche policial y abrió una de las puertas traseras. Gabriel entró y se sentó sin rechistar.

El trayecto a Tanumshede transcurrió en silencio. Al mirar por el retrovisor, Martin vio que Gabriel iba mirando por la ventanilla.

—¿Sin esposas? —dijo Gabriel cuando se bajaron del coche y entraron en la comisaría.

—No me ha parecido necesario. No creo que planees atacarme, ¿verdad?

Gabriel negó con la cabeza.

—No, por hoy es suficiente. ¿Qué va a pasar ahora?

—Podrás disfrutar de nuestras lujosas comodidades durante la noche. Hay edredón y almohada. El colchón no es de Hästens precisamente, pero nadie se ha quejado. Hay lavabo incluido. Yo estaré durmiendo en la sala de descanso contigua, así que, si necesitas algo, me llamas. Y mañana, cuando llegue el jefe, hablamos.

Gabriel asintió y entró en la pequeña celda pintada de verde. Miró a su alrededor.

—Tenías razón. Muy lujoso.

—Como en el Ritz, dicen —respondió Martin, y cerró con llave.

Le envió un mensaje a Mette para avisar de que pasaría la noche en la comisaría, y ella le respondió con un corazón. Se planteó si informar a Patrik, pero decidió que no. De todos modos, su jefe no podría hacer nada hasta mañana.

Después de acomodarse en la cama de la sala de descanso, volvió a sacar el móvil. Era una ocasión estupenda para seguir viendo *The Bear*. Le encantaba esa serie, pero a Mette le resultaba aburrida. Ese era, si acaso, su único defecto. Se le alegró el corazón al pensar de nuevo en el anillo que tenía guardado en la chaqueta.

Loser — Beck

Increíble que I swear*, de All-4-One esté tan alto en la lista del programa* Tracks*. Es una verdadera plasta. A Ellen le encantan esas cosas, pero a mí, no. Está coladísima por Mark Owen, el de Take That, pero yo le veo pinta de memo. Ahora que cuando me enteré de que Kurt Cobain se había suicidado sí que lloré. Me pasé el día entero escuchando una y otra vez* All Apologies*. Supertriste. A Gabriel le pareció que era superridícula. Y encima lo pillé fisgoneando en mi cuarto. Así que ahora tendré que empezar a esconder este diario. Sé de un sitio perfecto.*

Hoy he hecho la carátula de las cintas recopilatorias que he grabado de Tracks*. He intentado que me saliera la letra lo mejor posible. Igual debería habérselo pedido a Ellen, su caligrafía es mucho más bonita que la mía. La profe siempre alababa su letra. Pero, bueno, ya está hecho. Y ha quedado bastante bien de todos modos. No soporto que la voz del periodista Kaj Kindvall salga en las canciones. No tienes más de un milisegundo o así para darle a la pausa y conseguir que no entre.*

Allan trabaja a todas horas últimamente. Mamá parece que no entiende que cuando hay que tener el restaurante abierto es ahora

que hay gente. Se pasa los días de morros. Más de lo normal. Pero cuando él llega a casa, se coloca esa sonrisa falsa que tiene y no lo deja tranquilo. No me explico que Allan no se harte.

Por cierto, me han felicitado por la camiseta de Benetton que llevaba hoy en el trabajo. La encontré rebajada esta primavera en Uddevalla. Una chica de Gotemburgo me ha dicho que era muy bonita. En Gotemburgo están más puestos en moda, claro, aquí no hay nada. Si hubiera sido por mi madre, me habría comprado toda la ropa en Cellbes. O en Hedemyrs.

Ahora vamos a ver MacGyver *en casa de Ellen. Han grabado todos los capítulos. El tío hace unas cosas increíbles. Una vez hizo un agujero en un coche con un huevo frito.*

Me pregunto dónde vamos a vivir. Él y yo. Sé que nos van a condenar, pero me importa una mierda. En realidad, nadie entenderá nunca lo que tenemos él y yo. Porque nadie ha tenido nunca nada parecido.

Viernes

—DEBERÍA haberme dado cuenta de que no se estaba tomando las pastillas.

Allan daba vueltas por la cocina. Yvonne le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo cuando se acercó, a pesar de que ella misma se sentía lejos de estar tranquila. Que esto tuviera que ocurrir ahora, en medio de todo lo demás…

—Yo le pregunté a Ellen ayer, y me dijo que le pone delante las medicinas todas las mañanas. No podemos obligarlo a que se las trague delante de nosotros. Es una persona adulta.

Allan resopló y siguió andando de acá para allá.

—Sí, ya es adulto y yo pensaba que esto ya estaba superado. Sé que no soporta los efectos secundarios, y casi seguro que decidió dejarlas cuando abrimos el restaurante, creyendo que podría controlarlo. Pero debería haberme dado cuenta, debería haberlo pensado, Yvonne. Haber estado pendiente. Ahora, puede que todo se vaya a la mierda.

Ella se sentó en una silla.

—No digas eso. Verás como todo se arregla. Igual que siempre. Es solo que a veces tiene un humor complicado. Pero ha mejorado mucho. Hace años que no sufre un ataque.

—Claro, ¡porque se estaba tomando las pastillas!

Hacía mucho que Yvonne no veía a Allan tan fuera de sí. Empezó a levantarse, pero se sentó otra vez.

—Y volverá a tomárselas —dijo—. Puede que esto le sirva de lección.

Allan sacó el teléfono del bolsillo, echó un vistazo rápido a la pantalla y lo dejó sobre la mesa de la cocina con cara de disgusto.

—Ya se ha difundido —dijo con tono cansado—. Varios de los que estaban allí lo grabaron y lo han colgado en las redes. ¿Qué le pasa a la gente? Mira que ir por ahí grabándolo todo…

Se pasó la mano por el pelo en un arrebato de frustración.

—Voy a ver si contacto con algún abogado, por si hiciera falta —dijo Yvonne—. Y tú tendrás que coger el timón del restaurante hasta que vuelva Gabriel. ¿Cómo dices siempre? *The show must go on*.

—Pues sí, eso es lo que es, un puto *show* —murmuró Allan enfadado, pero Yvonne se dio cuenta de que había empezado a calmarse.

Se negaba a permitir que aquello lo estropeara todo. Tenían demasiado que perder.

—Ha ocurrido justo después de que encontraran a Sofie. No es de extrañar que Gabriel esté alterado. Han encontrado muerta a su hermana, que llevaba treinta años desaparecida. Todo el mundo lo comprenderá. Y le mostrará su comprensión.

—¿Tú crees? —dijo Allan, y se sentó en la silla contigua a la de ella—. ¿Y qué va a decir Bengt?

Yvonne le estrechó la mano con la suya, tan fuerte y, por lo general, tan segura.

—Yo me ocupo de Bengt si tú te centras en el restaurante. Cuando hable con él, lo comprenderá. Ya verás como todo se arregla.

—Tú eres mi sostén, ¿lo sabes? —dijo Allan abrazándola.

Yvonne cerró los ojos y aspiró el aroma de su loción para después del afeitado. Paco Rabanne. La misma que cuando se conocieron.

—No hay nada que yo no sea capaz de hacer por ti, ya lo sabes.

Él la soltó y se irguió un poco.

—Voy al Hav & Salt a hablar con el personal. Deben de estar desconcertados por completo. Luego procuraré empezar con los preparativos de la noche. Tienes razón. *The show must go on*. De lo contrario, no tenemos nada que hacer en el mundo de la restauración.

Yvonne despidió a Allan con la mano, se armó de valor un instante y marcó el número de Bengt. También de esto iban a salir airosos. Ya se encargaría ella. Tal como había hecho siempre.

Erica estaba sentada en su despacho, con el ordenador encendido y con Nora en su sillita, al lado del escritorio. Tenía la mirada fija en la pantalla, pero su pensamiento volvía a Patrik una y otra vez. Lo había notado muy silencioso cuando se marchó por la mañana, y por más que lo intentó, no consiguió sonsacarle nada. Los niños también notaron algo raro, así que se mostraron muy obedientes a la hora de salir camino del colegio. Bueno, con Maja siempre resultaba fácil, pero Anton y Noel daban bastante guerra.

Erica confiaba en que los gemelos se calmaran con el tiempo, pero aún no había motivos para la esperanza. Además, tenían la capacidad de exaltarse mutuamente. Al mismo tiempo, el vínculo entre ellos era tan fuerte que Erica no podía ver nada negativo en el hecho de que fueran dos. Lo que la llevaba a preocuparse por la gran responsabilidad que Maja asumía siempre por sus hermanos pequeños. Se reconocía en su hija a la perfección. De niñas, ella siempre había ejercido de madre más que de hermana mayor de Anna.

Erica repasó lo que había escrito hasta el momento en sus documentos de investigación. Siempre se detenía en las conversaciones que había mantenido con Magdalena y Dan acerca de la fiesta de aquella noche, con el claro sentimiento de que quería averiguar más. Y había otra persona a la que le gustaría preguntar.

—Ven, cariño, vamos a dar una vuelta en coche.

Nora siempre iba muy bien en el coche, y solo tardarían cinco minutos en llegar a Åldersro. Erica tenía la excusa perfecta para

hablar con Ellen, que le había pedido que pronunciara unas palabras en el acto de inauguración del día siguiente. Por su supuesta condición de celebridad de Fjällbacka, recibía a menudo ese tipo de peticiones, y le resultaba difícil negarse. Pero, si se prestaba a ello con demasiada frecuencia, sabía que la gente la criticaría y la acusaría de tenérselo muy creído. Hasta el momento había participado con un breve discurso en actos del museo de pintura rupestre, en la entrega de premios del Campeonato del Mundo de Pesca de Caballa, en el cuadragésimo aniversario de la inauguración de la estatua dedicada a Ingrid Bergman y cuando el habitante más longevo de Fjällbacka cumplió cien años.

Llamó a la puerta del despacho de Ellen y Gun.

—Hola, Gun, ¿has visto a Ellen?

Erica sostenía en una mano la sillita del coche con Nora y notó un incipiente dolor de espalda. Era obvio que tenía que empezar a hacer estiramientos. Le había cambiado el cuerpo por completo. Y no es que ella hubiera sido nunca una deportista de elite, pero antes al menos podía bostezar sin sufrir un tirón en la pantorrilla.

Gun parecía dudar.

—Está en la sala de descanso, pero, en fin, ve y habla con ella tú misma.

Erica se preguntó a qué se refería, pero se dirigió a la sala y llamó a la puerta, que estaba cerrada.

—Adelante —se oyó una voz débil desde el interior.

Ellen estaba sentada a una mesa, junto a la ventana, y sostenía con fuerza una taza de café en la mano. Antes de dirigir la vista hacia Erica, se secó deprisa los ojos con la manga del jersey.

—¿Vengo en mal momento? Gun me ha dicho que estabas aquí.

Ellen dejó la taza en la mesa.

—No, pasa, me vendrá bien un poco de distracción.

—Perdona que te pregunte, pero ¿ha ocurrido algo?

Erica dejó en el suelo la sillita de Nora y se sentó frente a Ellen.

—¿No te ha contado nada Patrik?

Erica negó con la cabeza.

—Nada de nada.

—Ayer arrestaron a Gabriel.

¡Dios santo! Erica contuvo la respiración.

—¿Tiene algo que ver con…?

—No, no. —Ellen rechazó la sugerencia con un gesto de la mano —. No tiene nada que ver con Sofie, no. Es que ayer atacó a un cliente.

—¿Que hizo qué?

—Que atacó a un cliente. A veces se enfada muchísimo. Hacía ya tiempo que no ocurría nada parecido. Si se toma la medicación, pues… Pero parece que, con todo el jaleo del restaurante, se la ha estado saltando. Y yo debería haberme dado cuenta, pero… En fin, a veces anda una como ciega.

—¿Está en el calabozo de Tanumshede?

Ellen asintió.

—Ha pasado allí la noche. Para que se calmara. Al parecer, iban a hablar con él esta mañana. Por eso pensé que Patrik te lo habría mencionado.

—Nada. Ni una palabra.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes.

Ellen se enjugó de nuevo las lágrimas con la manga y exhaló un hondo suspiro.

—Supongo que querías hablar de lo de mañana.

—Sí, aunque quizá no sea buen momento. ¿Vais a seguir adelante según lo planeado?

Ellen asintió.

—Así lo quiere Yvonne. Yo creo que está deseando tener otra cosa en la que pensar. Y, además, le gustan los actos públicos. Es una oportunidad para vestirse con elegancia y estar en el punto de mira.

—Uf. ¿Hay que ir muy arreglado? —dijo Erica entre risas, y señaló su indumentaria.

En su afán de salir cuanto antes, se marchó de casa con una sudadera plagada de bolillas y un pantalón de pijama con

estampado de rayas.

—Un pelín más, quizá.

Por fin le arrancaba una sonrisa a Ellen.

—Por lo que a tu intervención se refiere, no hay mucho que preparar. Basta con que digas unas palabras sobre tu relación con Åldersro y lo que significa para Fjällbacka que haya vuelto a abrir sus puertas. Si no recuerdo mal, leí en alguna entrevista que, de pequeña, venías aquí a traer libros que tú misma fabricabas en casa, ¿es cierto?

—Sí, sí, es verdad. —Erica sonrió al recordar aquello—. Creo que así fue como empecé a escribir.

—Pues será perfecto mencionarlo en la inauguración. Y te presentaré yo, así que no tienes que pensar en cuándo te corresponderá intervenir.

—¡Perfecto! Oye, esta mañana no me ha dado tiempo ni de tomar café, los niños, ya sabes. ¿Te importa que me sirva una taza?

Erica no quería marcharse sin antes haber conseguido llevar la conversación a lo que constituía el verdadero motivo de su visita.

—Pues claro, de todos modos, hoy no haré mucho más que quedarme aquí sentada todo el día —dijo Ellen con una mueca.

—Bah, ese asunto no tardará en olvidarse, ya verás —dijo Erica. Se puso un café y se sentó de nuevo antes de tomar un buen sorbo.

A través de la ventana se divisaba la antigua estación de bomberos y el gran aparcamiento del cementerio. Unas cintas azules y blancas que la policía había dejado allí se balanceaban en el aire.

Ellen la siguió con la mirada.

—Lo más seguro es que las retiremos antes de la inauguración.

—Me parece buena idea. Por cierto, ¿Magdalena viene mañana? La tengo agobiada desde que nació la peque.

—¡Qué linda es!

Ellen le sonrió a Nora, que le correspondió con una sonrisa enorme al tiempo que agitaba manos y pies.

—¿Puedo cogerla?

—Pues claro —dijo Erica.

Ellen cogió a la pequeña con cuidado y le besó las manitas.

—¡Y pensar que los míos fueron así de pequeños un día! Es increíble. En fin, sí, Magdalena vendrá mañana.

—Ayer cuando la vi me pareció que estaba muy afectada. Dijo que se sentía muy culpable por haber dejado que Sofie se fuera sola a casa cuando se marchó de la fiesta.

Ellen negó con la cabeza y abrazó a Nora.

—Sí, creo que todos nos sentimos igual. Es algo que yo les dije a mis hijos hasta la saciedad cuando eran adolescentes, que nunca debían permitir que un amigo se fuera solo a casa por la noche, sobrio o borracho.

—Magdalena comentó que Sofie no parecía ella misma esa noche. ¿Tú también lo notaste?

En realidad, fue Dan el que lo dijo, pero Erica no quería que Ellen se llevara la impresión de que iba por ahí preguntándole por la fiesta a todo el mundo.

—¿Eso dijo Magdalena? —preguntó Ellen sorprendida—. Bueno, sí, puede que tenga razón. Sofie estaba un poco decaída aquella noche. Más callada que de costumbre.

—¿Y estaba así cuando llegó o fue por algo que ocurrió durante la fiesta?

Ellen soltó una de las manitas de Nora, que se había enganchado a su pelo.

—Pues diría que ya venía baja de ánimo. —Dedicó a Nora una sonrisa, pero se puso seria de nuevo—. Pasado el tiempo pensé que, seguramente, habría discutido con Gabriel.

—Ah, ¿sí? De las entrevistas a Yvonne que he podido leer se desprende que Sofie y Gabriel se llevaban muy bien.

Ellen resopló, y Nora sonrió al oír el ruido.

—Para Yvonne lo más importante es mantener las apariencias. Todo tiene que parecer perfecto. Pero ni ella misma se cree lo que dice. —Ellen volvió a soltar la mano de Nora, de nuevo enredada en su melena—. No, Sofie y Gabriel chocaban de lo lindo. Gabriel sufría

verdaderos ataques de ira, como el que sufrió ayer, pero, como te decía, lleva muchos años manteniéndolos bajo control.

Nora empezó a moverse inquieta, ya llevaba un buen rato lejos de su madre. Erica se tomó el café, se levantó y la cogió en brazos. Le olisqueó la cabecita.

—Nosotros nunca hemos tenido problemas con su carácter —continuó Ellen—. Si alguna vez se ha enfadado, ha salido dando un portazo y se ha ido a dar un paseo, en alguna ocasión se ha pasado varias horas caminando y ha vuelto a casa después de calmarse. Pero en la adolescencia era distinto. Yvonne me pregunta a veces si se toma las pastillas. Y unos años después de que me casara con Gabriel, lo oí hablar de ello con Allan. Entendí que en su juventud llegaba al punto de romper cosas y de arrojarlas por los aires. Aquello me impresionó, pero como nunca había visto esa faceta suya, preferí no sacar el tema. Alguna vez lanza una olla por los aires en la cocina, pero eso es casi normal en los cocineros, ¿no?

Ellen sonrió dudosa.

Nora protestó un poco y Erica la abrazó más fuerte.

—Entonces, ¿Sofie nunca te dijo nada de eso aquella noche? ¿De por qué estaba preocupada?

—No, ni una palabra. Pero cuando hablamos de la fiesta horas antes ese mismo día, estaba superexaltada. Recuerdo que tenía una camiseta nueva y que iba a ponérsela.

Nora se movía cada vez más inquieta. Seguramente, empezaba a tener hambre.

—¿Había algún chico que le gustara a Sofie?

—No, que yo sepa. Nos habló de uno que le parecía desagradable, pero se negó a revelar su nombre, por mucho que Magdalena y yo le preguntamos. Yo se lo conté a la policía cuando Sofie desapareció, y luego encontraron el rastro de alguien que había estado parado delante de su ventana.

—Magdalena mencionó que uno de los novios de su madre les hizo tocamientos. ¿Se referiría a él?

Ellen se encogió de hombros.

—Es posible. A Sofie no le gustaba hablar de esas cosas. Si hubiera sido adolescente hoy, habría dicho que le daba mucho *cringe*. Supongo que tantos años oyendo el «¿qué va a decir la gente?» de Yvonne dejaron su huella. Sofie era muy reservada para sus cosas.

Ellen miró el reloj.

—En fin, ya no puedo seguir escondiéndome aquí sin tener cargo de conciencia, pero gracias por venir, lo de abrazar a la peque es muy terapéutico.

Ellen se acercó y acarició a Nora en la mejilla antes de que Erica la pusiera en la sillita.

—Ya va siendo hora de darle de comer. Gracias por el café. Mañana me arreglaré lo mejor posible y apareceré por aquí sobre las doce, ¿no?

—Sí, eso es. Ven sin almorzar. Creo que hemos comprado comida de más.

Erica le dio un abrazo.

—No te preocupes, lo de Gabriel se arreglará.

—Eso espero. A partir de ahora pienso meterle las pastillas en la boca personalmente.

—Vaya, esto no me lo esperaba.

Patrik miraba a Gabriel, que tamborileaba con los dedos en la mesa de la sala de interrogatorios. Tenía pinta de no haber pegado ojo en toda la noche.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme aquí? —dijo Gabriel, y dejó de tamborilear de pronto—. Tengo un restaurante que abrir esta noche.

Recorrió con la mirada la angosta sala. Patrik siguió su mirada. Vio las frías paredes tal como debía de verlas Gabriel. Los únicos muebles eran la mesa y las sillas que ellos ocupaban.

—No mucho. Cómete un bollito, son de la panadería.

Señaló la bandeja de medianoches con queso, pimiento rojo y pepino que Annika había preparado.

—Gracias. Bollitos de lujo. Por lo general no tomo más que un café solo, y de pie.

—Tengo entendido que nadie come peor que los cocineros.

Gabriel se echó a reír con una risa sincera e inesperada.

—Así es, nos alimentamos de café, tabaco y el típico puré con perrito caliente. —Se pasó la mano por el pelo—. En fin, ayer la cosa se me fue de las manos, ya te digo. Debería haberle hecho caso a Yvonne y haberme tomado las pastillas.

—¿Qué pastillas?

Gabriel alargó el brazo, cogió un bollito y le dio varios bocados. La cara se le relajó ligeramente.

—La verdad es que siempre me ha costado un poco controlarme cuando me enfado, pero desde que empecé a tomar la medicación a los diecinueve años, he podido controlar muy bien ese impulso. Hoy me habrían diagnosticado alguna enfermedad, pero en aquel tiempo no era así. El médico me recetó lo que recetaban entonces, creo que ahora esos fármacos se llaman ISRS y, la verdad, siempre me ha funcionado, así que nunca tuve necesidad de que me diagnosticaran.

—¿Qué medicamento tomas?

—Zoloft.

—¿Y es el que has tomado siempre?

Gabriel negó con la cabeza al tiempo que cogía otro bollito. El primero ya se lo había zampado.

—No, al principio era uno que se llamaba Cipramil, creo. Pero da igual cómo se llame, no puedo dejar de tomarlo.

—Es decir, tú crees que lo que ocurrió ayer guarda relación con el hecho de que no te habías tomado la medicación, ¿me equivoco? Y supongo que, además, esta ha sido una semana de mucho estrés.

—Sí, la apertura del restaurante, por un lado, y el hecho de que hayáis encontrado el cadáver de Sofie, por otro, han pasado factura. Habrá sido la combinación de ambas circunstancias, supongo.

—¿Por qué dejaste de tomar el Zoloft?

Gabriel se encogió de hombros, miró a su alrededor.

—Pensé que sería estupendo no tener que soportar los efectos secundarios justo cuando estaba a punto de materializarse la apuesta más arriesgada de mi vida con el restaurante. La tripa revuelta, dificultades para conciliar el sueño, dolor de cabeza. Con los años, he acabado acostumbrándome, pero en estos momentos, quería estar al cien por cien. Cuando tomo las pastillas me noto menos creativo en la cocina, pero igual son figuraciones mías, eso no se encuentra en la larga lista de efectos secundarios, claro. De todos modos, así lo siento yo.

—¿Cuándo dejaste de tomarlas?

Gabriel engulló el último bocado y tomó un sorbo de café.

—En primavera. Cuando conseguimos el local.

—¿Podrías describir qué fue lo que pasó ayer? Estoy grabando el interrogatorio, pero pensaba tomar también algunas notas. Por costumbre.

—Te entiendo. Yo tengo que escribir las recetas a mano. Con el ordenador, imposible.

Gabriel refirió de forma clara y objetiva lo que ocurrió en el restaurante la noche anterior sin minimizar su participación en el suceso. Al contrario, Patrik percibió en él una actitud abierta y sincera, que encajaba a la perfección con las declaraciones de otros testigos.

—No tengo excusa. Me pongo a vuestra disposición, lo confesaré todo, haré lo que sea necesario. Pero no tengo antecedentes, espero que eso cuente. ¿Qué pena crees que me caerá? ¿O cómo lo llamáis? ¿Sanción?

—Eso lo decide la fiscalía, mi trabajo consiste solo en dejar constancia de los hechos. Pero calculo que será bastante leve, teniendo en cuenta que lo único que sufrió daño fue una camisa y que no tienes antecedentes.

Gabriel suspiró.

—Espero que tengas razón. Mierda, ¡no tengo tiempo que perder con estas cosas!

Pensativo, Patrik dio unos golpecitos con el bolígrafo en la mesa. Anotó en el cuaderno una pregunta, pero decidió que no era ni el momento ni el lugar adecuado para formularla. Sin embargo, la conversación con Gabriel le había sugerido varias ideas.

Lo miró con detenimiento.

—Puedes irte. Pero, oye, no ataques a más clientes, tengo entendido que no es bueno para el negocio.

—Gracias, sí, puede que tengas razón.

Gabriel parecía aliviado.

—¿Cómo vuelves a casa?

—Le mandaré un mensaje a Yvonne para que venga a recogerme. Por cierto, ¿puedo llevarme el último bollito?

—Claro. Invita el Estado.

Cuando Gabriel salió y la puerta se cerró a su espalda, Patrik se retrepó en la silla y cruzó las manos en la nuca.

Todo empezaba a resquebrajarse. Y eso era justo lo que necesitaban.

—Hoy estás muy callada, no es lo normal en ti.

Aino observaba a Elsa, que le hacía la cama con el mayor esmero. Su nieta, que tanto se parecía a su hija, hizo un gesto con la mano y dijo:

—Bah, no es nada.

—¿Problemas con algún chico?

Elsa soltó una risa.

—Qué va. Pero bueno, llevo mi lema en la pierna, me lo tatué en España, cuando fui a practicar el idioma.

Se levantó la pernera del pantalón y le mostró la pantorrilla.

—Es una letra muy enrevesada, no veo bien lo que pone.

Aino entornó los ojos tratando de leer el texto tatuado y algo desvaído.

—Ya, el tatuador no era de los mejores, quizá, pero era el más barato. Dice *This too shall pass*. Es mi lema. O sea, todo pasa. A mis

padres por poco les da un infarto cuando volví con el tatuaje, pero ¿qué podían hacer?

—Buen lema. Es una conclusión a la que por lo general llegamos mucho más tarde en la vida. A tu edad la gente interpreta cualquier contrariedad como algo que le arruinará la existencia para siempre.

Aino le cogió la mano a su nieta.

—¿Tú quieres trabajar en esto, Elsa? No me refiero a hacer la cama de gente vieja, sino en el ámbito general de los cuidados, como tu madre.

—Pues no. —Elsa se sentó sobre la colcha recién alisada—. No, yo quiero dedicarme a la cocina. Como mi padre. Pero por alguna razón absurda, él se ha empeñado en que el cocinero sea Ludvig, ¡que es un inútil con los fogones! Y que quiere ser carpintero. Pero mi padre es…, ¡mi padre es un idiota a veces, joder! —Se llevó la mano a la boca—. Perdón, abuela, perdona el taco.

Aino se sonrió. Su preocupación por la niebla que la invadía cada vez con más frecuencia quedó de pronto en un segundo plano.

—Anda, anda, yo he recurrido a tacos más fuertes que ese. Desahógate, cariño. A veces la vida nos obliga a utilizar un puto taco de vez en cuando. En mi opinión, las palabras relacionadas con los órganos sexuales son las mejores. Soltar un buen «qué pollas» en el momento adecuado puede obrar maravillas.

Elsa miró a su abuela horrorizada, pero enseguida se echó a reír.

—Me parto de risa contigo, abuela. Bueno, no cuando estás como ausente, entonces resulta difícil hablar contigo. Y crees que mi madre tiene dieciséis años otra vez. Así que igual podría aprovechar ahora para preguntarte qué tonterías hacía a esa edad. A mí me dice siempre que era la adolescente más formal del mundo.

Aino le acarició la mejilla.

—Y es verdad que lo era, en cierto modo. Pero todos cometemos tonterías. No importa que seamos jóvenes o mayores. Ellen cometió las suyas, y yo las mías.

Elsa le cogió la mano y la apretó entre las suyas. Fue como si Aino pudiera sentir la fuerza juvenil en ese apretón. La fuerza de la vida.

—Cuéntame, ¿qué trastadas hizo mamá?

Elsa volvió a apretarle la mano.

Una vez más sintió la amenaza de la oscuridad y, tras ella, la bruma que se avecinaba.

Aino negó con la cabeza.

—Nada, de vez en cuando se fumaba un cigarrillo a escondidas. Llegaba a casa oliendo a chimenea y creía que no me daría cuenta, pero poco más.

Le apretó la mano a su nieta, como queriendo transmitirle mucho más.

—Creo que mañana habrá baile aquí, ¿no?

Elsa suspiró.

—Mamá lleva semanas superestresada. No está acostumbrada a organizar ese tipo de cosas. Pero también piensa que va a ser entretenido, creo yo. Así que mañana tendremos que ponerte más guapa que de costumbre, abuela. A mí se me da muy bien arreglar el pelo, siempre soy yo la que peino a mis amigas, si quieres te hago un moño. Y puedes ponerte el vestido rojo, que tan bien combina con el pelo gris.

—Puedes hacer lo que quieras, cariño, seguro que queda bien. A mi edad es como pintarle los labios a un cerdo, en cierto modo, pero si a ti te hace ilusión…

—Pero si eres guapísima, abuela. Estoy segura de que todos los chicos se enamoraban de ti cuando eras joven.

Otra vez la oscuridad. Recuerdos hermosos que ya no lo eran tanto, que debía mantener ocultos en lo más hondo de su ser. Algunos se los había confiado al cuaderno del dolor, donde había añadido sus propias penas a las de las almas por las que había cantado. Pero solo se había confiado a ese cuaderno, a nadie más.

—Seguramente muchos pensaban que yo era un poco rara, con mis cánticos y eso. En cuanto empiezas a hablar del alma la gente cree que estás pirada.

Elsa le sonrió.

—Tú no estás pirada.

Se le acercó un poco más.

—Abuela, a ti también se te daba de miedo la cocina. Eras la encargada del bufet frío. ¿No podrías hablar con mamá para que convenza a papá de que me deje empezar con él en la cocina? A ti te hará caso. Según ella, es una fase de adolescente, pero todos los maestros de cocina del mundo han empezado muy jóvenes. Y me estoy haciendo mayor. Puede que pronto sea tarde y pierda el tren.

La voz de Elsa se rompió en un falsete. Aino le acarició de nuevo la mejilla.

—El tren no ha salido aún, cariño. Tienes tiempo de sobra. Pero sí, hablaré con tu madre. Y recuerda: *This too shall pass*. Y si pensar en eso no te sirve, pues gritas «¡una polla!».

—¡Ay, abuela, eres la mejor! ¡Te quiero!

Elsa se levantó de un salto y la besó en la mejilla antes de salir como un rayo.

—Y yo a ti —dijo Aino, aunque la puerta ya se había cerrado al irse su nieta.

Justo en ese momento, todo se le aparecía con claridad. Sin embargo, últimamente, con la bruma que la arrastraba hacia atrás en el tiempo, muchas cosas se habían enturbiado. Después de haber sentido esa alma en la tumba, la de la joven que buscaba respuestas, sintió también que tenía que dar las explicaciones que estuviera en su mano dar. A pesar de la oscuridad.

Se levantó y se puso la rebeca. Los agentes de policía se habían llevado a la muchacha, pero su alma seguía allí y quería oír el canto de Aino una vez más.

—Es que tengo un montón de síntomas raros, ¿sabes? A veces noto un tirón en la pantorrilla, a veces siento en la cara unos espasmos que vienen y van, y a veces, por las mañanas, me duele horrores el brazo derecho, como si se irradiara el dolor. ¿Podría ser un infarto?

Ann-Britt miraba esperanzada a Magdalena. Era una de las pacientes que más frecuentaban el centro de salud, y una de las que

rara vez necesitaba atención médica.

Magdalena era consciente de que, en el caso de algunos pacientes, la alta frecuencia de las visitas no era más que una forma de tener contacto humano. Una forma de escapar de la soledad. Esos pacientes le inspiraban una empatía enorme. Pero Ann-Britt tenía marido, cinco hijos y como catorce nietos, además de un montón de amigas, a juzgar por su cuenta de Facebook. Había estado echando un vistazo por pura curiosidad, después de la vigésima visita en un mes. No, en el caso de esa mujer se trataba más bien de que tenía debilidad por el drama y por ser el centro de atención. Y para ese tipo de gente tenía Magdalena poquísima paciencia a esas alturas.

—No, Ann-Britt, esos síntomas no se corresponden con los del infarto.

El papel que protegía la camilla crujió al girarse la mujer.

—¿Apoplejía? ¿Intoxicación por el mercurio de los empastes? ¿Poscovid? ¿Borrelia?

Magdalena contó hasta diez, antes de obsequiar a Ann-Britt con la más profesional de sus sonrisas.

—No, tampoco es nada de eso. Yo creo que lo que necesitas es hacer más ejercicio. Así que la indicación médica es que hagas unos estiramientos por la noche mientras ves la tele.

—¿Estiramientos? —dijo Ann-Britt insatisfecha—. ¿Cómo? ¿Es que no hay ningún medicamento que puedas recetarme? Y, con estos síntomas, ¿no deberíais ingresarme en el hospital? Podría ser grave, creo yo. Kjell está muy preocupado por mí, ya te digo, y los niños también.

—No te pasa nada, Ann-Britt. Ponte un audiolibro en el móvil y sal a pasear un rato todos los días, dentro de nada estarás como nueva, ya verás.

Ann-Britt se bajó de la camilla.

—¡Como nueva! —repitió con un resoplido, y echó mano de la sudadera—. Supongo que has visto mi historia clínica, ¿no? Tengo las defensas fatal. Basta con que una persona tosa en el cuarto de al lado para que me resfríe. Y el año pasado, cuando la epidemia de

gripe, Kjell creyó que me iba a morir. Incluso llamó a la ambulancia, pero cuando llegaron me recomendaron suero salino y descanso. ¡Suero! Fue un milagro que no me muriera. ¿Estás segura de que no es del corazón?

Ann-Britt se llevó las dos manos al pecho.

—Estoy segura. Vete a casa y sal a caminar.

Magdalena la llevó hasta la puerta y cerró de golpe a su espalda.

Se preguntaba cuántos millones le costaban al año ese tipo de pacientes a la sanidad pública. Unos recursos que podrían utilizarse mucho mejor en otros lugares. Unos recursos que podrían salvar muchas vidas. Pero si algo había aprendido en su larga trayectoria era que algunas vidas valían más que otras.

Aun así, se encontraba aquí, no allí. Y atendía a pacientes como Ann-Britt a diario.

El verano pasado se presentó un hombre mayor que quería que le ayudaran a librarse de unas garrapatas que se le habían pegado al escroto. La segunda vez que apareció con el mismo problema, Magdalena se dijo que no había que ser Einstein para comprender que se las ponía él mismo, por el perverso placer de que Magdalena se las quitara. La siguiente vez, Magdalena fue bastante brusca con las pinzas. A partir de ahí, las garrapatas evitaron el escroto del caballero.

Se sentó delante del ordenador. También tenía que atender el papeleo, aunque era lo que más detestaba en el mundo. En Angola y en los demás países a los que la llevó Médicos Sin Fronteras disponían de poquísimo tiempo para cuestiones administrativas. En lo que ponían el foco era en salvar vidas. Aquí, en cambio, había que rellenar infinidad de documentos. Una hora tras otra invertidas en un papeleo absurdo.

Sonó el teléfono y Magdalena se sobresaltó. Dudó antes de responder cuando vio quién era, y saludó bajito. Apretó los labios mientras escuchaba.

—No tenemos por qué hablar más. Yo ya he dicho lo que quería decir. Nada ha cambiado. Ya sabes a qué me refiero. Es imposible.

La voz siguió hablando, y ella colgó.

Estuvo apretando el teléfono con fuerza durante unos minutos, hasta que las lágrimas que trataba de contener se abrieron paso por fin. Aún seguía sin poder protegerse del sonido de su voz.

Era estupendo sentirse descansado. Patrik se había ido a la cama temprano, cayó rendido enseguida y durmió como un tronco. Miró el reloj, pensó un instante mientras tamborileaba con los dedos en la mesa. Luego, descolgó el teléfono.

—Hola, soy Patrik Hedström. Oye, estaba pensando si os parecería bien que me apuntara con vosotros hoy. Si el horario funciona, claro. Tardo menos de dos horas en llegar en coche.

Después de recibir la respuesta que esperaba, colgó y, chaqueta en mano, fue pasillo abajo y llamó a la puerta de Gösta.

—¿Qué te parece un viajecito a Gotemburgo?

Gösta enarcó una ceja.

—¿Lo dices por Roland Jansson?

—Sí, hoy recogen las muestras de ADN y me gustaría mucho estar presente y ver qué clase de tipo es.

—Por mí, encantado. Pero conduces tú.

El tráfico fue fluyendo sin dificultad todo el trayecto hasta Gotemburgo. Después de aparcar, se encaminaron a la recepción de la comisaría. Por un instante, Patrik pensó en cómo habría sido su vida si hubiera optado por ser agente en la capital. Entrar en la comisaría de Gotemburgo era como acceder a otro universo.

Desechó la idea enseguida. Le encantaba la vida que llevaba. Tanto el trabajo en sí como la circunstancia excepcional de ser policía en un municipio tan pequeño que, en principio, conocía a todas las personas con las que tenía que tratar o por lo menos sabía algo de ellas. Y en el plano privado, su vida era un sueño. La familia, una casa junto al mar. No había nada más que necesitara o que añorase en la vida. En particular ahora que habían tenido a Nora.

Si le hubieran anticipado que iba a tener cuatro hijos habría pensado que era una locura, pero, aunque nunca planearon tener a

Nora y, desde luego, los gemelos también llegaron por sorpresa, tuvo claro desde el instante en que la vio que Nora había llegado a su hogar. Eso sí, ya no podían tener más hijos.

—¿Tú conoces a alguien que se haya hecho tris tras? —dijo, ilustrando sus palabras haciendo una tijera en el aire con los dedos, mientras Gösta y él se acercaban a la recepción.

Su colega lo miró perplejo.

—Si te refieres a la vasectomía, responderé que no a tu pregunta y que no a la posibilidad de comentar contigo asuntos relativos a tu bajo vientre.

—Vale, vale, es que estoy dándole vueltas. En casa somos ya medio equipo de fútbol, y a Erica no le sientan bien las hormonas.

—Que no quiero hablar del tema —masculló Gösta, y Patrik alzó las manos para calmarlo.

Dos policías, uno de mediana edad rapado al cero y una mujer joven con melena rubia, se les acercaron antes de que llegaran al mostrador.

—¿Patrik Hedström?

El policía le tendió la mano.

—Así es. Y este es mi colega, Gösta Flygare.

—Yo soy Anders Albrektsson, y Viveca Lindgren, mi colega. Os estábamos esperando. Seguidnos con el coche, vamos a casa de Roland Jansson.

Fueron detrás del coche de policía y, diez minutos después, giraron para acceder a un gran complejo de apartamentos del barrio de Partille.

—Roland vive en un piso de dos habitaciones, en la segunda planta —dijo Albrektsson cuando se bajaron del coche en el aparcamiento.

—¿Cuál es el plan? —dijo Gösta—. ¿Vais a tomar la muestra aquí o pensáis llevarlo a la comisaría?

—Hemos pensado hacerlo aquí mismo.

Anders Albrektsson les sostuvo la pesada puerta para que entraran. Viveca los miraba llena de curiosidad. Anders aparentaba

unos cincuenta años, pero ella era bastante más joven. Rondaba los treinta, se dijo Patrik, y tenía la mirada despierta.

—Ya me ha contado Anders que esta actuación está relacionada con el caso Sofie —dijo Viveca—. ¿Estáis ya cerca de la solución?

—Vamos avanzando —dijo Patrik en tono neutro.

Era una pregunta difícil de responder. La parte de la investigación en la que se encontraban se parecía a cuando uno empezaba a hacer un rompecabezas, cuando has esparcido todas las piezas en la mesa y te pones a agruparlas por colores o guiándote por el dibujo. Las piezas no estaban encajadas aún, pero era cuestión de tiempo. No pensaba permitir que las cosas sucedieran de otro modo.

—Es aquí —dijo Anders.

Llamaron a la puerta. A Patrik se le aceleró un poco el corazón y miró a Gösta, que respondió con un gesto de complicidad.

—Hombre, la pasma —dijo Roland Jansson cuando abrió. Se apartó a un lado—. Pues nada, pasad, pasad. Si es por los altavoces, tenéis que hablar con Roffe, no conmigo. Yo no tengo una mierda que ver con eso.

—Nada de altavoces —dijo Anders Albrektsson al tiempo que entraba en el vestíbulo.

Era un espacio pequeño y estrecho, y tuvieron que entrar en fila en el apartamento, que estaba amueblado con austeridad, solo con un sofá, una mesa de centro ruinosa, que parecían haber recogido de un contenedor, y un aparatoso televisor de los antiguos.

—Hace siglos que no veo uno así —dijo Viveca señalando la tele.

—Ya. Es que tuve que vender el otro, y un amigo me ha prestado este. Pero casi no funciona.

—Mira, Roland, hemos venido a tomarte una muestra de ADN.

Anders se plantó delante de Roland, al que sacaba una cabeza.

Patrik observó al hombre. La vida tan dura que había llevado le había pasado factura. El pelo le llegaba por los hombros y parecía que no se lo había lavado en mucho tiempo, y estaba tan delgado que se le adivinaban las costillas a través de la camisa estampada y deforme.

—¿A qué demonios viene esto? Yo ya no ando metido en ninguna mierda. ¿Por qué cojones tengo que daros el ADN?

—Tenemos todos los permisos necesarios —dijo Viveca balanceándose un poco sobre los pies con los brazos en jarras—. Podemos hacerlo aquí o te vienes con nosotros, tú eliges.

—Trae aquí el puto palo, anda. Mientras no me lo metáis por el culo…

—No hará falta —dijo Anders cortante, y sacó la bolsa con el test.

—Nosotros somos de la policía de Tanumshede —dijo Patrik expectante, por si advertía alguna reacción.

A Roland se le iluminó la cara.

—Vaya fiestas nos corríamos por allí, no te imaginas. Estuve un verano trabajando en el Badis, en Fjällbacka. Un trabajo de esclavos, pero no controlaban para nada el almacén de las bebidas, así que podías llevarte alguna que otra bonificación, ya me entiendes.

Le lanzó un guiño a Patrik.

—Abre la boca.

Anders se había puesto los guantes de goma y había sacado el bastoncillo de la bolsa. Se lo introdujo a Roland en la boca y frotó con el algodón la cara interna de las mejillas. Se veía que a Roland le faltaban varios dientes.

—Pues resulta que por eso estamos aquí —dijo Gösta—. ¿Te acuerdas de Monica Bergström?

Roland soltó una carcajada mientras Anders pasaba con cuidado el extremo de gomaespuma del bastoncillo con la muestra de ADN por el filtro de la tarjeta de muestras biológicas. Después de doblar el papel protector, metió la prueba en un sobre que se guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Que si me acuerdo! Era una mujer de una vez. Pasamos un verano de miedo, Monica y yo. Vivía sola con su hija, ¿cómo puñetas se llamaba la cría?

Roland chasqueaba los dedos mientras hacía memoria.

—Magdalena —dijo Patrik.

—¡Eso, Magdalena! Qué niña más rara. Siempre con la cara pegada a un libro. Monica y ella no terminaban de encajar, si no recuerdo mal, siempre estaba metiendo las narices en lo que hacíamos y dando su opinión. Los niños no tienen que opinar una mierda sobre lo que hacen los adultos, lo que tienen que hacer es cerrar el pico y obedecer.

—Magdalena llevaba a veces a casa a una amiga, ¿te acuerdas de ella? —dijo Patrik.

Roland frunció el ceño mientras hacía memoria.

—Puede. Monica y yo nunca estábamos muy sobrios, ya me entiendes. Una vez sacamos una manguera con…

—La amiga se llamaba Sofie, por si te ayuda a recordar —dijo Patrik.

—Bueno, si tú lo dices, será Sofie. De Magdalena sí me acuerdo, pero de la otra, solo vagamente. —Se paró de pronto—. Espera, ¿Sofie? ¿No es esa la chica de la que llevan hablando toda la semana? Recuerdo que hubo un despliegue policial de cojones ese verano cuando…

Se quedó mirando a los policías mientras retrocedía con las manos en alto.

—No será verdad. ¿Por eso habéis…? No me jodas, yo no tengo nada que ver con eso. Si apenas la vi.

—Tenemos un testimonio según el cual te pusiste algo pesado con Sofie. ¿Es que te gustaba?

—Pesado no sé, joder, pero se pasaban el día por allí en pantalones cortos y camisetas escotadas, pues claro que te ponían un poco, pero qué va, qué va, qué va.

Retrocedió un paso más y casi se dio con el televisor.

—¿Estuviste alguna vez cerca de su casa? —preguntó Gösta.

—¿De su casa? Si ni siquiera sabía dónde vivía. ¿Por qué iba a ir a su casa? Que no, joder, que yo de esto no quiero saber nada. Estáis pero que muy equivocados.

—O sea, estás seguro de que nunca anduviste por su jardín, ¿no? Delante de su ventana.

—Mira, yo tenía una mujer que lo único que quería era pasarse los días follando, ¿para qué coño iba yo a ir detrás de una niña?

El pecho se le hinchaba de indignación. Anders dirigió una mirada inquisitiva a Patrik, que asintió.

—Nos pondremos en contacto contigo cuando tengamos los resultados de la prueba —dijo Anders, y se digirió a la puerta seguido de Viveca.

Patrik y Gösta se quedaron unos instantes.

—Aquí tienes mi tarjeta —dijo Patrik—. Por si te acuerdas de algo que quieras contarnos.

Roland soltó un resoplido y soltó la tarjeta, que cayó sobre la superficie pringosa de la mesa.

—Yo jamás le puse una mano encima a la niña. Lo juro.

—Como te ha dicho mi colega, te avisaremos cuando tengamos los resultados.

Cuando salieron y la puerta se cerró a su espalda, Patrik sintió un aleteo de esperanza en el pecho. ¿Y si aquella prueba, ya a buen recaudo en el bolsillo de Anders Albrektsson, los conducía un poco más cerca de la respuesta?

No era habitual que ella, de forma espontánea y voluntaria, fuera a casa de Kristina y Gunnar. Erica se arrepintió incluso antes de tocar el timbre, pero Kristina le había dejado bien claro que les dolía el hecho de que casi nunca fueran a verlos.

Al oír unos pasos que se acercaban a la puerta, Erica respiró hondo y susurró: «Namasté». Y no es que supiera lo que significaba, pero suponía que debía tener un efecto tranquilizador.

—Pero ¡qué visita más grata! —Kristina miraba a Erica con una amplia sonrisa—. ¡Gunnar! —gritó hacia el interior de la casa—. Pon a calentar el agua para el té, ¡acaban de llegar las chicas!

Kristina metió el cochecito en el vestíbulo, cogió en brazos a Nora sin preguntar y empezó a quitarle la ropa de abrigo.

—El tesoro de la abuela, sí, la cosita más rica.

Nora se estiró adormilada.

—Pasa, pasa —dijo Kristina mientras se adelantaba hacia la cocina con Nora en brazos.

Gunnar estaba sentado preparando la tetera. Kristina le puso la mano en el hombro.

—Gunnar está ampliando el trastero, le he dicho que debería tomárselo con calma, pero, ya sabes, los hombres no te hacen caso y, a la primera de cambio, caen enfermos y, nada, al hospital.

—Me volvería loco si me pasara los días sin hacer nada —dijo Gunnar mientras abrazaba a Erica con una cálida sonrisa.

Patrik y ella siempre bromeaban llamándolo Bob, por *Bob y sus amigos*. Gunnar no era feliz sin un proyecto de construcción entre manos, y la casita adosada en la que vivían, justo a la entrada de Fjällbacka, se encontraba siempre en estado de reforma permanente.

—El té estará ya mismo, solo tiene que reposar unos minutos. Supongo que queréis charlar un rato a solas, así que yo seguiré con el trastero —dijo animoso saludando a Nora con la mano, a lo que ella respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Desde luego que habéis tenido suerte, esta niña es muy buena, yo nunca he visto una cosa igual —dijo Kristina haciéndole carantoñas a la pequeña—. Patrik tuvo cólicos, se pasó los tres primeros meses llorando sin parar. Hubo momentos en los que me planteé de verdad salir y tirarlo al contenedor.

Erica se dirigió a la tetera. Le sonrió a Kristina, aunque no era la primera vez que le contaba la historia de Patrik y el contenedor.

—Trae también las magdalenas que hay en la encimera —dijo Kristina—. He encontrado una receta espectacular. Sin azúcar, un mínimo de grasa y un montón de proteínas. Se hacen con queso batido y proteínas en polvo, entre otras cosas. Una bomba de buena salud.

Erica las miraba con escepticismo. ¿Sin azúcar y sin apenas grasa? Lo bueno de comer dulces era que estaban hechos con cantidades nada saludables de esos dos ingredientes, ¿no? Con muchas reservas, puso las magdalenas en una bandeja.

—¡Pruébalas! —dijo Kristina con entusiasmo—. Es impresionante. ¡Cuesta creerlo!

Erica dio un mordisco a una. Desde luego. A ella no le costaba creerlo. Era una porquería. Sabía a contrachapado, pero con el toque agrio del queso batido.

—Vaya, qué rico.

—Luego te llevas una bolsa —dijo Kristina mientras mecía a Nora en sus brazos—. Haré más.

—Me encargaré de que Patrik se coma unas cuantas cuando llegue a casa —dijo Erica, riéndose por anticipado de la cara que pondría su marido cuando diera el primer mordisco.

Puso en la mesa la bandeja de magdalenas y dos tazas. Cuando sirvió el té, se estremeció de pronto. Parecía hecho de hierba, y olía a moho. ¿Cómo podría librarse de beberse aquello?

Se sentó al lado de Kristina. Sobre la mesa de la cocina había un montón de folios esparcidos, algunos con una recargada caligrafía antigua.

—Esto es de lo más emocionante, ¿sabes? —dijo Kristina—. Son extractos de antiguos censos y registros parroquiales, entre otras cosas. Cuando me abrí la cuenta en la página de genealogía, encontré un tesoro increíble. Lo único que hice fue enviar una prueba y, de pronto, tengo un árbol genealógico completo en el ordenador. Y resulta que tengo un cincuenta y seis por ciento de sangre noruega, bueno, eso no es raro en esta región, diez por ciento de sangre sueca y… —Kristina hizo una pausa de efecto dramático—. Treinta y cuatro por ciento de sangre rusa. ¿Te imaginas? ¡Rusa!

Erica pellizcó con cariño la mejilla de Nora, que seguía en brazos de Kristina.

—¿Y no has localizado a ningún hermano desconocido? Tengo entendido que ese es el riesgo de hacerse ese tipo de pruebas de ADN.

Kristina la miró ofendida.

—¿Insinúas que mi padre…? Qué va, ese hombre fue fiel a mi madre durante cincuenta años.

Erica se arrepintió enseguida. A aquellas alturas sabía que el sentido del humor no se contaba entre el repertorio de recursos de su suegra.

—¿Puedo tomarme otra? —dijo para arreglarlo un poco.

Se obligó a alargar la mano para coger una segunda magdalena.

—Tú también deberías enviarles un test. Y hablar con Sylvia, ella puede ayudarte a empezar. No hay nada que ella no sepa en materia de genealogía.

—No sé, la verdad es que tengo bastante con la familia que tengo —dijo Erica con la esperanza de que Kristina no captara la pulla nada sutil que acababa de soltarle.

—Pues no sabes lo que te pierdes —dijo Kristina—. Además, podría serte útil para el próximo libro. Imagínate todo lo que puede haber en la familia. ¡Yo tengo un pariente muy lejano que fue un ladrón y un asesino!

Kristina se emocionó de pronto.

—Imagina que encuentras algo así entre los tuyos. Podrías escribir sobre tu familia de asesinos.

Kristina se rio entusiasmada y le pasó a Erica unos documentos.

—Bueno, de todos modos, échales un vistazo, tengo copias. Puede que te inspire, quién sabe.

Erica asintió y se guardó los papeles. Irían a parar a la bolsa del reciclado en cuanto llegara a casa.

—Por cierto, ¿sabes algo de Patrik? ¿Cómo les ha ido hoy?

—Me ha mandado un mensaje desde Gotemburgo, iban a recoger una muestra de ADN, pero no sé más.

La llenaba de frustración que Patrik no le diera información suficiente, aunque, por supuesto, comprendía que no pudiera contárselo todo. Pero la fuente de toda la investigación dormía a su lado todas las noches, literalmente, así que era lógico que quisiera saber cómo iba.

—Por Ellen y por Gun, espero que lo de Sofie no enrarezca demasiado el ambiente mañana. Han trabajado muy duro para poner en marcha la residencia, se merecen celebrarlo.

—Estoy segura de que todos estarán de muy buen humor. Y me han dicho que va a haber champán. Eso siempre contribuye al éxito.

Kristina dejó escapar un suspiro. Nora dio un respingo y empezó a examinar un botón de su camisa.

—Si supieras lo que hace el alcohol… Es uno de los principales factores que aceleran el envejecimiento y aumentan el riesgo de cáncer y otras enfermedades. O sea, nosotros solo nos tomamos una copita a la hora de cenar el fin de semana. Se supone que contiene antioxidantes, que son buenos para el corazón.

Se acercó un poco a Erica y bajó la voz, como si quisiera ahorrarle a Nora aquel comentario.

—La verdad, yo creo que Patrik y tú deberíais revisar el consumo de alcohol, cuando voy a vuestra casa siempre veo botellas abiertas, incluso entre semana. Y también los *bag-in-box*. Son peligrosísimos, ¿lo sabías? Es facilísimo que el consumo se dispare y al final acabas con un problema de alcoholismo y con el hígado graso.

Respirar hondo. Namasté. Erica se puso de pie.

—Lo tendremos en cuenta, pero la peque y yo tenemos que irnos a casa ya, se acerca la hora de comer.

—Vaya, qué visita más corta —dijo Kristina con un suspiro—. Claro, los jóvenes tenéis muchas cosas que atender, así que los mayores tenemos que contentarnos con los ratos que podemos disfrutar de vosotros.

Le devolvió a Nora a regañadientes.

—Nos vemos mañana en la inauguración —dijo Erica.

—Sí, allí nos vemos. Pero, Erica, si no has probado el té.

Acostó a Nora en el cochecito, cerró la puerta al salir y volvió a respirar hondo. Necesitaba una copa de vino ya. Quizá incluso dos.

—Pues estupendo. En el pueblo no se habla de otra cosa.

Yvonne agarraba el volante con fuerza.

—Me da igual lo que diga la gente —respondió Gabriel mirando por la ventanilla.

Ella lo miró de soslayo, pero enseguida volvió a centrarse en la carretera.

—Es importante, Gabriel, como comprenderás. En el pueblo tenemos una reputación. Por no hablar del daño que esto le hace al restaurante. Y, además, piensa en tu padre, ayer estaba destrozado el pobre.

—No hables de mi padre conmigo —dijo Gabriel alzando la voz y mirándola brevemente antes de volver la vista a la ventanilla.

Yvonne soltó un hondo suspiro.

—Tienes que tomarte la medicación. Ya hemos hablado de ello. Cuando no te tomas las pastillas…, cuando no te las tomas, la cosa acaba mal.

—Soy una persona adulta y decido por mí mismo qué debo hacer y qué no.

Dejaron atrás la escuela hípica y, como siempre, Yvonne recreó para sus adentros la imagen de su querida Sofie montando a caballo. No porque a su hija le gustara montar. Yvonne deseaba con todas sus fuerzas que su hija se aficionara a ese deporte, la equitación tenía un punto majestuoso, refinado. No como el fútbol, donde acababan con las rodillas desolladas y con la ropa llena de manchas de césped. Por suerte, a Sofie tampoco le dio por el fútbol, su pasión era la vela. Pero estaba tan elegante a lomos del caballo. Durante seis meses se dedicó a la práctica de la equitación, hasta que Yvonne tuvo que ceder a sus súplicas de dejarlo.

—Lo que haces nos afecta a todos. Piensa en Ellen. Y en los niños. Para ellos esto es una vergüenza.

—Si es así, que hablen por sí mismos —masculló Gabriel.

Yvonne agarró el volante con más fuerza. Así era siempre. Gabriel nunca pensaba en las personas que tenía a su alrededor. Hacía lo que quería cuando quería. Y Allan nunca daba un puñetazo en la mesa.

Al principio, cuando Allan y ella se conocieron, pensó que era muy bonito que padre e hijo tuvieran una relación tan estrecha. Pero, a medida que fueron pasando los años, empezó a afectarle cada vez más. Era como si Allan y Gabriel tuvieran un club privado al

que ella no tenía acceso. Y Allan pasó mucho tiempo negándose a aceptar que Gabriel necesitaba ayuda.

Ella iba proponiendo soluciones, desde asistentes sociales y psicólogos hasta medicación, pero Allan no quería ni oír hablar del tema. Y la que tenía que arreglar las cosas después era Yvonne. Las charlas con los profesores, el pago discreto de lo que se hubiera roto por el camino… Gabriel había tenido desde niño una rabia interior que estallaba en el momento más inesperado.

—Hemos invertido demasiado en este negocio. Al menos podrías pensar en el aspecto económico. Y en Bengt y Gun. Él no parecía muy satisfecho cuando se lo conté.

—Madre mía, ¿cuántas décadas lleváis lamiéndoles el culo a esos dos? Siempre esperas que un día lleguen a veros como iguales. Pero eso no va a suceder, Yvonne. ¡Y no tiene nada que ver con mi restaurante!

—Nuestro restaurante —dijo Yvonne con tono cortante—. Y ahí es adonde voy, precisamente. Es nuestro. No tuyo. Y tu forma de actuar nos afecta a todos.

Ya cruzaban Grebbestad, que, al igual que Fjällbacka, había empezado a quedar vacía de veraneantes. La vibrante vida estival iba dando paso al rumor de unos pocos turistas.

Gabriel se volvió hacia ella, que reconoció la negrura en su mirada. Yvonne se aferró al volante y se arrepintió de haber accedido a recogerlo en la comisaría cuando llamó. Él habría preferido que hubiera ido a buscarlo Allan, que siempre lo perdonaba, pero sabía que su presencia en el restaurante era necesaria.

—Tú no puedes controlarme, Yvonne. Sé que siempre has querido conseguirlo. Y la medicación ha sido una forma de mantenerme a raya.

—¡Qué tontería, Gabriel! ¡Tú lo sabes mejor que nadie! ¡Aquello era insostenible!

—Siempre has sentido celos de la relación entre mi padre y yo.

Yvonne intuyó con el rabillo del ojo la negrura de su mirada mientras la observaba. Sabía que estaba intentando provocarla. A

Gabriel siempre le había gustado provocar a los demás. Sobre todo a ella. Y a Sofie.

—¿Celos, dices? Es lo más absurdo que he oído en la vida.

—Siempre quisiste tenerlo para ti sola. Yo siempre fui un estorbo. Incluso Sofie era un estorbo.

—¡Ya está bien, cállate de una vez!

Yvonne respiró hondo, temblorosa y conmocionada por su reacción. Claro que Gabriel sabía qué teclas tocar. Se esforzó por tranquilizarse y bajó la voz a un tono normal.

—No me explico de dónde sacas esas tonterías. Somos una familia. Éramos una familia.

—Eres tú la que se engaña. Siempre has querido tener a mi padre para ti. Para ti sola.

Gabriel sonreía, e Yvonne sintió que la rabia volvía a crecerle dentro. Pero no pensaba darle a Gabriel ese gusto.

—¿Cómo crees que se sintió Sofie cuando conociste a Allan y prácticamente desapareciste? ¿Por qué crees que prefería pasarse los días en casa de Ellen y Aino?

—Deberías cerrar el pico, Gabriel. Antes de que diga algo de lo que me arrepienta luego.

Se detuvieron delante de la casa. Yvonne se quedó sentada en el coche, mientras que Gabriel salía rápidamente.

—Tómate la medicación —dijo Yvonne en voz baja, sin saber con seguridad si la había oído.

Minutos después, cuando Yvonne salió del coche, iba temblando. Gabriel estaba equivocado. Tenía que estar equivocado. Sofie lo fue todo para ella.

Without You — Mariah Carey

Tiene su gracia intentar encontrar una canción cuyo título encaje con cómo me siento. Aunque a veces las canciones en sí no me gustan. Hoy no es un buen día. No puedo dejar de pensar en él. Por más

que lo intento. Anoche soñé con él, que volvía a abrazarme. Sé que está preocupado por si digo algo. Pero no puedo decir nada. Lo sé.

He intentado contarle a mi madre en el desayuno que creo que alguien me está vigilando. No sé decir ni por qué lo creo. Es solo una sensación. Pero mi madre no me ha hecho caso, claro.

Salí a navegar con Victoria un par de horas. Después siempre me encuentro mejor. Ahora que trabajo no tengo tanto tiempo para salir a navegar.

Hoy, en el trabajo, se ha roto una de las planchas de tostar el pan. Saltaban chispas. ¡Estaría bueno que le prendiera fuego al minigolf! Y claro, después todo el mundo quería pan tostado. En fin. Tuve que poner una nota bien grande avisando de que estaba estropeado. ¿Por qué todo lo malo pasa siempre al mismo tiempo?

Además, Gabriel ha tenido uno de sus ataques. Y ha roto una de las sillas de la cocina. No sé por qué. Me encerré en mi cuarto cuando oí que empezaban a discutir.

He llamado a Magdalena para ver si quería dar una vuelta. Mi madre me ha dicho que ayer vio a Monica superborracha en el Badis, en alguna fiesta a la que fueron con los Lions, así que he pensado que igual a Magdalena le venía bien salir. Su madre da puto asco. Pero Magdalena estaba en casa de Jocke. Pues claro. Ya casi no la veo.

A veces es como si todo, absolutamente todo estuviera rompiéndose en pedazos. Y todo ha cambiado, sí. Pero, aun así, en muchos sentidos es como si no hubiera cambiado nada.

Él ahora me mira distinto. ¿Lo verá él también todo una y otra vez cuando cierra los ojos de noche en la cama? Yo me duermo con él cada noche. Y me levanto con él cada mañana.

—¿Martin?

Paula llamó con cuidado a la puerta de su colega. Él se apresuró a guardarse algo en el bolsillo de la chaqueta, y ella enarcó las cejas extrañada al entrar.

Con un suspiro, Martin sacó la mano del bolsillo y, en ella, una cajita.

—¿Es lo que me estoy imaginando? —dijo Paula alargando la mano.

Martin se inclinó sobre la mesa y le dio la caja. Ella la abrió. Era un anillo sencillo pero precioso.

—Pero ¡Martin! ¡Qué alegría! ¿Para cuándo?

Él se pasó la mano por el pelo, que quedó todo revuelto.

—Pues, qué quieres que te diga, no es fácil encontrar el momento adecuado con la logística infantil que tenemos en casa en estos momentos. Y quiero que sea algo único.

Paula tragó saliva. Lo comprendía a la perfección. A ella le pasó lo mismo. Se entregó al máximo.

—Ya. Entre Johanna y yo, digamos que yo era la romántica. Ella compraba un capuchino en una taza de cartón en la gasolinera y se esperaba una ovación, así de romántica es.

Pero la sonrisa con que le ofrecía el capuchino… Paula tragó saliva. Hizo lo posible por borrar la imagen.

—Necesito toda la ayuda posible —dijo Martin con cara de estar agotado.

—Déjame pensar —dijo Paula.

—Por cierto, ¿a ti cómo te va?

—Parece que Johanna ha encontrado apartamento. En ese caso, se mudará dentro de un mes. Así que todavía me queda otro mes en el sofá de casa de mi madre y Bertil. A ver cómo aguanto.

—¿Estás bien?

Martin la observaba muy serio.

Con el pelo rojizo y la cara pecosa, siempre tenía el aspecto de ser una mezcla de hombre y niño.

—La verdad es que estoy bien. Aunque sin ser consciente de ello, creo que llevo mucho tiempo sabiendo que lo nuestro no funcionaba. Y de una pareja que siempre se está peleando no salen unos buenos padres. Pero, de todos modos, es triste.

—Todo se arreglará —dijo Martin, y se guardó la cajita en el bolsillo.

¿Seguro? Paula no siempre lo tenía tan claro. No cuando se despertaba a las tres de la mañana con el corazón desbocado y tenía que contener el impulso de salir corriendo al dormitorio de su madre, que estaba en la cama durmiendo con Bertil Mellberg. Qué idea más espantosa. Además, el último año habían pasado tantas cosas, todo lo de la enfermedad de su madre y tantas preocupaciones…

—Bueno, dejemos a un lado las penas y alegrías de la vida —dijo saliendo de su ensimismamiento—. He estado hablando con Farideh sobre las fibras del cuarto de Sofie. Resulta que eran de poliéster. Como las de la tumba.

—¿Ha podido decir algo más al respecto? —preguntó Martin inclinándose expectante sobre la mesa.

—Tras una larga conferencia sobre métodos de análisis de nombre largo y complicado que no sabría repetir, me dijo por fin en lenguaje llano que un ámbito de uso propio del poliéster azul es la cordelería para embarcaciones. Y justo esa combinación cromática de las fibras se da en uno de los principales fabricantes de cordelería de uso marítimo. Se utiliza para cabos de amarre, de remolque y de protección, escotas, cabos de arrastre y de anclaje, por ejemplo.

Martin suspiró.

—Estamos hablando de Fjällbacka. No puede decirse que lo de la cordelería marina reduzca el ámbito de búsqueda.

—Bueno, pero algo es algo —dijo Paula al tiempo que se ponía de pie—. Voy a hablar con el fabricante para comprobar si se puede precisar un poco qué tipo de cuerda o de cabo es. Están en Strömstad, así que pensaba coger el coche y acercarme. ¿Te vienes?

—Sí, por qué no. Ya le sacaré brillo al asiento otro día.

Marint AB se encontraba en el polígono industrial de Prästängen, y el gran letrero de la fachada les ayudó a dar con el sitio enseguida.

Cuando preguntaron por el jefe, les indicaron una oficina que estaba al fondo del local. La revolución informática no parecía haber

llegado a Marint AB. El despacho estaba atestado de archivadores, y unas pilas altísimas de documentos cubrían las mesas y las sillas.

—¡No he sido yo, lo juro!

Un hombre corpulento de unos sesenta años los recibió con las manos en alto y riéndose tanto que estuvo a punto de asfixiarse.

—Estupendo, así no tendremos que recurrir a las esposas —dijo Paula sonriéndole.

«Para morirse de risa, vamos», dijo Paula para sus adentros.

—Soy Paula Morales, y este es mi colega, Martin Molin. Somos de la policía de Tanumshede.

—Sentaos, voy a ver si quito de en medio algunas cosas.

Empezó a mover las pilas de documentos de un lado a otro hasta que quedaron dos sillas libres para sentarse.

—¿A qué debo el honor de una visita del largo brazo de la ley? —Les ofreció una caja de bocaditos de vainilla—. ¿Café? ¿Un dulce?

Ni Paula ni Martin aceptaron la invitación.

—No, gracias —dijo Paula—. Queríamos hacerte una pregunta sobre los productos que fabricáis. Estamos investigando un caso y hemos encontrado unas fibras sobre las que querríamos obtener más información. La gama de color encaja con vuestra producción, pero querríamos saber si sería posible identificar con más exactitud qué tipo de cuerda es.

Al hombre se le iluminó la cara.

—Perdón, no me había presentado, soy Sten Berggren. Represento a la segunda generación en el negocio. Mi padre, Odd Berggren, lo fundó hace cincuenta años, y yo he tomado el testigo. En otras palabras, tenemos cuerda para rato.

Volvió a reírse a sus anchas.

—Eso es, el tipo de cuerda —dijo Paula para intentar agilizar la cosa antes de que tuvieran que oír toda la historia del negocio.

—Ah, sí. Madre mía, qué emocionante lo de participar en una investigación policial. ¿Y si yo, precisamente, aporto la pieza que lo resuelve todo?

—Pues sí, sería perfecto —dijo Martin muy educado.

Paula sacó un papel del bolsillo y se lo mostró a Sten.

—Estos son los datos que tenemos del código exacto de color. El Centro Forense Nacional lo ha contrastado con su base de datos, pero lo único que ha averiguado es que se ha fabricado aquí.

Sten examinó la nota con atención y, acto seguido, empezó a revolver entre los archivadores y las pilas de documentos. Sin dejar de murmurar para sus adentros, eso sí.

—Cabos de arrastre, no, quizá de remolque. Entonces sería este archivador. Qué va, ese no, tiene que ser este.

A Paula le dio la impresión de que solo estaba hojeando al azar.

—¿Será este el que…?

Sten sacó un archivador abarrotado de documentos y empezó a hojearlo después de haber echado otro vistazo al papel que le había dado Paula.

—Mmm… Puede. No, era un número tres, no un número cuatro. A ver. ¡Aquí! —Sosteniendo el archivador en alto en señal de triunfo, señaló una línea—. Un cabo de amarre. Nuestro superventas.

Martin se desanimó.

—Entonces, ¿cuántos habréis vendido? —preguntó—. ¿Podéis identificar las ventas en la región?

Sten arrugó la frente mientras miraba entre los archivadores de la estantería.

—Seguro que sí, solo tengo que ver… —Fue pasando el dedo índice por el lomo de los archivadores, hasta que sacó uno más grueso aún que el anterior—. Vamos a ver. Los tenemos divididos por regiones, así que Västra Götaland. ¡Aquí está! ¿De qué año?

Paula dio un hondo suspiro.

—De hace treinta años. Y quizá haya que retroceder cinco años más. O sea, entre 1989 y 1994.

Sten se quedó pálido.

—¿Es por la muchacha cuyo cadáver encontraron en Fjällbacka?

—No puedo dar ningún dato sobre una investigación en curso.

El hombre asintió impaciente.

—Claro, lo comprendo. Muy bien, voy a ver qué puedo conseguir. Nuestros registros se remontan a hace cincuenta años. Hasta el año de 1980, lo tenemos en un almacén, pero lo que va de 1989 a 1994 debería estar en este archivador.

Sten iba deslizando los dedos por las líneas mientras anotaba unas cifras en un cuaderno, y luego empezó a marcar números en una calculadora con unas teclas bien grandes.

—Noventa y siete mil trescientas unidades.

Al oírlo, Paula también se vino abajo.

—Es una buena cifra.

—Ya os he dicho que era nuestro superventas —respondió Sten satisfecho.

Cerró el archivador y lo devolvió a su lugar en la estantería.

—Pero ahora al menos sabéis qué tipo de cabo es. Podría ser la pieza decisiva.

—Nunca se sabe —dijo Paula, pero se dio cuenta de lo dudoso que había sonado su tono de voz.

Noventa y siete mil. Y hace treinta años. La agente esperaba que Patrik y Gösta tuvieran más suerte en su excursión.

—Papá está como una puta cabra. —Ludvig estampó irritado una cacerola en el fregadero.

—Ludvig, papá tiene sus dificultades.

Allan dejó el cuchillo de pescado que había estado utilizando para filetear la caballa y se volvió hacia su nieto.

—Tú siempre lo disculpas —murmuró Ludvig enojado, y continuó fregando la cacerola.

Allan suspiró.

La misma cantinela con la que siempre le venía Yvonne, solo que ahora en boca de su nieto. Pero es que ellos no lo entendían. Gabriel y él estaban unidos por un vínculo inquebrantable. Desde que Gabriel nació, Allan supo que el pequeño se convertiría en su universo. Después, al morir Isabelle, el vínculo se fortaleció más

aún. Gabriel solo tenía entonces tres años, y Allan se prometió que le daría al pequeño cuanto necesitara, que lo apoyaría siempre como padre. Una promesa que, en ocasiones, le había resultado difícil de mantener, pero el amor que sentía por su hijo le ayudaba a remontar.

—Lo único que tiene que hacer tu padre es tomarse las medicinas, y las cosas volverán a la normalidad —dijo Allan, y continuó fileteando el pescado.

Pasó los dedos por el filete para comprobar si quedaba alguna espina y, con unas pinzas largas, retiró las que fue detectando.

—Es que no entiendo por qué no se las toma y punto. Menuda estupidez. Y la verdad, abuelo, podrías hablar con él de mí, ¿no? Sabes que no quiero dedicarme a esto. Yo quiero trabajar la madera, ser constructor. Pero es de lo más cabezón. Se le ha metido entre ceja y ceja que tengo que heredar el negocio. Y eso no va a pasar.

—Ludvig, ahora no es buen momento, con todo lo de Sofie. Ya hablaré con él. Cuando la situación se haya calmado.

Las manos empezaron a temblarle un poco e hizo un esfuerzo por concentrarse. Sin Gabriel en la cocina, solo podrían preparar todo lo de esa noche por los pelos. Por suerte, el ataque de Gabriel no había afectado a las reservas, más bien al contrario. Lo tenían todo completo.

A veces se preguntaba si había sido un error. Lo de él e Yvonne. Gabriel habría necesitado toda su atención. E Yvonne exigía mucho. La sed que tenía de su amor era insaciable. Él no tenía suficiente para los dos. Y, desde luego, no fue bastante para Sofie.

Su familia se convirtió en un campo de batalla, un tira y afloja en cuyo centro se hallaba él.

Todo habría podido ser diferente, pero Gabriel tenía que ser lo primero.

—Cuando hayas terminado de limpiar ahí puedes ponerte con las patatas.

—Uf, no, pelar patatas, no.

—Tenemos que estar los dos a una —dijo Allan tajante.

Treinta años. Desde aquella noche habían transcurrido treinta años. Y durante treinta años, él había revisado una y otra vez cuál fue su elección. Se preguntaba en qué podría haber actuado de otro modo. Pero siempre acababa igual, no había ninguna alternativa. Todo estaba predeterminado por el destino. Y él y Gabriel eran una sola cosa.

Así había sido durante mucho tiempo. Isabelle estaba tan tranquila en la cama cuando él llegó a casa aquel día aciago. Primero creyó que estaba durmiendo. Luego vio el frasco de pastillas en la mano. Cuando le tocó el brazo, notó que ya estaba fría. No había nada que hacer. Se había ido. Gabriel y él estaban solos.

—¿Cómo vais?

Gabriel entró en la cocina.

Allan se llevó una sorpresa. Sintió deseos de abrazar a su hijo, de preguntarle por la situación, pero su mirada le dejó claro que no era el momento.

Allan señaló la mesa en la que estaba trabajando Ludvig.

—El salmón está listo, el caldo está espesando, yo no tardaré en terminar con la caballa y acabo de pedirle a Ludvig que pele las patatas. Y hay otras cuantas cosas preparadas, echa un vistazo a los recipientes.

Señaló la hilera de recipientes de plástico que había en la mesa de trabajo.

—Nos queda mucho por hacer —dijo Gabriel mientras se lavaba las manos, antes de ponerse el delantal y colgarse un paño de cocina en la cintura.

—Papá, ¿puedo librar mañana? Albin ha organizado una barbacoa en su casa, van a ir todos —dijo Ludvig.

—Libras los lunes, que es cuando cerramos.

Gabriel abrió el frigorífico y sacó una fuente grande de cangrejos que les habían llevado frescos aquella mañana.

—Pero, papá…

—¡El lunes, y no se hable más!

La voz de Gabriel resonó entre los utensilios de acero de la cocina, y Allan vio que su nieto apretaba la mandíbula.

Después de la muerte de Isabelle, Allan tuvo que luchar con el hecho de que su hijo, tras la pérdida, se hubiera procurado un nido en el corazón, un nido de rabia y de oscuridad. Eso era lo que Yvonne no comprendía. No era culpa de Gabriel. Nada era culpa de Gabriel. Sencillamente, no podía evitarlo.

—Habla con tu madre —le dijo Allan a su nieto con voz dulce—. Quizá pueda prescindir de Elsa mañana, después de la inauguración. Así podrá sustituirte. Pero ayuda todo lo que puedas con los preparativos hasta mañana.

Gabriel le lanzó una mirada furiosa mientras empezaba a preparar los cangrejos. Dio la impresión de que quería decir algo, pero luego se limitó a menear la cabeza.

Allan estaba deseando acercarse a su hijo para darle un abrazo. A pesar de que Gabriel le sacaba por lo menos una cabeza en altura, aún era su niño querido. Sin embargo, siguió fileteando la caballa.

No había nada más que él pudiera hacer salvo estar allí, en el escenario de Gabriel. Vigilante, amoroso. Siempre había sido así, y así seguiría siendo siempre.

—Estaba pensando que pronto nos vamos de viernes, pero antes de dejaros marchar, me gustaría hacer un repaso.

Patrik se acercó a la gran pizarra blanca que ya apenas podía leerse de tan repleta de notas como estaba. Su mala letra no facilitaba las cosas, pero sabía que sus colegas, con los años, habían aprendido a interpretarla razonablemente.

—Lo primero y lo más importante, por fin hemos recibido la confirmación de que el cadáver hallado pertenece a Sofie. Llamé enseguida a su madre, para quien no fue ninguna sorpresa, pero al menos ya está verificado. ¿Qué más?

Paula levantó el índice en el aire:

—Martin y yo hemos ido a Strömstad a visitar la empresa Marint AB. Los técnicos lograron rastrear hasta ellos el poliéster azul de las

fibras de la cuerda.

—¿Algún resultado? —dijo Patrik. Rodeó con el rotulador la expresión «fibras de cuerda» en la pizarra—. Hemos encontrado restos de poliéster azul en el cuarto de Sofie y en la tumba.

—Pues sí y no —dijo Martin—. Constatamos que las fibras proceden de un cabo de amarre. Por desgracia, es el producto más vendido de la empresa, y entre 1989 y 1994 vendieron más de noventa y siete mil unidades solo aquí en Västra Götaland.

Mellberg soltó una carcajada.

—Vaya, pues suerte —dijo, y Paula le lanzó una mirada furiosa.

Su bronceado de color naranja había empezado a caerse, y parecía una mandarina a medio pelar.

—Desde luego, es como buscar una aguja en un pajar —dijo Paula—. Nos encontramos en una zona donde prácticamente todo quisque tiene barco y, por tanto, cabos de amarre. Pero algo es algo. Y no olvidemos que Sofie presentaba lesiones por estrangulamiento.

—Aunque más compatibles con un estrangulamiento manual, según Farideh —dijo Patrik.

Paula negó con la cabeza.

—Le pregunté cuando estuve hablando con ella por teléfono, y me dijo que no es una ciencia exacta. Dependiendo de cómo se coloque la cuerda, se pueden producir las mismas lesiones.

Patrik asintió.

—Bien. No podemos descartar que la estrangularan con una cuerda. Tampoco un montón de otras posibilidades, dado el estado en que se halla el cadáver. Puesto que las partes blandas han desaparecido, no podemos descartar que sufriera otras lesiones provocadas por un arma blanca o por una bala.

—Ya, pero no hay signos de lesiones en el esqueleto, ni arañazos de una navaja ni del proyectil de un arma de fuego —dijo Gösta retirando con cuidado la capa superior de una galleta Ballerina para lamer la crema de almendra.

—Estoy de acuerdo en que la posibilidad más verosímil es la del estrangulamiento —dijo Patrik—. Pero mi idea es más bien que

debemos permanecer abiertos a todas las posibilidades. Las fibras de unas amarras no tienen por qué ser relevantes. No hay nada más en el cuarto de Sofie que indique que ese fuera el lugar inicial del crimen. Como practicaba la vela, las fibras pueden proceder de su propia embarcación. Y lo mismo ocurre con los hallazgos de la tumba. Por cierto, ¿llegasteis a examinar el barco, Gösta? ¿Lo recuerdas?

—Pues no, pero puedo comprobarlo —dijo Gösta, y se metió en la boca la capa superior de la galleta.

—¿Con qué otro elemento podemos seguir avanzando? —dijo Patrik.

En la cocina de tonos amarillos se hizo el silencio.

Patrik sabía que todos estaban pensando lo mismo. Esa vía no les había dado nada. Nada de nada. Haber encontrado a Sofie no les había proporcionado muchas nuevas pistas que seguir. Cuando abrieron la tumba y la encontraron allí dentro, no fue como abrir la caja de Pandora de las pistas. Habían transcurrido treinta años. Las pistas se habían destruido. Los recuerdos habían palidecido.

—En fin, Gösta y yo hemos estado en Gotemburgo y hemos acompañado a los colegas que fueron a tomar una muestra de ADN a Roland Jansson.

—¿Quién demonios es Roland Jansson? —preguntó Mellberg adormilado. Se rascó la cara y un par de jirones de piel color naranja oscuro le cayeron sobre la rodilla.

—Roland era un conocido de Monica Bergström, la madre de Magdalena, que se relacionó con él justo el verano que Sofie desapareció. Parece que intentó tomarse ciertas libertades con las chicas. Así que podría ser él quien dejara ese rastro de ADN delante de la ventana de Sofie.

—¿Qué impresión os causó? —preguntó Paula—. ¿Creéis que pudo ser él?

—Imposible saberlo. Es un tipo bastante repulsivo, pero solo el resultado de la prueba de ADN puede aclarar si estamos o no sobre alguna pista.

Patrik se dirigió a la cafetera y se sirvió otro café. Al tomar un trago, hizo una mueca. Annika había tenido que marcharse a casa, puesto que su hijo Leo se había puesto enfermo, y quien había preparado la cafetera en su ausencia no la había cargado con suficiente café.

—Aunque, si fue él el que se puso a hacerse una paja delante de la ventana de Sofie, está claro que también fue un paso más allá, trató de violarla y luego la estranguló —dijo Mellberg con una seguridad pasmosa—. En cuanto tengamos la coincidencia de la prueba de ADN, habremos resuelto el caso, ya lo veréis.

Se pasó la mano satisfecho por la cabeza rapada.

—La verdad, no sé si es buena idea que nos limitemos a una posibilidad —dijo Patrik—. Hablaremos otra vez con las personas del entorno de Sofie mientras esperamos los resultados, y trataremos de encontrar otras vías. La antigüedad del caso constituye un reto, pero Sofie merece que busquemos debajo de las piedras. Leed de nuevo la antigua investigación, ved si hay algún detalle, por nimio que sea, que se nos haya escapado. Y si Roland da positivo, ya veremos adónde nos lleva.

—Es él, seguro —dijo Mellberg, y se levantó y alargó la mano hacia Ernst, que asomó desde debajo de la mesa—. Fijo. Y pensar que al final seré yo, Bertil Mellberg, quien resuelva uno de los casos más célebres de Suecia. ¡Podré incluirlo en mis memorias!

Paula le sonrió a Patrik por detrás de Mellberg. Meneó la cabeza y vertió el café aguado en el fregadero antes de colocar la taza en el lavavajillas.

—Buen trabajo, lo de la cuerda —dijo dándole una palmadita en la espalda.

Pero en su interior no paraba de dar vueltas a las palabras de Paula. Así era, en efecto, como se sentía con aquella investigación: estaban buscando una aguja en un pajar.

Después de dejar atrás la antigua estación de bomberos junto al cementerio, Erica entró y aparcó el coche. Era un rodeo, pero algo la

llevó a aquel lugar. Aún no había visto la tumba en la que hallaron a Sofie y, aunque el cadáver de la joven ya no se encontraba allí, quería ver el sitio con sus propios ojos.

Cuando se acercó a la tumba, que fue fácil de localizar, puesto que la cinta policial blanca y azul aún rodeaba la zona aleteando al viento, oyó a alguien que estaba cantando. En el acto supo de quién se trataba. Aino también entonó su canto de dolor en el entierro de los padres de Erica. Cantó sin texto y, aun así, la melodía de Aino le llegó al corazón, al centro de su dolor, y allí se alojó como una cálida capa de consuelo.

Dejó el cochecito con Nora dormida a cierta distancia y le puso el freno. Aino estaba vuelta hacia la tumba con la mirada fija en el hoyo, y su canto ascendía suave hacia el cielo azul. Erica se detuvo a unos metros detrás de ella, sin advertirla de su presencia. La melodía era distinta de la que resonó en el entierro de sus padres, pero también se adentraba con dulzura en el corazón.

Erica no llegó a conocer a Sofie, pero, como los demás habitantes de Fjällbacka, sintió el dolor y la ausencia de una joven que les había sido arrebatada demasiado pronto. Nadie quedó impasible en su día ante la noticia de la desaparición de Sofie, y tampoco el conocimiento de su muerte dejaba ahora impasible a nadie.

Cuando Aino guardó silencio, Erica se le acercó y posó la mano sobre su brazo con suavidad. Aino se estremeció y se volvió hacia ella.

—Aino, soy Erica, la hija de Tore y Elsy Falck. Estuviste cantando en su entierro.

Aino asintió.

—Sí, recuerdo sus almas. Su desesperación ante la idea de verse apartados de este mundo demasiado pronto.

Tenía la mirada introvertida, turbada.

—¿Tú eres amiga de Ellen? Yo solo voy a quedarme aquí un rato, la joven me necesita. Luego me iré para estar en casa cuando Ellen vuelva del colegio.

Erica comprendió que Aino había caído en uno de sus momentos de confusión. Seguro que había salido de Åldersro y se había desorientado, y existía el riesgo de que los empleados de la residencia se preocuparan cuando advirtieran su ausencia.

—Ven, Aino, te acompaño a casa —dijo Erica señalando el camino de grava—. Podemos ir juntas.

—Sí, dentro de un momento. Es que tengo que estar aquí un ratito más. Ella quiere que le cuente…

—¿Qué, Aino? ¿Qué quiere que le cuentes?

—Ellen estaba muy enfadada. Estaba muy triste.

—¿Por qué estaba triste?

Erica volvió a ponerle la mano en el brazo. No comprendía lo que quería decir la mujer.

—Yo solo tengo a Ellen. Tengo que ponerla en la primera sala. Debo elegir. No puedo tenerlo todo. No es posible construir nada sobre cristales rotos.

—¿Cristales rotos? Por favor, Aino, no entiendo lo que dices.

—Ellen no tardará en llegar a casa. Tengo que volver.

—¿Quién quiere que hables? ¿Te refieres a Sofie? ¿Y qué es lo que vas a contar?

—En su día tuve que elegir. Pero ahora quiere que lo cuente.

Aino volvió a entonar su lamento, y Erica sintió que la frustración crecía en su interior. La mujer estaba sumida por completo en su nebulosa y era imposible establecer contacto con ella.

Se apartó a un lado y, mientras Aino cantaba, observó la tumba abierta. Estaba vacía por completo. No era más que un hoyo de tierra en medio del césped. Y allí estuvo Sofie durante treinta años. Los padres de Erica se encontraban a tan solo unas hileras de tumbas de allí, y le resultó vertiginosa la idea de que, mientras Anna y ella les daban el último adiós, Sofie ya estaba allí debajo. A tan solo unos metros. Escondida bajo unas ramas de abeto y en la tumba de otra persona.

Cuando Aino dejó de cantar, Erica la cogió del brazo despacio.

—Ven, Aino. Nos vamos a casa.

Aino la siguió hasta el cochecito, donde Nora seguía durmiendo plácidamente.

—Pero, bueno, qué cosa más rica —dijo Aino inclinándose sobre Nora—. Ellen también dormía fuera siempre. Es bueno para los pulmones. —Miró a Erica con una expresión de desconcierto—. ¿Tú quién eres? ¿Te conozco?

—Soy Erica. Voy a llevarte a casa.

—Sí, eso. Tengo que irme a casa. Ellen no tardará en llegar.

—Has dicho que Ellen estaba triste, ¿verdad?

Erica hizo un nuevo intento de conectar con ella.

Aino frunció el ceño.

—¿Ellen estaba triste? Ah, sí, eso es. Y yo no le conté nada. No le dije nada. Somos solo Ellen y yo. Y ahora tengo que darme prisa, no tardará en volver del colegio.

Erica abandonó sus intentos de aclararse con lo que Aino trataba de decirle. Le quitó el freno al cochecito y agarró el brazo de Aino.

—Es por aquí, Aino.

—Pero si yo vivo allí —dijo Aino señalando su antiguo hogar, al otro lado de la calle.

—Pero Ellen está ahí dentro —dijo Erica animándola a subir las escaleras.

—¡Mamá, por fin!

Ellen abrió la puerta de golpe y bajó volando los peldaños para salir a su encuentro.

—Acabamos de darnos cuenta de que no estabas.

Cogió el brazo que sujetaba Erica y ayudó a su madre a subir despacio los últimos peldaños.

—La he encontrado en el cementerio —dijo Erica, que recibió una sonrisa de gratitud de Ellen por respuesta.

—¿Por qué me llamas mamá? —dijo Aino irritada, y trató de soltarse, pero Ellen la agarró con fuerza y la llevó al interior.

—Gracias, Erica. Ya me ocupo yo. Hoy no tiene un buen día, esperemos que mañana mejore.

—Sí, ¡nos vemos mañana! —dijo Erica despidiéndose con la mano cuando Ellen cerró la puerta.

Bajó las escaleras hasta donde se encontraba Nora, cogió el cochecito y empezó a andar camino de Sälvik. Las palabras de Aino le rondaban la cabeza y trataban en vano de afianzarse. ¿Qué sería lo que iba a contar? Erica tenía la intuición de que debía averiguarlo. De que era importante.

Sábado

CUANDO ALLAN llegó a casa, ella estaba durmiendo. Como ocurría a menudo desde que estaban casados. Llevar un restaurante no es un trabajo de nueve a cinco. Ella lo sabía. Pero le habría gustado que hubieran tenido más ocasiones de dormirse juntos.

Yvonne se incorporó con cuidado y puso los pies en el suelo. Quería dejarlo dormir un rato más, pero Allan tenía el sueño ligero y se despertó.

—¿Qué hora es? —le dijo con voz ronca mientras se frotaba los ojos.

—Las ocho. ¿A qué hora llegaste ayer?

—Poco después de la una.

—Intenta dormir un rato más.

—Qué va, no voy a poder, ya lo sabes. A fin de cuentas, he podido descansar siete horas.

Se sentó en la cama con un lamento.

—Trabajas demasiado. Tienes que darle más responsabilidad a Gabriel.

Allan negó con la cabeza.

—¿De verdad crees que es buena idea, teniendo en cuenta lo que pasó la otra noche?

Le crujieron los huesos cuando se incorporó y se estiró mientras bostezaba.

—Me ha prometido que va a tomarse la medicación —dijo Yvonne.

—Estupendo.

Allan se puso el batín gris y se calzó las zapatillas.

Yvonne lo observaba en silencio sentada en el borde de la cama con su camisón blanco. ¿Cómo se habían vuelto tan viejos de repente? Cuando se conocieron, Allan estaba lleno de vida y de energía. Era un torbellino en la cocina del restaurante donde coincidieron por primera vez, siempre alegre, siempre corriendo entre las cacerolas y las sartenes. Lo de ella fue amor a primera vista. Él, en cambio, se mostró más prudente. Pero Yvonne no se dio por vencida. Allan sería suyo.

Tardó seis meses en conocer a Gabriel. El primer encuentro no fue nada bien. Yvonne había dejado a Sofie con la niñera, una vecina, para poder centrarse por completo en la cita. Quería causar una buena impresión en el hijo de Allan, pues desde el primer momento le quedó claro que, para su padre, el pequeño lo era todo.

Sin embargo, se encontró con un niño enfurruñado, taciturno y cauteloso. La miraba con enojo a la sombra del oscuro flequillo. Como si fuera una invasora.

Con los años, cada vez tuvo más claro que el invasor era Gabriel. Se extendía como un filtro entre ella y Allan. Pero ¿celosa, ella? No comprendía de dónde había sacado tan absurda afirmación. Gabriel se equivocaba. Ella jamás había sentido celos. De ninguna manera. Era solo que Gabriel le robaba a Allan una cantidad ingente de energía. Una energía que habría podido invertir en algo mucho mejor. En ella. En Sofie.

Los años en los que Gabriel y Ellen vivieron en Gotemburgo fueron los mejores. Ellos dos solos. Cuando Gabriel les comunicó que volvía a Fjällbacka para ella fue una conmoción. Más aún cuando se dio cuenta de que Allan le había insistido para que regresara. El restaurante había sido una propuesta suya y, naturalmente, tener un negocio de restauración propio era una idea a la que Gabriel no podía resistirse. Allan incluso había resuelto el asunto de la financiación con el respaldo de Bengt y Jocke. No había nada que ella pudiera decir o hacer. Se vio frente a los hechos consumados. Gabriel iba a volver.

Se levantó y siguió a Allan hasta la cocina. En la planta de arriba reinaba el silencio. Yvonne sabía que Ellen se había marchado temprano al trabajo sin hacer ruido, pero los demás parecían dormir.

Allan ya había salido en busca del periódico y le había servido a Yvonne una taza de café que había colocado en su lugar habitual de la mesa de la cocina. ¡Cuántos hábitos no habían acumulado a lo largo de los años! Hábitos que eran solo suyos. Hábitos que se veían alterados por la presencia de Gabriel y su familia.

—¿A qué hora tenemos que estar en la inauguración?

Allan untaba mantequilla en una rebanada de pan tostado, pero no le preguntó a Yvonne si ella también quería. Sabía que nunca comía nada antes del almuerzo.

—A las doce. Me ofrecí a acudir un poco antes para ayudar, pero Ellen dijo que no hacía falta.

—Lo va a dirigir todo de maravilla, ya verás.

Allan se sentó enfrente de ella con la tostada en el plato.

—¿Cómo se encontraba Gabriel cuando lo recogiste ayer?

Allan dio un buen mordisco y empezó a masticar mientras la observaba.

Yvonne se encogió de hombros y evitó mirarlo a los ojos.

—Como cabía esperar. Indignado. Preocupado por el restaurante.

—El restaurante no corre ningún peligro. Tenemos más reservas que nunca. Y, además, él ya ha vuelto.

—Allan… —Yvonne aguardó un instante, insegura de cómo recibiría sus palabras—. ¿De verdad crees que fue una buena idea que volvieran a casa?

Allan la miró de un modo que no supo interpretar, y ella empezó a hablar atropelladamente.

—Claro que para nosotros es estupendo, pero estoy preocupada, parecía que en Gotemburgo las cosas iban de maravilla y ahora, en cambio, me da la impresión de que todo se viene abajo.

Allan se terminó la tostada. Recogió unas migas de la mesa con el dedo índice, que se limpió con el borde del plato. Aún tenía en la

mirada algo que Yvonne no era capaz de interpretar, a pesar de lo bien que lo conocía.

—No te preocupes. No ha sido más que el exceso de estrés por la apertura del restaurante. Pero ya estamos en marcha. En cuanto reanude la medicación, las aguas volverán a su cauce. Y, además, fíjate, yo creo que es el principio de un gran impulso en la carrera de Gabriel.

Echó mano del periódico.

—El otro día tuvimos unos clientes que venían nada menos que desde Halmstad solo para comer en nuestro restaurante. Habían leído las críticas y…

Allan siguió hablando, pero Yvonne notó que las palabras dejaban de tener significado, mientras que el corazón se le hundía poco a poco en el pecho. Él no lo entendía. Nunca había querido entenderlo. Iba por la vida con una venda en los ojos ante la oscuridad que habitaba el interior de su hijo.

Sofie la había visto. Yvonne trató de hablar con su hija y, durante una larga sucesión de noches de insomnio, revivió sus conversaciones una y otra vez. Pero ¿cómo podría haber elegido otra cosa? ¿Cómo podría haber actuado de otro modo?

Solo quería que fueran felices, poder ser feliz. Apenas recordaba la vida antes de que apareciera Allan. No era más que un agujero negro de sucesos dolorosos, oscuros. Con Allan vivió el amor por primera vez. Él la rescató de cuanto había dejado atrás. Merecía su lealtad incondicional por lo que le había dado. Y por lo que representaba para ella.

—Voy a subir a ver qué me pongo. Y luego quizá vaya a caminar un rato. Me parece que he engordado un poco las últimas semanas.

—Tú siempre estás guapa —dijo Allan sin mirarla. Ya estaba inmerso en la lectura de algún artículo.

Camino del dormitorio, Yvonne se detuvo ante la puerta del cuarto de Sofie. Estaba cerrada. Los primeros años lo dejaron todo tal como estaba. Luego, poco a poco, se fue convirtiendo en algo así como un trastero, un cuarto sin identidad.

Pasó de largo y entró en su habitación. Pensaba encontrar un vestido que fuera bonito de verdad. Tenía una posición que mantener.

—¡Patrik! ¿Te queda mucho? ¡Maja necesita entrar!

Con una mano en el hombro de Maja, Erica miraba atónita la puerta del baño. Por lo general Patrik no tardaba más de cinco minutos en la ducha, pero ya llevaba media hora dentro. Claro que a lo mejor estaba sentado en el retrete mirando *reels* en Instagram. Así podía pasarse un buen rato, desde luego.

—Mamá, tengo que hacer pis. —Maja no paraba de dar saltos delante de la puerta.

—Patrik, ¿no la oyes? —gritó Erica.

Unos segundos después, se abrió la puerta.

Maja se abalanzó al interior y cerró enseguida. Erica miró a Patrik perpleja.

—Vaya novedad.

Patrik sonrió satisfecho.

—¿A que ha quedado bien? En el envase decía que el color cubre por completo las canas y, mira, ¡no se nota nada!

Erica tragó saliva. No sabía qué decir. Patrik se había teñido el pelo de un color castaño oscuro, pero en lugar de ocultar las pocas canas que tenía parecía que se hubiera puesto un gorro.

—Estupendo. En serio. La verdad es que a mí me gustaban tus canas, pero…

Erica buscaba algo más amable que decir, pero no se le ocurría nada.

—A mí me parece que ha quedado de miedo —dijo Patrik mirándose satisfecho en el espejo de cuerpo entero que había en el pasillo—. Parece que tengo diez años menos.

Ella se mordió la lengua para no echarse a reír. Se fue aprisa hacia la escalera. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Espray bronceador?

Patrik entró en la cocina poco después y se apartó para dejar paso a Anton, que daba vueltas corriendo con un avión en la mano.

—Teníamos que estar allí a las doce, ¿no? —preguntó.

Noel estaba sentado a la mesa de la cocina con un cuenco de leche con cereales, pero paró de comer en cuanto vio a Patrik.

—Papá, estás rarísimo.

—De raro nada, estoy estupendo —dijo Patrik satisfecho, y se pasó la mano por el pelo.

Noel lo miraba con escepticismo, pero siguió comiendo.

En la mesa, delante, tenía el iPad y, como de costumbre, Erica sintió un punto de cargo de conciencia. ¿Adónde habían ido a parar todos los principios que tenía antes de traer hijos al mundo? Claro que, en aquel entonces, no sabía que a veces lo de ser padre equivalía a encontrarse en un campo de supervivencia. Sobre todo si tenías cuatro.

—¿Por qué no coges a Anton y os vais fuera a jugar un poco al aire libre?

Noel se la quedó mirando.

—No he terminado el capítulo de *La patrulla canina*. Anton me lleva ventaja.

Y volvió a mirar la pantalla.

Erica soltó un suspiro y tiró la toalla. Ya sería una buena madre otro día. En esos momentos no tenía fuerzas. Había pasado casi toda la noche en vela pensando en lo que le dijo Aino. «Quiere que lo cuente».

—¿Cómo hay que ir vestido? —preguntó Patrik apurando una taza de café—. Igual debería renovar un poco el armario. No quisiera parecer un viejo.

Erica volvió a morderse la lengua. Sin duda, estaba asistiendo a algún tipo de variante leve de la crisis de la mediana edad.

—Algo que no sean unos vaqueros, ¿no? Por lo demás, tampoco hay que ir tan elegante.

—*Yes, boss*.

Patrik se acercó al espejo del vestíbulo y volvió a contemplar admirado su nuevo *look*.

—¿Es que alguien te ha comentado algo del pelo?

Patrik negó con la cabeza.

—Qué va, es que me han entrado ganas de cambiar un poco.

—¡Ah de la casa!

Kristina y Gunnar aparecieron por la puerta. Sin llamar, como de costumbre. Kristina iba a acompañarlos a la fiesta mientras Gunnar se quedaba con los niños. Les había garantizado que ni siquiera un bebé supondría un problema.

Kristina se paró en seco delante de Patrik.

—Pero ¡hijo mío! ¿Qué te has hecho?

Erica escondió la sonrisa detrás de la taza de café. Aquello prometía. Y, por una vez, no era ella quien se encontraba en el punto de mira.

—¿Qué es eso? —continuó Kristina—. ¿Te has teñido el pelo?

Atónita, alargó la mano mientras le tocaba el pelo a su hijo, pero él retrocedió.

—¡Pues a mí me gusta! —dijo Patrik irguiéndose con orgullo.

—Pero, con lo elegante que estabas con las entradas grises… Ahora te pareces a… ¿cómo se llama? ¡Julio Iglesias!

Erica soltó tal carcajada que le salió el café por la nariz. Patrik la miró ofendido.

—Perdón —dijo, y arrancó una servilleta del rollo de papel de cocina, pero sin poder parar de reír.

—Erica, ¿a que tú estás de acuerdo conmigo? Tiene una pinta rarísima.

Kristina buscaba la mirada de Erica, y ella agitó la mano en el aire mientras se levantaba y se retiraba rauda hacia el fregadero.

—A mí también me parece que papá tiene una pinta muy rara —dijo Noel desde detrás de la pantalla.

Patrik soltó un resoplido.

—Pues a mí me parece que me queda bien.

—Estás muy bien, cariño —le dijo Erica mientras empezaba a recoger los platos del desayuno.

¿Cómo se las arreglaban para reunir siempre semejante montaña de platos?

—¿Estás seguro de que no quieres ir tú también? —dijo Erica mientras Gunnar abrazaba a los niños uno tras otro. Los pequeños adoraban a Gunnar, y no pusieron demasiadas objeciones ante la idea de pasar con él unas horas.

—Uf, qué va, toda esa gente mayor. A mí no me gustan ni los hospitales ni las residencias de ancianos. Me recuerdan demasiado mi propia condición mortal.

Gunnar miró por la ventana.

—¿No habéis pensado nunca en construir una sauna en el jardín? Con lo cerca que tenéis el mar… No es ninguna tontería. Patrik, tú y yo nos ponemos un fin de semana con un par de cervezas y la montamos en un periquete.

—Pues no estaría nada mal, no. —A Patrik le brillaban los ojos.

Erica suspiró.

—En fin, yo subo a ver si encuentro algo limpio y decente que ponerme —dijo mientras se secaba las manos en un paño.

—Vale, pero no te pongas los pantalones azul marino, que se te ve enorme con ellos —dijo Kristina—. Ni el jersey de rayas anchas, que parece que llevas una *baguette* en el pecho.

—Ni los pantalones azul marino ni el jersey de rayas —dijo Erica —. Entendido.

Miró de reojo a Patrik, que le pareció compungido y suplicante a un tiempo.

Mientras subía las escaleras en dirección al dormitorio, oyó a su suegra en la cocina.

—Pero, corazón, ¿estás comiendo Frosties? Si eso es todo azúcar. Ya me encargaré yo de que mamá y papá se traigan los cereales caseros de la abuela, apenas tienen azúcar, pero sí un montón de fibra.

Cuando cerró la puerta del dormitorio, Erica respiró hondo tres veces. Luego, atacó el armario sin mucho entusiasmo.

—¿Quieres ponerte el vestido rojo del que hablamos? Te queda de maravilla. Y te hago una trenza en lugar de un recogido, ¿te parece?

Elsa sacó el vestido rojo de seda del armario de Aino, y lo extendió sobre la cama.

Aino asintió despacio.

—Sí, quedará bien. Y el pañuelo blanco de lunares rojos que me regalaste por mi cumpleaños.

—Perfecto. Serás la más guapa de la fiesta. Erlend se quedará prendado en cuanto te vea.

—¡Anda, anda, qué cosas dices!

Aino sonrió. Su preciosa nieta era un regalo. Levantó los brazos para que Elsa le ayudara a ponerse el vestido. Luego se sentó en la silla de madera, delante del espejo, mientras su nieta le peinaba la melena y le hacía una trenza.

Hoy los pensamientos acudían a su mente con una claridad insólita, y Aino disfrutaba encantada de que la mimaran.

Elsa le anudó al cuello el pañuelo de lunares y examinó el resultado en el espejo.

Le dio un beso a Aino en la mejilla.

—Estás preciosa, abuela.

Aino le dio una palmadita en la mano.

—Tú sí que eres preciosa. ¿Está nerviosa tu madre?

—Va corriendo de un lado a otro como pollo sin cabeza. Hasta Gun está nerviosa.

—Va a salir todo de maravilla. Ellen es muy buena.

Elsa le dio un apretón en la mano.

—Tengo que ir a ayudarle. Los invitados llegarán en cualquier momento. Sal cuando te sientas con fuerzas. Descansa ahora un rato si quieres, todavía falta un poco para que estén todos.

—Sí, eso haré. Ve tú a ayudar a tu madre, yo iré luego.

Elsa le tiró un beso antes de marcharse.

Aino se tumbó sobre la colcha despacio para no arrugar el vestido. Tenía que serenarse, mantener a raya la bruma. A partir de ahora todo cambiaría. Ella iba a cambiarlo todo. Cuando su conciencia se aclaró unos días atrás, el alma de la muchacha permaneció allí. Su súplica permaneció allí. La súplica de que contara la verdad.

Aino cerró los ojos. Con las manos cruzadas sobre el pecho, sintió cómo le latía el corazón, con fuerza pero pausadamente. Ellen no lo comprendería al principio, pero llegado el momento, vería que aquello era lo correcto. Los secretos no pueden mantenerse eternamente. Tarde o temprano salen a la luz. Igual que Sofie, al final, encontró el camino hacia la claridad.

La bruma no tardaría en apoderarse de ella para siempre, Aino lo sabía. Los momentos de claridad eran cada vez más escasos. No tenía tiempo de esperar. No sabía nada del mañana.

Hoy era el día en que tenía que cambiarlo todo.

—Saca más copas de champán y comprueba otra vez que esté bien frío.

—Es cava, mamá —dijo Elsa mientras iba colocando las copas en la mesa larga que había junto a una de las ventanas.

—Cava, champán…, yo no noto la diferencia. Y el cava es mucho más barato.

—Bueno, supongo que Bengt puede permitirse pagar champán auténtico —dijo Elsa con una acritud nueva, que tan solo un año atrás nunca habría mostrado. Por Dios, con qué rapidez pasaban de niños a adultos.

Pero sí, claro, Elsa tenía razón. Bengt y Gun podían permitirse de sobra comprar champán, aunque tal vez fuera su conciencia del dinero lo que les había permitido llegar a ser tan acaudalados.

Ellen probó un bocado. Pan dulce de centeno con revuelto de gambas. El sabor a eneldo y limón le colmó el paladar y empezó a rugirle el estómago.

—Eh, ¿eso no es para los invitados? —dijo Elsa con una sonrisita.

—Es que no me ha dado tiempo de desayunar. Si no como algo, igual monto una escena y me desmayo.

Un movimiento en la comisura de los ojos la sobresaltó.

—Huy, ya empieza a venir la gente. ¡Ve corriendo a traer unas botellas del frigorífico!

Ellen se alisó el vestido y se pasó la mano por el pelo. No tenía costumbre de ir tan arreglada, tantos años con el uniforme de enfermera habían hecho que llevar un vestido así le resultara raro.

—¡Ya están aquí los primeros invitados! —gritó en dirección a la oficina.

Se acercó a la puerta para ir dando a todos la bienvenida con la mejor de sus sonrisas. Había puesto toda la carne en el asador para que aquello saliera bien. Todos los años que pasó trabajando en turnos, con un horario incómodo, con pocos medios y demasiados pacientes, habían dado su fruto al fin. Le encantaba Åldersro, le encantaba llevar su propio negocio, le encantaba sentir que gobernaba su vida. Así que tenía que salir bien.

Los invitados formaban un nutrido grupo muy diverso. Prensa local, funcionarios del municipio y de la región, un buen puñado de amigos y conocidos de Fjällbacka. Yvonne y Allan. Había obligado a asistir a Gabriel, que accedió a regañadientes con la promesa de que podría irse al cabo de un rato. A Ludvig lo sobornó con un billete de quinientas coronas. Era importante estar rodeada de la familia. Y quería que vieran lo que había conseguido y que se sintieran orgullosos de ella.

—¡Yvonne! —exclamó—. ¡Qué elegancia!

Su suegra se irguió orgullosa. Estaba impecable, como siempre. Blusa de seda recién planchada, pantalón negro ajustado y joyas de oro que tintineaban un poco cuando se movía. El pelo corto y oscuro lucía perfecto.

—Tú también estás muy elegante, Allan.

Ellen recibió un cálido abrazo de su suegro. Él y Gabriel eran muy distintos, a pesar de lo mucho que se parecían físicamente. Mientras que Allan era cariñoso y accesible, Gabriel se comportaba como una ostra cuya concha hubiera que abrir a la fuerza. A pesar de llevar casados tantos años, a veces era como si no lo conociera del todo. Cuando discutían, siempre había en su mirada algo que la llenaba de temor.

Pero nunca hizo nada. Nunca la tocó. Y, cuando volvía de los largos paseos que daba después de cada disputa, siempre traía la mirada alegre. Tan alegre como cabía esperar tratándose de Gabriel.

—Allí está el espumoso. Elsa no me permite decir champán, es cava, pero yo no me creo que la gente note la diferencia.

Señaló la mesa con las copas, donde Elsa estaba lista para servir.

La gran sala no tardó en llenarse de gente y del rumor de la conversación. Ellen iba de un lado a otro estrechando una mano aquí, intercambiando unas palabras allá, y con el rabillo del ojo advirtió que Gun hacía lo mismo.

Entonces vio a Magdalena. Iba preciosa con un sencillo vestido negro.

—¡Qué alegría que hayas venido! —dijo Ellen, y le dio un abrazo —. Sírvete algo de picoteo.

Magdalena asintió y empezó a caminar hacia las bandejas de plata que contenían tres tipos de canapés, pero se paró en seco. Algo perpleja, Ellen siguió su mirada. Y vio a Jocke.

Ellen se acercó rauda, cogió a Magdalena del brazo y la guio hacia la bebida.

—Empieza con un poco de espumoso.

Los recuerdos la inundaron en el acto. Momentos de muchos años atrás. Lo poco que Magdalena y ella sabían de la vida en aquel tiempo. Pero era imposible cambiar el pasado. Lo hecho, hecho estaba.

Le dio a Magdalena un apretón en el hombro y se giró.

—¡Erica! ¡Patrik! ¡Bienvenidos! —Ellen se dirigió a Erica—. Estaba pensando que podrías decir unas palabras dentro de diez minutos más o menos. Para entonces habrán llegado todos.

Erica se puso colorada. En cierto modo, estaba bien que incluso una celebridad como ella sintiera cierta presión en momentos así.

—Claro, tú avísame.

Ellen se le acercó un poco.

—Yo intentaré decir algo también, a modo de introducción, pero ya estoy nerviosa a más no poder.

Erica le dirigió una cálida sonrisa.

—Va a salir de maravilla. Esto es precioso.

Los invitados parecían estar a gusto y Ellen se permitió detenerse un instante y respirar hondo. Tenía las manos algo sudorosas a causa del estrés y de todas las manos que había estrechado hasta el momento. Pero Erica tenía razón. La residencia había quedado preciosa, y los mayores que vivían allí parecían encantados. Miró a su alrededor en busca de su madre, pero no la vio por ninguna parte. Iría a verla a su cuarto un momento.

Hoy parecía tener un buen día, así que esperaba que disfrutara relacionándose un rato con la gente. El salón estaba lleno de conocidos.

—Elsa, ¿puedes traer más botellas? Aquí ya van quedando pocas.

Echó un vistazo a las bandejas de canapés y comprobó que allí también hacían falta refuerzos.

—Yo solo puedo quedarme quince minutos —dijo Gabriel, que apareció de pronto a su lado, y que miraba añorante la salida.

—Espera hasta que Erica y yo hayamos dicho unas palabras. Es importante para mí. Luego puedes irte, te lo prometo —dijo, consciente de su tono de súplica.

Gabriel frunció el ceño, pero asintió.

El rumor del parloteo se elevaba hacia el techo y Ellen se permitió tomar un par de tragos de cava. En todo caso, lo necesitaba para apaciguar los nervios antes de hablar.

Miró a su alrededor. Ni rastro de Aino todavía. Tal vez debería ir a ver cómo estaba. Con la copa en la mano, se dirigió al pasillo en el que se encontraba la habitación de Aino, pero Gun la detuvo.

—Deberíamos empezar ya, acabar cuanto antes con los discursos para que la gente pueda relajarse y pasarlo bien.

Ellen asintió. Aino estaría por allí. Buscó la mirada de Erica entre la gente e hizo tintinear la copa.

Después de que Ellen la presentara y dijera unas palabras sobre la apertura de Åldersro, Erica dio un paso al frente. Con los años, se había acostumbrado a hablar en público. Infinidad de seminarios y conferencias en ferias del libro y montones de entrevistas de televisión la habían ayudado a controlar los nervios.

—Gracias, Ellen. Es maravilloso que Åldersro haya vuelto a la vida, pues constituye una parte fundamental de la historia de Fjällbacka.

Contó algunas de las anécdotas que, con ayuda de Anders Torevi, había encontrado en el archivo local, y las aderezó con su propio relato de cómo solía acudir allí de pequeña con libros hechos por ella a cambio de alguna moneda y de chocolatinas. La gente se reía donde tocaba, y Erica concluyó pidiéndoles un aplauso para Ellen y Gun.

—Profesional. Como siempre.

Patrik le dio un beso en la mejilla. Ella trataba de no mirarlo, y tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír al ver el mocho castaño que tenía por cabellera, así que se volvió a Allan, que se les acercaba entre la gente.

—¿Los canapés los habéis preparado vosotros?

Él negó con la cabeza sonriendo.

—Qué va, Ellen no tiene en nosotros tanta confianza. Además, estamos que no damos abasto con el restaurante.

—Ah, sí, enhorabuena, leí la crítica. Y la verdad, es fantástico.

—Gracias, el mérito es de Gabriel. Es el responsable de todas las innovaciones. Yo no soy más que un cocinero a la antigua usanza y no sé salir de lo tradicional.

—Bueno, bueno, yo creo que eres demasiado modesto. Cuando vendisteis el restaurante, lo sentí muchísimo. Había pasado en él muchas noches agradables de cenas riquísimas a lo largo de los años.

—Eres un encanto, Erica.

Allan la miraba enternecido, casi le pareció que se le empañaban los ojos.

Muchos de los presentes querían hablar con ella, y le pidió a Patrik con un gesto que fuera a llenarle la copa. Aún le resultaba incómodo ser algo así como un personaje famoso, sobre todo allí, donde durante tantos años había sido Erica Falck, la hija de Elsy y de Tore.

Incluso la gente con la que había crecido la miraba de un modo distinto, lo que siempre le producía cierto cosquilleo. Después de todo, seguía siendo la Erica de toda la vida.

Buscó a Aino con la mirada. Se moría de ganas de hablar con ella sobre lo que le dijo en el cementerio. Elsa, la hija de Ellen, estaba detrás de la mesa de las bebidas, y Erica se abrió paso hasta ella.

—Hola, ¿has visto a tu abuela?

Elsa negó con la cabeza.

—Pues no, ahora que lo dices. Pero seguro que anda por ahí.

—Puedo ir a buscarla a su habitación, ¿cuál es?

—Sal al pasillo, la tercera puerta a la izquierda.

—Gracias.

Erica se fue colando entre la gente para cruzar hasta el pasillo. Llamó con discreción a la puerta que le había indicado Elsa, pero nadie respondió.

Muy despacio, empezó a bajar el picaporte.

—¿Aino?

Al abrir vio que Aino estaba tendida en la cama, con la cabeza girada hacia la ventana. Erica dudó un instante. No le parecía bien despertarla, pero, al mismo tiempo, no quería perder la oportunidad de hablar con ella.

—¿Aino? —repitió con tono dulce, y se acercó a la cama.

Al ver que no reaccionaba, Erica rodeó la cama y se dirigió al otro lado, al que daba a la ventana. Entonces, soltó un grito.

Fantastic Voyage — Coolio

Esta semana ha ido algo mejor. La cosa estaba más tranquila en casa. Y hoy me ha saludado con la mano. Menudo alivio sentí. Temía que hubiera pasado algo. Pero él tiene razón, claro. Y lo sé. Tenemos que mantenerlo en secreto. Lo comprendo. Aunque no por eso duele menos. No podré esperar mucho más tiempo. Solo con ver alguna que otra señal suya, con ver que me ve, podré resistir un poco más.

Todavía tengo la sensación de que alguien me espía. De todos modos, he decidido que son figuraciones mías. Leí en un artículo de la revista Frida *que las chicas que están contentas se ponen más guapas automáticamente. Que los chicos se sienten más atraídos por las chicas alegres. No sé si es verdad o no, pero vale la pena comprobarlo. Además, hoy me he depilado las cejas. En el mismo número de la revista explicaban cómo se hace. Las cejas superfinas quedan increíbles. Yo debo de haberlas heredado de mi padre, aunque no lo he visto nunca. Mi madre las tiene finas y no se las depila. Espero que no se dé cuenta.*

Me miré al espejo esta mañana, aunque sé que no debería. Detesto mi cuerpo. Casi no tengo nada de pecho. La verdad es que me habría gustado tenerlo como el de Pamela Anderson. Entonces sí que gustaría a todos los chicos. Si me pusiera un bañador como el que lleva ella, parecería un chico. Él me dijo que le gustaban mis pechos. Pero creo que estaba mintiendo. Seguro que sí.

Magdalena los tiene preciosos. Tiene el cuerpo perfecto. Todo lo tiene perfecto. Aun así, no puedes odiarla. Es demasiado buena. Y parece que a los padres de Jocke les cae bien, siempre está en su casa. Mi madre les tiene envidia. Siempre está hablando de que tienen mucho dinero.

Me pregunto si estar alegre puede compensar lo de tener poco pecho.

Esta noche nos vamos a juntar una pandilla para hacer una barbacoa en Sälvik. Va a ser chulísimo. Me dejan quedarme hasta las once. Y no es que mi madre vaya a darse cuenta si llego tarde, porque todas las noches se toma una pastilla para dormir. Pero Gabriel se chivaría, eso seguro.

¿Qué estaba pasando? Patrik estiró el cuello. El rumor de la sala había cesado. Y el silencio que se impuso tenía algo de aterrador.

—¡Patrik!

Parecía la voz de Erica. ¿Era ella la que había gritado hacía un instante?

Patrik dejó la copa enseguida y se apresuró en dirección al pasillo. La puerta de una de las habitaciones estaba abierta.

Se detuvo de golpe en el umbral. Erica se encontraba allí dentro, blanca como la cera. Detrás de él se iban agolpando los invitados.

—¡Procura que no entre nadie más que tú! —le gritó Erica mientras Patrik trataba de comprender qué era lo que había ocurrido —. Cierra la puerta, pero usa la manga de la camisa para no tocar el picaporte.

No entendía nada, pero hizo lo que ella le decía. Se bajó la manga de la camisa y estaba a punto de cerrar la puerta cuando apareció Ellen corriendo.

—Ese es el cuarto de mi madre, ¿qué ha pasado?

Patrik se volvió y miró a Erica, que negaba con la cabeza sin cesar.

—Quédate ahí —dijo Patrik agarrando raudo a Ellen por el brazo.

Cuando cerró la puerta, oyó que Erica sollozaba quedamente.

—Está muerta. Y creo que la han estrangulado.

Patrik se volvió y miró a Erica, que sacudía nerviosa la cabeza.

Patrik se acercó enseguida hacia el lado de la cama que daba a la ventana. Un vistazo rápido al cadáver de Aino le confirmó lo que decía su mujer.

—Sí, no parece que tenga mucho sentido llamar a una ambulancia —dijo observando a la anciana que yacía en la cama. Tenía en el cuello un pañuelo de lunares rojos y blancos anudado con tal fuerza que se le había clavado en la piel.

Patrik sacó el móvil.

—Voy a pedir refuerzos —dijo—. No podemos dejar que nadie entre en la habitación, y nadie puede abandonar el lugar. Tiene que haber ocurrido hace unos instantes, durante la inauguración.

Se dirigió a Erica.

—¿Podrías encargarte tú? —dijo mientras efectuaba la llamada.

Tras una última ojeada al cadáver de Aino, Erica se encaminó hacia la puerta. También ella cogió el picaporte con la manga de la blusa.

—No puedo ocultarle a Ellen lo ocurrido —dijo en voz baja.

Patrik vaciló un instante. Luego, dijo con un suspiro:

—Sí, lo comprendo, pero procura que nadie abandone Åldersro.

Una vez concluida la conversación con Gösta, se acuclilló despacio delante de Aino. No parecía asustada. Parecía estar observando algo al otro lado de la ventana, algo que solo ella podía ver. Las típicas petequias signo de estrangulamiento se apreciaban con claridad en la esclerótica, pero el forense haría una valoración más exhaustiva, por supuesto. Ninguna suposición podía darse por segura sin tener los datos sobre la mesa.

Al otro lado de la puerta, Patrik oía los gritos de una mujer, y supuso que sería Ellen. Con qué rapidez podía cambiarnos la vida. Hacía tan solo unos minutos la había visto saludando a unos y otros. Ahora su alegría se había transformado en dolor.

Sacudió la cabeza para desechar la idea. Lo último que debía permitirse en esos momentos era implicarse en el duelo de los familiares. Lo mejor que podía hacer por ellos era mantener la cabeza fría y trabajar al máximo para averiguar quién era el culpable.

Patrik miró a su alrededor. La habitación le recordó a la de su abuela, en los últimos años de su vida. Una colcha con estampado

de flores. Fotografías de los nietos enmarcadas sobre una cómoda marrón. Una mesita de noche blanca con una lamparita anticuada.

Frunció el ceño. El cajón de la mesita estaba abierto. Miró en el interior, sin tocar nada. Solo había un paquete de pañuelos de papel y una bolsa de caramelos de chocolate y crema de avellana.

A lo lejos se oía cómo se acercaban las sirenas. Tanto Gösta como Martin vivían cerca, Paula y Bertil tardarían un poco más en llegar desde Tanumshede. Y los técnicos venían de Uddevalla, a unos cuarenta y cinco minutos de allí. No podrían hacer mucho más en la habitación antes de que llegaran Farideh y su equipo, de modo que se incorporó y se dirigió a la puerta.

En esos momentos, la principal tarea consistía en recabar los datos de los testigos. Todo indicaba que una de las personas que se encontraban allí era un asesino. Y sería una ardua tarea averiguar de quién se trataba.

A Elsa empezaron a dormírsele las manos. Dejó la bandeja con las copas ya servidas y buscó apoyo en la pared. Lo que Erica Falck acababa de decirle a su madre no podía ser verdad. La abuela no podía estar muerta. No hacía más que unos minutos que ella misma había estado arreglándola para la fiesta. Y estaba tan guapa con aquel vestido rojo y el pelo recogido en una trenza. No podía haber fallecido. Era imposible.

El abuelo Allan e Yvonne se le acercaron. El abuelo le rodeó los hombros cariñosamente. La sensación de protección le alivió el entumecimiento de las manos.

—Erica Falck acaba de decirle a mamá que la abuela ha fallecido.

Le temblaba la voz.

Yvonne contuvo la respiración.

—Pero ¡no puede ser verdad! ¿Cómo va a estar muerta Aino?

El abuelo señaló una silla junto a la mesa más próxima.

—Siéntate, cariño. Aino no era tan joven.

—Solo tenía sesenta y seis años —dijo Elsa dejándose caer en la silla.

No apartaba la vista de la cara de su madre. Quería acercarse a ella, abrazarla, pero las piernas no la sostenían. Su querida abuela. Que era buena, cariñosa, y que siempre tenía para ella un caramelo relleno. Que olía un poco a perfume y a champú. Que siempre la escuchaba.

—Os pido a todos que os quedéis aquí, la policía está en camino —dijo Erica Falck en voz alta—. Nadie puede abandonar el local.

Su voz resonó con firmeza y autoridad. El silencio inicial, fruto de la conmoción, fue convirtiéndose en un leve rumor.

—Pero ¡qué demonios! Yo tengo que volver al restaurante —le susurró Gabriel al abuelo.

Elsa lo miró furiosa con los ojos llenos de lágrimas.

—Oye, que la abuela acaba de morir, y tú solo piensas en el puto restaurante, cuando más bien deberías consolar a mamá.

Su padre fue a decir algo, pero cerró la boca enseguida. El abuelo le dio un codazo mirando a su madre y él dio a regañadientes los pocos pasos que lo separaban de ella y le puso las manos sobre los hombros.

—¿La policía? —dijo Yvonne con voz chillona—. ¿Por qué habla de la policía? Esto es una residencia de ancianos. ¿No puede Magdalena…?

Yvonne se volvió hacia Magdalena Bergström, que estaba detrás de ella y guardaba silencio.

—Supongo que no se trata de una muerte natural —dijo Magdalena—. De lo contrario, no habrían llamado a la policía.

Elsa las miraba fijamente, tratando de entender lo que decían. Se levantó, aunque aún le temblaban las piernas.

—¿Queréis decir que alguien le ha hecho daño a la abuela? ¿Quién podría hacer algo así?

En ese momento se abrió la puerta principal de la residencia y dio paso a dos policías muy serios. A Elsa la sala empezó a darle

vueltas. Justo antes de que se desvaneciera y todo se volviera negro, vio que su abuelo abría los brazos para cogerla.

Gösta se llevó a Erica a un lado. Vio que la joven que se había desmayado recibía ayuda de Magdalena y de su madre, y que parecía que se estaba recuperando, de modo que allí no era necesaria su presencia.

—Muy bien, cuéntamelo todo desde el principio —dijo el agente en voz baja.

—Pues nada, resulta que fui a ver a Aino, porque quería hacerle un par de preguntas. Y la encontré muerta en su cama. Es evidente que la han estrangulado.

—Joder. —Empezó a notar un leve dolor de cabeza—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Que tiene que estar relacionado con la muerte de Sofie, ¿no? Pues sí. Es demasiada casualidad que una persona que tiene que ver con el caso aparezca muerta una semana después de que encuentren su cadáver.

Gösta sintió que las sienes le retumbaban cada vez más. Treinta años después de haber fracasado a la hora de encontrar a Sofie, su derrota conducía a la muerte de otra persona.

—He puesto a Martin en la puerta para que nadie salga del edificio hasta que hayamos tomado los datos de todos —dijo—. Como es lógico, no podemos retener a nadie, pero si alguien insiste en marcharse, podemos tomarle los datos antes.

—Aquí debe de haber unas cien personas —dijo Erica mirando a su alrededor—. Una décima parte de la población de Fjällbacka. No será tarea fácil tomarles declaración a todos.

—Eso tendrá que organizarlo Patrik, yo haré lo que me diga.

—¡Erica, esto es horrible! —Kristina, la madre de Patrik, venía hacia ellos angustiada con la copa en la mano—. ¡Pobre Ellen! Y la pobre niña, que se ha desmayado. Desde luego, este acto no está resultando como tenían pensado. Aunque no me explico qué hacéis aquí, Gösta, habrá sufrido un trombo o algo así, ¿no? O un infarto,

es tan habitual entre las mujeres como entre los hombres, de hecho…

Gösta alzó las manos e interrumpió a Kristina, lo que le valió una mirada llena de gratitud por parte de Erica.

—Estoy seguro de que os darán toda la información necesaria más adelante, pero en estos momentos tenemos que hacer nuestro trabajo, así que voy a ver qué me ordena tu hijo, Kristina.

Gösta se abrió paso hasta donde se encontraba Patrik, que estaba hablando con Gun Hagman, la colega de Ellen en Åldersro.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Gösta.

Patrik señaló a Gun. Al agente le pareció que el pelo de su jefe se veía demasiado oscuro, pero debía de ser por la luz de la sala.

—Le he pedido a Gun que nos preste bolígrafos y cuadernos, así que he pensado colocar una mesa aquí mismo y pedirles a los presentes que vayan dejando por escrito sus datos de contacto. Es imposible interrogarlos a todos aquí, pero, mientras les solicitas la información, averigua también si han advertido algo raro que pueda ser de interés, si han visto a alguien merodeando cerca de la puerta de la habitación de Aino. Empezaremos por hablar con los allegados de la víctima.

Gösta asintió. Patrik era un buen estratega.

—Claro, yo me encargo de todo. Ah, y he llamado a Farideh, tal como me pediste, no tardarán mucho en llegar. ¿Habéis acordonado la escena?

—Dejé la puerta cerrada y he prohibido el acceso a la habitación —dijo Patrik—. Ellen quería entrar, pero ya le he explicado la situación.

—No podemos descartar que este suceso guarde relación con Sofie.

Patrik hizo una mueca.

—Lo sé, Gösta, fue lo primero que pensé, pero no podemos aferrarnos a ello. En estos momentos, debemos concentrarnos en recabar los datos y averiguar si alguien ha visto algo de interés, y ya veremos lo que encuentran los técnicos.

—Yo no creo en las casualidades —murmuró Gösta cuando se fue con Gun hacia la oficina.

La gente lo miraba con curiosidad mientras se alejaba. Pronto correrían todo tipo de rumores por Fjällbacka.

—¿Estás bien?

Magdalena se sobresaltó al notar en el brazo la mano de Jocke.

El roce de su piel aún conseguía que todo su cuerpo reaccionara. Los recuerdos seguían almacenados en lo más hondo.

—Yo no he sido la que se ha desmayado —dijo Magdalena—, pero Elsa se encuentra bien, sí. Yvonne se la ha llevado a la cocina para darle un poco de agua.

—Tú ibas mucho por casa de Aino cuando éramos jóvenes, ¿verdad?

Magdalena resopló.

—Cuando éramos jóvenes. Madre mía, ni que fuéramos carcamales.

Hizo un esfuerzo por no mirar a Jocke para no avivar más recuerdos aún. Conocía cada milímetro de su rostro. El lunar diminuto que tenía justo al lado de la ceja. La cicatriz del labio, que se hizo en una caída patinando cuando tenía cinco años. El remolino del pelo, justo detrás de la oreja derecha.

Con la de veces que había besado aquel rostro, la de veces que le había pasado las manos por la densa cabellera.

—Sí somos viejos, Magdalena —dijo Jocke—. Superviejos. No somos las personas que éramos entonces.

Jocke logró atraer su mirada al fin. Esos ojos azul acero con vetas grises alrededor del iris. Hubo un tiempo en que ella creyó que esa mirada la seguiría durante toda la vida. Les había puesto nombre a los hijos que tendrían. Eleonora y Jonathan. Los dos habrían tenido el pelo castaño como él, y sus ojos azules. Miniaturas de Jocke, sin rastro de ella. Sin rastro alguno de Monica.

La vida quiso que las cosas sucedieran de un modo diferente. Sin embargo, a veces, mientras levantaba la vista para contemplar las estrellas del cielo de Angola, soñaba con los hijos que nunca tuvo. A

los que nunca vio crecer. A los que nunca enseñó todo lo que había aprendido acerca del amor. Del amparo.

—Ellen adoraba a Aino —dijo en voz baja, y se obligó a apartar los sueños de todo aquello que nunca fue y nunca llegaría a ser—. Y yo adoraba estar en su casa. Porque allí veía cómo podían ser las cosas. Aunque yo no lo tuviera, sabía que era algo que existía en el mundo. Nada podía interponerse entre ellas.

—Supongo que la vieja sigue igual de chiflada, ¿no? —Jocke alargó el brazo en busca de una botella de cava y sirvió dos copas—. Nos vendrá bien. Y esas botellas ya están pagadas.

—Gracias. Pues mira…

Magdalena buscaba las palabras. Era extraño. Hasta ahora había temido hablar con Jocke. Lo había evitado al máximo. Después de tantos años como habían pasado, todo aquello que no se dijeron había ido creciendo hasta convertirse en algo imposible de abordar. Aun así, todo le resultaba bien conocido.

—Sí, la vieja sigue igual de chiflada. Aunque de otro modo. La enfermedad la ha reducido. Yo le tenía un miedo espantoso de niña. Bueno, ya sabes. Era como si se alzara ante mí como un gigante. Pero ya no siento ningún miedo. Solo vacío.

Esos latiguillos. «Bueno, ya sabes». ¡Cuántas cosas implicaban! Todas las tardes y las noches que había pasado en los brazos de Jocke. Todas las veces que él la había consolado, le había acariciado el cabello, le había prometido que todo iba a ser mejor.

—¿Y por qué has venido a ayudarle?

Magdalena tomó un trago. Las burbujas se le extendieron por todo el cuerpo y sintió un cosquilleo interior. Había dejado el coche allí cerca, junto a la antigua estación de bomberos, pero el camino a casa no era largo. El alcohol le ayudó a armarse de valor y quedarse allí hablando con Jocke. Le ayudó a mirarlo, a pesar de todos los recuerdos que se le agolpaban en la memoria al ver la diminuta cicatriz del labio.

—Codependencia, así lo llamaría mi terapeuta, creo —respondió Magdalena al fin—. Si tuviera terapeuta, claro. La verdad es que no lo sé. Puede que para torturarme a mí misma. O quizá para tratar de

reparar algo que está roto. Existe una antigua tradición japonesa que consiste en reparar con oro los objetos de cerámica resquebrajados, convertir algo roto en algo más bello aún.

—*Kintsugi*.

Magdalena miró a Jocke sorprendida. Él se echó a reír. La sonrisa de siempre. El mismo colmillo algo torcido. Nada había cambiado. Todo había cambiado.

—No estoy empastillado, aunque soy jugador de hockey. O bueno, lo era. Es algo que leí hace tiempo en un artículo del *Svenska Dagbladet*. Es una idea muy bonita. ¿Tú crees que es posible reparar algo roto y que resulte más bello aún?

Magdalena sabía lo que quería decir entre líneas, pero para ella era imposible responder, aunque sabía que, en realidad, él no esperaba respuesta alguna. Jocke lo sabía todo y, aun así, nunca llegó a comprender lo ocurrido. ¿Cómo iba a comprenderlo? Pertenecían a dos mundos muy distintos. El de ella estaba sucio, feo, roto. Él se había criado entre problemas insignificantes que consideraba serios, como hacen los adolescentes.

—La verdad es que no lo sé.

Eso era lo único que Magdalena pudo responder sin mentir. Y ella nunca le había mentido a Jocke.

—Está ahí dentro.

Patrik le indicó el camino a Farideh y a los tres técnicos. Nunca había llegado a aprenderse los nombres de los que trabajaban con ella. No era fácil distinguir quién era quién, pues siempre iban con los monos blancos, así que, en honor a la verdad, tampoco se había esforzado gran cosa.

—Habéis acordonado el recinto, ¿no? ¿Quiénes han entrado?

—Cerré la puerta y no permití que entrara nadie. Erica fue quien encontró el cadáver, y me llamó enseguida. Fue lo bastante sensata como para que ni siquiera yo tocara el picaporte ni ningún otro objeto.

—Bueno, de todos modos, hay que tomar las huellas dactilares de todo el mundo, incluidas las vuestras, para poder descartarlas —dijo Farideh—. Pero no estamos ante un escenario de ensueño, desde luego, supongo que en estas habitaciones entran muchas personas.

—Claro, los trabajadores del centro, los familiares, los demás residentes… Y, además, hoy celebraban el acto de inauguración, así que habrá unas cien personas.

Farideh dejó escapar un suspiro.

—Haremos lo que podamos. Como siempre.

—Lo sé. Avisa si necesitas algo, nosotros estamos intentando reunir los datos de contacto de todo el mundo.

Farideh ya se había dado media vuelta y había empezado a dar instrucciones a su equipo. Patrik notó una mano en el codo.

—Ellen y Elsa están en la cocina. Si quieres empezar por hablar con ellas… —dijo Erica.

—Sí, gracias, es lo lógico.

Se encaminó hacia la cocina, pero se detuvo al darse cuenta de que Erica lo seguía.

—La última vez que miré no figurabas entre el personal de la comisaría de Tanumshede —dijo—. Si quieres ayudar, ve por ahí a ver qué oyes y si puedes averiguar algo útil.

Erica asintió enfurruñada. Habría dado cualquier cosa por poder ir con él.

Patrik dio unos golpecitos en el marco de la puerta de la cocina, donde se encontraban Elsa y Ellen. Yvonne estaba con ellas.

—¿Te has dado un golpe, Elsa?

La joven negó con la cabeza. Yvonne llenó dos vasos de agua y se los dio a Ellen y a su hija.

—Están conmocionadas —dijo Yvonne acariciando el pelo de Elsa.

—¿Os importaría que os hiciera unas preguntas?

Acercó una silla y se sentó frente a las dos mujeres. La pequeña cocina estaba atestada de platos y bandejas de canapés; varias de

ellas llenas y preparadas para servir, otras con algún canapé solitario que empezaba a amustiarse.

—Por supuesto. —Ellen se irguió un poco. Tenía los ojos irritados por el llanto—. Supongo que no vas a contarnos qué está pasando.

—No, lo siento —dijo Patrik amable—. Pero me gustaría saber cuándo fue la última vez que visteis a Aino.

Ellen señaló a su hija.

—Elsa le ayudó a arreglarse.

—Estaba preciosa, quiso ponerse el vestido rojo y ese pañuelo tan elegante —dijo Elsa entre sollozos—. Y hoy se sentía de lo más animada. Tenía muchas ganas de que empezara la fiesta. Dijo que antes quería descansar un poco.

—¿A qué hora estuviste con ella más o menos?

Elsa tomó un buen trago de agua.

—Pues sería unos diez minutos antes de que llegaran los primeros invitados. Me fui directa a ayudar a Gun y a mi madre a servir las copas. Y enseguida empezó a llegar gente.

—Y dices que Aino se tumbó en la cama a descansar, ¿verdad? ¿No te cruzaste con nadie en el pasillo? ¿Nadie que fuera hacia su habitación?

Elsa volvió a beber agua.

—No, a nadie. Y luego empezaron a llegar invitados sin parar y ya no daba abasto. El caso es que reparé en que la abuela no se veía por ningún lado, pero había mucha gente.

A Elsa se le quebró la voz, y Ellen le cogió la mano.

Yvonne resopló detrás de ellas.

—¿De verdad es esto necesario? —dijo—. La pobre chica está destrozada. Y pobre Ellen.

Miró a Patrik indignada, pero Ellen negó con la cabeza.

—No pasa nada. No sé qué le ha podido ocurrir a mi madre, pero comprendo que no es nada bueno, así que quiero responder a todas las preguntas.

—Y yo —dijo Elsa.

Patrik miró a Ellen.

—¿Tú viste algo?

—No, estaba más que liada. Y, como Elsa, también reaccioné al no ver a mi madre, pero pensé como ella, que estaría en medio de la gente o quizá descansando en su habitación. No comprendo quién ha podido…

Las lágrimas le brotaron de los ojos y se las secó con el dorso de la mano. Yvonne le dio una servilleta.

—Me gustaría poder ayudar de algún modo, pero la verdad es que no entiendo nada. No había una sola persona que deseara hacerle daño a mi madre. Todos la querían.

—Si recordáis algo, lo que sea, que creáis que pueda sernos útil, aquí tenéis mi número.

Patrik sacó una tarjeta de visita y se la dio a Ellen. Luego se volvió hacia Yvonne.

—¿Notaste algo durante la inauguración?

—No, estuve hablando con unos y con otros, muchos de nuestros amigos han venido a la fiesta. Es tristísimo. Que un acontecimiento que debía ser motivo de alegría se convierta en algo muy distinto.

—Tú ya tienes mi número, así que te digo lo mismo que a ellas: si recuerdas algo, no tienes más que llamarme.

Cuando salió de la cocina, Ellen abrazó a Elsa. El dolor había invadido el lugar.

El comedor de Åldersro volvía a estar desierto. Los restos de platos, copas y botellas vacías y medio llenas constituían el único testimonio de que allí hubiera tenido lugar un episodio festivo. La camilla que sacaron rodando con el cadáver de Aino representaba un fuerte contraste con los indicios de la fiesta.

Erica miró a Patrik y, por un momento, ni siquiera lo del color del pelo le pareció divertido, todo era tristísimo.

—Supongo que te irás directo a la comisaría.

Patrik asintió.

—Sí, este fin de semana toca trabajar. Dales un beso a los niños de mi parte.

—Patrik… —Erica dudaba. ¿Cómo iba a decirle aquello?—. Verás, ayer me encontré con Aino en el cementerio. La vi bastante desorientada, pero mencionó que había algo que tenía que contar, aunque no sé a quién. Se encontraba delante de la tumba de Sofie. No puedo saberlo con certeza, claro, pero creo que se trataba de algo que guardaba relación con el asesinato de Sofie. Había pensado preguntarle por ello hoy, por eso fui a su habitación.

De pronto, Patrik adoptó un gesto de agotamiento.

—¿Y me lo dices ahora? —preguntó—. Ya sabes que no me gusta que te inmiscuyas en nuestro trabajo.

—No fui a verla, me la crucé por casualidad —dijo Erica—. Pero ¿crees que la mataron por eso, porque sabía algo que puede ser una amenaza para el asesino?

Patrik miró las puertas de entrada, que acababan de cerrarse tras la camilla con el cadáver de Aino.

—No lo sé, Erica, pero comoquiera que sea, averiguarlo es mi trabajo, no el tuyo. Sé que te cuesta dejar esto a un lado tanto como no rascarte cuando te pica un mosquito, pero inténtalo. Porque si es como dices, tenemos una prueba de lo peligroso que es inmiscuirse.

—Ya. Bueno, tú vete, yo volveré a casa a relevar a Gunnar —dijo Erica—. Antes de que le dé tiempo de montar una sauna en el jardín.

—Hombre, la verdad es que estaría bien —dijo Patrik, y la miró con algo más de cariño, antes de dirigirse raudo al coche de policía, donde ya lo estaba esperando Gösta.

—¿Nos vamos a casa, Kristina? —Erica cogió el fino abrigo y se colgó al hombro el bolso.

Su suegra estaba hablando con Yvonne, pero le dio a su amiga un abrazo rápido y se acercó a Erica.

—Desde luego, es horrible —dijo Kristina cuando se dirigían al coche—. Yvonne está muy alterada. Aino trabajó para ellos en el restaurante durante años. Nunca me pareció que fueran amigas,

pero, por supuesto, tenían en común el tema de los hijos, y la pobre muchacha está destrozada.

Kristina sufrió un golpe de tos cuando se sentó en el coche.

—Parece que le tenía muchísimo cariño a su abuela materna —continuó—. La verdad, me alegro de tener yo también una relación tan buena con mis nietos, que luego podrán ocuparse de mí en el otoño de la vida, porque Patrik y tú estaréis demasiado ocupados, claro.

Erica dejó que las palabras de Kristina le resbalaran mientras regresaban a Sälvik. Sus pensamientos seguían centrados en Aino. ¿Qué era lo que quería revelar ahora, después de haber estado ocultándolo treinta años? ¿Y por qué ahora, precisamente?

—Que Bengt haya invertido en Åldersro y en el restaurante Hav & Salt tiene su lógica, claro —dijo Kristina al bajarse del coche. Erica no le había prestado atención y no sabía cómo retomar el hilo, así que asintió sin más—. Ya en los años ochenta empezó a importar calzado hecho en Italia. En la actualidad importará medio Mediterráneo y parte de China.

Erica asintió y subió a la casa. No las recibieron con gritos de júbilo cuando abrió la puerta, desde luego. Gunnar había construido en el salón un fuerte a base de cojines y mantas, y se había atado alrededor de la cabeza uno de los pañuelos de Erica. Al parecer, en aquellos momentos se estaba desarrollando cierta actividad pirata que ella y Kristina interrumpieron al entrar.

—¡Noooooo! ¡No queremos que se vaya Gunnar! —chilló Noel mientras Anton asentía y empezaba a gritar también.

Los pequeños iban provistos de espesos bigotes negros, y Erica rogó a los dioses que no fuera muy difícil eliminar el color. De lo contrario, el lunes irían a la guardería como versiones de Borat en miniatura.

—Nora se ha pasado todo el rato durmiendo —dijo Gunnar desde la cocina—. Y Maja está leyendo en su cuarto.

—Podemos merendar antes de irnos —dijo Kristina, sin rastro de interrogación en el tono.

Puso a calentar el agua para el té y empezó a abrir los armarios.

—Galletas de mantequilla, Digestive y Ballerina. ¿Es que quieres que tus hijos enfermen?

Dicho esto, tiró los paquetes a la basura.

—También tenemos fruta —dijo Erica, y señaló una fuente con unas manzanas mustias y varios plátanos de color marrón.

—Tampoco es bueno comer demasiada fruta, por la fructosa. El pimiento contiene tanta vitamina C como las naranjas, pero un porcentaje mínimo de azúcar. Nada, nos tomaremos una taza de té monda y lironda. Aunque solo tenéis té negro. La próxima vez traeré té verde y algún bizcocho para que lo tengáis en el congelador.

Erica miró al piso de arriba. Le hormigueaban los dedos de las ganas que tenía de subir a sentarse delante del ordenador.

En el sofá, los pequeños habían tomado el barco y buscaban ansiosos el tesoro, que debía de encontrarse en algún lugar entre los cojines.

Erica se volvió hacia Kristina, que estaba poniendo las tazas en la mesa.

—Has dicho que Yvonne y Aino no eran amigas. ¿Quieres decir que eran enemigas o solo que no se relacionaban? Sofie y Ellen sí que eran íntimas, y Aino trabajaba con Allan, ¿no? Y luego sus hijos se casaron. Resulta un tanto extraño que ellas dos no tuvieran relación.

Kristina soltó un resoplido. Fue a buscar la bayeta del fregadero y volvió a la mesa de la cocina.

—La verdad, es un desastre que no limpiéis bien la mesa después de desayunar. Después de una jornada laboral tan larga, Patrik merecería volver a un hogar limpio.

Erica tomó un sorbo de té, pero se imaginó que era otra copa de cava. O un buen whisky. No porque le gustara el whisky, ni en general los espirituosos potentes, pero hasta un vaso de líquido refrigerante le habría parecido una buena opción en esos momentos.

—¿Qué me dices de Yvonne y Aino? —preguntó con la esperanza de llevar a su suegra por derroteros distintos del grado de limpieza de su hogar.

—Bueno, no quiero ser una chismosa —Kristina hizo una pausa y se quedó mirando a Erica—. Pero corrían rumores.

Guardó silencio de nuevo, sin dejar de mirar a Erica.

—Ya sé que no te gusta cotillear. —Erica sonrió con la esperanza de que no empezara a crecerle la nariz—. Pero en estos momentos, cualquier información puede ser relevante. Después de todo, estamos hablando de dos muertes. Dos asesinatos.

Kristina asintió.

—Sí, tienes razón. Así que en realidad no es cotilleo.

—Exacto.

Erica tomó otro trago. La verdad, el té estaba malísimo.

—Bueno, por la comarca circulaban rumores —dijo Kristina encogiéndose de hombros—. Aino estuvo trabajando para Allan durante mucho tiempo, pero lo dejó de pronto cuando Sofie desapareció.

—¿Y había alguna teoría de por qué?

—Bueno, ya sabes, la gente habla mucho, pero había quienes insinuaban que entre Aino y Allan había alguna historia.

Erica dio un respingo. Esa sí que era buena.

—¿Tú crees que Yvonne lo sabía?

—Ella jamás habría aceptado algo así —dijo Kristina—. Allan siempre lo fue todo para ella. Y, además, imagínate la vergüenza. No, si lo hubiera sabido, Allan tampoco estaría vivo hoy por hoy.

Erica asintió pensativa: ahora sí que quería subir a sentarse delante del ordenador.

—Pues ahora se comprende que Aino no quisiera celebrar las fiestas familiares con Allan e Yvonne. Cuando Ellen y Gabriel empezaron a salir, debió de resultarle de lo más incómodo.

Kristina alzó ambas manos.

—Bueno, eso solo son habladurías. Pero, claro, a la gente le extrañó que lo dejara de pronto sin tener ningún otro trabajo a la vista.

Erica miró el fondo de la taza, donde se habían asentado las hojas de té.

Aún no estaba segura de que aquella información fuera relevante, si es que era cierta siquiera, pero Yvonne y Allan siempre habían vendido la imagen del matrimonio perfecto. El hecho de que hubiera existido alguna grieta le resultaba interesante. Sabía por experiencia que la verdad casi siempre se ocultaba en las grietas.

—¡Gunnar, venga, nos vamos a casa!

Kristina se levantó y agitó el brazo en dirección al barco pirata.

—*Aye, aye, Captain*! —respondió Gunnar quitándose el pañuelo.

—Me pasaré luego a traeros unas magdalenas —le dijo Kristina a Erica antes de cerrar la puerta—. Ayer te olvidaste la bolsa.

Erica respiró hondo y cerró los ojos unos instantes.

—Niños, si queréis, podéis quedaros en el barco a ver *Piratas del Caribe* —les dijo a los pequeños mientras buscaba la película con el mando a distancia.

Dudó unos instantes antes de sacar de la basura el paquete de galletas Ballerina, y las puso en un plato que dejó encima de la mesa del salón. Todo valía en caso de necesidad. Y ella necesitaba poder pasar un rato delante del ordenador.

—Aino murió estrangulada, con toda probabilidad.

La palabra «estrangulada» fue la primera que Patrik escribió en la pizarra que Annika había colocado junto a la de Sofie. A nadie se le escapaba lo que simbolizaban las dos pizarras colocadas así, una junto a otra.

—¿Debemos pensar que existe una conexión entre las dos muertes? —preguntó Martin.

Patrik dudó antes de responder.

—No podemos darlo por hecho, pero tampoco descartarlo. Y, justo antes de que nos marcháramos de Åldersro, Erica me dijo que había visto a Aino ayer, y que le dijo que había una historia que ella debía contar, pero no a quién debía contársela. Por eso fue a verla a su habitación. Y la encontró muerta.

—Esa sí que es buena. —Gösta se estiró y cruzó las manos en la nuca.

Mellberg terminó de masticar el último bocado de un bollo y alargó el brazo hacia la bandeja repleta en busca de otro.

—Está más claro que el agua que las dos cosas guardan relación —dijo—. Aino sabía algo del asesino, así que el asesino ha tenido que matarla. Si encontramos al asesino de Sofie, encontraremos al de Aino.

Patrik miró a sus colegas, que estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina.

—Es una posibilidad. Pero no podemos limitarnos a ella.

—¿Sabemos dónde estaba hoy el tal Roland? —dijo Paula, que recibió una mirada de aprobación de Bertil Mellberg.

—Así es como debemos pensar en esta situación, ni más ni menos —dijo—. Tenemos que comprobar su coartada. ¿Cuándo nos enviarán el resultado de la prueba de ADN?

Patrik se volvió hacia Paula.

—En contra de esa teoría está el hecho de que habría sido muy difícil pasar desapercibido en Åldersro. Estaba lleno de gente y, más o menos, todos se conocen. Habrían advertido la llegada de un extraño.

—¿Y la ventana? ¿No pudo entrar por la ventana? —insistió Mellberg.

—La ventana estaba cerrada por dentro —dijo Patrik.

—Bueno, eso no significa nada. Pudo entrar por la ventana, estrangularla, cerrar la ventana y luego irse por la puerta y pasar inadvertido entre la gente.

Patrik tragó saliva varias veces. Las aportaciones de Mellberg rara vez ayudaban.

—¿Y por qué no iba a salir por la misma vía por la que entró? En fin, como es lógico, comprobaremos la coartada de Roland.

Se volvió hacia la pizarra y escribió «testigos».

—Tenemos que reunir los datos de contacto que hemos recogido hoy. Annika, ¿podrías preparar un documento con el nombre, el

número de teléfono y demás información? Aunque creo que no obtendremos gran cosa por esa vía, cuando lo tengamos empezaremos a llamar a todo el mundo.

Martin levantó la mano y Patrik le dio la palabra.

—¿Cuándo enviará Farideh un informe preliminar?

—Cree que podrá enviarnos un primer dictamen el lunes. Un informe exhaustivo llevará más tiempo, claro, pero confío en que el provisional incluya al menos la causa de la muerte.

Patrik echó un vistazo al reloj de la pared. El tiempo había pasado volando.

—¿El pañuelo era suyo? —preguntó Paula.

—Sí, según nos dijo Elsa, su nieta, que le ayudó a vestirse.

Patrik anotó la palabra «pañuelo» en la pizarra.

Martin cogió una bola de chocolate.

—¿Sabemos si faltaba algo en su habitación? Según hemos leído en la prensa, últimamente se han producido varios robos en las residencias de ancianos.

—Les pediré a Elsa y a Ellen que revisen la habitación de Aino —dijo Patrik—. Estuve hablando con las dos en Åldersro, pero entonces los técnicos aún estaban inspeccionándolo todo. Lo que a mí me llamó la atención fue que el cajón de la mesita de noche estuviera abierto. Como si alguien hubiera estado rebuscando allí. Pero no tiene por qué. Pudo ser la propia Aino quien lo dejó abierto.

Pese a todo, anotó en la pizarra «mesita de noche».

—Este suceso guarda relación de un modo u otro con el caso de Sofie, estoy seguro —dijo Gösta con tono sombrío—. Y saco dos conclusiones. Una, que no estamos buscando a un extraño que pasaba por allí. Dos, que el asesino sigue gozando de una salud excelente.

Patrik se volvió de nuevo hacia la pizarra y escribió «¿Sofie?».

—No niego que tengas razón, al contrario. Pero, insisto, no podemos limitarnos a esa teoría. Lo que sí tenemos que hacer es empezar a llamar a todo el mundo. ¿Podrás tener la lista dentro de una hora, Annika?

La secretaria asintió.

—Estupendo. Pues tenemos trabajo para el fin de semana —continuó Patrik.

Cuando los demás se fueron a sus respectivos despachos, Patrik se quedó en la cocina observando pensativo las dos pizarras. A pesar de su insistencia en mantener abiertas todas las líneas de investigación, sentía en lo más hondo de su ser que Gösta tenía razón. Aquellos dos asesinatos estaban vinculados. Y el asesino no era un extraño que estuviera de paso.

Lunes

—¡MAGDALENA, Magdalena!

Le echó una mirada a Monica, que vociferaba instalada en el salón, delante del noticiario *Nyhetsmorgon*.

—Lo siento, mamá, tengo que irme a trabajar ya. Te he dejado la comida preparada y volveré sobre las cinco.

—O sea, lo de siempre. Me quedo aquí sola. ¿No deberías contratar a una enfermera que me cuidara, ya que te pasas el día fuera?

—Ya, ¿y cómo la pago?

Magdalena echó el móvil y las llaves en el bolso. Ya iba tarde. Desde hacía dos días, cuando se produjo el terrible suceso en Åldersro, no podía conciliar el sueño hasta altas horas de la madrugada.

—Pero si eres médica.

Magdalena resopló riéndose mientras se ponía las botas de piel.

—Claro, y crees que gano una fortuna en el centro de salud de Tanumshede, ¿no? Pues que sepas que apenas da para pagar lo que cuesta esta casa. Tu pensión tampoco cunde mucho, así que ni siquiera sé si podremos permitirnos conservar la casa.

Monica suspiró desde el sillón.

—O sea que esas tenemos —dijo con voz temblorosa—. Piensas vender la casa, meterme en un pisillo de mierda y quedarte con el dinero. Siempre has sido una egoísta, desde pequeña.

Magdalena se mordió la lengua. Sabía que era inútil responder, pero todo lo que su madre soltaba por la boca era tan injusto que no pudo callarse.

—La casa está hipotecada hasta las trancas, así que no quedaría mucho dinero después de venderla.

Monica resopló con la cara que ponía siempre que no podía rebatir un argumento probado, pero, al mismo tiempo, estaba convencida de que era víctima de un engaño.

—¿Cuándo se celebrará el entierro de Aino? —preguntó cambiando de tema.

—Creo que todavía no han fijado la fecha, pero tú no vas a poner un pie allí.

De pronto, a Monica se le llenaron los ojos de lágrimas y Magdalena soltó una maldición mientras iba a secárselas.

—Pues claro que voy a ir —dijo Monica con su voz débil pero penetrante—. ¿Por qué dices eso? Aino y yo éramos buenas amigas.

Algo estalló en el interior de Magdalena. Todas las noches que había pasado en casa de Aino mientras Monica estaba borracha en casa, con un ligue nuevo y repugnante. Todas las noches que había dormido allí cuando Monica no volvía a casa y ella no sabía dónde estaba. Todas las lágrimas que Aino le enjugó.

Se paró en la puerta de la sala de estar y sintió que la cara se le encendía de rabia.

—¡Eres una bruja! Te portaste como una cerda con Aino. —Hablaba atropelladamente, pero no pudo contenerse—. Ella fue la única madre que tuve de niña. Tú te dedicabas a emborracharte. Y tuviste el valor de llamarla y echarle la bronca porque me apoyaba. Lo único que has hecho en la vida ha sido decir pestes de ella, así que no, no vas a ir a su entierro, ¿me oyes, so bruja?

Magdalena intentó recobrar el aliento. Todos los años que había pasado mordiéndose la lengua, confiando en que todo sería distinto, en que habría una gota de maternidad en el interior de Monica, una parte minúscula de ella que quería a su hija. Pero no había más que vacío, una nada absoluta.

Monica se la quedó mirando. Y luego, lo de siempre. La mano temblorosa con la que se cubría la cara mientras se lamentaba. La mano que ocultaba que, en realidad, nunca lloraba de verdad.

—¡Aquí me veo, enferma y pobre como las ratas! ¡Después de haber sacrificado mi vida por ti! ¡Si supieras la vida que habría podido llevar de no ser porque estabas tú! ¿Cómo tuve una hija tan horrible? ¿Qué fue lo que hice mal?

Monica chillaba y gritaba cubriéndose la cara con la mano que no dejaba de temblarle.

Magdalena se quedó mirándola. No sentía el menor cariño por aquella mujer, ninguna compasión, ningún amor. Solo aversión.

Cerró de un portazo con los gritos de Monica de fondo. Dejó atrás la casa de ladrillo blanco y se dirigió al coche dando taconazos con las botas.

Magdalena esperó unos instantes antes de arrancar. Sabía que no podría volver allí. Lo había intentado. Durante muchos años, había intentado hacer lo correcto, ser una buena persona, con la esperanza de que el nudo que le atenazaba el pecho se redujera, quizá incluso desapareciera. Pero no había posibilidad de reconciliación con el pasado, ninguna compensación.

Solo había un lugar al que acudir. Sonó el teléfono y comprobó que era del centro de salud; se estarían preguntando dónde se había metido. Pero tendrían que esperar. Antes, debía encontrar el camino a casa.

Subió la pendiente por detrás del supermercado Coop y giró a la derecha. A pesar de cómo le temblaban las manos que sujetaban el volante, logró cruzar Fjällbacka, aparcó y se apeó despacio.

La de veces que había subido aquellas escaleras… La casa de color blanco se encontraba justo al lado del Badis, con vistas a la bocana del puerto de Fjällbacka.

Magdalena se serenó unos segundos antes de tocar la aldaba de la puerta. Era la misma que tenían treinta años atrás, y el sonido metálico contra la madera le produjo un cosquilleo en el estómago.

—¿Magdalena?

Jocke parecía sorprendido cuando abrió la puerta. Ella pasó al vestíbulo. Las palabras brotaron de sus labios con más rapidez de la que ella podía controlar.

—No puedo seguir en casa de Monica. No lo soporto ni un minuto más, no sabía adónde ir, pero si conserváis la cabaña de invitados en la parcela, igual podría quedarme ahí unos días, hasta que sepa qué voy a…

Jocke la rodeó con sus brazos, y Magdalena se apretó contra su pecho. Permanecieron así un buen rato. El tiempo voló hacia atrás, hasta todo lo que fue bueno un día, todo lo luminoso y prometedor. Olía diferente, y no solo porque hubiera dejado de usar CK One; era su propio olor el que había cambiado. Olía a hombre, no al muchacho que fue un día. Aun así, todo le parecía igual que entonces.

—Pues claro que puedes quedarte en la cabaña.

De algún modo, se liberaron del abrazo, aunque Jocke siguió rodeándole los hombros con su brazo protector. La condujo hasta la amplia mesa blanca de la cocina y empezó a sacar de un armario varios tipos de bolsitas de té.

—Seguro que tú tomas café, pero me parece que la situación requiere más bien un té, ¿cuál quieres?

—Me da igual, el que sea —respondió ella tratando de calmar los latidos de su corazón.

Estar cerca de él siempre le había acelerado el corazón. En el colegio le bastaba con oír su voz detrás de las taquillas para que le saltase en el pecho.

Jocke puso dos tazas en la mesa, se sentó a su lado y posó una mano sobre la de ella.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que haga falta. Mis padres siempre te han querido mucho. Se alegrarán un montón. Y está todo listo, incluso la cama hecha. ¿Necesitas algo?

Ella asintió.

—Lo único que traigo es el bolso. Seguro que podré colarme en casa dentro de un par de días para recoger mis cosas mientras

Monica duerme, pero ahora mismo solo tengo el móvil, las llaves y una barra de cacao.

Jocke le apretó la mano y ella sintió otra vez que se le aceleraba el pulso.

—Seguro que podemos reunir algunas cosas para prestarte —dijo —. Mi madre lo guarda todo, como si fuera a estallar la guerra en cualquier momento. Y yo te presto camisetas y camisas hasta que vayas a buscar tu ropa. Lo de los pantalones será peor, claro.

Magdalena se rio y retiró la mano.

—Bueno, también puedo comprar algunos básicos de segunda mano en Hedemyrs, creo que en tu ropa me perdería.

Luego se puso seria y lo miró a los ojos. Aquellos ojos azul acero.

—Si voy a quedarme aquí, no podemos hablar de los viejos tiempos. Ni de lo bueno ni de lo malo. Nos relacionaremos como las personas que somos hoy. No como quienes éramos entonces.

Jocke asintió, con la mirada igual de seria.

—No hablaremos de los viejos tiempos. Hoy somos otras personas.

Luego sonrió y le dio la mano.

—Hola, me llamo Jocke, ¿y tú?

Magdalena le devolvió la sonrisa.

—Hola, yo soy Magdalena. Un placer. Esto es muy bonito, pero creo que debo quejarme un poco del servicio. El té es cosa de hippies y aficionados al yoga. ¿No puedes ponerme un café como es debido?

—¡Pues claro!

Se levantó y la besó con dulzura en la coronilla. Murmuró algo que ella no pudo oír bien, pero le pareció que decía «bienvenida a casa».

—Gabriel, tienes que procurar que Ellen coma.

Yvonne estaba quitando la mesa del desayuno y acababa de tirar a la basura el contenido intacto del plato de Ellen. El vacío que

reflejaba su mirada la llenaba de temor. Era como si Ellen no estuviera con ellos.

—Dale tiempo —dijo Gabriel, y se levantó de la silla de la cocina.

—Tienes que atenderla un poco, Aino y ella estaban muy unidas.

A Yvonne se le encogió el corazón. ¿Cómo habría sido su relación con Sofie, si hubieran podido disfrutar de más años juntas? ¿Habrían alcanzado la misma relación que Aino y Ellen?

Gabriel negó con la cabeza.

—Ellen lo solucionará. Es fuerte. Lo mejor que puedo hacer es mantener el restaurante en marcha, porque ella no tardará en reponerse.

Yvonne miró de Gabriel a Allan, que estaba sentado a la mesa leyendo el periódico.

—Elsa también está triste —dijo Yvonne.

—Ya le he dicho que puede trabajar en el restaurante a jornada completa —aseguró Gabriel—. Es lo que lleva pidiendo desde siempre. A partir de ahora no tendrá tiempo de estar triste.

Agarró la chaqueta y se marchó. El portazo retumbó en toda la casa, e Yvonne esperaba que no hubiera despertado a Ellen, que se había ido a echarse un rato otra vez.

—Deja que lo resuelvan ellos solos. —Allan pasó la página del diario *Bohusläningen* con un crujido—. Y está muy bien que por fin le dé una oportunidad a Elsa, ¿no?

¿Que lo resuelvan ellos? ¿Es que no había visto en qué estado se encontraba Ellen? ¿Cómo tenía el valor de quedarse ahí sentado fingiendo una calma absoluta, cuando ella bien sabía que no era el caso?

—Me he enterado de que llevas dos noches dando vueltas en la cama sin pegar ojo. ¿Por qué no puedes conciliar el sueño? —Yvonne fue consciente de lo acusador de su tono, y añadió con una voz más dulce—: No duermes bien.

Allan la miró durante una fracción de segundo.

—Ya, pero es normal, ¿no? Con todo lo que está pasando. Sofie. Aino. Seguro que no soy el único que no duerme bien.

Volvió a centrarse en el periódico.

—A mí nunca me gustó —dijo Yvonne en voz baja.

—¿Quién?

—Aino.

Allan levantó la vista asombrado y dejó a un lado el periódico.

—¿Por qué no? No había nada en Aino que no gustara, ¿no?

La propia Yvonne se sorprendió con su risa. No había en ella ni rastro de alegría.

—Ya, pues quizá por eso. Todo el mundo quería a Aino. A todo el mundo le gustaban sus peculiaridades, su belleza, su forma de comportarse. No tenía que esforzarse en nada. La gente la quería y punto.

—La verdad, no te entiendo —dijo Allan.

Yvonne cerró el puño con fuerza sobre la mesa. Quería explicarse, pero resultaba difícil expresar lo que sentía con palabras.

—Yo siempre he tenido que esforzarme. Lo hago todo bien. Siempre soy la anfitriona perfecta, apoyo todos los espectáculos de beneficencia que se organizan aquí, soy generosa con mi tiempo. Me esfuerzo, me esfuerzo de verdad, para ser alguien a quien la gente aprecie. Alguien a quien quieran. Aun así, nunca llegué a lo de Aino ni de lejos.

—Pero, por favor…

—Sofie también prefería estar en casa de Aino. Siempre estaba allí. Magdalena y ella.

—Sí, pero es que Monica…

Yvonne resopló.

—Ya sé que no soy como Monica. Y puedo entender que Magdalena prefiriese estar con Aino. O en casa de Bengt y Gun. Pero Sofie sí tenía un buen hogar, ¿no? Una buena madre.

Dejó escapar un sollozo.

—Yo fui una buena madre para Sofie, ¿verdad?

Yvonne detestaba su debilidad, el que la fortaleza la abandonara ahora, después de haber mantenido unida a la familia durante treinta años. Sin lágrimas. Sin mirar atrás.

Allan se levantó de la silla y la abrazó.

—Fuiste una madre estupenda para Sofie. La cosa se complicó algo en la adolescencia entre Gabriel y ella, pero eso también se solucionó al final. No podíamos hacer gran cosa. Tú tampoco podías hacer gran cosa.

—La echo de menos, Allan.

—Y yo. Yo también la echo de menos.

Yvonne oyó sus palabras. Pero, en la parte más negra de su corazón, se preguntaba si Allan aún seguía refiriéndose a Sofie.

Erica miraba la pantalla sin pestañear. Había conseguido reunir bastantes páginas durante el fin de semana, a pesar de haberlo pasado sola con los cuatro niños. Patrik se había quedado trabajando hasta tarde en la comisaría, la despertaba al acostarse agotado para dormir y, por la mañana, su mitad de la cama estaba vacía cuando ella abría los ojos.

Erica había llevado a los niños al colegio y a la guardería, y se había quedado en casa solo con Nora. Después de cuatro, quedarse solo con uno era como estar en una sauna relajante.

Lo que llevaba escrito no había cobrado aún la forma de las páginas de un libro. Ese trabajo era posterior. Lo que ahora ocupaba su tiempo era reunir datos, pensamientos, reflexiones y teorías, todo revuelto. Llegado el momento, tendría que organizar todo el material, eliminar lo que ya no era útil, desarrollar lo que sí lo era. Pero aún no tenía bastantes piezas para formar el rompecabezas.

Había dividido el material. La familia Rudberg. Sofie, Magdalena, Ellen. La fiesta de inauguración. Aino. El cementerio. En cierto modo, todas las piezas guardaban relación entre sí, solo que aún no sabía cómo. También había anotado una serie de preguntas: ¿Qué ocurrió durante la inauguración? ¿Qué era lo que Aino quería contar? ¿Por qué pusieron el cadáver de Sofie en esa tumba? ¿Por qué dijo Aino que Ellen estaba triste? ¿A quién pertenecían las huellas que descubrieron delante del cuarto de Sofie? ¿Qué ocurría en realidad en el seno de la familia de Sofie?

Al ver los interrogantes, comprendió que había una persona con la que no había hablado y que tal vez pudiera ayudarle al menos con una de las preguntas. O incluso con dos.

Erica cerró la tapa del ordenador, cogió a Nora y la llevó al coche. Por suerte, la pequeña había resultado ser una criatura tranquila, que iba sin protestar allí donde la llevaban.

Erica recorrió el camino de grava hasta la casa, una de las casas antiguas de fin de siglo con los paneles de madera pintados de blanco y pintura blanca también alrededor de las ventanas. El bello y frondoso jardín tenía numerosos árboles frutales y grandes arbustos, que ya habían florecido ante la proximidad del verano. En un rincón se alzaba una cabaña monísima.

Jocke Hagman puso cara de sorpresa al abrir la puerta.

—¡Hola! ¿Querías ver a mi padre o a mi madre? Ella está en Åldersro, y mi padre ha ido a Gotemburgo, a una reunión de inversores.

—No, la verdad es que quería hablar contigo, si tienes un momento.

Jocke asintió, sorprendido, y se apartó para que Erica pudiera entrar.

—¿Qué tal llevas lo de volver a Fjällbacka?

Erica miró el interior de la gran villa. Había pasado por allí en numerosas ocasiones, pero nunca llegó a entrar.

—Pues, la verdad, con sentimientos encontrados. Mi madre cree que sigo siendo un adolescente, ni siquiera ha cambiado mi cuarto. Pero están contentos de tenerme aquí. Y yo necesitaba cambiar de aires. Canadá está muy bien, pero, en fin, no es mi país. Y ahora espero conseguir pronto que los niños puedan pasar aquí más tiempo.

—Ya, ellos siguen allí, ¿no?

Jocke hizo una mueca.

—Sí, la cosa se complicó un poco. Pero al final lo arreglaremos. Pasa, siéntate.

Señaló un sofá enorme de color gris claro. Erica dejó la sillita de Nora en el sofá y se sentó a su lado al tiempo que se hundía en el cojín.

Jocke puso en la mesa dos vasos y una jarra de agua.

—Qué personajillo, se ve muy tranquila y satisfecha —dijo haciéndole carantoñas a Nora mientras se sentaba él también en el sofá.

—Por suerte. Es la número cuatro, habría sido un sinvivir terminar con un bebé que sufriera el típico cólico.

Jocke soltó una tosecilla.

—Madre mía. Y yo que pensaba que dos eran como un equipo de fútbol entero.

Erica le cogió a Nora la manita extendida y le dio un suave apretón.

—Bueno, esa es la impresión que tenemos en casa a veces, no te creas. Pero supongo que te preguntarás a qué he venido.

—La verdad, no. —Jocke se encogió de hombros—. Estaba casi seguro de que querrías escribir sobre este asunto. Mi madre tiene todos tus libros. La gente de Fjällbacka está muy orgullosa de ti, que lo sepas.

Erica empezó a ruborizarse y se sirvió un poco de agua.

—Cuando se publicó el primero temía que me embrearan y me emplumaran y me persiguieran por todo el pueblo.

Jocke se echó a reír. Al ver su atractiva sonrisa, Erica comprendió por qué Magdalena se sentía atraída por él.

—No existe el menor riesgo, estoy seguro. —De pronto se puso serio—. Entonces, es eso, estás pensando en escribir sobre Sofie, ¿no? ¿Y tú crees que es viable, cuando no sabemos quién lo hizo? Quizá nunca lleguemos a saberlo.

—Todavía no me he decidido. —Nora protestó un poco, y Erica la cogió en brazos—. Pero, claro, me resulta difícil no interesarme por el caso. Vosotros estabais unos cursos por delante de mí, pero el caso afectó mucho a toda Fjällbacka.

Jocke se sirvió agua y tomó un par de tragos.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué puedes contarme de la relación que tenían las chicas? Sofie, Magdalena y Ellen.

La sonrisa de Jocke se volvió como hacia dentro, como si estuviera reviviendo recuerdos de antaño.

—Donde iba una, iban las otras dos. Siempre estaban juntas.

—¿Ninguna pelea? Yo también fui adolescente en su día y…

—Hombre, claro que a veces había algún desencuentro, pero nada grave.

—Tengo entendido que estaban mucho en casa de Ellen y Aino.

Jocke asintió, bebió un poco más de agua.

—Sí, Magdalena casi distribuía todo su tiempo entre nuestra casa y la de ellas. Su madre era un verdadero desastre, pero mis padres adoraban a Magdalena, así que dejaban que pasara aquí todo el tiempo que quisiera. Y a ella le gustaba estar en casa de Aino, que fue como una madre extra.

—¿Y Sofie?

—Sofie también pasaba mucho tiempo en casa de Aino.

—¿Sabes por qué? Sofie no tenía en casa los mismos problemas que Magdalena, ¿no?

Jocke se revolvió un poco en el sofá. El sol de la mañana resplandecía sobre su pelo rubio y lo volvía más claro aún.

—Sofie era muy taciturna. No hablaba mucho de su familia. Ni siquiera con Magdalena y Ellen, diría yo. Lo único que sé es que no se llevaba muy bien con Gabriel. Era un chico superraro. A todos nos sorprendió la noticia de que él y Ellen se habían casado.

Erica puso la mano sobre la barriguita de Nora y le sonrió. La pequeña le devolvió la sonrisa y dejó escapar un gorjeo.

—¿No decía nada de Yvonne o de Allan?

—Bueno, lo de siempre. No la dejaban estar en la calle tan tarde como ella quería y cosas así. Pero a mí me daba la impresión de que eran más bien Gabriel y ella los que no se llevaban bien.

—¿Mencionó Sofie alguna vez que se sintiera vigilada o que la estuvieran siguiendo?

Jocke negó con la cabeza.

—No, qué va, eso sí que lo habrían comentado las chicas. Si Sofie hubiera dicho algo así, habrían reunido toda una guardia ciudadana.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos Magdalena y tú?

Nora empezó a tironearle a Erica de la manga. Ella la dejó que siguiera, más valía que estuviera contenta y que no interrumpiera la conversación.

—Pues bastante, para unos adolescentes. Algo más de tres años, si no recuerdo mal.

—¿Por qué lo dejasteis?

Un pájaro chocó contra el cristal, y los dos se sobresaltaron y dirigieron la vista a la ventana. Nora empezó a lloriquear.

—Les he dicho a mis padres que coloquen pegatinas de esas que espantan a los pájaros. Vienen atraídos por los árboles frutales. —Señaló a Nora y le sonrió—. Si quieres llevarte ciruelas para los niños, tenemos montones.

Erica le dio una palmadita a Nora en la mejilla y la pequeña se calmó enseguida.

—Gracias, claro que sí. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, ¿por qué lo dejasteis Magdalena y tú? Si no te importa contármelo, claro.

Jocke reflexionó unos instantes. Luego dijo despacio:

—Las cosas cambiaron cuando Sofie desapareció. Fue como si todo lo que teníamos se hubiera roto en pedazos. No fue una ruptura dramática. Estábamos a las puertas de la edad adulta. Simplemente, nos fuimos cada uno por su lado.

—¿Tenía Sofie a alguien que le interesara? ¿Algún chico del que estuviera enamorada?

—A esa edad todas las chicas están enamoradas de alguien, ¿no? Pero yo nunca oí ningún nombre, desde luego.

—¿Y Magdalena te lo habría contado si lo hubiera sabido?

—Bueno, la verdad es que nos lo contábamos casi todo, pero tal vez pensara que no me interesaban mucho los problemas amorosos de sus amigas.

Erica bebió un poco de agua.

—Has dicho que entre ellas nunca pasó nada dramático, pero, por lo que me han contado, en la fiesta que hubo en tu casa sí que pasó algo. Y Sofie estaba triste cuando se fue, ¿no?

Jocke resopló molesto.

—Sí, dichosa fiesta. Me sacaría de quicio que mis hijos hicieran algo así. Pero entonces era adolescente y bastante tonto. Invité a unos amigos mientras mis padres estaban fuera, y luego todo se salió de madre, claro está, y empezó a llegar gente sin parar. Pero no recuerdo que pasara nada raro. Sofie bebió más de la cuenta, ni más ni menos. Nunca la había visto tan borracha, y cada uno reacciona a su manera cuando bebe. Yo soy de los que aburren a todo el mundo hablando y soy capaz de pasearme por ahí con un condón en la nariz cuando pillo una cogorza. Sofie era más bien de las que se ponían tristes.

—Aino mencionó que Ellen estaba triste cuando volvió de aquella fiesta.

Era una mentira piadosa. Erica no estaba segura de que Aino se hubiera referido a esa noche siquiera.

—Pues es que Ellen también había bebido bastante. Todo el mundo. Algunos de los mayores que vinieron se habían traído alcohol de fabricación casera. Nosotros bebimos sobre todo cerveza, hasta que llegaron ellos con otro material, así que es posible que estuviera borracha. Pero, la verdad, no lo recuerdo. Magdalena y yo nos fuimos a mi cuarto a enrollarnos, básicamente.

Jocke puso cara de adolescente enamorado, y Erica no pudo evitar una sonrisa.

—Lo que recuerdo es que Dan iba detrás de Ellen como un cachorro enamorado, y no parábamos de chincharle. Estaba colado por ella, pero no creo que a Ellen le interesara mucho. Al final Dan y tú empezasteis a salir, ¿no?

Erica miró hacia la ventana contra la que se había estrellado el pájaro.

—Sí. Y ahora está casado con mi hermana. Freud habría tenido alguna que otra cosa que decir de mi familia.

Jocke soltó una carcajada.

—Mi exmujer quería llevarme a terapia de pareja, pero yo no creo en esas cosas. Cada cual gestiona mejor su porquería solito. Todos tenemos un pasado.

—Puede que tengas razón. —Erica se levantó y cogió la sillita de Nora—. Gracias por dedicarme este rato. Ha sido muy útil conseguir un poco más de información.

—No hay de qué. Aunque no sé si te habré sido de ayuda. Pero puedes volver cuando quieras si se te ocurre algo más. Y ahora tendré que leerme uno de tus libros.

—Pues el último ha tenido mucho éxito —dijo Erica—. Entonces, ¿puedo llevarme unas ciruelas? A los niños les encantan, nosotros solo tenemos manzanas.

Jocke se levantó también.

—Claro que sí. Espera, te doy una bolsa. Llévate las que quieras, de todos modos, la mayoría acaban cayéndose y pudriéndose en el suelo. Mi madre dice todos los años que las va a recoger para hacer mermelada, pero luego…

Erica cogió la bolsa con el logo del supermercado Coop y, cuando ella y Jocke se despidieron, fue al jardín que había delante de la fachada principal de la casa. Dejó la sillita de Nora en el césped y llenó la bolsa de ciruelas.

Cuando terminó, miró hacia la casa. El sol daba en los cristales y los reflejos la hicieron entornar los ojos. La fachada necesitaba una mano de pintura, se veía descuidada y con las marcas de una escalera de incendios ya desaparecida, pero le encantaba la pátina que tenían esas casas antiguas. El agua del mar hacía que la pintura se descascarillara más deprisa, y a ella le parecía que así se acentuaba su belleza. El azote del viento. La aridez. Una casa que había tenido una vida y que llevaba grabada su huella.

Tal vez Jocke y Magdalena habrían vivido allí hoy con una familia propia si Sofie no hubiera desaparecido. Había algo en el tono de Jocke que revelaba que nunca llegó a olvidar del todo a Magdalena. Y pensar en la cantidad de vidas que se vieron trastornadas a raíz de aquellos sucesos… La cantidad de vidas que cambiaron.

Erica fue a recoger a Nora. Tenía que averiguar lo que ocurrió aquella noche de hacía treinta años.

Breathe Again — Toni Braxton

Mierda. Ayer pisé un charco de alquitrán con las Buffalo nuevas. No sé si saldrá. Me las regalaron por Navidad y no puedo permitirme comprar otras. Me pagan el primer sueldo del minigolf la semana que viene, pero había pensado invertirlo en una tele. Puta mierda.

Hoy Gabriel se ha puesto de los nervios conmigo. Porque me he comido el paté que quedaba. Está mal de la cabeza. Y Allan no para de disculparlo. Mi madre no dice nada. Se sube al dormitorio y punto. Odio esta vida.

Ayer pasó una cosa superloca. Estuvimos en casa de Magdalena. En realidad, no sé por qué. Nunca vamos allí por culpa de la enferma de su madre, pero bueno. Y allí estaba el ligue nuevo. Joder, cómo nos miraba. Y el muy cerdo me cogió el culo cuando pasé a su lado. ¡Guarro de mierda!

El otro día un tío también se me quedó mirando las tetas en el trabajo. Ni siquiera intentó disimular. Y eso que casi no tengo tetas. No puedo con los guarros.

Dicen que el alquitrán se puede quitar con gasolina. En el garaje hay una garrafa. Creo que voy a probar. Tengo que arreglar las Buffalo.

Esta mañana, cuando me desperté, se me ocurrió que podía escribirle una carta. Contándole todo lo que siento. Pero ¿y si la leyera otra persona? Lo que pasa es que son muchas las cosas que llevo dentro y que me gustaría decirle. Y encima nunca podemos hablar. Una vez me acerqué a él y se enfadó. Me dijo que no podían vernos juntos. Parecía hasta asustado. Primero me puse triste. Pero luego comprendí que en realidad lo hace por nuestro bien. Para que todo salga lo mejor posible. Más adelante.

—Oye, ¿es cosa mía o tú has visto antes a Patrik así de alicaído?

Martin se sentó despacio en el borde del escritorio de Paula. Hacía equilibrios con una taza de café en la mano, así que la agente apartó rauda los documentos que había encima de la mesa.

—¿Tan raro te parece? Yo me siento igual. —Paula suspiró y apartó contrariada la vista del ordenador—. Tenemos poquísima información del caso de Sofie. Datos de hace treinta años. Huellas de hace treinta años. Ahora mismo estaba revisando todos los documentos antiguos del caso, por tercera vez. Con la vana esperanza de encontrar algo que se nos haya escapado.

—¿Y la cuerda?

Paula no pudo aguantarse la risa.

—Noventa y siete mil vendidas en el mercado. No podemos ir por Fjällbacka buscando una cuerda que tiene todo hijo de vecino. Y ahora, además, está el asesinato de Aino Lönnrot. Cien invitados y ninguno ha visto una mierda. Cien personas que pueden haber matado a Aino. Aparte de la posibilidad de que alguien entrara sin ser visto, claro. Sé que es inverosímil, pero no es imposible. Así que comprendo que Patrik esté desanimado.

Martin tomó un sorbo de café.

—Tarde o temprano, cuando menos lo esperemos, se producirá un giro en la investigación.

—No soporto que seas tan optimista. A veces no lo aguanto, vaya.

—Hay que ver el vaso medio lleno —dijo Martin sonriendo a medias—. Y a propósito, ¿has hablado con Gotemburgo sobre la coartada de Roland?

Paula soltó un suspiro.

—No puede ser más perfecta. Lo habían detenido por tráfico de mercancía robada. En el momento del asesinato estaba encerrado en una celda.

—Bertil se va a llevar un disgusto —dijo Martin muy serio.

—Mi madre y él están mirando pisos en urbanizaciones en España, en la Costa del Sol. Me parece que, en su cabeza, ya ha

fichado y se encuentra en una tumbona en la playa con una copa en la mano.

Martin soltó un silbido.

—Madre mía. Pero, entonces, ¿tú crees que piensa jubilarse? O sea, que no es solo que se va a ir de vacaciones.

—Bueno, yo he tenido bastante con centrarme en lo mío, pero sí, creo que pronto habrá cambios en la comisaría.

Martin tomó otro sorbo de café con cara de no saber bien qué pensar.

—¿Y cómo va el asunto de los grandiosos planes para mi petición de mano? —dijo cambiando de tema—. ¿Se te ha ocurrido algo maravilloso que me garantice el sí?

—Bueno, alguna idea he tenido. Te haré una amplia presentación de PowerPoint cuando termine. ¿Qué te parecería ir vestido de bogavante?

—Mientras no tenga que ir desnudo, estoy dispuesto a llevar lo que sea.

—¡Hombre, pues es una idea! ¡Con una rosa entre las nalgas!

Martin se inclinó, le puso la mano libre en el brazo y le dio un apretón, pero salpicó sin querer un poco de café sobre los documentos que Paula había apartado antes.

—Me gusta verte sonreír. Voy a llamar a Linköping a ver cómo van las pruebas de ADN de Roland —dijo—. Juraría que en este caso no vamos a tener que esperar los meses de rigor. Los periodistas ya han empezado a establecer una relación entre Sofie y Aino, y sé que desde arriba están presionando para que lo resolvamos.

—Pues suerte —dijo Paula con escepticismo—. Yo voy a seguir revisando viejos papeles llenos de polvo, puesto que no tengo otras órdenes que cumplir. Patrik dijo que llamaría en cuanto Farideh le pasara el informe preliminar, así que, hasta entonces, habrá que esperar.

Martin se sentía algo más animado cuando volvió a su despacho. Paula parecía estar volviendo a su antiguo yo.

Sabía que a veces pecaba de ser demasiado positivo, pero debía reconocer que lo que había ocurrido con Sofie, y ahora con Aino, lo había hundido a él también.

Al igual que los demás colegas, también él había infravalorado sobremanera lo difícil que sería abordar un caso de treinta años de antigüedad. Pero no podían rendirse. En particular, no ahora, cuando el pasado parecía arrojar sobre el presente una sombra alargada y peligrosa.

Localizó el número del Centro Forense Nacional de Linköping. Era una parte del trabajo policial que le encantaba. Un rastro que, en cualquier momento, podía arrojar resultados. Una conversación que podía contribuir a que la investigación avanzara. Por desesperada que fuera la situación, el giro decisivo podía producirse en cualquier momento.

—Hola, soy Martin Molin, de la comisaría de Tanumshede. Llamaba por el caso de Sofie Rudberg.

Mientras esperaba impaciente con el auricular pegado a la oreja, volvió a sacar la cajita con el anillo. Estaba sorprendido de lo nervioso que se sentía. Sabía que Mette iba a decir que sí, pero uno nunca podía estar del todo seguro. Y si no…

Le pasaron con el responsable y ahí se interrumpieron sus pensamientos.

—Sí, hola, soy Martin Molin. ¿Ya tenéis el resultado? ¡Joder, qué rapidez, muchísimas gracias!

Colgó y volvió a guardarse en el bolsillo de la chaqueta la cajita con el anillo. Luego se levantó y se dirigió al despacho de Patrik. Quizá acabara de recibir la información del giro copernicano que estaban esperando.

—¡Si tienes tanto interés en esto como dices, no te queda otra que espabilar! No puedes limitarte a aplastar las patatas, hay que pasarlas por un colador. De lo contrario tendrás papilla de patata, no puré. ¡Y papilla de patata es algo que puedes comprar en la cadena Acke!

Elsa parecía destrozada, y Gabriel intentó respirar hondo varias veces y normalizar el pulso, pero no había forma.

Por supuesto que entendía que Elsa estuviera triste por lo ocurrido con Aino, pero llevaba meses insistiendo en que quería trabajar allí. Y en la cocina de un restaurante de semejante nivel no podían interponerse los sentimientos.

—Lo repito, papá.

Gabriel le dio la espalda y siguió con el fondo que había empezado. Primero había asado la piel de bogavante en el horno, y ahora la estaba tostando con cebolla, zanahoria, apio y crema de tomate. Luego lo cubrió todo de agua, vino y especias y empezó a remover.

Podía dejarlo cocer un rato, y mientras seguiría con todos los demás preparativos que debían estar listos cuando abrieran las puertas a las seis.

Gabriel se volvió hacia su padre, que había estado mirando en silencio durante la disputa con Elsa.

—¿Te encargas tú del bacalao y yo me ocupo del solomillo de corzo?

—Claro —dijo Allan, y se limpió las manos en el paño que llevaba sujeto a la cintura.

Se acercó a Gabriel y bajó la voz.

—Dale un respiro para que se acostumbre. No hace ni dos días que murió su abuela. Y ya ves cómo está Ellen. Es lógico que a Elsa también le afecte.

—Estamos en mi cocina, y aquí mando yo —dijo Gabriel, aunque se arrepintió en el acto.

Otra vez tenía el pulso demasiado alto. Le bombeaba la sangre en la cabeza. No podía ceder a la ira. No podía permitir que la oscuridad se apoderase de él.

—¿Por qué no te vas a casa a ver a Ellen un rato? —dijo Allan—. En serio, me parece que no se encuentra muy bien. Diría que no ha dormido nada desde el sábado.

—Hay demasiado que hacer aquí. ¿Te vas a encargar del bacalao o se lo pido a alguno de los otros cocineros?

—Ya voy yo.

El padre de Gabriel bajó la vista y se dirigió a la mesa de la izquierda, donde se encontraba la gran caja de madera con el bacalao que habían comprado esa mañana.

La puerta de la cocina se abrió de pronto, y Gabriel se volvió a mirar. Era Ellen.

—Estamos a tope —dijo Gabriel señalando la cocina con la mano —. ¿No deberías irte a descansar?

Ellen tenía unas marcadas ojeras e iba con el pelo revuelto y despeinado. Le temblaban un poco las manos mientras daba unos pasos hacia él.

—Oigo a Sofie. Y a mi madre. Las oigo por las noches. Por favor, diles que paren. Diles que paren, Gabriel.

La cocina entera se detuvo, todos se quedaron atónitos mirando a Ellen. Elsa dejó el colador y el cucharón y se le acercó enseguida.

—Mamá, tienes que ir a casa a descansar. O ir al médico. Papá, ¿no podemos llamar a Magdalena Bergström? Ya estás viendo cómo está mamá.

—Yo creo que Elsa tiene razón —dijo Allan—. Voy a llamar a Magdalena. Le pediré que venga a casa.

Gabriel solo quería gritar. Era como si todo el mundo hubiera perdido el juicio.

—No, Ellen, no estás oyendo a Sofie. Ni a Aino. No las oyes. Son solo figuraciones tuyas.

—Que sí, Gabriel. Las oigo. Y Sofie se siente muy triste. Se siente muy abandonada. Y sola.

Se refugió en el pecho de Gabriel, que la abrazó a regañadientes. Por Dios.

—Lo único que necesitas es dormir —le dijo—. Tómate uno de los somníferos de Yvonne, hay bastantes en el armario del baño.

Ellen temblaba pegada a su pecho.

—Mamá tenía el corazón roto. Yo no lo sabía, pero ahora lo siento. Y había algunas cosas que debía hacer, pero no tuvo tiempo. Se lo impidió el corazón roto.

Allan se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Voy a llamar a Magdalena —dijo en voz baja—. Luego te llevo a casa, te meterás en la cama y esperaremos hasta que llegue la doctora. Gabriel tiene razón, necesitas dormir.

Ellen lo miró. A Gabriel le dio la impresión de que tenía la piel casi transparente.

—Mi madre siempre hablaba de las voces, del dolor. Y yo no la entendí nunca. Hasta ahora. Ahora siento el dolor de Sofie. El dolor de mi madre. Y no podré dormir mientras estén llorando.

—Ven conmigo, Ellen. Tengo el coche aquí detrás.

El padre de Gabriel cogió a Ellen del brazo y la llevó con cariño hacia la puerta.

—¿Quieres que vaya con vosotros? —dijo Elsa en un susurro.

Allan echó una rápida ojeada a Gabriel, antes de mirar a Elsa.

—No, tú quédate, no hace falta que vayamos los dos, ya me encargo yo.

Cuando salieron y se cerró la puerta, Gabriel se quedó un rato en silencio. Sofie, siempre Sofie, siempre, siempre Sofie.

Se volvió y empezó a cortar los tendones del solomillo de corzo.

Erica ajustó el protector del carrito con Nora dormida en el interior y lo dejó aparcado fuera con una mantita encima para protegerla del sol.

—¡Erica! ¡Qué sorpresa!

Yvonne abrió la puerta con expresión de extrañeza. Erica se dio cuenta de que, en realidad, no había ideado muy bien cómo explicar tan inesperada visita.

—Pues es que quería saber cómo está Ellen —dijo al fin.

—Pasa, pasa. —Yvonne bajó la voz—. La verdad, no muy bien que digamos. Allan se encuentra arriba con ella, acaba de meterla

en la cama, y Magdalena está al llegar. No duerme nada. He intentado que se tome una de mis pastillas, pero no hay forma. Aino y ella estaban muy unidas.

Erica entró en el recibidor y señaló el carrito.

—¿Puedo dejar la puerta entreabierta para oír a Nora, por si se despertara?

—Pues claro que sí. Recuerdo cuando Sofie era un bebé, siempre dormía fuera, daba igual el tiempo que hiciera, estar al aire libre es bueno para los pulmones.

Se sentaron en el sofá del salón. A diferencia de la casa de Bengt y Gun, aquel sofá estaba más bien pensado para ser bonito. El trasero se le quedó dormido casi en el acto.

—No quiero molestar, es que pasaba por aquí y se me ha ocurrido pararme a ver cómo se encontraba.

Yvonne se llevó las manos al pecho.

—Todo esto es un espanto. Asesinada. ¿Quién querría hacerle daño a Aino?

Erica meneó la cabeza.

—Ya, cuesta creerlo —dijo.

Señaló una foto que había en la estantería, justo detrás del sofá. Sofie le sonreía al fotógrafo. Los dientes relucían blancos entre los labios.

—Qué foto tan bonita. ¿Cuántos años tenía ahí Sofie?

Yvonne sonrió.

—Trece. El dentista acababa de quitarle el aparato y estaba feliz.

—Qué maravilla poder ver una foto distinta de las que siempre aparecen en la prensa. ¿Tienes más?

—¡Por supuesto!

Yvonne se levantó y volvió con un par de gruesos álbumes de fotos que estaban en la base de la estantería.

Erica se acercó con interés. Ya había revisado todas las fotografías que tenían en los archivos, pero, como era habitual, se trataba de unas cuantas imágenes que se reutilizaban una y otra vez a lo largo de los años. Las imágenes eran cruciales en su proceso de

escritura, y tenía la esperanza de poder ver allí más fotos de familia. Se sentía algo avergonzada por haber usado a Ellen como excusa, pero la necesidad no entiende de leyes.

—Parece que a Gabriel no le gustaba mucho que lo fotografiaran, ¿no? —dijo Erica mientras Yvonne iba pasando despacio las hojas del primer álbum.

—Qué va, prefería no salir. Solo hay unas cuantas fotos suyas. Creo que Allan solo tiene dos o tres de antes de que nos conociéramos. Y después, no más de diez. En cuanto aparecía una cámara, se escondía.

Yvonne señaló la foto amarillenta de un niño de cabello oscuro y amplia sonrisa.

—Y esta se la hizo Allan cuando tenía dos años, creo. ¿Verdad que se parecen?

Era la única fotografía en la que Gabriel estaba sonriendo en lugar de mirar enfurruñado a la cámara. Yvonne tenía razón. Se parecía mucho a su padre.

—Mira qué guapa estaba aquí Sofie. Es la última foto suya que tengo.

Erica asintió. Era la fotografía que más se había utilizado en los medios, puesto que en ella se veía también qué ropa llevaba cuando desapareció.

—Ese corte de pantalón vaquero estaba de moda en aquel entonces, desde luego. Levi's. Sofie se había pasado meses insistiendo y al final decidí que se los compraría, pero… —Yvonne pasó la mano por la foto—. Esa noche se los había prestado Ellen. Se veía muy guapa con ellos, y me pidió que le hiciera la foto.

La fotografía le recordó a Erica la trascendencia de su trabajo. Sofie fue una muchacha de verdad. Hija, hermana, amiga de alguien. No solo unas páginas de lo que tal vez terminara convirtiéndose en un libro. Pero había una familia, una sociedad entera, que esperaban una respuesta, y eso no era menos verdad.

Yvonne siguió pasando las páginas del álbum. Había fotos del servicio religioso que se celebró en la iglesia poco después de la desaparición, aún con la esperanza de que la encontraran con vida.

—Las chicas fueron un amor. Al principio, poco después del suceso, se pasaban por aquí a ver cómo estábamos. A hablar de Sofie. —Yvonne señaló una foto de Ellen y Magdalena sentadas allí, a la mesa de la cocina—. Contar con ellas era un consuelo. Eran tres amigas inseparables. Después de las primeras visitas, pasó el tiempo. Y al final todos tiraron cada uno por su lado.

Yvonne cruzó los brazos con fuerza sobre los hombros.

—La ropa de Sofie no apareció nunca, ¿verdad? No estaba… No la llevaba puesta cuando la encontraron, ¿no?

Yvonne negó con la cabeza.

—Yo me enteré por el periódico. Que la encontraron solo con la ropa interior. Lo único que apareció fue el coletero. El que le compramos en Chipre.

Erica se inclinó un poco más para ver bien la imagen de Magdalena y Ellen en la cocina de Yvonne. Sus rostros llevaban escrito el dolor que sentían.

Se oyeron unos pasos en la escalera. Allan se mostró sorprendido al ver a Erica.

—Perdón, no te había oído llegar.

—Hola. Solo quería ver cómo estaba Ellen.

Erica bajó la mirada. De pronto se avergonzó de usar el bienestar de Ellen como excusa para las indagaciones que exigía su libro.

Allan meneó la cabeza.

—Bueno, ya está metida en la cama, y Magdalena llegará dentro de diez minutos. Nada, no os molesto. —Alzó ambas manos—. Tengo que volver al restaurante, Yvonne.

—Claro, vete. Me ha encantado poder enseñarle a Erica las fotos de Sofie. Deberíamos mirar estos viejos álbumes más a menudo.

Erica volvió a buscar la foto del niño sonriente.

—¡Esta foto de Gabriel es preciosa! Os parecéis un montón.

—Sí, aunque, por suerte, luego creció y, con el tiempo, se volvió más guapo que yo —dijo Allan con una sonrisa mientras caminaba hacia el recibidor—. ¡Hoy seguro que llego tarde, Yvonne!

Yvonne dejó escapar un suspiro.

—Pues como siempre. —Se dirigió a Erica—. Puedes dar gracias a que no estás casada con nadie del ramo de la hostelería.

—Bueno, no sé yo si el horario de un policía es mucho mejor.

—Ya, claro. En fin, demos gracias por que están en el trabajo por las noches en lugar de andar con otras por ahí.

—Sí, eso es verdad —dijo Erica con una sonrisa al tiempo que se ponía de pie—. En fin, tengo que irme a casa con la peque, si duerme demasiado ahora, no pegará ojo en toda la noche.

Yvonne se levantó también.

—Magdalena llegará en cualquier momento. Me alegro de que te hayas pasado a vernos, Erica, siempre serás bienvenida en esta casa. No todos los días recibimos a una celebridad. Le diré a Ellen que has venido a verla.

Erica metió a Nora en el coche y tomó la carretera desde Mörhult. Algo la inquietaba por dentro. Algo que había visto, pero no atinaba a decir qué. Detestaba aquella sensación, pero sabía que, tarde o temprano, caería en la cuenta.

Patrik dejó el móvil en la mesa. Era la tercera vez que llamaba a Farideh, pero siempre le saltaba el contestador. Sabía que estaba siendo demasiado impaciente. Ella lo llamaría en cuanto tuviera algo que contarle. Pero la espera lo corroía por dentro.

El Centro Forense Nacional también figuraba en la lista, pero había pensado concederles hasta primera hora de la tarde antes de empezar a contactarlos a ellos también.

Los periodistas habían estado llamando sin parar desde que se enteraron del asesinato de Aino ocurrido el sábado. Él había preferido no responder, pero se figuró que Mellberg les soltaría un buen discurso si conseguían localizarlo.

Unos golpecitos en la puerta lo sobresaltaron.

Martin aguardaba al otro lado y Patrik se puso muy derecho en la silla al ver la expresión de su cara.

—No es que vengas disimulando precisamente, Martin, se nota que sabes algo.

Martin se sentó enfrente de Patrik.

—Acabo de hablar con el Centro Forense Nacional. Espero que no te importe que los haya llamado, debería haberte preguntado antes.

De pronto, Martin puso cara de angustia, pero Patrik le restó importancia con un gesto de la mano.

—No importa, ¿qué te han dicho? ¿Es Roland?

—No, no es Roland. Su ADN no coincide con el del esperma que hallaron delante de la ventana de Sofie.

—Mierda —dijo Patrik, y se hundió otra vez en la silla.

Martin se inclinó un poco hacia delante.

—Y hay más. Cuando iban a comparar el ADN de Roland con la muestra antigua, descubrieron que, hace treinta años, cometieron un error. Metieron la muestra en el registro de casos y en el registro de ADN, pero no en el de rastros.

—¿Quieres decir que…?

—La muestra antigua nunca se contrastó con la base de datos de muestras de ADN de delincuentes desconocidos. Hasta ahora, que han descubierto el fallo. Y hay una coincidencia.

Patrik se irguió de nuevo. El corazón le latía desbocado en el pecho.

—El ADN coincide con muestras recogidas en cuatro violaciones cometidas en Gotemburgo —continuó Martin—. Desde principios de la década de los 2000.

—Increíble —dijo Patrik.

Se sentía tan feliz que no tuvo fuerzas para enfadarse por el error con la base de datos. El factor humano siempre podía causar problemas.

—Es decir, tenemos una conexión entre unas violaciones perpetradas en Gotemburgo y el esperma hallado delante de la ventana de Sofie —dijo Martin—. De modo que, si encontramos el denominador común con el violador, encontraremos a nuestro posible asesino.

Patrik se levantó del asiento.

—Si partimos de la base de que el asesinato de Aino guarda relación con el de Sofie, no puede ser un asesino de fuera —dijo—. Tiene que tratarse de alguien de aquí. Alguien cuyo ADN aún no hemos recabado. Con Allan y Gabriel no hay coincidencias, y tampoco con ninguno de los chicos que estuvieron en la fiesta. Esas muestras se tomaron hace ya treinta años. Tiene que ser alguien relacionado con Sofie o que se encontraba en su entorno. Puede tratarse de un profesor o un compañero de clase, en fin, las posibilidades son muchas. Pero muchas menos que si tuviéramos que tomar el ADN de toda la población masculina de Suecia.

Miró el escritorio, los documentos que tenía allí amontonados, la reluciente pantalla del ordenador, que siempre le daba dolor de cabeza.

—Tenemos que conseguir los expedientes de las violaciones. Llamaré a Gotemburgo y hablaré con el investigador responsable para que me manden todo lo que tengan. Puede que haya algo en su investigación que nos conduzca aquí, a Fjällbacka. Bueno, mejor no, mejor vamos allí ahora mismo.

Patrik cogió la chaqueta y salió volando por la puerta. Contuvo el impulso de dar un salto de alegría en medio del pasillo. Por fin tenían un hilo del que tirar.

—¿Ellen? —Magdalena dio unos toques discretos en la puerta.

En cuanto la llamó Allan, canceló varias citas de pacientes. Entre otras, la de Ann-Britt, que esta vez estaba convencida de que tenía una septicemia incipiente.

—Pasa.

Se veía a Ellen diminuta allí encogida entre las sábanas blancas. Por un momento, la vio como la adolescente que era cuando todo sucedió.

Magdalena se sentó con cuidado en el borde de la cama.

—Dice Allan que no puedes dormir.

—¿Cómo voy a dormir? Mi madre ha muerto.

Magdalena le cogió la muñeca y le tomó el pulso.

—Están preocupados por ti. Tienes que dormir, Ellen. Tienes que cuidarte. ¿Has comido algo?

En el suelo, junto a la cama, había una bandeja con una tostada, mermelada de naranja y un vaso de zumo de manzana. Todo intacto.

—Es que las oigo —dijo Ellen con la cara vuelta hacia la pared—. Con la misma claridad que mi madre trataba de explicarme que las oía. No puedo soportarlo. Su dolor…

—¿A quiénes oyes?

Magdalena sacó el estetoscopio y auscultó a Ellen.

—A mi madre. Y a Sofie. Las oigo.

Magdalena dio un respingo, pero luego le sonrió a Ellen.

—Eso es porque no duermes.

Guardó el estetoscopio y le dio la mano a Ellen.

—El corazón está bien. —Le puso la mano en la frente—. Y no parece que tengas fiebre. Lo único que puedo hacer es decirte que debes comer y dormir. Te daré una receta de somníferos.

—No quiero somníferos. Me da miedo dejar de oírlas si los tomo.

Magdalena le acarició la frente.

—Piensa en tu familia. Eres fuerte, Ellen. Siempre lo has sido. Tienes que cuidarte.

—Debería haber cuidado de Sofie. Éramos como hermanas. ¿Por qué no cuidamos de ella?

Magdalena dejó las manos en el regazo. Miró a Ellen, vio la desesperación pintada en su rostro.

—Lo que estás haciendo ahora es inútil. Lo pasado, pasado está. No podemos cambiarlo. Solo podemos intentar seguir viviendo.

—Pero ¿por qué no ha podido seguir viviendo mi madre? ¿Quién querría hacerle daño?

—No lo sé, Ellen. —Magdalena le puso la mano en la pierna—. Esta mañana mandé al cuerno a Monica. Es algo que debería haber

hecho hace mucho tiempo. Me he mudado de forma provisional a la cabaña de Bengt y Gun.

—Y Jocke.

Por fin un atisbo de sonrisa en el rostro de Ellen.

—No me explico cómo es posible que todo sea tan distinto —dijo Magdalena—. Y, al mismo tiempo, que todo siga como antes. Hace treinta años éramos unas crías. No sabíamos nada de la vida. No sabíamos nada del amor. Ahora sí deberíamos saberlo. Pero yo sigo sintiéndome igual de insegura.

—Y yo. —Ellen volvió la cabeza y miró por la ventana—. Por ejemplo, no sé por qué me casé con Gabriel. Mi mundo se hunde y él se comporta con total frialdad.

Magdalena volvió a ponerle la mano en la rodilla, y Ellen se giró hacia ella.

—Doy gracias a que tengo a mis hijos. Pero es como si Gabriel viviera en su propio mundo. Nunca he llegado al fondo de su corazón. A veces me siento como si viviera con un extraño.

—¿Y cómo fue cuando os conocisteis? Nunca hemos hablado de ello.

Ellen se incorporó y se sentó despacio en la cama.

—Hay muchas cosas de las que no hemos hablado, después de todo lo que le ocurrió a Sofie. Pero, en fin, Gabriel… No sé. Yo siempre he tenido tendencia a ayudar a levantarse al árbol caído. Supongo que por eso elegí esta profesión.

—Te viene de tu madre. A ella también se le daba bien cuidar del árbol caído. Como yo, sin ir más lejos.

Magdalena se miró las manos, que tenía en el regazo. Ellen extendió las suyas y se las abrazó.

—Tú eras como una hija para ella, confío en que seas consciente de ello. Le habría gustado que hubieras mantenido el contacto. Te habría apoyado. Siempre.

—Lo sé. Yo quería a Aino. Y a ti. Vuestro hogar. Pero cuando Sofie desapareció, necesitaba alejarme de todo. No solo de mi

madre. También de vosotras. De Jocke. Todo se me hizo demasiado doloroso.

Ellen le apretó aún más las manos.

—Todos hemos cargado con ello durante treinta años. Hemos llevado dentro a Sofie. Por eso no quiero que calle su voz. Tengo que escucharla. Se lo debo.

Magdalena se puso de pie.

—Bueno, pero prométeme que vas a intentar dormir. Si no, vengo y te pongo una inyección en el trasero.

Ellen se echó a reír. La cara había recuperado algo de color.

—Eso es —dijo Magdalena satisfecha, y le dio un abrazo—. Aún te queda algo de fuelle, ya ves. Anda, descansa un poco.

Por un momento, fue como si estuviera abrazando a la Ellen de dieciséis años. La que fue para ella como una hermana. Pero a la que perdió a la sombra de Sofie. Igual que se perdió a sí misma.

Paula avanzaba rauda por el pasillo. El despacho de Martin estaba vacío, pero oía el aporrear del teclado en el de Gösta. Tenía que contarle a alguien lo que acababa de descubrir. Dio unos golpecitos en el marco de la puerta.

—¿Dónde se ha metido Martin?

Gösta levantó la vista de la pantalla.

—Patrik y él han ido a Gotemburgo. Hay una coincidencia de ADN. No es de Roland, pero sí de varias violaciones que se cometieron allí.

—¿No me digas?

Paula se apoyó en la puerta. Se sentía un tanto ofendida por el hecho de que Martin no la hubiera llamado para contárselo, aunque, al mismo tiempo, comprendía que habían salido a toda prisa.

—Pues yo he estado revisando otra vez el material de archivo. Y en realidad no he encontrado nada. Pero hay una cosa en la que no paro de pensar. ¿No llegaron a registrar nunca la caseta del barco de la familia Rudberg? El cobertizo sí lo examinaron, pero la caseta

donde guardaban el barco durante el invierno, no. Se me ocurrió por lo del cabo. Lo lógico habría sido que hubieran mirado también en la caseta que tienen en la parcela, pero no encuentro ningún informe.

Gösta frunció el ceño.

—Pues no, no recuerdo que lo hiciéramos, pero supongo que el jefe no vio motivo para ello. Ya habíamos descartado como sospechosos a los miembros de la familia, puesto que tenían coartada para el momento en que Sofie desapareció. Y no había nada que indicara que hubiera vuelto a casa ni que la fibra hallada en su armario tuviera nada que ver con la desaparición.

Paula dio unos pasos hacia el interior del despacho. Como de costumbre, reparó en que en el despacho de Gösta siempre olía bien. No a perfume. A limpio, nada más.

—Ya, ya sé que es un poco rebuscado. Pero, puesto que tenemos tan pocas pistas, he pensado que bien podemos revisar lo que hay.

—¿Quieres que solicitemos permiso para registrar la caseta? Han pasado treinta años, las posibilidades de que encontremos cualquier rastro son…

—Bueno, algo tenemos que hacer. Y creo que lo mejor será tomar un atajo, en lugar de esperar el permiso. Sencillamente, le pedimos a la familia que nos deje echar un vistazo.

Gösta cogió las llaves del coche y apagó el ordenador.

—Claro —dijo—. Yo conduzco.

Cuando llamaron a la puerta, Yvonne estaba en casa. Gösta le estrechó la mano, y Paula retrocedió un poco mientras él hablaba de Sofie. Entre ellos había una muy buena relación, que debió de forjarse treinta años atrás. Paula no quería interferir.

Gösta soltó la mano de Yvonne.

—Y hemos caído en la cuenta de que nunca examinamos la caseta del barco cuando realizamos la investigación entonces. ¿Os importaría que le echáramos un vistazo ahora?

Yvonne enarcó las cejas, pero asintió.

—Si queréis, claro, pero ¿por qué?

—Pura rutina —dijo Paula dando un paso al frente—. Nos hemos dado cuenta de que entonces se nos pasó.

—Pues claro que sí, pero cuando Sofie desapareció, claveteamos la puerta entera y cerramos la caseta a cal y canto. En ella guardábamos su velero de principiante, el Victoria. Nos pareció que… —Yvonne se llevó la mano al cuello, que se le había enrojecido de pronto—. Era demasiado duro entrar allí. El barco sigue dentro.

Gösta asintió.

—Seguro que podemos abrirla con una palanca.

Bajaron a la caseta y Paula se dedicó a mirar mientras Gösta empujaba con la palanca. Daba la sensación de que tuviera que hacerlo él solo. Como si quisiera expiar una culpa.

Se veía con claridad que la caseta llevaba muchos años abandonada a su suerte. La pintura había palidecido al sol y a causa del agua del mar, y la madera se veía medio podrida aquí y allá.

Al cabo de un rato, Gösta intentó abrir la puerta. Paula se acercó enseguida a ayudarle. Las bisagras oxidadas rechinaron un poco y al final pudieron entrar con mucha precaución.

—Ten cuidado con los tablones carcomidos —dijo Gösta en voz baja.

Había una luz penumbrosa, y Paula encendió la linterna. La caseta estaba llena de objetos relacionados con la pesca y la navegación: chalecos salvavidas, aparejos de pesca, bidones de gasolina y defensas de caucho. Todo aparecía cubierto de una gruesa capa de polvo y suciedad. Al fondo se veía un velero pequeño cubierto con una lona de color verde. Paula la retiró y sufrió un golpe de tos a causa de la nube de polvo que se levantó de inmediato.

—Tengo entendido que Sofie era buena con el velero —dijo cuando por fin dejó de toser.

—Sí, ganó un montón de competiciones. Lástima que dejaran que el barco se arruinara así.

Observaron la popa, donde se leía el nombre de Victoria.

—A mí me da pánico navegar a vela. Prefiero mil veces el rumor de un fueraborda —dijo Paula rodeando despacio la embarcación.

—A mí tampoco me entusiasma, no te creas. Siempre he soñado con tener un bote de remos. Pero, claro, todo el trabajo que conlleva cuidarlo le robaría demasiado tiempo al golf.

Paula empezó a revisar con atención el interior del barco.

—La verdad, Gösta, no te veo lijando un bote de remos.

No era un espacio muy amplio el que debían examinar. Los veleros de principiante estaban hechos para una sola persona, y aquel parecía un cajoncillo.

Gösta señaló algo azul que había en la proa del barco. Paula lo iluminó con la linterna y se inclinó para verlo mejor.

—Una cuerda azul —dijo—. No tiene por qué significar nada, las hay en muchos barcos, pero nos la llevamos para que los técnicos la examinen.

Paula sacó del bolsillo unos guantes de látex y una bolsa de papel. Con mucho cuidado, cogió la cuerda. Entonces lo vio. Era un dogal. Una soga con el nudo corredizo propio para un ahorcamiento.

Paula se estremeció y la puso en la bolsa. Después de guardar la bolsa, siguió revisando el contenido del bote. El envoltorio de un helado de regaliz. Un termo de color rojo. Una camiseta azul marino. Y los accesorios típicos de un barco: un achicador, un par de remos, varias cuerdas de color blanco y un bichero.

—No veo nada más que pueda sernos de interés, ¿y tú?

Gösta negó con la cabeza.

—No, nada que llame la atención, que yo vea. Desde luego, no parece que aquí haya habido nadie en treinta años.

Yvonne se encontró con ellos a medio camino por el jardín, cuando ya volvían hacia la casa.

Paula se había guardado la bolsa con la cuerda y los guantes en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Habéis encontrado algo? —dijo Yvonne con los brazos cruzados sobre el pecho.

Había refrescado, y la parte trasera de la casa daba a mar abierto. El viento traspasaba la ropa.

Paula meneó un poco la cabeza. No quería mentirle a Yvonne a la cara.

—Bueno, ya podemos borrarlo de la lista —dijo.

—Es una pena que el barco esté ahí sin usar, es muy bonito —dijo Gösta señalando la cabaña.

Yvonne tiritaba de frío.

—He pensado mil veces que deberíamos venderlo, así al menos alguien podrá disfrutarlo. Pero no hemos sido capaces… Sofie pasó muchas horas en ese barco.

Paula asintió.

—Gracias por permitirnos echarle un vistazo. Y perdona si te hemos molestado. Mandaremos a alguien para que arregle la puerta.

—Hacéis vuestro trabajo a conciencia. Nadie lo agradece más que nosotros.

De nuevo en el coche y de regreso a Tanumshede, Paula sacó la bolsa.

—Me encargaré de que lo examinen. Esperemos que las fibras coincidan. Y puede incluso que logren extraer restos biológicos, no sé si será viable, después de tantos años. De todos modos, no puede ser casualidad que hayamos encontrado un dogal en el barco de Sofie.

Paula se estremeció de nuevo y miró a Gösta, que tenía la vista clavada en la carretera mientras conducía.

—Soy Åke Dellgren.

El hombre que había sentado tras el escritorio y que se había levantado para saludarlos era alto, casi dos metros, seguro, y tenía una abundante cabellera gris. Por toda la oficina, las paredes y el escritorio había montones de fotografías de él sosteniendo en la mano peces de distinto tamaño.

Les indicó a Patrik y a Martin que se acomodaran en las sillas que tenía al otro lado de la mesa y, después de presentarse ellos también, los dos tomaron asiento.

—Así que habéis encontrado una coincidencia con nuestro violador en el registro de muestras, ¿no? —preguntó el hombre.

—Estamos investigando el caso de Sofie Rudberg —dijo Patrik—. Fue hallada en Fjällbacka hace poco más de una semana. Y, por error, una prueba de ADN de la investigación de hace treinta años quedó sin registrar. Cuando lo hicieron, salió a relucir tu investigación.

—Y creéis que la muestra de ADN es de vuestro asesino, ¿no es eso? Y que, por tanto, tiene que ser el mismo que el nuestro, ¿verdad?

Patrik meneó la cabeza, lo que hizo que Åke Dellgren enarcara las cejas.

—Sí y no. La muestra que tenemos procede de un sospechoso. Alguien que creemos que vigilaba a Sofie y que tenía por ella un interés sexual, digamos. Lo que, naturalmente, lo convierte en un sujeto muy interesante para la investigación. Pero no podemos estar seguros de que sea la misma persona que le quitó la vida.

Åke Dellgren abrió ante sí unas carpetas sobre el amplio escritorio.

—Nuestras pruebas de ese sujeto también proceden de su esperma. De cuatro violaciones cometidas a principios de la década de los 2000. Creemos que puede estar vinculado a más delitos de violación, hemos registrado hasta cinco más con el mismo *modus operandi*, pero en esos casos no tenemos esperma. Supongo que se volvió más cauto y empezó a usar protección, sencillamente. Así que no podemos afirmar con certeza que se trate del mismo agresor, aunque yo estoy convencido de que sí lo es.

—¿Podrías decirnos algo más sobre las violaciones? —preguntó Martin.

Åke Dellgren echó mano de una de las carpetas, sin abrirla.

—Cuatro agresiones sexuales entre 2001 y 2003. Las otras cinco, entre 2005 y 2009. En la última lo sorprendieron en plena violación. Un hombre que había salido a correr apareció y llamó a la policía, pero el agresor logró huir.

—¿Eran agresiones violentas?

Patrik se removió un poco en la silla. El asiento era duro como una piedra.

—Muy violentas. El hombre llevaba guantes y la cara cubierta con una capucha, y siempre atacaba como un rayo, un puñetazo en la cara y luego abusaba de la víctima. Una de ellas perdió dos dientes. A otra le rompió la nariz y a una tercera le fracturó la mandíbula. Las demás sufrieron multitud de hematomas.

Martin tragaba saliva, sentado al lado de Patrik.

—¿No hay ninguna descripción? —preguntó.

—Estatura media. Ropa normal, nada destacable. Nunca hablaba, así que no hay ningún dato sobre el tono de voz o el dialecto ni nada en ese sentido.

—¿Y no habéis recibido ningún soplo en todos estos años, ninguna información?

Patrik se revolvió una vez más en el asiento. Era imposible encontrar una postura cómoda.

—Los chalados de siempre. Nada que nos haya conducido a una vía de investigación relevante. Y las hemos seguido todas. Pero te aseguro que es un hijo de puta con mucha jeta. En pleno día. Resulta sorprendente que solo hayamos estado a punto de pillarlo la última vez.

Patrik se dio por vencido, se levantó y dio unos pasos por el despacho.

—¿Alguna teoría sobre lo que ocurrió después de 2009? ¿Se fue a vivir a otro lugar? ¿Se murió?

Åke negó con la cabeza.

—No tenemos ni idea.

Patrik se acercó a la ventana. Fuera solo había un edificio de cemento gris.

—Podría tratarse de alguien que se hubiera mudado de Fjällbacka a Gotemburgo en 2001 o poco antes —dijo, y se volvió hacia Martin —. Deberíamos mirar en nuestros registros si antes de esa fecha hay violaciones o intentos de violación que guarden similitudes con las de Gotemburgo.

Martin asintió.

—Yo me encargo.

Åke recogió las carpetas de la mesa.

—Nada nos gustaría más que poder atrapar por fin a ese cerdo. Os haré llegar copias de todo lo que tenemos. Y si podemos ayudaros en algo, no tenéis más que avisar.

Miró a Patrik y luego a Martin.

—¿Sofie Rudberg fue violada?

Patrik intercambió una mirada con Martin, pues no estaba seguro de cuánto podía revelar. Al final, respondió:

—No hemos encontrado nada que así lo indique. Al menos, en la ropa no había restos de ADN. Pero, dado el estado en que se encontraba el cadáver, no podemos estar seguros.

Åke asintió.

—En fin. Estamos a vuestra disposición. Coged a ese cerdo.

—Haremos todo lo posible.

Durante el trayecto de regreso, Patrik y Martin fueron un buen rato en silencio. Los dos iban sumidos en sus pensamientos. En el asiento trasero llevaban una copia de toda la información que existía sobre el violador. Resultaba inquietante lo delgadas que eran las carpetas. También llevaban todos los datos en formato digital en una memoria USB, a buen recaudo en el bolsillo de Patrik.

—Si supiéramos por qué paró… —dijo Martin mirando por la ventanilla.

—Y por qué empezó —añadió Patrik. Parpadeó varias veces, empezaba a notar el cansancio en los ojos—. Le pediré a Paula que busque información sobre hombres que se mudaran de Fjällbacka poco antes de 2001, y tú puedes revisar todos los informes sobre violaciones desde 1994, cuando Sofie desapareció, hasta 2001. Si encontramos un sospechoso, le tomamos una muestra de ADN.

—Joder, Patrik, puede que tengamos una posibilidad de atraparlo.

—Bueno, quién sabe.

Pero, en el fondo de su corazón, Patrik albergaba la esperanza de que por fin se estuvieran acercando.

Erica se había sentado delante de la amplia mesa a organizar por enésima vez el material que había logrado reunir hasta el momento. A veces daba con algo que llamaba la atención solo ordenando los datos de otra manera. Abrió la carpeta llamada *Imágenes*. En ella había recopilado todas las fotos de Sofie y del caso que había encontrado en la red. Las que vio en el álbum en casa de Yvonne aún las tenía frescas en la retina. Sabía que había visto algo que le había llamado la atención, pero por más que intentaba identificar qué era, no lo conseguía.

Presa de la frustración, dejó la taza de café vacía con los demás platos en el fregadero.

Miró hacia el piso de arriba y prestó atención. Nora seguía durmiendo. A veces, la mejor forma de dar con algo que se le resistía era dejar de pensar en ello. Dedicarse a alguna tarea distinta. Y allí había un buen puñado de aburridas tareas domésticas que llevar a cabo.

Erica dudaba entre los platos y la enorme pila de ropa sucia. Como siempre, ganó la ropa. Detestaba el lavaplatos más que nada en el mundo, mientras que a veces era capaz incluso de hallar cierta satisfacción en el hecho de poner la lavadora con una dosis de suavizante perfumado y de doblar la ropa recién lavada y clasificarla.

Así que se acercó a la montaña de ropa limpia que había encima de la secadora y empezó a doblar con cuidado una prenda tras otra. Antes de tener hijos no tenía ni idea de cuánta ropa sucia eran capaces de producir. La colada se había convertido en una tarea digna de Sísifo con la que parecía imposible terminar por mucho que se esforzara.

Frotó irritada una mancha que no había desaparecido de una de las camisetas de Anton. Su camiseta favorita, además, de la Patrulla Canina. Echó mano de un bote de Vanish y roció la mancha generosamente. Tendría que lavarla otra vez y confiar en que se produjera el milagro.

Los vaqueros favoritos de Maja sí habían salido limpios, por lo menos. Erica se quedó allí plantada con los vaqueros en la mano. Maja había crecido una barbaridad. La época de los vestidos de princesa había tocado a su fin de forma repentina, de un día para otro. De pronto, su hija quería vaqueros y camisetas sin figuras infantiles.

Por suerte, Erica no había sido capaz de deshacerse de toda la ropa de niña de Maja, de modo que, dentro de un par de años, Nora podría ir por ahí vestida de Cenicienta o de Bella si quería.

Los vaqueros eran más bien de los que llevaría una adolescente, solo que en miniatura. Descoloridos y con rasgaduras en las rodillas. Con el tiempo también querría llevar camisetas por el ombligo, pero ojalá que eso tardara muchos años en pasar. O no pasara nunca.

Erica deslizó los dedos por la raja de la rodilla. Algo empezó a removerse en su memoria. Frunció el ceño, dobló el pantalón y lo puso en la pila de la ropa de Maja. Y se quedó paralizada en pleno movimiento. Ya sabía lo que había estado buscando.

Erica se dirigió a su despacho casi a la carrera.

Gösta se encontró con Martin y Patrik en el pasillo.

—¿Cómo os ha ido?

Patrik advirtió su impaciencia, y deseó poder decirle que ya lo tenían todo resuelto.

—Nos han pasado todo el material que tenían en Gotemburgo. —Le mostró las carpetas en el mismo momento en que Paula salía de su despacho—. Violaciones, de las violentas, entre 2001 y 2009, llevadas a cabo por un agresor desconocido en Gotemburgo.

—¿Tenemos la descripción? —preguntó Gösta enseguida—. ¿Pruebas materiales?

Patrik negó con un gesto.

—No, por desgracia. Pero Martin va a comprobar si hay en nuestra zona violaciones anteriores a 2001 que encajen con la forma

de proceder del violador. Paula, ¿podrías preparar una lista de hombres que se mudaron a Fjällbacka antes de 2001?

—¿Franja de edad? —preguntó Paula mientras Martin iba presuroso a su despacho.

Patrik se encogió de hombros y casi se le cayeron las carpetas.

—No demasiado mayor. Y puede ser joven. Por desgracia, debemos trabajar con un rango amplio, dada la poca información de que disponemos. Digamos que entre dieciocho y cincuenta, para poder estar más o menos seguros.

—Me pongo a ello enseguida —dijo Paula, cuando de pronto cayó en la cuenta—. Por cierto, Gösta y yo tenemos algo que contarte.

—En la cocina —dijo Patrik girando a la derecha—. Tengo que tomarme un café ya.

Se pusieron una taza cada uno y se sentaron a la mesa de la cocina.

—Decidme, ¿qué ha pasado?

Gösta señaló a Paula.

—Pues, nos dimos cuenta… Mejor dicho, Paula se dio cuenta de que, cuando desapareció Sofie, nunca examinamos la caseta del barco. Así que fuimos allí y le pedimos a Yvonne que nos dejara echarle un vistazo. Y nos dijo que adelante.

—¿Y?

Patrik miraba impaciente ya a Gösta, ya a Paula.

—El barco de Sofie estaba en la caseta y, en medio del dolor, la familia claveteó la puerta con el barco dentro poco después de que la joven desapareciera. —Paula miró a Gösta con ternura—. Aquí el fortachón la abrió con una palanca.

Gösta se rascó la mejilla y se oyó un ruido rasposo.

—Encontramos una cuerda que se parece al tipo de cuerda que buscamos. Estaba en el barco de Sofie. O sea, lleva allí treinta años. —Miró a su colega, que estaba sentada a su lado—. Paula ya se la ha enviado a Farideh.

Patrik se retrepó en la silla. No entendía por qué Gösta y Paula querían contarle aquello.

—Bueno, pero no tiene por qué significar nada, ¿no? ¿Cuántas cuerdas de esa clase dijiste que se habían vendido en la zona? ¿Noventa mil?

—Noventa y siete mil. Pero… —Paula hizo una pausa para respirar—. Esa cuerda azul estaba anudada como un dogal.

Patrik se quedó con la taza a medio camino hacia la boca.

—¿Dices que había un dogal en el barco de Sofie? ¿Y nunca examinaron ese barco?

Gösta bajó la vista hacia la taza.

—Como le dije a Paula, lo más seguro es que el jefe pensara que no tenía sentido registrar la caseta una vez que los miembros de la familia quedaron descartados como sospechosos.

Patrik soltó un taco.

—En fin, ya no tiene remedio. Ya veremos qué pueden sacar en claro Farideh y su equipo. Si ha estado en la caseta todos estos años, no se ha visto contaminada. Y tendremos que hablar con Yvonne y Allan, pero propongo que lo dejemos hasta que hayamos obtenido los resultados del análisis. Cuantos más datos tengamos, mejor.

—Me parece lógico, sí. —Paula se levantó con la taza en la mano —. Empiezo a localizar los traslados. Y avisa si Farideh consigue algo sobre Aino.

—Voy a llamarla ahora mismo.

Gösta se quedó sentado, con la cabeza gacha.

—Al principio, el jefe estaba convencido de que Sofie se había fugado de casa. En aquel entonces, la palabra del jefe era sagrada. Y claro que buscamos. Y la gente ayudó a rastrear por iniciativa propia. Pero en la comisaría, entre nosotros, siguió diciendo durante mucho tiempo que la muchacha se había largado.

Patrik se levantó.

—Gösta, yo no culpo a nadie. Sé bien cómo eran las cosas. Más de una vez he oído, de Mellberg el primero, las historias de antaño, de los buenos tiempos, como él los llama.

Gösta levantó la mirada.

—Paula me ha dicho que Bertil y Rita están buscando piso en España. ¿Tú crees que estará pensando en jubilarse?

—¿Mellberg?

Patrik cerró la puerta del lavavajillas y miró a Gösta sorprendido.

—Curiosamente, es una idea que no se me había ocurrido. Siempre me lo he imaginado sentado en su despacho comiendo bolas de chocolate hasta el fin de los días.

Gösta apuró el café y apartó la taza.

—Yo tampoco he creído nunca que él fuera a ceder la batuta voluntariamente, pero, si así fuera, lo que me pregunto es… ¿tú crees que tú…?

Patrik empezó a mover la mano como desechando la idea. No podía ponerse a pensar en algo así, y menos en medio de una investigación como la que tenían entre manos.

—No pienso ni planteármelo. Lo que pase, ya se verá.

—Es que yo preferiría mil veces que lo sustituyeras tú antes de que nos manden a un genio de fuera, que nunca se sabe lo que puede pasar.

—Bueno, a ti tampoco te falta mucho para la jubilación, ¿no? —dijo Patrik—. Y ya hace mucho que quieres dedicar más tiempo al golf.

Gösta se levantó despacio.

—Ya veremos. La comisaría es en gran medida mi familia.

Patrik le puso a Gösta la mano en el hombro: comprendía muy bien lo que quería decir.

Jocke abrió despacio la puerta de la cabaña de invitados. Sabía que Magdalena estaba en el trabajo, pero ya sentía aquel espacio como suyo.

Se sentó en la cama. Había dejado la camiseta allí encima de cualquier manera, y Jocke la cogió y se la acercó a la cara. Seguía oliendo como antes.

No sabía cómo iban a reaccionar sus padres cuando supieran que Magdalena se había instalado allí. La querían, la acogieron con los brazos abiertos…, antes de que todo cambiara. Miró por la ventana hacia la primera planta de la casa, donde siempre estuvo su cuarto. La de horas que habían pasado allí los dos… Haciendo planes de futuro, soñando con todo lo que iban a hacer juntos.

Ella constituía su mundo entero, pero entonces él era un adolescente, no lo entendió. No supo lo que tenía hasta que lo perdió. ¿Acaso no había una parte de él que aún conservaba la esperanza? Que nunca había dejado de quererla ya lo sabía desde hacía mucho tiempo. Pero ¿era posible arreglar un jarrón quebrado, aunque fuera con oro?

La vida se presentó como un caos absoluto. Cuando se casó con Debbie ya sabía él que aquello no duraría. Aun así, tuvo dos hijos con ella. Intentó crear una vida que implicara a Debbie, no a Magdalena. Y ahora tenía a sus hijos en otro continente y vivía de nuevo en el cuarto de adolescente de la casa de sus padres en Fjällbacka. Y no porque no dispusiera de los medios suficientes para vivir en otro lugar y buscarse una casa propia. Su carrera deportiva había colmado sus cuentas bancarias, y había sabido invertir bien el dinero. Pero algo lo contuvo. ¿Le habría ocurrido lo mismo a Magdalena? ¿Por qué, si no, había vuelto al hogar de juventud para tener que cuidar a aquella mujer que le había hecho más daño que ninguna otra persona en el mundo?

Jocke se pegó la camiseta a la cara con más fuerza, sintió cómo el tejido absorbía las lágrimas.

Él la había perjudicado más que nadie. De un modo que tal vez nunca pudiera reparar.

Jamás se había permitido llorar. El miedo y la vergüenza le reprimían las lágrimas, y lo que hizo fue lanzarse a una nueva vida muy lejos de allí. Igual que hizo Magdalena. Los dos decidieron huir, tan solo para verse atraídos de nuevo a casa de un modo implacable. ¿Fue solo para volver a casa o quizá también para volver a estar juntos?

Una puerta se cerró por allí cerca, y Jocke dejó la camiseta y se secó las lágrimas con la manga de la camisa. Con mucho cuidado, cerró la puerta de la cabaña de invitados y se dirigió a la casa.

Cuando entró en la cocina, Gun estaba a punto de sentarse en una de las sillas. Bengt se encontraba delante del frigorífico, y se volvió hacia él.

—He recogido a mamá y hemos comprado marisco para la cena. Me ha parecido que necesitábamos algo rico para animarnos un poco.

Dejó las bolsas de la pescadería en la encimera y sacó de la vinoteca una botella de blanco.

—¿Qué estabas haciendo en el jardín? —dijo la madre de Jocke sorprendida, y le dio un beso en la mejilla—. ¿Has sabido algo del abogado, por cierto? ¿Ha respondido Debbie a la última instancia que presentaste? La verdad, no entiendo todas esas leyes, lo normal es que puedas ver a tus hijos, ¿no?

—Magdalena se va a quedar un tiempo en la cabaña de invitados.

Gun calló de repente. Miró a Bengt, que se había quedado perplejo, con la botella de vino en la mano.

Se aclaró un poco la garganta.

—¿De verdad crees que es buena idea?

Jocke se sentó en una silla junto a su madre. Tragó saliva varias veces, no quería venirse abajo. Ahora no.

—No tiene a nadie más a quien acudir —dijo en voz baja—. No puede más con Monica. Como es lógico.

—Desde luego, es comprensible —dijo Gun, mirando a su marido con esa mirada suya con la que siempre conseguía que él hiciera lo que ella quería—. Pero ¿no hay ningún otro modo de solucionarlo? ¿No podría quedarse en el hotel Stora un par de días y luego alquilar una habitación en algún sitio? Quizá incluso en Tanumshede, así estaría más cerca del trabajo.

—Ya le he dicho que puede quedarse.

Bengt empezó a descorchar la botella con movimientos que delataban su indignación.

—Estás jugando con fuego.

—Pero si los dos queríais a Magdalena. ¿Es que no os acordáis?

Gun le puso la mano en el brazo.

—Queríamos a Magdalena, sí —le dijo serena—. De corazón. Pero de eso hace treinta años. Han cambiado muchas cosas. Lo mejor era que no acabarais juntos.

—Y no estamos juntos —dijo Jocke apretando los dientes—. En el pasado tuvimos una relación. Y hoy es una amiga que necesita ayuda.

—Ya te digo —insistió su padre, que logró sacar el corcho por fin —. Estás jugando con fuego.

Gun dejó escapar un suspiro.

—Nosotros siempre hemos querido lo mejor para ti. Y también lo mejor para Magdalena. No lo tuvo fácil, la pobre niña. —Cogió la copa de vino que le ofrecía Bengt—. Erais muy jóvenes, Joakim. A la larga, no habría salido bien de todos modos. Hicimos lo que creímos que era lo mejor.

—Y no os culpo, mamá. Pero de eso hace treinta años. En algún momento habrá que poder olvidar el pasado. Ya no somos los mismos de entonces. Somos dos adultos, cada uno ha vivido su vida y ahora queremos seguir adelante.

Bengt le puso delante una copa.

—Y te ha parecido que ahora era buen momento, ¿no? —masculló—. Dejar que lo pasado siga en el olvido… Yo creo que el momento no puede ser peor.

—Necesita ayuda. Y se lo debo —dijo Jocke sereno.

Su madre se le acercó y lo abrazó.

—Tu padre y yo te queremos. Todo lo que hacemos, lo hacemos por ti. Así ha sido siempre.

Jocke hundió la cara en su pelo. Por un instante, de pronto, tenía de nuevo diecisiete años y lloraba en el regazo de su madre.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

Cuando Erica vio que el coche de Yvonne tomaba la carretera salió de detrás del arbusto donde se había escondido. Kristina había acudido en su ayuda y se había quedado en casa con Nora, y Erica había dejado el coche aparcado a unos metros de allí. Tenía que cerciorarse de que lo que había visto era verdad.

La puerta se abrió en cuanto bajó el picaporte. Por suerte, en Fjällbacka poca gente cerraba con llave la puerta de la calle, salvo que se fueran de viaje. Entró sigilosamente. Lo más probable era que Ellen estuviera en casa, pero, con un poco de suerte, seguiría en el dormitorio, en el piso de arriba. En realidad, era perfecto que siguiera allí, también necesitaría hablar con ella, pero no sin antes haber confirmado lo que sospechaba.

Los álbumes de fotos se encontraban de nuevo en su lugar de la estantería. Yvonne era tan ordenada que resultaba patológico. Haciendo el menor ruido posible, sacó el primer álbum y lo puso en la mesa. Fue pasando las páginas a toda prisa hasta las del final, las que contenían fotos de cuando Sofie ya había desaparecido. Sacó la fotografía que había impreso en casa de la carpeta de imágenes del ordenador y la comparó con la de la penúltima página del álbum. El corazón empezó a latirle desbocado en el pecho. Había dado en el clavo.

Sacó la foto de la funda del álbum y la colocó encima de la que ella llevaba. ¿Qué implicaba aquello, en realidad? Devolvió la foto a su sitio, miró hacia el piso de arriba unos segundos y, finalmente, se dirigió a la escalera. Subió deprisa tan en silencio como le fue posible.

En el interior del dormitorio no se oía nada, y llamó con unos golpecitos discretos.

—¿Ellen? Soy Erica. ¿Puedo entrar?

Se oyó un débil «sí», y Erica abrió la puerta. Ellen estaba tumbada bajo un mullido edredón de plumas, pero se incorporó al ver entrar a Erica.

—Hola. Perdona, tengo una pinta horrible.

Ellen empezó a bajar los pies al suelo, pero Erica la detuvo.

—Sigue acostada, no voy a quedarme mucho rato.

—Qué amable, ¡mira que venir a verme! —dijo Ellen hundiéndose de nuevo en la cama—. Yvonne me ha dicho que has estado aquí antes.

Erica se sentó con cuidado a los pies de la cama.

—Sí, quería saber cómo te encontrabas. Y, además, quería comprobar un detalle relacionado con los vaqueros de Sofie, los que le prestaste tú y que nunca encontraron. Eran los que llevaba cuando desapareció. ¿Cómo es posible que tú los llevaras puestos después?

Sacó las dos fotografías que tenía en la mano, señaló la de Ellen y Magdalena en la cocina de Yvonne. La otra era la foto de Sofie vestida con la ropa que llevaba puesta cuando desapareció, la foto que tantas veces había aparecido en los medios.

El color desapareció por completo del rostro de Ellen. Se sentó algo más erguida en la cama mientras se miraba las manos que abría y cerraba sin parar. Erica esperaba pacientemente.

Ellen dio un hondo suspiro que bien podría haber sido un sollozo.

—Sofie y yo nos peleamos esa noche. Yo estaba borracha, y había empezado a enrollarme con uno de los chicos mayores. Sofie estaba indignada. Pensaba volver a casa y quería que yo me fuera con ella. Me negué. Ella también estaba borracha. Y mucho. Lloraba y gritaba que me fuera con ella. La cosa fue poniéndose cada vez peor. Al final acabamos delante de la casa gritándonos mutuamente. Le dije cosas imperdonables.

Ellen cerró los ojos y suspiró entre sollozos. Apoyó la cabeza en la pared.

—Le dije que ya no éramos amigas. Me porté fatal. Por Navidad nos habíamos regalado unas cadenitas de la amistad, con medio corazón cada una, ya sabes, de esos cuyas mitades encajan. Ella se quitó la suya y me la tiró a la cara. —Ellen se retorció en la cama—. Mira. Aún la tengo. Y la mía también.

Con manos temblorosas, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó una bolsita de tela con estampado asiático. La abrió y vació el

contenido sobre la colcha. Dos cadenas de plata. Enredadas entre sí.

Erica se las quedó mirando. ¡Cuántas veces no había visto la foto de esa gargantilla en la prensa y en la televisión! Sintió un nudo de preocupación en el estómago.

—¿Y los vaqueros? ¿Cómo los recuperaste?

—Estaban delante de la puerta de nuestra casa la mañana siguiente a la desaparición de Sofie.

Erica se sobresaltó. Se quedó mirando a Ellen sin saber qué decir.

—Ya sé que parece una locura —dijo Ellen, que había recuperado algo de color—. Pero cuando salí esa mañana, los vaqueros estaban allí, doblados a la perfección. Y me puse contentísima de haberlos recuperado. Me había pasado medio año ahorrando para poder comprarlos, y me puse contentísima.

Miró a Erica, tragó saliva varias veces.

—Pudo haber sido Sofie quien los dejó allí. Por la noche. En realidad, nadie sabe lo que pasó.

Erica meneó la cabeza.

—¿Por qué no se lo dijiste nunca a nadie? La policía ha pedido ayuda para encontrar su ropa montones de veces.

Ellen bajó la vista hacia las gargantillas enredadas.

—Estaba avergonzada por todo lo que le dije aquella noche. Y lo que yo me temía era que Sofie se hubiera quitado la vida. Antes de que la encontraran. Creía que tal vez yo le hubiera dado el empujón definitivo. Esa noche me lo dijo gritando. Que ya no quería seguir viviendo. Que más le valía morirse.

—Pero, después, cuando supiste que no se había suicidado, que la habían asesinado, ¿por qué no dijiste nada entonces? —Erica se inclinó un poco sobre las gargantillas—. ¿Puedo?

Ellen asintió.

Erica se las puso en la palma de la mano y observó los medios corazones, que, al igual que las cadenas, se habían ennegrecido con el tiempo. Desde luego, parecía que llevaban muchos años sin usarse.

—Habían pasado muchos años sin que yo dijera nada. Y pensé que no sería relevante. ¿Por qué iba a dejar en mi casa un par de vaqueros el asesino de Sofie?

Se miraron en silencio unos segundos.

—Puede que la mataran camino a casa después de haber dejado los vaqueros en tu puerta —dijo Erica—. Puede que fuera información importante para la policía.

Ellen asintió.

—Tienes razón. Hablaré con ellos. En realidad, lo único que yo quería era olvidarlo todo, el que Sofie hubiera desaparecido después de aquella pelea… Gabriel y yo nos mudamos aquí para empezar de nuevo. Lo único que yo quería era que fuéramos felices. Pero luego, al morir mi madre, todo se derrumbó de golpe.

Erica dejó las gargantillas en el regazo de Ellen.

—Yo vi a Aino la víspera de su muerte. Estaba un poco dispersa, pero dijo que había algo que tenía que contar. ¿Tienes idea de qué podía ser? ¿Crees que tendría que ver con los vaqueros?

Ellen negó con la cabeza.

—Mi madre no sabía nada. Y no tenía ni idea de ropa. Para ella todos los vaqueros eran iguales, y yo tenía varios. No, tenía que ser otra cosa.

Frunció el ceño.

—Esa noche, cuando llegué a casa, yo estaba muy triste. Y, además, muy borracha por primera vez en la vida. Así que no recuerdo gran cosa. Salvo que mi madre no me dijo una sola palabra de reproche, se limitó a sujetarme el pelo mientras yo vomitaba en el baño. Me di cuenta de que estaba triste, pero era una adolescente egocéntrica y supuse que la apenaba que su hija hubiera llegado a casa borracha.

Ellen contempló las gargantillas.

—Nunca hablamos de ello después. Fue como si jamás hubiera ocurrido.

—¿Así que no tienes ni idea de qué podría querer contar tu madre? ¿Nunca te mencionó nada?

—No. Pero tenía un cuaderno de notas que guardaba en la mesita de noche. Era como un diario. El cuaderno del dolor, lo llamaba ella. Yo nunca lo leí, pero sí que le pregunté una vez qué era lo que escribía. Y recuerdo que respondió: «Cosas que han tenido importancia».

—Le preguntaré por él a Patrik —dijo Erica, y se levantó.

—¡Por cierto! ¡Cuando me devolvieron los vaqueros, había algo en uno de los bolsillos!

Ellen cogió de nuevo la bolsita de tela y rebuscó en el fondo. Sacó una nota amarillenta y se la dio a Erica, que la desenrolló despacio.

—¿Puedo llevármela? —preguntó mientras le crecía el nudo en el estómago.

Las palabras que había en la nota estaban escritas con una letra que Erica reconocía a la perfección.

Secret — Madonna

Todavía tengo la sensación de que alguien me está observando. Puede que no sean figuraciones mías, ¿no? Se lo conté a Ellen y a Magdalena, y las dos se rieron de mí. Pensaron que era una boba.

Hoy ha hablado conmigo. Delante del supermercado Konsum. Yo había entrado a comprar un Nogger y al verlo por poco se me cae el helado de lo nerviosa que me he puesto. Imagínate la vergüenza que habría pasado. Me pidió que no dijera nada. Y yo le prometí que no lo haría. Pero me puso un poco triste. En realidad, nunca ha dicho que quiera que estemos juntos. O que está enamorado de mí. Pero seguro que sí está enamorado. Todavía siento sus manos en mi cuerpo. Su boca pegada a la mía. Comprendo que tenga miedo. Yo también estoy asustada. Pero, precisamente, el amor tiene que ser lo bastante fuerte para vencer esas cosas, ¿no?

Qué descanso tener libre hoy. No he hecho nada de particular. Ellen y yo hemos dado un paseo. Hemos hablado de todo. Salvo de lo que no puedo hablar. Ellen está enamorada de Dan, pero no

quiere contarlo. Dan está bien. Es alto y rubio y así como un poco vikingo. De los que son buenos en todos los deportes. Seguro que no es muy listo, pero tampoco hace falta. Y a lo mejor es demasiado pequeño.

Mi madre va esta noche a cenar a casa de Bengt y Gun. Se ha pasado el día probándose ropa. Está enfadada porque Allan no puede ir con ella, como siempre, porque tiene que estar en el restaurante. Aino también trabaja hoy, así que Magdalena, Ellen y yo nos vamos a juntar a hacer tacos las tres solas en casa de Ellen. La verdad es que a Ellen se le da fenomenal la cocina. No tan bien como a Allan, claro. Ni como a Aino. Pero mucho mejor que a mí, desde luego. Yo me puedo encargar de abrir la lata de maíz y cosas así.

Ellen quiere que veamos la serie La naviera, *pero a mí me parece una chorrada. Solo de ver al personaje que llaman Joker me dan ganas de vomitar. Pero es guay que podamos estar en su casa, así que supongo que tiene derecho a elegir.*

Estoy deseando tener mi propia tele. Así podremos ver algo en mi cuarto también.

Rita se colocó detrás de Bertil.

—Tiene muy buena pinta. Pero, dime, ¿de verdad estás listo para dejarlo?

Bertil alargó la mano para coger un trozo de bizcocho. Había ido a casa a almorzar y se había entretenido en la cocina con el ordenador. Pero cuando uno trabajaba tan duro como él, podía permitirse un descanso más largo para almorzar, al menos de vez en cuando. Y en casa, con Rita a su lado y con Ernst durmiendo tan tranquilo a sus pies, era donde mejor se encontraba. Ni siquiera un adicto al trabajo como Bertil Mellberg podía negar una realidad así.

—No puedo llevar siempre todo el peso sobre mis hombros —dijo —. O acabaré quemado. Con esta investigación cosecharé mi último triunfo y terminaré enarbolando la bandera del éxito.

Rita lo besó en la coronilla.

—Empieza a pinchar, va siendo hora de que te afeites otra vez.

Bertil se pasó la mano por la calva.

—Pues sí, cuando vuelva del trabajo. Por desgracia, tengo que ir pensando en salir ya.

Se sentó a Rita en el regazo.

—¿Te das cuenta, cariño, de que pronto estaremos tomando el sol y disfrutando de la vida? Tú y yo solos. Con una jarra de sangría en el balcón.

Rita lo abrazó.

—¿Quién crees tú que te sucederá? ¿Patrik?

—Pues… —Bertil se rascó la nuca—. Yo he intentado enseñarle desde la base, pero yo no soy quién para determinar si está listo. Es una decisión que toman en instancias superiores. De todos modos, resolveré el caso y entregaré los papeles al día siguiente.

Acarició a Rita en la mejilla.

—¿Qué te parece? ¿Hacemos una oferta de compra por esa perla?

Rita se levantó y se dirigió al fregadero. Empezó a meter los platos del almuerzo en el lavavajillas.

—Yo lo único que temo es que luego eche mucho de menos a los niños —dijo.

—Pero si vamos a venir continuamente. Y ellos también pueden venir a vernos en vacaciones, ya lo hemos hablado. Además, si nos mudamos, este piso se quedará libre. Para Paula y Johanna sería de lo más práctico poder vivir en el mismo bloque, así los niños pueden ir y venir con comodidad. ¡De lo más práctico!

Rita lo miró sonriente.

—Lo tienes todo bien pensado, desde luego. Y tienes razón. Si algo me ha enseñado el cáncer es que hay que aprovechar los días que nos quedan.

—¡Eso es! Pues voy a llamar a la inmobiliaria ahora mismo. Seguro que puedo conseguir un buen precio, porque a mí lo de negociar se me da de miedo, ya te digo.

Mellberg sacó el teléfono y marcó el número que figuraba en la página web. Una conversación breve antes de volver a la comisaría. A menos que tuviera que dar una cabezadita después de la llamada: tomar decisiones de tal calado resultaba agotador.

—¿Algún informe preliminar?

Patrik iba de un lado a otro delante de la comisaría con el teléfono pegado a la oreja. Trataba de hacer caso omiso de los chillidos de las gaviotas.

La paciencia no era una de sus virtudes, y las horas de espera que conllevaba siempre toda investigación policial lo sacaban de quicio. Pero el apremio de los medios de comunicación había valido la pena esta vez, pues la presión mediática había conducido a que todos dieran prioridad al caso Sofie. Y, en consecuencia, a la muerte de Aino Lönnrot.

—Acabo de hablar con la forense, la autopsia está lista —dijo Farideh con un tono correcto y cálido a un tiempo—. El resto de las pruebas tardarán un poco aún.

—¿Y el resultado?

Patrik enseñó el puño a un coche con matrícula noruega que pasó demasiado rápido por delante de la comisaría en dirección oeste.

—Hemos confirmado que la estrangularon con el pañuelo que llevaba puesto en el cuello —dijo Farideh—. No han hallado ningún otro factor que hubiera podido contribuir a su muerte. La verdad es que gozaba de muy buena salud, a pesar de tener alzhéimer.

Patrik dio la espalda a la carretera.

—¿Crees que podréis encontrar huellas dactilares en el pañuelo?

—Vamos a intentarlo, pero no tengo muchas esperanzas. La ropa es complicada en ese sentido, pero el pañuelo tiene una superficie muy lisa, así que haremos lo posible.

—Ya, claro, es mucho pedir que haya algo que sea fácil.

Patrik suspiró y le dio una patada a una piedra.

—¿Nada más?

—No, estamos procesando lo que hallamos en la habitación de Aino, y eso nos llevará algo más de tiempo.

—Vale, muchas gracias.

Patrik colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo antes de saludar al ver que un coche que conocía bien entraba en el aparcamiento.

Cuando el coche aparcó, Patrik miró esperanzado en el interior, pero Nora no estaba.

—Está en casa con la abuela —dijo Erica al tiempo que abría la puerta—. Tengo que hablar contigo de una cosa.

Patrik besó a Erica, le rodeó los hombros con el brazo y entraron juntos en la comisaría.

—Vamos a mi despacho —dijo Patrik.

—Espera, voy por un café —dijo Erica—. ¿Tú también quieres uno?

—Pues sí, por favor —dijo Patrik, y se alejó por el pasillo.

Se quitó la chaqueta y se sentó, preguntándose qué querría decirle su mujer. En ese momento, comprendió el error que acababa de cometer.

Salió corriendo hacia la cocina y se detuvo al ver a Erica delante de las dos pizarras, donde podía leerse toda la información actualizada sobre el caso.

—Oye, se supone que tú no tienes que ver eso.

Erica siguió allí sin apartar la vista de las pizarras.

—Demasiado tarde. Es casi como cerrar el establo cuando la vaca ya se ha ido. —Señaló la mesa—. Ahí tienes el café.

Patrik se sentó resignado a la mesa de la cocina. Sabía cuándo había perdido. Y, o muy mal conocía a su mujer o ya tenía varias fotos de las notas en el móvil. Y no pensaba cachearla y borrar las imágenes contra su voluntad, porque, en ese caso, tendría que instalarse en el sofá durante meses. De todos modos, no tenía fuerzas para pensar siquiera qué diría si alguno de sus colegas entrara en la cocina en ese momento.

—¿Qué es eso? —Erica señaló varias palabras subrayadas en una de las pizarras—. «Violador Gotemburgo ADN». ¿Habéis encontrado alguna conexión entre el ADN y un violador de Gotemburgo?

Patrik se cubrió el rostro con las manos unos segundos y soltó un lamento.

—A veces me gustaría que fueras un poco más tonta. Pero sí. Eso es. El ADN hallado delante de la ventana del dormitorio de Sofie pertenece a alguien que cometió varias violaciones en Gotemburgo. Si encontramos a ese hombre, creo que se producirá un avance decisivo en la investigación.

—Ya. ¿Y qué estáis buscando? ¿Violaciones similares cometidas por la zona? ¿A gente que se haya mudado de aquí a Gotemburgo?

—¿Seguro que no quieres empezar a trabajar con nosotros? —No podía evitar sentirse orgulloso de su mujer. A pesar de su tendencia a meter las narices en todo, no podía por menos de reconocer que tenía talento para la investigación policial—. En fin, sí, eso es lo que estamos mirando. Solo que nos llevará tiempo. Y ahora, con lo de Aino, no quiero que ocurra nada más, que nadie más salga mal parado.

—Tiene que estar relacionado —dijo Erica mientras miraba de una pizarra a la otra, como memorizando los detalles.

—A ver, ¿de qué querías hablar conmigo?

Patrik señaló la silla que había enfrente, y Erica se apartó contrariada de las pizarras y tomó asiento.

—¿No os habéis planteado haceros con una máquina de Nespresso? —Hizo una mueca de desagrado al primer sorbo.

—No eres la primera que lo sugiere. Pero ¿qué quieres que te diga? No me gustan los cambios.

Erica enarcó una ceja y señaló el pelo de su marido.

—Ya, bueno. A ver, ¿qué querías? —dijo impaciente.

Erica se dejó de bromas. Patrik la miraba atónito mientras ella le contaba que Ellen le había prestado los vaqueros a Sofie, y que los recuperó esa misma noche.

—¿Estás diciendo que el pantalón que la policía se ha pasado treinta años buscando se encontraba en casa de Ellen? ¿Y que alguien lo dejó en la escalera de su casa la noche del asesinato?

—Sí. Y la cadena de Sofie también está en casa de Ellen. Discutieron durante la fiesta y Sofie se la quitó y se la arrojó a la cara.

Patrik soltó un lamento.

—No lo entiendo. ¿Por qué no ha dicho nada antes?

—Lleva todos estos años creyendo que Sofie se suicidó. A causa de su discusión. Dice que, antes de la disputa, esa misma noche, Sofie dijo varias veces que quería morirse. Así que tuvo que haber algo más. ¿Qué ha dicho Yvonne sobre el estado de ánimo de Sofie cuando se marchó de casa aquella noche?

Patrik miró las pizarras y tomó un sorbo de café. No estaba tan malo, la verdad. ¿Una máquina de Nespresso? ¡Ni de broma!

—Que todo iba bien. Que Sofie estaba contenta.

—Pero lo único que tienes es su testimonio, ¿no? Tal vez ocurriera algo en casa e Yvonne esté intentando ocultarlo.

—Cierto. O puede que pasara algo en la fiesta. Pero hemos vuelto a interrogar a todos los que estuvieron allí esa noche. Uno había fallecido. Y otro se fue de Suecia y no hemos logrado localizarlo. Pero las personas con las que hemos podido hablar no han mencionado ninguna discusión. Por otro lado, parece que todos estaban como cubas. Alguien había llevado aguardiente, y a partir de ahí todo es muy confuso.

Erica le sonrió. ¡Cómo le gustaba a Patrik ver ese brillo en sus ojos!

—Sí, Dan me dijo lo mismo.

—¿Sabía Ellen a qué podía referirse Aino cuando dijo que había algo que debía contar?

Erica negó con la cabeza.

—No, no tenía ni idea. Aunque, claro, a saber si es verdad. Pero ¡espera! Dijo que Aino llevaba un cuaderno de notas color lila. Lo

llamaba el cuaderno del dolor, y se desahogaba escribiendo en él. Cosas importantes. Lo guardaba en el cajón de la mesita de noche.

Patrik soltó un suspiro.

—Ya. Me di cuenta de que el cajón estaba abierto. ¿Se lo llevaría quien la mató? ¿Tal vez porque lo que iba a contar figuraba en ese cuaderno?

—Eso solo lo sabremos si lo encontráis.

Patrik sirvió más café en las tazas y se sentó de nuevo.

—Ya, la cuestión es por dónde empezamos a buscar.

Erica se volvió hacia las pizarras.

—Dogal. Barco de Sofie. ¿Qué quieres decir con eso?

Patrik se estiró hacia atrás y miró preocupado en dirección al pasillo.

—Puedo buscarme un problema grave si alguien se entera de que has visto todo esto.

Erica resopló.

—Vamos, nadie se va a enterar.

—Vale, vale. El caso es que había varias fibras de una cuerda azul en el armario de Sofie, y también en la tumba donde la encontraron. No teníamos ni idea de qué importancia podría tener, pero hace treinta años nadie examinó la caseta del barco de los Rudberg. Así que Paula y Gösta fueron allí a echar un vistazo. Y en el velero de Sofie encontraron un dogal hecho con ese tipo de cuerda azul para embarcaciones. Se ve que lleva ahí todos estos años.

—¿Un dogal? —Erica se volvió de nuevo hacia la pizarra. Entornó los ojos—. Es imposible leer tu letra, Patrik. ¿Qué pone ahí? «Estrangulamiento manual/cuerda». ¿Qué quieres decir?

Patrik volvió a echar una ojeada al pasillo.

—Que Farideh encontró en el esqueleto lesiones que pueden apuntar a las dos cosas. No ha podido determinarlo —dijo en un susurro.

—Ah.

—Ya he dicho más de la cuenta, así que lárgate antes de que me despidan.

—Tranquilo, eres demasiado imprescindible aquí. —Erica lo besó en los labios y le revolvió el pelo—. La ventaja de llevar el pelo así es que no te hará falta gorro para el invierno.

—Ja, ja. Muy graciosa. Si quieres un viejo por marido, lo tendrás. Y oye, voy a hablar con Ellen. ¿Eso fue todo lo que te dijo? ¿Algo más?

Erica dudó. Solo una milésima de segundo. Hasta el punto de que Patrik no estaba seguro de que hubiera dudado de verdad. Al final, ella negó con la cabeza.

—No. Nada más.

Patrik se la quedó mirando pensativo mientras se alejaba de la comisaría. Conocía bien a su mujer. Y había algo que no le había contado.

—Ahí tienes la harina. Espero que haya suficiente.

Yvonne dejó las bolsas en cuanto cruzó la puerta de la cocina del restaurante. El personal iba acelerado, casi como si tuvieran miedo. ¿Era Gabriel quien hacía que se sintieran así?

—¿Cómo está mamá? —dijo Elsa con voz débil mirando a Yvonne con los ojos muy abiertos.

—Está descansando. Magdalena ha ido a verla. Todo está en orden, solo tiene que dormir y alimentarse mejor.

Yvonne esperaba que Elsa sintiera un poco de la tranquilidad que intentaba transmitirle.

—¿Quién demonios ha encargado tan poca harina? —masculló Gabriel, y sacó los paquetes de harina de trigo duro de las bolsas del Coop.

—Yo —respondió Allan agotado.

Yvonne se le acercó y le acarició la mejilla.

—A ti también te haría falta descansar un poco más. Oye, Gabriel, así vas a acabar con tu padre.

Allan le apartó la mano.

—Estoy bien. Tenemos todas las noches del mes completas, así que no queda más remedio que seguir.

—Sí, sí, yo me encargo de mi padre —dijo Gabriel con esa oscura sombra en la mirada, e Yvonne supo que no debía decir nada más.

Así había sido siempre. En cuanto demostraba la menor preocupación por Allan, Gabriel daba un paso al frente dispuesto a marcar territorio. Allan desvió la mirada de ella a Gabriel. Yvonne sabía que nunca le había gustado estar entre dos fuegos.

—Hoy ha venido a vernos alguien muy distinguido. Erica Falck se ha pasado por casa. Quería ver a Ellen. Qué amable, ¿verdad, Gabriel?

Él no respondió. Se limitó a seguir echando la harina con movimientos bruscos en el banco de trabajo y formó un montón con un agujero en el centro.

—Y luego vino también la policía. Querían echar un vistazo a la caseta del barco. Dijeron que nunca llegaron a examinar ese lugar cuando Sofie desapareció.

Gabriel estaba rompiendo huevos: separaba las claras y echaba con cuidado las yemas en el agujero que había en el centro de la harina. Después empezó a batirlas con un tenedor.

—Pues no entiendo por qué tienen que seguir husmeando en nuestra casa —dijo Allan—. Ninguno de nosotros tuvo nada que ver.

—Bueno, ¿y han encontrado algo? —dijo Gabriel, y empezó a trabajar la masa—. ¿Han encontrado nuestros más oscuros secretos? Igual tenemos más cadáveres allí escondidos.

—No seas así, Gabriel. No me dio la impresión de que hubieran encontrado nada, pero cuando abrieron la puerta de la caseta pensé que igual ya era hora de hacer algo. Quizá deberíamos vender el barco de Sofie y arreglar un poco la caseta. Lleva demasiados años cerrada.

—¿Y no podemos limitarnos a dejar las cosas como están? —dijo Gabriel, y apartó a un lado la masa—. ¿Hay que revolverlo y despejarlo todo? Llevamos treinta años machacándonos con este

tema. Y ahora han encontrado a Sofie, ¿es que no es suficiente? ¡Estoy harto de tanto rollo con Sofie!

—¡Gabriel! —dijo Allan tan alto que el personal, al que Yvonne no conocía, retrocedió y salió de la cocina.

Gabriel dio una palmada en el banco de trabajo.

—¡Así ha sido siempre! ¡Sofie estaba casi en un pedestal mientras yo cargaba con la culpa de todo!

—¡Cállate ahora mismo! —dijo Allan con ese tono de voz que no permitía objeciones.

Yvonne se esforzó por ocultar una sonrisita. Por fin se había decidido Allan a dar un zapatazo. Con el tiempo que llevaba deseando que llegara ese instante. Con el tiempo que llevaba suplicando que se produjera, cuando el caos en casa impregnaba cada minuto de sus vidas. Cuando su hogar era un campo de batalla en cuyo centro se encontraba Gabriel.

Allan jamás había sido capaz de pararle los pies, de ponerle límites, de obligarle a afrontar las consecuencias de sus actos. Yvonne nunca entendió por qué. Y la que salía perdiendo era Sofie.

Gabriel se equivocaba. Sofie nunca tuvo ningún pedestal en el que refugiarse.

Allan rodeó a Gabriel con sus brazos. El instante de triunfo de Yvonne había pasado tan rápido como llegó. Gabriel no respondió al abrazo, pero tampoco se apartó de Allan. Se dejó envolver en su amor. Ese amor del que ella nunca había podido formar parte. Siempre recibió las migajas, mientras que Gabriel se lo llevaba todo.

Cerró la puerta al salir.

Si Allan fuera consciente de cuánto lo quería, si lo supiera… Pero no podía decírselo.

—¡Hola! Anna no está en casa, se ha ido a la oficina.

Dan abrazó a Erica y ella entró en el vestíbulo. La casa de Dan y Anna se encontraba en Falkeliden, justo detrás de una hilera de

pisos de ladrillo visto, y siempre reinaba en ella un desorden liberador.

—Bueno, la verdad es que quería hablar contigo.

—Pasa, pasa. —Dan se apartó a un lado y dejó entrar a Erica—. Acabo de llegar del colegio. Los lunes terminamos un poco antes.

Fueron al salón, cuyo suelo se veía entero cubierto de juguetes. Pero Erica sabía que Anna y Dan estaban a gusto en su hogar, desordenado pero lleno de amor. Se alegraba de que Anna hubiera hallado por fin la dicha que tanto tiempo había perseguido. Y por eso mismo se sentía un poco nerviosa. ¿Estaría a punto de destruir lo que Dan y ella habían construido?

—Hay que tener más paciencia que un santo para trabajar enseñando a un grupo de adolescentes todos los días.

—Bah, si son estupendos.

Dan se sentó en el sofá y extendió los brazos a lo largo del respaldo.

Erica se sentó enfrente, en un sillón, y se inclinó un poco hacia delante.

—Dime, ¿a ti te gustaba Sofie?

Dan se sobresaltó e hizo una mueca.

—Pues no. Te lo habría dicho cuando hablamos la última vez. Nunca me interesó.

—Pues la noche que desapareció llevaba esta nota en el bolsillo de los vaqueros.

Erica sacó del bolso la nota que le había dado Ellen y la dejó en la mesa, delante de Dan.

—Y esa es tu letra, ¿verdad?

Dan se inclinó y miró la nota.

—¿Qué es esto? —preguntó rascándose la cabeza, lo que le revolvió más aún el pelo rubio—. Sí, sí, es mi letra, pero… ¿Sofie? Qué va.

Negó con la cabeza.

—¿Estás seguro? —dijo Erica—. Estaba en el bolsillo de los vaqueros que llevaba en la fiesta.

—Estábamos tan borrachos que apenas recuerdo cómo llegué a casa después de la fiesta. Me pasé el día siguiente vomitando, y mi madre estaba que trinaba. Así que no sé, pero… —Ladeó un poco la cabeza—. Creo que ya voy cayendo en lo que puede ser. Es verdad que escribí esa nota.

La cogió de la mesa. La examinó a fondo.

—Y la metí en el bolsillo de unos vaqueros, pero no era Sofie quien los llevaba. Era Ellen.

Erica suspiró aliviada. Pues claro que era Ellen.

—Claro, es que Ellen le había prestado los vaqueros a Sofie. ¿Recuerdas en qué momento metiste la nota en el bolsillo?

Erica se retrepó en el sillón y algo duro se le clavó en la espalda. Metió la mano y sacó una pistola de agua enorme con la que apuntó a Dan mientras le preguntaba.

—Este fin de semana hemos estado jugando a la guerra de las pistolas de agua. Y gané yo. —Sonrió, pero luego se puso muy serio de nuevo—. Madre mía, han pasado treinta años. Y ya te dije que estaba colado por Ellen. Pero la nota… Creo que fue en alguna hora libre en el instituto, el mismo día de la fiesta, me fui a su colegio a pasar un rato. Ella estaba delante de las taquillas, de espaldas a mí, y no sé cómo conseguí colársela sin que se diera cuenta. Una chorrada. Me sentí de lo más valiente, como si hubiera dado el primer paso, pero era anónima, así que ¿cómo iba a saber que se la había escrito yo?

—Y luego, en la fiesta, ¿no le dijiste nada?

—Pues no. Ese era el plan, pero ella empezó a enrollarse con un chico. Así que me dediqué a beber más rápido para ahogar mis penas. Supongo que pensé que era normal que no le interesara un chico menor que ella.

Dan dejó la nota en la mesa.

—¿De dónde la has sacado?

—No puedo revelártelo. Dime, ¿notaste algún desencuentro entre Ellen y Sofie?

—Desde el momento en que Ellen hundió la lengua en la boca de aquel chico, hice lo posible por hacer como si no existiera. Lo siento.

¿Por qué? ¿Te han dicho algo?

—Pues es que ahora mismo no puedo hablar del tema. —Erica se puso de pie—. Dale un beso a Anna de mi parte. Y besos a los niños.

Se puso los zapatos en el recibidor y abrazó a Dan, casi más aliviada de lo normal después de la conversación. ¿Por qué se había preocupado tanto?

—Ah, oye, me he cruzado con Patrik en el supermercado. ¿Podemos comentar su nuevo color de pelo? —Dan sonreía burlón.

—Mejor no —dijo Erica riendo.

Volvió a guardar la nota en el bolso. Tenía un poco de cargo de conciencia por no haberla mencionado cuando habló con Patrik, pero primero quería tener la certeza de que no era relevante. Tan solo uno más de los rastros que desorientaban sin conducir a ninguna parte, y que aparecían a medida que hurgaba en qué fue lo que de verdad le ocurrió a Sofie Rudberg.

—Me llevará una semana por lo menos revisar a todos los que se han mudado. —Paula se apoyó en el marco de la puerta del despacho de Patrik—. Porque no habrás pensado limitarte solo a Fjällbacka, ¿verdad?

Patrik negó con la cabeza.

—No, sería reducirlo demasiado, es obvio. Yo creo que todo el municipio de Tanum es un buen punto de partida. Aunque comprendo que exigirá más tiempo, pero no podemos dejar que nadie se escape por limitar el ámbito de búsqueda.

—Estoy de acuerdo. —Paula se sentó en una silla—. ¿Tú qué dices del dogal? Tenemos que hablar con la familia de Sofie.

Patrik dejó el cuaderno en el que había anotado algunas de las ideas que se le habían ocurrido tras la visita de Erica. Era como si le rebotaran en la cabeza, y necesitaba plasmarlas por escrito para seguir avanzando en sus razonamientos.

—Pues, desde luego, es un hallazgo interesante. En el esqueleto de Sofie había huellas de ahorcamiento o de estrangulamiento, y al

no tener partes blandas, no podemos determinar nada, según Farideh. Había pensado esperar hasta saber algo más sobre la cuerda, pero en realidad creo que lo mejor será que Gösta y yo vayamos mañana a casa de la familia Rudberg. Así Martin y tú podéis centraros en los individuos que se mudaron de Tanum y en las violaciones.

Patrik miró el cuaderno lleno de frases garabateadas a toda prisa.

—Hay unas cuantas cosas que quería comentar con vosotros, pero tendrá que ser en la reunión de mañana. Así todos tendréis la misma información al mismo tiempo. —Dudó un instante con un dedo sobre una de las notas—. Por cierto, ¿tú sabes algo de si Bertil ha pensado jubilarse? ¿Irse a vivir al sur de Europa?

Paula dirigió la vista hacia la chaqueta de Patrik, que se había caído del perchero y estaba arrugada en el suelo. Se rascó un poco el brazo.

—Pues yo creo que están a punto de comprarse un apartamento en España. Debería habértelo comentado antes.

Patrik alzó las dos manos.

—No, no, no tienes por qué informarme de todo lo que se le ocurra en casa, faltaría más. —Se rascó la nuca—. Nunca creí que diría algo así, pero la verdad es que sería rarísimo que Bertil no estuviera en la comisaría.

Paula se rio.

—Te entiendo perfectamente. Ese hombre tiene algo. Mejora con el tiempo. Durante la enfermedad de mi madre se ha portado de maravilla, y los niños lo adoran.

Patrik tuvo que contener el impulso de levantarse y darle un abrazo a Paula. Había faltado muy poco para que ella perdiera a su madre, y para que Bertil Mellberg perdiera al amor de su vida, pero se limitó a hacerle un leve gesto de despedida cuando se levantó y se fue.

Patrik volvió a ojear el cuaderno. ¿Quién habría dejado los vaqueros que Sofie llevó a la fiesta en la entrada de la casa de Ellen? ¿Fue la propia Sofie? ¿O fue el asesino? Y, en ese caso, ¿por qué? ¿Y dónde estaría el cuaderno del dolor que escribía Aino? Si el asesino

se lo había llevado porque lo comprometía de algún modo, a estas alturas ya estaría destruido. ¿Qué diría ese cuaderno? ¿Qué era lo que sabía Aino? ¿Y por qué habría querido contarlo ahora, treinta años después?

Se masajeó las sienes con las yemas de los dedos y se presionó la base de la nariz. Se le venía encima un dolor de cabeza de aúpa, y sabía que necesitaba tomarse un descanso de un par de horas. Estar solo con Erica y los niños.

Apagó el ordenador, se llevó el cuaderno y recogió la chaqueta del suelo. Mañana sería otro día.

Magdalena abrió la puerta sin hacer ruido. Con un poco de suerte, Monica estaría durmiendo. Siempre echaba una siestecita a media tarde, y ella solo pensaba recoger lo preciso y marcharse enseguida otra vez.

—Anda, mira quién se ha colado por la puerta.

Magdalena se sobresaltó al oír la voz balbuciente de Monica en el cuarto de estar. De nuevo se sentía como una niña pequeña temerosa de su madre.

Cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Luego entró en la sala. Monica estaba sentada en el sofá viendo algún *reality* en la televisión. De los altavoces salía un crujido, como de costumbre.

—Solo venía a recoger unas cosas —dijo Magdalena.

—Ya, ¿y cómo has pensado que me las arregle yo? —dijo Monica, sin apartar la mirada del televisor.

Con una mano daba palmaditas a una botella con un resto de vodka mientras la otra sostenía un vaso que pronto estaría vacío.

—He hablado con servicios sociales. Vendrán todos los días.

—Los servicios sociales. —Monica resopló y apuró el vaso antes de llenarlo de nuevo hasta el borde con un temblor en las manos—. Seguro que me mandan a un puto Muhammed que me robará todo lo que tengo.

—Claro, lo mejor será que escondas el oro de la familia —dijo Magdalena.

Monica dejó el vaso en el suelo de golpe.

—Oye, tú. Ya sé que siempre te has creído mejor que yo. —Amenazó a Magdalena con un dedo huesudo—. Ya de niña eras una engreída. Nada de lo que hacía yo era lo bastante bueno.

—Uf, otra vez esa historia.

Magdalena suspiró y subió la escalera hasta su habitación. Pensaba meter unas cuantas prendas en una bolsa y no volver a poner un pie allí nunca más.

Cuando abrió la puerta y entró en su cuarto fue como si las paredes se hubieran estrechado, le costaba respirar. La casa llevaba desde los noventa sin reformar y, por un instante, volvió a tener dieciséis años y se vio tumbada en la cama mirando el papel de la pared y escuchando los pasos que se aproximaban a su puerta.

—¿Te has creído que no sé quién eres en realidad? —aulló Monica desde la sala de estar—. ¡Puede que engañes a los demás, pero a mí no! ¡Yo siempre supe quién eras! ¡Una putilla! ¡Una puta desagradecida y asquerosa!

Magdalena apoyó la cabeza en la pared. Palabras. Eran solo palabras. Pero unas palabras que le habían arrojado a la cara infinidad de veces. Siempre supo que era una hija no deseada. No querida. Y si alguna vez albergó la menor duda, Monica siempre acababa despejándola.

Cuando Magdalena era pequeña, soñaba con que alguien acudiría a salvarla. Su padre, cuya identidad nunca llegó a conocer, se presentaría un buen día con los brazos abiertos y se la llevaría de allí. A un hogar, a una familia, a un lugar seguro donde pudiera vivir para siempre. Sin embargo, fueron otros los hombres que intentaron abrir su puerta. Y ellos ofrecían cualquier cosa menos amparo.

Magdalena reunió la ropa de las perchas y la metió en la bolsa. Guardó también lo que había en los cajones y en el cuarto de baño. Tras años trabajando en Médicos Sin Fronteras, había aprendido a viajar ligera de equipaje, y nunca se agenció un lugar fijo en el que acumular cosas.

—No te creas que no sé adónde te has ido. A casa del tal Jocke, ¿no? Con Bengt y Gun, a su casa tan elegante. Eso es lo que siempre has querido. Por eso ibas con Jocke como una perra en celo ya de adolescente. Pero, qué quieres que te diga, si alguien merecía vivir más o menos bien esa era yo. ¡Yo sí que habría llegado a ser alguien importante de no ser por ti, Magdalena!

El balbuceo se transformó en sollozos.

Magdalena cerró los puños. Ahí era donde la borrachera de Monica más hiriente le resultaba: cuando se entregaba a la autocompasión. Prefería la ira. Prefería las acusaciones de siempre.

Cuando terminó de guardarlo todo, miró a su alrededor. La cama. La mesita de noche. El escritorio donde se sentaba a mirar por la ventana y a soñar con otros mundos. No había allí nada que ella necesitara ya. Nada más a lo que quisiera regresar.

—A mí no me engañas, Magdalena. Sé quién eres. Y puedes irte a la mierda.

Magdalena observó a Monica mientras bajaba la escalera. Sollozaba con la cabeza un poco ladeada. Aún tenía el vaso en la mano. No tardaría en dormirse. Siempre acababa así.

Cuando Magdalena era pequeña, la tapaba con una manta para que no pasara frío. En esta ocasión, no hizo nada. Nunca más.

Cuando cerró la puerta tras de sí, oyó el vaso estrellarse contra el suelo.

Erica acababa de dejar el biberón en la mesa de la cocina cuando oyó el coche en la puerta. Besó a Nora en la coronilla y se la apoyó en el hombro para que eructara. Oyó a los tres mayores alborotando en el salón. En la tele echaban un programa de dibujos animados, y Erica habría podido jurar que se oía el sonido de dos iPads por lo menos.

—Mira, cariño, ya está aquí papá.

Sabía que eran figuraciones suyas, pero le pareció que el cuerpecillo que tenía en brazos daba un respingo de alegría. Pegó a Nora a su pecho con más fuerza mientras se acercaba a la entrada y

se le llenaron los ojos de lágrimas por el amor que sintió que la inundaba.

—¡Qué pronto has vuelto! —dijo cuando Patrik abrió la puerta. Le acercó la cara, y él le dio un beso que sabía al espantoso café de la comisaría mucho más de lo que le habría gustado—. Acabo de ir a recoger a los niños. Se van a poner muy contentos de ver que ya has vuelto.

—¡Papá! —Los tres niños se acercaron corriendo, como confirmando lo que Erica acababa de decir.

Se abalanzaron sobre sus piernas y casi consiguieron que perdiera el equilibrio.

—Tranquilidad, tranquilidad, hay abrazos para todos.

Se dirigió al sofá seguido de los pequeños y los abrazó. El montón de documentos de genealogía que Kristina le había dado a Erica y que ella había olvidado tirar a la basura cayó de la mesa del salón y se esparció por el suelo.

—Y yo qué, ¿eh?

Erica preguntó con un gesto dramático. Los niños se abrazaron al cuello de Patrik con más fuerza aún.

—¡Solo abrazamos a papá! —gritó Noel.

—Ya me lo temía yo —dijo Erica entre risas.

Le hizo un guiño a Patrik mientras recogía los papeles, y les echó una rápida ojeada antes de dejarlos de nuevo sobre la mesa. Ya los tiraría más tarde.

Le encantaban los momentos así. Cuando estaba reunida toda la familia. Claro que a veces resultaba un poco caótico, pero era un caos maravilloso.

Cuando el festín de abrazos empezó a calmarse y los niños se fueron a jugar, Erica puso a Nora en el regazo de Patrik, que la abrazó con fuerza.

—Ella también tenía ganas de ver a su papá.

—Pues claro que sí, chiquitina, claro que querías ver a papá —dijo Patrik, que se vio premiado con una amplia sonrisa sin dientes.

Se acomodó con Nora en el regazo y respiró hondo.

—Qué alivio volver a casa. ¿Me traes un Alvedon? Tengo un dolor de cabeza infernal.

—Tenemos Ipren.

Erica fue a buscar la pastilla y un vaso de agua, que puso encima de la mesa delante de Patrik.

—Tengo que confesarte una cosa. Hoy no te lo conté todo, todo.

Patrik se llevó la pastilla a la boca y puso cara de asco.

—¡Puaj! No soporto tener que tomar pastillas. —Levantó la vista hacia Erica—. Sí, ya me di cuenta de que había algo.

—Ellen me dio una nota que encontró en los vaqueros que le prestó a Sofie y que ha conservado todos estos años. En la nota decía «Te quiero». Y reconocí la letra, pero no podía estar segura al cien por cien, así que quise comprobarlo antes de hablar contigo.

—Ya, ¿y luego?

Erica no quería saber qué estaba pensando Patrik mientras mecía a Nora y la miraba con el ceño fruncido. Sacó la nota del bolso y la dejó encima de la mesa.

—La escribió Dan.

—¿Dan? —dijo Patrik atónito—. No era eso lo que esperaba oír. ¿Le escribió Dan esa nota a Sofie?

Erica negó con la cabeza.

—No. Yo también le hice esa pregunta. Se la escribió a Ellen. Y se la metió en el bolsillo ese mismo día, en el colegio. De modo que la nota estaba allí cuando Ellen le prestó los vaqueros a Sofie esa tarde.

—No veo que pueda ser importante para la investigación.

—Ni yo. Y seguro que la nota no tiene nada que ver con lo ocurrido.

Erica observaba a Patrik, que seguía con Nora en el regazo. Algo que no encajaba le rondaba la cabeza. Pero ¿qué?

—¿Qué estás pensando? —preguntó Patrik.

—No sé. Hay algo extraño en aquella tarde. Al parecer, era muy raro que Ellen y Sofie discutieran. ¿Por qué se pelearon esa tarde?

—El alcohol y las hormonas adolescentes no son buena combinación.

Erica se encogió de hombros.

—Ya, ya lo sé. Y si esa historia no hubiera acabado con el asesinato de una niña de dieciséis años, a la que luego metieron en una tumba del cementerio, no le habría dado tanta importancia. Pero es que a Sofie le pasó algo terrible aquella noche.

—Yo creo que averiguaremos la respuesta cuando encontremos al donante del rastro de ADN, o eso espero. Pero, al mismo tiempo, temo que no lo consigamos. —Patrik hizo una pedorreta en la carita de Nora, que soltó un gorjeo de entusiasmo—. Es una mierda, Nora. Es una mierda que papá tenga que revisar un hormiguero entero.

Erica miró los documentos sobre genealogía que le había dado Kristina. ¿No había mencionado su suegra algo del ADN?

—Tú sabes el tema ese al que tu madre dedica ahora todo su tiempo libre, ¿verdad?, lo de la investigación genealógica. Está haciendo un curso con Sylvia, que se supone que es experta en el asunto.

Patrik asintió distraído. Nora estaba jugueteando con los botones de su camisa.

—¿Y recuerdas el caso de Linköping? —continuó Erica.

Patrik se volvió hacia ella.

—Cuando utilizaron el ADN de las investigaciones genealógicas, ¿no?

Erica asintió.

—¡Eso es! Tenían el ADN de un agresor desconocido, y la policía dio con él gracias a su árbol genealógico.

Patrik acercó la cabeza a la de Nora.

—Pero ¿esas cosas no llevan un montón de tiempo?

—Ni idea, supongo que dependerá de lo enrevesado que sea el árbol genealógico en cuestión, pero a lo mejor valdría la pena mirarlo, ¿no? ¿Y si va más rápido que vuestra revisión de todos los registros?

—Vale, le mandaré un mensaje a mi madre para preguntarle cómo se llama la genealogista, aparte de Sylvia, y dónde puedo localizarla.

Erica cogió en brazos a Nora mientras Patrik echaba mano del teléfono. Casi de inmediato, se oyó que entraba la respuesta.

—Sylvia Sjölund. Vive en Grebbestad.

Erica le hizo un gesto con la mano libre.

—¿A qué esperas?

—Bueno, puedo llamarla y concertar una cita para mañana.

—Es muy importante, más vale tratarlo cara a cara. Anda, vete, ya me encargaré de que la cena esté lista cuando vuelvas.

Patrik se levantó del sofá.

—Eres la mejor. No tardo.

Erica lo despidió con la mano mientras salía por la puerta. Cogió los documentos que le había pasado Kristina. Albert Vogel. El tatarabuelo paterno del abuelo materno de Patrik. Un conocido ladrón que mató a su mujer y a sus tres hijos y que huyó a América. A lo mejor lo de la genealogía no era un rollo tan aburrido como ella pensaba.

—Ludvig, mesa tres. Es en la que no comen gluten.

El nieto cogió los platos, hizo un gesto con la cabeza y salió diligente hacia el comedor.

Allan le dio a Gabriel con el codo en el costado.

—Reconoce que ha sido un acierto poner a Ludvig a servir mesas y a Elsa en la cocina.

Gabriel le sonrió. Esos ojos, que podían ser tan sombríos, tenían ahora un brillo especial.

—Vale, vale, no hace falta que me lo restriegues. Vosotros teníais razón y yo estaba equivocado.

—Esta noche hay buen ambiente. Todo el mundo parece satisfecho. ¿Te importa que salga a tomar el aire un momento? Da la sensación de que todo está controlado, ¿no?

—Claro, sí. Vete a dar una vuelta.

Gabriel volvió a concentrarse en la sartén grande donde estaba asando la caballa en un poco de mantequilla.

Allan colgó el delantal en un gancho junto a la puerta trasera. Cuando salió, respiró hondo. Ya no tenía el mismo aguante, acababa agotado de estar de pie tantas horas seguidas. Yvonne tenía razón en que debería trabajar menos, tomárselo con más calma. Pero Gabriel necesitaba su ayuda. Llegado el momento, la economía permitiría que él fuera retirándose. Mientras tanto, prefería morir en su puesto antes que abandonar a su hijo.

Fue caminando despacio hasta el cementerio. Una parte de él quería dar media vuelta y dirigirse hacia otro lugar, pero algo lo atrajo hacia allí.

Cuando dejó atrás Åldersro, se paró de pronto. Había luz en el comedor, y supuso que era la hora de la cena. Ellen le había dicho que quería volver al trabajo mañana, y esperaba que fuera una decisión sensata. Pero que se quedara en cama no mejoraría las cosas. Lo ideal era, sin duda, que volviera al trabajo.

El otoño se aproximaba paulatinamente. Tal vez luego llegara el famoso veranillo y detuviera un poco su avance, pero por ahora las temperaturas habían empezado a bajar. Las hojas de los árboles aún se veían verdes, pero pronto adquirirían tonos amarillos y anaranjados.

Era una tarde parecida a la de treinta años atrás. Él aún tenía el restaurante de la plaza, y esa noche estaban completos. La celebración de un quincuagésimo cumpleaños y una cena de empresa los obligaron a sudar la camiseta toda la noche.

Él y Aino.

En la cocina formaban un equipo fantástico. Por lo general, casi nunca tenían que decirse nada para saber lo que necesitaba el otro.

Allan se detuvo de pronto. Respiró tembloroso.

Tenía la sensación de que aquello hubiera ocurrido en otra vida. Y así era, de hecho. Esa noche, todo cambió. En muchos sentidos.

Cruzó la verja y entró en el cementerio. Lo sobrecogió su belleza. La iglesia, que se alzaba sobre la roca a la izquierda, y las

sepulturas, que se extendían por suaves colinas a la derecha. Se preguntó dónde iría la tumba de Aino. Y la de Sofie. Aún esperaban que les dijeran cuándo podrían enterrarla.

Allan temía el día del funeral. Sabía que se convertiría en un espectáculo. Los periodistas aún los llamaban a diario, y los periódicos estaban llenos de actualizaciones sobre el caso y ahora, además, de especulaciones acerca de la muerte de Aino.

Le costaba asimilar algo tan irreal como que Aino estuviera muerta. Habían pasado muchos años sin hablarse. Intercambiando tan solo una inclinación de cabeza si se cruzaban por el centro del pueblo. Era lo mejor. Tuvo que conformarse con el hecho de que ella existiera en el mundo.

Las cosas habrían podido ser muy diferentes. En ocasiones se imaginaba cómo habría podido ser su vida con tanta claridad como si fuera un recuerdo auténtico. Como en aquella película, *Dos vidas en un instante*, donde dos realidades paralelas se desarrollaban a la vez, dos vidas que dependían de una única decisión.

La decisión no fue de él. Él habría tomado una distinta por completo. A veces, cuando se sentía atrapado, cerraba los ojos y sentía la misma libertad de entonces.

Se detuvo ante la tumba donde había estado enterrada Sofie y sintió un escalofrío. Aún estaba abierta, vacía. Un trozo olvidado de cinta policial aleteaba al viento y daba una pista de lo que había ocurrido allí. Se sentó en cuclillas, trató de intuir que sería lo que Aino le contó que había sentido. Una presencia. Un alma. Una voz. Pero él no sintió nada. No había ninguna voz que le hablara, que le dijera qué debía hacer.

Por un instante, en su vida existió algo más allá de Gabriel. Pero después de ese instante, no le quedó otra cosa a la que aferrarse más que su hijo. De no ser así, se habría hundido. Sabía que Yvonne no lo entendía. Sofie tampoco lo entendió. Ellas solo veían en Gabriel el lado oscuro, las aristas, mientras que Allan veía mucho más. Él veía al niño. Ese niño que llenaba el vacío que sentía en su interior y que le ayudaba a volver a la vida. Si quería a Gabriel con la intensidad suficiente, toda la oscuridad desaparecería. Le había

fallado a Isabelle. Ella eligió la oscuridad. Su amor no le bastó. Jamás permitiría que eso le ocurriera a Gabriel.

Le crujieron las rodillas cuando se puso de pie. Su cuerpo se volvía cada vez más rígido. Había de llegar un día en el que Gabriel ya no pudiera contar con él, y eso le preocupaba. Aunque ya era un hombre adulto con familia propia, su hijo seguía necesitándolo. Siempre fue así. Siempre sería así.

Con un último vistazo a la tumba, recorrió el sendero de grava camino del restaurante. No podía ausentarse demasiado.

—Gracias por recibirme tan pronto —dijo Patrik sorprendido cuando Sylvia Sjölund abrió la puerta.

Desde luego, no tenía el aspecto que él se había imaginado que debía tener una persona que se pasaba los días entre archivos polvorientos. Al contrario: tendría unos sesenta años, llevaba una blusa muy escotada con estampado de leopardo, el pelo largo y rubio y lápiz de labios rojo intenso.

—Bueno, estaba en casa sola y sin hacer nada de particular, así que me venía bien un poco de compañía. ¡Adelante!

La casa fue fácil de localizar. Se encontraba justo al final de la playa, antes de girar hacia Grebbestad.

Sylvia llevó a Patrik a una acogedora sala de estar que estaba a rebosar de libros, archivadores y pilas de documentos por todas partes.

—Por desgracia, el estudio de la genealogía es una profesión que ocupa mucho espacio. Aunque en la actualidad buena parte de la información está disponible en la red, no es lo mismo leer los antiguos registros parroquiales en una pantalla.

—Sí, ya me imagino.

Patrik apartó con cuidado una montaña de libros para hacerse sitio en el sofá.

—En fin, ¿cómo puedo ayudar a la policía? En el mensaje de móvil no me dabas muchos detalles.

Patrik se rascó la nuca pensativo.

—En realidad, ha sido idea de mi mujer. Mi madre, Kristina Hedström, hizo el curso que impartes, y tengo entendido que habéis seguido en contacto.

Sylvia asintió.

—Sí, sí, Kristina se ha volcado en la tarea con muchísimo entusiasmo.

—Pues verás, resulta que tenemos el ADN de una persona desconocida a la que necesitamos identificar. No sé qué se puede hacer ni cómo. Como es natural, estoy informado acerca del crimen de Linköping, pero no recuerdo los detalles del procedimiento.

Sylvia dio una palmada de satisfacción.

—La verdad es que es un campo apasionante. En Estados Unidos resuelven un caso tras otro gracias a los estudios de genealogía. Y no solo asesinatos y violaciones. También es posible identificar cadáveres, incluso con muchos años de antigüedad. ¡Es extraordinario!

Sylvia hablaba con tal energía que Patrik quedó casi hechizado. Comprendió muy bien por qué a su madre le había gustado tanto aquel curso.

—Lo que hacemos es buscar en bases de datos de personas que han dejado su ADN voluntariamente. No son pocas, y permiten que los usuarios encuentren parientes desconocidos, que definan su árbol genealógico, que averigüen más información acerca de sus orígenes.

Patrik se inclinó hacia delante.

—Es decir, sería posible encontrar una coincidencia si la persona cuyo ADN tenemos hubiera enviado una muestra a alguna de esas bases de datos, ¿no es así?

—Por supuesto. Pero hay que tener el ADN de mucha gente. Lo normal es que haya que investigar a toda la generación.

—¿Y eso cómo se hace?

La pila de libros que Patrik tenía al lado empezaba a inclinarse, y la enderezó para que no se le cayeran encima.

—Se trata de localizar similitudes en segmentos específicos del ADN. Si hay personas que presentan segmentos que se solapan con los de la persona sometida al test, se catalogan como parientes. Cuanto mayor es el solapamiento, mayor es el grado de parentesco. Por ejemplo, los hermanos presentan más elementos de solapamiento que los primos. Y cuanto más lejano es el parentesco, menor es el solapamiento. Para identificar a una persona determinada, se utiliza la información de árboles genealógicos y de registros históricos.

A Sylvia le brillaban los ojos. Aquello era un mundo nuevo para Patrik, y casi se sintió feliz por las posibilidades que parecían abrirse a la investigación. Aunque no estaba seguro de haber comprendido del todo cómo funcionaba el procedimiento.

—Combinando coincidencias de ADN con linajes conocidos, se puede rastrear de dónde procede una persona —continuó Sylvia—. Es algo parecido a un rompecabezas de distintos linajes. Y si se encuentran antepasados comunes, se pueden sacar conclusiones sobre la persona en cuestión.

—Parece fácil, pero supongo que en la práctica no es tan sencillo, ¿no?

A pesar de su entusiasmo, empezaba a notar que volvía el dolor de cabeza. Era demasiada información que procesar, y ya se le estaba pasando el efecto del analgésico.

—Bueno, puede ser fácil. Si un pariente cercano o incluso el donante mismo se encuentra en la base de datos, solo se tardan unos días. Si solo hay parientes lejanos, puede llevar más tiempo.

Se le aceleró el pulso. Un poco de suerte. Eso era lo único que necesitaban. Un poquitín de suerte.

—Si consigo la autorización, ¿aceptarías un encargo?

—¡Por supuesto! —Sylvia botaba de alegría en el sillón—. Debo reconocer que, desde el caso de Linköping, ha sido mi sueño poder colaborar en algo así. Sería de lo más emocionante. Y creo que sé de qué caso se trata. No tenemos tantos casos de asesinato en la zona.

Se quedó mirando a Patrik llena de curiosidad, pero él se levantó sin hacer ningún comentario. La pila de libros que tenía a su espalda cayó al suelo.

—¡Ay, perdón!

—No pasa nada —dijo Sylvia con una sonrisa—. Ya los recojo yo después.

—Muy bien, pues voy a averiguar lo de la autorización y te llamo en cuanto sepa algo. Si la conseguimos… En fin, no tengo que decir que cuanto más rápido obtengamos el resultado, tanto mejor.

Sylvia asintió.

—Dejaré todo lo demás y me centraré en vuestro encargo.

Ya en el coche, Patrik tardó unos minutos en ponerse en marcha. Contempló la playa desierta, vacía después de haber estado abarrotada de turistas todo el verano. Había empezado a caer la tarde y el cielo se teñía de lila y rosa en el horizonte. Por primera vez en el transcurso de la investigación, veía un destello de algo parecido a la esperanza.

Mmm Mmm Mmm Mmm — Crash Test Dummies

Hoy me he puesto la camiseta de Nirvana para salir a navegar. El turno de trabajo empieza tarde. Tenía viento favorable y me alejé un buen trecho. Vino una ráfaga brutal que casi me vuelca, pero conseguí controlarlo. Había una barbaridad de medusas y no tenía ninguna gana de caer en medio de una colonia.

Estuve pensando en Kurt Cobain. En lo mal que tiene que estar uno para ponerse en la boca el cañón de una pistola y apretar el gatillo. ¿No piensas en la gente que te quiere? Además, ¡qué asco para quien te encuentre! Y si apuntas mal y te quedas babeando en una silla de ruedas el resto de tus días… ¡Qué horror!

Yo creo que Dan también está colado por Ellen. La miraba muy raro ayer cuando estábamos en la plaza. Se lo dije, pero ella no se lo cree. Ninguno de los dos se atreverá a hacer nada, seguro.

Magdalena y Jocke se pasaron por allí también. Se pusieron a meterse mano como siempre.

Hoy el jefe nos ha echado una bronca. Superdesagradable. Decía que éramos demasiado generosos con los helados de bola. Y nos enseñó otra vez cómo hay que hacer para que las bolas salgan con mucho aire. En fin, mientras no nos lo quite del sueldo… Mañana cobro por primera vez. Con un poco de suerte, también me darán algo de dinero por mi cumpleaños. He dejado caer más o menos que eso es lo que prefiero. Mi madre me comprará una camiseta horrible que no quiero para nada, regalo de ella y de Allan. Y Gabriel no me va a regalar nada, seguro. Solo piensa en sí mismo.

Anoche soñé con él otra vez. Es como si mi cuerpo no pudiera olvidarlo, por más que la cabeza lo intente. Sé muy bien cuántos días, cuántas horas y cuántos minutos hace que me tocó. Quiero que lo haga otra vez. Y también estoy deseando poder hacer otra vez esas cosas insignificantes. Darnos la mano. Ver la tele con la cabeza apoyada en su hombro. Sentir cómo pasa los dedos por mi pelo. Hoy he escrito mi nombre con su apellido en mi cuaderno de notas. Pero luego he tenido la precaución de arrancar la hoja y tirarla a la basura.

Martes

—YA HAN contestado de la inmobiliaria. ¡Los vendedores aceptan nuestra oferta!

Bertil sonreía encantado delante del ordenador. Esa sonrisa que hacía que Rita sintiera por lo general un amor inmenso y, en algunas ocasiones, una gran preocupación. A veces, una combinación de ambos sentimientos.

Se sentó frente a él a la mesa de la cocina. El sol de la mañana le iluminaba la cara y, por un instante, el color naranja que había traído de las vacaciones resultó menos llamativo.

—¿De verdad? —preguntó Rita.

Bertil asintió, y sonrió más aún.

—¡Ay, Dios mío! —acertó a decir—. ¡Ay, Dios mío!

—Tenemos por delante una nueva vida, cariño.

Rita solo era capaz de asentir. Un sentimiento de gratitud la colmó por dentro. Hacía tan solo unos meses, creía que iba a morir. Ahora, en cambio, iba a tomar un avión para ir a vivir al sol una vida tranquila y para disfrutar de todo el tiempo del mundo. Junto con el hombre al que tanto quería.

Bertil tecleaba sin cesar y el corazón de Rita empezó a latir más rápido. Después del período que duró la enfermedad, llegó a quererlo más aún. Sabía que no todo el mundo veía en él lo que veía ella. Bertil no siempre era una persona fácil, y tenía sus aristas, pero ella adoraba cada una de esas aristas. Tenía un gran corazón, y por esa razón lo amaba.

—Tenemos que hablar con Paula —dijo—. Pregúntale si quiere quedarse con el apartamento antes de que Johanna firme la compra de otro. Es práctico por los niños, pero quizá sea incómodo para ellas dos vivir tan cerca la una de la otra, ¿no?

Rita era consciente de que estaba divagando, pero los pensamientos iban y venían todos a la vez. Tenían muchísimos asuntos que organizar, tenían que empezar a hacer el equipaje, comprobar los documentos que había que arreglar con las autoridades fiscales. Luego tendrían que amueblar el piso en España, decidir qué querían llevarse y qué dejarían allí, tal vez Paula quisiera conservar parte de los muebles o a lo mejor prefería comprar mobiliario nuevo.

—Para ya —dijo Bertil con dulzura, y puso la mano sobre la de ella—. Ya veo que la maquinaria de la angustia se ha puesto en marcha. Prepararemos una lista de lo que hay que hacer, e iremos haciéndolo poco a poco. No puedes empezar a estresarte ya, no te conviene.

—Gracias, cariño, lo intentaré.

—Juntos lo conseguiremos.

Ella asintió.

—¿Cuándo vas a entregar la carta de dimisión?

Bertil cerró el portátil y se pasó la mano por la calva. La tenía recién afeitada y brillaba en color naranja chillón, salvo allí donde había empezado a mudar la piel.

—Pues es difícil decir una fecha exacta. En cuanto hayamos puesto punto final a esta investigación. No quiero dejar al equipo en la estacada. Imagínate, nunca esclarecerían el caso sin mí.

Rita albergaba la clara sospecha de que eso no se ajustaba a la realidad, pero no dijo nada. Además, comprendía que Bertil quisiera marcharse por la puerta grande.

—¿De qué habláis?

Paula salió de la ducha con el albornoz y la cabeza envuelta en una toalla.

—Siéntate —dijo Rita dando una palmada en la silla que tenía a su lado—. Tenemos que contarte una cosa.

—¿Habéis encontrado ya piso en España? —dijo Paula después de sentarse.

Rita se sobresaltó y asintió enseguida. No era fácil darle a su hija una sorpresa.

—Bueno, ¿y cuál es el plan? ¿Cuándo tengo que dejar el piso? Porque no puedo volver al antiguo hasta que Johanna haya encontrado otro.

Rita miró a su hija, consciente de lo herida que se sentía al tiempo que fingía indiferencia, así que se volvió hacia Bertil, que asintió.

—Pues habíamos pensado que podrías quedarte aquí —repuso—. Si quieres, claro. Y Johanna puede quedarse con tu piso. Así los niños lo tendrán fácil para moverse. Si Johanna y tú os lleváis bien, podría ser la solución perfecta, ¿no?

—¿Quedarme aquí? —Paula los miraba atónita. Rita se dio cuenta de que la idea empezaba a cobrar forma en su cabeza—. Sería muy práctico, claro. Y la verdad es que Johanna y yo hemos tenido muy buena relación últimamente. Así que, bueno, sí, ¿por qué no? Pero tengo que hablar con ella, claro, no sea que le parezca una pésima idea. Se lo diré hoy mismo.

Se puso de pie.

—Bueno, ¿cómo es el piso que habéis encontrado?

Bertil abrió con dramatismo la tapa del ordenador y señaló la pantalla con la mano.

—¡Mira! Un balcón donde da el sol por la mañana, nuestro dormitorio, dos cuartos para ti y para los niños, y un amplio salón con la cocina integrada. Podemos mudarnos dentro de dos meses.

—Es precioso. —Paula abrazó a Rita con fuerza—. Me alegro mucho por ti, mamá. Por los dos. Y los niños y yo iremos a veros siempre que podamos.

—Eso espero —dijo Rita al tiempo que se le saltaban las lágrimas.

Una nueva vida. Una vida distinta. Pero una vida, al fin y al cabo.

Yvonne se había despertado antes que nadie. Allan y Gabriel llegaron a casa tarde, como siempre. Y parecía que Ellen había logrado dormir por fin.

Se puso los guantes de goma amarillos que usaba para fregar los platos. Con mucho cuidado, abrió la puerta que Gösta, el policía, había forzado con la palanca y entró con el cubo de agua y el detergente. Una vez dentro, se detuvo. Estornudó un par de veces a causa del polvo que revoloteaba en el aire.

Los policías no habían vuelto a colocar la lona sobre el bote, sino que la habían dejado allí delante hecha un lío. La apartó para poder acercarse bien a la embarcación y respiró hondo.

Pasó la mano por la borda. Con lo que a Sofie le gustaba aquel bote… Y la cantidad de horas que había pasado con él en el mar, sin importarle el tiempo que hiciera. El fuerte viento no la amedrentaba, al contrario, le encantaba cazar la vela de modo que el barco fuera escorado mientras surcaba las olas. En el mar Sofie nunca tenía miedo.

Yvonne se inclinó y sacó del cubo una esponja amarilla. La estrujó y empezó a trabajar. Primero limpió el nombre que había escrito en el lateral. Victoria. De pronto cayó en la cuenta de que no sabía por qué Sofie lo había bautizado con ese nombre, pero, cuando le regalaron el barco a la edad de siete años, insistió en que debía llamarse así. Esa era una de las cosas que jamás podría preguntarle a su hija.

Las letras relucieron doradas cuando terminó de retirar el polvo acumulado después de tantos años. La esponja se ponía negruzca enseguida, y tenía que enjuagarla en el cubo y estrujarla de nuevo para no ir esparciendo la mugre. Una vez terminó de limpiar ese lado del barco, observó en la madera los rasguños largos y profundos de aquella vez que un estocolmense, con un barco más grande de lo que aconsejaba su capacidad para llevarlo, embistió el costado del Victoria. Al final la cosa terminó bien, pero Sofie pasó semanas enfadada y protestando contra los «navegantes domingueros». ¡A saber dónde habría oído que los llamaban así!

Una vez limpio el otro lado, Yvonne empezó a sacar lo que había en el interior del barco. Fue metiendo la basura en una bolsa que llevaba para ese fin, y todo lo demás en una caja de plástico que había encontrado por allí.

Era algo que deberían haber hecho mucho antes, en lugar de dejar que se deteriorase, que se llenase de polvo y suciedad, de esa capa oscura que cubría todo lo que un día fue bello y limpio.

Allan había vuelto a hablar en sueños. Ella nunca le dijo nada al respecto, ni le contó lo que decía. Pero cada vez que ocurría, le causaba el mismo dolor.

La vida siempre fue injusta. Ella no había conocido otra cosa, y había aprendido a aferrarse más fuerte que nadie a lo que había logrado. Se merecía lo que tenía, aunque no pudiera tenerlo todo. Había aprendido a no intentar conseguir más, sino a aceptar.

Yvonne sacó los remos y los dejó junto al bote. Podía venderlos también. Pondría un anuncio en el Club de Vela. Siempre había demanda de veleros ligeros en buen estado, y este parecía haber sobrevivido bien a todos esos años en la caseta. La madera no parecía reseca y, si lograba eliminar toda la suciedad, quedaría precioso.

Victoria merecía volver a navegar.

Yvonne siguió frotando con fuerza, y en la frente empezaron a brotarle unas gotas de sudor. No podía parar. Seguir y seguir. Era lo único que podía hacer. Frotarlo todo hasta dejarlo limpio otra vez. Como si nunca hubiera estado tan mugriento.

Salió para vaciar el cubo y cambiar el agua una vez más. Nada podía quedar limpio si se lavaba con agua sucia.

—Tengo una idea que quizá resulte algo controvertida, pero me parece que puede ser nuestra forma de avanzar.

Patrik se inclinó hacia delante con los brazos cruzados. Gösta lo miraba lleno de curiosidad. Paula y Martin acababan de sentarse con una taza de café.

Bertil brillaba por su ausencia. Habían llamado a la puerta de su despacho, pero estaría tan dormido que no había forma de despertarlo.

—Ayer estuve hablando con Sylvia Sjölund, genealogista. La verdad es que fue Erica quien me dio la idea. Mi madre está asistiendo a un curso que imparte Sylvia y, en fin, Erica me recordó el caso de Linköping.

—Ya me estoy imaginando por dónde vas —dijo Martin.

—Pues sí, existe la posibilidad de identificar el ADN encontrado a través de las bases de datos de las investigaciones genealógicas. Y Sylvia está dispuesta a ayudarnos. He hablado con la fiscal esta mañana, antes de la reunión, y no se ha mostrado del todo contraria, dado el impacto del caso.

—¿No llevará mucho tiempo? —dijo Paula.

—¡No tiene por qué! —Patrik intentaba no mostrar demasiado entusiasmo, pero era difícil. Y si lo conseguían…—. Depende de la proximidad del parentesco. Si son parientes cercanos, puede tardar un par de días, según Sylvia.

—Qué pasada —dijo Martin.

—Os mantendré informados de lo que diga la fiscal. Sylvia puede empezar enseguida, en cuanto tengamos la autorización.

Patrik se acercó a la pizarra de Sofie y cogió un rotulador.

—Mientras esperamos, Gösta y yo iremos a hablar con la familia de Sofie sobre los nuevos datos. Tenemos el dogal que encontramos en el velero de Sofie.

Patrik rodeó la palabra «dogal» en la pizarra.

—Tenemos algo llamativo, puesto que ahora Ellen nos ha contado que los vaqueros que Sofie llevaba la noche de su desaparición estaban en la escalera de su casa la mañana siguiente.

Marcó también con un círculo la palabra «vaqueros», y continuó:

—Otra cosa es una nota que se encontraba en el bolsillo de esos vaqueros, una nota donde dice «Te quiero». No parece que esté relacionada con el caso. Fue Dan, mi cuñado, quien metió la nota en el bolsillo del pantalón ese día, pero más temprano, cuando Ellen

aún lo llevaba puesto en el instituto, pues eran sus vaqueros. En todo caso, como sabéis, lo que podemos descartar es, como mínimo, tan importante como todo lo demás.

Escribió la palabra «nota» en la pizarra y la puso entre paréntesis.

—Bueno, supongo que yo sigo comprobando quiénes se mudaron de la zona, ¿no? —preguntó Paula.

—No sabemos cuánto tardará en llegar la autorización para la comprobación genealógica del ADN, así que sí, debemos seguir trabajando como hasta ahora. Por cierto —dijo Patrik dando unos golpecitos con el rotulador en la mesa—, Ellen me habló de un cuaderno de notas color lila que su madre guardaba en el cajón de la mesita de noche. Dicho cuaderno no se encontraba en la escena del crimen, así que puede que sea interesante. Sobre todo, teniendo en cuenta que el cajón de la mesita de noche del cuarto de Aino en Åldersro estaba abierto.

Escribió en la pizarra de Aino «cuaderno de notas» y «mesita de noche», y rodeó con un círculo ambas expresiones.

—Por otro lado, podemos tachar la cadena de plata de la lista de objetos que faltaban en el caso de Sofie. Según Ellen, Sofie se la tiró a la cara durante una discusión en la noche de autos, así que la tiene en su poder. Tenemos que aclarar con ella todos los detalles. Podemos encargarnos tú y yo, Gösta, ya que vamos a estar por la zona. Si Ellen se encuentra en casa, preferiría que Yvonne y Allan no estén presentes cuando hablemos con ella, pero es posible que haya vuelto al trabajo, así que habrá que comprobarlo por el camino.

—Lo compruebo yo —dijo Gösta.

Patrik asintió mirándolo agradecido.

—Te he dejado en la mesa la carpeta con las violaciones ocurridas en la zona —dijo Martin, y soltó un bostezo—. Perdón. Ha sido una noche espantosa con el peque.

—¿Has visto algo interesante?

Patrik dejó el rotulador en la base de la pizarra.

—Yo diría que no. Nada que encaje en el *modus operandi* del violador de Gotemburgo.

—Bueno, le echaré un vistazo de todos modos cuando vuelva de Fjällbacka. Pero era un poco por probar. Pues nada. A seguir trabajando. Gösta, ¿estás listo para salir ya?

—Cuando quieras. ¿Puedo comer por el camino?

Cogió uno de los bocadillos de queso que había en una cesta en la mesa de la cocina.

—Mientras no lo llenes todo de migas… —sonrió Patrik.

Nora había pasado muy mala noche, y Erica se miraba las ojeras en el espejo. Se acercó un poco y observó todas las arrugas diminutas que había empezado a notar últimamente. Nunca se le había pasado por la cabeza que estaba envejeciendo hasta que notó lo que creía que era la premenopausia. Antes de enterarse de que estaba embarazada.

Desde muchos puntos de vista, se sentía la misma persona que cuando tenía veinte años. Y nunca le había preocupado envejecer. Pero al ver el nuevo color de pelo de Patrik, se puso a cavilar. Si a él le preocupaban los signos de su propio envejecimiento, ¿habría advertido también los de ella? Era algo que no se había planteado jamás. La idea de hacerse viejos, de arrugarse y tener achaques juntos siempre despertó ternura en ella. ¿Lo vería él de otro modo?

Erica se examinó a conciencia el cuero cabelludo con la nariz pegada al espejo. Desde luego, allí se veían ya unas cuantas canas. Seguro que más de una le había salido esa noche, después de pasarla en vela con Nora. La verdad, no se apreciaban mucho entre el pelo rubio, pero si uno se fijaba, se veían claramente.

¿Acaso Patrik pensaba que estaba empezando a hacerse vieja? Lo de teñirse el pelo, ¿sería un guiño para sugerirle que debería hacerse algún retoque? No habían vuelto a hacer nada en la cama desde que nació Nora. Su cuerpo ya se había repuesto, sí, pero cuatro hijos, uno de ellos un bebé, no eran precisamente un afrodisiaco. Además, no habían pasado ni dos meses.

En general, en los últimos años habían tenido cada vez menos relaciones sexuales. En honor a la verdad, casi siempre era Patrik el

que tomaba la iniciativa y, para ser más sincera aún, a veces accedía como si hiciera un sacrificio. Prefería que se sentaran abrazados en el sofá a liarse en la cama. ¿Sería así como comenzaba la decadencia? Madre mía, ¿debía empezar a preocuparse?

Por lo demás, todo iba divinamente. No había nadie en el mundo con quien quisiera estar más que con Patrik. Él era su mejor amigo. Su querido esposo. Y un padre maravilloso para sus hijos. Pero ¿y si con el trajín de los niños y el trabajo habían empezado a perderse el uno al otro?

Con unas pinzas, se quitó varios de los cabellos grises.

Qué va, era demasiado deprimente. Tenía que salir, hablar con otro adulto. Por suerte, Anna había decidido trabajar en casa hoy.

Media hora después, Erica llamaba a la puerta de su hermana con Nora en la sillita. Aquello era un puro caos.

—¿Os han entrado a robar?

Erica echó un vistazo al salón. Parecía que habían vaciado los cajones y habían esparcido el contenido en distintos montones por el suelo.

—¡Estoy haciendo limpieza! —exclamó Anna con la cabeza metida en un mueble de la cocina—. He estado viendo una serie donde exponían un método para alcanzar la armonía en el hogar. El método KonMari. Empezó a hacerse popular hace unos años, seguro que has oído hablar de él. Consiste en eliminar todo lo que es superfluo y te resta energía. Hay que sopesar cada objeto y comprobar si te hace feliz.

—¿Si te hace feliz? —Erica recogió del suelo un gran objeto circular con unas afiladas hojas metálicas en el centro—. ¿Y qué sientes con esto, por ejemplo? ¿Te hace feliz? Y, además, ¿qué puñetas es?

Anna se volvió y echó una ojeada.

—¡Es estupendo! Lo compré en Temu. Es para cortar sandía.

—Ah. Claro, una de esas cosas que no pueden faltar en ningún hogar —dijo Erica con ironía, y dejó a Nora sobre una manta en el suelo—. Entonces, ¿lo que hay ahí es todo aquello de lo que te vas a deshacer?

Señaló la pila de trastos en la que había encontrado el cortador de sandía.

—Qué va, ya te digo, es estupendo. Este verano lo usaremos mucho. La verdad es que, por ahora, no he encontrado nada que tirar.

—En otras palabras, todos estos chismes te hacen feliz, ¿no es eso?

Erica señaló los distintos montones que había en el suelo.

Anna asintió.

—He encontrado infinidad de cosas que había olvidado que tenía. Esto, por ejemplo. —Anna sostenía en la mano un aparato pequeño de color turquesa—. Es una máquina eléctrica para hacer pasta. Cambias el disco según la forma que quieras dar a la pasta, metes la masa en este agujero y, *chas*, ¡pasta fresca!

—De Temu también, supongo —dijo Erica.

—Tienen montones de cosas estupendas.

Anna volvió a meter la cabeza en el mueble y siguió dejando cosas en el suelo.

—¿Condiciones laborales? ¿Contratos esclavos? ¿Nada que te dispare las alarmas?

Erica se sentó en el suelo al lado de Nora y le ofreció un dedo para que jugara con él.

—Mi moral es de lo más deficiente cuando se trata de hacer compras —dijo Anna sin el menor atisbo de arrepentimiento ni de cargo de conciencia.

Erica arrugó la nariz, pero pensó que esa batalla no le correspondía: que cada cual se avergonzara por lo suyo.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Anna, y paró de revolver en el armario—. Parecías un poco alicaída por teléfono. ¿Va todo bien?

—Bueno, ya sabes cómo son las cosas los primeros meses con un recién nacido. Y encima hay que tener fuerzas para atender a los otros hijos. Además, ahora Patrik está trabajando como un loco, cosa que comprendo perfectamente. Así que nada grave, solo una mala racha.

Le hizo cosquillas a Nora en el cuello y continuó:

—No sé, pero, de pronto, esta mañana me ha entrado un agobio repentino por la edad. Me he puesto a quitarme canas y luego me he visto un pelo negro larguísimo en la barbilla.

—Uf, lo de los pelos en la barbilla hay que tomárselo en serio.

Anna se levantó sonriendo, se fue al frigorífico y sacó una gran jarra de cristal con un líquido rosa.

—¿Te apetece un poco de batido de frutas? Se me había olvidado que teníamos la licuadora. Fresas y plátano, ¿quieres?

Sirvió un buen vaso y se lo dio a Erica. Luego se acercó a Nora y la cogió en brazos.

—Ven aquí, que eres el ojito derecho de la tía.

—¿Cómo le va a Flisan con la adaptación a la guardería?

Anna le dedicó a Nora una gran sonrisa.

—Demasiado bien, casi. Después de unos días nos dijeron que ya podíamos empezar a recogerla a las dos.

—Bueno, siempre ha sido una niña tranquila y segura.

Anna echó al suelo un montón de cosas que había en el sofá y se instaló allí con Nora en brazos. Erica se sentó a su lado.

—Y el trabajo, ¿qué tal va?

Erica miró a Anna airadamente.

—Claro, como sabes que siempre puedes distraerme preguntando por el trabajo…

—Pues sí. —Anna sonrió satisfecha—. Animarte a que hables de lo que estás escribiendo siempre es el mejor remedio.

—Vale, vale, pues caigo en la trampa. Y la respuesta es: no lo sé. La editorial quiere que escriba sobre Sofie. Y he empezado a reunir material.

Tomó unos sorbos del batido.

—Te conozco. Cuando empiezas a curiosear en torno a un tema, no hay quien te pare.

—No digo que estés equivocada. Pero tampoco que estés en lo cierto. —Erica suspiró—. Patrik no tiene muchas esperanzas de que puedan resolver el caso, parece. Y hay muchas cosas que no

terminan de encajar. Por un lado, está lo de aquella fiesta, en la que estuvo Dan, ya sabes. Y por otro, hay algo en la familia de Sofie…, no termino de ver qué es. Luego está el tema de la amistad entre las tres chicas, y su relación con Aino. Y ahora, además, resulta que a Aino la han asesinado. Por lo general siempre veo un patrón bastante pronto, pero este caso es como un caleidoscopio. Mil piezas diminutas que no encajan.

—¿Qué te dice Patrik de la investigación? ¿Avanzan, por lo menos?

Erica asintió.

—Sé bastantes cosas. Y ayer descubrieron un detalle que puede ser interesante. —Dio un hondo suspiro, que le arrancó a Nora una risa—. Si no resuelven el caso, no sé cómo voy a poder escribir sobre él. Está todo muy enmarañado. No tendré un principio, un desarrollo y un desenlace, solo un montón de hilos sueltos.

Anna le pasó a Nora y se sirvió un vaso de batido.

—Una clienta que es vecina de Bengt y Gun me ha dicho que cree que Magdalena se ha instalado en su casita de huéspedes.

—¡Estás de broma! —Erica se irguió un poco en el sofá—. Ese cambio sí que es raro. Se mudó a casa para ayudar a su madre, Monica.

Anna soltó un resoplido.

—Bueno, era de esperar que no aguantara a Monica mucho tiempo. —Apuró el batido y se sentó de nuevo al lado de Erica—. Dame a esta ricura. La tía tiene que disfrutarla un poco más.

Erica le pasó a Nora de mil amores, era un placer tener las dos manos libres un rato.

—¿Tú qué crees? —dijo—. ¿Estarán Magdalena y Jocke juntos otra vez? ¿Cómo es eso que dicen? Los viejos amores nunca mueren.

—¡Pues yo espero que sí que mueran! —dijo Anna entre risas—. Si no, las Navidades en familia serán un lío.

Erica le dio a su hermana una palmada en el brazo.

—Créeme, Dan no corre peligro. Y mis planes son conservar a Patrik para siempre. A menos que él me sustituya por un talento más joven.

—Pero, Erica, no te reconozco. Seguro que es cosa de las hormonas. Búscate unos parches o algo. Patrik besa el suelo que pisas. Y siempre lo hará. ¡Y las canas son preciosas! Mira a Andie MacDowell y Sarah Jessica Parker. ¡Superguapas! Y, a propósito de guapos, Jocke y Magdalena harían una pareja guapísima.

Erica asintió. Intentó imaginarse a sí misma con todo el pelo cano, pero no lo consiguió.

—Ya, pero yo me pregunto qué significa, por qué se produce ahora ese acercamiento entre ellos. Si no estoy mal informada, no habían tenido contacto en todos estos años.

—Según Dan, cuando estaban juntos parecía que los hubieran pegado con pegamento. Lo que tenían tal vez fuera el gran amor de sus vidas, y cuando ocurrió lo de Sofie, no lograron ponerle fin de un modo natural. Puede que aún abriguen en su interior algunos sentimientos.

—Me pregunto cómo lo verán Bengt y Gun.

Anna pegó la nariz a la naricilla de Nora.

—Puedo indagar un poco mañana cuando vea a Gun. Me han contratado para que le dé a la casa un lavado de cara. En los años ochenta emprendieron varias reformas algo desafortunadas, papel pintado con textura, ribetes y cosas así, y ahora quieren recuperar la forma original, aunque con un toque moderno. Espera, te voy a enseñar mis bocetos.

Anna se levantó con Nora en brazos y entró en su despacho. Volvió enseguida con una gruesa carpeta.

—Me han facilitado un montón de fotografías antiguas de la casa como punto de partida. Pero no quieren que parezca una máquina del tiempo de regreso a los años veinte, así que he pensado introducir bastantes materiales modernos, pero con un toque años veinte y, sobre todo, eliminar lo ochentero.

Erica hojeó los bocetos admirada de lo extraordinaria que era su hermana como decoradora.

—Precioso. Va a quedar increíble.

—Bueno, el punto de partida es inmejorable. Fíjate en lo bonita que es la casa.

Anna le mostró el puñado de fotografías, y Erica empezó a ojearlas. Siempre le había gustado mirar fotos antiguas. Constituían algo así como un recordatorio de que la vida seguía, generación tras generación. De que algunas cosas cambiaban, mientras que otras permanecían. Lo mismo ocurría con ese tipo de casas antiguas. Su hermana tenía razón en que era una casa preciosa, mayestática, situada como estaba en una elevación del terreno, las ventanas con cuarterones, la escalera de incendios y su balcón. Daba la sensación de ser una casa que había recibido mucho amor.

—Es muy bonita. Y me alegro de que te vaya tan bien. —Erica se puso de pie—. Te dejo que sigas haciendo limpieza. Pero me apuesto lo que quieras a que no reunirás ni una bolsa del supermercado de cosas para tirar.

Anna se encogió de hombros.

—Si me hace feliz, lo conservaré, es lo que dice el método.

—Tú me haces feliz —dijo Erica—. Así que pienso conservarte. Gracias.

Le dio un abrazo a Anna y cogió a Nora.

Durante años, fue ella la que le aportaba a Anna seguridad. Ahora, en ocasiones, se cambiaban los papeles. Y a Erica le encantaba que así fuera.

—Gracias por recibirnos —dijo Gösta.

Él, Patrik e Yvonne y Allan Rudberg estaban sentados alrededor de la gran mesa del comedor. El ambiente solo podía calificarse de tenso, y no se alivió un ápice cuando Gabriel llegó y se sentó con ellos.

Gösta miró inquisitivo a Patrik. Él llevaría la batuta.

—Ellen ya se había ido al trabajo cuando llamasteis —dijo Yvonne, y se rascó el cuello con nerviosismo—. Y, la verdad, no se

ha encontrado muy bien últimamente, así que he pensado que era mejor no llamarla para que viniera.

—No pasa nada —dijo Patrik—. Queríamos hablar con vosotros tres.

Patrik dirigió la mirada a la caseta del barco, era lógico, pensó Gösta, pero luego volvió a mirar a la familia.

—Cuando revisamos la documentación de la investigación original descubrimos que, por desgracia, faltaban algunos detalles. Uno de ellos era que la caseta del barco jamás se inspeccionó. —Miró a Yvonne—. Y, bueno, ya sabes que mis colegas vinieron a echar un vistazo.

Yvonne volvió a rascarse el cuello.

Gabriel se inclinó hacia ellos.

—Pues no me explico qué sentido tiene que lo comprobéis treinta años después —dijo con cierto temblor en la voz—. ¿Y por qué buscáis aquí? A Sofie la sorprendieron de camino a casa, como puede comprender cualquiera.

—Tenemos que ser exhaustivos —dijo Gösta—. Es lamentable que se pasaran por alto algunas cosas en su día, pero ya no podemos hacer mucho por remediarlo. Salvo tratar de examinar a fondo aquello que no se investigó entonces.

Patrik señaló a Gösta.

—Al revisar el barco de Sofie, mis colegas encontraron en él una cuerda. Una cuerda de color azul en forma de dogal. ¿Sabéis algo al respecto?

Allan suspiró y miró a Gabriel, que se encogió de hombros y soltó una risa.

¿De verdad se había reído? Gösta no daba crédito, aquello era más absurdo de lo imaginable.

—Madre mía, ¿por eso estáis aquí, por el dogal? —Volvió a soltar una risotada—. Yo, bueno, tuve un período oscuro de adolescente. Preguntad a mi padre y a Yvonne. Estaban muy preocupados.

—Pues sí, Gabriel pasó una época en la que escuchaba no sé qué música espantosa de rock duro e insistía en pintar su cuarto de

negro —dijo Yvonne—. Y lo tenía lleno de todo tipo de objetos raros.

Buscó la mirada de Allan, que carraspeó un poco.

—No sé si hicimos bien o no, pero dejamos que siguiera con ello. Pensamos que ya se le pasaría. Como así fue, con el tiempo. Pero sí, en su cuarto había muchos chismes bastante morbosos. Es harto probable que hubiera un dogal, quien mejor puede responder a ello es él.

Gabriel les sonrió a los dos policías, pero había algo en aquella sonrisa que le daba a Gösta mala espina.

—Había un dogal, un par de navajas, una espada de samurái, y hasta tenía una de esas estrellas arrojadizas japonesas. Todo fue a la basura en alguna limpieza que hicimos después de la desaparición de Sofie, y no es imposible que la cuerda acabara en la caseta. La verdad, no lo recuerdo. En todo caso, no tiene nada que ver con Sofie.

—Sinceramente, a mí esto me parece de lo más extraño —dijo Yvonne, con el cuello entero enrojecido—. Los miembros de la familia quedamos descartados, es lo primero que hizo la policía, y la sensación fue que procedieron muy a conciencia, teniendo en cuenta lo exhaustivos que fueron con nosotros en lo relativo a coartadas y todo lo demás.

Miró a Gösta, que asintió.

—En esa parte de la investigación no hemos encontrado fallos. Y sé que una de las teorías era que quien se llevó a Sofie fue alguien que estaba de paso o un turista. Pero ahora tenemos lo de Aino.

—¿Ni siquiera sabéis si la muerte de Aino guarda relación con la de Sofie?

Allan bajó la vista y siguió con el dedo una veta en la madera.

—No podemos pronunciarnos acerca de las teorías que barajamos —dijo Patrik—. Pero debemos contemplar más hipótesis. Es la única forma de resolverlo de una vez por todas.

—A mí me parece que estáis perdiendo el tiempo —dijo Gabriel levantándose. Colocó la silla en su sitio con tal fuerza que la estampó contra el borde de la mesa—. Habéis tenido treinta años. Y

si al final resulta que la muerte de Aino está relacionada con la de Sofie, habrá costado otra vida. Es increíble.

—Tranquilo, Gabriel —dijo Allan, y le indicó a su hijo con la mano que volviera a sentarse—. La policía se limita a hacer su trabajo.

Se volvió hacia Patrik.

—Pero tenéis que comprender nuestra frustración.

—Lo entiendo perfectamente, todos lo entendemos. Y gran parte de los avances que se están haciendo en la investigación no podemos compartirlos con vosotros, pero estamos avanzando, eso sí lo puedo decir.

—Yo tengo que irme al restaurante ahora —dijo Gabriel—. Llamadme si queréis saber algo más, pero, sí, el dogal es mío, lo más seguro. Y si encontráis una estrella arrojadiza también es mía.

Fue a la entrada, cogió la chaqueta y salió dando un portazo.

—Disculpad a mi hijo. Tiene mucho temperamento. Y lo de Sofie le ha afectado muchísimo. A veces le cuesta gestionar sus sentimientos.

—Tranquilo, he visto cosas peores —dijo Patrik en tono conciliador—. En todo caso, ya sabemos de dónde ha salido el dogal.

Gösta y Patrik se levantaron. Gösta tenía la sensación de que había algo más por lo que debían preguntar, pero ¿qué?

Yvonne se subió el cuello de la camisa.

—La verdad, fue una época horrible la que pasó fascinado por todas aquellas cosas tan raras —dijo—. Allan y yo estábamos muy preocupados. Por suerte, un día desapareció todo, y pasó a colgar pósteres de futbolistas. Espera a que tus hijos sean adolescentes, Patrik, y comprenderás a qué nos referimos. Es como vivir en un manicomio un par de años, como si se convirtieran en otras personas.

—Vaya, qué alentador —dijo Patrik riendo—. Para mí, que tengo cuatro, serán muchos años de infierno adolescente.

Cuando se despidieron, volvieron al coche en silencio.

—No sé yo —dijo Gösta mientras se ponía despacio el cinturón de seguridad. Se agarró al tirador de la puerta cuando Patrik giró

para salir de Mörhult rumbo a Fjällbacka—. La explicación de por qué había allí un dogal parecía inocente, pero es una extraña coincidencia que a Sofie la estrangularan y que hayamos encontrado una cuerda en su barco.

Patrik asintió sin apartar la vista de la carretera.

—Esperaremos a ver si Farideh encuentra algo más. Pero estoy de acuerdo contigo. ¿Qué me dices? ¿Primero un café y luego Ellen?

—Primero el café. Me está haciendo falta.

Gösta se agarró aún más fuerte al tirador cuando Patrik tomó la curva hacia Galärbacken.

Gun miraba de reojo a Magdalena por encima de la mesa de la cocina.

—¿Es que hoy empiezas tarde?

Magdalena miraba por la ventana, con el rabillo del ojo veía aletear las cortinas estampadas de flores.

—Dos pacientes cancelaron la cita esta misma mañana con poca antelación, pero tendré que irme dentro de media hora más o menos.

—Sí, yo también debo ponerme en marcha pronto.

Se hizo un pesado silencio entre las dos. Magdalena mordisqueaba su sándwich de jamón cocido mientras trataba de encontrar un tema del que pudieran conversar. Gun la había invitado a desayunar cuando vio que estaba en la cabaña, pero ahora daba la impresión de no saber muy bien qué decir. Al final, se inclinó sobre la mesa de la cocina.

—¿De verdad crees que ha sido buena idea?

Magdalena dejó el sándwich en el plato. Negó con la cabeza.

—No lo sé. Es que no sabía adónde ir. Pero si quieres que me vaya, me iré, por supuesto, no quiero molestar.

—No, no era eso lo que quería decir. Es solo que estoy preocupada. Han pasado muchos años.

Magdalena asintió, y volvió a reinar el silencio. Los recuerdos de antaño azotaron a Magdalena en oleadas. Todos los desayunos que había tomado allí, con Jocke y con sus padres. Desayunos llenos de animada conversación, desenfadados, donde todos hacían lo posible para que ella se sintiera en casa. Ella no solo quería a Jocke, sino que adoraba todo su entorno, a su familia, el amor que se tenían y que se mostraban sin cesar. Todo aquello que ella nunca tuvo.

Como si hubiera podido leerle el pensamiento, Gun dijo:

—Sentíamos muchísima pena por ti. Eras como un ave herida cuando llegaste a nosotros. Y nos encantaba tenerte entre nosotros.

—Y a mí estar aquí —dijo Magdalena en voz baja.

Trató de tomar otro bocado, pero el pan le crecía en la boca, así que dejó otra vez el sándwich en el plato.

—Lo digo en serio. Si queréis, me marcho hoy mismo. No quiero ser un incordio. Puedo alojarme en el hotel Stora mientras busco una habitación que alquilar. O si no, vuelvo a Gotemburgo, tengo un colega de Médicos Sin Fronteras que trabaja en un centro de salud de la ciudad y siempre me dice que tengo un puesto allí cuando quiera.

Gun se inclinó a un lado, cerró la ventanita y el aleteo de las cortinas cesó.

—No queremos que te vayas. Soy una boba y estoy asustada. Joakim es todo lo que tenemos, ya lo pasamos muy mal todos los años que estuvo en el extranjero. Y estamos contentísimos de que haya vuelto a casa. Y esta siempre será tu casa también, Magdalena. Ya hemos dejado atrás lo trágico, lo mejor es no pensar en ello.

—Y lo he intentado, pero no sé si es viable siquiera. Dejar atrás algo así. Creo que la vida es como una mochila que siempre llenamos con lo que nos ocurre, de modo que se vuelve cada vez más pesada.

Gun se la quedó mirando.

—Tú mira hacia el futuro. No pienses en ello.

—Al oírtelo decir, parece fácil.

Gun se levantó, se dirigió al frigorífico y sacó un cartón de zumo de naranja para llenar los vasos.

—Imagínate que cierras una puerta, y luego procuras no abrirla nunca más.

Magdalena tomó un sorbo de zumo e hizo una mueca al notar lo agrio del sabor. En el pecho no paraba de crecerle un nudo. Desearía tener la capacidad de Gun para cerrar puertas. De ser así, no habría tenido que dedicar treinta años a buscar a la desesperada el perdón.

Gun le cogió la mano y la miró a los ojos, como para subrayar lo que pensaba decir.

—Lo que tenga que ser, será, pero nunca hablamos de lo que ha sido.

—Lo que tenga que ser, será —murmuró Magdalena.

Le habría gustado poder decir esas palabras con más convencimiento.

—¿Ellen? ¿Tienes un minuto?

Patrik llamó con unos toquecitos discretos a la puerta del despacho de Åldersro.

Ellen levantó la vista del ordenador.

—Pasa. Me imaginaba que vendríais.

Patrik y Gösta entraron y se sentaron frente a ella. Tenía el escritorio lleno de fotografías de Gabriel y de los niños.

—Comprendo que queráis hacerme algunas preguntas —dijo.

Parecía cansada. Cansada y resignada.

Patrik se aclaró un poco la garganta y sacó el cuaderno de notas.

—He estado hablando con mi mujer, como habrás imaginado. Y tenemos unas dudas que plantearte. Lo primero de todo: ¿por qué no mencionaste nunca lo de los vaqueros? La prensa y la televisión mostraban a todas horas fotografías de la ropa que llevaba Sofie cuando desapareció.

—Mis vaqueros. No sus vaqueros. Y sí, claro, comprendo que fue un grave error por mi parte. No sé qué te habrá contado Erica.

—Cuéntanoslo todo, como si no supiéramos nada. Empieza por el principio.

Ellen se apartó de la cara un mechón suelto y se retrepó en la silla. Todo era paz y tranquilidad en Åldersro. Lo único que se oía era el sonido lejano de un televisor encendido.

—Sofie y yo tuvimos una pelea terrible esa noche en la fiesta. Estábamos borrachas y nos enzarzamos. Por algo tan ridículo que ni recuerdo qué fue. Y Sofie estaba destrozada. Empezó a gritar que no quería seguir viviendo. Me pareció que estaba pasándose de dramática y no cedí, así que me tiró a la cara la gargantilla que yo le había regalado y me mandó al cuerno. Luego, cuando me enteré de que la daban por desaparecida…

Ellen se enjugó una lágrima que le rodaba por la mejilla.

—Todos estos años he vivido pensando que se había suicidado. Y que devolvió los vaqueros que le presté porque sabía que a mí me encantaban. Así que siempre creí que se encontraba ahí, en el mar. Y supongo que creí que lo de los vaqueros no tenía tanta importancia, ni la gargantilla tampoco.

Durante unos minutos, Ellen escondió el rostro entre las manos y lloró acongojada. Patrik y Gösta aguardaron en silencio, aunque Gösta se removía en la silla al lado de Patrik.

Finalmente, Ellen levantó la vista. Alargó la mano en busca de un paquete de pañuelos que había en el escritorio. Se secó los ojos a toda prisa y se sonó la nariz.

—Entiendo tu reacción —dijo Patrik con calma—. Nadie te acusa de nada, pero en el bolsillo había una nota, ¿verdad?

Ellen asintió.

—Sí, había una nota. Decía: «Te quiero». Se la entregué a Erica.

—La hemos visto, sí —dijo Gösta.

Patrik miraba a la mujer apesadumbrada que tenía delante. ¿Debería contarle que Dan había escrito esa nota para ella? ¿Mejoraría en algo la situación o, al contrario, no haría sino empeorar las cosas más aún?

—¿No tienes ningún recuerdo de por qué discutisteis Sofie y tú aquella noche? —preguntó.

Ellen negó con la cabeza.

—Esa noche está muy borrosa. Solo recuerdo fragmentos. Que las tres estábamos de un humor de perros. Magdalena estaba enfadada, aunque no tengo ni idea de por qué. Luego ella y Jocke se fueron al dormitorio de él y se quedaron allí el resto de la noche. Los chicos no paraban de darles la lata, subieron varias veces a aporrear la puerta y a meterse con ellos. Sofie estaba de mal humor por algo y no paraba de gritar y de llorar, y luego la tomó conmigo no sé por qué. Así que me enfadé y le respondí a gritos también. Después de aquello, me quedé en un rincón, me enrollé con un chico y pasé de todo lo demás. Fue un caos, es lo único que puedo decir.

Ellen cogió otro pañuelo y se sonó discretamente.

—Siempre nos habíamos llevado bien, éramos una piña. A la mañana siguiente, cuando me desperté, sufrí un ataque de angustia, lo único en lo que podía pensar era que teníamos que hablar para reconciliarnos. Solo que ya era demasiado tarde.

Se enjugó otra lágrima. Dejó escapar un suspiro.

Patrik se inclinó un poco hacia delante.

—Acabamos de estar en casa de tus suegros y hemos hablado con ellos y con tu marido acerca de un dogal que encontramos en el bote de Sofie.

Ellen dio un respingo.

—¿Un dogal? ¿En el bote? Pero si esa caseta lleva todos estos años cerrada a cal y canto.

—Sí, eso es —dijo Gösta.

Miró de reojo a Patrik, que se dio cuenta de que Gösta pensaba que estaba siendo un poco duro. Ellen daba toda la sensación de poder venirse abajo en cualquier momento, pero él no tenía mucha paciencia para las mentiras. Y Ellen había mentido. O, por lo menos, se había pasado treinta años ocultando información importante.

—Por razones que ahora no puedo aclarar, no llegamos a inspeccionar la caseta después de la desaparición de Sofie. Sin embargo, al examinarla ahora, hemos encontrado el dogal. Y, tal como dices, lleva treinta años cerrada a cal y canto.

—Pero ¿un dogal? ¿Cómo es posible? Es de lo más absurdo.

Ellen los miraba desconcertada.

Patrik se aclaró un poco la garganta.

—Gabriel asegura que es suyo.

Ellen frunció el ceño.

—Pero ¿por qué iba Gabriel a…?

Se retrepó en la silla y volvió a suspirar.

—Bueno, sé que tuvo un período en el que fue muy aficionado a…, en fin, temas escabrosos. Iba al instituto vestido de negro y con los ojos pintados de negro, lo que en Tanumshede llamaba mucho la atención. Si alguien me hubiera dicho entonces que él y yo íbamos a casarnos y a tener hijos…

Ellen sonrió un poco y, de pronto, pareció diez años más joven.

—Había varias bandas de rock duro con las que estaba obsesionado, y adoptó esa cultura. Supongo que son fases típicas de los adolescentes, ni más ni menos.

—Sí, eso fue lo que nos dijo él.

Ellen debió de reaccionar a algún matiz en la voz de Patrik, porque le dirigió una mirada cortante.

—Gabriel no tiene nada que ver con esto. Yvonne, Allan y él quedaron destrozados con lo que le ocurrió a Sofie. Sin lugar a dudas.

Sufrió un golpe de tos y cogió otro pañuelo del paquete.

—¿Sabéis algo más de mi madre?

Se secó los ojos con el pañuelo.

—Estamos llevando a cabo un trabajo muy minucioso. A Erica le comentaste un dato sobre el que queríamos preguntarte. Le dijiste que Aino escribía en un cuaderno a modo de diario, ¿es cierto?

Ellen asintió.

—Sí, el cuaderno de mamá. El cuaderno del dolor.

—¿Por qué lo llamaba así? —dijo Gösta.

—En él anotaba todas las citas con quienes habían perdido a alguien, todos los entierros en los que cantaba y todas las almas con las que, según ella, se encontraba entonces. También anotaba en él sucesos importantes de su vida. Era como un diario. Aunque un

diario emocional. No de los de «hoy hace sol y sopla el viento», sino de asuntos que le afectaban desde el punto de vista sentimental.

Patrik soltó un taco para sus adentros. Ese cuaderno les habría sido muy útil.

—¿Y dices que ha desaparecido? —preguntó.

—Siempre lo tenía en el cajón de la mesita de noche. Si no estaba en su habitación, ha debido de llevárselo alguien.

—¿Y se te ocurre por qué querría nadie llevarse ese cuaderno?

Patrik cambió de postura en la silla, el sol le daba en los ojos con demasiada intensidad.

Ellen negó con la cabeza.

—Mi madre siempre intentó ahorrarme todo lo que era duro en su vida. Ella era mi puerto, el regazo acogedor en el que siempre podía refugiarme. Recuerdo la noche que volví a casa de la fiesta. Era la primera vez que llegaba borracha, y aún estaba enfadada por la pelea con Sofie. Mi madre no dijo una palabra. Me ayudó cuando empecé a vomitar y me obligó a beberme un litro de agua. Luego preparó chocolate caliente y unos sándwiches. Y se limitó a abrazarme, no dijo nada. Pero…

Ellen clavó la mirada en el suelo.

—Pero ¿qué? —dijo Patrik.

Se desplazó otro poco: los rayos del sol parecían decididos a perseguirlo dondequiera que se sentara.

—Recuerdo que me dio la impresión de que ella también estaba triste cuando llegué a casa. Eso no era normal. Mi madre nunca estaba triste. Pero esa noche me di cuenta de que había estado llorando. Yo era una adolescente egocéntrica, ocupada al máximo con mi propio drama y, en aquel momento, no me hice preguntas.

—Y, al pensar en ello ahora —dijo Gösta—, ¿tienes idea de por qué podía estar triste esa noche?

Al cabo de unos segundos, Ellen negó con la cabeza.

—Hacía tiempo que no la veía tan contenta como ese año. Estaba a gusto en el trabajo, le encantaba que Sofie y Magdalena vinieran a casa. Estaba feliz. —Se encogió de hombros—. Tal vez

ocurriera algo en el restaurante. A lo mejor estaba cansada, porque eran demasiadas horas. El caso es que, no sé por qué, a mí se me quedó grabado en la memoria que estaba triste, justo por lo raro que era.

Patrik apartó la silla de la ventana y del sol. Ellen y Gösta lo observaban en silencio.

Se excusó con un gesto, antes de continuar.

—¿Sabes si conoció a alguien? —dijo—. ¿Llevaba a algún hombre a casa? ¿O había alguien con quien tú supieras que se veía?

Ellen lo miró pensativa.

—¿Y eso qué importa? ¿Qué importancia tiene que conociera a alguien hace años? La han asesinado ahora. Pero, no, no tengo ningún recuerdo de nada parecido. Sé que circularon una serie de rumores sobre Allan y ella, las chismosas de aquí tuvieron la amabilidad de contármelo. Pero yo no me lo creo ni remotamente. Conozco a Allan desde hace muchos años, he sido una parte de la familia, así que me habría enterado. Y, además, él nunca se habría atrevido. Yvonne lo vigila como un halcón. No puedo ni imaginar lo que habría ocurrido si hubiera sorprendido a Allan en una historia así.

Una risita nerviosa.

—Qué va, eso son solo rumores de pueblo. Nunca he pensado que tuvieran la menor relevancia.

—¿Y lo que Aino le dijo a Erica de que había algo que quería contar? —dijo Patrik.

—Sinceramente, no tengo ni idea de lo que puede ser, pero mi madre sufría demencia. ¿Quién sabe lo que tenía en la cabeza?

Patrik miró a Gösta, que negó con un gesto.

—Pues muchas gracias, ya hemos acabado por esta vez. Y quiero que sepas que estamos haciendo todo lo posible por averiguar qué le ha sucedido a tu madre.

—Os lo agradezco mucho —dijo Ellen con una sonrisa que, sin embargo, no llegó a reflejarse en sus ojos.

Cuando se marcharon, los despidió con un ademán de cansancio.

Erica suspiró después de colgar. Su suegra quería invitarla a almorzar en el Bryggan. No era lo que mejor le venía en esos momentos, pero decirle que no a Kristina era como tratar de atrapar a un cerdo enjabonado. Sin saber cómo, se oyó a sí misma decir no solo que iría, sino incluso lo bien que lo iban a pasar.

Kristina ya había llegado cuando ella aparcó el carrito fuera y entró con Nora en la sillita. Su suegra le hizo señas con la mano por si no la había visto, a pesar de que el restaurante estaba casi vacío, que era lo habitual una vez que la temporada turística llegaba a su fin.

—¡Estoy aquí! —Kristina se quedó mirando a Nora—. ¿No le pones más ropa de abrigo para sacarla a la calle? ¡Va a pillar una pulmonía! Tengo un mono de lana de cuando Patrik era pequeño, te lo doy, la lana mantiene el calor de verdad, no como esos materiales nuevos que tienen que «respirar».

Erica tragó saliva varias veces para no hacer ningún comentario respecto a las prendas de lana que su suegra le regaló cuando nació Maja, y que le provocaron erupciones durante más de una semana.

Dejó la sillita de Nora en la silla que había a su lado y se sentó.

—Me he tomado la libertad de pedir para las dos. No había mucho donde elegir para quien mira bien lo que come, pero al menos tenían ensalada de gambas.

Erica miró con añoranza el menú. Hoy, precisamente, le habría apetecido mucho más una de sus pizzas.

—Ensalada de gambas, perfecto.

En ese preciso momento les pusieron en la mesa dos fuentes de ensalada. Kristina llamó a la camarera, que ya iba de camino a la cocina.

—Perdón, quería preguntar, estas verduras, ¿son ecológicas? Es que no como nada fumigado con productos químicos. Y el aliño, ¿puede ser sin lactosa?

La camarera murmuró una respuesta inaudible y se marchó.

—Es increíble que los restaurantes no sean un poco más responsables. Y no es solo por salud, sino también por el medio ambiente. Por cierto, he visto que Patrik y tú utilizáis mucho plástico en la cocina. Hay muchísimos informes científicos que demuestran lo perjudicial que es y la cantidad de plástico que ingerimos procedente de objetos de cocina normales y corrientes. Yo lo he sustituido todo por madera, y los *tuppers* de plástico por otros de cristal.

Uno de los cocineros salió de la cocina y se dirigió a su mesa. Erica quiso que se la tragara la tierra al ver que era Dragan, antiguo compañero de clase de Dan, así que hizo como que estaba muy concentrada en quitarle a Nora la rebeca.

—Hola, Kristina, ¿todo en orden?

Le dedicó una amplia sonrisa y saludó a Erica con la cabeza.

—Bueno, quería saber si las verduras son ecológicas. Y si tenéis algún aliño sin lactosa. Ah, y si el pan puede ser integral.

—Las verduras son ecológicas, sí. Y, por supuesto, ahora mismo te traemos aliño sin lactosa y pan integral. ¿Para ti también, Erica?

Erica sabía que, para estar a buenas con su suegra, la respuesta debería ser sí, pero, sencillamente, aquel no era día de pan integral.

—A mí me va bien así, gracias.

Kristina la miró decepcionada cuando Dragan se alejó.

A medio camino, el cocinero se detuvo y volvió a la mesa.

—Por cierto, Erica, ¿te has enterado de algo más sobre la investigación? Yo a mi mujer tengo que contárselo todo, si no, me toca dormir en el sofá.

Se rio de buena gana.

—¿A qué te refieres? —dijo Erica.

Nora empezó a protestar un poco, así que se la sentó en el regazo.

—Nada, es que me llamaron de la comisaría hace unos días para preguntarme por la fiesta de la que desapareció Sofie, ya sabes. Y Dan también estuvo.

Erica asintió.

—Ah, claro, sí, hablé con él del tema. Pero no parece que tuviera mayor trascendencia.

—Pues menos mal, porque estábamos como cubas. Gun y Bengt debieron de quedarse a cuadros cuando volvieron a casa. Seguro que fueron los vecinos los que llamaron, porque estábamos armando mucho jaleo. Supongo que a Jocke le cayó una buena.

Dragan se rascó la nuca, parecía avergonzado.

—Y eso que Magdalena y él ni siquiera estuvieron abajo en la fiesta, se la pasaron en la cama, en el cuarto de Jocke. Nosotros no paramos de darles la lata aporreando la puerta, pero nada. Luego, cuando llegaron los padres, nos echaron de allí en medio del escándalo, y ahí se les acabó la fiesta, claro.

De pronto, se puso muy serio.

—Si puedo ayudar de alguna forma… Es terrible, todo es terrible. Y ahora, Aino. Nadie habla de otra cosa. Dile a Patrik que espero que atrapen al culpable.

—Descuida, se lo diré —murmuró Erica.

Dejó de nuevo a Nora en la sillita y vertió el cuenco entero de aliño en la ensalada.

—Ayer estuve hablando con Sylvia —dijo Kristina inclinándose hacia delante—. Me contó que Patrik se había pasado por allí.

Erica dejó el tenedor. Acababa de comprender por qué Kristina había querido comer con ella de pronto.

—Tú no puedes comentar esas cosas, Kristina. Y Sylvia no debería habértelo contado.

—Bah, no pasa nada. Sylvia y yo nos hemos hecho muy amigas. Y ella sabe la confianza que tenemos Patrik y yo. El caso es que me dijo algo así como que podían usar las bases de datos de los estudios genealógicos para encontrar al asesino.

Dragan volvió en ese momento con el pan integral y otro cuenco de aliño, y Erica mandó callar a Kristina. Cuando el cocinero se hubo marchado, continuó en voz baja:

—Ya has oído lo que ha dicho Dragan: el tema está en boca de todos, y los periódicos no paran de buscar información. Patrik no lo

tendría nada fácil si se filtraran datos de la investigación. Sobre todo, si es a través de su madre.

—Por supuesto, lo entiendo. Soy muy discreta.

Kristina bajó la voz con tono dramático e inspeccionó el pan con mirada crítica.

—Esto parece mezclado con harina blanca. Les daré mi receta, solo contiene fibras saludables. Algo difícil de masticar, pero también es saludable masticar bien.

Levantó la vista hacia Erica.

—Sylvia me dijo que la policía está esperando la autorización. ¿Cuánto puede tardar? No serán meses, ¿verdad? Sylvia está lista para el pistoletazo de salida, la vi emocionadísima ante la idea de ayudar a la policía.

—En esta ocasión yo creo que puede ir bastante rápido. La prueba de ADN ya la tienen, y se trata de un caso prioritario. Me figuro que le darán caña al tema. Pero no hables de esto con nadie, por favor.

Kristina asintió.

—Con nadie.

Hizo un gesto como si se cerrara la boca con llave y la arrojase lejos.

Erica soltó un suspiro.

—Pareces cansada, Erica. Si es lo que yo digo, que no os cuidáis como es debido. Tendrías que empezar cada mañana con diez minutos de *mindfulness*. Yo tengo una paz interior increíble desde que empecé, Gunnar dice que es como si fuera otra persona. Y tengo una aplicación fenomenal que podrías usar.

Lo primero que pensó Erica fue que preferiría clavarse en el pecho el cuchillo que sostenía en la mano que tener que escuchar todas las mañanas a algún yogui diciéndole «escucha tu interior» o lo que quiera que dijeran. Pero tenía la sensatez suficiente como para no protestar.

—Anna va a redecorar la casa de Bengt y Gun Hagman. Va a hacerles una reforma —dijo en un intento desesperado de cambiar

de tema.

Hablar de otras personas y sus proyectos siempre era un buen método para desviar la atención de Kristina.

—Anda, pues qué bien. La verdad, no escatiman en nada. Ese Volvo nuevo tremendo que tienen no habrá sido barato, y reformar una casa tan grande y tan antigua debe de costar una fortuna. Pero la última vez que pasé por delante me pareció que estaba muy descuidada, así que hacen bien en tomar medidas. Si necesitan ayuda de carpintería, dile a Anna que Gunnar lo hará encantado.

Una camarera pasó con una pizza que olía a gloria, y Erica notó un rugido anhelante en el estómago. Cuando llegara a casa, sacaría un bollo del congelador. Se lo merecía.

—A ver, ¿quieres pedírselo ahora, mientras aún hace buen tiempo? ¿O más adelante?

Paula se sentó en el borde de la mesa de Martin.

—Pues si ya tengo el anillo, ¿para qué esperar?

Martin se ruborizó hasta la coronilla.

—Y pensar que hasta tú te has convertido en adulto. Una esposa, hijos, una casa —dijo Paula para chincharle.

—Ya, quién lo iba a imaginar.

Martin le sonrió a su colega. Había madurado tarde, y lo sabía. Había dedicado demasiados años a jugar. Fue Pia quien le ayudó a comprender que ya era adulto. Pia y su hija Tuva. Tuvo que cerrar los ojos un instante cuando lo traspasaron los recuerdos.

Cuando volvió a abrirlos, comprobó que Paula lo miraba con cariño.

—Nadie podría alegrarse más que Pia al verte hoy. Ella habría querido que siguieras adelante con tu vida y que fueras feliz con una nueva familia.

—Lo sé.

Martin miró el retrato de Pia, que aún tenía en el escritorio de la oficina. También tenía fotos de ella en el hogar que compartía con

Mette, que nunca puso ninguna objeción, sino que, al contrario, pensaba que era la madre de Tuva y que, por tanto, siempre tendría un lugar en sus vidas. Una de las miles de razones por las que Martin quería a Mette.

—¿Tú sabes cómo quiere celebrarlo Mette?

—Ella quiere una boda en el jardín de casa. Una celebración discreta, con nuestros amigos más íntimos.

—Me parece precioso —dijo Paula—. Y yo, a punto de volver a Tinder.

Martin soltó un lamento.

—Joder, yo me muero antes que meterme en Tinder otra vez.

Levantó la vista hacia Paula, que movía las manos en señal de que no se lo había tomado a mal. Pero así lo sentía él hasta la médula: todas aquellas mañanas que se despertaba en un piso nuevo cada vez, incapaz de recordar cómo se llamaba la persona que tenía a su lado. La sola idea lo dejaba exhausto.

—No pasa nada. El tema de cómo vamos a vivir se ha resuelto. Me quedaré con el piso de mi madre y Bertil. Ya han encontrado un apartamento en España.

—¡Vaya! Así que al final apuestan por irse.

Martin se esforzó por asimilar la idea. La vida en la comisaría no sería igual sabiendo que Mellberg no estaba durmiendo en su despacho. Por extraño que pudiera parecer, él también se había convertido con los años en otro miembro más de la familia. Como ese tío que en realidad nadie quería ver en las fiestas familiares, pero que todos echaban de menos si no acudía.

El sonido de una llamada los sobresaltó a los dos. Procedía del despacho de Patrik.

—Algún periodista otra vez, seguro. Ojalá entendieran que no podemos facilitarles información de las investigaciones.

El teléfono seguía sonando y Martin se levantó.

—Voy a responder. Total. No se rinden nunca.

Entró en el despacho de Patrik y atendió la llamada.

—Aquí Martin Molin.

—Hola, soy Farideh. Quería hablar con Patrik.

—Está fuera, puedes llamarlo al móvil, pero ahora mismo estará ocupado. Si quieres que le diga algo…

—Sí, claro, te lo digo a ti. Ya tenemos los resultados de los análisis de la cuerda. Han hallado rastros de ADN de Sofie. La localización y la cantidad indican que la tuvo alrededor del cuello.

—Joder. Se lo diré a Patrik. Gracias.

Martin se quedó mirando el teléfono después de colgar. El ADN de Sofie en la cuerda… Comprendía que se trataba de una información trascendente, pero no hacía más que suscitar más interrogantes. Si a Sofie la estrangularon con el dogal, ¿cómo no lo llevaba al cuello cuando la metieron en la tumba? ¿Y por qué estaba en su barco?

Llamó al móvil de Patrik y le dejó un mensaje de voz.

—¡Buenos días! ¡Soy Bertil! Mellberg. Eso es, Bertil Mellberg. De la comisaría de Tanumshede.

Bertil frunció el ceño con cara de irritación. Qué poca memoria tenía la gente para los nombres. Había conocido al jefe regional en un congreso en Gotemburgo haría dos o tres años, y se presentó debidamente.

—Exacto, nosotros somos los que llevamos la investigación sobre el caso de Sofie. Sí, desde luego, estamos avanzando mucho. ¿La autorización? Pero ¿qué autorización? ¿Para el ADN?

Bertil cerró los ojos. Trataba de recordar lo que habían comentado en las reuniones. En realidad, ¿cuándo fue la última vez que participó en una reunión? Se le habían juntado tantas cosas que se vio obligado a delegar mucho en Patrik.

—Sí, claro que estoy al corriente, es solo que en estos momentos tenemos muchas vías de investigación abiertas. Sí, vamos a ver qué ocurre.

Bertil se rascó la calva presa del desconcierto. No tenía ni idea de lo que le hablaba el jefe. Se imponía una conversación con Patrik al

respecto en cuanto volviera. La comunicación era el alfa y la omega de una dirección eficaz.

—El caso es que, en realidad, yo llamaba por otro motivo. He tomado la dura decisión de que ya es hora de dar el relevo. En fin, de dejar la jefatura. De dejarlo todo. No, no de inmediato, como es lógico, antes quiero llegar al esclarecimiento de este caso. No se me ocurriría dejar al equipo desamparado en medio de una investigación tan trascendente.

Desplazó un pie y Ernst soltó un suspiro de desencanto desde debajo de la mesa.

—Quería avisar con tiempo, porque sé que se trata de un hueco importante que suplir. Muy bien, estupendo, entonces ya está dicho, enviaré la documentación en cuanto cierre este caso.

Bertil colgó. Debía reconocer que lo decepcionó un poco el que no hubieran recibido la noticia con más protestas, pero seguramente así eran las cosas en el seno de la política policial. Los colegas exitosos se consideraban una amenaza, no un recurso. Así que, llegado el momento, en el cuartel general todos celebrarían que un cerebro policial de su calibre abandonara el Cuerpo.

Se inclinó y le acarició a Ernst la cabeza. El animal emitió un gruñido de placer.

Bertil abrió un cajón y sacó una bola de coco Delicato del paquete. La vida podía ser muy ingrata a veces, no cabía duda. En fin, una vez que se hubiera marchado, lo echarían de menos. Entonces comprenderían hasta qué punto había sido un recurso decisivo para la profesión policial en general y para la comisaría de Tanumshede en particular.

Abrió el ordenador y pinchó las fotos del apartamento en la página de la inmobiliaria. Enseguida se sintió más animado. Mientras los demás seguían trabajando como esclavos, él pasaría los días con Rita sentado al sol disfrutando de la vida. Tal vez debería iniciarse en algún hobby. Los días podían resultar largos cuando uno no tenía nada que hacer. La lectura nunca había sido su fuerte, eso ya lo hacía Rita, que andaba enfrascada en algún libro a todas horas. Pero él siempre había tenido el pálpito de que poseía aptitudes para los

negocios bursátiles. ¿Tal vez podría probar en ese campo? O en lo de la nueva moneda digital, el bitcoin, quizá. Algún negocio con el que aumentar un poco la pensión.

Sacó otra bola de coco de la caja y se recostó en el sillón mientras se la comía. Seguramente, echaría otra cabezadita.

—Qué pronto has vuelto.

La voz de Jocke hizo que Magdalena girase la cabeza. Lo vio en el seto, regando las plantas.

Magdalena se le acercó cruzando el césped bien cuidado y dejó atrás la cabaña de invitados. Entonces vio que Jocke estaba regando las orpinas, la hierba del amor. Qué irónico era todo.

—He cancelado las últimas visitas de hoy. Necesitaba respirar.

—¿Nos sentamos un rato?

Jocke la cogió del brazo y la llevó hacia un manzano. Magdalena no se lo impidió. El calor de la mano de Jocke en su brazo le resultaba familiar. Demasiado familiar. Ya no era capaz de discernir entre lo que era bello y lo que era feo. Por eso había cancelado las citas con los pacientes. Poco a poco, sentía cómo se resquebrajaba la realidad que con tanto esmero había hilvanado. Magdalena, la médica que había vivido salvando vidas en varios países africanos. Magdalena, la mujer cuyos colegas habían ensalzado como a una heroína. La humanista, la que a todos socorría, esa buena persona.

Se sentaron en el viejo banco de madera, junto a la no menos vieja mesa, bajo el manzano. Magdalena se miró las manos. Le temblaban. Unas manos que habían salvado muchas vidas. Unas manos que habían sostenido a niños moribundos, que habían visto cómo se les escapaba la vida o cómo regresaba a sus cuerpos. Lo había intentado. Lo intentó de verdad.

La conversación con Gun durante el desayuno le había llegado a los rincones más recónditos del corazón. Las manos no pararon de temblarle durante todo el trayecto. Y aún le seguían temblando.

Jocke le cogió una entre las suyas.

—¿Recuerdas lo que hay grabado bajo el tablero?

Magdalena asintió. Se sentía como si se le hubiera desprendido un trozo del pecho y estuviera suelto, arañándole, sangrando. Le recordó a un cuento que había leído de niña, *La reina de las nieves*, de H. C. Andersen, en el que las esquirlas de un espejo mágico convertían en hielo un corazón en cuanto una sola lo penetraba. ¿Sería eso lo que le había ocurrido a ella?

—Nuestras iniciales —respondió—. Las grabamos cuando hicimos un año juntos.

Jocke se agachó y miró debajo del tablero.

—Ahí siguen. Y verás, Magdalena… —El flequillo rubio le llegaba por los ojos mientras la miraba a la cara—. Yo creo que no son solo nuestras iniciales lo que sigue ahí. Nosotros también seguimos ahí. No creo que quisiéramos estar separados. No he dejado de pensar en nosotros a diario desde entonces. Y creo que a ti te ha ocurrido lo mismo.

Seguía mirándola. Irradiaba tanta esperanza que Magdalena tuvo que apartar la mirada.

—Sí, he pensado mucho en nosotros —dijo al fin—. En todo. Y cuando no pensaba en ello, soñaba con ello.

Jocke empezó a respirar más rápido, le apretó la mano.

—¿No entiendes lo que eso significa? Estamos hechos para vivir juntos. La cosa se complicó un tiempo. Deberíamos habernos aferrado el uno al otro. Pero ahora se nos ha presentado otra oportunidad. No puede ser puro azar que los dos hayamos vuelto aquí. Donde empezó todo. Podemos dejar atrás el pasado. Empezar de nuevo.

Lo mismo que Gun le dijo por la mañana. Aunque con otras palabras. La esquirla se desplazó un poco en el pecho, más cerca del corazón. Una parte de ella quería creer que lo que Jocke proponía era viable. Una parte de ella lo amaba aún con tanta fuerza que parecía que iba a estallarle el corazón.

Como si hubiera oído sus pensamientos, Jocke prosiguió:

—Es posible, Magdalena. Es posible. Hoy somos más sensatos, más maduros, sabemos más de la vida. El plan siempre fue que

estuviéramos juntos. Yo jamás cometería los mismos errores. Tú jamás cometerías los mismos errores.

—¿De verdad lo crees? —dijo Magdalena en voz baja—. ¿Somos más sensatos? ¿Más maduros? ¿Sabemos más de la vida? Todo lo que he visto hasta ahora me ha hecho sentir que sé menos.

—Somos lo bastante inteligentes para saber cuándo es hora de seguir adelante. De dejar atrás el pasado. Por favor, Magdalena, yo te quiero. ¡Quiero lo que somos! ¿No podemos seguir construyendo sobre esa base? Según el plan inicial.

Una manzana cayó a su lado de golpe. Aún estaba de un amarillo reluciente, perfecta, intacta. Pronto empezaría a pudrirse en la tierra, le saldrían manchas oscuras que se extenderían poco a poco hasta que solo quedara una plasta marrón.

La esquirla se desplazó más cerca aún del corazón. El cuerpo entero de Magdalena ansiaba apoyar la cabeza en el pecho de Jocke, hundirse en su costado y sentir cómo la envolvía su calor. Pero eso solo le proporcionaría una tregua breve y vana ante el frío que se le extendía por las entrañas.

Esa esquirla llevaba treinta años moviéndose por su cuerpo, recordándole su presencia de vez en cuando gracias a sus bordes afilados. No había vuelta atrás. Su destino había tomado otro rumbo. Y Jocke era un loco si creía que era posible olvidarlo. Había instantes en los que ella, de forma irreflexiva, se había convencido de que así era. Pero no, jamás podría olvidar. Y ahora sabía qué era lo que tenía que hacer.

Magdalena se levantó de la vieja mesa de madera y se dirigió a la cabaña de invitados. Mientras cerraba la puerta sentía en la espalda el amor de Jocke.

Patrik aún tenía el rostro cansado de Ellen en la cabeza cuando él y Gösta entraron en la comisaría.

Martin se les acercó raudo por el pasillo.

—¿Has visto mi mensaje?

—No, se me habrá pasado —dijo Patrik. ¿Otra vez tenía el móvil en silencio? Era facilísimo darle sin querer al dichoso botón.

—Farideh llamó a tu despacho, así que respondí. Han encontrado en la cuerda del dogal el ADN de Sofie.

—Joder —dijo Gösta—. Pues entonces habrá que hablar otra vez con los Rudberg. Ya os dije que ahí había algo raro.

—Lo abundante de la muestra indica que la tuvo alrededor del cuello —dijo Martin, balanceándose angustiado sobre los pies.

A Patrik empezó a acelerársele tanto el pulso que le zumbaba la cabeza.

—O sea, en el bote de Sofie hay una cuerda que tiene su ADN. Y en el cadáver se aprecian lesiones que apuntan a un ahorcamiento. La cuestión es solo por qué estaba allí la cuerda, y por qué el cadáver de Sofie apareció sin ella en la tumba del cementerio.

—Justo lo que pensé yo —dijo Martin.

Se dirigieron a la cocina. Tenían que actualizar las pizarras, plasmar en ellas todas las ideas y teorías. Los pensamientos ya empezaban a enfrentarse entre sí en la cabeza de Patrik, que apremió el paso.

—¿Y si citamos a Gabriel? —dijo Gösta—. Para un interrogatorio más formal.

Patrik negó con la cabeza.

—Todavía no. Lo único que tenemos es un montón de suposiciones. No olvides que en el armario de Sofie había fibras de cuerda que coinciden con las del dogal y con las halladas en la tumba. Ese es un dato que tenemos que encajar en el rompecabezas. Yo quisiera tener algo más sólido antes de citar a más testigos.

Se dirigió a la pizarra y cogió un rotulador.

—¡Hedström! —rugió Mellberg desde su despacho.

Patrik miró a Martin, que se encogió de hombros al tiempo que negaba con la cabeza.

—Sé tan poco como tú, pero no parece contento.

—Más vale resolverlo cuanto antes.

Patrik llamó a la puerta y abrió.

Mellberg levantó la vista de su mesa y le indicó que entrara.

—Siéntate.

Le señaló la silla que tenía enfrente.

—He estado hablando hoy con la Jefatura y dicen que has pedido autorización para conseguir datos de ADN de estudios genealógicos. He quedado como un idiota que no tenía ni idea. ¿Por qué no me lo habías comunicado?

Mellberg se inclinó hacia delante sobre la mesa. Tenía la manga y la pechera del jersey llenos de migas.

—Llamamos a la puerta esta mañana, cuando íbamos a celebrar la reunión, pero, como no respondías, pensamos que estarías fuera. Y, claro, luego nos fuimos Gösta y yo. Pero, desde luego, debería habértelo comunicado. El fallo es solo mío.

Mellberg gruñó un poco, pero se lo veía apaciguado.

—Sí, esta mañana he salido a un asunto policial importante. En fin, un error lo comete cualquiera, pero ten en cuenta que una comunicación fluida es la clave de todo trabajo policial, y puesto que yo soy quien dirige esta investigación, tengo que estar informado hasta del más mínimo detalle, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Patrik—. No se me ocurriría no tener informado al jefe. Pero sí, he solicitado la autorización y esperamos que nos llegue aprobada en cualquier momento.

Mellberg le sonrió a Patrik.

—Va a ser de lo más sonado cuando salga a la luz —dijo satisfecho—. La policía de Tanumshede recurre a métodos de investigación innovadores para resolver el caso Sofie.

A Patrik le dio un vuelco el corazón.

—Tal vez deberíamos ser tan prudentes como sea posible con la información —dijo—. Si se da a conocer demasiado pronto, podría causarnos problemas.

A Mellberg se le fue apagando la sonrisa mientras tomaba conciencia de lo que acababa de decir Patrik. A todas luces disgustado, respondió:

—Sí, puede que tengas razón. Pero no podemos esperar demasiado. Ese tipo de cosas salen a la luz tarde o temprano, y es mejor que seamos nosotros los que llevemos la batuta. Creo que debemos ofrecer una conferencia de prensa cuando vayamos a anunciarlo.

—Desde luego —dijo Patrik sumiso—. Pero cuando estemos listos.

—Bien visto, Hedström. Tú también llegarás a ser un buen policía, seguro.

—¡Patrik! —se oyó gritar a Annika desde la recepción—. ¡Tienes una llamada! ¡La fiscalía!

Patrik se levantó agradecido.

—¡Lo cojo en mi oficina! —le respondió a Annika.

Cuando atendió la llamada, contuvo la respiración un par de segundos. El pulso le iba a mil por hora.

—Aquí Patrik Hedström. Sí. ¿En serio? ¡Gracias! ¡Gracias, joder!

Colgó dando gritos de alegría. Sus colegas salieron al pasillo y se arremolinaron delante de su puerta.

—¡Tenemos la autorización! Están enviando ya el ADN a las bases de datos, y puedo pedirle a Sylvia que se ponga a ello según vayan llegando los resultados. ¡Creen que podrán empezar a dar respuestas esta misma noche!

—Esa sí que es buena —dijo Gösta mientras Patrik y Paula señalaban la victoria formando una uve con los dedos.

—¡Llama a Sylvia! ¡Llámala ahora mismo! —dijo Paula.

Después de haber avisado a la experta en estudios genealógicos, Patrik se desplomó exhausto en la silla. Con el rabillo del ojo, vio cómo Mellberg le daba a Gösta una palmadita en la espalda.

—Eso, Gösta, los avances técnicos, eso es lo que funciona. Seguro que no pensabas que a mí se me pudiera ocurrir algo tan innovador. O quizá sí, claro, seguro que sí lo habías pensado.

Mellberg regresó satisfecho a su despacho mientras Patrik veía a Gösta negar con la cabeza indignado.

—Lo importante es conseguir resultados, Gösta —le dijo—. Eso es lo importante.

Zombie — The Cranberries

Ha sido el peor cumpleaños de mi vida. Mi madre me ha regalado un polo de Lacoste feo de morirse. No me lo pondría ni muerta. Y de dinero, nada, claro. No hacen caso a nada de lo que digo. Y me felicitaron con un trozo de tarta en la cama. A mí, que no quiero comer tarta. Estoy demasiado gorda. Gorda y sin tetas. Encontré un artículo en la revista Veckorevyn *sobre cómo perder cinco kilos en dos semanas, pero mi madre sospecharía enseguida si de pronto empezara a meter cosas raras en el frigo. Así que tendré que ponerme a requesón y zanahorias y punto. De eso siempre tenemos en casa.*

Claro que Magdalena y Ellen me han felicitado en condiciones. Nos llevamos unos bocadillos y nos fuimos a sentar en lo más alto de la torre de Badholmen. No había ni un alma. Todo el mundo estaba viendo no sé qué partido del mundial de fútbol. No entiendo que a la gente le interese. Unos tíos corriendo por una pista de césped para meter un balón en una portería. Más ridículo, imposible.

Ellen me regaló un brillo de labios. Magdalena, un par de Converse blancas. Primero no caí en cómo había podido permitirse comprar un regalo así, si ni siquiera trabaja en verano, pero nos dijo que el dinero era de Monica, y que no se daría cuenta de que lo había cogido. Le está bien empleado a la bruja esa. Ni siquiera tengo cargo de conciencia.

Por poco me muero de risa cuando Ellen dijo que le parecía que Gabriel se da un aire a Juha Valjakkala. No está bien reírse, claro, fue horrible cuando el tío mató a aquella familia. Y el pobre crío, que fue el único que sobrevivió. Pero bueno. El caso es que tiene un poco de razón. Gabriel tiene pinta de estar ido por completo con esa ropa y el maquillaje que lleva. Por cierto, que se me había olvidado escribirlo, la semana pasada se armó un follón enorme cuando mi madre y Allan encontraron en su cuarto un montón de chismes

rarísimos. Aunque al final dejaron que se los quedara, por supuesto. Gabriel siempre se sale con la suya.

Cuando me haya ido de casa pienso organizar auténticos fiestones para mi cumpleaños. No sé qué me regalará él. Creo que se le dan bien esas cosas. Y seguro que se le dará bien lo de hacer regalitos así, sin más. Flores. Mi helado favorito. Creo o, más bien, sé que es perfecto, ni más ni menos.

Miércoles

—¡CUMPLEAÑOS feliz, cumpleaños feliz…!

Allan se sentó en la cama. Cada uno cantaba la melodía en un tono distinto, pero así tenía que ser, claro.

Y entonces, entraron en el dormitorio. Yvonne hacía equilibrios con una bandeja con una tarta Princesa y las velas encendidas. Detrás de ella venía toda la familia: Gabriel, Ellen y los niños. Acababan de despertarse y todos iban un poco enfurruñados, menos Elsa, que siempre estaba de un humor estupendo por la mañana.

—¡Felicidades, abuelo! —dijo, y se lanzó sobre la cama para abrazarlo.

Le dio un paquete enorme y blandito muy bien envuelto.

—Pero, no, hombre, ¿para qué habéis…? —dijo mientras todos se sentaban en la cama a su alrededor.

El que Allan protestara formaba parte del ritual, pero todos sabían que aquello le encantaba. Los cumpleaños tenían algo que conseguía alegrar la vida.

—Toma, cariño.

Yvonne le dio un paquete duro y pequeño, y lo besó en la mejilla. Ellen le entregó un regalo de parte de Gabriel y ella, y, o muy mal conocía a su hijo, o no tenía ni idea de lo que contenía el paquete.

—Sí, papá, felicidades —dijo Gabriel con voz ronca.

Le dio un abrazo, y Allan retuvo a Gabriel unos segundos más de lo necesario. Los recuerdos de todos los cumpleaños se le venían a la cabeza uno tras otro en momentos como aquel. El primer

cumpleaños de Gabriel, cuando, con el pelo revuelto y una sonrisa enorme, se sujetaba a los barrotes de la camita mientras Isabelle y él entraban cantándole el cumpleaños feliz. El primer cumpleaños que celebraron después de la muerte de Isabelle. Ese fue en Gotemburgo, en el pisito del barrio de Gamlestaden al que acababan de mudarse. Gabriel cumplía cuatro años, y se tomaron la tarta sentados en el suelo, en platos de papel y con cubiertos de plástico. Todos los cumpleaños de Sofie.

Se sacudió para ahuyentar los recuerdos.

—Venga, ábrelos —dijo Elsa ansiosa sosteniendo ante él su regalo—. Este es de Ludvig y mío.

Allan los quería a todos muchísimo. La cosa salió así al final. Y bien estaba. Aunque la nostalgia siempre estaría presente. La nostalgia de lo que no salió.

—¡Qué bonito! —Sostenía en las manos un batín azul marino mientras acariciaba el esponjoso tejido—. Es perfecto, ¡me hacía falta uno nuevo!

—Pues sí, ya podemos tirar el viejo, creo yo —dijo Yvonne, y señaló su regalo—. Venga, ahora el mío.

Allan abrió el paquetito. Eran un par de elegantes gemelos de plata, y le dio las gracias a Yvonne con un beso en la mejilla. Por último, abrió el de Ellen y Gabriel. Un par de zapatillas de casa azul marino.

—Van con el batín, me puse de acuerdo con Elsa —dijo Ellen.

Ahora se la veía algo más animada, con un poco más de color en las mejillas. Allan alargó el brazo y le dio una palmadita cariñosa en la cara.

—Gracias a todos, no hacía falta.

—Pues claro que hay que celebrar tu cumpleaños —dijo Yvonne, y empezó a repartir platos y cucharillas.

En realidad, comerse la tarta en la cama resultaba lo menos práctico del mundo, pero siempre lo habían hecho así.

—Yo tengo para ti un regalo mío, papá —dijo Gabriel.

Le entregó un paquete rígido, alargado.

Allan se lo quedó mirando. Siempre era Ellen la que se encargaba de comprar los regalos. Nunca Gabriel. Muy despacio, empezó a retirar el papel.

—¡Madre mía! ¡Un Mcusta Zanmai! Gabriel, te has pasado.

Allan miraba extasiado el cuchillo japonés. El acero relucía.

—Es una forma de darte las gracias. Por todo lo que has hecho por mí. Y por todo el trabajo de ahora con el restaurante y todo eso.

Gabriel evitaba mirarlo a los ojos, pero Allan comprendía el significado de aquel regalo. Decía más que mil palabras. A ninguno de los dos se le daba bien hablar de sentimientos, pero el amor que se profesaban era un amor sin palabras, sin límites. Se le hizo un nudo en el pecho y se sorbió los mocos.

—Bueno, ¿vamos a comer un poco de tarta o qué? ¿Es de Setterlinds?

—Pues claro —resopló Yvonne, y empezó a cortarla y a servir los trozos—. No iba a comprar una tarta del Konsum para tu cumpleaños. Y esta noche cenamos todos en casa. He encargado cigalas y alguna que otra cosa rica.

—Me mimáis demasiado —dijo Allan, y le hincó el diente a la tarta.

Gabriel se inclinó hacia él.

—Me tienes que dar una corona, papá. Dar un cuchillo sin recibir una moneda a cambio trae mala suerte.

—No sabía que fueras supersticioso.

Allan enarcó las cejas mirando sorprendido a Gabriel, que se encogió de hombros.

—No queremos aumentar la dosis de mala suerte. Más vale no arriesgarse.

Se hizo un instante de silencio. Luego, Allan cogió el móvil, que tenía en la mesita de noche, y le envió a Gabriel una corona.

—Ya está, ya te he transferido una corona. ¡Ya basta de mala suerte!

Allan tomó otra cucharadita de tarta. Miró a su familia, sentada alrededor de la cama. Todos reunidos. Había hecho un buen trabajo.

Como fuera, lo había hecho bien.

Erica oyó a lo lejos algo que no pudo identificar al principio. Pero el sonido no cesaba y, poco a poco, empezó a emerger a la superficie desde el profundo sueño en el que se encontraba sumida.

Zarandeó un poco a Patrik, que dormía a su lado sin inmutarse. Habían pasado una mala noche con Nora, y ninguno de los dos había dormido mucho. Las noches en las que se alegraban satisfechos de lo bien que dormía la pequeña eran un sueño lejano. Ya no tosía, pero Erica sospechaba que ahora tenía que ver con la barriga.

—Patrik, despiértate. Están llamando.

Patrik balbució algo incomprensible y miró a su alrededor medio dormido.

—Están llamando —repitió Erica.

Patrik se incorporó y miró el teléfono.

—¡Mierda! ¡Es Sylvia Sjölund!

Los dos se espabilaron en el acto. Cuando Patrik cogió el móvil, Erica le dio un codazo en el costado señalando el aparato. Él parecía dudoso, pero al final suspiró y pulsó el botón del altavoz.

—Aquí Patrik Hedström. —Tenía la voz ronca, y se aclaró un poco la garganta—. Perdona la ronquera matutina.

—¡Ay, lo siento! ¿Te he despertado?

La voz de Sylvia resonaba clara y alegre. Erica se inclinó y se acercó a Patrik para apoyar la cabeza en su hombro.

—No te preocupes. ¿Has encontrado algo ya?

—¿Que si he encontrado algo? Me quedé despierta esperando los resultados, que llegaron en torno a las dos. Así que no he pegado ojo en toda la noche. Pero creo que sería mejor no hablarlo por teléfono. Es mucho más sencillo que lo veas, si puedes venir, claro.

—¡Por supuesto! ¿Puede ser ahora mismo?

Patrik ya había sacado una pierna de la cama, y empezó a reunir la ropa, que estaba esparcida por el suelo.

—Puedes venir cuando quieras. Ya sabes dónde estoy.

Patrik empezó a vestirse. Cuando vio que Erica se levantaba también, la miró sorprendido.

—Creo que los niños están viendo la tele. Quédate durmiendo mientras duerma Nora.

—Yo también voy —dijo Erica, y cogió un par de vaqueros de la silla que había junto a la ventana.

Ni por asomo pensaba perderse aquello.

—No, no me parece que…

Erica alzó la mano.

—¡Esto ha sido idea mía!

—Pero, los niños, ¿quién se va a…?

—Yo también voy, ya te digo.

Se puso los calcetines y, por la cara de Patrik, comprendió que su marido sabía que había sido derrotado.

Diez minutos después iban los dos hacia Grebbestad, cada uno en su coche. Los gemelos quisieron ir en el coche de Patrik, y Erica se llevó a Maja y a Nora. La pequeña ni se había despertado cuando la sacó de la cuna, y ahora seguía durmiendo en la sillita del coche.

—¡Uy, si viene toda la familia! —dijo Sylvia sorprendida cuando abrió la puerta.

Erica le dio la mano y se presentó.

—Hola, soy Erica Falck. Mi suegra nos ha hablado muy bien de ti. Un placer conocerte.

Sylvia sonrió satisfecha y se apartó para dejarlos pasar a todos.

—Tengo zumo y galletas, les puedo poner un poco a los niños en la cocina. Salvo que penséis que es demasiado temprano para que tomen azúcar.

—Qué va. Gracias —dijo Erica mientras guiaba a sus hijos por el amplio pasillo.

Los gemelos gritaron de alegría cuando entraron en la cocina. Zumo y galletas para desayunar. Maja parecía dudosa, como si se preguntara qué pacto habría alcanzado su madre.

Con los niños ya instalados alrededor de la mesa de la cocina, Erica y Patrik siguieron a Sylvia hasta su despacho. Sobre una mesa de escritorio de madera de roble añosa y muy labrada había un ordenador enorme. El despacho tenía aún más libros y carpetas si cabe que el salón que habían dejado atrás.

Erica puso delante de la puerta a Nora, que seguía durmiendo plácidamente. Le dio una palmadita en la mejilla, la pobre merecía descansar después de una noche tan movida.

—Ahora veréis —dijo Sylvia—. Colocaos detrás de mí. Es mucho más sencillo mostrarlo que explicarlo por teléfono. Con todo, no ha sido ni mucho menos tan complicado como yo esperaba. Yo habría querido hallarme ante un auténtico reto al que hincar el diente. En el caso de Linköping hubo que revisar varias generaciones y varias ramas familiares para encontrar al asesino. Esta vez ha sido más directo al grano, por desgracia.

Resopló descontenta sin dejar de teclear en el ordenador.

—En otras palabras, si no te he entendido mal, has encontrado a un pariente cercano, ¿no es eso? —dijo Patrik.

—Bastante cercano. Las bases de datos son tan buenas como lo sea su contenido. Es decir, dependen de quiénes hayan depositado su ADN y quiénes hayan actualizado su árbol genealógico. Pero en este caso, hemos tenido un poco de suerte.

—¿Cuál es el pariente más cercano que has encontrado? —preguntó Erica.

Sylvia señaló la pantalla.

—Hermanastros —dijo—. Ahí deberíais tener un buen punto de partida, ¿no?

—Es…

Patrik tartamudeaba, y Erica le dio un codazo. Comprendía lo que implicaba esa información, y se sentía aliviada y exaltada a un tiempo. Por él, por la investigación, por todos.

—¡Es fantástico, fantástico! —logró decir Patrik al fin.

—Te imprimiré el nombre. Pero, como ya he dicho, me siento un poco decepcionada, ha sido demasiado fácil. En principio, podríais haberlo averiguado vosotros mismos.

—Para nosotros es fantástico. Yo me había hecho el cuerpo a que llevaría tiempo.

Patrik cogió el papel y se dirigió a la puerta.

—¡Despídeme de los niños! ¡Me voy a la comisaría!

Se volvió.

—Perdón, Sylvia, no me voy a ir sin darte las gracias, ¡muchas gracias!

—Vete, vete —dijo Sylvia, y apagó el ordenador—. Esto me ha alegrado el día, pero creo que ahora lo que voy a hacer es irme a dormir.

Erica cogió la sillita de Nora y le dio a Sylvia una palmadita en el hombro.

—Gracias. Muchas gracias, de verdad.

Sonrió satisfecha mientras se sentaba en el coche, tras asegurarse de que todos los niños llevaban el cinturón. Había conseguido ver el nombre impreso en el folio. Y no pensaba irse a dormir. Pensaba ponerse a buscar en Google.

—¿Ellen?

—Ah, hola, Magdalena. ¿Tú por aquí?

Sentada ante el escritorio de su despacho de Åldersro, Ellen se cruzó de brazos, como para protegerse. Magdalena la entendía perfectamente. Todo su ser le pedía a gritos que se encogiera al máximo. Que se volviera lo más pequeña posible. Sin embargo, lo que hizo fue ponerse muy derecha.

—¿Podemos hablar un rato tranquilamente?

Ellen pareció dudar al principio, pero luego asintió.

—Pasa. Gun ha salido, así que estaremos solas.

—Qué bonito ha quedado todo.

—Gracias. Dime, ¿qué es lo que quieres?

Magdalena se sentó en una silla, sin saber muy bien cómo continuar. Sin saber muy bien qué decir.

—Yo la dejé en la estacada. Dejé en la estacada a Sofie.

Trató de encontrar las palabras, pero no le salían.

Ellen soltó un sollozo.

—Mira, yo no puedo más. La muerte de mi madre… Hay montones de cosas que no entiendo.

Magdalena la miró. Los recuerdos la inundaron de nuevo.

—A eso me refiero. Tenemos que… Tengo que… Olvidar sin más es imposible.

—Yo también la dejé en la estacada, Magdalena. Tú no eres la única. No me di cuenta de lo mal que estaba. Era como si algo se le hubiera quebrado por dentro aquella noche.

Ellen apretó más aún los brazos a su alrededor. Una parte de Magdalena quería levantarse e ir a abrazarla, recuperar el cariño que se tuvieron un día. Pero entre las dos se interponían demasiadas cosas. Durante mucho tiempo habían callado demasiadas cosas.

—Las tardes que pasábamos con mi madre —dijo Ellen con un suspiro—. En nuestra casa. Yo creo que eran los únicos momentos en los que Sofie estaba tranquila. Debería haberme interesado más por cómo se encontraba y qué le estaba ocurriendo. Pero tenía dieciséis años. Estaba demasiado ocupada con mis cosas. Y debería haberme interesado más por cómo te encontrabas tú. Con Monica. Solo que tú tenías a Jocke. Así que pensaba que era suficiente.

Ellen volvió a sollozar.

—No pienses eso —dijo Magdalena—. Tú no tenías ninguna responsabilidad para conmigo. Y, en efecto, yo tenía a Jocke. Pero Sofie solo nos tenía a nosotras.

Ellen se inclinó un poco sobre el escritorio.

—¿A qué has venido exactamente, Magdalena?

El sol entró por la ventana y le iluminó el cabello como una aureola. Ellen siempre fue la bondadosa, la que cuidaba de los demás. A pesar de todos los años que Magdalena había dedicado a tratar de hacer el bien, nunca tuvo la capacidad innata de Ellen de querer ayudar. Su necesidad de hacer el bien tenía otro origen. Un origen egoísta.

Respiró hondo. La esquirla le arañaba el pecho, le quemaba el corazón.

—Lo único que quiero es decir que lo siento. Y que os quería. Te quería a ti y quería a Sofie.

—No sé qué decir —acertó a responder Ellen con la voz entrecortada—. Éramos unas niñas. Yo también os quería. Pero, desde entonces, hemos vivido una vida entera. Yo también he tenido remordimientos. Por Sofie. Por unas palabras que nunca deberían haberse pronunciado. No hay nada que podamos hacer ya.

Se retrepó en la silla.

—Ahora lo único que quiero es saber qué le pasó a mi madre. Quién quería hacerle daño. Bueno, y a Sofie también. Pero no sé qué pretendes al venir aquí con tu dolor después de treinta años. No puedo cargar con ese dolor también. Con el mío tengo bastante.

Magdalena sacudió la cabeza. La esquirla presionaba más cerca del corazón.

—Lo comprendo. No sé para qué he venido. Solo quería verte.

—Magdalena, te deseo lo mejor. Gun me contó que te has alojado en su cabaña de invitados. Quizá Jocke y tú podáis reencontraros un día. De ser así, me parece maravilloso. Y tú y yo nos saludaremos cuando nos veamos por el centro. Intercambiaremos unas frases de cortesía, como hacen los conocidos. Pero no podemos seguir machacándonos con el pasado como si todavía fuéramos amigas. Yo tengo lo mío, y tú tienes lo tuyo.

Magdalena se levantó.

—En fin, no quería molestarte. Y tienes razón. Tú tienes lo tuyo y yo tengo lo mío.

Ellen no lo entendía ahora, pero llegaría a entenderlo.

—Adiós, Ellen.

Ellen asintió.

Cuando salió a la calle, Magdalena se quedó unos instantes parada en la escalera y dejó que el sol le calentara el rostro. Luego

se dirigió al cementerio. Era lo más cerca que podía estar de Sofie. Había unas cuantas cosas que tenía que decirle a ella también.

Erica sintió cierto cargo de conciencia por haber dejado a los niños tarde en el colegio y en la guardería y, además, atiborrados de azúcar. Puso la excusa de que se habían quedado dormidos, con la esperanza de que los niños no se chivaran de la breve excursión matutina.

Dejó que Nora siguiera durmiendo en la sillita cuando llegaron a casa, pero le quitó el mono para que no le diera calor.

Escribió el nombre de «Anette Jussander» en el campo de búsqueda de Google y obtuvo muy pocos resultados. Los descartó todos, salvo uno, basándose en la edad que figuraba en el informe, y enseguida encontró una página de Facebook.

Erica estuvo un buen rato mirando la foto de perfil. Desde ella le sonreía alegre Anette, una mujer rubia y algo rechoncha con una corona de flores en el pelo delante de un mayo que se entreveía al fondo. Siguió bajando en la página. Las publicaciones de Anette parecían ser públicas y, aunque no eran muchas, la mayoría se centraban en su familia, un hombre y dos niños a finales de primaria. Visitas al parque de atracciones de Liseberg, excursiones por el bosque, el camping Böda en verano con la caravana. Parecía una familia de lo más normal.

Algo frustrada, Erica continuó mirando la página. Habría dado cualquier cosa por ser invisible y acompañar a Patrik mientras seguía la pista. ¿Y qué diría Anette Jussander? Esa mujer siempre sonriente en Facebook, ¿cómo reaccionaría cuando supiera que su hermanastro era un brutal violador? Y quizá también un asesino.

Era difícil hacerse una idea de la gente a partir de las redes sociales, pero Anette parecía una buena persona. Una madre normal. No había ningún enlace a publicaciones racistas, ninguna intervención autocompasiva donde buscara la simpatía de la gente, ningún trol en el campo de los comentarios. Solo corazones y abrazos de amigos y conocidos. ¿Sabría que, en su entorno más

próximo, existía algo muy oscuro? ¿Tendrían ella y su hermano algún contacto? ¿Habría entre ellos alguna relación? En su Facebook no se veían fotos que pudieran ser de sus hermanos.

Erica siguió bajando. Había varios enlaces a otras tantas organizaciones benéficas. El Fondo Sueco contra el Cáncer Infantil, apoyo a Ucrania y una organización femenina que ayudaba a mujeres que habían logrado salir de una relación de violencia.

Erica soltó un suspiro. Allí no había nada que le diera la menor pista con la que seguir tirando del hilo. Siguió buscando en Google un rato, pero no encontró nada que le diera más información sobre Anette Jussander. No tenía Instagram, no había información laboral, no había imágenes, más allá de las de su página de Facebook.

Un ruido en la planta baja le avisó de que Nora se había despertado. Muy a su pesar, Erica abandonó sus intentos de encontrar algo más, bajó y cogió en brazos a la pequeña.

Abatida, se sentó en el sofá con Nora, que le dedicó una sonrisa.

—Sí, preciosa, menos mal que una de las dos está contenta hoy. Mamá no sabe muy bien qué hacer ahora.

Abrazó a su hija. Tendría que esperar. Tal vez la tal Anette fuera la clave de todo y, con el rompecabezas armado, sabría cómo proceder.

Patrik había recogido a Gösta en la comisaría y, a diez kilómetros de la dirección de Anette Jussander en Kållторp, se les acabaron los temas de conversación y pusieron un programa de la emisora P3. Notaba que Gösta estaba tan ansioso como él. Se encontraban muy cerca. Muy cerca de dar un gran paso adelante en la investigación.

La casa se hallaba en Sparrgrensgatan, en el barrio residencial de Kållторp. La zona parecía agradable y bien organizada, con casas de madera antiguas y frondosos jardines con rosales y manzanos. Aparcaron delante de una casa blanca con los marcos de puertas y ventanas pintados de azul y llamaron a la puerta. Les abrió una mujer rubia de unos cuarenta años.

—¿Anette Jussander?

—Sí —dijo la mujer sin moverse de la puerta.

—Patrik Hedström y Gösta Flygare, de la policía de Tanumshede. Nos gustaría hacerte unas preguntas, ¿podemos pasar?

—¿La policía de Tanumshede? Sí, claro.

Anette los pasó a un gran salón. Era luminoso y amplio, con un buen sofá de rinconera, y estaba lleno de estanterías abarrotadas de novelas policiacas.

—Es la primera vez que la policía viene a mi casa —dijo con cierta sorpresa mientras se sentaba en un sillón—. ¿Qué ha ocurrido?

Les indicó el sofá, y Patrik y Gösta tomaron asiento.

—Estamos investigando un caso en el que hemos encontrado una conexión contigo —dijo Patrik.

Anette dio un respingo.

—¿Una conexión conmigo? Pues yo no he cometido un delito en la vida.

—No estamos aquí por eso —dijo Gösta con esa voz tan amigable que era capaz de adoptar cuando quería—. Se trata de un parentesco de ADN. Estamos buscando a un hermanastro tuyo.

—¿Un hermanastro? —Anette los miraba más desconcertada aún —. Yo no tengo ningún hermanastro.

Patrik se inclinó hacia delante.

—¿Podrías hablarnos de tu familia? —le dijo.

Anette miró a su alrededor. Se rascó un poco el brazo.

—Pues tengo una hermana, de padre y madre, que se llama Maria. Mis padres se separaron cuando nosotros estábamos en el último curso de primaria. Nos criamos en Malmö. Cuando mi madre conoció a Stefan, mi hermana y yo estábamos en secundaria, y nos mudamos todos a Gotemburgo. Mi marido me regaló un test de ADN por Navidad, porque sabe que me encantan esas cosas. Saber algo más de mis orígenes y todo eso. Resulta que tengo un treinta por ciento de finesa, un cuarenta por ciento de sueca y un veintiocho por ciento de rusa. Fue una sorpresa. Y ahora, esto.

Anette se encogió de hombros.

—Y tu padre, ¿tiene más hijos?

—No, que yo sepa. Pero, claro, nunca se sabe.

Soltó una risita nerviosa. Patrik tomó conciencia de la bomba que acababan de soltar de pronto en la paz de su vida cotidiana. Se había concentrado tanto en seguir la pista que ni se había planteado ese aspecto. Sin embargo, no había mucho que pudiera hacer. Tenían que perseguir el rastro del ADN dondequiera que los llevara.

—¿Y tu madre? —preguntó Gösta.

—Ella solo nos tiene a Maria y a mí. En su caso es más fácil saberlo.

Volvió a reírse con cierto nerviosismo, y Patrik se dio cuenta de que la mujer no paraba de darle vueltas a la cabeza. Más o menos lo mismo que le ocurría a él cuando trabajaba en un caso.

—Es decir, ningún hermanastro que tú sepas, ¿no? —insistió.

—No, pero lo mejor será que habléis con mi madre. Puede que ella sepa algo de mi padre que yo ignoro.

—¿Dónde se encuentra?

Patrik se inclinó hacia delante.

—Lleva un centro de día para mujeres que han abandonado una relación de violencia. Es una mujer maravillosa. Puedo daros la dirección, se encuentra en una granja en las inmediaciones de la ciudad.

Anette se levantó y fue en busca de papel y lápiz. Escribió una dirección, arrancó la hoja y se la entregó a Patrik.

—Gracias, le haremos una visita.

—¡Suerte! Eh… Perdón, estoy un poco impresionada.

Anette se llevó la mano al pecho.

—Lo comprendo, y te pido perdón por aparecer así.

—¿Puedo preguntaros qué pasa con mi hermanastro?

Patrik negó con la cabeza mientras se ponía de pie.

—Sintiéndolo mucho, no puedo revelar información. Pero empezaremos por hablar con tu madre. ¿Podrías facilitarme también los datos de contacto de tu padre?

Anette asintió, y escribió otra nota, que le entregó a Patrik.

—Ahora se encuentra en Mallorca con su nueva esposa, pero seguro que podéis localizarlo en el móvil.

—Gracias.

Se despidieron con un apretón de manos y se encaminaron al coche.

—¿Tú qué dices? —preguntó Gösta cuando se sentó en el asiento del copiloto—. ¿Empezamos por el padre? Parece el escenario más verosímil. Ya digo, si hubieran tenido un hermano por parte de madre, lo habrían sabido.

—Pues yo creo que lo mejor es empezar por la madre —dijo Patrik—. Después de todo, estamos por la zona. Tal vez ella sepa de su exmarido algo que las chicas ignoran de su padre. A veces no da uno crédito a lo que la gente oculta incluso para sus seres queridos.

—Vale —dijo Gösta, e introdujo la dirección en el GPS—. Probemos con los secretos de familia.

—¿Cuánto pedís por él? Lleva mucho tiempo ahí parado, ¿no?

Dan observaba crítico el Victoria en el penumbroso interior de la caseta.

Yvonne miraba el barco. Aún no estaba segura de que aquello estuviera bien. De que estuviera bien separarse de él.

—¿Qué te parece cinco mil coronas? No es excesivo, creo yo, pero tendrás que llevártelo como está. Y hay algunos trastos que van incluidos.

Yvonne señaló la caja en la que había ido poniendo todo lo que fue encontrando mientras lavaba el barco.

—Es una mezcla de cosas interesantes y basurilla, no he ido clasificándolo, así que tendrás que tirar lo que no quieras.

Dan se rascaba la cabeza.

—Los niños llevan tiempo dando la lata con que quieren su propio barco. Han ido un par de veranos a la escuela de vela. Y cinco mil coronas es un buen precio. Así que no hay que darle muchas vueltas.

—Bueno, pues trato hecho —dijo Yvonne.

Quería dejarlo zanjado antes de arrepentirse.

—¿Estás segura? —dijo Dan, como si percibiera sus dudas—. Sé bien de quién era el barco. Pero al ver el anuncio en el Club de Vela pensé que podía echarle un vistazo por lo menos. Y es un barco bonito. Aunque lleva mucho tiempo parado.

Yvonne asintió.

—Es una verdadera lástima que nadie lo haya usado. Debería estar en el agua.

—Muy bien, pues vendré con mi barco para llevármelo. No tengo remolque para el coche, pero si lo echamos al agua, puedo atarlo al mío.

—Muy bien —dijo Yvonne.

Pasó la mano por el bote. Ya era hora de dejarlo atrás. Eso no significaba que dejara atrás a Sofie.

—Puedo pasarme esta misma tarde, si te va bien.

—Sí, estaré en casa. Pero ven antes de las cuatro si puedes, es el cumpleaños de Allan y tenemos que preparar algunas cosas para la fiesta.

—Ah, pues felicítalo de mi parte —dijo Dan con tono alegre—. Y los niños se van a poner contentísimos, pensaba darles una sorpresa. Lo amarraré en mi atraque del muelle, y pensaba ponerle alrededor una cinta roja con un lazo bien grande.

—Buena idea —dijo Yvonne.

Ya estaba hecho. Solo quería que Dan se marchara. Ni siquiera les había dicho nada del bote a Allan y a Gabriel. Pero esa decisión no era asunto de ellos. Era asunto suyo.

Yvonne se dirigió a la casa después de haberse despedido de Dan, pero cambió de idea, se dio media vuelta y echó a andar hacia el acantilado. Soplaba un viento frío, y se cerró bien la rebeca alrededor del cuerpo. Había varios barcos en el agua y, por un momento, vio ante sí a Sofie surcando las aguas en el Victoria, con la vela bien cazada. Así era como más le gustaba recordarla. Libre, en el mar.

Si Sofie hubiera vivido hasta hoy, no la habría reconocido. Tal vez ni lo habría intentado. A veces se preguntaba si por eso había luchado tanto por mantener vivo el recuerdo de Sofie todos esos años. Como una penitencia. O quizá incluso como un castigo. Pero no se explicaba cómo podría haber hecho las cosas de otra forma. Había creado lo que nunca había tenido. Había construido algo que no podía permitir que nadie le arrebatara.

Esta noche iban a celebrar el cumpleaños de Allan. Siempre le encantó hacer de sus cumpleaños un acontecimiento. Su entusiasmo infantil por su propio cumpleaños era una de las muchas razones por las que lo quería. Lo planeaba con todo detalle cada año, y elegía el regalo con mucha antelación.

Él no se percató, pero los gemelos que le había regalado por la mañana llevaban grabadas las iniciales de los dos. A e Y. Esta noche se lo mostraría. Allan e Yvonne. Encadenados para siempre. Él no podría dejarla jamás. Y eso terminó por infundirle seguridad. Aunque las heridas siempre estarían ahí, como bien sabía ella. Allan era suyo. Para siempre. Y aún tenía para él otro regalo, que pensaba darle en la cena. Un regalo especial. Que le demostraría de una vez por todas lo grande que era el amor que le profesaba. El amor que compartían.

La granja tenía una situación perfecta a orillas de un lago. Dos viviendas grandes y un cobertizo, todo rodeado de fronda.

—¡Menuda casa! —dijo Gösta cuando se bajaron del coche.

—Sí, y parece todo muy cuidado.

Patrik miró a su alrededor y notó que unas mujeres que estaban fuera se metían corriendo en una de las viviendas.

Una mujer salió a la explanada. Tenía el pelo cano recogido en una cola de caballo, y llevaba lo que parecía su ropa de trabajo, un forro polar y unos pantalones recios de color verde con multitud de bolsillos.

—¿Quiénes sois y qué queréis?

Habló con un tono severo y con los brazos en jarras.

—Somos de la policía de Tanumshede. Patrik Hedström y Gösta Flygare.

Patrik le mostró su placa.

La mujer pareció relajarse un poco y bajó los brazos.

—Vaya. Perdón por el recibimiento. Tenemos que ser precavidas con los extraños. Sobre todo, si son hombres, como comprenderéis.

—Lo comprendo perfectamente. —Patrik alzó las manos como excusándose—. Pero hemos venido porque necesitamos hablar contigo, si es que eres Carina Lundstedt, claro.

—Sí, esa soy yo. Pasad. Justo íbamos a tomar café.

La siguieron hasta la amplia casa de color blanco, en cuyo interior se desplegaba una actividad febril. Había mujeres y niños en todos los rincones. Juguetes, revistas, prendas de costura, dibujos infantiles. Resultaba caótico pero agradable al mismo tiempo.

—Ahora mismo estamos desbordadas. Varios casos urgentes.

Los llevó a la cocina, donde unas mujeres estaban poniendo en la mesa las tazas de café y las bandejas de galletas y bollos.

—Gracias, oye, ¿podemos estar aquí un rato? Son de la policía, así que no hay peligro —dijo Carina para tranquilizarlas.

Las mujeres, que tenían cara de miedo, se relajaron un poco y salieron corriendo de la habitación.

—Bueno, decidme, ¿de cuál de mis chicas se trata? No tengo ninguna de la zona de Tanumshede, pero me figuro que alguno de los maltratadores se habrá mudado allí.

Carina les acercó una bandeja con galletas de vainilla y de sirope.

—No afecta a ninguna de las mujeres que tienes aquí —dijo Patrik—. ¿Cuánto hace que diriges este centro?

—Quince años. Llevaba muchos años trabajando en la Oficina de Empleo cuando me casé con Stefan y me mudé a Gotemburgo. Pero siempre sentí la necesidad de hacer algo más. Algo que tuviera trascendencia. Y, por suerte, mi marido también quería lo mismo.

—¿Fue por una experiencia personal? —preguntó Gösta cauteloso.

Carina negó con la cabeza.

—Por una amiga. Ella… Casi la matan a palos antes de que lograra huir. Era una situación horrorosa. Drogas. Violencia. Una impotencia absoluta. La policía no hizo nada hasta que por poco muere. Entonces a él lo metieron en la cárcel y ella pudo emprender una nueva vida.

—Veo que tenéis animales.

Carina sonrió, y la expresión ceñuda de su rostro desapareció como por encanto.

—Sí, tenemos ovejas, gallinas y dos vacas. Y una pandilla de gatos. Yo creo en el poder curativo de los animales. Y del trabajo duro. Las mujeres que viven aquí tienen que colaborar, y tenemos un huerto grande en el que todo el mundo participa. A los niños les encanta. Muchos de ellos vienen de la ciudad y nunca habían visto un huerto. Cultivamos la mayoría de las verduras que consumimos. El verano que viene, Stefan quiere que pongamos colmenas. Yo no sé muy bien qué pensar, pero sería genial tener miel propia.

—Haces un trabajo admirable —dijo Patrik con el corazón en la mano.

Siempre había sentido un respeto enorme por la gente entusiasta que consagraba su vida a ayudar a los demás. Y en un mundo como el nuestro, hacía falta gente así.

Carraspeó un poco y se centró: habían ido allí a trabajar.

—Pues nosotros teníamos unas preguntas que hacerte —dijo, y, tras dudar un poco, cogió una galleta de sirope. Gösta, por su parte, apuntó a una de vainilla, que engulló de un bocado.

—¿A mí? ¿Qué queréis saber?

Carina lo miraba extrañada.

Patrik repitió lo que le había dicho a su hija. Que tenían un caso en el que habían encontrado una coincidencia de ADN con ellas.

—Anette había entregado una muestra a la base de datos de una empresa de investigaciones genealógicas. Y, a través de esa muestra, hemos encontrado el vínculo con un hermanastro. Es a él a quien buscamos. ¿Sabes si tu exmarido tuvo otros hijos?

Se hizo un silencio sepulcral en la cocina. De pronto, el rostro de Carina perdió por completo el color mientras la pobre mujer

agarraba la taza con todas sus fuerzas.

—Mattias —dijo—. Está vivo. Mattias está vivo.

A Patrik se le aceleró el corazón. Ya tenían un nombre.

—Tú lo estropeaste todo. Me convertiste en la persona que soy.

Monica se despertó sobresaltada en el ajado sillón y se quedó mirando a Magdalena.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No te habías mudado?

Monica alargó el brazo en busca del mando a distancia y encendió el televisor con un gesto elocuente. Magdalena le arrancó el mando de las manos, apagó la tele, y lo dejó en la mesa a una distancia que obligaría a su madre a levantarse para alcanzarlo.

Luego se sentó en el sofá. Lo único que sentía cuando miraba a su madre era odio. Ya no había vuelta atrás.

—Tú me convertiste en la persona que soy. Destrozaste en mí algo que no he podido reparar.

Monica suspiró ruidosamente, casi como un burbujeo.

—Pero, madre mía, ¿es que vas a soltar otra vez tu rollo lastimero? Pobrecita Magdalena, que tuvo una infancia horriiible, a quien taaan mal le fue en la vida. No tienes nada de lo que quejarte, señorita, pero siempre te ha encantado considerarte una víctima. Siempre necesitas tener alguien a quien culpar. Y claro, ahí tu madre es la opción más a mano. Eso es lo que pasa, supongo. Es el yugo que debo soportar como madre.

—Yo no me veo como una víctima.

La voz de Magdalena sonaba tranquila, pero por dentro hervía de ira. La misma ira cuyas ascuas había albergado en su interior durante tantos años como un odio que, cociéndose a fuego lento, había devorado todo lo que era hermoso y limpio.

—Pero, si soy una víctima, es porque tú me hiciste así. Nunca te preocupaste por mí. La de veces que tuve que oír que deseabas no haberme tenido. ¿Quién le dice algo así a una niña pequeña? Una

niña que solo ansiaba un poco de cariño. Que solo quería que la quisieran.

Monica soltó una risa, y alargó el brazo en busca de la botella de vodka. Se sirvió en el vaso sucio que tenía delante.

—Cariño. Menudo rollo. ¿Y eso qué coño es? ¿Quién puñetas me ha querido a mí, eh? —Apuró el vodka y se sirvió más enseguida—. Tuve que aprender a arreglármelas sola desde el principio, y eso es lo que intenté enseñarte a ti también. No puedes confiar en nadie. Tienes que procurarte lo que quieres por ti misma. Deberías estarme agradecida por haber hecho que aprendieras algo así, en lugar de venir aquí a entonar un ridículo lamento de autocompasión.

Magdalena casi soltó un sollozo.

—Tú a mí no me enseñaste nada. Simplemente, creaste una criatura maligna. Que yo he tratado de compensar por todos los medios. Para deshacer todo lo que hiciste tú.

Monica la miró furiosa y tomó un buen trago. Magdalena observaba todos sus movimientos.

—¿Quién te ha metido en la cabeza esas ideas? ¿Bengt y Gun? ¿O ha sido Jocke? ¿Has venido a ventilar tus traumas conmigo o algo así? Y se supone que debería echarme a llorar y pedir perdón por todo lo que te hice mientras tú te quedas ahí como una santa o algo así.

—No me escuchas. Yo no soy ninguna santa.

Monica soltó una carcajada.

—Puedes jurar que no.

A pesar de que ya empezaba a articular mal, tomó otro trago de vodka. Señaló a Magdalena.

—Eras un bicho ya de niña. Te paseabas por aquí en pantalones cortos y camisetas pegadas con la intención de quitarme a mis hombres. No creas que no me daba cuenta de cómo te comportabas. Normal que no pudieran dejar las manos quietas.

Entonces brotaron las lágrimas. Magdalena las dejó correr.

—Era una niña, mamá. La primera vez tenía ocho años.

Monica resopló.

—Ya sabías más que el demonio. Eras muy consciente de lo que hacías. Si alguien puede lamentarse aquí, soy yo. Si alguna víctima hay aquí, soy yo. Tú hiciste lo posible por destrozarlo todo.

—Tú me destrozaste a mí —dijo Magdalena con tono severo—. Y sigo rota.

Echó mano del bolso y rebuscó en el interior hasta que encontró lo que quería.

Monica tomó el último trago del vaso e hizo amago de arrojárselo a Magdalena, pero se le cayó de la mano y rodó por el suelo hasta detenerse debajo de la mesa.

—Una puta, eso es lo que eres. Una putilla. Siempre lo has sido.

La risa de Monica resonó chillona y estridente. Magdalena quería taparse los oídos, aislarse de todo, pero no era posible.

Se levantó y rodeó el sillón. Se colocó detrás de Monica. Con mucho cuidado, retiró el envoltorio de plástico de la jeringa y comprobó la presión. Luego, la dirigió al cuello de su madre.

Basket Case — Green Day

Creo que se me está yendo la cabeza. Sé que hay alguien que me vigila. No tiene sentido que insista en decirlo. Nadie me cree. ¿Y si hablo con Aino? A veces tengo la sensación de que ella es la única persona que escucha de verdad.

Ellen todavía no se atreve a decirle nada a Dan. Pero yo cada vez siento con más fuerza que debería atreverme a decirle algo a él. Aunque esto no esté bien, no hay nada que sea más importante que el amor. Yo también tengo derecho a ser feliz, ¿no? Y sé que él también quiere. Aunque no lo diga. Y comprendo que no va a ser fácil, pero ¿qué hay en la vida que valga la pena y sea fácil? ¿No será nuestro amor más trascendente después de haber tenido que luchar por él? Nosotros contra el mundo.

Le mentí a Aino y le dije que mi madre me había dado permiso para hacerme la permanente, así que ayer me la hizo en su casa. Creí que a mi madre le iba a dar un derrame cuando llegué. Pero le

dije que no había sido culpa de Aino. Que le había mentido. Pensé que me castigaría sin salir o algo así. Pero se limitó a reñirme. Luego se fue a su dormitorio. Está todavía más rara que de costumbre. Va deambulando por la casa y apenas habla conmigo. Por mí, bien. ¡Y el pelo me ha quedado de miedo!

He tenido que tirar las Buffalo. No había forma de que quedaran limpias, y apestaban a alquitrán y gasolina. Pero ahora tengo las Converse blancas que me regaló Magdalena, que son más chulas todavía. Así que no pasa nada.

Estoy decidida, creo, tengo que echarle valor. Decirle ALGO por lo menos. ¿Y si él también sueña conmigo? ¿Con nosotros? Las consecuencias serán terribles. Pero todo pasará. Si él me quiere como lo quiero yo, valdrá la pena.

Si no le digo nada, SÉ que voy a volverme loca.

—Cariño, estás ardiendo.

Erica le puso la mano en la frente a Noel. En cuanto la pedagoga llamó, fue a buscarlo con Nora en el coche, y ahora lo iba guiando por el pasillo.

—Túmbate en el sofá, enseguida voy a taparte. ¿Quieres un poco de zumo? Tienes que beber mucho.

Noel obedeció y se tumbó en la rinconera del sofá. Erica lo cubrió con una manta y puso *Scooby-Doo* en la tele. Cuando era Anton el que estaba en casa, casi siempre había que ver *La patrulla canina*. Últimamente, él se había convertido en el gemelo más travieso, y Noel era demasiado bueno por lo general para llevarle la contraria a su hermano. De más pequeños era todo lo contrario.

Los pequeños eran igual de traviesos, pero Patrik y ella siempre decían en broma de Anton que llegaría a ser o director ejecutivo de éxito, o líder de la sección local de los Hells Angels.

Después de prepararle a Noel un botellín de zumo a base de concentrado, Erica se sentó a su lado en el sofá y recostó sobre su pecho la cabeza del pequeño. Él se acurrucó con ella como un

cachorrillo, y Erica empezó a acariciarle el pelo mientras veían cómo cazaba vampiros la pandilla de Scooby-Doo.

—¿Seguro que no tendrás pesadillas luego? Acuérdate de aquella vez que…

—Mamá, ¡tenía cuatro años! Era muy pequeño. ¡Ahora soy mayor!

Erica sonrió. Para ella, él jamás sería mayor. Incluso cuando tuviera cuarenta y le sacara una cabeza, Noel seguiría siendo su niño pequeño. Igual que sus hermanos.

Miró de reojo el teléfono. Sin noticias de Patrik. Se estaba muriendo de curiosidad.

De pronto se abrió la puerta de la calle, y por ella entró Kristina.

—¡Hola! Me he cruzado con Ulla y me ha dicho que has ido a recoger a Noel a la guardería. ¿Es que está enfermo?

Erica soltó un suspiro. Desde luego, en Fjällbacka las noticias corrían como el viento.

—Nada, un poco de fiebre. Está aquí tan tranquilo con su mamá.

—El ojito derecho de la abuela —dijo Kristina con un punto dulce en la voz—. Pues acaba de llegar la caballería. Este niño necesita líquido y vitaminas. Me he traído unas naranjas, y pensaba hacer té con miel y limón. La miel es bactericida y esta, en concreto, la compré este verano en la granja de Lysekil.

Kristina sostenía en el aire un tarro de cristal. Se fue a la cocina y empezó a trajinar.

—Mamá, lo del limón en el té da asquito —susurró Noel horrorizado.

Erica lo tranquilizó con una palmadita en el brazo.

—Yo te ayudo, toma un sorbito y ya me ocupo yo del resto —le respondió ella en voz baja.

—Hay mucho resfriado por ahí, la gente ya no protege bien el sistema inmunitario. Pero, bueno, ¿qué es esto? ¿Estáis bebiendo zumo?

Kristina se acercó sosteniendo la botella de concentrado con la que Erica acababa de prepararle el zumo a Noel como si de un arma

de fuego se tratara.

—Bueno, acabas de decir que tiene que tomar líquido.

—Líquido, sí, no un montón de colorantes sintéticos y de cosas raras que se llaman E-algo. Estas sustancias son la causa de que la gente ya no tenga sistema inmune, sobre todo, los niños. Tantos aditivos le chupan al cuerpo el alimento y no aportan nada de nada.

Noel se pegó más a Erica.

—Pues a mí el zumo de concentrado me gusta —susurró.

—Bueno, voy a hacerle un zumo de naranja para que se lo tome —dijo Kristina.

Erica sabía que no serviría de nada. A los niños no les gustaba encontrarse restos de pulpa en el zumo.

—Oye, ¿cuándo fue la última vez que limpiaste la casa? Que el hogar esté limpio es fundamental cuando hay niños pequeños, tenlo en cuenta.

—Pues yo he leído varios artículos en los que afirman que un poco de suciedad es fundamental para desarrollar el sistema inmune —intentó rebatirla Erica, aunque sabía que ella haría oídos sordos a su comentario.

Al menos esos artículos eran un consuelo para ella cuando no tenía ganas de limpiar.

—Haré una ronda con la aspiradora.

Kristina sacó la aspiradora del armario, la puso en marcha y empezó a pasarla por la cocina y el salón.

—No oigo lo que dice Scooby —se quejó Noel, y Erica contó hasta diez mientras subía el volumen del televisor.

A veces envidiaba muchísimo a Patrik. Habían decidido que él se tomaría la baja de paternidad cuando Nora cumpliera seis meses, pero ahora tenía la sensación de que faltaba una eternidad para esa fecha. Él podía ir al trabajo, hacer cosas de adultos, ir al baño solo. Mientras que ella estaba en casa con un bebé, un hijo enfermo y una suegra que invadía cada milímetro de su esfera personal.

Por supuesto que adoraba a sus hijos por encima de todo, pero también adoraba ser Erica. Tener su propio espacio. Poder respirar y

pensar hasta llegar al final de un razonamiento. Eso seguro que le pasaba a todo el mundo, ¿no?

La aspiradora se detuvo y Erica bajó el volumen del televisor.

—Te noto cansada, Erica —dijo Kristina—. ¿Quieres un café?

Asintió agradecida y se abrazó aún más a Noel. Nora empezó a protestar en la sillita, y Erica hizo amago de levantarse.

—No te levantes, yo me encargo. Tú ocúpate de Noel, ya me encargo yo de la pequeña.

Kristina cogió a Nora y se le iluminó la cara cuando miró a la niña. Con Nora en brazos, se volvió hacia Erica.

—Ya sé que seguramente no lo digo lo bastante a menudo, pero gracias, Erica. Gracias por haberme dado lo mejor que tengo en la vida. —Apretó la carita de Nora contra la suya—. Y tampoco digo lo bastante a menudo que eres una madre maravillosa para mis nietos.

Erica sintió que se le saltaban las lágrimas. A veces le entraban ganas de estrangular a su suegra, que podía ser una pesada de marca mayor, pero, al mismo tiempo, sabía que todo lo hacía y lo decía por amor. La vida no era en blanco y negro. Y había que aprender a vivir con el tono de gris adecuado.

—¿Quién es Mattias?

Patrik dejó la galleta y se sacudió de los dedos unas migas que cayeron sobre la mesa.

—Mi hijo…

A Carina empezó a temblarle el labio inferior. El ruido de niños que armaban jaleo llegó hasta la cocina, y Patrik oyó que las madres trataban de acallarlos.

—Anette nos comentó que solo están ella y su hermana —dijo Gösta. También él dejó en el plato la galleta que acababa de coger.

—No lo sabe nadie. Nunca lo conté. Era otra vida.

—La amiga de la que nos has hablado —dijo Patrik en voz baja— eras tú, ¿verdad?

Carina asintió.

—Sí, era yo.

Guardó silencio y tomó un sorbo de café. Luego siguió hablando. Tenía la voz frágil, pero con un tono magnético.

—Entonces vivíamos en Malmö. Lars y yo. Me apellidaba Mårtensson. Y Lars, Edberg. Unos nombres muy formales para dos almas extraviadas.

Carina apretó la taza con la mano.

—Yo me desvié pronto, empecé a beber a los doce años, a tomar drogas a los catorce. Me rodeaba de malas compañías, me saltaba las clases. En fin, seguro que os resulta familiar la historia. Y Lars era diez años mayor que yo, adicto, con una buena colección de delitos menores. Seguro que esa historia también la conocéis.

—Y Mattias, ¿es vuestro hijo?

Carina asintió y dejó la taza en la mesa.

—Nació cuando yo tenía veinte años y Lars, treinta. No estábamos preparados para ser padres. La vida que llevábamos no era apropiada para que naciera una criatura. Pero sucedió, y yo me alegré. No sé por qué, creí que un hijo lo resolvería todo. Conseguiría que Lars fuera más amable conmigo. Nos ayudaría a poner orden en nuestras vidas.

—Pero no fue así —dijo Gösta en voz baja.

—No. No fue así. El caos no hizo más que empeorar. Los primeros años de Mattias transcurrieron en una continua bruma de drogadicción. Y los ataques de Lars empeoraron. Sobre todo, contra mí, pero también contra Mattias. Nunca lo denuncié. ¿Para qué? Así que me limitaba a meterme otra raya. Intentaba olvidar. Y un día…

Carina cerró los ojos y se reclinó en el asiento. Empezó a palparse el cuerpo. Tal vez las partes donde Lars la golpeaba con más fuerza. Patrik no se atrevió a preguntar.

—Era cinco de julio. Mattias acababa de cumplir tres años. No recuerdo qué fue lo que lo desencadenó. Seguramente nada concreto. No hacía falta gran cosa. Lars estalló. Solo recuerdo que me llovían los golpes. Luego, todo se volvió negro. Y lo siguiente que recuerdo es que me desperté en el hospital.

—¿Y Mattias?

Patrik se dio cuenta de que tenía las manos cruzadas con fuerza. La violencia contra las mujeres y los niños siempre lo sacaba de sus casillas. No se le iba de la cabeza. Podía hacer que se despertara gritando por la noche.

—Mattias había desaparecido. La policía encontró restos de su sangre en el salón, pero ni rastro de él. Supusieron que Lars lo habría matado y habría ocultado el cadáver en algún lugar. El pequeño nunca apareció, y Lars acabó en la cárcel por malos tratos. Ni siquiera por intento de asesinato, a pesar de que estuve al borde de la muerte. Y yo nunca dudé de que la policía tuviera razón sobre Mattias. Ya había visto de qué era capaz Lars, pero nunca lograron demostrar que hubiera matado a nuestro hijo.

—¿Y cómo saliste de aquello? —preguntó Patrik.

Carina volvió a exhibir esa sonrisa que hacía que su cara resultase muy diferente, muy viva.

—Stefan era enfermero en el hospital. Me cuidó, fue mi ángel de la guarda. Cuando me dieron el alta, seguimos viéndonos, y me ayudó a desintoxicarme. Me apoyó mientras hacía el programa de los doce pasos. Cuando me casé con el padre de las niñas, seguíamos siendo amigos. Y después, cuando me separé de él, Stefan y yo volvimos a tener una relación muy estrecha. Él siempre me decía que no debía volver la vista atrás. Y he seguido su consejo. Por eso nunca les conté nada a mis hijas.

Patrik volvió a coger la galleta y le dio otro mordisco. Sabía a galleta casera.

—O sea que, en realidad, nadie intentó dar con Mattias, ¿no?

Carina se levantó y se sirvió otro café. Una mujer entró en la cocina, pero se marchó enseguida después de una mirada de Carina.

—No, como decía, encontraron restos de su sangre en el salón. Y, teniendo en cuenta cómo me había agredido a mí su padre, parecía lógico pensar que estaría muerto. Yo me pasé un tiempo en el hospital, solo recibí alguna que otra visita de la policía, que venía a informarme de cómo iba la búsqueda. Y cuando por fin me dieron el alta, la investigación había terminado.

—¿Tienes alguna teoría acerca de lo que pudo ocurrir? Si partimos de la suposición de que el ADN que tenemos es de Mattias.

Carina negó con la cabeza.

—Ni idea. Nunca he tenido motivos para planteármelo. Pero por nuestro piso pasaba mucha gente. La mayoría de ellos eran de los que uno no quiere tener cerca de su hijo. Puedo intentar hacer una lista, aunque ignoro el nombre completo de la mayoría, como mucho recuerdo el nombre de pila o el apodo. En la vida que llevábamos, a nadie se le ocurría presentarse con nombre y apellido.

Gösta la miró a la cara.

—Siento que hayamos venido a remover sentimientos de antaño —dijo.

Carina volvió a sentarse.

—Si Mattias está vivo, será un milagro. No habría podido pedir nada mejor. Con la de veces que me he preguntado qué habría sido de él… Cómo sería de adulto. Era un niño precioso.

Le falló un poco la voz, y las manos le temblaban en torno a la taza.

Enterarse de que un hijo que creía muerto tal vez aún estuviera con vida… Patrik no podía ni imaginar la sensación.

—Necesitaríamos tu ayuda. ¿Podrías darnos una muestra de ADN para que comprobemos si es el ADN materno el que encaja con nuestra muestra? Y si tienes alguna foto suya, perfecto.

—No muchas, pero alguna guardé. Espera, voy a buscarlas.

Carina se levantó y se fue diligente.

Patrik y Gösta se quedaron sentados en silencio. En el jardín, al otro lado de la ventana, Patrik vio a un hombre elegante de pelo blanco, con la misma ropa de trabajo que Carina, que pasaba por delante con una vaca guiada con una cuerda.

—Desde luego —dijo Gösta.

—Sí, ya —dijo Patrik. Ninguno de los dos encontraba las palabras para seguir.

Carina volvió a la cocina con una cajita de latón en las manos y la dejó delante de ellos en la mesa.

—Esto es lo que tengo. Podéis llevároslas, si me prometéis que las recuperaré.

—Te prometo que las trataremos con sumo cuidado. Y que las recuperarás.

Muy despacio, Patrik abrió la tapa de la caja. En el interior había un puñado de fotografías que fue hojeando poco a poco. Gösta acercó un poco la silla para verlas.

—Tienes razón —dijo Patrik—. Es un niño muy guapo.

Sostuvo en alto una foto en la que Mattias tendría entre dos y tres años. Cabello oscuro, ojos azules y una amplia sonrisa.

—Esa es la última foto que le hicieron. Era un niño muy lindo. ¡Y vaya genio tenía! Supongo que lo había heredado de Lars.

Carina se pasó las manos por los brazos.

—Ya no te molestamos más —dijo Patrik—. Pero mi compañero te va a tomar una muestra de saliva de la cara interna de la mejilla. Y nos llevamos las fotografías. Te prometo que nos pondremos en contacto contigo en cuanto sepamos algo. Sobre todo, si hay coincidencia. Y me interesa mucho la lista de nombres. ¿Recuerdas también el del policía responsable de la investigación?

—Escribiré los nombres lo mejor que recuerde, pero el del policía lo he olvidado, por desgracia. Era bajito y grueso, es lo único. Seguro que la policía de Malmö tiene esa información, fue un caso bastante sonado. La prensa local escribió mucho al respecto.

—Lo averiguaremos. Gracias. Y sigue adelante con esta labor.

Patrik miró de reojo hacia la gran sala donde un grupo de mujeres y niños veía la televisión.

—Gracias a vosotros —dijo Carina, y sacó el móvil—. En fin, será mejor que llame a Anette. Tengo cinco llamadas perdidas. Hemos de hablar sobre algo que debería haberle contado hace mucho.

—Suerte —dijo Patrik. Y lo decía de todo corazón.

El gran reloj de la pared resonaba con su tictac. Allan casi nunca reparaba en él, pero ahora le resultaba tranquilizador.

Estaba hojeando el periódico y le llamó la atención un artículo sobre el desarrollo de los niños que no tenían teléfono inteligente. Era muy liberador disfrutar de un día de descanso en el restaurante, tenía que reconocerlo. Seguro que a Gabriel no le había hecho ninguna gracia, y Allan se preguntaba cómo habría logrado convencerlo Yvonne. En todo caso, él se sentía aliviado. Trabajar tantas horas en el restaurante lo agotaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer ni ante sí mismo siquiera. Pero ¿qué podía hacer?

Le había prometido a Gabriel que siempre podría contar con su apoyo. Los padres de Allan fallecieron en un accidente de coche cuando él apenas tenía un año, y se crio con los abuelos paternos, que eran demasiado mayores y tenían muy poco interés por educar a un niño otra vez. Se mudó de la casa a los dieciséis y nunca más volvió a verlos. Ellos tampoco intentaron contactar con él.

Cuando Isabelle le contó que estaba embarazada, hizo el sagrado juramento de que siempre protegería, educaría y apoyaría a su hijo. Y era una promesa que pensaba cumplir hasta su muerte.

Levantó la vista del periódico cuando Yvonne entró en la cocina.

—¿Quién ha venido? —preguntó.

Yvonne miró por la ventana, se rascó un poco el cuello enrojecido.

—Dan Karlsson, ya sabes. He puesto un anuncio en el Club de Vela, y me ha llamado. Esta tarde vendrá a llevarse el Victoria.

Allan dobló el periódico.

—¿Estás segura? Aún no nos han devuelto el cadáver de Sofie para enterrarla. Y la investigación policial sigue en marcha. ¿No deberíamos esperar hasta que hayan terminado?

—Por lo que a mí respecta, está terminada —dijo Yvonne.

Se acercó a Allan y lo rodeó con sus brazos.

—No debería haberlo mantenido todo vivo a lo largo de los años. Era mi forma de recordarla. Nunca pensé que la encontrarían. Debería haber dejado que cayera en el olvido.

Las manos de Allan descansaban sobre el periódico encima de la mesa.

—Era tu hija. Hiciste lo que creías correcto —dijo incapaz de mirarla a los ojos.

—La investigación no conducirá a nada —dijo Yvonne con un nudo en la garganta—. Ha pasado demasiado tiempo. Quiero vender el barco para que podamos pasar página. La enterraremos y seguiremos adelante como una familia.

Lo abrazó más fuerte, y él sintió que le costaba respirar.

El amor de Yvonne podía ser asfixiante. Él jamás fue capaz de corresponderlo como ella quería. Siempre supo que Yvonne era consciente de que él nunca la había querido como ella lo quería a él. Pero hizo lo que pudo. Pagó un precio por ello, y seguiría pagándolo mientras viviera.

Allan le dio una palmadita en el hombro y se liberó de su abrazo. Se dio cuenta de que se había sentido dolida, pero tenía que respirar.

—¿Estás segura de que la policía no prefiere que siga ahí por ahora? ¿Por si quieren examinarlo de nuevo?

Yvonne resopló.

—Ya han tenido su oportunidad. Y Gabriel ya les ha explicado por qué había una soga en forma de dogal. Por Dios, si tenía el cuarto lleno de trastos así. No será el único adolescente que ha pasado por una fase rara.

—Bueno, tú haz lo que creas que es mejor —dijo Allan. El sonido del reloj de pared a su espalda se le antojó de pronto apremiante—. Seguro que tienes razón.

Pero el tictac se interrumpió súbitamente, y a Allan se le encogió el corazón. Sabía que no le volvería a latir hasta que el tictac se reanudara.

Cuando se oyó otra vez, Allan tomó aire tan en silencio como pudo.

—Anda, ¿y has conseguido encontrar cangrejos? —dijo.

—Pues claro. Y pensaba hacer mi salsa de eneldo, que tanto te gusta.

Yvonne le sonrió y, como siempre, lo dejó prendado con su imponente belleza. Empezó a sacar los platos y los cubiertos con la intención de poner la mesa para la cena.

—Tengo que pasarme por casa de Ingemar a las cinco.

—Qué bonito. Y qué bonito disfrutar de una noche con toda la familia.

Yvonne lo besó en la mejilla.

—Por ti, cualquier cosa, cariño. Ya lo sabes. Cualquier cosa.

—Hola. Soy Patrik Hedström, de la policía de Tanumshede. Busco a alguien que me pueda dar información sobre un caso con cuarenta y cinco años de antigüedad. Un caso de maltrato que incluye un niño de tres años desaparecido, quizá asesinado.

Patrik conducía tan tranquilo por el carril derecho. Llevaba el móvil en el soporte, entre los dos asientos, y había puesto el altavoz. A su lado, Gösta tragó saliva varias veces.

Transcurrieron unos instantes antes de que alguien se pusiera al teléfono, pero al final oyeron un ruidito que indicaba que habían pasado la llamada.

—Hola, soy Jenny Segerstedt, comisaria del distrito policial de Malmö.

Era una voz clara y joven, y Patrik se preguntó qué edad tendría. Parecía adolescente.

—Hola, aquí Patrik Hedström, de Tanumshede. ¿Necesitas comprobar mi identidad?

—Ya lo hemos hecho, hemos llamado a tu jefe, Bertil Mellberg.

Patrik y Gösta intercambiaron una mirada. Estaba bien que Mellberg respondiera al teléfono por lo menos.

—Perfecto. Verás, tengo entre manos un caso que me ha llevado a una investigación que hicisteis hace cuarenta y cinco años. Un caso de maltrato con un menor desaparecido.

Se oyó cómo Jenny Segerstedt tecleaba algo.

—He recopilado el material que buscas. Como comprenderás, ninguno de los policías que llevaron esa investigación sigue en activo.

—Ya, eso pensaba yo, pero me sería muy útil echarle un vistazo al material que haya.

—Puedo enviártelo por correo electrónico, pero ¿quieres un resumen?

Patrik lanzó a Gösta una mirada rápida y tuvo que frenar de golpe detrás de un camión que no parecía tener mucha prisa.

—Te lo agradecería, si tienes tiempo.

—Por supuesto. Verás, hay un tal Lars Edberg, condenado por maltrato a su pareja, Carina Mårtensson. Se supone que en el apartamento deberían haber encontrado a su hijo de tres años, pero cuando llegó la patrulla, no había ni rastro del pequeño en el domicilio. Los técnicos encontraron una pequeña cantidad de sangre, que resultó ser del niño.

Jenny Segerstedt volvió a teclear. Hablaba rápido, pero no se había atascado una sola vez.

—La víctima, Carina Mårtensson, estaba muy malherida cuando la encontraron, y la llevaron al hospital de inmediato. Solo tenía recuerdos fragmentarios del suceso, y dijo que no sabía qué había podido ocurrirle a su hijo. Lars Edberg fue sometido a varios interrogatorios, en todos afirmó que ignoraba dónde se encontraba el pequeño. Además, aseguró que, y cito: «Carina era dada a los accidentes y se había caído y se había dado un golpe».

Patrik soltó un taco al oír tal desfachatez. Recordó a Carina mientras se pasaba las manos por los brazos, como si estuviera reviviendo cada golpe.

—¿Quién llamó a la policía? —preguntó.

—Espera, voy a ver.

Nuevos golpes de teclado. Patrik echó una rápida ojeada a Gösta, que parecía tan expectante como él. El camión se desvió por fin y Patrik pudo pisar un poco más el acelerador.

—La policía recibió una llamada anónima —dijo Jenny Segerstedt al fin.

—¿Y nunca identificaron a la persona que la hizo?

—No, nunca lo averiguaron.

—¿Había otros sospechosos, aparte de Lars? —preguntó Patrik.

—No que yo vea en el informe. Lars y Carina se movían en círculos de drogodependientes, y ellos también consumían, según veo. Pronto surgió la sospecha de que Lars golpeó también al niño cuando agredió a Carina. Teniendo en cuenta el rastro de sangre que encontraron. Y durante el interrogatorio en el hospital, Carina confesó que a veces Lars también agredía al niño.

—¿Sabéis dónde se encuentra Lars en la actualidad?

Patrik le tocó el claxon a un Peugeot que lo adelantó pegándose demasiado a él.

—Puedo buscarlo. —De nuevo se oyó teclear a Jenny Segerstedt —. Falleció. Murió de sobredosis poco después de salir de la cárcel.

—Mierda —dijo Patrik dando un puñetazo en el volante.

—¿Se puede saber por qué os interesa tanto este caso? —preguntó la agente.

—Todavía no, lo siento, pero seguro que necesito volver a contactar contigo.

—Muy bien. Pues mantenme al corriente, ya tengo curiosidad.

Cuando concluyeron la conversación, Patrik se quedó pensativo tamborileando con los dedos en el volante.

—¿Qué demonios pasa aquí, Gösta? ¿Cómo puede desaparecer un niño de tres años sin dejar rastro? ¿Dónde ha estado todos estos años? ¿Cómo ha logrado llevar una vida sin identidad? ¿Sin documentación?

—Bueno, supongo que averiguarlo es nuestro trabajo —dijo Gösta—. Pero a saber cómo lo vamos a conseguir.

Patrik pisó un poco más el acelerador. Estaba deseando llegar a la comisaría cuanto antes.

Ellen se cercioró de que la puerta de la entrada principal de Åldersro estuviera bien cerrada. Últimamente se atascaba un poco, y

algunos de los empleados no comprobaban que quedara encajada. Tendría que llamar a un cerrajero, si es que Gun consentía ese gasto.

Encontró a Gun en el aparcamiento, delante de su coche, y la saludó con la mano. Ellen sospechaba que había empezado a fumar otra vez. A escondidas. Muy comprensible, si ese era el caso, teniendo en cuenta la presión que soportaban todos.

El coche de Ellen estaba aparcado en la plaza contigua. Dejó la maleta en el asiento del acompañante y abordó a Gun.

—Magdalena ha venido a verme esta mañana. Me ha parecido agobiada por algo.

Gun la miró brevemente antes de deslizar la vista hacia la residencia de ancianos.

—Bueno, seguro que es el tema de Monica —dijo—. Parece que a Magdalena se le ha venido todo encima. No fue buena idea irse a vivir con su madre, eso ya lo sabía yo. Y, además, no tenemos ni idea de lo que habrá presenciado y lo que habrá sufrido a lo largo de los años. ¿Cómo se llama eso que padecen los soldados? ¿TEDT?

—TEPT. Desde luego, es posible. Tiene que haber visto muchas cosas horribles. Pero, no sé, me ha dado la sensación de que había algo más. Habló mucho de Sofie.

Gun abrió la puerta del coche y parecía a punto de entrar, pero se volvió de nuevo hacia Ellen.

—Yo solo quiero que podamos poner punto final a esto. Casi preferiría que no hubieran encontrado a Sofie.

Ellen asintió. Si cerraba los ojos, podía recrear la imagen. Sofie gritando de tristeza y desesperación.

—Es terrible, pero yo siento lo mismo. Y quizá así mi madre aún seguiría viva.

Gun se sobresaltó cuando la alarma estridente de un coche empezó a sonar al otro lado de la calle. Cesó enseguida, y ella volvió a mirar a Ellen.

—Si la gente fuera capaz de no remover las cosas… —dijo—. Pase lo que pase, nada hará que vuelva Sofie. Ni Aino.

—Viene a verme en sueños —dijo Ellen—. La oigo cantar.

Gun extendió los brazos. El llavero que tenía en la mano tintineó.

—Ahí lo tienes. A ti tampoco te está sentando bien todo esto. No es que yo no quiera que averigüemos quién mató a Aino. Es solo… Es solo que me gustaría que el asunto pudiera descansar en paz de una vez.

Ellen asintió en silencio.

—¿Cómo se siente Jocke ahora que Magdalena se ha ido a vivir a vuestra casa?

—Joakim siempre ha sido un ingenuo. Un soñador. No ve la realidad como es, no sabe distinguir qué es lo mejor para él. Nunca ha dejado de pensar en Magdalena. A pesar de todo, yo tenía la esperanza de que la vida los mantuviera separados, pero no puedo gobernar sus elecciones, por mucho que quiera. Es mi único hijo. No hay nada que no fuera capaz de hacer por él.

Ellen echó a andar hacia el lado del conductor, pero se detuvo. Se dirigió de nuevo a Gun.

—Me preocupa Magdalena —dijo—. Sé que llevamos treinta años sin ser amigas, pero estábamos muy unidas. Éramos como hermanas.

Gun resopló.

—Magdalena es más fuerte de lo que crees. De los dos, el débil es Joakim.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre ha sido así. Joakim no fue tan fuerte como habría sido necesario —dijo Gun, y se sentó en el coche—. Bueno, tengo que irme a casa, Bengt me está esperando. Se le dan bien muchas cosas, pero preparar la comida no se cuenta entre ellas.

Ellen se quedó mirando el coche de Gun mientras se alejaba del aparcamiento. Como un eco lejano, oyó el cántico de Aino. Triste, fatídico.

Patrik envió un mensaje de texto cuando se acercaban a Tanumshede, así que todos se encontraban ya reunidos en la cocina. Reinaba un ambiente tenso y de expectación.

—El café está en marcha y he repuesto la bandeja de los bollos —dijo Annika al tiempo que se sentaba con el cuaderno de notas preparado.

—Gracias —dijo Patrik.

Se sirvió una taza antes de empezar. Todas las miradas se centraban en él y en la pizarra que tenía al lado.

—Lo más probable es que hayamos identificado al asesino o, al menos, a la persona que acechaba delante del cuarto de Sofie. Contamos con una muestra de ADN que quizá pueda confirmarlo, pero, hasta que se compruebe, tenemos una hipótesis sólida con la que trabajar. Lo más seguro es que el ADN que tratamos de identificar proceda de un tal Mattias Mårtensson, si es que sigue llamándose así en la actualidad. Desapareció de Malmö a la edad de tres años, y lo dieron por muerto.

Annika quedó sobrecogida y, por unos instantes, dejó de escribir.

—El padre de Mattias —continuó Patrik—, Lars Edberg, era un drogadicto y un delincuente conocido, que agredió a su mujer, Carina Mårtensson, la madre de Mattias, hasta casi matarla. Cuando la policía se personó allí alertada por una llamada anónima, no encontraron a Mattias. Había cierta cantidad de sangre que resultó ser del niño, de modo que la policía trabajó partiendo de la hipótesis de que Lars había matado a su hijo y se había deshecho del cadáver. Un cadáver que nunca apareció.

—Estás de broma —dijo Martin boquiabierto—. ¿Estáis seguros?

Patrik señaló con la mano la pizarra, en cuya superficie había escrito las palabras de apoyo para su exposición.

Se preguntó qué habría pensado Erica de su letra.

—Como decía, no podremos estar seguros al cien por cien hasta que obtengamos una coincidencia con la muestra de la madre. Pero sí, yo diría que es una suposición bastante fundada. He llamado al exmarido de Carina, el padre de las hermanastras de Mattias, mientras volvíamos y me ha asegurado que es imposible que él

tenga hijos en la región. Y creo que dice la verdad. No quiero que perdamos el tiempo mientras esperamos los resultados de la prueba de ADN, así que hagamos lo posible por tratar de averiguar dónde se metió Mattias.

—Un niño de tres años no habría podido sobrevivir solo, alguien tuvo que traerlo aquí —dijo Paula.

Patrik asintió.

—Es una conclusión lógica, pero ¿cómo lograron que recorriera las instancias de la administración pública y toda la vida sin documentación? Eso es lo que no me explico. Tiene que haber dejado un rastro en algún sitio.

Mellberg alargó la mano en busca de un bollo con un movimiento tan rápido que Ernst se levantó.

—Imagínate cuando esto llegue a los titulares de la prensa —dijo.

Patrik soltó un resoplido que no consiguió ahogar del todo.

—No podemos informar a los medios hasta que veamos que es el momento de emitir una orden de búsqueda y captura. Vamos a necesitar la ayuda de la policía de Malmö para hablar con los servicios sociales y preguntar entre los conocidos de Lars y Carina. Entre otras cosas.

—Siempre y cuando luego quede claro que el caso lo resolvimos nosotros —dijo Mellberg, y dejó el bollo.

Ernst volvió a tumbarse sobre sus pies.

—Tiene que haber algún sitio donde alguien reaccionara al ver aparecer de pronto a un niño de tres años —dijo Gösta.

Martin lo miró.

—Quizá alguien que vivía aislado —dijo—. O sea, pensad en la familia aquella que no detectaron los radares y que vivió durante años y años con sus hijos en una granja.

Patrik apartó la vista de la pizarra y miró a sus colegas sentados alrededor de la mesa.

—Desde luego, podría ser. Y si quien se llevó a Mattias se mudó a otra región de Suecia, podemos buscar por todo el país. Así que, al

final, tal vez haya que recurrir a la ciudadanía, pero, desde luego, para mí es el último recurso. Nos ahogaremos en pistas falsas.

Patrik miró el reloj.

—Ha sido un día largo y empieza a hacerse tarde. Propongo que nos llevemos esta información a casa y que reflexionemos durante la noche, ya veremos si se nos ocurren más formas de abordarlo. La policía de Malmö nos habrá enviado ya por correo electrónico el material que tienen de la investigación antigua, y Annika puede encargarse de que mañana la tengáis en la bandeja de entrada. Leed, reflexionad y ya veremos cómo seguimos. En cualquier caso, esta investigación ha experimentado un avance considerable.

Annika salía de la cocina en último lugar cuando Patrik la llamó.

—¿Podrías mirar ahora mismo si los de Malmö han enviado el material y sacar una copia? Así me la llevo a casa.

—Pues claro. —Annika dudó un instante antes de marcharse—. Espero que tú sustituyas a Mellberg, Patrik.

—Bueno, habrá que aceptar lo que venga, Annika. No es nada en lo que pueda pensar ahora. Y tampoco está en mi mano.

—Ya, pero quería que lo supieras.

Se dio media vuelta y se dirigió a la recepción.

Patrik se la quedó mirando e intentó apartar las ideas que le rondaban la cabeza. Luego fue a buscar la caja que le había dado Carina.

—Noel tiene fiebre —dijo Erica cuando Patrik llegó a casa.

—¡Ay, pobre! ¿Estás malito?

Patrik se acercó a Noel y se sentó a su lado en el sofá. Dejó el maletín a sus pies. Sin saber por qué, a Erica se le saltaron las lágrimas al ver a su marido abrazar a uno de sus queridos y traviesos gemelos. Tal vez por el libro que estaba escribiendo y por tanto pensar en Sofie. La certeza de que una familia podía verse inmersa en el dolor más oscuro de un día para otro.

—La abuela me ha dado un té asqueroso —dijo Noel en voz baja —. Con limón. Pero mamá me ha ayudado y ha bebido a escondidas.

—Me tomé unos tragos por el equipo —dijo Erica—. Y tu madre ha preparado sopa de col verde para la cena.

Patrik hizo una mueca de espanto. Erica abrió la puerta del horno.

—Tranquilo. Tengo en marcha una salchicha de Falun con macarrones. Pero no te olvides de darle las gracias y decirle lo rica que estaba la sopa de col.

Nora siguió a Erica con la mirada desde la sillita que estaba junto a la mesa de la cocina, y Erica se agachó para acariciarle la mejilla regordeta.

—Yo he prometido que le voy a decir que estaba muy rica —dijo Maja, que estaba dibujando en el sofá.

—Y yo —dijo Anton. Estaba sentado en el suelo, delante del televisor, pero se fue al sofá con Patrik—. Le voy a decir que estaba riquísima, que es lo más rico que he comido en todo el mundo entero.

Patrik le revolvió el pelo.

—Bueno, no exageres mucho —dijo—, o la abuela nos traerá sopa de col todos los días.

Anton y Noel resoplaron a la vez.

—No asustes a los niños —dijo Erica con una sonrisa. Puso un poco de leche en una olla y encendió el fogón—. Estaba pensando hacer los macarrones en salsa blanca, espero que te guste la idea.

—Justo lo que necesitaba.

Patrik se levantó del sofá y se sentó a la mesa de la cocina. Sacó del maletín una carpeta y una caja de metal.

Nora emitió un alegre burbujeo cuando vio a Patrik, que estuvo haciéndole carantoñas un ratito antes de volver al material que acababa de sacar.

Erica no pudo contenerse más. Se sentó a su lado y se inclinó sobre el ancho hombro de su marido.

—Me prometiste que me tendrías al corriente.

Patrik le sonrió.

—Calma, calma, ya voy. Pero, desde luego, es una historia increíble.

Sacó un papel y se lo dio a Erica. Era una copia del informe de la policía de Malmö.

—Estamos buscando a un niño de tres años que desapareció hace cuarenta y cinco.

Erica lo miraba atónita. Se oyó un chisporroteo a su espalda y Erica se volvió. La leche había empezado a subir, así que acudió corriendo, bajó el fuego y echó los macarrones mientras removía con una cuchara. Tras una rápida ojeada a la olla, volvió a sentarse al lado de Patrik.

—A ver, repítemelo.

Patrik continuó en voz baja.

—Un tal Mattias Mårtensson desapareció a la edad de tres años. La policía creyó que su padre lo había matado a golpes y se había deshecho del cadáver el mismo día que casi acaba con la vida de su madre. De modo que nunca lo buscaron.

—¿Ni siquiera su madre?

Patrik negó con la cabeza.

—Gösta y yo hemos estado hablando con ella hoy. Cuando Mattias desapareció, Carina, su madre, estaba en un período de consumo habitual de drogas e inmersa en una relación marcada por la violencia física. Su pareja, Lars, había maltratado al niño con anterioridad. Y en el apartamento encontraron sangre de Mattias.

—¿Mucha? —preguntó Erica.

—No, solo un poco. Pero bastó para que la policía sacara sus conclusiones. Y Carina no tenía ningún motivo para cuestionarlas.

Sonó la alarma de la cocina y Erica fue a retirar la olla.

—Quiero que me lo cuentes todo, pero ya seguiremos después de cenar.

Puso nuez moscada en su plato y en el de Patrik, y los niños se sentaron a la mesa. Erica no paraba de darle vueltas a la cabeza, y

Patrik tenía el ceño fruncido mientras hablaba con los chicos del último capítulo de *La patrulla canina*.

Cuando terminaron de recoger la cocina entre todos después de la cena y los niños se sentaron en el sofá para ver *Moana*, Patrik sacó de nuevo el material y abrió con cuidado la cajita metálica.

—Le he prometido a Carina que se las devolveré. Son las únicas fotos que tiene de Mattias.

Erica cogió el montoncito de fotografías.

—¿Vais a hacerlas públicas? Puede que alguien lo reconozca.

—Bueno, Mellberg está deseando ponerse ante las cámaras, claro, pero yo prefiero comprobar primero qué podemos averiguar. No quiero prevenir a Mattias, o como se llame hoy, de que vamos tras su pista.

Erica miró las fotografías. Estaban algo amarillentas, pero, al mismo tiempo, podían haberse tomado solo unos días atrás. Se le encogió el corazón al ver al pequeño. Solo había un par de fotos en las que saliera sonriendo y, por lo general, tenía una expresión huraña en la mirada, como si hubiera perdido la esperanza. Erica se estremeció, como si la temperatura hubiera descendido de golpe varios grados.

—Pobre criatura. Me pregunto qué no habrá tenido que sufrir.

—No olvides por qué lo estamos buscando —dijo Patrik con tono severo—. Por mucho que haya pasado en la vida, él también ha hecho daño a mucha gente.

Erica dejó las fotos en la mesa.

—Eso es verdad —dijo—. Pero hay gente a la que nunca se le brinda una oportunidad. Y quién sabe qué horrores tuvo que soportar, si fue a parar a manos de la persona equivocada.

Patrik la rodeó con el brazo y apoyó la cabeza en la de ella. El calor de su cuerpo la caldeó un poco.

—Tienes buen corazón. Esa es una de las muchas razones por las que te quiero.

—Por eso, y por mis macarrones en salsa blanca.

—Sí, por los macarrones también. Quizá sobre todo por los macarrones, ahora que lo pienso.

Erica le dio una palmada en el brazo. Luego volvió a coger la primera fotografía y se fijó en el niño. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Dónde iría a parar?

El niño le respondía con su mirada tristona. Una mirada que le resultaba un tanto familiar.

—Qué bien que hayamos conseguido juntarnos todos una noche —dijo Yvonne, y alargó el brazo para coger una cigala.

La mesa estaba puesta con lujo festivo, y las velas arrojaban un cálido resplandor sobre los rostros de quienes había sentados alrededor de la mesa. Como de costumbre, a Allan le llamó la atención la habilidad de Yvonne para conseguir que una habitación pareciera agradable al menos.

—Esta noche habríamos tenido lleno —protestó Gabriel, y chupó el jugo de la cabeza de una cigala con un burbujeo.

—Gabriel —dijo Ellen en voz baja.

Él se encogió de hombros.

—Lo siento, papá. Claro que tenemos que celebrar tu cumpleaños.

Allan lo miró asintiendo.

—Os lo agradezco. Y bien podemos permitirnos una noche libre, teniendo en cuenta lo bien que va el negocio.

—Me han dicho que habéis vendido el barco —dijo Ellen mirando la caseta.

Yvonne le dirigió una sonrisa.

—Sí, Allan y yo pensamos que ya era hora. Tenemos que empezar a pasar página, como dijo el rey.

—Así quizá podamos dejar atrás todo esto —dijo Gabriel, y cogió un cangrejo—. Qué buenos, por cierto. Estupendos. Deberíamos tener algún plato de cangrejo en el menú, papá.

—Desde luego, si son así de buenos, claro.

Allan se sirvió también un cangrejo. El poder de atracción de Gabriel cuando se entusiasmaba con algo hacía que olvidara todos los momentos en los que la negrura lo dominaba.

—Pero ¿y la abuela? —dijo Elsa. Había dejado los cubiertos en la mesa—. ¿Cómo vamos a dejar nada atrás cuando no sabemos quién la mató?

El trozo de cangrejo que Allan acababa de meterse en la boca empezó a crecerle allí dentro. Algo en el ambiente que imperaba alrededor de la mesa lo llenaba de preocupación. La alegría de Yvonne se asemejaba a la de un niño la mañana de Nochebuena. Le había lanzado alguna que otra mirada elocuente durante la cena, como si tuviera un secreto y no fuera capaz de resistir las ganas de compartirlo con él.

Pero él no quería más secretos. Solo quería una cena tranquila y en paz con su familia el día de su cumpleaños, una cena en la que todos se llevaran bien y hablaran de lo que había pasado a lo largo del día y de lo que tenían pensado hacer en adelante. Los planes de Ludvig de solicitar unas prácticas en alguna constructora, cosa que, en verdad, era una buenísima idea. Los planes de Elsa de empezar a estudiar restauración. Conversaciones normales sobre las tareas que había que llevar a cabo en el jardín antes de que llegara el invierno.

Elsa los miró de nuevo a todos con un punto de rebeldía en los ojos.

—¿Soy la única aquí que piensa en la abuela?

Allan vio que Ludvig le daba un puntillón por debajo de la mesa.

Ellen le puso la mano en el brazo para tranquilizarla.

—Pues claro que todos pensamos en la abuela, sabes bien lo triste que estaba y que estoy, pero ahora mismo no podemos hacer nada. La policía sigue investigando, y, cuando la recuperemos, le haremos un entierro precioso. Si quieres, puedes participar a la hora de organizarlo.

Elsa bajó la vista y volvió al tenedor. Al poco, todos estaban comiendo de nuevo.

—¿A que me ha salido bien la salsa blanca? —dijo Yvonne señalando con la mano la mesa, puesta con suma elegancia—. Toma

un poco más de pan de ajo, tengo otra tanda en el horno. Sofie era capaz de comerse una barra entera.

En la mesa se hizo el silencio.

Allan observaba a Gabriel, que estaba poniéndose otro trozo de pan. El negro cabello le caía sobre los ojos. Recordaba aquella vez que Gabriel rompió el plato de pura rabia al ver que Sofie se comía el último trozo de pan de ajo. La mirada temerosa de Sofie. La mirada sufrida de Yvonne.

Gabriel y Sofie fueron como el agua y el aceite desde el principio. Como dos planetas distintos que se hubieran visto obligados a ocupar un sistema solar común. Igual que Yvonne y él se vieron obligados a estar juntos. Por la soledad. Y la brecha había seguido ensanchándose hasta que formó un agujero negro que los había engullido a todos.

A Allan le pinchaba en la piel la mirada de Yvonne. Ese brillo extraño que tenía en los ojos le resultaba casi desagradable.

Se irguió un poco y cogió otro cangrejo.

—Tu salsa blanca es magistral, Yvonne. Como todo lo que haces. Salud, y gracias a todos por esta cena de cumpleaños. El año que viene, repetimos.

Se oyeron risas dispersas y todos alzaron las copas. Pero las sonrisas no se reflejaban en la mirada. En la de ninguno de ellos.

En la casa reinaba el silencio. Jocke se acercó a la ventana para contemplar la cabaña de invitados en el jardín. Estaba a oscuras. La decepción aún lo atormentaba.

Magdalena le había enviado un mensaje cuando volvía a casa desde el centro de salud. Le decía que tenía migraña y que iba a acostarse en cuanto llegara. Ni siquiera se había acercado a decirle hola. ¡Le habría gustado tanto compartir con ella la noticia, contarle que el abogado lo había llamado para decirle que Tilda y Elias podrían viajar a Suecia ese verano y que, de cada dos períodos de vacaciones, pasarían uno con él! Pero tendría que esperar a mañana.

En cierto modo, la decepción por Magdalena devoraba la alegría ante la perspectiva de que pronto abrazaría de nuevo a sus hijos, los estrecharía entre sus brazos y aspiraría su aroma tan particular. La precocidad de Tilda y los ingeniosos razonamientos de Elias, que siempre le arrancaban una sonrisa. Jocke tragó saliva y se dejó caer en la cama. Sacó la caja que aún seguía allí debajo. Su madre no había cambiado nada en el cuarto cuando él se marchó, y dormir allí era como dormir en una máquina del tiempo. Aunque también le infundía una seguridad extraña. En muchos sentidos, fue una época feliz.

Una época feliz con Magdalena.

Sacó las fotografías que había en la caja y se quedó un buen rato mirando la primera, acariciando el rostro de ella. Era lo más hermoso que había visto en la vida. El cabello oscuro, las largas pestañas y los ojos azul claro. Formaban una pareja preciosa, y lo sabían.

Las imágenes de todos esos instantes. Magdalena y él en el jardín. Magdalena y él en Badholmen. Magdalena y él en un barco camino de una de las islas. Lo compartían todo. Hasta que él lo estropeó por un único instante de estupidez.

Ahora, la vida le brindaba una nueva oportunidad. Lo sentía en cada fibra de su cuerpo. Magdalena había vuelto, estaba durmiendo allí, a tan solo unos metros de él. Tilda y Elias vendrían a verlos, a menudo. Magdalena y él podrían ser una familia, aunque no tuvieran hijos comunes. Jocke estaba convencido de que ella querría a los hijos de él como si fueran suyos. Era una persona llena de amor.

Ya desde el segundo en que la vio junto a las taquillas del colegio supo que era su media naranja. Cuántas veces no deseó que hubiera una forma de cambiar el error que cometió en su día, de deshacer lo hecho de alguna forma.

Jocke dejó las fotos y se levantó de la cama. Abrió despacio la puerta, que rechinaba si se abría de golpe, y fue a la planta baja. Se quedó ante una de las ventanas que daban al jardín. Fuera estaba todo negro como la pez, aunque una farola que relucía a un trecho de allí arrojaba un débil resplandor sobre el blanco de la cabaña de invitados.

Sin hacer ruido, abrió la puerta trasera y salió descalzo a la terraza. Notó que el césped estaba mojado, pero no le importó. Pegó el oído a la puerta de la cabaña tratando de oír la respiración de Magdalena. Nada. Siempre se había metido con ella por eso, le decía que dormía como si estuviera muerta. Muy despacio, puso la mano en el picaporte y empezó a bajarlo, pero se detuvo a medio camino.

Magdalena tenía que dormir. Ya hablarían mañana. Tenían toda la vida por delante. ¿Qué era una noche, en comparación?

Erica tenía la vista clavada en el techo. Todo estaba en calma y en silencio, lo único que se oía eran los leves ronquidos de Patrik a su lado. Algo le rondaba la cabeza, una idea vaga que no era capaz de identificar y que le impedía conciliar el sueño.

Cruzó las manos sobre la barriga y cerró los ojos. La serenidad se negaba a hacer acto de presencia. Suspiró y se levantó de la cama. Los ronquidos de Patrik cesaron un instante, pero enseguida se reanudaron con la misma tranquilidad que antes.

Erica se dirigió con sigilo a la planta baja. Encima de la mesa de la cocina estaba el material de la investigación. Sacó las fotografías y las colocó sobre el tablero. Al verlas, la inundó la ira. El pequeño llevaba la ropa sucia y andrajosa, a veces varias tallas por encima de la suya. Todo indicaba que su vida era un infierno.

A pesar de la cantidad de destinos que había descrito y en los que había profundizado mientras trabajaba en sus libros, no alcanzaba a comprender cómo podía haber gente que no quisiera a sus hijos y no los cuidara.

Era un tema del que nunca había podido hablar con Anna. Ella, que tantos años había vivido en el seno de una relación violenta con el padre de Emma y Adrian que, al final, acabó en tragedia. Cuántas veces no había querido preguntarle a su hermana por qué siguió con él tantos años, aunque sabía que la verdad no era tan sencilla. Las relaciones eran mundos complejos. Interferían en ellas los sentimientos, interfería el miedo. No solo el miedo a la situación en

la que uno se encontraba, sino también el miedo a lo desconocido, a quedarse solo.

Erica pasó un dedo por la foto. ¡Ojalá pudiera hablar! ¿Qué destino habría sufrido aquel niño? ¿Entre qué gente malévola se habría criado, para que en su interior hubiera crecido algo que lo empujó a querer hacer daño a los demás?

Sabía que Patrik opinaba que sentía demasiadas simpatías por el pequeño. Que no era de recibo culpar a las vivencias de la infancia del daño que hacías a otras personas, habían hablado del tema infinidad de veces. Que todo el mundo tenía que cargar con su responsabilidad. Sin embargo, era difícil ignorar hasta qué punto nuestra infancia nos formaba como personas. Ella misma sufría aún las consecuencias de las heridas de haber tenido una madre que no fue capaz de comportarse como tal. Igual que Anna. Y quizá fuera ahí, precisamente, donde hallaría la respuesta a por qué Anna había tomado las decisiones que tomó en la vida.

¿Cuáles fueron las opciones de Sofie aquella noche? ¿Fue una decisión trascendente? ¿Varias, de menor magnitud? Desde luego que Sofie no tenía ninguna responsabilidad por lo que le ocurrió. Pero una serie de decisiones de menor calado y el azar podían acarrear consecuencias fatales. Erica lo había visto en infinidad de ocasiones en su trabajo a lo largo de los años. Las preguntas de los familiares: ¿Por qué no fui a verla justo esa noche? ¿Por qué no fue allí una hora más tarde, y así nada habría ocurrido? Por qué, por qué…

Pequeñas decisiones sin importancia que nadie imaginaba que acabarían en catástrofe.

La mirada huraña del niño la atravesaba. Erica reunió las fotografías, las metió en la caja y cerró la tapa. Seguía sin poder precisar qué le palpitaba en el subconsciente.

Cuando se metió de nuevo en la cama y se tapó con el edredón, vio ante sí los ojos del niño. Y esos ojos la siguieron a lo más hondo del sueño.

—Bueno, ha sido una noche estupenda —dijo Allan mientras se ponía el pantalón del pijama—. Sé que a Gabriel no le ha hecho mucha gracia que cerremos esta noche, pero tiene que aprender a desconectar también.

—Me alegra que hayas estado a gusto —dijo Yvonne mientras se retiraba el maquillaje con una toallita.

A estas alturas, Allan conocía sus rutinas a la perfección. Cada noche lo mismo. Ella cogió el tarro azul de Nivea y empezó a ponerse una capa de crema en la cara. Se untó también los codos, que se le quedaban resecos con facilidad.

—Ludvig está deseando empezar en la obra —dijo Yvonne, y se puso un poco más de crema.

—Sí, seguro que le va sobre ruedas. Y para Elsa estoy mirando escuelas. Tiene mucho potencial. Si el restaurante sigue yendo bien, tal vez podríamos permitirnos mandarla a la London Culinary School de Londres. ¿Qué te parece?

Yvonne, que estaba sentada delante del tocador, se volvió a mirarlo.

—Para eso tendrás que convencer a Ellen, más bien. Le resultará difícil tener a Elsa tan lejos.

—Ya, pero yo creo que a veces es bueno cortar el cordón umbilical —dijo Allan, y se acurrucó entre las sábanas.

Yvonne enarcó las cejas.

—Como Gabriel y tú, ¿no?

—*Touché*. Aunque él estuvo fuera y se las arregló solo durante muchos años. No lo olvides.

—Ya, pero ahora está en casa otra vez —dijo Yvonne—. Como un bumerán.

Allan alargó el brazo hacia ella.

—¿No podemos hablar de otra cosa esta noche? Para terminar la velada de un modo agradable, ¿no?

Levantó el edredón para invitarla a meterse en la cama e Yvonne le sonrió. Pero seguía con el mismo brillo extraño en los ojos que durante la cena.

—Por mí, estupendo. Pero, antes, tu regalo.

Abrió el armario y rebuscó dentro. No tardó en sacar una cajita envuelta en papel de regalo. Era fina y alargada, y Allan apenas notaba su peso en la mano.

—¿Más regalos? —dijo Allan—. Vaya, no hacía falta.

—No se trata de si hace falta, sino de si quiero. Y de lo que quiero regalarte.

Se sentó en el borde de la cama, a su lado. Allan trató de retirar el cordel sin deshacer el nudo, pero le cortaba los dedos.

—Espera, voy al baño por unas tijeras para las uñas.

Yvonne volvió enseguida, y Allan cortó el cordel y lo dejó caer al suelo. Luego retiró la cinta adhesiva y el papel de regalo.

—¿Qué es esto?

—Es para que comprendas cuánto te quiero. Cuánto quiero lo que tenemos. —El brillo que resplandecía en la mirada de Yvonne se intensificaba más y más—. No hay nada que no fuera capaz de hacer por ti. Eres mío, Allan. Siempre lo has sido. Y ahora, además, lo sabes.

Al principio, Allan no supo lo que estaba viendo. Pero, cuando lo comprendió, fue como si la tierra se hubiera resquebrajado bajo sus pies. Era incapaz de hacer nada más que mirar atónito a Yvonne. Ella seguía sonriendo, ya con la expresión de quien ha perdido el juicio. Se inclinó sobre él, apretó los labios y lo besó.

—Feliz cumpleaños, mi amado Allan.

Cotton Eye Joe — Rednex

No me explico por qué me gusta esta canción. Será que estoy loca. Se me ha metido en la cabeza y se me ha pegado como un chicle. Al mismo tiempo, se siente una un poco orgullosa. Son suecos, y esto es un hit *mundial. Es superguay. Roxette también son guay.*

Hoy ha estado tranquila la cosa en el minigolf. Tenía el primer turno, y cuando hace tan buen tiempo, la gente sale con el barco. Igual debería haberme traído un libro o algo, pero en realidad no me

gusta leer; además, mi jefe se pondría hecho una fiera si me pillara leyendo en el trabajo.

Había pensado salir a navegar después, pero soplaba tan poco viento que no valía la pena. El mar está como un espejo. Creo que al final, después del instituto, me mudaré a Gotemburgo. Quiero vivir cerca del agua. Sería rarísimo vivir en un sitio sin mar. Y en Gotemburgo está todo. No hay nada que me apetezca más que vivir en una capital grande. Me da un poco de envidia Magdalena, que sabe lo que quiere ser. Yo no tengo ni idea. Me decidí por Economía porque me parecía…, bueno, no sé por qué. Tal vez debería haber elegido Sociales, como Ellen, así estaríamos en la misma clase. Va a ser un alivio cuando ya no tenga que estudiar. Todo el mundo cree que voy a ir a la universidad, porque como tengo buenas notas… O, por lo menos, las tenía. Pero creo que no quiero.

Ayer vi a Monica en la plaza. Estaba en la terraza del bar bebiendo cerveza. El tío ese tan asqueroso estaba con ella, así que di un rodeo.

Mañana libro. ¿Y si le pregunto si quiere hacer algo? ¿Tendré valor de preguntarle? No entiendo por qué me da miedo que se enfade. Él también quiere. Podemos ir a algún sitio donde nadie nos vea. Nadie tiene por qué enterarse. Pero si no consigo verlo pronto otra vez, los dos solos, no podré seguir respirando. Es como si fuera mi oxígeno.

Jueves

FUE COMO si se hubiera arrancado a sí misma del sueño. Cuando se despertó, Erica estaba sentada en la cama, lista para levantarse. Tenía el cerebro acelerado, ya sabía qué era lo que había estado buscando desde anoche.

—¡Patrik!

Cuando se volvió hacia su lado de la cama, vio que estaba vacío. Miró el reloj del móvil y soltó un taco. Las ocho y media.

Reinaba un silencio extraño en la casa mientras bajaba rauda las escaleras.

—¿Patrik?

Nada. En los candelabros de la mesa de la cocina había apoyada una nota.

«He pensado que te iría bien dormir un poco más. ¡He dejado a los niños en el colegio y Nora está con mi madre!».

Y, debajo, un corazón. Erica sonrió y se sintió llena de gratitud. Y despejada. No tenía más que ponerse a ello. Dejó la nota en la mesa y subió las escaleras en tres zancadas. Se vistió a toda prisa y echó mano de una sudadera con capucha según bajaba de nuevo. Por un instante, sopesó la posibilidad de llamar a Patrik, pero decidió que lo mejor sería asegurarse primero.

Condujo más rápido de lo debido rumbo a Mörhult, y se obligó a reducir un poco al llegar a la estrecha carretera. Una vez en su destino, aparcó a cierta distancia de la casa. No tenía pensado ningún plan sobre cómo hacer aquello. Simplemente, se tiró de

cabeza a la aventura con los sueños de la noche aún frescos en la memoria.

Muy despacio, se acercó a la puerta de entrada. Probó a bajar el picaporte. Al comprobar que no estaba cerrada con llave, se le aceleró el pulso.

Asomó la cabeza y aguzó el oído. Se oían voces apagadas en el piso de arriba, pero en el de abajo no parecía que hubiera nadie. La cocina, que se encontraba a la derecha, no podía verla, pero allí no se oía nada.

Se había puesto unas deportivas y, cuando dio los primeros pasos por la casa, rezó una plegaria para que el suelo no crujiera. Miró de reojo hacia la primera planta: las voces parecían proceder de uno de los dormitorios. No tenía ni idea de qué iba a decir si la descubrían. Tendría que improvisar. Pasó rauda por delante de la escalera y entró en el salón. El álbum de fotos estaba en la estantería.

Erica se agachó en busca del primero. Con el oído en alerta máxima, abrió el álbum y lo fue hojeando hasta la página que buscaba. Centímetro a centímetro, fue sacando la fotografía de la funda de plástico, y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Luego, volvió a colocar el álbum en su sitio.

Las voces del piso de arriba elevaron el volumen. Sonaba a discusión. Reconoció la voz de Yvonne, y supuso que la voz varonil pertenecía a Allan. Era obvio que algo iba mal entre ellos, sus voces subían y bajaban, pero Erica no podía distinguir las palabras.

Con la fotografía en el bolsillo, se dirigió a la puerta. Rechinó un poco cuando la abrió, y Erica maldijo para sus adentros. En cualquier caso, no parecía que el sonido hubiera llegado hasta Allan e Yvonne, sus voces seguían resonando alteradas entre las paredes y contra una puerta que, a buen seguro, estaría cerrada.

Cuando Erica cerró sigilosa a su espalda la puerta de entrada, soltó un hondo suspiro de alivio. Ahora quedaba la cuestión de cómo le explicaría a Patrik de qué modo había conseguido la foto. No le iba a gustar. Pero, en este caso, lo que contaba era el resultado. Y eso bien valdría una reprimenda.

Se sentó en el coche y salió volando hacia Tanumshede. Sentía que la foto le ardía en el bolsillo.

—¿Qué es lo que quieres enseñarme?

Anna iba tanteando con los pies el terreno irregular mientras Dan le cubría los ojos con las manos.

—Ya lo verás —dijo Dan satisfecho, y retiró las manos—. *Voilà*!

Anna se quedó boquiabierta al ver la embarcación de vela ligera que cabeceaba junto al pesquero de Dan.

—¿Has comprado un barco de vela?

—Pues sí.

Anna frunció el ceño.

—¿No habíamos acordado esperar al verano que viene?

—Surgió una oportunidad y la he aprovechado. Lleva sin usarse mucho tiempo y necesita un poco de amor, pero será perfecto para los niños. Lo he conseguido por cinco mil coronas. Una verdadera ganga.

—Me habría gustado que antes lo hubieras comentado conmigo. Pero, en fin, es un buen precio. ¿Quién es el vendedor?

Dan atrajo a Anna hacia sí.

—Yvonne —dijo—. Había una nota en el Club de Vela, y la retiré enseguida, antes de que la viera otro. Fui a recogerlo ayer, pero quería darte la sorpresa a ti antes de enseñárselo a los niños. ¿Te imaginas la cara que van a poner?

Dan sonreía de oreja a oreja.

Anna lo miró fijamente.

—¿Es el barco…? ¿Es el barco de Sofie?

Dan asintió despacio. La abrazó un poco más.

—Lo habían tenido allí todos estos años, pero ya se sentían preparados para deshacerse de él.

—Pues no sé muy bien qué pensar.

Anna miró el barco blanco con el amarillo del nombre, Victoria, desconchado.

—Pues a mí me parece bonito que pueda salir a navegar de nuevo, que sea fuente de felicidad.

Anna descansó la mirada en la pequeña embarcación. Casi le parecía ver a Sofie allí sentada, gobernándola en mar abierto con una amplia sonrisa.

—Ya, puede que tengas razón.

—Tengo todo el invierno por delante para ponerlo a punto, sobre todo necesita una mano de pintura. Pero no tiene fugas, o sea, no parece que la madera se haya agrietado. Los remos sí, un poco, quizá tengamos que comprar unos nuevos.

Señaló con la cabeza una caja de plástico que había en el muelle.

—También me han dado algunas cosas del barco. Según Yvonne, puede haber de todo, más o menos útil, pero me ha dicho que lo que no sirva podemos tirarlo. Todo está un poco sucio, así que he pensado que podemos llevárnoslo a casa y fregarlo bien. Podemos darles la sorpresa a los niños cuando los recojamos del colegio, ¿no?

Anna apoyó la cabeza en el hombro de Dan. Su grueso jersey le picaba en la cara, pero le encantaba.

—Eres demasiado bueno, pero no te cambiaría por nada del mundo. Por supuesto que se lo enseñamos después del colegio. Les va a encantar. Y luego podrá utilizarlo Flisan.

—Justo lo que yo pensaba.

Dan le dio un fuerte abrazo, y se quedaron así unos instantes. Anna aspiró aquel aroma que tanto adoraba, antes de liberarse de sus brazos.

Señaló la caja.

—Y supongo que a mí me toca fregar todo eso, ¿no?

—Te lo agradecería un montón. Yo me encargo de arreglar todo lo demás.

—Eso espero, no pienso ni lijar ni pintar, que ya lo hago bastante en el trabajo.

Colocó la caja en el maletero, se volvió y miró el barco de nuevo. Quedaría precioso. A los niños les iba a encantar.

Patrik se levantó del escritorio con la taza de café vacía en la mano. Cuando salía del despacho, volvió a sacar el móvil del bolsillo. Erica no había dado señales de vida. No podía seguir durmiendo a esas horas, ¿no? ¿O estaría enfadada porque la había dejado dormir? A veces uno no sabía…

Martin salió de su despacho y Patrik le hizo una señal alzando la taza.

—Ya he hablado con Malmö para informar de cuál es la situación —dijo—. ¿Tú has hablado con Gotemburgo?

—Acabo de colgar —dijo Martin—. No les hemos proporcionado demasiado material con el que trabajar, pero han dicho que harían lo que pudieran.

Patrik resopló.

—Da la sensación de que tenemos mucho material y muy poco al mismo tiempo. Sabemos quién era el violador cuando tenía tres años, que es mucho más de lo que sabíamos antes, pero nada sobre lo que le ocurrió después, ni tampoco cómo encontrarlo.

—Daremos con una pista —dijo Martin.

—De camino a la comisaría he empezado a preocuparme pensando si no llevarían al pequeño al extranjero. Un asunto de trata de personas o algo así. En ese caso, no lo encontraremos nunca. —Patrik se rascó la cabeza—. ¿Deberíamos contactar con la Interpol y proporcionarles una foto de Mattias para ver si pueden contrastarla con sus bases de datos? Por si se fue del país.

—Vale la pena intentarlo —dijo Martin encogiéndose de hombros —. Soy partidario de que intentemos todo lo que no parezca una completa locura.

La puerta de la comisaría se abrió de golpe, y Erica entró a toda velocidad.

—¡Patrik!

El interpelado se quedó blanco como la cera.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Los niños están bien? ¿O se trata de mi madre?

Erica agitaba las manos en señal de negativa.

—No, no, todos están bien. Es por el caso. ¿Dónde tienes la caja de las fotografías? Las de Mattias.

—En mi despacho.

Erica le dio un leve empujón en el pecho.

—Pues ve a buscarla y ven con ella a la cocina. —Señaló a Martin —. Ven tú también, puede que necesitemos más pares de ojos.

Patrik y Martin intercambiaron una mirada. Luego, Patrik fue a buscar la caja de las fotografías al despacho. Cuando volvió a la cocina, Erica se sentó en una de las sillas más próximas a la ventana.

Alargó la mano con ansia en busca de la caja.

—Voy a enseñaros una cosa. —Sacó las fotos y las puso sobre la mesa—. Sentaos.

Patrik y Martin obedecieron.

—Mirad bien a Mattias.

Señaló las fotos y seleccionó aquella en la que el pequeño tenía tres años, la última que le hicieron antes de que desapareciera, y la puso encima de las demás. Luego se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó otra fotografía. La puso al lado de la que ahora era la primera del montón y la señaló.

—¿Veis lo mismo que veo yo?

Patrik miró las fotos y luego a Erica.

—¿Cómo has conseguido otra foto de Mattias? Esa no estaba en la caja, ¿no?

—¡Exacto! ¡Son como dos gotas de agua!

Patrik se inclinó hacia delante. La foto que Erica había sacado del bolsillo tenía que ser del mismo niño. ¿O no? Las diferencias eran mínimas. Habrían podido pasar por gemelos.

—No entiendo nada. ¿Quién es ese?

Erica hizo una pausa y lo miró a él y luego a Martin y luego otra vez a él. Patrik tenía ganas de inclinarse y zarandearla para que hablara. Al final, Erica señaló la foto y dijo:

—Ese es Gabriel Rudberg.

—Perdonad que llegue tarde, ponedme a trabajar.

Allan se quitó el chaquetón y se ató el delantal. Algo en su actitud debió de chocarle a Gabriel, porque dejó de picar verdura y lo miró extrañado.

—¿Ha pasado algo?

—Una mañana un tanto ajetreada, nada más. Hemos discutido un poco. Tú también estás casado, así que ya sabes.

Allan intentó soltar una risa, pero le salió más bien un graznido.

Se aclaró la garganta.

—¿Hacemos pruebas con el cangrejo? Me he traído la fuente y los que sobraron de ayer.

Levantó las bolsas que llevaba consigo y empezó a sacar el contenido.

—Puede ser una buena aportación a la carta, solo tenemos que conseguir el caldo perfecto.

Gabriel empezó enseguida a quebrar el caparazón de los cangrejos y a ponerlos en una bandeja del horno, pero se detuvo y se lo quedó mirando intrigado. Se había quedado allí de pie con los brazos inertes. Allan trataba de hacer algo, pero se dio cuenta de que solo era capaz de mantenerse así, sin moverse de donde estaba.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Gabriel, ¿he sido un buen padre? Sé que hemos tenido nuestras dificultades como familia, pero ¿qué clase de padre he sido?

—¿A qué demonios viene eso? —Gabriel siguió colocando los caparazones en la bandeja—. Claro que sí.

—Lo digo de verdad. Lo he hecho lo mejor que he podido, pero ¿ha sido suficiente?

Gabriel se limpió las manos en un paño. Suspiró.

—No sé muy bien por qué sales con esto ahora, pero has sido el mejor padre que podía desear. Sabes que es lo que pienso. En todo

caso, el que siempre ha causado problemas he sido yo. Y no es culpa tuya.

—¿Estás seguro?

Allan oyó lo suplicante que sonaba su voz. Tenía que saberlo. Se había perdido muchas cosas. Muchas cosas que no eran lo que él creía. Toda su existencia se había venido abajo y solo podía hacer una cosa: aferrarse a lo único que se le antojaba real: haber sido un buen padre para Gabriel. El mejor padre que podía darle al pequeño.

—¿Por qué no lo dejamos para otro momento? Si queremos que nos dé tiempo de hacer la prueba antes de empezar con los preparativos para esta noche, tenemos que ponernos ya.

Gabriel colocó la bandeja con los caparazones de cangrejo en el horno y subió la temperatura.

Allan asintió.

—Tienes razón. Ya lo hablaremos en otro momento. ¿Empezamos con la base de verduras?

—Sí, encárgate del apio y las zanahorias, que ya me ocupo yo de la cebolla.

Allan cogió un cuchillo y una tabla de cortar. En la encimera ya había una caja llena de verduras frescas. Empezó a cortar el apio muy fino. Sentía en la espalda la mirada de extrañeza de Gabriel.

—¿Cómo ha conseguido Erica la fotografía? —preguntó Paula.

Patrik suspiró y tomó una curva un poco más cerrada de lo conveniente.

—Esa es una conversación que ya mantendré con ella esta noche. Pero la cuestión es que no voy a poder utilizarla en la solicitud de detención que presente a la fiscal. Por ahora, solo he informado de que vamos a realizar una detención; a partir de ahí dispongo de doce horas para entregar las pruebas necesarias. Lo que sí tenemos es permiso para solicitar la prueba de ADN.

—Pues muy bien.

Patrik miró de reojo a Paula. Sabía que le caía bien Erica, pero sospechaba que tenía sus reservas respecto del hecho de que su mujer estuviera siempre tan al corriente de las investigaciones en curso. Y sin duda tenía razón. Pero ya hablarían de eso cuando todo hubiera terminado.

—A mí ahora mismo eso me importa bien poco —dijo—. Lo que cuenta es que podamos detenerlo. Lo primero que pienso hacer cuando tengamos a Gabriel en la comisaría es tomarle una muestra de ADN. En Gotemburgo se van a poner contentísimos.

—¿Cómo puede nadie vivir una doble vida hasta ese punto?

Patrik recordó a Ellen y a Elsa. Su dolor cuando encontraron muerta a Aino. Y ahora esto.

—Pues sí. Y aunque me alegro de que podamos detenerlo por fin, lo siento mucho por la familia —dijo.

Comprobó por el retrovisor que Gösta y Martin iban detrás. Gabriel era un hombre alto, más valía estar preparados por si no los acompañaba voluntariamente.

Aparcaron los dos vehículos delante del restaurante, y acordaron la estrategia antes de entrar con Patrik a la cabeza. El establecimiento estaba vacío, pero con las mesas preparadas para la cena, y en la cocina reinaba una actividad febril. Todos se pararon en seco al ver entrar a los agentes uniformados. A Patrik le recordó al juego aquel al que siempre jugaban Maja y los gemelos: *stop dance*.

Patrik hizo un gesto a Gabriel, que salió por las puertas giratorias seguido de su padre.

—Gabriel Rudberg, quedas detenido, tendrás que venir a la comisaría para que podamos interrogarte. Allan Rudberg, tú no estás detenido, pero me gustaría que nos acompañaras para tomarte una declaración voluntaria.

Gabriel miraba a su padre y al personal. Señaló con la mano el comedor del restaurante.

—¿Qué es esto? ¿No veis que tengo un restaurante que preparar?

—Tienes que venir con nosotros a la comisaría —dijo Patrik sereno—. Y, como ya he dicho, me gustaría que Allan nos acompañara voluntariamente.

Le producía cierta preocupación el hecho de que se encontraran con Gabriel en un entorno lleno de cuchillos, y puso muy despacio la mano en la funda del arma reglamentaria.

—Hagamos lo que nos piden —le dijo Allan tranquilo a su hijo, y empezó a quitarse el delantal.

Gabriel se quedó pasmado. Cerró los puños con fuerza a ambos lados. Luego asintió sin decir nada y también se quitó el delantal.

Los empleados los siguieron con la mirada mientras salían del restaurante.

A Patrik se le encogió el estómago al ver la preocupación en el rostro de Elsa y de Ludvig. Aún no lo sabían, pero su vida estaba a punto de dar un vuelco. Otra vez.

Allan levantó la vista hacia Patrik y Gösta cuando se sentaron frente a él en la sala de interrogatorios.

—¿Tienes idea de por qué estás aquí? —dijo Patrik—. ¿De por qué queremos hablar contigo?

Allan movió la cabeza despacio.

—No. —Su respuesta sonó insegura e inquisitiva al mismo tiempo —. ¿Y Gabriel? Habéis dicho que estaba detenido. ¿Por qué?

Se giró en la silla de modo que quedó mirando hacia Patrik.

—Ya llegaremos a ese punto —dijo Patrik—. Tú puedes marcharte cuando quieras, pero hay una serie de aspectos que necesitamos aclarar contigo. Un niño de tres años llamado Mattias Mårtensson desapareció un buen día de su domicilio a las afueras de Malmö. ¿Tú sabes algo al respecto?

Allan se hundió en la silla. Primero se quedó inmóvil; luego empezó a sollozar y a temblar de pies a cabeza.

Patrik y Gösta guardaban silencio mientras el hombre que tenían delante lloraba desconsolado.

Al final se irguió un poco. Gösta le dio unos pañuelos.

—Yo me ocupé de aquel niño —dijo Allan secándose las lágrimas de la cara—. He sido un buen padre para él.

Patrik lo miró sereno.

—Pero no era hijo tuyo, ¿verdad? En la base de datos hemos visto que tú vivías en Lund, pero trabajabas en Malmö. Y la carretera desde allí pasa por delante de la casa donde vivía Mattias. Alguien hizo una llamada anónima desde una cabina telefónica que había en la carretera a Lund e informó de un caso de maltrato.

Se inclinó un poco más hacia Allan.

—Hemos conseguido componer la mayor parte del rompecabezas, pero queremos oírlo de tus labios. Y, además, querríamos saber dónde se encuentra tu hijo Gabriel. Tenía la misma edad que Mattias, solo se llevaban unos meses.

Allan empezó a llorar de nuevo, como si le hubiera sobrevenido el dolor de varias décadas. Luego respiró hondo, casi como con un suspiro de alivio, literalmente.

—Mi mujer, mi querida Isabelle se quitó la vida. Cuando fui a recoger a Gabriel del colegio ese día, me dijeron que Isabelle ya se lo había llevado. Siempre lo recogía yo, así que me fui corriendo a casa. Reinaba un silencio terrible cuando abrí la puerta.

De nuevo acudieron las lágrimas, y Allan se las enjugó con otro pañuelo.

—Al principio pensé que estarían fuera jugando, y me puse muy contento. Isabelle llevaba tiempo mal, y su estado no hacía más que empeorar. Se había pasado varios meses sin salir apenas de la casa. Yo esperaba que hubiera mejorado un poco, que podríamos volver a ser una familia. Pero entonces vi la puerta cerrada del dormitorio.

Allan empezó a temblar de nuevo por el llanto que se apoderó de él.

Patrik tragó saliva varias veces, pues no podía ni imaginar el dolor que habría sufrido aquel hombre.

Allan se sonó y se quedó mirándose las manos.

—¿Qué hiciste entonces?

La voz queda de Gösta sobresaltó a Allan tanto como a Patrik.

—Abrí la puerta del cuarto y ya intuía lo que iba a encontrar. Gabriel yacía junto a Isabelle, en mi lado de la cama. Estaban los dos bocarriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, pero al tocarlos comprobé que ya estaban fríos. En la mesita de noche de Isabelle estaba el frasco de pastillas vacío. En la mía vi un vaso con restos de zumo. Los dos estaban muertos.

Patrik y Gösta aguardaron mientras Allan volvía a secarse las lágrimas. Se sonó, levantó la vista al techo y siguió hablando.

—No podía soportar la idea de que Gabriel se pudriera en una tumba en el cementerio. Los cementerios le daban miedo. Era… No podía ser. Así que lo enterré en el jardín. Debajo del balancín. Le encantaba subirse en el balancín, y yo esperaba que allí fuera feliz. Que no tuviera miedo. Luego llamé a la policía. Cuando llegaron, les dije que había llegado a casa y había encontrado a Isabelle, y que Gabriel seguía en la guardería. Nadie lo cuestionó.

Allan carraspeó.

—¿Me podéis dar un poco de agua?

Gösta volvió enseguida con una jarra y tres vasos. Patrik le sirvió uno a Allan, que lo bebió a grandes tragos. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Se llevaron el cadáver, y yo me quedé toda la noche en la casa. Solo. Isabelle y Gabriel estaban a mi alrededor, por todas partes. Sabía que no podría seguir viviendo allí. Por la mañana, llamé a la guardería y les conté lo que le había ocurrido a Isabelle; les dije que Gabriel se quedaría conmigo en casa un tiempo. Luego llamé al arrendador y le comuniqué que nos mudábamos. No tenía ningún plan. Ninguna idea de qué hacer. Solo sabía que no podía permitir que se llevaran a Gabriel al cementerio. Y que yo tenía que irme de allí.

Se aclaró la garganta y bebió el agua que le quedaba. Patrik le llenó el vaso y añadió un poco más al suyo y al de Gösta.

—Habíamos alquilado la casa amueblada, así que hice la maleta con lo imprescindible. Pero no quería dejar mis cuchillos en el restaurante. Me habían acompañado desde que terminé la formación

de cocinero, fueron los primeros que me compré, con el primer sueldo. Así que me acerqué a Malmö a buscarlos. Luego pensaba irme lejos. No sabía adónde. Solo sabía que quería marcharme de allí.

Un coche tocó el claxon en la calle y Patrik se sobresaltó por lo repentino del ruido. A su lado, Gösta reaccionó igual y volcó sin querer el vaso de agua. Mientras secaba la mesa con una servilleta, Allan reanudó el relato como si el ruido no le hubiera afectado en absoluto.

—Cuando salía de Malmö me sentí mareado de pronto. El nudo que había tenido en el estómago desde que encontré a Isabelle y a Gabriel quería subir y salir fuera. Me detuve en el arcén y vomité. Estaba a punto de sentarme otra vez en el coche cuando oí a un niño que lloraba. Lloraba desesperadamente. El sonido venía de una casa de por allí.

Allan levantó de nuevo la vista al techo. Se detuvo en una esquina. Patrik siguió su mirada y vio una tela de araña. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

—Doblé la esquina de la casa y vi a Gabriel. Sí, ya sé que no era él. —Subrayó sus palabras con un gesto de la mano—. Pero, por un instante, creí de verdad que era Gabriel. Eché a correr hacia él, estaba desnudo, solo con el pañal, en la escalera de la entrada de la casa. La sangre que le salía por la nariz le caía sobre el pecho. Detrás de él la puerta estaba abierta, así que lo cogí en brazos y entré en la casa. En el recibidor había sangre por todas partes y, en medio de aquel caos, una mujer tendida en el suelo. Apenas se le distinguían los rasgos de la cara. Creí que estaba muerta. No fue una decisión consciente. La criatura temblaba en mis brazos y se aferraba a mi cuello. Igual que Gabriel cuando lo llevaba a la cama por las noches.

Allan cerró los ojos, colocó los brazos como si estuviera sosteniendo a un niño.

—Me llevé al pequeño al coche y me fui de allí. Al cabo de unos kilómetros caí en la cuenta de que la mujer tal vez no estuviera muerta, de que quizá necesitara ayuda. Me detuve en una cabina y

llamé. Al llegar a una estación de servicio, aparqué detrás, donde nadie podía vernos, y compré toallitas húmedas, un zumo, galletas y patatas fritas. Y pañales. Al hacer el equipaje había metido en la maleta alguna ropa de Gabriel, así que saqué una camiseta y unos pantalones. Limpié al pequeño y lo vestí, y nos marchamos.

Allan bebió un poco más de agua. La voz sonaba más serena.

—Cuando llegamos a Gotemburgo, me sentía demasiado cansado para continuar, de modo que nos quedamos un par de noches en un hotel cerca de Liseberg. Me enteré de que buscaban cocinero en un restaurante, me presenté al puesto y me contrataron. Encontré un apartamento en el barrio de Gamlestaden y… el niño era mío. Tenía la partida de nacimiento de Gabriel, su pasaporte. Aquel pequeño al que había encontrado delante de su casa cubierto de sangre se convirtió en Gabriel.

Allan respiró hondo varias veces, como si hubiera corrido una maratón.

—¿No preguntaba por su madre? —dijo Gösta, que tenía la cara casi gris.

Allan asintió y apuró el vaso de agua.

—Las primeras semanas. Le dije que su madre había tenido que salir de viaje, y que me había pedido que cuidara de él. Y el pequeño lo aceptó. Al cabo de un tiempo, empezó a sentirse tranquilo. Yo había seguido las noticias que iban publicando sobre el caso de maltrato en Malmö. Vi que la mujer había sobrevivido y que la policía creía que el padre había matado a Gab… a Mattias. También hablaban de la vida que llevaban, y creo que logré convencerme de que, aunque la madre hubiera sobrevivido, el niño estaría mejor conmigo.

Parte de la simpatía que Patrik había sentido por Allan desapareció cuando recordó la cara de Carina.

—Ayer vimos a su madre. Creía que su hijo había muerto. Y lleva todos estos años llorándolo. Tiene dos hermanastras que viven en Gotemburgo, donde coincidisteis en los últimos años de vuestra estancia allí.

Allan asintió despacio. Cuando volvió a tomar la palabra, lo hizo con voz firme. Casi fría.

—Estoy dispuesto a asumir el castigo que me impongan. Pero Gabriel ha sido mi hijo en todos los sentidos posibles. Lo he querido como tal.

Patrik dirigió de nuevo la mirada hacia la tela de araña. Se imaginó a Carina, que, durante cuarenta y cinco años, había vivido creyendo que su hijo estaba muerto. Sus hijas tenían un hermano cuya existencia nunca conocieron.

Miró a Allan.

—El secuestro es un delito grave, pero los quince años de plazo para su prescripción cuando el secuestrado es un menor empiezan a contar desde el día en que cumple la mayoría de edad. Es decir, que prescribió cuando Gabriel cumplió treinta y tres años. En el caso de tu hijo, cometiste, a mi juicio, un delito de profanación del cadáver, además de no cumplir con la obligación de comunicar su fallecimiento. También eso ha prescrito. Pero me pondré en contacto con la policía de Malmö para que puedan desenterrar el cadáver de Gabriel.

Allan sacó otro pañuelo, las lágrimas empezaron a brotar de nuevo.

—¿Cómo lo habéis descubierto? —preguntó con un hilo de voz. Parecía que acabara de caer en la cuenta—. ¿Y por qué habéis detenido a Gabriel?

Patrik miró a Gösta, que asintió. Podían retener a Gabriel durante tres días, así que no entrañaba ningún riesgo ser sincero con Allan. De todos modos, no podría hablar con él.

—Por el ADN que encontramos delante de la ventana de Sofie. ADN de un resto de esperma. Y también hemos podido relacionarlo con el rastro de ADN del esperma que la policía encontró en una serie de violaciones brutales cometidas en Gotemburgo.

Allan se quedó blanco. Se hundió en la silla, el corpachón temblándole de nuevo entre sollozos.

Al otro lado de la ventana, delante de la comisaría, se oían voces y el ruido de puertas de vehículos que se abrían y se cerraban.

Gösta se levantó y fue a mirar.

—Vehículos de los medios de comunicación —dijo—. Supongo que Mellberg no ha podido contenerse. Esto va a ser un circo.

—¡Mierda! —soltó Patrik indignado.

Allan dejó de temblar. Miró a Patrik cara a cara.

—Fui yo quien mató a Sofie.

—¿Vas a estar en casa por la mañana? —le preguntó su madre desde el recibidor.

Cuando Jocke bajó volando las escaleras la vio con la mano en el picaporte de la puerta.

—No, tengo una reunión en Uddevalla dentro de una hora, me marcho ya —logró decir casi sin resuello—. Joder, nunca se me pegan las sábanas por la mañana. Había pensado hablar con Magdalena también.

Gun señaló el jardín.

—Ella también parece haberse quedado en la cama —dijo—. Su coche sigue ahí aparcado. Necesita descansar, así que déjala, pobrecita.

Jocke se pasó la mano por el pelo, que sabía que llevaba encrespado por completo.

—Da igual, tengo que irme ya —dijo con un suspiro.

—Lennart se ha puesto enfermo esta noche, nos falta una persona, así que me voy a Åldersro —dijo la madre, y bajó el picaporte—. Anna iba a venir a tomar medidas y demás, le mandaré un mensaje diciéndole que no tiene más que entrar. ¡No eches la llave cuando te vayas!

Salió y cerró la puerta.

Jocke abrió el frigorífico y se quedó allí plantado, mirando los distintos envases de yogur, leche y leche fermentada. Y todos esos litros de zumo de naranja en el que su madre tanto insistía.

Se tardaban cuarenta minutos hasta Uddevalla, así que le dio tiempo de tomarse un desayuno rápido. Al final se inclinó por una

rebanada de pan con queso y mantequilla. Y zumo de naranja, por qué no.

Echó un vistazo a la cabaña de invitados. Aunque habría querido hablar con Magdalena, la dejó dormir. La había visto agobiada mientras estuvieron hablando bajo el manzano.

Cuando eran niños, Jocke odiaba a Monica. Por lo que le hacía a Magdalena. Por todo lo que no hacía por Magdalena. Ella se habría merecido mucho más. Se merecía mucho más.

Jocke pensaba hacer lo posible por colmarla de amor con el fin de curar las heridas que Monica le había causado por dentro. Esa vieja bruja malvada. Magdalena no iba a prestarle ayuda económica. Si Monica no podía permitirse conservar la casa, que la vendiera y se mudara a una residencia, pero él pensaba decirle a su madre que no le permitiera nunca quedarse en Åldersro.

Jocke se sentó con la tostada en la mano, el zumo y un café. Desde allí veía la cabaña de invitados. ¿Espantaría a Magdalena y la empujaría a marcharse si se le declaraba? En todo caso, ya habían perdido muchos años. No quería perder más.

Ya era tarde para que tuvieran hijos. Pero ¿quizá podrían hacerse con un perro? A ella siempre le habían gustado los golden retriever. Le daría una sorpresa regalándole un cachorro por Navidad. Con un gran lazo rojo en el cuello. Lo mejor sería encargarlo ya.

Jocke echó mano del teléfono y empezó a buscar en Google algún criadero. El primer resultado era un criadero que se llamaba La fuente de oro y que se encontraba en Uddevalla. Perfecto. Podía pasar por allí y hablar con ellos antes de volver a casa después de la reunión.

Miró el reloj. Ya empezaba a ser hora de irse. Apuró el último trago de café y se puso la americana, que había dejado colgada en el respaldo de la silla.

Sture. Ese era un buen nombre para un cachorro. Siempre le había gustado poner a los perros nombres de persona. Sería perfecto. Todo sería perfecto. Lanzó un beso en dirección a la cabaña antes de salir a toda prisa.

—¡Mamá!

Elsa gritó con voz chillona al entrar con Ludvig pisándole los talones. Ellen salió de una de las habitaciones que daban al pasillo. Se había permitido sentarse a leerle un rato a Esther, que era de sus favoritas entre los mayores. Estaban inmersas en el último libro de la saga de Viveka Sten que se desarrollaba en Åre cuando Elsa la llamó.

—¿Es que hay un incendio o qué es lo que pasa? —La sonrisa se le borró de la cara en cuanto vio la expresión de sus hijos—. ¿Está todo el mundo bien? ¿Se ha producido algún accidente en el restaurante?

Elsa se abrazó a ella y la empapó con su llanto.

—La policía ha estado en el restaurante. Se han llevado a papá. Y al abuelo.

Ellen apartó un poco a su hija.

—¿Qué dices? —Ellen sintió que el pulso se le aceleraba—. Venid, vamos a la cocina, es el lugar más tranquilo. Gun está en el despacho. Hemos tenido un poco de lío esta mañana con Lennart, que creía que le había dado un infarto, y resultó que eran gases del chile de ayer.

Ellen oyó parlotear a Gun mientras llevaba a sus hijos a la cocina. Se sentaron a una mesa y Ellen le acarició el brazo a Elsa.

—A ver, cuéntame.

—Cuatro policías han entrado en el restaurante y se han llevado a papá arrestado.

—Detenido —dijo Ludvig—. Han dicho que estaba detenido.

Elsa asintió varias veces entre sollozos.

—Luego le pidieron al abuelo que los acompañara también, pero yo creo que precisaron que fuera libremente, que él no iba arrest… Detenido.

Ludvig asintió.

—Sí, el abuelo los acompañaba por voluntad propia.

Ellen pensaba presa del nerviosismo mientras trataba de asimilar lo que le contaban sus hijos.

—¿Y papá se resistió o se fue con ellos?

Sintió escalofríos al imaginarse a Gabriel arrasando en la cocina en medio de una pelea con cuatro policías.

—Creo que el abuelo supo mantenerlo tranquilo, así que los acompañó sin oponer resistencia.

Ellen cerró los ojos. Gracias a Dios, menos mal.

—Vamos a casa de Yvonne para decidir qué hacer. Le aviso a Gun y salimos.

Ellen conducía demasiado rápido en dirección a Mörhult y estuvo a punto de chocar con un camión en una de las últimas curvas. Madre mía, tenía que calmarse.

—Tranquila, mamá —dijo Elsa agarrándose al asa de la puerta.

Ellen se dijo a sí misma que más valía soltar un poco el acelerador. Una vez en la casa, aparcó justo delante y salió a todo correr hacia la puerta de entrada, que abrió de golpe.

—¡Yvonne!

—¡Abuela! —la llamaron a gritos los niños.

Yvonne cruzó la puerta de la terraza con los guantes de jardinería y unas tijeras de podar en la mano.

—Madre mía, ¿a qué vienen esos gritos, es que…?

Calló al ver la mirada de Ellen. Se quedó pálida.

—La policía ha detenido a Gabriel y se han llevado también a Allan a la comisaría —dijo Ellen, y se sentó desfallecida en la cocina.

Se cubrió la cara con las manos. ¿Cómo podía estar ocurriendo todo aquello? ¿Por qué habían detenido a su marido? ¿Y qué quería de Allan la policía?

—Pero ¿qué dices?

Yvonne se sentó en la silla que había frente a Ellen. Tenía los guantes llenos de tierra, que cayó sobre la mesa mientras se los quitaba de un tirón.

—Debe de tratarse de un error. ¿Llamamos a un abogado?

Cuando la voz de Ellen empezó a sonar como en falsete, Elsa se puso a llorar de nuevo. Ludvig y ella se sentaron también alrededor de la mesa. Todos quedaron en silencio durante un minuto interminable. Luego Yvonne se irguió resuelta.

—Llamaré a Bengt, seguro que él conoce a algún abogado. Entonces sabremos qué hacer.

Yvonne se levantó y fue en busca del teléfono, que tenía en la encimera. Llamó a su amigo, le explicó en pocas palabras cuál era la situación y anotó algo en un cuaderno mientras hablaban.

Ellen y sus hijos la observaban en tensión. Elsa seguía sollozando, y Ludvig se inclinó sobre la mesa y le dio una palmadita torpe en la mano. En medio de aquella situación terrible, Ellen se animó al ver que Ludvig consolaba a su hermana.

—Tengo el número de un par de abogados muy buenos. Llamaré al primero enseguida. —Yvonne repitió lo mismo que le había contado a Bengt y fue respondiendo sí o no a las preguntas que le hacían.

Ellen tamborileaba impaciente con los dedos sobre la mesa. Si no se enteraba pronto de lo que estaba pasando, se volvería loca.

Cuando Yvonne terminó la conversación, se sentó de nuevo a la mesa. Cruzó las manos, que le temblaban visiblemente. Ellen se miró las suyas y comprobó que no temblaban menos.

Yvonne soltó una tosecilla.

—El abogado se ocupará del caso y tratará de averiguar de qué lo acusan. Si es cierto que Gabriel está detenido, pueden retenerlo doce horas, luego necesitan una orden de arresto o prisión de la fiscalía.

—¿Detenido? ¿Doce horas?

A Ellen le costaba asimilar aquello.

—No tiene ningún sentido que vayamos allí, no hay nada que podamos hacer. Es importante que intentemos mantener la calma. Es la mejor forma de ayudarles en estos momentos. Puesto que Allan no está ni arrestado ni detenido, puede volver a casa en cuanto terminen de interrogarlo.

Elsa lloraba cada vez más fuerte, y Ellen la rodeó con sus brazos.

—Todo se va a arreglar, ya verás —dijo—. Tiene que tratarse de un malentendido.

Llamaron a la puerta, un chirrido cortante y chillón que los sobresaltó a todos.

—¿Quién será, justo ahora? —dijo Yvonne irritada, y fue a abrir —. Sea quien sea, no llega en buen momento.

Ellen atisbó en la puerta a un hombre con una americana de tweed.

—Hola, soy del diario *Bohusläningen*, me gustaría saber si tienen algún comentario que hacer sobre…

Yvonne le cerró la puerta en las narices. Ellen nunca la había visto con tal cara de desesperación. Elsa seguía llorando y Ellen la abrazó.

Patrik miró al hombre mayor que tenía delante. Las ideas se le arremolinaban en la cabeza. Trataba de comprender qué estaba pasando en realidad.

Dio un golpecito en la mesa.

—Muy bien, Allan. Puesto que has confesado, nos vemos obligados a interrumpir esta conversación voluntaria. Contactaré con el fiscal de inmediato para que dicte una orden de arresto. Tienes derecho a un abogado, y si no tienes ninguno, te asignaremos uno de oficio. Tienes derecho a guardar silencio y no estás obligado a responder a ninguna pregunta. Tu abogado te informará de todo. Y, por el momento, lo dejamos aquí.

Se dirigió a su colega.

—Gösta, ¿puedes llevarlo al calabozo? Y trae a Gabriel mientras yo llamo a la fiscalía.

—Claro —dijo Gösta, y le indicó a Allan con la mano que se levantara.

Cuando salieron, vieron a Paula y a Martin yendo y viniendo delante de la puerta de la sala de interrogatorios.

—Ahí fuera reina el caos. Mellberg ha convocado a los medios —dijo Martin muy serio—. Lo he convencido de que espere que hayamos terminado los interrogatorios antes de hacer una declaración oficial. Y hasta que haya hablado contigo.

Aunque sabía de sobra que a Mellberg le encantaba ser el centro de atención, le sorprendió que ocurriera ahora. Aún sabían demasiado poco.

—Gracias, Martin —le dijo.

Paula mascullaba a su lado, y Patrik le puso una mano en el hombro.

—Ahora no tenemos tiempo, Allan acaba de confesar que él mató a Sofie.

Paula y Martin se quedaron atónitos.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó Paula—. Entonces, ¿no fue Gabriel, sino Allan?

Patrik asintió.

—Hemos interrumpido el interrogatorio, voy a llamar a la fiscalía. Le he pedido a Gösta que deje a Allan en prisión preventiva, y ahora pensaba hablar con Gabriel. ¿Ha venido el abogado?

—La abogada. Está esperando en mi despacho, voy a buscarla —dijo Paula.

Patrik se pasó la mano por el pelo, se masajeó un poco la cabeza en un intento de ordenar el torbellino de pensamientos.

—Esto lo cambia todo. Aún no tengo claro cómo voy a abordarlo en el interrogatorio a Gabriel, así que tendré que dejarme guiar por el instinto.

Respiró hondo, todo se calmó por unos segundos.

—Quisiera pediros que contactéis con Farideh y que efectuéis un registro domiciliario en casa de Allan. Debemos ser rápidos, ahora que tenemos encima a los medios.

—La llamo ahora mismo —dijo Martin, y sacó el móvil del bolsillo.

Patrik fue a la cocina e intercambió unas palabras con la fiscal. Luego se sirvió un café y se acercó a las dos pizarras. Un batiburrillo de pistas, fotografías, palabras sueltas e indicaciones horarias lo

interpelaba mientras él trataba de conseguir que la confesión de Allan encajara con los hechos. Estaba tan seguro de que había sido Gabriel… Ahora se había alterado la imagen global y debía esforzarse por dirigir sus pensamientos en otro sentido.

Con la taza en la mano, volvió a la sala de interrogatorios, donde ya lo aguardaban Gabriel y Gösta. Tras él entró la abogada de oficio, que se sentó al lado de Gabriel.

—Jonna Stigh —se presentó la letrada dirigiéndose a Gabriel, que se limitó a asentir.

—Si alguien quiere café, puedo ir a buscarlo —dijo Patrik mientras ponía su taza en la mesa.

Los tres negaron con la cabeza.

Patrik puso en marcha la grabadora y recitó la fecha, los nombres y la hora, así como los derechos de Gabriel como detenido.

Él se inclinó rabioso hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—¡Menudos soplagaitas! ¿No os dais cuenta de lo que me estáis haciendo? ¡Esto arruinará mi carrera! ¡Me arruinará la vida! ¡La vida de mi familia!

Jonna le puso la mano en el brazo, pero él lo retiró de golpe.

Patrik lo observaba con calma. Trataba de ocultar el desprecio que sentía por aquel hombre, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

Gabriel resopló.

—Esto es un absurdo. Yo no he hecho nada, así que quiero acabar cuanto antes. Venga, empezad para que pueda irme a casa y poneros una denuncia de mil pares de narices.

Patrik asintió.

—Al llegar a la comisaría te hemos tomado una muestra de ADN, que ahora va camino de ser analizada para luego compararla con el ADN de varios casos relacionados entre sí. Por un lado, con la muestra de esperma seco que la policía tomó hace treinta años delante de la ventana del cuarto de tu hermana y, por otro, con las muestras relacionadas con cuatro violaciones que se produjeron en Gotemburgo y que resulta que proceden de la misma persona.

Luego espabilaste, y empezaste a usar preservativo. Tardaste un poco, por suerte para nosotros. Y por desgracia para ti.

Gabriel los miraba atónito. Abría y cerraba la boca sin articular palabra. Se retrepó en la silla. Luego, empezó a negar con la cabeza.

—No, no, no. Lo niego todo. Habéis cometido un error. Hace treinta años comprobasteis el ADN de mi padre, y no coincidía.

La abogada defensora frunció el ceño y miró primero a Gösta, luego a Patrik.

—Como comprenderéis, no he tenido tiempo de ponerme al día de los detalles del caso, pero parto de la base de que me entregaréis todo el material después de este interrogatorio.

Patrik asintió.

—Seguro que te preguntaste cómo era posible, ¿no? —le dijo a Gabriel—. Quizá pensaste que alguien cometió un error cuando le hicieron la prueba a Allan, ¿verdad? Como si hubiera intervenido la mano de Dios.

Gabriel masculló algo inaudible. Patrik hizo una pausa para pensar un poco cómo seguiría con el interrogatorio. Tenía presente en todo momento la confesión de Allan y, sin el cuadro completo, no estaba seguro de cuál sería la mejor forma de avanzar. Al final, se decidió.

—¿Sabías que tú no eres hijo de Allan?

Gabriel se sobresaltó. Se quedó atónito mirando primero a Patrik, luego a Gösta.

—Pero ¿qué mierda de locura es esa? ¡Pues claro que Allan es mi padre! En casa tengo un montón de fotos de él conmigo en brazos cuando era niño. ¡Vaya imbéciles!

—Oye, cálmate, haz el favor —dijo Gösta con tono autoritario.

Patrik prosiguió. Había logrado desequilibrar a Gabriel, y eso era justo lo que quería.

—Un niño llamado Mattias Mårtensson fue secuestrado en Malmö cuando tenía tres años. El secuestrador era Allan Rudberg.

El pecho de Gabriel se hinchaba entrecortadamente. Se acabaron los improperios y las salidas de tono.

—Gabriel, el hijo de Allan, murió a manos de su madre, que se quitó la vida después. Allan lo enterró en el jardín de su casa, en Lund. Cuando pasó por delante de vuestra casa con el coche, te vio llorando, lleno de sangre y sentado en la escalera. Tu padre había maltratado gravemente a tu madre. Allan te llevó consigo e hizo una llamada anónima a la policía para denunciar la agresión.

Gabriel negaba con la cabeza con vehemencia.

—Esto es una verdadera locura. Solo queréis desconcertarme. Alguien tuvo que buscar a ese tal…, ¿cómo se llamaba? Mattias.

Patrik se centró durante unos segundos en la telaraña del techo. Luego, volvió a fijar la mirada en Gabriel.

—La policía aceptó enseguida la teoría de que tu padre te había matado a golpes y había enterrado el cadáver en algún lugar. También tu madre, que se llama Carina, lleva toda la vida creyendo que eso fue lo que ocurrió.

Gabriel seguía sin dar crédito a lo que le decían.

—Pero, mi padre… —Guardó silencio. Se estremeció. Ocultó el rostro entre las manos—. La sangre… Había mucha sangre por todas partes. Siempre pensé que era una pesadilla.

Empezó a jadear, aún con el rostro oculto entre las manos.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—¿Sí? —respondió Patrik impaciente.

No le gustaba que lo interrumpieran en medio de un interrogatorio, pero comprendió que debía de tratarse de algo importante.

Annika asomó la cabeza.

—Jan Kjellgren, abogado, acaba de llamar para comunicarnos que la familia de Gabriel lo ha contratado para representarlo.

Patrik ahogó un suspiro y se dirigió a Gabriel.

—¿Quieres cambiar de abogado y que te represente el que ha contratado tu familia? En ese caso, tenemos que interrumpir el interrogatorio y aprobar la sustitución.

Gabriel levantó despacio la cabeza, se quedó inmóvil unos segundos. Al final, asintió.

—Sí, sí quiero cambiar de abogado.

Erica había recogido a Nora en casa de Kristina y se le ocurrió pasarse a ver a Anna y tomarse un café con ella. Los días se hacían muy largos encerrada con un bebé, y no quería ponerse a trabajar antes de que Patrik le hubiera contado algo más de lo sucedido. Aún la embargaba la energía que había sentido cuando vio la conexión entre Gabriel y el niño secuestrado, pero no había avanzado más.

Anna se secó las manos en un paño de cocina y se acercó a Erica, que había llamado al timbre antes de entrar con Nora en brazos sin esperar a que le abrieran.

—Pero, ¡bueno! ¿Quién viene a ver a su tía? —dijo Anna haciéndole arrumacos a Nora.

—Kristina quería invitarme a café y a magdalenas de serrín, así que me inventé una importantísima reunión online con la editorial —dijo Erica—. Pero la verdad es que me apetece un café.

—Mala suerte. Ahora mismo iba a salir para tomar medidas en casa de Bengt y Gun.

Anna empezó a ponerse los zapatos. De pronto, se le iluminó la cara.

—¡Vente conmigo! Gun me ha mandado un mensaje hace un momento para decirme que tenía que ir a la residencia por un asunto de trabajo, pero que no había cerrado con llave y que podía ir si quería.

—Pues sí, por qué no —dijo Erica—. Hoy ya he cometido un robo en una casa.

Anna se estaba poniendo la chaqueta y se detuvo.

—¿Qué has hecho?

—Te lo cuento en el coche —dijo Erica. Echó una ojeada al salón —. Más ordenado que la última vez que estuve aquí. ¿Te has deshecho de algo o has vuelto a guardarlo todo en los armarios?

Anna se sonrojó.

—En fin, no podemos tirar cosas que están bien. Es un despilfarro y no es nada ecológico. —Soltó un suspiro—. Y, además, Dan se ha lanzado a comprar un bote de vela ligero sin preguntarme. Y me ha pedido que me ocupe de los trastos antiguos que había dentro, que tienen una capa de varios centímetros de polvo y suciedad. La caja está ahora en el jardín. Con un poco de suerte, lloverá.

—Sí, siempre llueve, tarde o temprano, no hay más que tener paciencia —dijo Erica, y cogió la sillita de Nora—. Vente conmigo en el coche, luego te traigo a casa.

—Genial.

Anna cerró la puerta y siguió a Erica.

Durante el breve trayecto hasta la casa de Bengt y Gun, Erica tuvo tiempo de contarle a su hermana su aventura matutina y, para causar más efecto, adornó un poco la historia. Anna fue reaccionando justo en los momentos que ella esperaba.

En efecto, cuando llegaron pudieron comprobar que la casa no estaba cerrada con llave.

—Es una casa preciosa —dijo Erica mirando a su alrededor. La invadió la misma sensación de antes: era una casa que había recibido mucho amor. Dejó la sillita con Nora dormida en el suelo.

—La estructura es una maravilla, pero, desde luego, necesita una actualización —dijo Anna—. Algo de color, muebles adaptados, nuevos tejidos, sustituir parte del mobiliario, el resto pensaba pintarlo o volverlo a tapizar, y quedará como nuevo.

Empezó a trabajar metro en mano.

—El coche junto al que hemos aparcado es el de Magdalena, ¿verdad? —dijo Erica mientras se hundía en el sofá desfondado—. A lo mejor está en casa.

Anna señaló el sofá.

—Ese sofá se queda, aunque renovaré el relleno y volveré a tapizarlo. Gun me dijo que es de la casa de sus padres, y que quiere conservarlo si es posible.

—Pues claro, tú eres capaz de hacer magia —dijo Erica, y pasó la mano por el estampado de flores de la tapicería.

—Es una pena, porque esa tela es de Josef Frank —dijo Anna mientras subía las escaleras—. Pero está demasiado gastada y descolorida, no se puede recuperar.

Erica se levantó y se dirigió a la cocina. Le fascinaban las casas en las que siempre parecía que acabaran de limpiar. El único rastro de que allí vivía alguien era una taza de café, un vaso y un plato que había en el fregadero, y unas migas de pan en la mesa de la cocina.

—¿Puedes estar pendiente de Nora un momento? —dijo mirando hacia arriba, y Anna le respondió que sí.

Abrió la puerta del balcón que había en la parte trasera. La casa se encontraba en la parte alta de la colina y tenía vistas al mar. Un día como aquel de final de verano parecía más hermoso aún con el cielo azul claro y las aguas en calma, así que bajó la escalera y se sentó en el banco que formaba parte de una mesa de jardín preciosa, algo desgastada y de color gris, que había bajo un manzano.

Era un jardín tranquilo. Solo se oía el trino de los pajarillos y unas voces apagadas que sonaban a lo lejos. Fjällbacka estaba entrando en su período más silencioso. Sin montones de barcos, de coches y de turistas. El otoño y la primavera eran sus estaciones favoritas. El invierno podía ser oscuro y frío, y el verano, ajetreado en exceso con tantos turistas. El otoño y la primavera, en cambio, eran una delicia.

Una manzana cayó de golpe sobre el tejado de la cabaña de invitados. Erica se preguntaba si Magdalena estaría allí o si habría dejado el coche en casa. Llena de curiosidad, se levantó y se dirigió a la casita blanca. Había dos ventanas pequeñas, una a cada lado. Si Magdalena se había quedado en casa, no debía molestarla, pero no pudo contener las ganas de asomarse a mirar.

El cristal de las ventanas, antiguo, estaba lleno de arañazos que dificultaban la visión, pero creyó distinguir una cama y a alguien tumbado en ella. Enseguida se apartó de la ventana. Le daría muchísima vergüenza que Magdalena la viera ahí fisgando como una idiota.

Continuó retrocediendo, pero, de pronto, sintió un mareo. Como si el cuerpo que había en la cama quisiera contarle qué era lo que

había visto. Un sudor frío le recorrió la espalda cuando se acercó a la cabaña y se plantó delante de la puerta. Dudó un instante, tragó saliva varias veces para contener las náuseas. Al final bajó el picaporte despacio y abrió la puerta.

Estaba a punto de entrar cuando vio una nota en el suelo de la cabaña, a unos diez centímetros de la puerta. Se agachó y leyó la nota, casi sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. Luego dio un paso, dejó atrás la nota y se acercó a la cama. Dejó escapar un lamento y retrocedió de nuevo.

—¡Patrik!

Mellberg lo llamaba a gritos desde su despacho y Patrik se detuvo a regañadientes. El jefe era la última persona a la que quería ver en esos momentos. El nutrido grupo de periodistas que se había reunido delante de la comisaría crecía por momentos, y los teléfonos no paraban de sonar.

—Cuánto interés, ¿no? —dijo Mellberg exaltado—. ¿Cuándo crees que podré dar la conferencia de prensa? Este caso está listo, como quien dice, ¿no?

Patrik respiró hondo y trató de conservar la calma.

—No, aún nos queda mucho trabajo por delante. He pedido una autorización para detener a Allan. Y el cambio de abogado por parte de Gabriel necesita ser aprobado para que podamos continuar con el interrogatorio.

Mellberg se lo quedó mirando atónito.

—¿Por qué quieres detener a Allan Rudberg?

—Bertil, esa es la razón por la que no puedes hablar con los medios antes de que sepamos qué tenemos entre manos. Y la información que acabo de darte no puede salir de aquí. ¿Me lo prometes?

Mellberg se estiró un tanto ofendido.

—Si hay alguien capaz de mantener la boca cerrada, ese soy yo. Solo porque, en calidad de jefe, asuma la responsabilidad de

mantener a la sociedad informada no significa que no sepa cuándo hay que tratar el asunto con delicadeza. Ese tipo de equilibrios difíciles de mantener os es ajeno a quienes no tenéis ninguna responsabilidad de liderazgo. Es la pesada carga que me corresponde llevar.

Bertil Mellberg aún era capaz de hablar con autoridad cuando quería. Y, pese a todo, tenía razón en una cosa: él era el jefe de la comisaría, y Patrik tenía el deber de informarlo de los detalles de la investigación. Por más que le costara.

—Allan acaba de reconocer que él mató a Sofie.

—Joder. —Mellberg empezó a rascarse la cabeza—. Pero, entonces, ¿qué pasa con Gabriel? ¿No era él el principal sospechoso? Es lo que yo había oído, así que…

—Aún queda mucho por investigar, pero sí, la nueva información complica el caso aún más. Y ahora, además, tenemos ahí fuera una horda de periodistas que esperan impacientes y que cuentan con una información errónea.

Mellberg asintió varias veces.

—Ya, puede que no haya sido muy acertado —dijo, aunque no parecía sentirlo de verdad—. Son cosas que siempre ocurren en el curso de una investigación. Giros inesperados. Ni te imaginas las historias que podría contar. En fin. Mantenme informado, Hedström. —Acto seguido, despidió a Patrik con el pulgar hacia arriba.

Patrik volvió al pasillo meneando la cabeza. Madre mía. En ese momento vio a Gösta, que iba camino de los servicios.

—¿Ha localizado Martin a Farideh?

Gösta asintió.

—Han quedado con los técnicos en casa de Allan. ¿Quieres que vayamos? Estaremos mano sobre mano hasta que la fiscal diga algo.

—No, me prometió que respondería enseguida. Es mejor esperar a que llame, así podremos continuar la conversación con Allan y con Gabriel.

—Vale. Joder, tengo que ir a mear.

—Corre —dijo Patrik, y entró en su despacho.

Cerró la puerta y se dejó caer en la silla, delante del escritorio. Debería sentirse más animado. Tenían una confesión. Pero, en realidad, no había hecho más que suscitar nuevos interrogantes. Allan no había dicho nada de Aino. Ni de cómo y por qué mató a Sofie. Y, ¿acaso no tenía coartada?

Estaba tan inmerso en sus pensamientos que se sobresaltó cuando sonó el teléfono. Soltó un taco y leyó «Amor» en la pantalla.

Dudó un instante. Sabía que, si respondía, le llovería un alud de preguntas y, justo ahora, no podría responder a ninguna. Dejó que sonara hasta que se agotó la señal. Ya gestionaría la ira de Erica por la noche. Siguió dándole vueltas a la cabeza mientras jugueteaba distraído con un clip. ¿Por qué querría Allan matar a Sofie?

Unos pasos se acercaron corriendo por el pasillo y la puerta de su despacho se abrió de golpe.

—Tengo a Erica al teléfono —dijo Annika—. Por lo visto no se lo cogías. En Fjällbacka ha pasado algo, y tiene que hablar contigo. ¡Ven!

Patrik se levantó enseguida, se dirigió a la recepción corriendo detrás de Annika y echó mano del teléfono. En un primer momento apenas pudo creer las palabras de Erica. Luego dijo:

—Salimos ahora mismo.

¿Qué demonios estaba pasando?

En ese momento, Gösta salía de los servicios subiéndose la cremallera.

—Tenemos que ir a Fjällbacka —dijo Patrik—. Erica acaba de llamar. Ha encontrado muerta a Magdalena.

Acudieron a la casa de la familia Hagman a toda velocidad. Patrik aparcó detrás del coche de Erica.

—¡Estamos aquí! —se oyó desde el jardín, y Gösta y él se apresuraron hacia la parte trasera de la casa.

Erica se le echó en los brazos y él la abrazó fuerte y saludó con la mano a Anna, que se había sentado en un viejo mueble de jardín bajo un manzano y estaba blanca como el papel.

—Muéstrame dónde está —le dijo en voz baja, y le secó a Erica las lágrimas con la mano.

Ella asintió y echó a andar hacia la cabaña blanca.

—O no, espera, mejor quédate aquí. Cuantas menos pisadas haya alrededor de la casa mejor. Vete con Anna.

Gösta permaneció allí mientras Patrik se dirigía despacio hacia la puerta abierta de la cabaña de invitados. Puso mucho cuidado en no tocar nada y en pisar lo menos posible.

La casita constaba de una sola habitación. En el suelo había una nota escrita con tinta azul y una letra clara. Patrik se estremeció ante lo que estaba viendo, pero continuó hacia la cama.

Con sumo cuidado, levantó el edredón. Los ojos inertes de Magdalena miraban al techo. No vio la sangre que había corrido de las muñecas hasta que no levantó el edredón, porque el colchón la había absorbido.

No cabía la menor duda de que estaba muerta.

Patrik regresó con cuidado hasta la entrada, volvió a mirar la nota. Leyó una vez más las palabras allí escritas.

«Yo maté a Sofie. Perdón. Magdalena».

Always — Bon Jovi

No sé cómo de amigas somos todavía Magdalena y yo. Ella anda sobre todo con Jocke, y Ellen y yo somos las que estamos juntas. Casi empieza a ser un poco raro cuando nos vemos las tres. Supongo que es lo normal. Que al crecer nos separemos. Pero yo creo que Ellen y yo vamos a ser amigas toda la vida. Además, ahora que hemos empezado bachillerato, todo es superdistinto. Ahora empieza todo.

Gabriel sale a veces con amigos. Ni siquiera sé con quién va. Seguro que con otros bichos raros. Qué alivio cuando no está en casa.

Él todavía no ha visto mi peinado nuevo. Espero que le guste. Para mí que parezco mayor. Y me he puesto muy morena de tanto

salir a navegar. Además, también he tomado el sol en el jardín después de embadurnarme con el nuevo aceite solar.

Esta mañana me he pesado. He perdido tres kilos. ¡Me puse supercontenta! Es una mierda comer solo requesón y zanahorias, pero vale la pena cuando noto que los vaqueros cortos me quedan holgados. Pensará que estoy superguapa. Yo misma me siento guapa. Si además pudiera hacer que me creciera un poco el pecho… Pero, si no, siempre puedo meterme un poco de papel en el sujetador.

Había pensado hablar con Aino ayer. Contarle que tengo miedo. Pero parecía triste. No es normal en ella, así que no le dije nada. Y, además, ¿y si se hubiera reído de mí, igual que Ellen y Magdalena?

De todos modos, Magdalena nos ha invitado a Ellen y a mí a una fiesta en casa de Jocke. He decidido no volver temprano a casa, me da igual lo que diga mi madre. Ella no quiere que me lo pase bien. Pero prefiero apechugar con el castigo. ¡Esa va a ser mi noche! No tengo ni idea de qué me voy a poner, pero ¡voy a ver si puedo perder dos kilos más!

—¿Cómo queréis organizarlo?

Paula habló con dureza. Seguía furiosa con los periodistas, que pretendían entrar y tomar fotos y hacer preguntas en pleno registro domiciliario. ¿Es que habían perdido el juicio por completo?

—Nosotros empezaremos por la planta baja. Vosotros podéis ir arriba si queréis, así no nos estorbamos mutuamente. Pero ya sabéis: mascarilla, guantes, patucos de plástico y, si veis algo que haya que fotografiar o examinar, dais un grito.

Paula dio a Farideh el visto bueno levantando el pulgar. Le encantaba ver a los técnicos en acción.

Martin y ella subieron la escalera. La primera planta tenía dos dormitorios y una gran sala de estar con el techo abuhardillado donde había dos sofás bien grandes, libros y un televisor.

—Empezamos por el cuarto de Allan e Yvonne, ¿no?

—A ella no le ha gustado un pelo nuestra visita —dijo Martin, y entró en el dormitorio.

—Ya, pero es comprensible. Nos hemos llevado a su marido y a su hijastro, y ahora venimos a revolver en su casa.

Martin empezó a abrir los cajones de la cómoda que había justo a la izquierda.

—¿Tú qué piensas del caso? —preguntó—. Yo no entiendo un pimiento.

—Pues yo habría apostado toda mi fortuna por Gabriel —dijo Paula.

Se agachó y miró debajo de la cama. Nada. Abrió el cajón de la mesita de noche del lado izquierdo de la cama. Al parecer, era el de Yvonne. Unas gafas de cerca, una crema de manos y un libro de Colleen Hoover. Cerró el cajón y miró a su alrededor, sin saber muy bien por dónde continuar.

—Y la historia de Mattias, o bueno, de Gabriel. Mira que llevarse a un niño así, sin más.

Martin meneaba la cabeza mientras revisaba a conciencia el contenido de los cajones de la cómoda.

Paula se dirigió al tocador que había en el mismo lado de la mesita de Yvonne. Revisó los frascos y los botes de crema y abrió los dos cajoncillos que había, uno a cada lado.

—Si nos autorizan a continuar con los interrogatorios, puede que averigüemos todas las respuestas —dijo Martin.

Paula quitó el tapón de un frasco de perfume y lo olisqueó un poco antes de devolverlo a su lugar. En el piso de abajo oían trabajar a Farideh y a sus técnicos.

—¿Tú crees que Ellen lo sabía? —dijo, volviéndose a Martin—. Yo es que no me explico cómo puedes no saberlo. ¿Es posible ocultar una doble vida así de bien?

Martin se encogió de hombros.

—Pues claro. ¿No te acuerdas de aquel pastor que tenía hijos pequeños y que, en su tiempo libre, iba por ahí en bicicleta violando

chicas en zonas de baño mientras su mujer no tenía ni idea? Al final fue ella quien lo denunció en cuanto lo supo.

—Una idea espantosa, la verdad. Andar fingiendo que eres una persona normal cuando en realidad eres un monstruo.

—Todos tenemos secretos —dijo Martin al tiempo que levantaba una pila de calzoncillos y pasaba la mano por el fondo del cajón—. La única diferencia es la magnitud.

Paula sintió un escalofrío. Abrió las puertas del armario, que era de madera oscura, mientras Martin se dirigía al cuarto de Gabriel y Ellen. Estaba claro que un lado del armario era de Allan y el otro, de Yvonne. Todo en perfecto orden, colgado en perchas idénticas. En los estantes había prendas bien dobladas y en la última balda se veían cajas con logotipos de distintas marcas.

Paula decidió empezar por las cajas, pero no alcanzaba, así que arrastró la silla del tocador y la puso delante del armario. Revisó las cajas de izquierda a derecha. Contenían objetos como relojes, bolsos, gemelos y cinturones. La última caja era plana y alargada, de color negro, sin ningún logotipo. La bajó y abrió la tapa. Dentro había una funda de piel negra con las iniciales de Allan en elegante color dorado. ¿Sería una funda para el pasaporte o quizá la de una agenda? Daba la sensación de que la mayoría de las cosas que había en las cajas eran regalos que se habían hecho el uno al otro a lo largo de los años.

Se oyó un teléfono en la habitación contigua. Martin hablaba en voz baja, y Paula no podía distinguir lo que decía.

Estaba a punto de tapar la caja de nuevo cuando atisbó algo que brillaba bajo la funda negra. Sacó el objeto y en el acto sintió un cosquilleo en el estómago. El cosquilleo que sentía siempre que encontraba algo decisivo.

—¡Martin! —gritó—. ¡Ven aquí!

Pero Martin ya estaba en la entrada. Aún tenía el teléfono en la mano.

—Acaba de llamar Patrik. Han encontrado muerta a Magdalena. Con una carta de suicidio en la que confiesa que mató a Sofie.

—Acaba de llamar la fiscal. —Patrik le hizo una señal a Gösta, que estaba hablando con Anna y Erica en la mesa del jardín—. Podemos seguir con los interrogatorios —le dijo a su colega cuando este se le acercó—. Farideh ha dividido al equipo mientras recibe refuerzos, Martin y ella y dos de sus técnicos vendrán aquí, mientras que Paula y otro técnico siguen con el registro en el domicilio de Allan. En cuanto lleguen, volvemos a la comisaría.

Patrik bajó la voz para que Erica y Anna no lo oyeran, pero se expresó con cautela, por si acaso. Su mujer había dado muestras de estar dotada de algo así como un superoído.

—Paula ha encontrado algo. Te lo iré contando en el coche. Pero tenemos mucho de qué hablar con Allan.

Martin dobló la esquina de la casa y saludó a Erica y a Anna antes de acercarse a Patrik y Gösta.

—Ya estamos, podéis marcharos.

Patrik le dio un beso rápido a su mujer camino del coche. Quería llegar a la comisaría cuanto antes.

Unos minutos después, cuando entraron en la sala de interrogatorios, vieron que Allan tenía el aspecto de un hombre destrozado. Patrik lo veía bajo una nueva luz después de conocer el descubrimiento de Paula.

A su lado había un hombre con canas en las sienes y un traje de riguroso azul marino. Se levantó al verlos.

—Soy Frank Welder, el abogado de Allan.

—Bien, pues estamos listos para proseguir.

Patrik puso en marcha la grabadora. Annika ya había dejado en la mesa agua y café.

—Supongo que tu cliente conoce sus derechos.

El abogado asintió.

—Sí, está listo para hablar con vosotros.

—Muy bien.

Patrik se sirvió un café con un chorrito de leche. De pronto se dio cuenta de que no había almorzado, pero la adrenalina había anulado la sensación de hambre. Ya comería cuando todo hubiera terminado.

—En nuestra última conversación dijiste que tú habías matado a Sofie. Cuéntanos.

Allan clavó la vista en la mesa.

—La cosa estaba muy complicada en casa. Había muchas discusiones. Sofie era adolescente. Y aquella noche todo se descontroló. No hubo ninguna razón en particular. Estaba cansado. Estresado por el trabajo, el restaurante estaba atravesando un período difícil en lo económico. Poco después de irme a la cama con Yvonne oí que llegaba Sofie. Era tarde, y bajé a comprobar que todo estaba en orden. Sofie venía borracha y se comportó de forma desvergonzada. No pude más y la estrangulé. La estrangulé con mis propias manos.

Seguía sin levantar la vista de la mesa.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Gösta.

Se sirvió él también un café y les ofreció la jarra a los demás, pero todos lo rechazaron.

—Sabía que tenía que sacarla de allí. Esconderla. Así que la llevé al coche y la metí en el asiento trasero. Aparqué detrás de la antigua estación de bomberos y la llevé al cementerio. Había dado un paseo por allí en el descanso del almuerzo y vi que estaban organizando los preparativos para un entierro. Me pareció buena idea. Así descansaría en el cementerio. En una tumba. Era lo menos que podía hacer. Tenía en el coche un saco de ramas de abeto que iba a llevar a reciclar, y las esparcí por encima mezcladas con tierra para que no se viera el cadáver.

—Entonces, cuando la llevaste allí fue cuando perdió el coletero, ¿no? —preguntó Patrik.

—Debió de caérsele cuando la saqué del asiento trasero. No me di cuenta.

—¿Y qué hay de tu coartada?

—Yo mismo me sorprendí. —Allan ocultó la cara entre las manos —. Pero Yvonne llevaba un tiempo tomando somníferos y no siempre

tenía el sueño tan ligero como decía. No pudo oír mi discusión con Sofie. Seguramente, querría que la policía dejara de perder el tiempo con nosotros y se dedicara a buscar a quien se llevó a su hija. Siempre, siempre creyó que era un extraño.

Patrik asintió. La versión de Allan era en gran medida un informe objetivo, pero no presentaba grandes lagunas. O no mayores que las que podía provocar en la memoria un período de treinta años.

—¿Por qué dejaste los vaqueros de Sofie en la escalera de Aino? Me refiero a los vaqueros que le había prestado Ellen para que se los pusiera en la fiesta aquella noche.

Allan lo miró desconcertado.

—¿Los vaqueros en la escalera de Aino?

Negó con la cabeza.

—Gran parte de lo que ocurrió aquella noche es una neblina. Hay lapsos de tiempo de los que no tengo recuerdo.

Patrik asintió y anotó algo en el cuaderno.

—En cuanto al ADN hallado delante de la ventana de Sofie —continuó—, ¿sospechabas que era de Gabriel?

—No, no. Gabriel… —Allan sollozó y volvió a esconder el rostro entre las manos—. Sofie afirmó cosas de Gabriel, pero yo lo conozco. No podía creerlo, no podía creerlo.

Patrik y Gösta se miraron. Aguardaron a que Allan dejara de llorar. Al final, Patrik carraspeó un poco.

—¿Y Aino?

—¿Aino? —dijo Allan, y levantó la cabeza.

—Tuvisteis una aventura.

Allan se sobresaltó.

—Mi cliente ha aceptado hablar con vosotros de Sofie —dijo Frank, y le puso a Allan la mano en el hombro.

Pero Allan negó con la cabeza.

—Quiero hablar. Sí, tuvimos una aventura. Más aún, nos queríamos. Yo había pensado dejar a Yvonne. Construir un futuro con Aino. Pero aquella noche… Ella rompió conmigo. Dijo que se había terminado.

—Hemos encontrado su cuaderno de notas, Allan. En tu armario. El que desapareció cuando la asesinaron.

Patrik dejó las palabras flotando en el aire. Frank Welder se revolvió en la silla con nerviosismo y con cara de ir a protestar, pero Allan alzó la mano para detenerlo. Luego, respiró hondo.

—Yo maté a Aino. Me vio esa noche cuando llevaba el cadáver de Sofie al cementerio. Yo no lo sabía. Nunca me dijo nada. Pero me di cuenta de que algo había cambiado. Creí que se debía a que lo habíamos dejado, era una explicación natural. Y después dejó de trabajar para mí. Nos convertimos en meros conocidos que se saludaban al cruzarse por la calle. No sabía…

Meneó la cabeza. Se enjugó con la mano una lágrima solitaria.

—El hallazgo del cadáver de Sofie despertó sin duda algo en su memoria. Y pensaba contarlo. No podía permitirlo. Así que, durante la fiesta de inauguración de Åldersro, me escabullí hasta su habitación cuando nadie me veía. Había muchísima gente. La estrangulé y me llevé el cuaderno. Lo escribía ya cuando estábamos juntos, y yo sabía lo que escribía. Comprendí que aquel suceso tenía que figurar en él, así que lo cogí.

—¿Cómo sabías que pensaba contarlo? —dijo Gösta—. Si no os veíais.

Allan guardó silencio unos instantes. Se toqueteaba una uña con nerviosismo.

—Bueno, no lo sabía antes de entrar. Lo siento, me he explicado fatal. Fui a su habitación para saludarla, entonces me lo dijo. Que me había visto aquella noche. Que no podía seguir guardando silencio.

Allan miró a Patrik, luego a Gösta.

—Merezco el castigo que me impongan. Estoy dispuesto a aceptarlo. Pero ¿qué pasará con Gabriel? ¿No hay nada que podáis hacer? No lo ha tenido fácil en la vida, le cuesta controlarse. A saber qué estragos le causó la drogodependencia de su madre cuando estaba embarazada de él. ¿No podéis utilizar ese argumento en su defensa?

—Eso es cosa del juez, nosotros solo investigamos los hechos —dijo Patrik algo seco—. En cuanto tengamos una coincidencia en las pruebas de ADN y podamos relacionar a Gabriel con las violaciones, será imputado. El resto es cosa de la justicia.

Patrik se levantó, miró a su alrededor en la sala. Echó una ojeada rápida a la tela de araña del techo, que parecía haber crecido un poco.

—Hemos terminado el interrogatorio. Tu abogado te informará de cómo se desarrollará el proceso.

Patrik se quedó sin energía en cuanto cerró la puerta al salir. Se apoyó en la pared, pues sentía un mareo extraño.

—Joder —dijo Gösta—. ¿Qué hacemos con la carta de suicidio que dejó Magdalena, y en la que confiesa el asesinato?

Patrik respiró hondo varias veces y el mareo se le pasó un poco.

—Allan ha confesado y ha dado una versión creíble de cómo sucedieron las cosas —dijo—. La confesión de Magdalena se deberá seguro a los remordimientos. De hecho, esa noche ella y Sofie discutieron.

—Parece verosímil —dijo Gösta—. ¿Vas a alegrarle el día a Mellberg y a contarle que está resuelto? Así podrá brillar por un rato como el astro sol.

Patrik soltó un suspiro.

—No me queda más remedio, supongo. Pero antes tengo que llamar a Ellen. No puedo permitir que ella y sus hijos se enteren por los medios de comunicación.

Annika asomó la cabeza desde la recepción.

—¡Patrik! Los resultados están listos. Es Gabriel. En todos los casos.

Patrik sacudió la cabeza.

—Vale. Gracias. Entonces hay más aún que contarle a Ellen. Y, además, tengo que llamar a Carina Lundstedt. Ella también debe saberlo por mí. Después de todo, se trata de su hijo. Luego me encargaré de que recupere la caja con las fotografías.

—Cuántas vidas —dijo Gösta—. Cuántas vidas destrozadas.

—¿Por qué no coges el teléfono?

Gun se acercó corriendo a Jocke, que se estaba bajando del coche y la vio agitar los brazos alterada. ¿Qué estaba pasando?

—Me he quedado sin batería y no llevaba el cargador y…

Entonces vio la cinta policial rodeando la cabaña. Sintió que le temblaban las rodillas.

—¿Qué ha pasado? Por Dios, ¿qué ha pasado?

Bengt se le acercaba con los brazos caídos. Gun se echó a llorar temblando abrazada a él.

—Magdalena ha muerto —acertó a decir—. Se ha quitado la vida.

Jocke se desplomó en el suelo, su madre no fue capaz de sostenerlo. El corazón se le desbocó en el pecho y, al mismo tiempo, dejó de latir. El dolor le arrancó un lamento.

—No es verdad —dijo sin aliento—. No es verdad.

Gun lo abrazó de nuevo, pero él se soltó. Aquello era imposible, ¡qué demonios! Magdalena no podía estar muerta. Y él acababa de estar en el criadero de perros para reservar un cachorro, joder.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? Todo iba bien —susurró.

Sintió como si la lengua le creciera en la boca.

—No lo sé. Yo tampoco lo entiendo. Acaban de llevársela, pero aún están examinando la cabaña. No podemos entrar.

—¿Dejó…? ¿Dejó alguna nota? Es que no lo entiendo.

Notaba la lengua cada vez más grande, como si no le cupiera en la boca. Tuvo que hacer un esfuerzo para articular las palabras.

—No sé, no sabemos nada. No nos han dado ninguna información.

Jocke se desplomó en el suelo. Gun se agachó a su lado. Bengt se acercó unos pasos, aún a cierta distancia de los dos.

—Lo importante es que nos mantengamos unidos, Joakim. Contamos con el apoyo mutuo. Siempre ha sido así.

Le acarició el pelo.

—La policía ha detenido a Allan y a Gabriel, no sabemos muy bien qué está pasando allí. Yvonne y Ellen fueron con sus hijos a Åldersro, la policía iba a registrar el domicilio familiar, están todos destrozados.

Jocke no paraba de negar con la cabeza. No superaría aquello. La única razón por la que había logrado mantenerse en pie en los momentos difíciles los treinta años últimos era la certeza de que Magdalena existía.

El mundo sin ella se le antojaba impensable.

—No puedo vivir sin ella. Es imposible.

Su madre seguía acariciándole la cabeza.

—Por supuesto que puedes. Ya lo lograste una vez, y volverás a conseguirlo. Tienes a tus hijos. Y nos tienes a nosotros. Siempre te apoyaremos, ya lo sabes.

—Te queremos, hijo, eres todo lo que tenemos —dijo Bengt con una voz sin apenas fuerza.

—Magdalena. Quiero a Magdalena.

Jocke apoyó la cabeza en las rodillas. Golpeó la mano de su madre, y ella retrocedió. No podía mirarla a la cara, intuía que estaba buscando consuelo en el regazo de Bengt.

Jocke se incorporó, y el dolor del pecho remitió un poco cuando empezó a moverse.

—Me quedaré en el hotel un par de días —dijo, y abrió la puerta del coche.

Con las piernas aún temblorosas, se sentó al volante.

—No deberías conducir en ese estado —le dijo su madre, e hizo amago de acercarse.

Bengt la sujetó por el brazo.

—Deja que se vaya, Gun. Ya volverá.

Jocke cerró la puerta del coche y lo puso en marcha. Agarró el volante con fuerza cuando retrocedió para alejarse de la casa. Todo aquello en lo que había puesto sus esperanzas se había esfumado. Era el fin.

—¿Qué te ha dicho? —Yvonne iba y venía de un lado a otro de la oficina—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué iba a quitarse la vida Magdalena?

Ellen temblaba cuando dejó el teléfono en la mesa. Miró a sus hijos. A Yvonne. Y supo enseguida por dónde debía empezar. Cómo iba a contarles lo que Patrik Hedström acababa de comunicarle.

Las náuseas le subieron hasta la garganta, y no pudo detenerlas. Corrió hacia la papelera que había en un rincón y vomitó.

—Ellen, ¿qué ha pasado?

La voz de Yvonne resonó chillona.

Elsa se acercó corriendo a su madre, la abrazó.

—Mamá, me preocupas. Cuéntanos, anda.

Ellen se limpió la boca y se puso de pie. Temblaba de pies a cabeza, y notaba en la boca un sabor agrio.

—Tienen retenidos al abuelo y a papá. Han llamado para que lo supiéramos antes de que salga en las noticias. Allan ha confesado el asesinato de Sofie y el de mi madre. Y Gabriel…

Ellen volvió a sentir náuseas y se abalanzó hacia la papelera. Esta vez era solo bilis, y se estremeció cuando salió la última bocanada.

—¡No, no, no! —gritó Yvonne desesperada.

Ellen se irguió de nuevo e hizo otro intento de continuar el relato. Las náuseas iban y venían en oleadas, y ella trataba de tragar para eliminar el sabor a bilis, que le provocaba nuevas ganas de vomitar.

—Gabriel… Papá es sospechoso de una serie de violaciones violentas en Gotemburgo. Tienen muestras de ADN que coinciden con el suyo.

Elsa empezó a llorar de tal manera que le temblaba todo el cuerpo. Ludvig se abrazó a su hermana, llorando con el rostro escondido entre su melena.

Ellen carraspeó un poco.

—Además, han averiguado que el abuelo secuestró a Gabriel cuando tenía tres años. No me han dicho mucho más, pero Gabriel no es hijo suyo.

Detestaba soltarles la verdad a la cara de ese modo, pero no había forma de endulzar semejante noticia. No había forma de mitigar su dolor. Miró a sus hijos. Quería abrazarlos como cuando eran niños. Soplar sobre sus rodillas magulladas. Pero se quedó inmóvil. Helada en medio de su propio tormento.

Yvonne, que había seguido gritando entre sollozos, calló de pronto. Le fallaron las piernas y se desplomó en el suelo. Se miró las manos murmurando sin cesar:

—Esto no está ocurriendo. No a nuestra familia, no. No está ocurriendo. No a nuestra familia, no.

Ellen se sentó en una silla. Un instante de ansiado descanso. Oía el llanto desesperado de sus hijos, pero no tenía fuerzas para consolarlos. En su interior resonaba la voz de Aino, sus cantos que ascendían y descendían componiendo un triste lamento. ¡Ay, cómo la echaba de menos ahora!

—No comprendo por qué mató Allan a mi madre —dijo en voz baja—. Ni a Sofie. Y Gabriel, ¿cómo pude vivir sin saberlo? ¿O tal vez sí que lo sabía y, simplemente, cerré los ojos a la verdad?

Ludvig profirió un grito. Un «¡No!» alto y fuerte. Todas las miradas se volvieron hacia él. Volvió a gritar su negativa mientras las observaba jadeante.

—Papá no puede haber hecho algo así —dijo—. Debe tratarse de un error. La policía comete errores todo el tiempo.

Ellen oyó en su interior el ruido de la puerta al cerrarse. Vio ante sí la mirada oscura de Gabriel. Aquella mirada que, bien lo sabía ella, lo transportaba a otro lugar, a una dimensión a la que ella nunca tuvo acceso. Las horas que pasaba fuera después de que aquella puerta se cerrara. Y la calma que mostraba cuando volvía a casa y parecía que esa negrura nunca hubiera existido.

¿Lo sabía en el fondo? ¿Debería haberlo sospechado? ¿Quién era el hombre con el que había vivido todos aquellos años? Y con el que había tenido dos hijos. Se sentía asqueada. ¿Lo conocía siquiera? ¿Acaso fueron los buenos momentos la verdadera mentira? ¿Acaso se dedicó a interpretar un papel, a ocultar quién era en realidad?

Ellen se dio con el puño en la frente. Más fuerte, más fuerte. Solo quería sentir un dolor distinto del que en esos instantes la destrozaba por dentro.

Se oyó ruido en el pasillo. Debía de ser alguien del personal que se dirigía a la habitación de uno de los residentes.

Ellen se levantó y se dirigió a la puerta despacio.

—¿Adónde vas, mamá?

Elsa preguntó con voz angustiada, y la miraba con los ojos llenos de lágrimas.

Ellen no respondió. No tenía ninguna respuesta que dar ahora, cuando sentía que todo su yo poco a poco se iba colmando de odio.

Jueves, una semana después

PATRIK acababa de poner la mano en el picaporte para salir cuando Erica apareció silenciosa detrás de él y lo rodeó con sus brazos.

—¿No puedes llegar un poco más tarde hoy? —dijo—. Los niños están en el colegio, podemos tomarnos un café antes de que te vayas. Apenas nos hemos visto en toda la semana. —Le revolvió el pelo—. Y, además, esto se está poniendo de un color más normal, así que mirarte vuelve a ser un gusto.

Patrik se volvió y le dio un abrazo. Dudó un instante, pero luego se quitó la chaqueta, que acababa de ponerse, y también los zapatos.

—Tienes razón. No hay ningún incendio que apagar, y el nuevo jefe no llegará hasta después del almuerzo.

Se sentó a la mesa de la cocina.

—¿Y cómo te sientes con lo del nuevo jefe? —dijo Erica al tiempo que le daba una taza de café—. ¿Estás decepcionado?

Se sentó frente a Patrik.

—¿Que cómo me siento? Pues claro que estoy decepcionado, pero, al mismo tiempo, son los de arriba los que deciden, no puedo hacer gran cosa.

Erica tomó un sorbo de café y lo miró otra vez de ese modo, como si lo estuviera viendo por dentro.

—He estado hablando con Gösta y me ha dicho que Mellberg se marcha mañana.

—Sí, Annika le ha organizado hoy una despedida. Nunca creí que diría esto, pero dejará un vacío tras de sí. ¿Quién pasará ahora los días durmiendo en el despacho?

Los dos esbozaron una sonrisa.

—¿Y tú? —dijo Patrik—. ¿Has tomado una decisión?

—¿Respecto al libro? Sí, ya me he decidido. Pienso escribir sobre Sofie. Pero no ahora. Quiero esperar un poco, dar a todo el mundo la posibilidad de recuperarse. Está demasiado reciente.

—Me parece sensato. No se va a hundir el mundo solo porque el libro tarde un año en salir.

—Exacto, así es. Pero, además, aún es mucho lo que no acabo de entender.

Patrik suspiró. Erica acababa de poner el dedo en la más dolorosa de sus llagas. Aún había muchas cosas que él tampoco entendía del todo. Y para las que tal vez nunca hallara respuesta.

—¿De verdad crees que la carta de despedida de Magdalena solo se refiere a la culpa que sentía porque discutió con Sofie antes de que la mataran? —dijo Erica—. ¿Por qué iba a expresarse de ese modo? «Yo maté a Sofie».

—Ya. Yo también he estado dándole vueltas a lo de la soga —confesó Patrik—. Es un detalle extraño en ese contexto, pero ayer nos llegaron los resultados del análisis del cuaderno de Aino. Hallaron en él las huellas dactilares de Allan.

—Y eso prueba su versión.

Se miraron a los ojos. Patrik intuía cómo se movían los engranajes en la cabeza de Erica.

—Y luego tenemos los vaqueros. Allan asegura que tiene lagunas y que no recuerda todos los detalles de aquella noche. Pero ¿por qué iba a dejar los pantalones en la escalera de Ellen? ¿Cómo podía saber siquiera que eran suyos? —Patrik clavó la mirada en la taza de café, como si allí pudiera encontrar una respuesta—. Es difícil obviar que Allan ha confesado. Y en el cuaderno de Aino hay una anotación según la cual, hace treinta años, ella misma vio a Allan llevar a Sofie al cementerio.

Erica soltó un suspiro.

—En medio de este asunto, pienso sobre todo en Ellen y en los niños. Ellen no solo ha perdido a su madre. Lo que ha hecho Gabriel es… —Erica puso una cara muy seria—. El otro día me la encontré en la tienda de comestibles. Ha debido de perder diez kilos por lo menos. Dijo que los niños y ella habían decidido mudarse a Gotemburgo. Va a vender su parte de Åldersro a Gun y a Bengt. Y el restaurante está cerrado definitivamente. Esperan poder deshacerse del local cuanto antes.

Patrik colocó la taza en el lavaplatos.

—Bueno, ya sí que me tengo que ir. Pero ha estado muy bien poder charlar un rato.

Besó a Erica y se puso de nuevo la chaqueta. La miró otra vez antes de cerrar la puerta al salir. No sabía qué sería de él si no la tuviera a ella y a los niños. Qué sería de él sin su familia.

Erica estaba sentada a la mesa de la cocina con el runrún del lavavajillas de fondo. La idea a la que había estado dándole vueltas toda la semana no había hecho sino reforzarse al oír las reflexiones de Patrik. Allí había algo que no tenía sentido. Era como un rompecabezas, algunas de cuyas piezas no encajaran, pero que alguien hubiera ajustado a la fuerza presionando.

Subió al cuartito donde tenía el despacho. Todo el material de sus investigaciones seguía aún clavado en el corcho, y el rostro de Sofie la contemplaba desde la pared. Todo empezó con Sofie aquella noche fatal. ¿De verdad podía ser tan sencillo, que a Allan se le agotó la paciencia con la rebeldía de una hijastra adolescente? No le parecía verosímil. Pero ¿por qué iba a confesar un asesinato que no había cometido?

Erica se sentó en la silla con el teléfono en la mano. Había tomado una foto de la carta de Magdalena antes de que llegaran Patrik y Gösta, y la había leído infinidad de veces desde entonces, como si quisiera descifrar lo que decía de verdad. «Yo maté a Sofie. Perdón. Magdalena».

A Monica la habían encontrado hacía tres días. Uno de los vecinos se había quejado del olor que salía por una de las ventanas que daban al patio y que estaba abierta. Junto al cadáver encontraron la jeringuilla con las huellas dactilares de Magdalena. Estaba claro quién había matado a Monica. Pero ¿por qué escribió Magdalena en el último mensaje que dejaría al mundo que ella había matado a Sofie?

Nora gimoteó desde el dormitorio, y Erica se levantó. Algo ausente, le cambió a la pequeña el pañal y le puso ropa limpia.

No podía dejar de pensar en ello. Allí había algo que no le cuadraba. Aún le quedaban preguntas por hacer, y sabía a la perfección a quién quería hacérselas.

Nora agitaba alegre los bracitos mientras Erica la metía en la mochila portabebés. Le encantaba que la llevara ahí cuando iban de paseo. Había empezado a hacer algo más de frío, así que iban las dos bien abrigadas. Cuando bajó la vista y vio a Nora con el mono con las orejas de oso le entró risa. Adorable, ni más ni menos.

La casa parecía desierta y las luces estaban apagadas cuando llegó. Iba sudorosa tras la caminata, y se detuvo después de subir la empinada pendiente hasta la casa blanca. Anna le había contado que, después de lo ocurrido, Gun había suspendido la reforma, lo cual era del todo comprensible.

Llamó a la puerta, pero no le abrió nadie. ¿Seguiría Jocke durmiendo en el hotel? Se dio media vuelta para poner rumbo al hotel Stora cuando sintió una fuerza que la atraía hacia el jardín. La última vez que estuvo allí encontró el cadáver de Magdalena. Quería deshacerse de esa sensación.

El jardín estaba en calma y en silencio. Las hojas habían empezado a caer cada vez más, y se apilaban sobre el césped en grandes montones de un amarillo rojizo. En la hierba se veían las pisadas de todas las personas que se habían pasado la semana anterior yendo y viniendo por allí.

Erica entornó los ojos mirando a la casa. La vieja fachada se alzaba ante ella. Como una antigua dama que aún conservaba la

dignidad. Esperaba que Bengt y Gun encontraran algún día las fuerzas para seguir con la reforma. El edificio lo merecía.

Erica pisó una pila de hojas secas y, de pronto, fue como si cuanto la rodeaba se hubiera detenido. Las fotografías que había visto en casa de Anna fueron pasándole de nuevo por la retina. Las fotos antiguas de la casa. Se hizo sombra sobre los ojos con la mano cuando levantó la vista hacia la ventana superior. El cuarto de Jocke. Y recordó lo que le habían dicho Dan y Dragan. Las ideas iban encajando cada vez más rápido. Por el momento era sobre todo una intuición, una sensación. Pero su sexto sentido le decía que iba por el buen camino.

Tras una última ojeada a la ventana, cogió el teléfono.

Yvonne no paraba de dar vueltas por la casa. Todo aquello que con tanto esmero había creado a lo largo de los años acababa de derrumbarse. Lo tenían todo. Hasta aquella noche de hacía treinta años, lo tenían todo. ¿Por qué insistió en mantener vivo el recuerdo de la desaparición de Sofie, en lugar de dejar que cayera en el olvido? Había sido una necia, una vanidosa, al creer que lo hacía por Sofie. Si hubiera dejado que el mundo la olvidara, tal vez el hallazgo de su cadáver no habría despertado tanta expectación. Había hecho que los focos iluminaran a su familia y que se mantuvieran así. Año tras año.

Yvonne abrió la puerta de un armario y la cerró de golpe. Volvió a abrirla y la cerró otra vez, aún con más fuerza. Luego, otra vez, y otra. Quería romper algo, destrozar algo, cualquier cosa, con tal de sentir por un instante que podía dejar correr la ira.

Todo era culpa de Gabriel. Por fin podía reconocer lo mucho que siempre lo había odiado. Desde el instante en que vio su semblante enfurruñado y rebelde. Él lo había estropeado todo. Y, por si fuera poco, ni siquiera era hijo de Allan, sino el hijo de un drogadicto. Un puto adicto asqueroso que no fue capaz de ocuparse de su hijo. Desde luego, habría sido mucho mejor si hubiera muerto. Si Allan

hubiera llegado a su vida sin familia, sin nadie. Así habría podido ser solo suyo.

Ellen y los niños iban a mudarse. Tanto mejor. No quería tener en su entorno a nadie que le recordara a Gabriel. Si no podía estar con Allan, prefería estar sola.

A pesar de todo lo ocurrido, al recordar a Allan no podía sino sonreír. Lo echaba de menos mucho más de lo que nunca imaginó que podría. Los años que debía pasar sin él iban a ser duros. Pero pensaba esperarlo. Él la quería, claro. Si había algo en la vida que ella supiera con certeza era eso, que él la quería.

Subió a la primera planta. Ellen había empezado a preparar la partida. Había cajas por todas partes, con sus cosas y con todo lo que los niños habían subido de la cabaña. Las cosas de Gabriel estaban apiladas en el suelo.

Yvonne se quedó allí mirándolas. Luego cogió un montón de ropa y lo llevó al jardín. La dejó encima de una losa y dio varios viajes hasta que todas las pertenencias de Gabriel estuvieron apiladas en el mismo lugar.

Junto a la barbacoa, en la terraza, había una botella de alcohol para encender el fuego. Fue a buscarla y roció bien la ropa. Luego entró en la casa y volvió con un encendedor.

El odio la desgarraba por dentro. Desde que era un niño, Gabriel le había robado a Allan. Por su culpa, Allan nunca pudo ser suyo del todo. Pero ahora ya sí. Y Gabriel podía arder en el infierno.

Yvonne apuntó con el encendedor a la pila de ropa y apretó el botón. Cuando las llamas se alzaron delante de ella, sintió que algo cedía. Gabriel no existía ya. Y Allan era suyo.

—Aquí Ellen, ¿dígame?

Erica le explicó enseguida que quería hablar con Gun. No sabía a ciencia cierta qué decirle a Ellen. ¿Qué se le podía decir a una persona cuya vida acababa de saltar en pedazos? Así que optó por no decir nada.

—Ha salido a buscar a Jocke, que le había enviado un mensaje preocupante. Así que se ha marchado.

La preocupación resonaba con claridad en la voz de Ellen.

Erica pensaba a toda velocidad.

—¿Tenían Jocke y Magdalena algún sitio preferido? ¿Algún lugar donde se vieran a menudo y que fuera solo suyo?

Le zumbaban los oídos mientras esperaba la respuesta de Ellen.

—Pues sí, siempre se veían en Badholmen. En lo alto del trampolín.

—Gracias —dijo Erica antes de colgar.

Había dejado a Nora con Kristina, y ahora se apresuró hacia el coche. Enseguida puso rumbo a Badholmen.

Dejó el coche junto a los barcos de Salvamento Marítimo y cruzó a toda prisa el estrecho puente de piedra que constituía el único modo de acceder a los célebres baños de la zona. En verano estaba siempre lleno de gente, pero ahora se veía vacío y desierto. Cuando se acercó un poco más, vio la silueta de alguien en lo alto del trampolín.

Dio unos pasos y gritó su nombre.

—¿Jocke? ¡Soy Erica! ¡Erica Falck!

La figura no se inmutó. Erica dudó mirando hacia arriba. Cada año que pasaba se veía más destartalado, pero tenía que hablar con Jocke. Se agarró con fuerza para subir la escalera hasta que llegó a la cima. El trampolín se balanceaba al viento, y Erica tragó saliva.

Desde allí se veía toda Fjällbacka y el ancho mar. Un mar gris, desprovisto por completo del atractivo brillo azul del verano. En tan solo unos días, el tiempo había cambiado por completo.

—Jocke —dijo en voz baja mientras se le acercaba.

Estaba sentado en el borde, balanceando las piernas en el aire. Al acercarse un poco más, Erica vio la pistola que tenía a su lado. Se paró en seco. Tragó saliva varias veces. Pensó en Patrik. En Maja, Noel y Anton. En la pequeña Nora, que estaba con Kristina.

Y siguió avanzando. Se acercó un poco más.

El trampolín se zarandeó un poco cuando se sentó al lado de Jocke, con un metro de distancia entre los dos. Erica se agarraba a los tablones con tal fuerza que casi le dolían las manos.

—No deberías estar aquí —dijo Jocke en voz baja—. Quiero estar solo.

—Por favor, Jocke, todavía no lo sé todo, pero sí sé que algo sucedió aquella noche. Algo que nunca llegasteis a contar. Magdalena quería contarlo todo. De lo contrario, jamás habría dejado esa nota.

—He estado pensando en la nota desde que supe lo que ponía —dijo Jocke con la voz empañada por el llanto.

Levantó la vista hacia el mar y el viento le revolvió el pelo delante de la cara.

—Entre Magdalena y tú había algo más —dijo Erica—. ¿Por qué no me lo cuentas?

Miró de reojo la pistola. La tenía tan cerca que podría empujarla para que cayera al agua, pero no se atrevía, por si Jocke era más rápido.

—Lo éramos todo el uno para el otro. Habíamos encontrado a la mitad perfecta.

El viento se llevaba la voz débil de Jocke, y Erica tenía que esforzarse para oír lo que decía.

—Sí, de eso sí me di cuenta, teníais una relación fuera de lo normal, algo único.

Él asintió.

—El tipo de relación con el que la gente se pasa la vida soñando. Y nosotros la encontramos. Cuando éramos muy jóvenes, además.

—¿Qué ocurrió aquella noche? Creo que puedo intuir parte de lo sucedido, pero me gustaría que me lo contaras tú.

El cuerpo de Jocke se estremeció en un sollozo repentino.

—Fui un imbécil —dijo, y su voz sonaba ahora casi más débil si cabe—. Un completo imbécil. Cometí un error. Uno. Y por él lo perdimos todo.

Erica no comprendió al principio de qué hablaba. Luego, las piezas empezaron a encajar.

—Sofie —dijo—. Ese fue tu error.

Él asintió.

—Un error de borrachera. Había una fiesta en casa de uno de mis compañeros de clase. Magdalena iba a venir, pero tuvo que quedarse en casa a cuidar de Monica, porque uno de los tipos con los que se juntaba le había dado una paliza. Así que fui solo. Y Sofie estaba allí. Sabía que estaba enamorada de mí, pero yo no le daba importancia. Yo solo tenía ojos para Magdalena. Pero aquella noche, perdí el conocimiento y me desperté desnudo con Sofie a mi lado en la cama. Ella también estaba desnuda. Y me entró el pánico. Magdalena y yo no teníamos secretos el uno para el otro. Salvo eso. Era repugnante. Sofie tampoco lo reveló nunca, pero creía que para mí había sido importante, aunque no significó nada.

Erica volvió a echar una ojeada a la pistola. Luego negó un poco con la cabeza, como para sus adentros.

—¿Y aquella noche? ¿La de la fiesta en la que Sofie desapareció?

Erica se agarró con más fuerza a los tablones cuando una ráfaga de viento hizo que el trampolín oscilara un poco.

—Sofie estaba como una cuba. Había encontrado no sé qué nota en el bolsillo del pantalón donde decía lo típico, «Te quiero», y creyó que se la había puesto yo. Pero yo no le había escrito nada. Así que vino a mi cuarto mientras Magdalena estaba en el baño y empezó a desvariar diciendo que los dos nos queríamos y quiso besarme. Yo traté de explicarle como pude que lo que había pasado no significaba nada, que no significaba una mierda. Que me había acostado con ella por error en plena borrachera. Y entonces…, entonces vi que Magdalena estaba en el umbral. Lo había oído todo.

Erica se estremeció al oír el grito abisal de Jocke, como el de un animal herido. Gritaba y gritaba sin cesar. Al principio se asustó, pero luego se fue calmando hasta que se le estabilizó el pulso, y Jocke no tardó en volver a tomar la palabra.

—Le dije a Sofie que se fuera al cuerno. Le dije que era una puta, una puta sucia y asquerosa. No estoy orgulloso, precisamente,

pero fue lo que le dije. Le dije que la odiaba. Y ella se marchó de allí desesperada. Oí cómo Ellen y ella discutían a gritos, y luego se marchó. Y aquella mirada. La mirada que me lanzó Magdalena. Habría preferido morir en ese instante antes que ver el daño que le había causado. Nos habíamos prometido ser siempre el uno para el otro. Y yo lo había estropeado todo. Antes de Sofie, Magdalena era la única chica con la que había estado, y yo era el único con el que había estado ella. Nos habíamos prometido que siempre sería así. Pero yo lo estropeé todo. Mierda.

Erica tragó saliva.

—¿Qué quería Magdalena que hicierais? —preguntó.

Volvió a mirar la pistola de reojo. Jocke tenía la mano justo al lado, pero sin tocarla.

—Dijo que la única forma de deshacer lo hecho era acabar con ella. Acabar con Sofie. Es difícil de explicar ahora que comprendo lo disparatado que parece, pero en aquel momento me pareció de lo más razonable. Lógico. Y lo único que yo quería era arreglar las cosas con Magdalena.

—Así que bajasteis por la escalera de incendios que había al lado de tu ventana, para que nadie viera que abandonabais la casa.

—Sí, todo el mundo creyó que estábamos en mi cuarto enrollándonos. Nadie nos echaría de menos. Subimos el volumen de la música a tope, bajamos por la escalera y fuimos en bicicleta a la casa de Sofie. Nos colamos dentro, hasta su cuarto, que estaba en la planta baja. Al vernos se quedó sorprendida, no se asustó. Se había cambiado y estaba a punto de meterse en la cama. Y yo iba como con el piloto automático. Magdalena ni siquiera tuvo que decir nada. No hizo falta que me animara. Simplemente, le rodeé el cuello a Sofie con las manos y apreté. Cuando dejó de moverse, la abandonamos allí, en la cama. Y volvimos con las bicicletas. Por qué Allan la puso en la tumba y por qué se ha atribuido el asesinato es algo que ignoro.

Por un instante, miró a Erica a los ojos, pero enseguida volvió a mirar el agua.

—¿Por qué devolvisteis los vaqueros? ¿Y qué hicisteis con la camiseta de Sofie?

—Fue Magdalena. Se llevó los vaqueros y, de paso y sin darse cuenta, también la camiseta. Sabía cuánto le gustaban a Ellen aquellos Levi's 501, así que se los dejó en la escalera de la entrada de su casa. Y tiró la camiseta a un contenedor. No sé. Ninguno de los dos se paró a pensar, simplemente actuamos.

Negó con la cabeza.

—Cuando volvimos a casa y subimos a mi cuarto por la escalera, mis padres nos estaban esperando. Habían echado a todo el mundo. Y yo se lo conté todo. Se quedaron horrorizados. Mi madre lloraba desconsolada y mi padre no paraba de vociferar, hasta el punto de que creí que todos se enterarían de lo que habíamos hecho. Nos obligaron a prometer que no diríamos nada. Al día siguiente, mi padre desmontó la escalera de incendios. También nos dijeron que no podíamos seguir juntos. Y nosotros lo aceptamos. En aquellas circunstancias, habríamos aceptado cualquier cosa. Y lo que habíamos hecho creó una distancia gigantesca entre nosotros, de tal modo que casi no podíamos mirarnos a la cara.

Jocke se rio con amargura y se secó las lágrimas.

—¡Qué ironía! Maté a Sofie para que Magdalena y yo pudiéramos estar juntos, y eso fue lo que nos separó.

Erica alargó la mano, le rozó el hombro.

—Yo creo que Magdalena no podía seguir viviendo con ello, pero quiso asumir la culpa para liberarte a ti.

Jocke se estremeció.

—Estaba seguro de que podríamos olvidar. Al fin y al cabo, ahora se nos presentaba una nueva oportunidad. No podíamos deshacer lo hecho, pero ¿debíamos desaprovechar lo que teníamos a pesar de todo? No sé cómo voy a vivir sin Magdalena. Es demasiado doloroso.

Miró de reojo la pistola y Erica contuvo la respiración.

—¿De verdad crees que Magdalena habría querido que Allan fuera a la cárcel por un asesinato que no cometió? —dijo Erica despacio—. Tampoco sé por qué confesó, pero no fue él quien mató a Sofie, y no creo que a Magdalena le hubiera parecido justo.

Jocke no respondió. Volvió a echar una ojeada a la pistola. La cogió. Erica contuvo la respiración y contuvo el instinto de taparse los oídos, pero él tomó impulso con el brazo y lanzó la pistola lo más lejos que pudo al agua.

Jocke se levantó tan de repente que el trampolín volvió a zarandearse.

—Tienes razón, Magdalena no habría querido algo así. Lo mejor será acabar cuanto antes. ¿Me llevas a la comisaría?

—Claro —dijo Erica.

Mientras bajaban, se fue agarrando fuerte a la barandilla.

Crash! Boom! Bang! — Roxette

¡Esta noche lo vamos a pasar de locos! No veo el momento. Llevo días probándome ropa, nada me convencía del todo. Pero ¡resulta que Ellen me dijo que me prestaba sus 501! Superlinda. Adoro a Ellen. Creo que la camiseta blanca nueva quedará perfecta con los vaqueros. También he hecho varias pruebas de maquillaje. Eyeliner, *sombra de ojos azul y un montón de rímel. Y un perfilador oscuro y lápiz de labios más claro. Chulísimo, vamos.*

Sinceramente, ¡¡creo que será la mejor noche del año!!

Vamos a arreglarnos en mi casa. Siempre nos preparamos en la de Ellen, pero Aino le ha dicho que quiere estar tranquila. Superraro. Espero que se le pase pronto.

Le estoy dando vueltas, no sé si me atreveré a coger un poco de alcohol de las botellas de Allan y de mi madre. Si mezclo un poco de cada botella en lugar de coger mucho de una, no se darán cuenta. Voy a necesitar un extra de valor.

Dios mío, no tenía ni idea de que pudiera sentir algo así. Jamás volveré a sentir nada parecido por nadie. Él es el único. No puede estar mal, cuando me siento tan bien. Sé que es ridículo hablar del destino, pero así lo siento, ni más ni menos. Y él tiene que sentir lo mismo, seguro. Para él será superdifícil seguir fingiendo. Pronto ya

no hará falta. Gracias a que soy la valiente de los dos. A que haré lo que hay que hacer. Por ellos. Por nosotros.

Tengo que dejar de escribir. Ellen no tardará en llegar.

—¿Cómo vas, Allan?

Patrik y Allan estaban sentados en un sencillo cuarto de los calabozos. Sin grabadora. Sin abogado. Allan había rechazado la oferta de Patrik. Solo ellos dos, dos sillas y una mesa. Y dos vasos de agua que nadie había tocado.

El hombre del chándal gris parecía haber envejecido diez años por lo menos.

—Ahí voy —dijo sin más.

Patrik se inclinó hacia delante. Durante el trayecto había decidido ir directo al grano.

—¿Por qué has confesado un asesinato que no cometiste?

Allan apretó los labios con fuerza.

—No sé a qué te refieres —respondió.

—Tú no mataste a Sofie. Lo sabemos. Fue Joakim Hagman. Magdalena Bergström también estaba presente. Joakim lo ha confesado hace unas horas. La estranguló.

Allan levantó despacio la cabeza. Su rostro reflejaba un asombro total.

—Pero, cuando la encontré en el cobertizo, creí que…

Guardó silencio de pronto, casi parecía que se hubiera mordido la lengua.

—¿En el cobertizo? —dijo Patrik—. Joakim la estranguló en su casa, en el dormitorio, y la dejó en la cama.

Se llevó a los labios el vaso de agua y tomó varios tragos.

—Allan, ¿qué creías que había ocurrido? ¿Por qué ocultaste el cadáver? El que hayas confesado un crimen que no cometiste indica que querías proteger a alguien. Y no confesaste el asesinato de Aino hasta que te conté que habíamos encontrado su cuaderno.

Allan se vino abajo.

—Vi a Gabriel saliendo del cobertizo cuando me acerqué a la casa a escondidas después de haber estado con Aino. Sentí curiosidad por ver qué había estado haciendo y entré. Y entonces la vi, debajo de una lona, con un pie asomando. Y creí que Gabriel la había matado. Nunca estaban bien. Siempre andaban discutiendo. Y Gabriel estaba siempre de un humor de perros. Recordé la sangre que lo cubría cuando lo encontré, la violencia desmedida de su padre biológico. Me entró el pánico y decidí esconder el cadáver.

Patrik se retrepó en la silla.

—Gabriel debió de llevarla al cobertizo desde el dormitorio. Pero ¿por qué?

Allan movió la cabeza de un lado a otro.

—No tengo ni idea. Hay montones de cosas que no entiendo. —Escondió la cara entre las manos—. Todos estos años he vivido en la creencia de que fue Gabriel quien la mató. Y lo único que quería era protegerlo. Es mi hijo. No soportaba la idea de que me lo arrebataran. Me necesitaba. Me necesita. Siempre me ha necesitado.

Miró a Patrik a la cara con lo que parecía un punto de rebeldía en los ojos.

—¿Y Aino? A ella no la matarías tú, ¿verdad? —lo presionó Patrik.

Allan se irguió muy digno.

—Yo quería a Aino. Lo habría dejado todo por ella. Me destrozó por completo cuando me dejó. Pero cuando comprendí que estaba dispuesta a contar lo que había visto, algo cambió. Habría sido devastador para mi familia. Y, además, ella ya casi se había ido. La Aino a la que yo quise había dejado de existir. En cierto modo fue un acto de compasión.

Miró con calma a Patrik, que tuvo que apartar la vista.

—Tú también tienes hijos —dijo Allan—. Así que sabes lo que es. No hay nada que uno no sea capaz de hacer por sus hijos. Y Sofie ya estaba muerta. Ya no tenía remedio. Sabía que para Yvonne sería doloroso no saber qué le había ocurrido. Llevo treinta años viviendo con ello. Pero ¿qué podía hacer? Tenía que proteger a Gabriel.

—Tal vez le habría venido bien asumir las consecuencias. Teniendo en cuenta el resultado —dijo Patrik, consciente de lo duro

de su comentario. Pero se acordó de Edith Lomander, cuyo caso había archivado el fiscal unos días atrás. Ella lo dijo claro cuando llegó a la comisaría para confesar que había matado a su marido hacía treinta años, y que no podía vivir sin cargar con las consecuencias.

A decir verdad, no sabía cómo reaccionaría él si alguno de sus hijos hiciera algo malo. Era muy fácil creer que haría lo correcto, pero, cuando se trata de los hijos, las reglas de siempre dejan de existir.

Se inclinó de nuevo hacia delante y, en un tono más conciliador, dijo:

—Aunque retires la confesión del asesinato de Sofie, sigues acusado como responsable de la muerte de Aino. Eres consciente de ello, ¿verdad?

Patrik se levantó y colocó la silla en su sitio.

Allan asintió.

—Soy consciente de ello. De todo. Es mi responsabilidad. Es culpa mía que Aino esté muerta.

—Muy bien.

Patrik lo miró unos instantes por última vez antes de salir. Aún le quedaba por mantener otra conversación, antes de darlo todo por terminado.

—Bueno, pues ya los conoces a todos —dijo Bertil—. Al menos, a todos los que están aquí. Patrik ha tenido que ir a Uddevalla, pero, si quieres charlar un poco más con ellos, los demás se quedan en la comisaría. En fin, ha sido un poco lioso todo en medio de este caso, pero lo importante es que al final ha salido bien.

Ulf Kronquist se mostró de acuerdo. Llevaba el uniforme con un porte tal que, por una vez, Mellberg prefirió no pensar en las bolas de chocolate Delicato.

—¿Estamos seguros de que ya sí hemos detenido a los verdaderos culpables? Teniendo en cuenta lo lioso que ha sido todo,

como bien has dicho.

Bertil tragó saliva. De pronto, se notaba la boca seca. Él, que era capaz de brillar en una sala llena de periodistas.

—Es cuestión de tiempo. Solo cuestión de tiempo —dijo—. Y Hedström está en la prisión de Uddevalla despejando las últimas incógnitas.

Ulf miró a Bertil de tal modo que este se sintió como un escolar delante de un director de colegio muy estricto.

—Ha sido bastante desafortunado que anunciarais que habíais atrapado al sospechoso del asesinato de Sofie, y que haya resultado ser otra persona.

—Ya digo, es que ha sido todo un tanto lioso. Pero bien está lo que bien acaba. Y ahora te dejo a ti la nave. No será un hueco fácil de llenar, pero tengo entendido que cuentas con un buen currículo. Por curiosidad, ¿podrías decirme por qué decidiste aceptar el puesto? Es un contexto mucho menos significativo que el entorno al que tú estás acostumbrado.

Ulf Kronquist eliminó una pelusa invisible del uniforme, por lo demás impoluto.

—Mi mujer y yo pensamos que, a nuestra edad, estaría bien llevar una vida más tranquila. Lejos de la capital. Hemos encontrado una casa maravillosa en una de las islas, y la hemos alquilado. Con opción a compra, si al final nos gusta.

—Volver a vivir en plena naturaleza. Rebajar la tensión. Lo entiendo perfectamente. Mi mujer y yo hemos comprado un piso en Torrevieja y vamos a…

—¡Ya está la tarta! —gritó Annika desde la cocina.

Bertil Mellberg respiró aliviado. La tarta solucionaba todos los problemas.

—Será una tarta de despedida y de bienvenida al mismo tiempo —dijo con una sonrisa, y encabezó la marcha hacia la cocina.

—Patrik tardará aún un rato, así que podemos empezar sin él —dijo Annika, y se puso a cortar la tarta Princesa en trozos que iba colocando en los platos. Paula, Gösta y Martin acudieron enseguida en busca del suyo.

—El mejor momento del día, el café —dijo Martin encantado mientras Annika le daba su plato.

—Doy por hecho que tenéis un horario establecido para la hora del café, ¿verdad? —dijo Ulf, y Mellberg dio un respingo. ¿Cómo va a ser eso? ¿Un horario fijo para el café?—. Nunca me ha gustado eso de ir a tomar café de pronto, sin más. Solo sirve para promover la vagancia.

Bertil le dio a Ulf una palmadita en el hombro, pero se arrepintió al ver su mirada, y retiró la mano en el acto.

—Confieso que es posible que haya permitido que en esta comisaría se relajen un poco —dijo—. Pero estoy convencido de que tú sabrás poner orden.

—Estoy deseando trabajar con todos vosotros —dijo Ulf mirando a cada uno de los presentes—. Trabajo duro, disciplina y rigor han sido las palabras clave a lo largo de toda mi carrera. Tanto da si es en la comisaría de una capital o en la de una ciudad de provincias, los principios son los mismos. Mañana, cuando empiece, me gustaría mantener una conversación personal con cada uno de vosotros, para hacerme una idea de vuestras expectativas, vuestros cometidos, vuestras costumbres y objetivos.

Gösta suspiró, y Ulf se volvió hacia él.

—¿Alguna objeción? Ya sé que, en los últimos tiempos, se ha puesto de moda el llamado liderazgo moderno. El consenso. La codecisión. La jerarquía plana. Desde este momento quiero que sepáis que para mí todo eso es la principal fuente de la ruina de nuestra sociedad. Por mi condición de jefe, yo soy quien tiene la última palabra, cuando yo tome el mando no habrá abrazos grupales.

—¡Así se habla! ¡Más claro, agua! —Mellberg estuvo a punto de darle una palmadita en la espalda, pero consiguió detener la mano —. Yo creo que eso merece un poco de tarta.

Cogió un plato con un trozo y empezó a comer a grandes cucharadas. Lo único que se oía era el tintineo de las cucharillas mientras todos comían en silencio.

—Ahí lo tenéis, Ulf ya ha empezado a meteros en cintura.

Bertil se rio y alargó la mano en busca de otra ración. Ya pensaría en el tipo playero más adelante. Mañana temprano salía el avión rumbo a latitudes más cálidas. Rita y él no tardarían en poder sentarse en el balcón con un vaso de sangría en la mano. Los asesinatos estaban resueltos, la comisaría quedaba en buenas manos, aunque algo estrictas. Desde luego, la vida iba de maravilla.

Llamaron a la puerta. Erica dejó a Nora en la sillita y fue a abrir.

—¡Gun! —dijo sorprendida. Se hizo a un lado y la dejó entrar.

—No quisiera molestar.

—No molestas, pasa.

Gun tenía la cara surcada por profundas arrugas. La energía que irradiaba por lo general se había apagado, y parecía apática.

Se acercó a Nora y se agachó.

—Ay, qué linda es. —Acarició entre las suyas la manita de Nora—. Hay que ver, lo chiquitines que son al nacer y cómo crecen luego. Aun así, para nosotras siempre son pequeños.

Erica asintió mientras se preguntaba qué querría Gun.

—Te entiendo perfectamente, es como si la cosa fuera rápida y lenta a un tiempo.

—Disfrútala todo lo que puedas —dijo Gun, y soltó la mano de Nora. Cuando se levantó, le crujieron las rodillas.

—Siéntate —le dijo Erica con amabilidad al tiempo que le ofrecía una silla.

—Solo quería darte las gracias. Y explicarte… —Se le quebró la voz, y se sentó avergonzada, bajando la vista hacia la mesa.

—No tienes que explicarme nada. Ni tampoco darme las gracias —dijo Erica.

Cogió a Nora.

—¿Quieres tenerla en brazos? Le gusta estar en todas las salsas.

Nora confirmó sus palabras con una sonrisa enorme, y Gun la cogió encantada.

—Joakim también fue un niño bueno y alegre. Yo habría querido tener más, pero después de él sufrí varios abortos, y luego decidimos abandonar la idea.

—¿Has hablado con él? —preguntó Erica, y se sentó enfrente.

Gun negó despacio con la cabeza.

—Solo han transcurrido unas horas, así que todavía no hemos podido. No puedo ni imaginarme cómo está.

—Estaba bastante afectado, pero yo creo que ha hecho lo que más le convenía. Confesar.

Gun abrazó a Nora.

—Sé que cometimos un error cuando nos contaron lo que habían hecho. Lo que había hecho Joakim. Se nos vino el mundo encima. Lo único que teníamos en mente era protegerlo. No deberíamos haber actuado así. Deberíamos haber dejado que afrontara las consecuencias.

—Son nuestros hijos, Gun. Por ellos hacemos cualquier cosa.

Erica contuvo el impulso de darle una palmadita en el hombro. Sabía que debería estar más enfadada. Por Sofie. La pobre Sofie, que había pasado treinta años en una tumba ajena sin que nadie lo supiera. Pero, al mismo tiempo, la comprendía. Ella misma caminaría sobre el fuego por sus hijos.

—¡Eran muy jóvenes! —dijo Gun, y se secó una lágrima—. Solo eran capaces de pensar el uno en el otro. Seguro que recuerdas el primer amor. No había nada más. Y ni se nos pasaba por la cabeza la idea de que pudieran venir otros amores.

—Sí que lo recuerdo. —Erica sonrió—. No podías comer, dormir ni pensar en otra cosa.

—Y la pobre Magdalena. Era como un pájaro herido cuando venía a nuestra casa. La queríamos. No solo la quería Joakim, nosotros también.

Erica observó las manos de Gun, que sostenían a Nora con cuidado.

—Yo creo que consagró su vida a tratar de compensar lo que había hecho.

Gun asintió. Le subió a Nora el calcetín, que se le estaba saliendo.

—Eso también lo recuerdo, los calcetines, que se caían a todas horas. Y sí, creo que tienes razón. Joakim se parece más a mí, cerró por completo esa puerta. Hizo como si jamás hubiera ocurrido.

—Todo termina aflorando en la vida tarde o temprano. No podemos huir del pasado —dijo Erica.

Gun suspiró con una mano descansando en el pie de Nora.

—Un error ha destrozado muchas vidas. A Joakim lo juzgarán por el asesinato de Sofie. A Allan, por el de Aino. Y Gabriel… Es incomprensible. Ellen es un despojo, y sus hijos no paran de llorar. Si nosotros… Allan no habría creído que el culpable era Gabriel, y Aino aún estaría viva.

—Bueno, es fácil decirlo cuando ya no tiene remedio. Ahora cada uno tendrá que vivir con lo suyo. Y creo que Magdalena encontró por fin la paz.

Gun no respondió. Mecía a Nora despacio en el regazo, y la pequeña reía gorjeando. Como siempre, Erica se sintió reconfortada por dentro al oírla.

—Acabo de hablar con Debbie, la exmujer de Joakim. Ella también está conmocionada, naturalmente, pero ha sido una conversación útil, y vendrá a vernos con los niños este verano.

—Qué bien. Y tú, ¿seguirás dirigiendo Åldersro sin Ellen?

Gun asintió.

—Sí, le compraremos su parte. Voy a tener que contratar a alguien, claro, pero necesito estar ocupada. Y he hablado con Anna. Reanudaremos la reforma de nuestra casa dentro de unas semanas.

Erica respiró aliviada al poder explicar algo que llevaba guardado dentro.

—Así fue como supe lo que había ocurrido —dijo—. Cuando vi las viejas fotos de vuestra casa en casa de Anna. Y me di cuenta de que faltaba la escalera de incendios.

—Menos mal que lo descubriste. Por extraño que parezca, siento una gratitud enorme por ello. De lo contrario, Joakim no seguiría con

vida. Ahora, al menos, podremos ir a verlo. Seguimos teniendo a nuestro hijo.

—Gracias por tus palabras. —Dudó un poco al recordar la conversación telefónica que acababa de mantener—. Mi editorial quiere que cuente la historia de Sofie. Y he llegado a la conclusión de que yo también quiero contarla. ¿Qué os parece a vosotros? Si lo hago, terminarán removiéndose muchos sentimientos.

Gun reflexionó un instante. Luego respondió:

—Creo que debes hacerlo. Sofie tiene derecho a que se cuente su historia. No vamos a poner objeciones de ningún tipo.

—Gracias —dijo Erica.

Gun se levantó y dejó a Nora un tanto a su pesar.

—No te molesto más. Solo quería darte las gracias. Y, si necesitas a alguien que se quede con la pequeña un día, avísame.

—De mil amores.

Erica la acompañó a la puerta. Cuando Gun se marchó, abrazó a Nora. Hundió la nariz entre su pelo y aspiró el olor. No podía juzgar a nadie. El amor de unos padres por sus hijos era capaz de mover montañas.

Subió a su despacho con la sillita de Nora. Tenía un libro que escribir.

Patrik estaba apurando el café cuando se abrió la puerta de la sala de interrogatorios. Una agente de prisiones joven entró con Gabriel Rudberg. A diferencia de su padre, él no había envejecido durante el tiempo que había pasado en el calabozo.

Gabriel se sentó en la silla que había frente a Patrik, y este le indicó a la mujer que ya podía dejarlos solos.

—Hola, Gabriel —dijo.

—Hola.

Gabriel le dirigió a Patrik una mirada serena.

—Acabo de hablar con Allan, con lo que he obtenido respuesta a una serie de preguntas. Pero aún me quedan algunas. Sobre Sofie.

¿Quieres que haya un letrado presente?

Gabriel desechó la propuesta con la mano.

—No hace falta. Según me ha dicho mi abogado, he quedado libre de toda sospecha por lo que al asesinato de Sofie se refiere.

Meneó la cabeza.

—Joder, jamás lo habría imaginado. Jocke y Magdalena…

—Conocemos casi todos los detalles de lo que ocurrió aquella noche. Lo único que no entiendo es por qué trasladaste el cadáver de Sofie del dormitorio al cobertizo.

Gabriel se encogió de hombros.

—Sofie y yo no nos llevábamos bien. Éramos como el perro y el gato.

—Sí, ya lo sé. Aun así, delante de su ventana hallamos unos restos biológicos de esperma que se corresponden con tu ADN, según los resultados de los análisis. ¿Eso cómo se explica?

Gabriel lo miró extrañado.

—Pues porque era guapa. Y no éramos parientes. Solo hermanastros. Cuando echaba las cortinas, quedaba una rendija, así que se veía el interior de su cuarto. Vamos, hombre, tú también has sido adolescente, ¿no?

Patrik se tragó las náuseas que le subían por la garganta. No podía decir todo lo que quería decirle al hombre que tenía delante. Estaba allí para conseguir las últimas respuestas. Lo que más deseaba en el mundo era dejar atrás aquella investigación.

—¿Por qué la cambiaste de sitio? Jocke ha confesado que la dejaron en la cama después de que él la estrangulara.

—Ya, pero eso no es verdad —dijo Gabriel con el ceño fruncido—. Me paré a mirar por la rendija de las cortinas cuando volví a casa de la fiesta. Y entonces aún estaba allí colgada.

—¿Colgada? —dijo Patrik—. ¿Puedes explicarte?

—Estaba colgada de una soga en su armario. Mi soga. Enseguida pensé que se había suicidado, y que me cargarían a mí la culpa. Así que entré en su cuarto y la descolgué de la barra del armario. No sabía qué hacer con ella, así que se me ocurrió ganar tiempo para

pensar en algo. Y la única que entraba en el cobertizo era Sofie, mi padre e Yvonne no iban nunca. La llevé allí, le quité la soga, la dejé en el barco y escondí el cadáver bajo una lona. Luego me fui a dormir. No tenía ni idea de que mi padre me había visto.

Gabriel clavó la mirada en la mesa meneando un poco la cabeza.

—La mañana siguiente, cuando fui a ver, Sofie había desaparecido. Solo quedaba la soga. No entendía nada. Había pensado deshacerme de la soga, pero mi padre claveteó la puerta del cobertizo. Así que desistí. Pasé meses que no me llegaba la camisa al cuerpo, pero la policía no encontró nada, y yo guardé silencio. Pensé que había esquivado una bala. ¿Cómo lo has llamado antes? ¿La mano de Dios?

Gabriel miró a Patrik a los ojos y se echó a reír.

Patrik se estremeció; el hombre que tenía delante le desagradaba hasta unos límites insospechados.

Trató de encajar todos los datos contradictorios de que disponía. ¿Estaba mintiendo Jocke sobre cómo mató a Sofie? ¿Por qué haría algo así?

—¿No viste ninguna carta de despedida? —preguntó.

—No había nada —dijo Gabriel—. Nada.

—¿Y estás seguro de que no estaba tendida en la cama? ¿Y de que estaba colgada en el armario?

—Puedes jurar que sí. Estuve un rato trajinando para poder bajarla. El armario es alto. Tenía la cara azul y la lengua como inflamada y colgándole por fuera de la boca.

El tono de Gabriel se volvió apagado y sordo. Luego levantó la cabeza con gesto retador.

—Las causas de Gotemburgo han prescrito. La última, hace un mes. Pronto estaré libre otra vez.

—Me parece que a tu abogado se le ha pasado darte cierta información —dijo Patrik secamente—. He venido hablando con el fiscal. Una de las víctimas tenía dieciséis años y otra, diecisiete. En su caso, el plazo de prescripción no empezó a contar hasta que cumplieron los dieciocho. Así que yo en tu lugar no estaría tan seguro.

Gabriel resopló y su mirada cobró de nuevo una negrura desagradable. Patrik supuso que sería la que las víctimas de Gabriel veían durante las agresiones. Si hubiera dependido de él, lo habría encerrado y habría arrojado la llave al mar. Pero sabía que, tarde o temprano, Gabriel volvería a estar libre. Y Patrik no estaba seguro de que no atacara de nuevo.

—Adiós, Gabriel —dijo al tiempo que se levantaba—. Espero que no volvamos a vernos nunca más.

Cuando abandonó el edificio de la prisión, Patrik aspiró el aire limpio y algo fresco de principios de otoño. La puerta se cerró a su espalda y, a pesar de todo, sintió cierta satisfacción. A fin de cuentas, habrían de pasar muchos años antes de que Gabriel recuperase la libertad.

Ellen abrió despacio la verja del cementerio. Dudaba y, a pesar de todo, sentía una atracción inexorable hacia el lugar donde sabía que residía el dolor. Lo había ido sintiendo cada vez con más fuerza. Curiosamente, gracias a ello ese dolor se le hacía más llevadero. Era como si hubiera estado dormida toda la vida y de pronto se hubiera despertado.

Con cada paso que daba hacia la tumba en la que había estado enterrada Sofie iba creciendo el duelo en su interior. Y una sensación cada vez más clara de haber llegado a un final. Ya lo habían recogido casi todo. Bengt la había ayudado a encontrar una casa que alquilar en Gotemburgo con poco tiempo de antelación. Gracias a sus contactos, Ludvig había conseguido un trabajo de prácticas en una empresa de construcción. Y Elsa no había perdido un instante y se había matriculado ella solita en restauración, naturalmente. Ellen no sabía aún qué iba a hacer. Tendría que darle tiempo al tiempo. Primero debía adaptarse a las normas de un mundo que era del todo nuevo, donde el canto de generaciones de plañideras resonaba en su interior. La fuerza de su lamento crecía a medida que se acercaba a la tumba donde había descansado Sofie. Ellen no tenía miedo. Jamás se había sentido más cerca de su madre que cuando notaba

cómo cobraban forma en su interior aquellas melodías. Aino vivía dentro de ella. Al igual que su abuela. Y su bisabuela. Y su tatarabuela. No estaba sola. Nunca estaría sola.

Mientras recorría el sendero de grava iba oyendo las voces que se alzaban de las tumbas. No veía a los muertos, pero su presencia era tan palpable como si estuvieran vivos.

El día anterior había ido a comprar un cuaderno de notas. No de color lila, como el de su madre, sino uno azul oscuro. Un libro de las lamentaciones. Ya sabía cuál sería la primera anotación. De quién sería.

Cuando se detuvo ante la tumba donde yació Sofie, cruzó las manos e inclinó la cabeza. Con los ojos cerrados, dejó que aquella melodía especial, la melodía de Sofie, fuera creciendo en intensidad, hasta que terminó conociéndola de memoria.

Ellen abrió la boca, aún con los ojos cerrados, y dejó que brotara el canto. Era tan incuestionable como si lo hubiera oído mil veces con anterioridad. Generaciones de plañideras cantaban con ella, con unas voces que envolvían a la suya. En una de esas voces, Ellen oía a su madre. Aino habitaba en su interior, todas cantaban juntas por el alma de Sofie.

Las últimas notas se extinguieron, y Ellen abrió los ojos. Por primera vez en muchos años lo vio todo claro. Todo iba a salir bien. Ella y los niños estaban juntos. Gabriel palidecería hasta convertirse en un recuerdo oscuro y lejano. Y ella había encontrado por fin su voz.

Cuando salió del cementerio, sintió el alma de Aino caminando a su lado.

Anna disfrutaba del buen tiempo. Sabía que los días de sol irían disminuyendo poco a poco, y que les aguardaba un largo invierno. Ella no era muy amante del invierno. Necesitaba el sol para funcionar.

Hacía un día perfecto para preparar el jardín: lavar los muebles y cubrirlos; proteger los rosales con sacos de yute. Dan le había dicho

que esperase hasta que volviera del barco, pero ella quería disfrutar fuera del buen tiempo, y decidió empezar sin él.

Después de lavar los muebles, admiró su obra. Le encantaba usar el agua a presión. Ahora dejaría que se secaran al sol antes de cubrirlos con una lona, y eso también resultaba más fácil siendo dos.

Fue a buscar un café y se sentó en la escalera que bajaba de la terraza al césped. Revisó lo que había ideado para la casa de Bengt y de Gun. Después de que Gun la llamara, sacó de nuevo los bocetos y se alegró de poder continuar con el proyecto. También había empezado a trabajar con el nuevo restaurante de Grebbestad, que abriría el próximo verano. Ese proyecto era sobre todo un reto estético. El propietario tenía debilidad por el oro y los tejidos oscuros y pesados, así que sería difícil tratar de convencerlo de que tal vez fuera más apropiado optar por tejidos y colores claros. Era el eterno dilema del decorador: tener que transigir con la falta de gusto y de juicio del cliente.

Anna contempló el jardín. Las rosas quería dejarlas para el final. Para ella constituía el último gesto simbólico que confirmaba que el verano había tocado sin remedio a su fin.

La caja de plástico que venía con el bote estaba al pie de la terraza. Esa sería la próxima tarea. Se agachó para levantarla. Pesaba mucho, pero no tanto como para que no pudiera trasladarla ella sola. Tenía una buena capa de polvo y de suciedad, al igual que los objetos que había en su interior. Los limpiaría en el lavadero, aunque la mayor parte irían a la basura.

Dejó la caja en el suelo y se puso un par de guantes de goma de color rosa antes de empezar a llenar el fregadero con agua caliente y jabón. Saltaba a la vista lo que era para desechar, así que empezó por los objetos más pequeños, que parecían dignos de conservarse, y fue tirando el resto. Tiró latas de refresco vacías, envoltorios de helados, bolsas y cuencos de plástico y otras cosas que estaban estropeadas.

Los niños se pusieron contentísimos con el bote. Dan había comenzado con las reparaciones, y ya se veía lo bonito que iba a

quedar. Anna y él les habían advertido que tendrían que esperar hasta el verano próximo para salir a navegar.

El nombre habían decidido conservarlo. Dan se esmeró en rellenar las letras doradas con pintura nueva. No les pareció bien cambiarlo. Victoria era el nombre que había elegido Sofie.

Después de su primera reacción al saber que el barco que Dan había comprado había pertenecido a Sofie, Anna terminó considerando que en realidad era una idea preciosa. Ella no conoció a Sofie en persona, pero, a lo largo de los años, había visto en la prensa infinidad de fotos de la joven justo en ese barco. Y se la veía feliz. Siempre aparecía con una gran sonrisa, sentada en el borde del bote con la barra del timón en una mano y la escota en la otra.

El escurridor ya estaba limpio, y lo enjuagó bajo el chorro del grifo. El siguiente objeto era un termo. Aparte de la suciedad, parecía en buen estado, pero la angustiaba un poco pensar en lo que encontraría cuando desenroscara la tapa. No quería saber cómo olía un chocolate de hacía treinta años. Por un momento, sopesó la posibilidad de tirarlo a la bolsa de la basura con el resto de los trastos, pero, la verdad, estaba como nuevo. Le costaba tirar algo que se podía usar. Y, además, había pertenecido a Sofie. Al final, Anna se decidió y quitó la tapa. Contuvo la respiración, pero no percibió ningún olor. Tal vez estuviera vacío.

Miró en el interior. Allí dentro había algo. Lo colocó con cuidado en el fregadero y se quitó los guantes. Se secó las manos a conciencia antes de sacar lo que había en el termo. Parecía un cuadernillo enrollado.

Anna se fue con él al sofá. Lo puso en la mesa. Era rosa y en la cubierta se leía *Diario*.

Cuando comprendió qué era lo que tenía delante, empezaron a temblarle las manos. Lo abrió y empezó a leer. Luego sacó el móvil y llamó a Erica.

—¿Sigue ahí?

Annika miró a Patrik desde su puesto tras el cristal de la recepción.

—El *Führer* ha abandonado el edificio. Para regresar mañana temprano.

—Vaya, ¿tan horrible es?

—No me sorprendería que Paula, Martin y Gösta estuvieran rematando su carta de dimisión en estos momentos.

Patrik frunció el ceño.

—Hablaré con ellos.

—Están en la cocina. Mellberg se ha ido a casa, iba a hacer el equipaje.

Patrik se dirigió a la cocina a toda prisa. Lamentaba no haber estado en su puesto en la comisaría, pero debía llevar a cabo los interrogatorios. Por la investigación y por sí mismo.

—Hay tarta. Tarta de entierro —dijo Paula sombría desde el lugar donde estaba sentada, de espaldas a la ventana.

Patrik se sirvió un café y señaló a Martin, que estaba sentado a un extremo de la mesa y miraba con una sonrisita.

—Tú no pareces tan abatido como Gösta y Paula —dijo.

Martin se encogió de hombros.

—El ambiente ha sido hoy tan deprimente en la comisaría que nadie parece haberse fijado en esto.

Sostuvo en alto la mano izquierda, y Paula soltó un grito.

—¿Cómooooo? ¿Se lo has pedido? ¿Y cómo lo has hecho? ¡Con la de planes maravillosos que tenía yo! Había pensado que podíamos organizar un *flashmob*, o que podríais ir a comer al Gästgifveriet y que los anillos estuvieran escondidos en el postre, o que…

Martin agitó la mano y contempló su anillo con admiración.

—Me di cuenta de que quería pedírselo de un modo que fuera como somos nosotros. Nos encanta la vida que llevamos en casa. Las tardes en el jardín. Asar carne en la parrilla y tomar una copa de vino mientras los niños juegan. Cosas normales y corrientes, ya sabéis. Así que ayer me armé de valor justo después de una de esas tardes. ¡Y Mette me dijo que sí!

—Sí, ya nos hemos dado cuenta.

Paula se acercó para abrazarlo.

—Felicidades —dijo Gösta, y le dio también un abrazo, solo que algo más torpe. Luego se volvió rápidamente.

—Pero, Gösta, hombre, ¿estás llorando? —dijo Patrik con una amplia sonrisa, al tiempo que se acercaba para abrazar a Martin él también.

—Qué va, es que me ha entrado algo en el ojo —dijo Gösta, y se secó con la manga.

—Ya, claro —dijo Paula.

Patrik miró hacia las dos pizarras, que estaban llenas de las notas acerca de los asesinatos de Sofie y de Aino. De su vida y su muerte. De ganancias y pérdidas. Amor y odio.

—Bueno, pues parece que ya es hora de borrar esto —dijo.

—De todos modos, no hay forma de leer tu letra —repuso Martin mientras Paula examinaba el anillo—. Por cierto, ¿qué tal en Uddevalla? Te has perdido el encuentro militar que hemos tenido con el nuevo jefe.

—Uf, no quiero ni oírlo.

Patrik se sentó en una silla, se sirvió un buen trozo de tarta en un plato y empezó a comer.

—Da la impresión de que deberíamos haber convencido a Mellberg de que se quedara —dijo.

—Yo a lo mejor me mudo después de él a Torrevieja —dijo Gösta —. Allí hay muchas y muy buenas pistas de golf.

Patrik miró a Gösta, luego a Martin y a Paula.

—Aquí no se va nadie —dijo con un temblor en la voz del que él mismo se sorprendió—. Puede que no sea para tanto, habrá que darle una oportunidad. Pero sí, a ver, lo de Uddevalla.

Suspiró, tomó un sorbo de café para ordenar los pensamientos.

—Estuve hablando con Allan, y también con Gabriel. Poco después de que Joakim y Magdalena dejaran a Sofie ya cadáver llegó Gabriel. Ha confesado que la espiaba delante de su ventana.

—Menudo guarro —masculló Paula.

—Pues sí, esa noche fue a mirar por la ventana. Y esto es lo único que todavía no me encaja. Según él, encontró a Sofie ahorcada. Creyó que lo culparían a él, teniendo en cuenta cómo era la relación de ambos y también el hecho de que estaba colgando de una soga que le pertenecía. Así que la descolgó y la llevó al cobertizo para ganar tiempo y pensar qué hacer con ella. Allan lo vio salir de allí, sintió curiosidad y fue a mirar. Encontró a Sofie y creyó que la había matado Gabriel. No vio la soga, que Gabriel había dejado en el bote. Así que decidió deshacerse del cadáver para proteger a Gabriel. Y el resto, ya lo sabéis: ocultó a Sofie en la tumba del cementerio. Aino lo vio llevando a Sofie, pero no supo qué era lo que había visto hasta el día siguiente, cuando oyó la noticia de que Sofie había desaparecido. Dedujo lo que había ocurrido, pero guardó silencio durante estos treinta años. Por amor a Allan, supongo. Ahora que había empezado a sufrir demencia, y quizá por ello, o quizá porque se le avivó la conciencia cuando apareció el cadáver de Sofie, decidió contarlo todo. Y entonces Allan la mató.

Patrik iba alternando la mirada entre las dos pizarras y sus colegas. ¿No sonaba como un paquete de regalo muy bien envuelto? ¿O era eso justo lo que indicaba que habían llevado a cabo un buen trabajo policial?

—Todo encaja, salvo que las versiones de Jocke y de Gabriel sobre cómo murió Sofie no coinciden —dijo Gösta.

Patrik asintió.

—El propio Jocke ha dicho en el interrogatorio que no podían pensar con claridad. Que gran parte de lo que ocurrió aquella noche resultaba confuso. El hecho de que devolvieran los vaqueros de Ellen, por ejemplo, no fue resultado de un planteamiento lógico, sino más bien un impulso del momento.

—Y pensar que la nota que había en el bolsillo, la que Dan le había escrito a Ellen, fue lo que activó la reacción en cadena —dijo Martin.

Se quedó haciendo girar el anillo en el dedo. Brillaba al sol que entraba por la ventana.

—Lleva tiempo acostumbrarse —dijo Patrik—. Pero dentro de unos años te sentirás desnudo sin él.

—¿Has hablado con Yvonne? —dijo Gösta—. ¿Le has preguntado por qué le proporcionó una coartada a Allan?

—Pienso hacerlo. Supongo que sospechó de Allan cuando oyó que estaba mintiendo a la policía. Pero sí, claro, hablaré con ella.

Paula miró a Patrik con un gesto elocuente.

—Hablando del rey de Roma… —dijo.

Patrik se volvió.

Yvonne estaba en la puerta de la cocina.

—¿Podría hablar con alguno de vosotros?

Patrik alternó la mirada de las pizarras a Yvonne, quería que la mujer se alejara cuanto antes de la cocina.

—Puedes hablar conmigo —dijo.

Se levantó y la llevó a su despacho.

Le indicó con la mano que tomara asiento, y ella se sentó y agarró con fuerza el bolso que tenía en el regazo.

—En primer lugar, quiero preguntarte una cosa —declaró Yvonne.

Patrik tomó asiento detrás del escritorio.

—Adelante —dijo—. Pero no puedo prometer que me sea posible contestar, si se trata de algo relacionado con la investigación.

—¿Verdad que ahora que Joakim ha confesado que mató a Sofie, a Allan solo lo acusarán del asesinato de Aino?

—Así es. Allan ha confesado que él mató a Aino.

Yvonne agarró el bolso con más fuerza.

—Quiero a Allan desde el instante en que lo vi. Creo que ni él mismo comprende hasta qué punto. Y siempre he creído que él me quería a mí también. Ahora sé que es verdad. Que está dispuesto a sacrificarlo todo. No solo por Gabriel, sino también por mí. Eso es lo único que me importa. Pero justo por eso no puedo dejar que lo haga.

Dejó escapar un sollozo y se aferró al bolso de nuevo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Patrik.

Se cruzó de brazos y trató de comprender qué era lo que intentaba decirle Yvonne.

La mujer negó despacio con la cabeza.

—Al principio yo solo competía con Gabriel. Nunca podría ganar esa batalla, Allan estaba obsesionado con su hijo. Ahora comprendo por qué, pero entonces solo sentía que yo no era suficiente. Que jamás podría rivalizar con la relación que ellos tenían. Y Gabriel no era un niño que se hiciera querer.

Miró a Patrik con un gesto amargo en los labios.

—Yo veía cómo trataba Gabriel a Sofie, pero no hice nada. Porque sabía que por cada crítica que profiriese, Allan me querría un poco menos.

Se pasó la lengua por los labios, y Patrik salió un momento para ir a buscar unos vasos de agua.

La mujer bebió agradecida antes de dejar el vaso sobre la mesa.

—Hasta que un día noté que Allan estaba cambiando. Al principio no comprendía por qué, no quería comprenderlo, pero con el tiempo me di cuenta de que había otra. Y esa otra era Aino. Ahora no solo Gabriel lo apartaba de mí, sino ella también.

Se oyó otro sollozo. Yvonne pasó los dedos por el bolso.

—No era capaz de pensar en otra cosa. Aquella noche sabía que Allan estaba con ella. Me quedé despierta esperándolo para enfrentarme a él. Para obligarlo a elegir. A pesar de los pesares, creí que me elegiría a mí. Que elegiría lo que teníamos él y yo. Después de todo, habíamos construido una vida juntos. Una familia. Esperé y esperé. Pero Allan no venía. Cuando por fin lo oí subir la escalera, no me atreví a salirle al paso. Mientras esperaba, la duda había ido creciendo en mi interior. Así que me hice la dormida, hice como que me despertaba a medias, solo para comprobar que todo estaba en orden. Y luego, la mañana siguiente…

Yvonne tragó saliva y tomó un par de tragos de agua.

—La mañana siguiente, al comprobar que Sofie no estaba y que Allan le estaba mintiendo a la policía, supuse que había ocurrido algo. ¿Por qué iba a mentir si no? Y yo sabía que no podía perderlo. Tenía que salvarlo.

—¿A pesar de que creías que había asesinado a tu hija?

Patrik la miraba atónito. Recordó lo que había pensado desde que habló con Allan, sus reflexiones sobre el amor de un padre por su hijo, un amor que superaba todo lo demás. ¿Cómo pudo Yvonne sacrificar ese amor por el amor a un hombre? Sencillamente, no lo entendía.

—Es que no lo entiendes —dijo Yvonne, como si le hubiera leído el pensamiento—. Sofie ya no estaba. Yo lo sabía. Lo sentía. Había dejado de existir. No podía perder también a Allan.

Patrik bebió unos tragos de agua.

—¿Por qué has mantenido la búsqueda de Sofie todos estos años como si estuviera viva, si tan segura estabas de lo contrario?

—Era mi forma de tenerla aquí. No puedo dar otra respuesta.

Bajó la vista hacia el bolso, que aún agarraba bien fuerte en el regazo.

—¿A qué has venido? —preguntó Patrik sin rodeos.

Seguía sin comprender qué perseguía. ¿Querría su comprensión? ¿Pedir clemencia para Allan? Ya no estaba en manos de Patrik lo que pudiera pasar con él, dependía del juzgado.

—A Aino la maté yo.

Patrik se sobresaltó, le dio sin querer al vaso y lo volcó, de modo que el agua que quedaba se derramó por la mesa.

—¿Qué has dicho? —preguntó mientras cogía unas servilletas de papel de un estante.

—Yo maté a Aino —repitió Yvonne con voz firme—. Yo creía que había sido Allan quien había matado a Sofie. En la inauguración de Åldersro, fui a verla. Por curiosidad, supongo. Pero, sobre todo, quería ver su decadencia. La odiaba. Odiaba la idea de que Allan la hubiera querido. Y que parte de él tal vez la quisiera aún.

Retorció el bolso sin aflojar los puños.

—Me alegraba de que estuviera a punto de desaparecer y quise comprobarlo con mis propios ojos. En cuanto me vio, empezó a pedirme perdón. Por lo que iba a verse obligada a hacer. Trató de explicármelo, como si yo fuera a escucharla, a comprenderla. Me

mostró el cuaderno de notas y lo que había escrito en él aquella noche. Y yo solo era capaz de pensar en que iba a arrebatarme a Allan. Otra vez. Entonces fue como si algo extraño se apoderase de mí. Agarré el pañuelo y apreté. Fuerte. Ella no opuso resistencia, y yo seguí apretando hasta que dejó de respirar. Y hasta que aquellos ojos suyos tan bonitos se apagaron. Luego, me marché.

Patrik arrojó a la papelera las servilletas mojadas. Aún le costaba asimilar lo que acababa de oír.

—Es su palabra contra la tuya —dijo—. Allan asegura que la mató él, y ahora tú dices que la mataste tú. ¿Cómo sé que estás diciendo la verdad? ¿Cómo sé que no estás tratando de salvarlo?

Intentó interpretar la expresión del rostro de Yvonne. En aquel caso, nada parecía seguir ninguna línea ni un patrón determinado.

—No habéis hecho público el detalle del pañuelo. Eso solo lo conoce el autor de los hechos. Y, además, encontraréis mis huellas dactilares en el cuaderno. Me lo llevé y se lo regalé a Allan por su cumpleaños. Como prueba de cuánto lo quiero y para mostrarle lo que he hecho por él. Y que él esté dispuesto a asumir la culpa por mí me basta. Con eso, ya sé lo que hay.

Patrik guardaba silencio. En ese momento, le vibró el móvil. Un mensaje de Erica.

«Tengo que hablar contigo. Ven a casa cuanto antes».

Se levantó.

—Yvonne Rudberg, quedas detenida por el asesinato de Aino Lönnrot.

Fue a buscar a Gösta. Yvonne se quedó inmóvil junto a la mesa, con el bolso en el regazo.

—¿Qué es lo que no podía esperar?

Patrik miraba a Anna y a Erica, que estaban sentadas en el sofá del salón.

—Anna ha encontrado una cosa —dijo Erica, y señaló un cuaderno rosa ajado y enrollado que había en la mesa.

—Dan ha comprado para los niños el viejo bote de Sofie, y con él venían un montón de chismes —dijo Anna—. Entre otras cosas, un termo. Cuando iba a fregarlo, encontré esto en el interior. Tuvo que pertenecer a Sofie.

Patrik se sentó a su lado y alargó el brazo en busca del cuaderno. Lo abrió con cuidado y empezó a leer en silencio.

En la garganta se le formó un nudo que crecía sin cesar. Sofie no escribía a diario, no era un diario abultado. Aun así, las anotaciones esporádicas revelaban mucha información. Cuando terminó de leer, dejó el cuaderno encima de la mesa.

—¿Vosotras lo habéis leído? —preguntó a Erica y a Anna, que habían guardado silencio durante la lectura.

Ellas asintieron. Ninguno de los tres dijo nada en un buen rato.

—Supongo que acabo de conseguir la última respuesta que necesitaba —dijo Patrik—. Joder. Cuántas cosas. Una reacción tras otra. Fue algo así como la tormenta perfecta. Si un solo factor hubiera sido distinto, si una sola de las personas implicadas hubiera sido sincera…

—Por primera vez en la vida me he planteado si se puede amar demasiado —dijo Erica.

Patrik asintió.

—Demasiado. Demasiado poco. Y todos los grados intermedios. Magdalena, que no recibió de Monica el amor que merecía. Yvonne, que quería a Allan más que a su hija. Allan, que quería a su hijo muerto y, por así decirlo, lo trajo de vuelta a la vida. Bengt y Gun, que tomaron una decisión funesta por amor a su hijo. Y el amor que Jocke y Magdalena sentían el uno por el otro. Y que tuvo unas consecuencias terribles.

Anna señaló el diario.

—¿Qué hacemos con él?

—Mañana me lo llevaré a la comisaría —dijo Patrik—. Puede esperar hasta entonces.

—En fin, por mi parte, yo esta noche les daré a mis hijos unos besos de propina —dijo Anna.

Abrazó con fuerza a Erica.

—Os dejo. He llamado a Dan, ya va para casa. Os manda un abrazo.

—Dale otro de nuestra parte —dijo Erica cariñosamente.

Miró a Patrik.

—¿Qué te parece si recogemos hoy un poco antes a los diablillos? Falta una hora para la salida, pero siento que esta casa necesita llenarse con un poco de pelea fraterna y de discusiones sobre a quién le toca usar el mando a distancia.

—Desde luego —dijo Patrik—. Yo voy por ellos, tú quédate aquí con Nora.

—Muy bien. Iré preparando un chocolate caliente y unos sándwiches para cuando lleguéis. Igual podemos bajar a la playa y hacer un pícnic.

—Un plan perfecto.

Patrik besó a Erica en la mejilla y le dio a Anna un abrazo de despedida. Echó una última ojeada al diario antes de marcharse. Esa noche pensaba dar a sus hijos tanto amor como fuera posible.

All Apologies — Nirvana

Todo se ha ido a la mierda. Absolutamente todo. Estaba segurísima. Pero luego cambié de idea cuando llegué. No podía hacerle eso a Magdalena. Pero luego encontré la nota. Y supe que tenía razón. Que él también me quería a mí.

Pero me equivoqué. Y mucho. Él no me quiere. Me odia. Me ha llamado puta. Me ha dicho que quiere que me muera. Magdalena también. Se ha quedado ahí mirando. Y la mirada de él… He visto su mirada mientras me estrangulaba. El odio que irradiaban sus ojos. Quería matarme. Aunque no lo consiguió, quería matarme.

Ellen también me odia. Todo el mundo me odia. No tengo a nadie. El colegio es una mierda. El instituto tampoco será mucho mejor.

Ahora entiendo a Kurt Cobain. Que puede ser demasiado doloroso vivir. Mi vida ha terminado esta noche.

Todos quieren que desaparezca. Pues os daré lo que queréis.

Ya no tengo fuerzas para escribir más. Espero que os arrepintáis cuando leáis este diario.

Podéis iros todos a la mierda.

Unos golpecitos en la puerta del baño sacaron a Rita de sus cavilaciones. Pensaba en el traslado a España, en lo mucho que echaría de menos a Paula y a los nietos. En la nueva vida.

—¡Eh! ¿Puedes recogerme en la comisaría dentro de un cuarto de hora? —dijo Bertil desde el otro lado de la puerta—. Me han enviado un mensaje, quieren entregarme un regalo de despedida. No tengo guardado el número, pero seguro que es alguien de la clientela fija, o un ciudadano que quiere darme las gracias por todo lo que he hecho por este pueblo. Como ya lo tenemos todo listo para la partida, nos vamos a comer en cuanto llegues.

Llevaban dos maletas cada uno, y Paula les ayudaría a almacenar el resto de las cajas de la mudanza en un guardamuebles. Rita había seleccionado los muebles que quería conservar, los demás también pensaban dejarlos guardados.

—De acuerdo, te recojo dentro de quince minutos —dijo Rita—. ¡Te quiero!

Se subió los pantalones y se lavó las manos. La cara que la observaba desde el espejo brillaba sonrosada de felicidad. Claro que se le encogía el corazón al pensar que ya no vería a sus nietos con tanta frecuencia, pero Paula le había enseñado a usar la aplicación Facetime. Al menos, podrían hablar y verse a diario.

Sentía que era una decisión perfecta. Nunca llegó a creer que Bertil fuera capaz de dejar el trabajo por voluntad propia. Los demás miembros de la comisaría nunca fueron conscientes de lo importantes que eran para él. Era uno de los puntos débiles de Bertil, que no era capaz de mostrar a las personas lo mucho que

significaban para él. Pero ella lo sabía. Y esperaba que los compañeros, en el fondo, también lo supieran.

Luego estaba el tema de Ernst. El animal no aguantaría ni el viaje en avión ni el calor del sur de Europa, así que habían decidido que se quedara con Paula, al menos al principio. Rita no sabía cómo iba a superar Bertil la añoranza y el vacío que dejaría el animal. Tampoco quería que se notara lo importante que el animal era para él.

A ella no le costó mucho despedirse del apartamento. Después del período que pasó con el cáncer, había quedado vinculado para siempre a las noches llenas de angustia por el miedo a morir y a las horas que pasó vomitando con la cabeza en el retrete. Mientras estuvo enferma sintió como si las paredes estuvieran impregnadas de muerte, y nunca logró deshacerse del todo de esa sensación. Paula y los niños lo llenarían de vida nueva.

Un cosquilleo de expectación le recorría el cuerpo. Se sentó delante del ordenador que estaba en la mesa de la cocina y buscó de nuevo las fotos del apartamento. Estaba deseando amueblarlo y, en gran medida, ya lo había hecho mentalmente. En el balcón pondrían muebles de ratán de color claro con cojines en color azul. Le encantaba el azul. También el dormitorio de matrimonio quería decorarlo en azul y blanco.

¡Qué noches maravillosas pasarían en el balcón! Sentados uno junto al otro mientras contemplaban la puesta de sol. Noches tibias, hermosas, que no se acababan nunca. Había metido en el equipaje una buena pila de libros para leer.

Siguió pasando las fotos. La cocina era su pieza favorita. Amplia y luminosa y abierta a la sala de estar. Estaba deseando ir a hacer la compra. Quizá encontrara tiendas de comestibles aparte de las de siempre. Tomates frescos, madurados al sol. Pescado recién sacado del mar. Buen jamón y almendras tostadas. Tendría tiempo para pasar horas en la cocina. Preparar cada noche una cena que luego podrían disfrutar en el balcón, acompañada de un buen vino español.

Rita miró el reloj. Era hora de ir a buscar a Bertil. Habían reservado mesa en el Telegrafen, y se verían allí con Paula, Johanna y los niños para celebrar una cena de despedida. Se alegraba de que las chicas se llevaran bien, a pesar de todo. Para los niños era perfecto, y ella se sentía más tranquila. Se las arreglarían bien.

La comisaría no estaba lejos, y Rita no tardó en aparcar delante del edificio, casi justo un cuarto de hora después de que Bertil se marchara de casa.

Al cabo de unos minutos, sacó el móvil y le mandó un mensaje:

«¡Estoy en la puerta!».

Transcurrieron cinco minutos, luego diez. Ni respuesta ni Bertil a la vista. Empezó a tamborilear irritada en el volante. Capaz era de haberse dormido. O de haberse retrasado charlando con algún colega.

Rita suspiró y se bajó del coche. Se acercó a la puerta. Qué raro. Estaba cerrada. Dio unos golpecitos, pero las luces estaban apagadas. No parecía que hubiera nadie allí dentro. Sacó el móvil del bolsillo y llamó a Bertil. Y enseguida oyó el sonido débil del teléfono en algún lugar, pero no procedente del interior.

Desconcertada, dobló la esquina y continuó por el lateral del edificio sin dejar de llamar. El tono sonaba cada vez con más fuerza. Cuando llegó a la parte trasera se paró en seco. En el suelo había algo parecido a un fardo. Se acercó a la señal que procedía de él.

Cuando llegó un poco más cerca, se detuvo de pronto.

Bertil yacía bocarriba, con el teléfono sonando en la mano con un timbre histérico. A Rita casi se le doblaron las piernas, pero hizo un esfuerzo por seguir adelante. Se inclinó y dejó escapar un grito. La sangre había brotado de una herida en el cuello y había formado un dibujo alrededor de aquel corpachón.

Su querido Bertil miraba inexpresivo al cielo sin ver nada. Era tarde. Ya era demasiado tarde.

Patrik detuvo el coche cuando llegó a la altura del Club de Vela. El Victoria se encontraba sobre unas cajas de madera junto al

cobertizo de Dan. La mitad del casco ya estaba pintado, y el nombre relucía dorado en la popa. Él no era creyente, el del servicio religioso de Navidad en Fjällbacka era el único día del año que iba a la iglesia, salvo que se celebrara un bautizo, una boda o un entierro, pero tampoco creía en la casualidad. Alguien había intervenido para que el diario de Sofie llegara hasta ellos cuando más lo necesitaban. Sin él, la última pieza del rompecabezas siempre habría estado rondándole los pensamientos.

Sofie se suicidó. Sobrevivió al intento de ahorcarse, pero perdió el conocimiento, de modo que Jocke y Magdalena creyeron que estaba muerta. Lo que sucedió aquella noche la empujó al abismo. En su desesperación, cogió la soga del cuarto de Gabriel, la ató a la barra del armario de su dormitorio y se la amarró al cuello. Y el Victoria llevaba treinta años guardando su último mensaje. Patrik se alegraba de que el barco volviera a la vida.

Arrancó el motor y giró a la derecha. La guardería se encontraba en la calle Nestorsvägen, conectada con el colegio, lo que resultaba muy práctico. Podían dejar a los niños y recogerlos en el mismo lugar.

Empezó por Maja. No era tan abierta y extrovertida como los gemelos. Maja irradiaba una seriedad de adulta que a veces lo llenaba de orgullo y a veces, de preocupación. Reconocía en ella muchos rasgos de Erica. Y quería que Maja, a diferencia de su madre, pudiera seguir siendo una niña todo el tiempo posible.

—Hola, papá.

La pequeña sonrió serena y lo saludó con la mano mientras él se le acercaba por el patio del colegio. No hizo amago de darle un abrazo, aunque Patrik sabía que lo estaba deseando, así que él le dio un abrazo enorme y la levantó por los aires.

—¡Papá! ¡Mis amigos…! —se quejó bajito, pero correspondió de todos modos al apretón de su padre.

Patrik la dejó en el suelo y le dio la mano con una sonrisa.

—Es mi deber sacarte los colores en público.

—¡Anda ya!

—Que sí, es verdad, cuando tienes un hijo, ya en el mismo hospital materno, te obligan a firmar un contrato donde te comprometes a sacarle los colores en público.

—Anda ya, papá, qué bobo eres —dijo Maja.

La risa de Maja le aligeró el peso que sentía dentro.

—¿Vamos a buscar a tus hermanos? Mamá está preparando la merienda, nos vamos de pícnic a la playa.

—¿Podemos bañarnos?

Patrik negó con la cabeza.

—El agua está demasiado fría todavía, pero pasaremos un buen rato de todos modos.

—Bueno, vale, pero ¿no podemos quitarnos los zapatos y chapotear en el agua por lo menos?

Patrik estaba a punto de decir que no, pero se lo pensó y le sonrió feliz.

—Por supuesto que sí.

Saludó a Lisa, la pedagoga de la guardería. Anton y Noel la adoraban.

—Hoy pensaba llevarme a los chicos un poco antes, ¿sabes dónde están?

Miró por el patio, que estaba lleno de niños.

—Pues acabo de ver a Anton en la torre del columpio. A Noel llevo un rato sin verlo, pero voy a buscarlo.

—Estupendo, gracias.

Patrik y Maja se acercaron al columpio. Anton colgaba bocabajo y los saludó feliz con la mano en cuanto los vio.

—¡Mira lo que hago! ¡Ya llevo así mucho rato!

—¡Vaya! ¡Como un artista de circo! —Patrik lo bajó al suelo—. Venga, encontramos a Noel y nos vamos a casa.

—Nos vamos de pícnic a la playa —dijo Maja con tono de superioridad—. Y podremos meter los pies en el agua, papá me lo ha prometido, pero tendréis que subiros los pantalones para no mojaros.

—Noel se ha ido —dijo Anton, antes de echar a andar.

Patrik cogió a Maja de la mano y fue tras él.

—¿Qué has dicho? ¿Adónde se ha ido Noel?

—Han venido a buscarlo —dijo Anton, y empezó a saltar a la rayuela que había pintada con tiza en el suelo.

Patrik sintió cierto vértigo al oírlo. ¿Qué era lo que acababa de decir su hijo? Patrik lo agarró del hombro.

—Anton, esto es importante. ¿Qué quieres decir? ¿Quién ha recogido a Noel?

Anton se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo estaba muy lejos, en la otra parte del patio. Solo vi que Noel se iba con alguien, y me pareció una injusticia no poder ir con él.

El pequeño arrugó el morro disgustado.

El tiempo se fue ralentizando hasta que se detuvo por completo. La preocupación empezó a provocarle náuseas en el estómago. Apretó con fuerza la mano con la que agarraba el hombro de Anton.

Lisa se les acercó con una expresión inquieta en la mirada.

—No consigo dar con Noel. Lo hemos buscado dentro y fuera. Anton, ¿tú lo has visto?

Patrik no reconoció su propia voz cuando respondió:

—Dice que alguien ha venido a recoger a Noel. Que alguien se lo ha llevado.

El rostro de Lisa palideció en el acto.

Patrik se agachó delante de su hijo.

—¿Viste si era un hombre o una mujer?

—No, llevaba una chaqueta enorme con capucha. Una chaqueta negra.

Patrik logró ponerse de pie, a pesar de que sentía en el cuerpo una debilidad extraña. Con el corazón desbocado en el pecho, sacó el teléfono. Comprobó con sorpresa que tenía diez llamadas perdidas de Gösta, y lo llamó enseguida con mano temblorosa.

—Gösta, llama a Mellberg. Llama a todo el mundo. Noel ha desaparecido.

—Estoy en la comisaría, Patrik —dijo Gösta con un nudo en la garganta—. Mellberg está muerto. Lo han asesinado.

Patrik perdió el equilibrio un instante. La tierra se tambaleaba cada vez más bajo sus pies.

Mellberg, muerto. Noel, desaparecido.

El corazón se le desbocó hasta que sintió que iba a estallarle el pecho. Luego, todo se fue a negro.

EPÍLOGO Y AGRADECIMIENTOS

MI QUERIDA familia es la primera en la lista de agradecimientos. Mi marido, Simon; mis hijos, Wille, Meja, Charlie y Polly. Todo lo que he escrito va de la mano de mi vida con vosotros. Os quiero infinito.

Mis editores, John Häggblom y Ebba Östberg, un auténtico equipo de ensueño con el que me encanta trabajar. Kerstin Öddeen ha llevado a cabo el trabajo de revisión con brillantez, y no ha dejado nada al azar. Hay muchas más personas a las que dar las gracias en la editorial Bokförlaget Forum, pero quiero mencionar en particular al increíble equipo de marketing, Sofia Heurlin y Clara Lundström.

Aparte de la editorial, cuento con dos equipos que hacen posible mi trabajo y que siempre realizan una labor fantástica. Nordin Agency, con Joakim Hansson y sus espléndidos colaboradores, y Assefa Communication, cuyo timón gobierna con mano firme Lili Assefa. Y gracias también en particular a Sigrid Nenander, de Assefa, que nunca pierde ninguna de las numerosas bolas que le lanzo. Gracias a todos por aguantar las locas historias que se me ocurren y por estar siempre ahí para darme vuestro respaldo.

Comprobar la información es el alfa y la omega para un escritor de novelas policiacas, y ahí cuento, como siempre, con la ayuda de diversos especialistas. Los detalles acerca de Fjällbacka los han

examinado Annika y Anders Torevi, y los temas de técnica criminalística y de medicina forense han estado a cargo del animoso dúo formado por Kelda Stagg, técnica criminalista y especialista en procesos de putrefacción de restos biológicos (además de una de las ganadoras del programa de entretenimiento *Förrädarna*), y Rebecka Teglind, antropóloga forense del Centro Nacional de Medicina Forense.

En este sentido, cabe mencionar que la acción del libro se desarrolla antes de que entrara en vigor la nueva ley que permite a la Policía utilizar en sus investigaciones el ADN usado en los estudios genealógicos.

Ningún escritor es una isla. Siempre estamos rodeados de personas que nos dan consejos cuando es preciso y ánimo cuando lo necesitamos y que, a veces, nos dicen las verdades que nos hace falta oír. En ese apartado hay muchos nombres, pero quiero mencionar expresamente a Henrik Fexeus, a Denise Rudberg y a Eleonora von Essen. Sois mis *ride or die*.

Como de costumbre, no puedo garantizar que todos los detalles fácticos sean correctos. Habría resultado un libro muy aburrido. De modo que, en ciertos casos, me he tomado la libertad de atenerme a la verdad de un modo más bien laxo. Por citar a Leif GW Persson: «Los datos jamás pueden estorbar un buen relato». En todo caso, los fallos que haya son míos y solo míos. Entre otros, puede que un lector atento se dé cuenta de que algunas de las canciones que se mencionan no se habían publicado aún en la época en la que se desarrolla la historia, sino que se lanzaron algo después, ese mismo año. Sin embargo, captan el espíritu de la época y el estado de ánimo con tanta perfección que decidí incluirlas de todos modos.

Camilla Läckberg

El llanto de los muertos
Camilla Läckberg
Título original: *Gråterskan*
Diseño de la portada: Planeta Arte y Diseño
© de la fotografía de la portada, Evgeniya Fedorova / Arcangel Images
© Camilla Läckberg, 2025
Publicado por acuerdo con Nordin Agency ABX, Suecia
© de la traducción, Carmen Montes Cano, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662 – 664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2026
ISBN: 9788408325543
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta